

**CARLOS SISI**



**MINICROMANUN**

**BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA**



**ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO**

minotauro

# ÍNDICE

PORTADA  
SINOPSIS  
PORTADILLA  
DEDICATORIA  
ASAMBLEA DE HOMBRES  
RONQUIDOS BAJO LAS ESTRELLAS  
SUDOR DE PIESES Y OTROS ASUNTOS IMPORTANTES  
RÓDEGAS Y LAS PIEDRAS SALTARINAS  
ABAJO, DEMASIADO ABAJO Y MOJADOS  
BAJO DOSAGUAS, CORAZÓN DE HIERRO  
CRÁNEOS Y SERPIENTES  
HUESOS Y FUEGO Y MUERTE EN EL CAMINO  
CENIZAS Y BARRO  
EL REGALO DE MILES STEUR  
QUEBRANTAHUESOS  
LA ESCALERA HACIA PÁRAMO YERMO  
EL PRIMER POZO  
UN CAMINO ENTRE LOS ABISMOS  
LOS ANDRAIDES  
OBE PITA  
SOMBRA Y ESPECTROS  
EL OSARIO

DENTELLADAS EN LAS TINIEBLAS  
EXCESSUS  
EL NIGROMANTE  
LA MANO DE ÁTONO  
PAN Y LAS CORRIENTES  
LOS ANTIGUOS  
EPÍLOGO  
LÁMINAS  
CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:





**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Entrerriós se está convirtiendo en una aldea inhabitable. Las cosechas son peores cada año, la caza escasea, la tierra está enfermando y pudriéndose, e incluso están empezando a aparecer muertos vivientes. Sus habitantes lo saben pero temen decirlo: un nigromante se ha asentado en La Entraña, al otro lado de las montañas, y está poniendo en peligro sus vidas. El hijo de Miles, jefe de la aldea, acaba de desaparecer, y un grupo de granjeros armados con poco más que cuchillos y martillos decidirán salir en busca del nigromante. Los granjeros se enfrentarán a un mal que apenas pueden comprender y mayor de lo que serían capaces de imaginar. De la energía mágica de la bruja Neana dependerá que puedan avanzar en su travesía.

CARLOS SISÍ

# NIGROMANTE

BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA

ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

*Para mi madre, Chyta Cavia de Sisí,  
el ser humano más extraordinario que he conocido  
en éste y otros mundos.*



## ASAMBLEA DE HOMBRES



### I

Miles Steur miraba hacia el enorme roble con los ojos entornados; en su rostro acechaban un sinfín de líneas que, alejándose y aproximándose sobre la piel, se cruzaban de forma aleatoria formando un laberinto de esquinas y precipicios. Su expresión, por esto, era dura y lejana. Las musculosas piernas, como talladas en barro ancestral, se asentaban en el suelo por debajo del faldón, y las manos grandes y transitadas por incontables cicatrices reseca se acomodaban en las caderas, por encima del chaleco forrado de piel de conejo.

Era alto, mucho más de lo que solían ser los hombres; su elevada estatura ondeaba como un estandarte que gritara, a quien se cruzase en su camino, que Miles pertenecía a tierras y familias lejanas, y aunque nadie en Entrerríos conocía su verdadera edad (y ninguna medida de alcohol había podido nunca sonsacársela), todos creían, erróneamente por cierto, que había vivido más, mucho más, que los ancianos. El chaleco que llevaba parecía al menos casi tan viejo como él, y sus costuras, mil veces remendadas, estaban tan gastadas como las piedras de los caminos. Su cabello era una desgredada mata de pelo largo y rubio que se desparramaba, confuso, a ambos lados de la cabeza cayendo sobre los hombros como raíces en el desierto. Limpio, respondía a la

luz del sol con destellos auríferos, pero ahora tenía el color desvaído del maíz viejo. La poblada barba tan solo dejaba al descubierto unos minúsculos y hundidos ojos grises, fríos como el hielo de los inviernos más duros, que coronaban una nariz afilada. Cuando valoraba algo, solía mecerse de manera automática hacia uno u otro lado, como si el discreto vaivén consiguiera cimentar de manera incuestionable la raíz de su juicio.

—Hay que hacerlo —anunció al fin.

Wáriner Venorian, que recibía su apellido en honor a la pequeña ciudad costera en la que su madre lo engendró, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó escapar un leve bufido.

—Es mucho trabajo —respondió como para sí.

Sin embargo, el comentario era un puro formalismo que sonó, a oídos del propio Wáriner, vacío e insignificante. Una apenas perceptible sonrisa modificó el dibujo de sus labios; lo sabía: daba igual cuánto trabajo supusiera, e incluso la opinión del resto de los habitantes de Entrerríos o de la Asamblea al completo: si Miles decía que había que hacerlo, se haría. Y la razón caería de su lado como tantas otras veces.

Aquel roble era antiguo. Estaba allí mucho antes de que los padres fundadores instalaran las primeras cabañas, construidas con tepes y rocas. El tronco, de una madera oscura y recia, tenía un grosor notablemente superior al de los árboles de la misma especie que se podían ver en la zona; las ramas, cuarteadas por abundantes fisuras, se elevaban hasta una frondosa copa bajo la que todos los habitantes de la comarca sin excepción se habían detenido en innumerables ocasiones, cuando regresaban del Llano, a disfrutar de la sombra perpetua que propiciaba. Tan solo en las lindes del bosque de la Azada, varias cuadernas al sur, se podían encontrar algunos ejemplares similares.

Era un árbol magnífico y un símbolo para Entrerríos, por lo que pensar en desarraigarlo de la tierra que le había dado su ser rozaba la blasfemia. Sin embargo, hacerlo les ahorraría tiempo y esfuerzo al no tener que dar un rodeo colina arriba con los carros para volver a bajar, varios metros más allá, cada vez que necesitaran tomar el camino del cerro. Era una decisión práctica y ventajosa para todos.

—La madera hará buenas herramientas —prosiguió Miles, pensativo—, y el resto nos vendrá bien para alimentar los hogares en el invierno. Arderá durante mucho tiempo. Este año será duro.

Wáriner asintió. Todo en el ambiente vociferaba los peores augurios: el viento soplaba implacable desde el norte y los escasos pájaros que aún anidaban en la zona habían iniciado una migración temprana y apresurada. Se los podía observar, día tras día, surcar el cielo entre graznidos como sonoras advertencias cuyos ecos se perdían en los límites del horizonte. El verano había sido corto, y la cosecha, a pesar de la rotación trienal, otra vez peor que la anterior. Siempre peor que la anterior, en un ciclo maldito que estaba minando la resistencia de todo el mundo. Los nabos eran esmirriados y tenían un sabor insípido, las lentejas, judías y garbanzos eran duros como los guijarros y apenas daban para sopas aderezadas con venado cuando podían dar con uno. El resto del tiempo tenían que contentarse con guisos espesos de cebada y, cuando el hambre apretaba, pescado sacado del río; algo que por lo general se reservaba para los débiles y los enfermos.

—Me vendrá bien una reja para el arado —dijo Wáriner, pasándose una mano por la barba—. Con una madera así no creo que haya que endurecerla con fuego.

—Ya veremos —respondió Miles dándose la vuelta para emprender el camino de regreso—. Esta noche lo comentaremos en la Asamblea. Trataremos de sacarlo mañana.

Wáriner se quedó mirando el roble durante unos segundos todavía. ¿No había sido allí mismo donde había besado a su mujer por primera vez durante una de las celebraciones de primavera? Le parecía que sí. Recordaba que él iba masticando un poco de carne ahumada en salazón mientras la perseguía con los ojos encendidos por la lujuria de la juventud. ¡Carne! Por aquel entonces la caza era todavía abundante, y hasta le parecía recordar que mientras él introducía una mano por debajo de las túnicas superpuestas de ella, sintiendo que su corazón se desbocaba y el bajo vientre le ardía en furiosos ramalazos de deseo carnal, pudo oír los movimientos furtivos de un par de conejos que pasaban junto al camino. Ese tipo de cosas habían desaparecido de los alrededores de la aldea.

Sí, el roble era una especie de símbolo de tiempos mejores, aunque nunca hubiera sido consciente de ello.

## II

Las familias en Entrerríos hacían las comidas todas juntas, en especial los Boeke, Steur, Venorian y los Gaard, que rara vez se perdían una. La familia Hylas y los rudos y numerosos Augia del borde septentrional rara vez acudían a tales reuniones, a menos que las cosas les fueran muy mal; entonces aparecían ceñudos portando, sobre todo, leña para el fuego, carbón, o cerveza de malta de cebada, lúpulo y levadura. Era, al fin y al cabo, una manera tan buena como cualquier otra de ahorrar valiosos recursos.

Esa noche, casi todas las familias estaban presentes, incluso los Garran, a los que nunca se los había visto por allí. Cuando Miles los vio aparecer, supo que tras la cena se solicitaría Asamblea, y sabía muy bien cuál sería el motivo.

Sacudió la cabeza y se sentó a la mesa entre los hombres.

—El olor ha vuelto, Miles —dijo Arran Augia tan pronto como aquel tuvo su plato delante. Los otros se miraron; hacía tiempo que habían acordado que no se hablaría de ningún asunto relevante durante la comida, pero nadie dijo nada. Arran era el patriarca de la familia y conocía demasiado bien las normas como para hacerle una indicación tan obvia.

Miles sacudió la cabeza, incómodo.

—No hemos tenido mal olor por aquí, Arran —exclamó.

—Es espantoso allí donde vivimos —aseguró el patriarca de la familia de los Augia.

—El otro día me pareció olerlo cerca del río, en el recodo de la Roca del Zorro —exclamó uno de los jóvenes.

—Ahí lo tienes —dijo Arran, golpeando la mesa con su cucharón de madera.

—¿No puedes esperar a la Asamblea? —preguntó Miles—. Estamos

comiendo, y no es momento.

—La última vez hablamos de cosas poco importantes, ¡me parece! —repuso Arran alzando la voz—. Y queremos aclarar este punto. Nuestra familia quiere terminar con el problema, ¡o solicitaremos una ordenación de las tierras!

El comentario hizo que todos comenzaran a hablar de forma atropellada, visiblemente enardecidos. Los comensales en el resto de las mesas, incluso la de las mujeres y los niños, se volvieron para mirar qué ocurría; algunos incluso se levantaron de sus asientos.

Miles se puso en pie y extendió los brazos hacia el frente mientras bramaba pidiendo silencio. Después de solo unos instantes comenzaron a calmarse.

—¡No habrá ordenación de tierras! —exclamó el viejo Acelin, de la familia de los Gaard.

—¡Basta tú también, viejo! —chilló Miles, airado.

Los hombres volvieron a sus platos de sopa; hundían las cucharas en ella y devoraban ceñudos, intercambiando miradas preñadas de susceptibilidad. Miles, sin embargo, tardó todavía unos momentos en sentarse en su asiento.

—¡No habrá discusiones durante la comida! —exclamó entonces, iracundo—. ¡No delante de las mujeres y los niños! ¡Así es la Ley!

Arran no daba cuenta de su sopa; permanecía inmóvil con el cucharón cogido con fuerza en el puño cerrado, a modo de arma. Sus rasgos duros parecían aún más acusados que de costumbre por la rabia que lo recorría. Miles le dedicó una mirada severa.

—¡Y tú, Arran Augia, a ti te digo —continuó diciendo, en alto un dedo acusador— que serás amonestado por alterar el orden durante la comida! ¡Tres docenas de huevos deberás entregar al almacén común, y una hogaza!

Arran se levantó furioso, los dientes expuestos como los de un animal.

—¡No una, sino tres hogazas te meteré en el pecho abierto si te pongo la mano encima, Miles Steur! —gritó—. ¡Esa es mi respuesta!

Volvieron a enzarzarse en una colérica discusión. Aunque la mayoría increpaban a Arran por su comentario y defendían su derecho a una cena tranquila, unos cuantos parecían estar de acuerdo con su petición (en especial

los Hylas) y se agarraban de la ropa y se zarandeaban, con las miradas aviesas y los dientes expuestos; el salón se llenó de voces graves, tronando como si se germinase el preludio de una guerra. Uno de los platos de sopa terminó volcándose sobre la mesa, provocando aullidos de ira de cuantos lo vieron caer: echar a perder la comida era algo que escapaba de toda justificación.

—¡Asamblea! —gritaban unos y otros, golpeando los cuencos de agua y los cucharones contra la mesa—. ¡Asamblea!

Miles miraba alrededor. Las mujeres se habían retirado a una esquina y se las habían arreglado para llevarse consigo sus cuencos de sopa. Una de ellas había arrastrado uno de los largos candeleros donde sustentaban los rudimentarios candiles que alimentaban con aceite de cáñamo, temiendo quizá que una de las embestidas pudiera tirarlos por el suelo y hacer que prendiera la madera. Los niños se agarraban a sus vestidos, las cabezas escondidas entre las telas parcheadas de retales. Los cuencos, sacudidos por el ímpetu de la discusión, temblaban sobre las mesas, salpicando sopa. Miles no recordaba una situación así desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y se decidió a poner orden de la única manera que sabía: se subió sobre su asiento, un burdo taburete hecho de madera que el tiempo había pulido hasta dejarlo suave, e inspiró a conciencia. Su porte era poderoso; su altura y envergadura le proporcionaban una presencia difícil de ignorar, y vestido de todo ello se alzó y gritó. Una sola vez.

—¡BASTA!

Su voz se extendió por el salón con la contundencia de un trueno, y todo el mundo se congeló en su sitio, agarrados unos a otros. Los niños se apresuraron a arrebujarse detrás de las mujeres, y los más pequeños arrancaron a llorar. Durante unos instantes, ese fue el único sonido que se oyó en toda la sala. Con los líderes de las distintas familias inmóviles y expectantes, el llanto infantil confirió a la escena una cualidad aterradora.

Miles les prodigó miradas severas antes de continuar.

—La cena ha acabado —dijo—. Menos para las mujeres y los niños, que tienen permiso para llevarse el alimento y terminarlo en sus casas. Nosotros celebraremos Asamblea, y se celebrará como siempre ha sido: en orden. Las

familias más antiguas hablarán primero. Y tú, Arran Augia, aguardarás tu turno.

Nadie dijo nada. Las mujeres, con la cabeza gacha, comenzaron a hacer salir a los niños. Se retiró la sopa y se recogieron los cuencos, pero no se lavaron y secaron al amor del hogar como de costumbre; se amontonaron en las estanterías entre cuchicheos velados.

Cuando las mujeres hubieron salido, los varones tomaron los taburetes y se distribuyeron en círculo en el centro de la estancia. Los candeleros fueron aproximados y las sombras cayeron con rapidez sobre las esquinas de la diáfana sala. En el hogar, el fuego ardía silencioso. Fuera, la noche avanzaba con rapidez, pero en el bosque el silencio resultaba casi sobrenatural; hacía demasiado tiempo que la población animal había ido desapareciendo de forma paulatina.

Miles se colocó en el interior del círculo; su cabello parecía dorado a la luz de las llamas.

—Tiene la palabra Acelin Gaard —dijo, ahora en un tono de voz mucho más calmado.

—¡Cedo mi turno de palabra a la familia de los Augia! —exclamó este.

Eso hizo que un murmullo recorriera el círculo de hombres. Tales cosas distaban mucho de ser habituales; el turno de palabra se aprovechaba, casi siempre, con esmero.

—Está bien —asintió Miles—. Estás en tu derecho.

Arran Augia se puso en pie y avanzó hacia el centro, hasta situarse al lado de Miles. Antes de hablar, como era costumbre, giró sobre sus pies para ofrecer su rostro ante el resto de los hombres. Algunos, también como era habitual, asintieron en silencio; reconocían así su derecho a hablar.

—¡El mal olor ha vuelto! —dijo entonces—. Al Norte, donde vivimos los Augia, el aire es casi irrespirable. Nuestros animales enferman, la cosecha no produce ni la mitad de la mitad de lo que obtuvimos en años anteriores, y aún esa cantidad es la mitad de lo que obteníamos en los buenos tiempos. ¿Quién recuerda ya los buenos tiempos?

—¡Yo no, por cierto! —exclamó Acelin.

—¡Ni yo! —añadió alguien más.



—La situación es grave —continuó diciendo el cabeza visible de los Augia—. Y lo que es grave ahora en el Norte lo será pronto aquí, en el Llano, eso os lo aseguro.

—¡Así es! —soltó uno de los Boeke.

—¡Tienes razón! —se apresuró a decir Acelin.

—Y ocurren otras cosas —continuó Arran entonces—. Los animales están marchándose o se han marchado ya. Ya no hay cabras en las cañadas, ni castores en el río. No hay ardillas saltando de árbol en árbol, ni zorros en el bosque. Ni siquiera las truchas habitan el río, solo esos peces pequeños que tienen la piel roja y amargan. ¡Ni siquiera creo que sean buenos para nuestros enfermos!

—¡Y los osos pardos de las montañas! —gritó el gordo Tamblor Hylascon su retumbante voz grave.

—¡Y los venados y los jabalíes!

Miles levantó las manos para rogar moderación mientras Arran asentía, ceñudo pero satisfecho de encontrar apoyo en la sala.

—La cuestión es —siguió Arran—: ¿Cuándo haremos algo para averiguar qué ocurre? ¿Hasta dónde hemos de llegar? Mi hijo Centrix lleva enfermo tres lunas completas. Tose por la noche y su pecho suena como un nido de serpientes. Su piel es amarilla y rugosa como un odre. ¡Y yo digo que es el mal olor!

—¡Tu hijo siempre fue débil! —exclamó una voz.

—¡Centrix tiene el cuerpo de una mujer menuda! —proclamó alguien desde el lado donde se sentaban los Venorian.

Arran apretó los puños.

—Es posible que sea así —bramó enfadado—, ¡pero siempre ha contado con buena salud!

—¡Es el olor, sin duda! —lo secundó Acelin—. ¡Yo también lo noto!

—¡El viejo Acelin orina sangre! —exclamó Tamblor, elevando la voz por encima del murmullo general de la sala. Varios hombres rieron a la vez.

—¡Orden! —exclamó Miles—. ¡Orden a mi voz de mando!

Casi de inmediato, el silencio volvió a caer sobre el salón.

—Mucho se ha hablado sobre el olor —añadió Miles—. Y hasta hemos

hecho un par de cosas al respecto, o al menos se han intentado, pero sin resultado. Hasta ahora nada hemos podido averiguar. ¡Nada, en verdad! ¿Qué pretendes ahora de la Asamblea, pues? ¡A ti te pregunto, Arran Augia!

Este se volvió de nuevo para mirar a los hombres. Podía notar sus miradas inquisitivas y expectantes clavadas en él, y supo que todas las familias, sin excepción, estaban deseando que alguien les ofreciera un pequeño atisbo de esperanza, una idea. Algo.

—Creo que sé de dónde viene el olor —dijo entonces, hablando con cierta solemnidad.

El comentario arrancó un nuevo murmullo de voces superpuestas que se alzó en el silencio como el sonido de un enjambre de insectos acercándose. Miles no pidió orden; él mismo estaba demasiado sorprendido como para decir nada.

—¡Habla pues! —exclamó al fin, alzando la voz para hacerse oír.

Arran asintió; una pequeña sonrisa curvaba sus labios apretados.

—¡Yo digo que el olor viene de la Entraña! —proclamó.

Los hombres se quedaron callados por unos instantes, tan sorprendidos como asustados. ¡La Entraña! No se hablaba de la Entraña, no se pronunciaba su nombre. No se refería uno a ella como no fuera entre susurros y bajo la luz brillante del sol, allí donde la naturaleza, que era sinónimo de vida, exhibía sus mejores galas. La sola palabra se consideraba ominosa; la Entraña representaba la noche, la oscuridad, lo desconocido.

Miles fue el primero en reaccionar.

—¡Calla, imprudente! —exclamó furioso. Se acercó a él con los dientes apretados y los ojos hundidos revelando una rabia contenida. Durante unos interminables segundos, las miradas de los dos hombres se sostuvieron, encontradas.

—¡Pero tiene razón! —exclamó Acelin.

—¡Es posible! —añadió alguien más.

Miles se volvió hacia Acelin, todavía investido de la cólera que acababa de invadirlo. Había levantado los puños cerrados como si fuera a saltar sobre él y descargar una lluvia de golpes, pero en lugar de eso, apretó los dientes hasta que su piel adquirió la tonalidad de un pimiento y luego gritó con voz

de trueno:

—¡No son cosas para tratar en un salón lleno de sombras oscuras en mitad de la noche!

El gordo Tamblor de los Gaard se incorporó de su asiento y bramó a su vez:

—¡Quizá por eso nos va tan mal, Miles Steur!

Por lo general, semejantes respuestas habrían provocado que toda la sala se abandonara a un nuevo intercambio de gritos y zarandeos; sin embargo, el corazón de la mayoría de los hombres estaba aún ensombrecido por la mención de la Entraña, y casi ninguno se atrevió a mover ni un solo músculo del cuerpo.

Ninguno, excepto el jovencísimo Baladar Steur y su compañero Maradian, de la familia de los Boeke, que por aquel entonces contaba con tan solo nueve inviernos. Ambos eran aún demasiado jóvenes para poder participar en una Asamblea, desde luego, pero cuando los niños fueron obligados a retirarse se las arreglaron para escabullirse entre las faldas de las mujeres y regresar a la sala. Estaban escondidos debajo de una de las pesadas mesas de madera, en uno de los laterales de la habitación. Estaban allí porque si algo había heredado el joven Baladar de su abuela era su poderosa intuición, y esta le había susurrado que aquella noche sería importante. Especial, incluso. Maradian, por su parte, hacía todo lo que Baladar sugería, sin importarle las consecuencias, o el riesgo que comportase, y cuando este se volvió hacia él con los ojos brillantes y febriles de emoción anunciándole su intención de colarse en la Asamblea, Maradian asintió lleno de entusiasmo y se dejó llevar, movido además por la esperanza secreta de poder sustraer alguna porción de carne extra, o quizá una medida de cerveza que los hombres tomaban en las ocasiones especiales.

—La Entraña... —susurró Baladar mientras un escalofrío de entusiasmo le recorría el espinazo.

—¿Qué han dicho? —susurró Maradian.

—¡Ssssh! —lo hizo callar su amigo. Era mayor que Maradian, apenas cuatro años, pero aparentaba mucho más, mucho más alto que el resto de los muchachos de su edad. Tenía, después de todo, la sangre de los Boeke

corriendo por sus venas, y sus brazos empezaban a dejarse trenzar por músculos incipientes.

—¿Qué es la Entraña? —volvió a preguntar Maradian. Estaba tan nervioso como expectante; habían contravenido las normas de la aldea en más de una ocasión, pero aquella era la primera vez que se ocultaba junto con su amigo en una Asamblea. Y estaban ocurriendo cosas excepcionales: cosas importantes de verdad. Sabía que allí, en las penumbras del círculo formado por los hombres, se hablaría de ese tipo de cosas que nunca se trataban en presencia de mujeres y niños.

Cosas de hombres.

—¡Cállate! —susurró Baladar. No solo era muy consciente de que si los pillaban escondidos el castigo sería en extremo severo. No. Baladar sabía, además, cosas de la Entraña.

¡La Entraña!

Existía, en los lindes más occidentales de la cuaderna de Entrerríos, un grupúsculo rocoso que la tierra había vomitado a la superficie en los tiempos de la formación del mundo. Los animales no se acercaban, los pájaros no lo sobrevolaban, e incluso las plantas parecían reacias a crecer en sus proximidades. La tierra, por lo tanto, era gris y polvorienta, e incluso a cierta distancia los árboles que se atrevían a irrumpir en el suelo duro y pedregoso lo hacían con esfuerzo. Los troncos retorcidos eran pródigos en ramas nudosas y negruzcas, como si clamasen, implorantes, misericordia al cielo.

Las rocas que formaban la aberración natural que emergía de la tierra como un diente putrefacto eran de un gris oscuro y macilento, y parecían absorber toda la humedad del ambiente, avariciosas, egoístas. Exhibían por eso un aspecto limpio, húmedo, colmado de un musgo negro que los antiguos habitantes de la zona, en tiempos, dieron en llamar *lammaka-tat*, o hierba muerta. No era buena para nada, ni siquiera para forrar el interior de las casas, porque se desmenuzaba apenas la sacaban de la zona y se convertía en un polvo grisáceo y estéril similar a las cenizas del hogar. Ese musgo crecía brillante en cada grieta y oquedad, negro como la noche, y tenía un ligero olor a sal marina.

Vista desde la distancia, la Entraña se asemejaba más a un racimo de

colmillos deformes provistos de protuberancias anómalas. Estas los hacían inclinarse hacia un lado, despuntando en una planicie colmada de suaves colinas. El contraste era suficiente para hacer pensar a cualquiera que la Entraña no era una formación natural, pero lo era, al menos por lo que cualquier anciano podía decir. Su historia se había perdido para siempre en la oscuridad de los tiempos, y tan solo unos pocos relatos tenebrosos persistían en la tradición oral, la cual muy pocas familias conocían.

La Entraña era única en su naturaleza. No había rocas como aquellas en toda la región, ni tan feas ni tan duras; ningún pico forjado por el hombre podía mellarlas como no fuera tras numerosas horas de intenso trabajo. Era aún más dura que la roca madre de las montañas más grandes con las raíces más profundas.

El centro de aquel racimo abyecto ocultaba un oscuro secreto: una boca espantosa que se adentraba en el suelo como las raíces de un árbol milenario. Describía una especie de torbellino hueco entre la roca y se bifurcaba en mil ramales angostos, abajo, siempre hacia abajo. Ningún hombre había podido alcanzar jamás sus más recónditas profundidades, porque el descenso, llegado a cierto punto, resultaba del todo imposible. Los impresionantes túneles verticales no podían ser escalados, y no había vegetación suficiente en toda la zona para fabricar cuerdas lo bastante largas como para permitir el descenso.

La Entraña era el lugar del que nadie hablaba. Nunca. En ninguna parte.

Baladar la conocía, por cierto, porque había escuchado a su padre contar historias sobre ella, sobre todo cuando fuera estaba oscuro y hacía frío y la familia se juntaba para recibir el calor del hogar, cubiertos con mantas de lana que las mujeres tejían con agujas de hueso. Cuando hacía frío de verdad, a los niños se les permitía tomar una medida de cerveza para calentar el estómago, sobre todo después de la última comida del día, y el padre llenaba su vaso de madera y abusaba un poco de su sabor. Entonces su nariz y sus mejillas se ponían rojas, sus ojos se volvían pequeños y se encendían con brillos inusuales, y de su mirada soñadora y concentrada salían las historias más fascinantes, como la de la Entraña. Baladar disfrutaba como nunca esas noches, porque por lo general su padre era un hombre poco dado a las historias.

—Ese lugar... —susurró aquella noche—... existe aquí y allí a la vez. Está hecho del mismo material con el que se engendran los demonios, y ese material no sigue las mismas reglas que todo lo demás. Y eso te cambia. Vaya si te cambia. Te abre como si fueras un cordero y te saca todos los males que llevas dentro. Si eres bueno, te vuelves terrible. Si eres malo... Ah, si tienes un corazón negro... entonces... estás perdido.

—¿Tú has estado allí, padre? —preguntó Baladar con prudencia. Sabía que una pregunta incómoda podría hacer que su padre los mandara al camastro.

Pero Miles no contestó. Sus ojos estaban vueltos hacia recuerdos íntimos y antiguos que prefería no revolver demasiado.

Para sorpresa de Baladar, aquella noche de Asamblea, en presencia de todos, Miles comenzó a hablar de la Entraña otra vez.

—No puedo negar —dijo mirándose las manos. La voz que hacía solo unos instantes era poderosa y encarnaba la jefatura de la aldea se había escurrido hasta convertirse en una sombra cuajada de prudencia— que la presencia de ese lugar ha estado creciendo en las últimas décadas. Antes tenías que ir a Laguna Roja para sentirlo, hostil contra la piel y el corazón. Ahora basta con acercarse a Cercenada para sentir casi lo mismo. Ha crecido, sí, y mucho. Y admito que... —balbuceó—... podría ser incluso la causa de nuestras desgracias.

Un clamor apagado recorrió las gargantas de los hombres. Los ojos de un blanco luminoso se buscaban unos a otros, compartiendo su perplejidad.

—¿Estás admitiendo que...?

En ese momento, la puerta del Gran Salón se abrió con estrépito. Las maderas golpearon la pared de piedra produciendo un sonido inesperado que hizo que Baladar y Maradian saltaran un palmo bajo la mesa. El viento frío de la noche hizo estremecer las velas encendidas, y varios hombres dieron un disimulado respingo.

—¡Por la cosecha! —exclamó Miles Steur cuando se volvió para mirar. Era Moneke Gaard, plantado en el umbral, con el rostro desencajado y los brazos extendidos y rígidos como los de un cadáver. El rigor de sus facciones no ayudaba a disimular esa impresión. Mantenía las hojas de la puerta doble

abiertas, dejando entrar el viento nocturno, que se arremolinaba a su alrededor haciendo tremolar su cabello del color del centeno viejo—. ¡Moneke Gaard, no solo llegas tarde, sino que irrumpes en la Asamblea helando nuestra piel y nuestros corazones!

Moneke no dijo nada. Su expresión era tan funesta que los hombres supieron en el acto que había pasado algo.

—¡He visto a mi mujer! —dijo.

Y se desmayó.

### III

La vida en Entrerríos era difícil. Casi todos los años se registraba algún muerto, y no siempre eran ancianos. A veces, hasta los más jóvenes caían por mor de los procelosos senderos del destino de los hombres mortales. La mujer de Moneke Gaard había sido llamada hacía solo dos estaciones, a principios de la temporada estival, tras una larga serie de episodios de caídas y acusadas recaídas por alergias terribles que habían levantado ampollas y llagas en su piel. Cuando falleció, su rostro era una desagradable máscara de grietas y eccemas supurantes que el viejo Moneke cubrió con un velo, acto contrario a las costumbres de enterramiento de toda la región.

Aldreda Gaard fue enterrada en Dosaguas, y fue recordada cada noche durante las tres semanas de duelo pertinentes, mas no allí, sino en el campo de flores, junto al bosque.

Cuando Moneke anunció que había visto a su mujer, algunos de los hombres sintieron que un cuchillo frío y afilado atravesaba sus corazones templados por las penurias y la dura vida en la aldea. Acelin Gaard escupió un esputo de disgusto contra el suelo embaldosado, y Miles Steur levantó una ceja.

—¡Se ha vuelto loco! —graznó Acelin.

—¡Cogedlo, no lo dejéis en el umbral! —dijo alguien. Varios de los hombres se precipitaron a levantar el cuerpo y colocarlo sobre una de las



mesas, que por pura casualidad fue la misma bajo la cual Maradian y Baladar se escondían sobrecogidos por el transcurso de los acontecimientos. Las copas de madera rodaron y cayeron al suelo produciendo un sonido cómico.

—¡Agua! —bramó Wáriner Venorian—. ¡Despertad a este inútil y traedlo de vuelta!

Desde su escondite, Maradian vio pasos presurosos discurrir por el salón. Alguien trajo un cubo con varias medidas de agua. El sonido de esta golpeando el rostro de Moneke fue inequívoco. Tan pronto recuperó la consciencia, su vieja voz quebrada resonó con fuerza en el salón.

—¡He visto a mi mujer! —bramó.

—¡No digas tonterías! —protestó el viejo Acelin de inmediato—. ¡Mi hija pasó hace dos estaciones!

—¡La he visto, perjuro! —insistió Moneke.

—¿Dónde la has visto? —preguntó Miles Steur, ceñudo. Su voz aún denotaba prudencia.

—Detrás de la casa... —susurró Moneke—. Donde preparo las redes para la pesca, entre los aperos.

—¿Y qué hacías allí en noche de Asamblea? —preguntó alguien.

Moneke sacudió la cabeza.

—¡Hace mucho que no presto atención a vuestras estúpidas asambleas! —exclamó—. ¡Y nadie se ha dado cuenta hasta hoy!

—Está bien —dijo Miles—. ¿Estás seguro de que era tu mujer? ¿Cómo sabes que no era alguna de las otras mujeres?

Moneke lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Con esta noche, a estas horas? Dime qué mujer de la aldea trastearía detrás de mi casa cuando hay Asamblea. ¡Y te digo más, Miles Steur: reconocería las heridas del rostro de mi mujer aunque las escondierais bajo tres capas de cera de abeja!

El comentario hizo que los hombres intercambiaran, otra vez, miradas de asombro. Moneke Gaard tenía razón. Ninguna mujer deambularía en mitad de la noche por las calles, y mucho menos, cerca del cuchitril de Moneke, dos estaciones falto de hembra.

—¿Cómo puede ser? —graznó Gillot Boeke—. ¿Estás diciendo que

reconociste a tu mujer?

—¡Tan claramente como veo los granos de tu nariz!

Los hombres empezaron a hablar unos con otros. Algunos asentían, otros negaban con la cabeza. Alguno se llevó la mano al cinto donde colgaban los cuchillos.

—¡Calma, calma! —gritaba Miles.

—¡Te lo dije, Miles Steur! ¡No se habla de la Entraña en una noche como esta! ¡Ya tenemos aquí la primera desgracia!

Miles dejó caer el puño sobre la mesa. El único vaso que aún quedaba sobre ella se precipitó al vacío, como si quisiera huir de su cólera.

—¡Dejad de comportaros como hembras! —bramó Miles—. ¡Sin duda hay una explicación para este desconcierto!

—¡La mujer de Moneke ha vuelto de la tumba! —exclamó una voz.

—¡Se acostó en el bosque con Beletriz y ahora ha vuelto para vengarse! —dijo otro.

—¡Basta, BASTA! —gritó Miles—. ¡Tres docenas de huevos entregarás al almacén común, además de media hogaza, Ingvar Hylas!

Miles Steur estaba encolerizado. Las cosas estaban bastante mal como para que uno de los desvaríos de Moneke interrumpiera los importantes asuntos que los habían llevado allí esa noche. Sacudiendo la cabeza mientras los hombres se entregaban a mil fantasías y desvaríos enredados en telas fantasmales y manos sepulcrales cubiertas de sangre, resolvió llevar a los hombres al lugar donde Moneke decía haber visto a su esposa.

—Coged antorchas y cerrad vuestras pieles —dijo—. Iremos allí y veremos qué hay de verdad en todo esto.

Debajo de la mesa, Maradian miraba con verdadera estupefacción a su compañero de correrías.

—¡Un fantasma! —susurró.

—No seas tonto —respondió Baladar. Pensó durante unos segundos y añadió—: Como mucho, un resucitado.

## IV

La comitiva de treinta y seis hombres adultos, casi todos ellos fornidos y de espaldas anchas, marchó por el linde más septentrional de la empalizada hacia el lugar de Moneke. Esta era una maltrecha cabaña construida casi toda con madera, mil veces parcheada con el devenir de los años y la herencia padre-hijo, cada vez con menos fortuna y gracia que la anterior. La estructura principal, que venía de tiempos de los Antiguos, más dura y recia que cualquier cosa que pudiera encontrarse en la naturaleza, asomaba sin orden ni concierto entre paredes levantadas con posterioridad a medida que las necesidades de la familia crecían. Si por occidente la cabaña parecía más bien un barco, por oriente se percibía como un granero ideado por un demente. En el tejado, restos de las formas imposibles de la construcción original despuntaban contra el cielo como los huesos de un esternón.

Casi nadie se había dado cuenta, pero aquella zona estaba ya afectada por lo que quiera que creciese en el subsuelo de la aldea. Miles habría podido decir que los árboles de aquella zona solían ser altivos y orgullosos, decorados con saludables tonos verdes y pardos, sus ramas extendidas para dar cobijo a mil y un nidos de pajarillos, y que los arbustos crecían desmañados pero lozanos a ambos lados del camino, muchas veces cuajados de frutos silvestres, como moras negras y rojas. Ahora, sin embargo, las hierbas eran ralas y se arrastraban como tímidas, amargadas, lánguidas y decadentes, las antiguas y saludables raíces ennegrecidas y enmarañadas unas con otras, dándole un aspecto abandonado al sendero.

Allí, al final, despuntaba la construcción de Moneke, que tras el verano presentaba un aspecto deslustrado y tosco.

Miles se volvió para mirar a Moneke, que observaba a uno y otro lado como si esperase encontrar aún a su mujer.

—¿Dónde dices que la viste, Moneke?

Este fue muy raudo en señalar con un dedo huesudo.

—¡Allí, os lo digo, allí mismo, junto a las redes!

Los hombres dirigieron sus antorchas hacia ese lugar, expectantes. Miles

los miró durante un breve instante, seguro de que encontraría prudencia asomada en sus ojos; pero no solo encontró prudencia, sino también miedo, y chasqueó la lengua en señal de disgusto.

Con paso presuroso, se acercó a las redes dispuestas en un batiburrillo inextricable y miró a su alrededor. Los hombres se aproximaron con cautela.

—Bien. No veo que haya nadie.

—Y, sin embargo, alguien ha estado por aquí no hace mucho —dijo entonces Wáriner Venorian—. ¡Mirad, en el suelo!

Las antorchas iluminaron la arena. Allí se distinguían, muy a las claras, las huellas definidas y precisas de unos pies descalzos. Pies pequeños. Como de mujer.

—¡Por las barbas de mis antepasados! —bramó alguien.

—¡Que las almas abandonen nuestros cuerpos! —dijo alguien más.

—¡Silencio, SILENCIO! —gritó Miles. Pero lo cierto es que las huellas eran inequívocas. Más las miraba, más seguro estaba de que se trataba de pies descalzos. Y ninguno de los hombres, mujeres o niños, iban nunca descalzos por el bosque como no fuera cerca del río y con temperaturas más amables.

—Con este viento, diría que esas huellas no tienen ni un par de horas, Miles —susurró Wáriner acercándose a su oído.

—Cien mil medidas de sal te sean dadas, Wáriner. Tienes razón.

—¿Lo veis? —bramaba Moneke, entre excitado y asustado— ¡Os lo dije! ¡Es mi mujer, que ha vuelto a por mí!

—Mi hija no hubiera vuelto a por ti ni cuando estaba viva, estúpido —exclamó Acelin.

Otra vez se entregaron los hombres a exclamaciones contaminadas de estupor y miedo.

—¿Qué es esto? —quiso saber Wáriner.

—No lo sé —dijo Miles, ahora un tanto enfadado—. Que hubo aquí una mujer esta noche parece cosa cierta, pero si en verdad se trataba de la mujer de Moneke, a la que todos enterramos hace dos estaciones, ¡eso habría que verlo!

—Aun así...

—Aun así, ¡buscad! Buscad alrededor. Veamos adónde conducen estas

huellas, y de dónde vienen, al menos. Y si podemos encontrar a la mujer de Moneke, viva o muerta, o a alguna otra, ¡hagámoslo sin miedo en los corazones!

Los hombres buscaron sin descanso durante casi toda la noche. Aunque hubieran dado algo por ayudar, los niños permanecieron ocultos; por una parte porque no les estaba permitido andar trasteando por allí. Nadie debía saber que estaban despiertos e intrigando. Por otro lado, porque la historia del fantasma y el nerviosismo de los hombres habían conseguido penetrar más allá de su curiosidad e instalar el miedo en ellos, y quedarse en su escondite con los ojos centelleantes de adrenalina y las manos y los brazos heridos por las muchas ramas no les parecía tan mala idea.

Aldreda Gaard no apareció, por cierto, pero las huellas estaban y conformaban un camino sinuoso alrededor de la desmañada cabaña de Moneke. Iban, venían, a veces se perdían cerca de la puerta y volvían a aparecer junto al pozo. Encontraron sus pisadas erráticas y zigzagueantes viniendo por el camino desde Dosaguas, como si acabase de abandonar la tumba donde fue confinada, y encontraron sus pisadas de vuelta, alejándose de la cabaña, tomando el camino de Cercenada y dirigiéndose hacia el Saucejo. Ningún hombre habría ido por ese camino de noche al amor de unas antorchas que amenazaban ya con extinguirse, pero Miles quería resolver el asunto antes del amanecer, antes, por cierto, de que el viento disipara las huellas en la arena y la hierba, y así lo hicieron. Las pisadas, sin embargo, llegaban mucho más allá. Después de dos horas de marcha, averiguaron que se internaban por el camino rocoso hacia las cumbres, donde nadie que no tuviera el olfato de un perro joven podría seguir las.

Wáriner estaba ceñudo y preocupado.

—A las cumbres —dijo.

Miles asintió.

—Sabes lo que hay más allá —continuó diciendo Wáriner.

—Sí —respondió Miles tajante—. ¡Sí que lo sé, todo el mundo lo sabe!

Wáriner asintió despacio, su bigote se estremeció, y se disculpó diciendo que hacía frío.

Lo que había tras las tortuosas, picudas y peligrosas cumbres era el Llano.

Y tras el Llano, una extensión de terreno traicionero y baldío colmado de arenas movedizas y criaturas infames, hambrientas que daban paso a las Ruinas de los Antiguos. Y tras las ruinas, la tierra expulsaba la formación que se agazapaba ahora en el margen del miedo presente en todos: la Entraña.

Pero aún quedaba un asunto que esclarecer. Después del pequeño trajín hacia el norte, Miles quería comprobar también si el cuerpo sepulto de Aldreda Gaard continuaba aún allí. Las pisadas eran una cosa, desde luego, pero encontrar su tumba vacía sería algo mucho más concluyente. Eran dos horas de ida y dos de vuelta, de regreso a la aldea, lo que era bastante tiempo para una noche llena de novedades. Sin embargo, había un par de metomentodos, más excitados que un adulto en su noche de bodas, que no estaban dispuestos a esperar tanto. Maradian Boeke y Baladar Steur hacía rato que habían partido hacia el campo de flores, el lugar donde todo el mundo en Entrerríos depositaba los restos de su gente para que pudieran descansar por toda la eternidad. No allí, precisamente, sino varios miles de pasos hacia el este, en una cañada donde despuntaba una de las muchas construcciones dejadas por los Antiguos, y que por su aspecto imponente y su persistencia a dejarse vencer por el tiempo y los elementos, veneraban y llamaban Dosaguas.

Se trataba de una estructura impresionante, cuya altura desafiaba toda lógica o propósito. Varias columnas de metal oxidado arrancaban desde el suelo hacia el cielo, y la visión era en verdad abrumadora en cuanto a que parte de la estructura se había fusionado, con el devenir del tiempo, con la roca viva de la montaña. Caía por allí y sobre la estructura un pequeño arroyo que incidía sobre el metal y se dividía en dos, formando velos de agua translúcida. Eso dio nombre al lugar. Durante el día, el sol iluminaba el interior de la construcción a través de la impresionante cubierta semiderruida, atravesando las copas de los árboles que habían encontrado un hogar entre el refugio de su herrumbre, y también cruzando los innumerables agujeros que la mole desgajada y circular que conformaba uno de sus extremos dejaba a la vista.

Cómo habían moldeado el metal los Antiguos para dar forma a tan descomunal despropósito era algo que los habitantes de Entrerríos no podían

concebir, pues la mole, que era muchas veces más ancha que toda la aldea y mucho más alta que algunas montañas cercanas, se levantaba del suelo desafiando toda lógica, terminando en una punta como la de un hueso, redondeada y suave, sin marcas de forjado. La admiraban con un temor casi reverencial, pues si algo se sabía de los Antiguos era que, en algún momento, destruyeron todo su fascinante mundo y la mayoría de sus portentosas edificaciones.

Maradian no sabía apenas nada sobre ese pasado, pues las historias de los Antiguos eran escasas aun entre los más ancianos, pero entendía lo suficiente como para imaginar todo tipo de cuentos y leyendas que cabalgaban a lomos de los misteriosos artefactos, restos y vestigios que podían verse en Dosaguas. Cuando accedía al interior por la entrada principal, ubicada en el centro, su cabeza estaba presta a confabular y tejer imágenes inventadas sobre cómo pudo haber sido la vida allí antaño. A los Antiguos los imaginaba como seres altos, muy agraciados físicamente (como las hembras de los Steur o incluso más) y grandilocuentes en sus gestos y maneras. Los imaginaba yendo y viniendo por los corredores, ocupados en tareas inimaginables, rodeados de magia; la magia hacía ondear sus ropajes y tremolar sus cabellos largos y dorados. Y también los imaginaba flotando sobre el suelo, a poca distancia, porque en Dosaguas había lugares a los que no se podía llegar de ningún modo que no fuera volando, y escaleras que no llevaban a ninguna parte.

Dosaguas estaba, sobre todo, oscura. Los únicos rayos de sol que se filtraban a través de mil pequeños agujeros y aberturas practicadas por el tiempo en sus flancos arrojaban una luz lóbrega y fantasmal. Muchas de las cámaras ubicadas en los laterales de la entrada quedaban por tanto a oscuras, y las bocas de puertas estrechas y algo circulares, construidas por entero de metal, parecían espiar en silencio todos sus movimientos.

A pesar de esa oscuridad, o precisamente debido a ella, ahora admiraban la construcción con esa sensación que se instalaba en sus estómagos y les hacía abrir mucho la boca. Sus estructuras aún sostenían gran parte de la construcción, y en el interior permanecían vigas y mamparos allí donde los bastos contrafuertes seguían intactos. La nave central, de una extensión



descabellada, estaba oculta bajo varias capas de barro y raíces. Muchos de los anexos laterales no habían tenido la misma suerte, y se encontraban sumergidos en un compacto mar marrón; tan solo una parte de ellos, recorridos por estrías de metal y enormes tubos, se dejaba percibir entre la mugre. Las secciones adosadas dividían la nave en numerosos tramos, y se prolongaba por un transepto sobresaliente cuya estructura había desaparecido en simbiosis con la montaña. Allí, la tierra descendía desde el punto más alto hasta llegar al centro, donde descansaban los difuntos de la aldea.

Esa noche no hubo tiempo para buscar tesoros ni para admirar las configuraciones imposibles de hierro y barro; Maradian entró tras Baladar y se dirigieron directos hacia el lugar de descanso, cruzando la nave principal y evitando el suelo más inclinado. El lugar presentaba, sobre las grandes arcadas consumidas por hiedras y enredaderas que trepaban subrepticamente por las secciones laterales, un nivel superior que durante el día iluminaba, de forma mágica, la sección principal. Ahora, en cambio, recogidas por los velos lúgubres de la noche, las sombras descendían amenazadoras, serpenteando por las vigas, cazándolos desde las esquinas silenciosas que tenían a sus espaldas.

Maradian aceleró el paso al sentirse acechado. Eso hizo que Baladar tropezara con los restos de hierro entretejidos con las raíces, cayendo al suelo con un sonoro quejido.

—¿Se puede saber por qué me has empujado? —preguntó enfadado mientras se incorporaba inspeccionando las posibles heridas que podrían delatarlos.

—Lo siento —gimoteó Maradian arrepentido y sintiéndose algo tonto. Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

Baladar se examinó las piernas con creciente nerviosismo. Su padre le había advertido que si se cortaba allí dentro con uno de los metales oxidados, aunque fuera superficialmente, sufriría una enfermedad mortal que sería el corolario de una mutilación progresiva de todos y cada uno de sus miembros. Semejante idea, la de la mutilación, le producía un terror aún mayor que el de la posible presencia de monstruos escondidos entre las penumbras.

—Espera —exclamó Baladar al divisar, de pronto, algo relevante—.

¡Aquí hay pisadas!

Maradian se inclinó para mirar, pero se quedó petrificado en su sitio cuando percibió movimiento en algún punto a su derecha. Su cuerpo empezó a temblar sin control, y para cuando quiso darse cuenta, ya estaba huyendo en dirección contraria, arrancando ecos cavernosos de los altísimos techos. A pesar de eso, Baladar tardó todavía unos pocos segundos en percatarse que su compañero se desvanecía tras las sombras de la entrada. Se quedó mirando cómo desaparecía, incapaz siquiera de soltar el aliento. No daba crédito a lo que estaba pasando. ¿Maradian estaba huyendo? Habían pasado allí muchísimo tiempo: en las mañanas claras, en las tardes grises e incluso en las noches oscuras, y nunca el ánimo había temblado ante los crujidos de la herrumbre en las oquedades frías de las cámaras inertes, ni siquiera cuando algún sonido inesperado los sobresaltaba unos instantes para dejarlos luego entregados a una risa nerviosa. Entonces, ¿qué lo había asustado tanto?

Con una gota de sudor resbalando por la sien, Baladar se volvió prestando atención a todo lo que lo rodeaba.

La oscuridad era allí casi total. Tanto él como Maradian tenían muy buena visión nocturna, ampliamente entrenada durante diez mil peripecias y correrías cuando se suponía que estaban durmiendo, pero la sección que se desplegaba ante él parecía pintada de negro. No se podía distinguir nada, o casi nada, como no fueran unos volúmenes difusos en el margen de las cosas cuando no se las miraba directamente.

Y allí, precisamente, como arrastrándose de una de las sombras a otra, le pareció distinguir movimiento.

Baladar tragó saliva. El pecho le ardía, como si hubiera tomado un poco de aguardiente de los sótanos de su casa.

PIC.

Un pequeño sonido se dejó oír en la sala. Baladar sintió como sus testículos se apresuraban a replegarse contra su cuerpo.

PIC.

El movimiento se repitió de nuevo. Era inequívoco, y arrastraba, o eso le parecía, una brisa fría que consiguió helarle los huesos bajo la carne.

Pero no se movió.

Baladar retrocedió un par de pasos, incapaz de reaccionar. Sin querer, se descubrió poseído por un sentimiento casi eléctrico de miedo y nervios. Pensó en Aldreda, envuelta todavía con el sudario ceremonial tejido en hilo y seda, sucio y raído de la tumba, dejando pequeñas huellas en el suelo cubierto de barro y polvo, arrastrándose por los pisos superiores de las criptas donde todos sus ancestros recibían descanso eterno, y ese pensamiento lo apresó y lo dejó congelado en el sitio.

Y Aldreda avanzó por la sala, esquivando y casi volátil, más etérea que corpórea, a pesar de que Baladar pudo ver sus manos grises y retorcidas, los dedos rotos y desgarrados de haber arañado la dura lápida de su tumba, las piernas delgadas y desnudas tambaleantes como si fuera a caerse, la cara cubierta por el velo supurante de licores vitales, reseco y pestilente, que teñían la tela de un tono ocre e inmundado.

Baladar tuvo suficiente. Dando un grito tan desgarrador como estridente, se dio la vuelta torpemente, y casi se las compuso para no tropezar, pero el miedo atenazaba sus piernas y cayó de bruces contra el suelo. Cuando se volvió, con los ojos desorbitados y el corazón palpitante en el pecho, contempló con horror que Aldreda ya no estaba allí donde acababa de verla. En lugar de eso, la sala lo observó impasible, revestida de todos sus secretos, y las sombras tremolaron en silencio como toda respuesta.

Baladar se incorporó torpemente; miraba en todas direcciones, buscando a la resucitada. ¡No saber dónde estaba era aún peor que tenerla a la vista! Eso fue demasiado para el muchacho. Sin querer siquiera saber si la sensación de que la tenía detrás era cierta o no, el muchacho se levantó de un salto y, con los ojos medio cerrados, echó a correr detrás de su amigo.

No tardó mucho en alcanzarlo, por cierto. De los dos, Baladar era el más veloz, pero ninguno aminoró el paso ni intercambiaron palabra alguna; siguieron corriendo hasta llegar cada uno a su casa.

Los ecos de vida se fueron apagando poco a poco en Dosaguas, para dejar paso a otro tipo de sonidos más lúgubres. La noche regresó para reinar majestuosa. Las sombras volvieron a su cauce para seguir bailando con un apacible vaivén; el agua recorriendo las piedras de la fachada fue el susurro que gobernó sobre cualquier otro, incluidos los que se habían apoderado del

lugar desde hacía un par de noches: pasos opacos, menos rítmicos, quejidos sordos, sin rumbo.

# RONQUIDOS BAJO LAS ESTRELLAS



## I

La historia de la aparición de Aldreda Gaard y la búsqueda posterior que tuvo ocupados a los hombres durante la noche fue comidilla de todos durante los cuatro días siguientes. Las mujeres cuchicheaban encerradas en sus hogares, los niños escuchaban historias terribles de aparecidos, muchas veces a hurtadillas, agazapados en las escaleras de madera que conducían a los aposentos y dormitorios, y los varones detenían sus quehaceres para intercambiar miradas graves y comentarios en voz baja. Vigilaban de noche y también de día, aunque fuera a escondidas, para que nadie se preocupara en exceso, y sobre todo porque, de cara a las mujeres, ninguno quería dar a entender que la aparición de un fantasma pudiera ser motivo para mostrar temor.

Miles no creía que la aparición de Aldreda Gaard fuese motivo de alarma, pero sin duda evidenciaba algo: que las cosas estaban cambiando y que era mejor prepararse. Su corazón le decía que aún tenían tiempo; no mucho, pero tiempo, al menos. A pesar de que todos los ojos estaban vueltos hacia él, Miles había pedido tiempo para pensar. Pensaba mejor con las manos ocupadas, así que había decidido sacar el viejo roble del camino, por mucho

trabajo que representase. Cuando trabajaba y estaba ocupado haciendo funcionar los músculos en trabajos manuales, su mente vagaba libre y las cosas se «conectaban» de una manera que no podía explicar en circunstancias normales. Tenía ideas. Veía los hilos de las cosas más disociadas, y estas florecían con una claridad pasmosa.

Sin embargo, el trabajo parecía arduo incluso si usaban herramientas. Utilizaban para esos trabajos una invención bastante eficaz que consistía en una horca de una sola viga, un torno, cuerdas comunes y un bloque de tres poleas. Si utilizaban animales y cinco poleas, la cantidad de fuerza que podían ejercer era suficiente para levantar un carro con catorce cabezas de ganado, así que podrían echar abajo el roble con facilidad. Sin embargo, los animales estaban ocupados con las tareas de labranza y Miles no quería perder el tiempo porque el invierno avanzaba demasiado deprisa y ya llevaban suficiente retraso con los muchos asuntos que los ocupaban.

—Utilizaremos piedras para levantar una torre —dijo Miles mientras miraba el roble. Wáriner, a su lado como de costumbre, inclinaba pensativamente la cabeza.

—¿Una torre? —preguntó dubitativo.

—Sí. No muy alta. Nos llevará una jornada, no más. Emplazaremos cuatro mástiles para colocar las piedras, uno en cada extremo.

—Que me aspen. ¿Para qué haremos eso?

Wáriner no estaba seguro de si su compañero lo escuchaba. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

—Pondremos otro mástil en medio de la estructura —explicó—. Allí utilizaremos no uno, sino los tres tornos que tenemos.

—¿Quieres utilizar los... tres tornos a la vez?

—Más tornos, más fuerza. ¿No crees?

Wáriner miró el roble unos instantes más.

—Parece que tiene sentido.

—Al estar sujetos al mástil —continuó diciendo Miles—, sustentado por nuestra torre de piedra, podrán desarraigar el roble.

Wáriner se rascó la cabeza, aún ceñudo y pensativo. Por fin se encogió de hombros. Miles era el hombre de las ideas, al fin y al cabo, y eso era un

hecho tan cierto como que el sol despuntaba por el este.

—No lo sé —dijo al fin—. Podría funcionar, si crees que funcionará.

—Lo creo —afirmó Miles, asintiendo.

La jornada transcurrió apaciblemente. A media mañana, cuatro hombres se habían unido a los trabajos y la torre de sustentación se elevaba medio metro por encima de la más alta de las cabezas. Didacus Dragan, que era el más hábil artesano de la madera con el que contaba la aldea, tenía postes preparados. Los había cortado y pulido para reparar el tejado del granero de Venorian, y como aún no les había dado uso, los llevó hasta allí junto a una carretada de rocas.

La idea de Miles resultó ser un éxito, al menos al principio. Los tornos funcionaron muy bien, las cuerdas se tensaron alrededor del grueso tronco del roble y parecieron incrustarse en la madera antes de empezar a arrancar quejidos y protestas. La madera gruñía, se dolía ante la presión insoportable de las cuerdas, y al cabo de un rato, el tronco empezó a estremecerse y a ladearse. Las hojas cayeron, las ramas rechinaron, las raíces levantaron la tierra sobre ellas, y los hombres flexionaban los músculos mientras ejercían presión sobre las poleas. Pero funcionaba. El roble se desligaba de sus asideros y empezaba a sufrir su muerte.

En un momento dado, sin embargo, todo cambió.

Fue el viejo Acelin quien se dio cuenta primero. Había acudido a dar ánimos porque era demasiado viejo para cualquier esfuerzo físico, y se encontraba de pie junto a las primeras raíces expuestas. Levantó las manos con grandes aspavientos y se dejó caer de culo contra el suelo, como si una mano invisible le hubiera dado una bofetada.

Arran Augia soltó una soberana carcajada.

—¡El viejo Acelin ya no puede ni sostenerse! —exclamó.

Acto seguido, su cara compuso una mueca complicada, levantó las cejas, se llevó las manos a la boca, y salió corriendo.

—Pero qué...

Para entonces, todos pudieron sentirlo. Olerlo.

Era la peor suerte de podredumbre que ninguna nariz había podido oler jamás.



Parecía salir de la misma tierra, escapando esquivamente entre las raíces oscuras y expuestas del roble. La tierra allí se había vuelto negra, sucia y acuosa, como la de los pozos de excrementos que se excavaban bajo las casas, solo que peor. Todos habían tenido que lidiar con sus propios excrementos y los de su familia por añadidura, pero ninguno se había enfrentado a algo semejante.

Algunos imitaron a Acelin y se dejaron caer en el suelo. Otros vomitaron los escasos alimentos con los que se habían alimentado por la mañana.

—¡Por los huesos de los Antiguos! —soltó Arran—. ¡Pero qué...!

No pudo terminar. Un acceso de vómito salió despavorido de su boca y acabó cayendo sobre los pantalones de Acelin. Miles estaba estupefacto.

Tardaron un rato en solventar el problema, atándose telas húmedas aderezadas con hierbas aromáticas como romero y espliego alrededor de la cara para cubrir narices y bocas. Eso mitigó lo suficiente el hedor como para que pudieran asomarse al agujero que había dejado el roble, y vaya si era enorme.

Se trataba de un pozo oscuro, circundado por una capa de una mugre oscura, hedionda y de aspecto malsano, recorrida por estrías húmedas de hongos tan retorcidos y aplastados que parecían verrugas que la tierra hubiera engendrado al abrigo del silencio subterráneo. Miles y casi todos los granjeros habían visto muchas, muchísimas tierras baldías, estériles y carentes de toda sustancia, pero nunca nada como aquello. Era tierra muerta, podrida, carente de toda vida. Ningún insecto, gusano o bacteria vivía allí. Era nada. Era la ausencia de vida. Total y absolutamente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Wáriner.

Las familias se miraron, perplejas.

—Creo... —exclamó Arran, hablando despacio, con visible preocupación—... que esta es la razón por la que nuestras cosechas no han producido lo que debían estos últimos años.

—¿Qué quieres decir? —chilló Acelin con una voz en extremo aguda, asqueado sin duda por el vómito que descansaba entre sus piernas.

Miles lo pensaba también, pero no dijo nada.

—La tierra se muere —sentenció Arran—. Algo la está matando.

—¿Qué dices? —protestó uno de los granjeros—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡No es más que... una infección de hongos!

—¡Es la mierda de los Boeke! ¡Su casa es la más cercana! ¡Ha contaminado la tierra!

—No digáis sandeces —soltó Arran—. Mirad la tierra. No hay ni medio metro. Miradla y decidme lo que todos sabemos, en realidad. Apuesto a que si cavas bajo tus sembrados a la suficiente profundidad, Tamblor Hylas, descubrirás que la tierra es igual de negra. Por eso el mal olor. Es el mismo mal olor, solo que aquí es más intenso. ¿No lo veis? ¿No comprendéis que... esto es lo mismo que nos hizo reunirnos la otra noche?

Nadie dijo nada durante un rato, pero todos empezaban a aceptar que Arran Boeke tenía razón. Se daban cuenta de que aquello que consumía sus tierras desde el subsuelo no tardaría en aflorar a la superficie, alrededor de sus casas, ahogando sus cosechas, esta vez para siempre. Sabían que acabaría por agostar toda hierba, flor, planta y árbol en toda la región. Sabían que el mal se extendía despacio bajo sus pies, imparable, indetectable. La muerte viajando en el silencio.

Sin mediar palabra, se aprestaron a tomar palas para cubrir el agujero y apartar, al menos, el olor de sus vidas. Al menos eso.

Esa noche habría Asamblea. Otra vez.

## II

La Asamblea se celebró al atardecer. Era la primera vez que se congregaba a los varones sin que sucediera al amparo de la noche, pero el descubrimiento de la podredumbre bajo el roble había inquietado absolutamente a todo el mundo. La noticia de que la tierra se pudría corría ya en boca de todos, y eso, para una comunidad que vivía de ella, era algo que asustaba mucho más que un fantasma. Incluso los Hylas fueron convocados. Alguien se tomó la molestia de correr hasta el lugar donde tenían sus cabañas aledañas a las construcciones de los Antiguos, como casi todo el mundo en la aldea.

Miles Steur comenzó la sesión colocándose en el centro del círculo, la copa tallada por sus ancestros en la mano.

—Tengo algo que contaros —anunció con voz grave y la mirada esquivada—. Hace mucho que sé que la Entraña ha estado creciendo.

Las voces se elevaron gradualmente en la sala.

—¡Dejadlo hablar! —bramó Wáriner.

—Lo supe cuando recorrí las tierras a septentrión, ¿lo recordáis?

—Tu viaje por las montañas... —dijo Wáriner sorprendido.

—Eso... Eso fue hace... ¡Hace dos cosechas al menos! —exclamó Tamblor Hylas, sorprendido.

—Sí. Partí con equipaje ligero, cruzando sobre y bajo las montañas para ver si el ganado era más abundante al otro lado que aquí, por si se había desplazado. Como os conté, resultó que no. Las tierras baldías no se habían regenerado, como esperábamos, tras las lluvias. Había aún menos pastos y, por consiguiente, menos animales.

—Recuerdo eso —dijo Arran Augia, ahora más interesado.

—Todo eso era verdad. Lo que no os dije fue lo que encontré un poco más allá.

—Sabía que habías estado enredando —dijo Arran—. Tardaste demasiado para esas largas zancadas tuyas.

Miles asintió.

—Y bien, ¿qué descubriste?

—¿Llegaste hasta la Entraña, hijo? —chilló el viejo Acelin.

—Por descontado que no —respondió Miles—. Aún no he perdido tanto el juicio. Pero sí que la vi a lo lejos mientras estaba agazapado entre matorrales, sintiendo su presencia en el interior de los huesos.

La mayoría ahogó una exclamación, tan sorprendidos como se podía estar.

—¿Dices que viste... esa cosa? —preguntó Arran.

—La vi, os digo. Despuntaba en el horizonte como una torre retorcida y sin sentido —dijo construyendo una forma en el aire con los brazos—. No acierto a comprender cómo se sostiene. He visto montañas más asentadas desmoronarse por acción de la lluvia y los temblores. Pero esta permanece. Y

no es que sea de un color extraño.... Es que... es como si no tuviera color. Hiere a la vista mirarla, como si algo en tu interior te dijera que eso no puede ser, que no está ahí. Es como ver una montaña de nieve en mitad del desierto.

Ahora escuchaban con verdadero asombro.

—¿Y qué pasó? ¿Qué nos has ocultado? —insistió Arran—. Eras nuestro enviado, nuestros ojos y nuestros oídos. ¡No está bien que te hayas reservado cosas para ti, todos te dimos un poco de nuestras provisiones para el viaje!

Varios de los varones de su linaje elevaron una protesta similar.

—Hice lo que hice para no despertar una alarma temprana —dijo Miles—. La Entraña está lejos, y era la segunda vez en treinta años que pisaba esas tierras. Pero recuerdo cómo las encontré la primera vez, y vi enseguida los cambios que se me mostraban.

—¡Habla de una vez! —exclamó Arran—. ¿Qué viste?

Miles miró su copa tallada antes de contestar, intentando reunir valor para invocar el recuerdo que precisaba.

—Era como... como si ante mí se extendiera una suerte de maldición. La tierra era oscura y tenebrosa, como la que hemos visto bajo el roble. Los pocos árboles que quedaban se retorcían sedientos en mitad de planicies yermas y agostadas, la tierra se agrietaba como desesperada, abriendo bocas hediondas por doquier, pozos profundos a los que apenas me atreví a asomarme. Pero allí había túneles y corredores que serpenteaban en la oscuridad, como si las cuevas bajo la Entraña hubieran crecido con el tiempo.

—¡Las cuevas no crecen solas! —exclamó Acelin—. ¡Las cuevas se excavan!

Eso hizo que muchos de los hombres, en especial los Augia, se lanzaran a una caterva de conjeturas y exclamaciones airadas. Los Hylas tampoco estaban contentos y querían saber el motivo por el cual habían sido privados de ese importante conocimiento.

—No sé por qué los alrededores de la Entraña, aún estando tan lejos, habían cambiado tanto. En aquel entonces no quería saberlo. Pensé que no nos afectaría, al menos por un tiempo, pero parece que un destino funesto ha puesto alas en ese tiempo y se nos echa encima. Lo que sea que carcome la tierra y la degenera, está aquí.

—Estamos condenados —exclamó el gordo Tamblor, sentándose en uno de los taburetes y vaciando su copa en el gaznate.

—Y hay algo más —continuó Miles—. O mucho me equivoco, o a lo lejos vislumbré humo escapando por uno de esos pozos ciegos.

—¿Humo, dices? —preguntó alguien.

—¡Humo, idiota, deja de interrumpir! —le gritó Gillot Boeke.

—¿Qué quiere decir humo? —quiso saber Arran—. ¿Por qué humo, y por qué bajo la tierra?

Miles carraspeó.

—No lo sabía, pero quería averiguarlo, así que decidí quedarme allí durante la noche para que el resplandor de cualquier hoguera o actividad que pudiera haber en la zona se me revelase.

—¡Bien pensado! —exclamó Acelin levantando su copa.

—¿Y qué viste? —quiso saber Wáriner.

—Bien. La noche llegó, y también el frío. Por nuestros hijos que mi piel no conocía un frío semejante. Se me metía en los huesos y no había lana o piel que pudiera impedir eso. Pero me quedé, y cuando estuvo bastante oscuro esperé confiado a ver resplandores, quizá, aquí y allá, que me diesen una pista de lo que ocurría. No vi nada de eso, y el humo se detuvo y no volvió a salir en los dos días que estuve allí agazapado, chupando las piedras para aplacar el hambre y la sed.

—Pero algo viste —dijo Wáriner.

—Algo vi, sí.

—Habla —lo apremió Arran.

Miles asintió.

—Antes os contaré algo. Las provisiones que llevaba no eran muchas, y en verdad os digo que estaba cansado del mijo y la harina. Descubrí un conejo raquíptico agazapado en su madriguera y me las ingenié para hacerlo salir, le di caza y logré herirlo en una pata. La mala fortuna hizo que el conejo diera un último salto y terminase despeñándose montaña abajo hasta unas zarzas donde ya no pude encontrarlo. Lamenté la pérdida de la carne, en verdad me habría venido muy bien, pero me olvidé de él y continué mi camino.

—Un conejo —farfulló Arran.

—Sí. Aquella noche vi lobos a lo lejos. Al menos tres. Caminaban de una manera extraña, como si estuvieran exhaustos o agotados, quizá hasta enfermos, se acercaron a uno de los pozos y... se tiraron por él.

—¿Los lobos se tiraron a un abismo? —preguntó Acelin con la nariz arrugada, más aún de lo que solía estarlo.

Miles volvió a asentir.

—Más tarde vi otros animales. Venados, y también pájaros. Pero los pájaros no volaban, iban dando saltos por el suelo, las alas retorcidas, como desgarradas.

Todos los presentes escuchaban ahora con atención.

—No comprendía lo que pasaba. Hasta que vi al conejo.

—¿El conejo que se despeñó por la montaña? —preguntó alguien.

—Pasó trotando a mi lado, con la cabeza colgando inerte a un lado. Tenía sangre en el pelaje, y también mi herida, la que yo le infligí en la pata.

Los murmullos afloraron. En boca de todos había una sola palabra: Aldreda.

Miles no dijo nada inmediatamente. Al cabo, continuó:

—Era el conejo que yo había dado por muerto, sí, y mucho me equivoco o aquel animal lo estaba realmente. Muerto, quiero decir, por mucho que trotase a mi lado como si no pudiera verme. Probablemente era así, guiado por no sé qué impulso que lo llevó a cruzar todo el terreno baldío hasta el mismo pozo por el que se habían arrojado los lobos. Llegó allí al amanecer, y se tiró.

Esa parte de la narración terminó por incendiar su estupor. Las copas cayeron al suelo, los taburetes volaron de un lado a otro y los empujones y tirones se convirtieron en la norma. Algunos habían sacado sus cuchillos pero se contentaban con agitarlos en la mano. Tanto a Miles como a Wáriner les llevó un tiempo convocar otra vez la paz para que alguien pudiera expresar alguna idea con sentido.

—¡Y bien! —chilló Arran Augia—. ¡Alguien tiene que decirlo!

—¡Dilo pues! —grito enardecido Acelin.

—¡A mí esto me suena a magia!

Las palabras que Arran acababa de lanzar hicieron que todos callaran de repente. Las antorchas iluminaron las paredes revestidas de un silencio sepulcral, y en alguna parte de la cocina, un roedor hizo sonar las cacerolas, que tintinearón débilmente.

En la aldea sabían de la magia. No les gustaba, por cierto, porque en su mayoría eran hombres rudos dedicados a tareas manuales donde hacían falta más músculos que cerebro. Y no les gustaba porque no eran capaces de sentirla, ni comprenderla, y mucho menos manejarla. Pero la magia existía aún entonces, mucho tiempo después de que las más longevas civilizaciones hubieran exhalado su último aliento vital y hubiesen sido sepultadas bajo el polvo de la decadencia y el olvido. Existía entre las piedras, alrededor de los árboles, prendida de la esencia vital de las cosas, tejida con delicadeza entre las hojas de los árboles y las rocas sumergidas en los ríos. Existía también en el agua y en el aire iluminado por los rayos del sol. Y existía en la noche, por mucho que los hombres prefiriesen no caminar por ella. Existía porque la magia constituía la base de todo lo que era, nacía y se alimentaba de absolutamente todo lo que ha sido creado y evolucionaba a su alrededor, a veces vibrante y chispeante, a veces pendiendo invisible de hilos desconocidos y secretos, lánguida y débil.

Cuando la magia no se comprende es como el fuego que prende un trozo de madera, y los hombres de la aldea sentían el mismo temor reverencial por ella que sus antepasados por el fuego de los primeros días, caído del cielo desconocido e inmenso. La magia no se lleva bien con el miedo, sobre todo al revés, y por eso en la aldea se cerraban las puertas y se aseguraban los postigos de las ventanas cuando alguien (o algo) evidenciaba la más mínima traza de magia.

¡Magia! Los hombres habían decidido ya qué hacer. Nadie quería magia por allí, muchas gracias. La magia podía hacer que la piedra ardiese como la madera, y que esta se comportase con la misma dureza que una espada bien templada, y esas cosas rompían sus esquemas elementales. Casi todos decidieron rápidamente qué hacer, y mientras algunos de los hombres hablaban de mudarse hacia el sur, a climas más benévolos, y empezar allí una nueva vida junto a sus familias, otros sugerían ideas lo bastante hilarantes

como para que miembros de los Hylas cayeran al suelo tronchados de risa, como cavar profundas trincheras alrededor de la aldea para detener el avance de la podredumbre. Miles dejó que hablaran y se entregaran a sus locas cábalas durante un rato, porque él ya había decidido, y en virtud de los poderes que le habían sido otorgados durante el Equinoccio del Mandato, él era todavía el jefe.

Por fin, cuando le pareció que había un hueco para elevar la voz, se hizo de nuevo con la palabra.

—No podemos irnos de aquí —anunció con voz de trueno—. Sabéis tan bien como yo que nuestras casas son robustas porque sus estructuras esenciales, las que se entierran en el suelo y las hacen sólidas ante vientos y temblores, pertenecen a una época olvidada. Nadie podrá nunca construir casas como estas. Podemos irnos y trabajar la piedra y la madera, pero no serán tan fuertes ni tan seguras.

—¡Miles tiene razón! —gritó Wáriner.

—¡Sí, la tiene! —asintieron algunos de los hombres.

—Entonces ¿qué haremos? —preguntó alguien del clan Boeke.

—Esto es lo que haremos —dijo entonces—. Formaremos una comitiva y viajaremos hasta las tierras que rodean la Entraña. Veremos entonces qué misterio oculta ese pozo, y por qué a los animales se los priva del descanso final.

—¡Hechiceros! —bramó Acelin.

—¡Brujos! —exclamó alguien más.

—No podemos enfrentarnos a un hechicero y sus artes inexplicables —soltó Didacus Arran entonces, algo inusual porque por lo general prefería estar callado—. Dame un trozo de madera y lo trabajaré. Pero la magia... Esas cosas no están hechas para los hombres. Yo digo que no.

—Didacus tiene razón —lo secundó Arran.

—Escuchad —pidió Wáriner, mirando a Miles a los ojos—. Quizá haya una solución mejor.

—Habla, Wáriner Venorian —le pidió Miles.

—¡Que hable el Venorian, él sabe lo que se hace! —gritó alguien que resultó ser uno de su linaje, lo que levantó exclamaciones airadas y algunos



codazos en el bajo vientre.

—¿Qué hay de...? Bueno. Ya sabéis. Las leyendas.

—¿Qué leyendas? —quiso saber Miles.

—Algunos las habéis visto, o eso me han dicho. He oído historias. Todos las hemos oído. Diría que los Hylas saben una cosa o dos sobre ellas, por lo que se dice por aquí.

—¿Qué tienes que decir de los Hylas? —preguntó Tamblor Hylas, el patriarca del clan.

—Nada que venga al caso —los interrumpió Wáriner para evitar que se desviara la conversación.

—¿Quiénes son ellas, entonces? Ellas. ¿Ellas, quiénes?

Wáriner bajó la mirada antes de responder.

—Las Herederas. Hablo de las Herederas.

### III

Era la primera vez que el edificio de las pequeñas y grandes cenas, de los festejos y las celebraciones, y también de las asambleas registraba una contienda como la que ocurrió aquella noche. Tan pronto como Wáriner Venorian habló de las Herederas, alguien comentó sobre ungüentos especiales para mantener los arietes de la familia en posición erecta, y otra vez volaron las copas, los taburetes y los puños. Dilur Hylas, hermano de Tamblor Hylas, se subió a una mesa, sacó su prominente falo de los calzones y lo sacudió cuan largo era sobre la cabeza de un Venorian. Los cuchillos centellearon bajo la luz de las antorchas.

Esta vez, Miles tuvo que repartir coscorrones y bofetadas, avanzando entre los hombres como si llevara ruedecillas en los pies, decidido a recuperar el orden. Lo consiguió, por cierto, pero para entonces dos de los hombres tenían los ojos hinchados como resultado de algún puñetazo, y otro estaba en el suelo dolorido del bajo vientre.

—¡Ya está bien! —exclamó Miles—. ¡Dejad de comportaros como niños!

¡Aún peor! La aldea no ha visto una dificultad como esta desde que tuvimos aquel problema con el agua, y si no estamos unidos como lo estuvimos entonces, ¡os aseguro que viviremos circunstancias nefastas!

Algunos agacharon la cabeza avergonzados. Solo los Augia, los Gaard y los Hylas permanecieron altivos y desafiantes.

—El Steur tiene razón —exclamó alguien—. ¡Dejemos los trapos sucios para que los laven las mujeres!

—Antes de que Dilur Hylas nos enseñara su problema con su higiene personal en salva sea la parte, Wáriner estaba hablando de las Herederas.

Una sombra cruzó la mirada de todos. La habitación se oscureció por momentos.

—¡Las Herederas, sí! —exclamó Miles golpeando la mesa como era su costumbre—. No nos gusta hablar de ellas como no nos gusta hablar de las chinches que guardamos en nuestros jergones, pero todos sabemos que están. Viven allí, en algún lugar dentro del profundo bosque, cerca de las Ruinas de los Antiguos, y muchos hemos a veces intercambiado palabras con ellas. Y algunos incluso otras cosas, ¡así que dejad de señalaros unos a otros y escuchemos lo que Wáriner tiene que decir!

—Escucharemos —graznó el viejo Acelin.

Wáriner carraspeó.

—Lo que quiero decir... —manifestó, algo incómodo por el repentino exceso de atención—... es que tenemos un problema de magia aquí. ¡Magia! No sabemos nada de magia. Somos hombres, no esas... cosas que brillan a veces en la oscuridad y que se alimentan de forma prohibida... Sabemos de arados y de animales, y de cómo hacer felices a nuestras mujeres.

Los hombres aplaudieron y bramaron satisfechos.

—¡Eso!

—Entonces, ¿por qué no recurrir a alguien que sepa qué ocurre?

—¿Las Herederas? —chilló Acelin.

Las miradas se cruzaron en las penumbras del salón social.

—Nunca se han pronunciado a favor de nuestra gente —exclamó enfadado Arran Augia—. ¿Qué os hace pensar que ahora lo harán?

—¿Qué es lo que siempre ha hecho que las cosas funcionen? —apuntó

Miles, sonriendo por primera vez en días—. ¿Qué es lo que ha hecho que nosotros nos soportemos cada día y trabajemos juntos aportando el fruto de nuestro trabajo y esfuerzo?: el interés común. Si el problema no las afecta todavía, sin duda saben a estas alturas que las afectará. Necesitamos colaborar, como lo hacemos aquí.

—¡Sí! —exclamó alguien.

—¡Bien dicho! —comentó otro.

—¡Tiene razón!

—Además, esas criaturas... son mujeres, al fin y al cabo, ¿cierto? — señaló Ródegas Hylas—. Y viven solas en el bosque. ¡Seguro que unos haces de leña, carne salada y algo de cerveza les vendrán bien!

—¡O el rabo sucio de Ródegas Hylas! —exclamó alguien.

Los hombres se rieron de forma estrepitosa, pero al cabo, las copas se alzaron y se derramó cerveza en el suelo, lo que para cualquier hombre de la aldea (y de toda la región, en verdad) era como una firma en un contrato. En suma, la esperanza de que las Herederas necesitaran algo que ellos pudieran conseguir con sus manos los había llenado de entusiasmo.

—De acuerdo —declaró finalmente Miles, satisfecho de avanzar en algún sentido—. Propongo que cuatro de nosotros nos aventuremos mañana a ver a las Herederas, y comprobar qué podemos sacar de eso.

La idea se aprobó, otra vez, con la mayoría de copas levantadas, y esa noche la provisión de cerveza descendió de forma considerable. En la aldea gustaban de celebrar las cosas antes de tener resultados, pues así, al menos, se garantizaban una noche alegre.

En cuanto a quiénes irían a ver a las Herederas, se decidió que fueran Miles y Wáriner en primer lugar, por motivos que se comprenden, y cuando eso se hubo decidido, Arran Augia se presentó voluntario, lo que por supuesto provocó que Ródegas Hylas hiciera lo propio. Ante eso, Acelin Gaard rio entre dientes, pero casi nadie, con la notable excepción de los niños Baladar y Maradian, que otra vez estaban ocultos en el Gran Salón, le prestó atención.

## IV

Nadie que fuera extranjero llamaría a la colección de granjas y estructuras dispersas «la aldea». Era tan solo un nombre familiar de uso cotidiano para sus habitantes, las familias Boeke, Steur, Venorian, Gaard y las demás. Para el resto del mundo conocido, que se extendía vastísimo en todas direcciones alrededor, el lugar era y había sido siempre Entrerríos.

La razón era, por supuesto, la existencia de dos caudalosos ríos. Negro Arroyo se encargaba de cortar la región de oriente a occidente, y Verdepiedra de septentrión a meridión, describiendo un brusco giro en forma de L cerca del cerro montañoso que llamaban Abrojos. Entre ellos, el terreno era amable y las colinas se dispersaban de manera suave con abundantes y ricos pastos para el ganado, que se había reducido de forma alarmante los últimos años, y los terrenos cultivados por las manos de los hombres.

No había mucho que ver hacia el sur. Allí, las praderas languidecían en altura durante cientos de kilómetros, con pocos y escasos macizos de árboles desperdigados como latigazos en un mar pardo, hasta llegar a unas costas bravías y rocosas, formadas por escarpados acantilados donde era imposible fletar barco alguno.

Hacia el oeste, el terreno degeneraba con rapidez en una confusa procesión de piedras arracimadas en grupos, todas de aspecto tosco e irregular, como si hubieran sido trabajadas mucho antes de los orígenes de la aldea, quizá en la era de los Antiguos. Rudos sesgos y bocados suavizados por el paso reciente del tiempo permitían imaginar qué tipo de herramientas se habían empleado allí, ninguna de las cuales los hombres de la aldea siquiera conocían. Allí el paisaje se enardecía, tocado por una maraña de arbustos espinosos y árboles devorados por el musgo. La humedad era a veces tan alta que en verano costaba respirar. Pero después la vegetación caótica y abundante lamía el linde de un bosque tan tupido y denso que los árboles se pegaban unos a otros, permitiendo el paso tan solo por estrechos senderos, muchas veces reinventados y reencontrados, siempre cambiantes, por los que a nadie le gustaba pasar. El sol no llegaba al suelo, cubierto de

hojarasca en descomposición, cuajado de setas y hongos deformes que sobrevivían en el silencio.

Hacia el este, Entreríos era pródigo en prados verdes salpicados por calvas sinuosas donde la hierba, por alguna razón inexplicable, se había excusado de crecer. Allí la tierra era un tanto más seca, a veces contaminada de tramos de arena fina, herencia de las rocas que habían venido arrastrándose desde las poderosas montañas del norte.

Porque el norte era una salvaje cadena montañosa que comenzaba abruptamente al pie de un sendero y no terminaba hasta perderse entre las nubes e incluso más allá.

A la serie de montañas unidas en confuso tropel se la conocía como Quebrantahuesos, porque no era inusual encontrar cabras despeñadas en las faldas, a veces arrojadas al vacío por orgullosas águilas grandes como caballos. Al pico más alto lo llamaban, por cierto, Luna de Hierro, porque su cumbre tenía la forma de esta cuando se encontraba en cuarto creciente, y la roca madre era tan fuerte y dura como dicho material. Escalar por allí era algo que solamente Miles y algunos de los Hylas se habían atrevido a hacer, y ni siquiera ellos llegaron muy arriba. Respirar era difícil, y la tierra parecía reclamar los cuerpos para sí, como si los atrayese, haciendo que soportasen varias veces su propio peso. Si hubiesen llegado más arriba, Miles habría descubierto que en las cumbres había nieve y neveros permanentes que resistían las estaciones más cálidas, y de ellos nacían manantiales que se precipitaban en cascada por las laderas para acudir a alimentar a los ríos. Todo alrededor era un espectáculo de exuberante belleza, de roca moldeada con infinita paciencia por la acción del agua, creando canales y estructuras concebidas por la mano experta de la naturaleza.

Quebrantahuesos era infranqueable excepto por un par de pasos estrechos y peligrosos, a menudo bordeando abismos insondables en cuyas profundidades resonaba el rumor de aguas corriendo bravías en sus oquedades estrechas, tan rugientes como ávidas. Zigzagueaban por las casi verticales laderas siguiendo rastros confusos que en otros tiempos debieron de ser rectos y precisos, pero que el tiempo se había encargado de destruir, al menos parcialmente. Cuando la altura empezaba a producir mareos incluso en

los pulmones más preparados, el camino conducía a una escalera de piedra que se internaba en la montaña, subía doscientos metros, y volvía a salir por el otro lado. Los escalones eran rectos y exactos, dotados de una belleza tan simple que los hombres mostraban allí una admiración casi reverencial. Era otra obra de los Antiguos que se había preservado por estar al abrigo del viento y la lluvia.

Después, el camino volvía a descender y la vegetación verde y luminosa que reinaba en los alrededores de la aldea se perdía, convirtiéndose en una sombra pálida, con árboles raquíticos y retorcidos, como enfermos, hierbas ralas y escasas, arbustos grises privados de toda belleza o esplendor. Por allí pocos se acercaban: cruzar la escalera era mal presagio, como escapar de su tiempo a lugares menos amables y por donde las bestias más peligrosas buscaban presas fáciles.

Ese era el mundo de los hombres de la aldea. Pocas, muy pocas veces, habían explorado más allá de esos márgenes, porque los peligros eran muchos, y en las pocas ocasiones en las que alguna familia había intentado extender sus tierras, desapareció sin dejar más rastro que algún zurrón manchado de sangre. Entrerríos era una extensión suficiente como para que un adulto joven y sano tardase varias semanas en recorrerla de punta a punta, y en la aldea, de todas maneras, no gustaban de más novedades que algún inesperado toque de eneldo en el estofado.

Pero el bosque del Oeste, al que los amantes de la naturaleza llamaban Hayedo de Montaña y los evocadores de historias Sombraviva, era un pequeño misterio en sí mismo. Era un cáncer en el orden de las cosas dentro de la región, porque su configuración parecía cambiar con el paso del tiempo, y esas cosas no entraban en la mente de ninguno de los habitantes de Entrerríos. Alguien podía acercarse con un grupo de ovejas un día, sentarse en una piedra y aprenderse el paisaje, para hacer lo mismo semanas más tarde y no encontrar ningún elemento en común con lo que traía en su memoria. A eso lo llamaban «magia», y esa palabra era motivo más que suficiente para llevar las ovejas a pastar a lugares bien apartados. Una leyenda que se contaba en las noches lluviosas en el corazón del invierno decía que Sombraviva existía en varios lugares a la vez, que Bentabol Hylas, abuelo del

más anciano de los ancianos y que formaba ya parte de la historia de Entreríos, entró en el bosque cuando sus músculos eran jóvenes y su pelo fuerte, y salió consumido por la edad, coronado por una mata rala de pelo gris y macilento en su cabeza confusa, como si el tiempo le hubiera arrebatado, de golpe, cincuenta años.

En cuanto a los preparativos para ir a ver a las Herederas, se hacían, como de costumbre, en silencio. Toda empresa que conllevara cierto peligro se desarrollaba siempre en silencio. Las mujeres preparaban los hatillos y las viandas, los odres de agua y de cerveza, el pan, las cuerdas y otros aperos propios de cualquier comisión hacia lugares que era mejor no pisar. Incluso los niños asistían en silencio a las tareas preparatorias con los ojos enrojecidos, conteniendo el llanto al intuir que sus padres se entregaban a algo peligroso.

Las familias que no habían contribuido a la expedición con miembros de su linaje, siguiendo las costumbres, aportaron más comestibles que las demás.

No partieron ese día, sin embargo. Hacia el mediodía, un cuajarón de nubes negras irrumpió abruptamente desde el oeste, como un emisario negro del mismísimo Sombraviva, cargado de un augurio que muchos identificaron como funesto. Fuera esto cierto o no, la lluvia era lo bastante torrencial como para retrasar la marcha hasta el día siguiente.

Esa noche, Miles Steur estaba en la planta inferior de su casa, sentado junto al fuego, mirándolo con expresión preocupada. Su mujer se acercó despacio hasta colocarse a su espalda, emplazó ambas manos alrededor de su cuello, y lo abrazó.

—¿Qué te ocurre, esposo? —preguntó con suavidad—. Nunca te he visto tan preocupado y ya son días.

Miles no contestó inmediatamente. Puso su mano sobre la de ella y permaneció escudriñando las llamas como si pudiera extraer de ellas la respuesta a las preguntas que lo acosaban.

—No lo sé —respondió—. Hay muchas cosas delante, muchas más de las que un hombre puede pensar a la vez.

Isobel Steur asintió con gravedad. Si tenía sus propias ideas o no, no lo dijo, porque el hombre que estaba abrazando era el jefe de la aldea y no le

correspondía a ella perturbar sus pensamientos. En lugar de eso, acarició con los dedos su gran cuello, deslizándolos por los brazos mientras se movía despacio hacia el frente y se colocaba delante de él. Cuando se arrodilló para observar al hombre que tanto amaba, encontró el resplandor de las llamas bailando fulgurantes en sus pupilas, sus mejillas encendidas por efecto del calor y la cerveza. Las mujeres no bebían cerveza más que en las grandes ocasiones, así que se acercó despacio hacia sus labios y bebió de ellos. Aún tenían el sabor amargo y penetrante que recordaba de la última gran fiesta. Y le gustó. El beso y el sabor.

Miles respondió con rapidez. Sus grandes manos recorrieron los muslos de su esposa antes de alcanzar su cuerpo, los dedos apretando con la intensidad justa para provocar en ella pequeños escalofríos de anticipación. Levantarla con facilidad y cruzar el hogar en un par de zancadas fue todo uno. Dejarla caer en la cama y despojarla de sus ropajes con movimientos decididos y cargados de premura fue la acción inevitable previa a poseerla. Gimió tan pronto tuvo su sexo al descubierto, ardiente y ávido de él.

El intercambio fue rápido y urgente. Miles terminó jadeando como un animal, sudoroso y exhausto, su aliento de cerveza sobre los labios entreabiertos de ella, anhelantes y sorprendidos por la inesperada necesidad de su esposo. Él no salió de su interior. Volvió a moverse, sin darse tiempo a descansar, y esta vez fue dulce y suave, y estuvieron el uno sobre el otro durante horas, envueltos en un sudor tibio, corolario del placer que sentían, entregados a sus pasiones una y otra vez hasta que la noche languideció con suavidad hacia la primera claridad del alba.

La expedición partió varias horas más tarde.

## V

—Por toda mi descendencia, Miles Steur —exclamó Ródegas Hylas cuando empezaba ya a jadear—. Debes de haber dormido como un niño de teta esta noche. ¡Te veo caminar y dar zancadas y no puedo creer lo que veo aquí bajo



la luz del día!

Miles iba el primero, caminando a paso resuelto y llevando el hatillo como si pesara menos que el aire.

—He descansado, Ródegas, ¡pero como un hombre!

Ródegas refunfuñó.

—Pues ya me dirás sobre qué paja y en qué postura, ¡porque si puedo caminar como tú llegaré a la Entraña y aún más lejos!

—No seas tonto, Ródegas —exclamó Arran—. ¿No lo ves? El Steur ha descansado dejando su miembro en la forja de su mujer. ¡Míralo caminar y dime si no es cierto!

Wáriner soltó una carcajada.

—Miles se comporta siempre como si forjara su hierro cada noche, ¿no es cierto Miles?

Miles miró hacia atrás componiendo una mueca.

—No voy a hablaros de lo que hago con mi esposa. No por cierto a hombres que hacen más caso a la carne entre sus piernas que a la que tienen sobre los hombros.

Ródegas rio con ganas.

—¡Así debe ser! —exclamó jubiloso.

La mañana transcurrió con rapidez, y para los hombres, a pesar de andar a marchas forzadas tratando de seguir el paso vivo de Miles, fue agradable. El invierno llegaba y eso se percibía en la temperatura de la brisa fría sobre las mejillas y en los cambios sutiles en el campo. Racimos alargados de pascueros comenzaban a adquirir los tonos rojizos propios de la época, y las hierbas se preparaban para dormitar, anticipándose a la caída de las primeras nieves. El cielo era un espectáculo luminoso pertrechado de nubes que se enroscaban unas con otras formando volúmenes abigarrados de complejos diseños, y en el horizonte, un grupo oscuro y negro sugería que para la noche volverían a tener lluvia.

En esa época el sol se ocultaba temprano y la temperatura descendió muchos enteros. Sacaron las pieles de sus hatillos y se las echaron sobre los hombros a modo de mantos, excepto Miles, que canturreaba viejas canciones de su familia que honraban a sus ancestros, como Bolimer Steur, que gustaba

de enfrentarse a osos mucho más altos que un hombre con las manos desnudas.

Les llevó casi toda la jornada vislumbrar, en lontananza, las cumbres del Quebrantahuesos, perdidas entre cuajarones de nubes que esa mañana se arrastraban a baja altura tiñéndolo todo de un gris macilento. Miles encontraba satisfacción en el paisaje gris, su favorito aun por encima de las tardes amables del verano, cuando él y su esposa podían encontrarse al aire libre y entregarse a pasiones propias de adultos.

—¿Y bien? —preguntó Wáriner cuando llevaban un rato caminando en la oscuridad—. ¿Qué queréis hacer? Solo hemos andado un día y estamos frescos y descansados, pero me pregunto si querréis caminar durante la noche ahora que aún estamos en terreno conocido, o preferís descansar mientras está oscuro.

—Temo que Ródegas tropiece con una piedra y sangre por la nariz o por el hueco de algún diente —soltó Arran.

Wáriner prorrumpió en una sonora carcajada.

—Mis ojos son mejores que los tuyos de día —exclamó Ródegas entre dientes—. ¡Y aún ven mejor de noche, así que habla por ti mismo, si estás cansado!

—Haya paz —resolvió Miles—. Descansaremos. Mañana iremos al oeste y puede que lleguemos al linde del bosque al día siguiente, o al otro, si avivamos el paso. Hoy hemos caminado como jovencitas. Mañana correremos como los hombres. ¡Dormid, pues!

## VI

Esa noche, mientras las estrellas se alineaban en el cielo atendiendo las directrices de antiguos presagios largamente olvidados, Miles Steur tuvo un sueño. Y era algo inusual, porque Miles no era hombre que se diera a ellos; y aún cuando los tenía era incapaz luego de recordarlos.

En el sueño se sintió correr por un bosque. La tierra era fresca y húmeda

bajo sus pies, vibrante de vida diurna. Puso a prueba toda la potencia de sus músculos, disfrutando del esfuerzo y la velocidad. Cuando el dolor fue lo bastante agudo como para obligarlo a parar, decidió aminorar el paso y disfrutar del momento. Su cuerpo reverberaba como el mismo bosque, repleto de presas y magia. Era consciente de que a su alrededor había una cantidad inusual de criaturas que, aunque invisibles a sus ojos, viajaban de un tronco a otro bailando al son de la noche. Miles las ignoró y siguió su rumbo en busca de algo que llamaba su atención (algo que aún desconocía), hasta que se encontró con un arroyo claro donde refrescó su garganta. Allí pudo ver lo que hacía rato ya sospechaba: aunque reconocía su cara, esta era diferente; sus ojos seguían intactos, tan claros como siempre habían sido, pero su rostro se había alargado lo suficiente como para entender que algo había cambiado de forma sustancial. No era como los otros hombres. No era ni siquiera un hombre. Era...

Miles contempló con cierta veneración al oso que era su reflejo y le devolvía la mirada. Era un animal enorme, tranquilo, de pelaje largo y oscuro. Parecía manso, pero sabía de lo que era capaz en caso de necesidad. Contempló su propia imagen y esta se le antojó majestuosa, de alguna manera relajante, como si comprender que lo que veía de sí mismo, en la forma de un animal, lo llenara de calma.

La imagen se rompió cuando se lanzó al agua para refrescarse. La carrera lo había excitado demasiado, pero no necesitaba comer ni cazar, así que decidió tranquilizar su instinto con el agua fría. Se sumergió por completo en la oscuridad profunda, disfrutando del silencio y la soledad. Su cuerpo ganó agilidad y se dejó llevar por el momento como si fuera un cachorro. Siguió nadando por el mero placer de deslizarse como ingrátido, hasta que se encontró delante de una pequeña extensión de tierra. Salió a la superficie deleitándose con su cambio de peso y se sacudió el exceso de agua, luego miró alrededor con cierta curiosidad. Su olfato le proporcionó una considerable cantidad de información que tardó un rato en procesar, y sus ojos pardos vieron una construcción de piedra gris que le transmitía una sensación agradable. Por el silencio y la falta de luz parecía que estuviera desierta, pero Miles sintió la vida que dormitaba silenciosa en su interior. La

roca maciza había sido tallada por dentro, vaciada por completo para poder utilizarla de guarida.

Se acercó a la morada con respeto y cautela; no quería alarmar a nadie con su presencia. Un lobo negro como una noche de luna nueva vino a recibirlo antes de que pudiera acercarse más. No fue consciente de su tamaño hasta que estuvo delante de él. Su pelaje oscuro lo mantenía oculto, confundido con las penumbras reinantes. Se miraron a los ojos y se reconocieron, y el lobo olisqueó un par de veces antes de darle la espalda y adentrarse de nuevo en el bosque para seguir con su labor de proteger el hogar; porque eso era lo que hacían: proteger. Habían nacido para eso.

Miles decidió que ese lugar lo invitaba al descanso, así que dio un par de vueltas sobre sí mismo antes de tumbarse a descansar y ocuparse tan solo de respirar la noche.

El cielo decidió desprenderse en llanto. Cerró los ojos y se dejó llevar por el repiqueteo de la superficie del río. Sí, ahora se conectaría con la tierra y la magia que exudaba, que la conformaba y la definía. Los definía.

Y descansaría, sí, y después de descansar, seguiría con su cometido.

## VII

El amanecer trajo una luminosidad plateada y agradable. Había llovido, y el suelo estaba sembrado de charcos quedos como espejos. En la aldea no los tenían, y de vez en cuando era agradable contemplarse en una superficie tan cristalina.

—Deja de acicalarte, Arran —exclamó Ródegas—. ¡No vamos a una fiesta!

—Haré lo que quiera cuando me apetezca —exclamó aquel—. ¡Ocúpate de tus asuntos!

Miles sacudió la cabeza. Las bravuconerías entre los varones de la aldea estaban a la orden del día, pero Ródegas y Arran eran excelentes en no permitirse ni un solo descanso. Todo cuanto salía por sus bocas era para

denigrar o acentuar las debilidades del otro. Pero a pesar de eso, o precisamente por ello, consiguieron reunir los trastos, componerlos en sus hatillos, y reanudar la marcha.

Ese día corrieron, como Miles había anunciado el día anterior, trotando por el sendero que llevaba hacia el noroeste, entre colinas tan viejas y suaves que parecían pechos de hembras jóvenes. También había, otra vez, más explosiones de color en forma de arbustos henchidos de ramas pletóricas de hojas verdes y tardías. Todo eso les anunciaba que el bosque se acercaba.

Los oídos privilegiados de Wáriner les permitieron descubrir animales salvajes, pequeños, pero suficientes para un reducido grupo de hombres acostumbrados a funcionar con poco alimento. Cazaron y cocinaron conejos que lucían un pelaje plateado, similar al de las piedras romas que despuntaban aquí y allí, y guardaron un pequeño cervato perdido para cuando llegase el final de la jornada. Pero cazar era cansado y un proceso por lo demás lento.

—Deberíamos haber traído a Porfias Gaard —dijo Wáriner al respecto—. Él caza usando ese arco que tiene. No tendríamos que correr tanto ni olisquear madrigueras para encontrar carne.

Ródegas sacudió la cabeza.

—El arco no es una herramienta para cazar —soltó ceñudo.

—No estoy de acuerdo —exclamó Arran—. Podría estar conforme si me dijeras que no es una herramienta hecha para hombres. No es así como se hacen las cosas, nunca lo ha sido. Pero diría que es una herramienta excelente para dar caza a los animales, que son por lo general más rápidos que nosotros.

—El arco es una buena arma también —dijo Miles.

—No es como los hombres hacemos las cosas, Steur —exclamó Ródegas.

—Los tiempos cambian, y algunas cosas deben cambiar con ellos —repuso Miles—. ¡Acostúmbrate! Si dedicaras un tiempo a practicar con el arco, descubrirías que su manejo no pone en peligro tu hombría. ¡Después de practicar, Ródegas, tu falo seguirá anclado a tu entrepierna!

Wáriner explotó de risa. El eco del comentario los acompañó durante la siguiente hora. Era siempre la misma broma con pequeñas variaciones, pero

al estilo de los machos de la aldea, nunca se tenía bastante de algo si era bueno. La repetición arrancaba siempre carcajadas y el enfado de Ródegas Syllas.

Esa noche encendieron una hoguera para preparar el cervato, que condimentaron con el agua de rocas rica en sales. La carne, de todas maneras, tenía un regusto extraño que los hizo ser prudentes con la ingesta, y Miles torció el gesto pensativo, como si estuviera entregado a sus propias sospechas. Arran, en cambio, tenía hambre, y devoró con fruición dos de las patas traseras por mucho que se quejase de no disponer de algo de col roja o agua de rosas para darle sabor.

Por la noche, Miles tuvo dificultades para dormir. Por un lado echaba de menos a su hembra, y por otro, la visión de las estrellas rutilantes en el firmamento lo invitaba a pensar en el próximo encuentro con las Herederas. No sabía qué resultaría de eso, pero algo le decía que estaba en el camino adecuado.

Wáriner, cubierto con sus pieles, se dio la vuelta y se quedó mirándolo.

—¿No duermes, Miles?

—No, al parecer. Pero descanso el cuerpo, que ya es mucho.

Wáriner asintió.

—Yo tampoco lo consigo. Me vendría bien un poco de cerveza, duermo mejor si la bebo, por mucho que luego tenga que levantarme dos y tres veces para orinar.

Miles sonrió.

—Estaba pensando en las Herederas —añadió Wáriner.

—También yo, por cierto.

—Me pregunto...

—Yo también —lo interrumpió Miles.

Wáriner asintió, y ya no dijo nada más.

Miraron las estrellas durante un rato, en silencio. Miles pensó que era bueno tener la compañía y la conversación de un amigo para pensar en calma.

## VIII

—Bien —dijo Miles de repente, rompiendo el silencio que les había acompañado durante casi toda la mañana—. Hemos andado lo bastante hacia el oeste como para sacar una conclusión, al menos. Si hubiéramos ido hacia el norte, habríamos cruzado ya Luna de Hierro, a través de las Escaleras de los Antiguos, y una cosa os digo: apuesto mi hacienda y todo cuanto poseo a que a estas alturas estaríamos sangrando por la nariz.

—¿Sangrando por la nariz? —preguntó Ródegas—. ¡Explica eso!

—Por la peste —se apresuró a decir Wáriner.

Miles sacudió la cabeza con energía.

—Wáriner es más listo que tú, Ródegas. Por la peste. Estoy seguro de que se ha extendido desde que estuve allí la última vez.

—Entonces me alegro de ir primero a ver a las Herederas —opinó Arran—. Ese bosque, Sombraviva, no es que huela demasiado bien con tanta hojarasca en descomposición, pero será mejor que lo que huele esa tierra muerta. ¡Entiérrame en un agujero con ocho cadáveres y respiraré mejor, es lo que digo!

—¿Qué creéis que encontraremos allí? —preguntó Wáriner.

—¿Encontrar? —repuso Arran—. Árboles, supongo. Y setas grandes como barriles, o eso me han dicho.

—Oh, vamos —protestó Wáriner—. Todos hemos oído historias. Nadie va a Sombraviva si puede evitarlo, ¿cierto? No se lleva al ganado para que paste en sus inmediaciones. No se talan sus árboles. Las setas no se recogen.

Arran carraspeó, incómodo.

—Bueno... ¡No es que pille cerca del hogar, de todas maneras!

—Pero no es por eso. Tamblor Hylas me dijo una vez que en Sombraviva hay setas rojas, y todos sabemos lo delicioso que es el estofado preparado con setas rojas. Pero nadie va a recogerlas. Que Tamblor Hylas no haya ido a aprovisionarse de ellas dice mucho sobre lo que todos pensamos sobre ese bosque, ¡y nadie se atreve a pronunciar!

Miles sonrió.

—En la aldea un hombre preferirá verse privado de cuatro dedos en una mano que admitir que tiene miedo de algo, Wáriner —dijo.

—Ese gordo de Tamblor reventará un día, os digo —farfulló Ródegas.

Miles soltó una carcajada.

—¿Lo ves, amigo? —exclamó jovial—. Hasta Ródegas Syllas, gran patriarca de su clan, prefiere hablar de otras cosas. Pero Wáriner tiene razón. Estamos acercándonos, y quizá es hora de hablar de lo que nos espera y debemos afrontar. No querría que nadie se lleve a engaños. Sombraviva es un lugar especial, mucho, y hay cosas que hemos oído y de las que no hablamos.

Arran carraspeó.

—Solo he oído sandeces. Eso es lo que he oído.

—Pero incluso las leyendas más disparatadas tienen un fondo que alguna vez fue cierto —comentó Miles—. Y conviene quizá airearlas para que no se apolillen.

—Quieres hablar de cosas oscuras en la oscuridad —farfulló Ródegas—. ¿Es que tu madre no te enseñó nada?

Miles negó con la cabeza.

—Habla de lo que sabemos, y sospecho que no es ni la mitad de lo que hay que saber, ¡así que pierde cuidado! ¿Qué habéis oído sobre Sombraviva?

Arran carraspeó.

—No es tanto lo que haya oído como lo que he sentido en mis carnes —dijo en voz baja—. No soy hombre de hacer caso de historias de viejas y jovencitas en sus fiestas de flores. Un día, hace ya algún tiempo, fui hasta allí para ver el bosque por mí mismo. No me gustó, he de decir. Ni siquiera sentí la necesidad de entrar. Era como si...

Hizo una pausa.

—Continúa —dijo Miles.

—Lo diré yo, pues iba con él —siguió Ródegas—. ¿Alguna vez habéis mirado al techo de vuestra habitación cuando la noche es oscura y las ventanas están cerradas? Es oscuro. No puedes ver la diferencia entre tener los ojos abiertos y cerrados. ¿Qué hay más oscuro que eso? Nada, diría. Sombraviva tiene una oscuridad aún más cierta y sobrecogedora entre sus



trancos. No parecía real.

Arran asintió.

—Y el silencio... —dijo con suavidad mirándose las manos—. Nunca había oído un silencio como ese.

Miles se estremeció, pero puso mucho cuidado en que nadie lo notara.

—La historia de Bentabol... —exclamó Wáriner con prudencia, consciente de que había un Hylas en la reunión.

—Esa historia es cierta —exclamó Ródegas con rapidez—. El padre de mi padre era su primo hermano. Durante un tiempo nadie lo creyó. Imaginad a un anciano apareciendo en la aldea diciendo que era el joven y apuesto Bentabol Hylas, que había desaparecido poco tiempo antes. Palos y piedras llovieron contra él, entre otras cosas porque su ropa era harapienta y olía como el cadáver de un lobo. Pero sabía todo lo que había que saber sobre la aldea y los miembros de su familia, e identificó un conjunto de lunares que su esposa tenía en sus zonas bajas, algo que hasta su madre había olvidado.

—¿Y qué fue de él?

Ródegas se encogió de hombros.

—Lo metieron en casa y lo dejaron en cama, porque se dolía y sentía como un verdadero anciano. Una noche, y esto podéis creerlo o no, Bentabol Hylas simplemente desapareció.

—¿Perdisteis a un anciano postrado en una cama? —graznó Arran—. ¡Por el granizo sobre las cosechas, no dejaría a un Hylas al cuidado de mis reses ni por todo el heno del mundo!

Wáriner soltó una carcajada, pero Ródegas no se inmutó. Continuó con la historia como si no hubiera oído nada.

—Desapareció, con los portones de la casa cerrados y asegurados con una gran madera que no hubiera podido levantar. Ni siquiera cogió ropa, y tampoco dejó el sayo con el que dormía. Solo... desapareció.

Wáriner se puso serio.

—Eso hace que un hombre se estremezca —dijo.

—Mucho —asintió Miles—. Y esa parte de la historia no la conocía, por cierto.

—La familia se guardó mucho de no darla a conocer. Casi nadie

preguntaba por el viejo Bentabol. Ya sabes cómo son las cosas. Nos gusta tapar lo que nos perturba o lo que es extraño bajo el sol.

Miles asintió.

—¿Qué tienes que decir tú, Steur? —preguntó Ródegas—. Creo que tu familia también guarda uno o dos secretos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miles.

—He oído decir que Sombraviva fue el final de Bolimer Steur.

—Muy cierto —asintió—. Pero no me parece relevante. Es verdad que Bolimer, que se enfrentaba a osos con las manos desnudas, marchó en cierta ocasión hacia el bosque para saciar su instinto aventurero, y que después de eso no volvimos a verlo. Pero si tropezó con una roca y se desnucó al caer al suelo, o lo poseyeron criaturas imposibles, no podemos saberlo. La gente, a veces, se va y no vuelve. Todos lo sabemos.

Arran asintió.

El recuerdo inesperado de Bolimer Steur despertó en Miles un pequeño escalofrío. Algo en esas palabras le había recordado el contenido del sueño la noche anterior, y la casualidad le pareció inquietante y significativa. Pero si pensaba decir algo, nunca lo hizo.

—Bueno, era un hombre fuerte —apuntó Ródegas—. Mucho. Recuerdo que talaba las ramas más bajas con sus manos, dándoles fuertes golpes.

—Eso se dice, sí —afirmó Miles sonriendo.

—Sea lo que sea que acabó con un hombre con tanto vigor, espero que ande lejos de nosotros cuando estemos allí —exclamó Arran.

Asintieron, ahora con sonrisas en sus rostros grandes, pero fuese por el recuerdo de Bolimer o porque era tarde y estaban en verdad fatigados, nadie añadió ni una sola palabra más. Había sido una buena conversación para los estándares de la aldea, no obstante, sobre todo teniendo en cuenta la ausencia de cerveza, y al poco tiempo todos andaban dormitando y soltando sonoros ronquidos bajo un cielo cuajado de estrellas.

Antes de caer en el mundo de los sueños, Miles pensó que llegarían a Sombraviva al día siguiente, y entonces verían.

Sí, entonces verían.

# SUDOR DE *PIESES* Y OTROS ASUNTOS IMPORTANTES



## I

Supieron que estaban llegando al bosque varias horas antes de enfrentarse a la visión de su lindero, porque la vegetación comenzó a volverse abundante y caótica. Muy pronto se encontraron avanzando con dificultad entre un intrincado jardín de ramas y ramitas, espinas, matas, arbustos, zarzas y raíces nudosas que asomaban entre las hojas del suelo como si quisieran guardar el lugar. Progresar era difícil incluso armados con sus afilados cuchillos, y cada vez que la ropa se enganchara en alguna parte produciendo un desgarró, maldecían y se enfadaban.

En algún momento oyeron un rumor de agua. No pasaba por allí ningún río que ellos conociesen, así que Miles sugirió que debía de tratarse de aguas subterráneas, por lo que tuvieron cuidado de mirar muy bien dónde pisaban. Nada los asustaba más que caer por algún agujero en el suelo y verse arrastrados por corrientes soterradas.

Hacia media mañana, el grupo salió a un claro inesperado, y aprovecharon para descansar, beber y engullir algunas de las provisiones que

llevaban consigo. Arriba, en el palio sombrío que era el cielo encapotado, una bandada de grajos armaba una algarabía estridente.

Sombraviva apareció ante ellos varias horas más tarde. Curiosamente, el linde estaba separado del resto de la vegetación por un tramo de unos buenos veinte metros. Era como si el caos de la selva húmeda que acababan de cruzar no quisiera acercarse al bosque, quizá en virtud de algún acuerdo mutuo, o quizá porque hasta las plantas y arbustos que crecían más allá de los límites del bosque tenían miedo de acercarse.

—¡Bueno! —exclamó Arran—. Hemos llegado. ¡Cómo ha cambiado esto! Recuerdo que había quien solía traer a las ovejas a pastar por aquí, y mira ahora. ¡Espinos y zarzas, y más zarzas y más espinos!

—Parece que el bosque se procura sus propios centinelas —soltó Miles.

Ródegas miraba el bosque con ojos inexpresivos, pequeños y hundidos bajo la línea de las cejas.

¡Sombraviva!

Ahora que estaban allí, comprendían a la perfección todas las leyendas e historias que habían hecho que se congelara la sangre de los más jóvenes en las noches en las que los cuentos eran el pasatiempo favorito de las familias. Había algo inaprensible, invisible, y al mismo tiempo tan inequívoco como el aire que respiraban. Algo que los hacía sentirse alerta y cautelosos ante el camino que debían tomar. Por cierto, que no había ninguno a la vista.

—¿Y ahora? —preguntó Wáriner—. ¿Cómo hacemos para encontrar a las Herederas?

—¡Ródegas puede sacarse el falo y agitarlo, a ver si las atrae! —soltó Arran.

—Eso provocará una estampida en la dirección contraria —rio Wáriner.

Miles estaba molesto. Aunque entendía que los hombres hicieran bromas para tratar de sacudirse el miedo de encima, no le parecía el momento ni el lugar. Tenía la fuerte sensación de que había mil ojos y diez mil oídos puestos en ellos.

—Seguiremos avanzando —exclamó resuelto—. Quizá ellas nos encuentren a nosotros.

—Pero... ¿por dónde? —preguntó Wáriner—. Que se me caigan los ojos

si soy capaz de ver algún sendero entre esos árboles.

—Parecen una empalizada —añadió Ródegas.

—Sí que lo parecen —susurró Miles, que estaba cada vez más incómodo—. Y añadiré que, de alguna manera, creo que eso es lo que es. Sospecho que no para impedir entrar, sino para que ciertas cosas no salgan.

Más que caminar, arrastraron los pies hacia el linde y se prepararon para entrar, con el corazón sombrío y las cabezas gachas.

## II

No era difícil experimentar el silencio en un sitio como la aldea, sobre todo cuando cae la noche y todos se recogen bajo los techos para hablar en voz baja. Los hombres y mujeres de Entrerríos, y de toda la zona, en realidad, se criaban con el silencio y crecían con él. A pesar de ello, Sombraviva ofrecía una nueva dimensión de ese concepto, uno que se hizo más que evidente apenas los hombres pusieron los pies tras el linde. No era silencio lo que cayó sobre ellos; era, precisamente, la ausencia de sonido en su más amplia expresión.

—Que me arranquen la piel y la tiendan al sol —protestó Arran después de un rato—. ¿Cómo es que ahora nadie dice nada, cuando más falta hace? ¡Tengo que frotarme las orejas para comprobar que aún las tengo puestas!

—En verdad es algo extraordinario —opinó Miles—. ¡Y bastante inquietante!

—Pues seguid hablando —exclamó Wáriner—. Aunque incluso las palabras suenen diferentes ahora, oír algo anima un poco, al menos.

Ródegas sacudía la cabeza como si tuviera problemas de audición.

—Zarzas y espinas en los zapatos, ¡y ahora todo suena como bajo el agua! —graznó.

—Pues bien —soltó Arran Augia—. ¡Menudo sitio han elegido estas mujeres para vivir, es lo que digo!

Miles escudriñaba los alrededores con el ceño fruncido.

—Respecto a eso, Arran Augia, no has dicho ninguna estupidez —replicó—. Sin duda nadie querría vivir aquí. Debemos abandonar estos páramos y adentrarnos más, porque sin duda veremos algo muy distinto ahí delante.

—¡Eso será si las ramas dejan de entorpecernos y retrasar la marcha! —protestó Ródegas, intentando sin mucho éxito librarse de unas ramas que habían atrapado las mangas de sus ropajes.

—¡Pues date prisa con tus ramas, Ródegas! —exclamó Wáriner—. Si hay algo ahí delante, quiero llegar. ¡Muy malo ha de ser ese sitio para que sea un tanto peor que este!

Protestaron, gruñeron, más para oír algo en mitad de aquel silencio desasosegante que otra cosa, pero mientras lo hacían avanzaban, y con cada paso que daban, el corazón se les encogía en el pecho y los árboles, arbustos y zarzas parecían perder distancia y ganar tamaño. Incluso la luz parecía extinguirse con demasiada rapidez, como si hubieran abandonado el linde del bosque hacía días en lugar de momentos.

Muy pronto se encontraron recurriendo a sus cuchillos para avanzar, cuchillos rudimentarios, por cierto, forjados con la peor técnica de herrería que se había visto en el mundo desde su concepción, pero cuchillos al fin y al cabo. Con ellos desgarraban las ramas más que cortarlas, pero conseguían al menos abrirse camino. Porque el sendero, si es que podía llamarse sendero a algunos claros sinuosos entre los zarzales, había dejado de existir.

Entretenidos como estaban con el esfuerzo de doblegar la despiadada naturaleza que los encarcelaba, intercambiaron pocas palabras. Nadie pudo nunca aseverar durante cuánto tiempo se esforzaron por avanzar. Estaban exhaustos, las horas se acumulaban y las punzadas en los brazos eran ya lacerantes. En ese intervalo, si alguno quiso proponer un descanso, ninguno lo dijo: entre hombres podía interpretarse como un signo de debilidad.

Un tiempo después empezaron a percibir un sonido acuoso que provenía del suelo.

—¿Qué estamos pisando? —preguntó Ródegas, súbitamente asqueado.

Arran Augia lanzó una exclamación ahogada.

—Iba a decir lo mismo... Pensé que pisaba un cadáver putrefacto.

—Pútrido es, sin duda, a juzgar por el olor —apuntó Wáriner.

—¡Por las heces de un año que mis ojos ya no son tan buenos como solían! —exclamó Arran—. ¿Alguien ve más allá de sus narices? ¡Ródegas, no hace tanto que presumías de buena vista!

Mientras tanto, Miles se había agachado; compuso un gesto de disgusto y volvió a levantarse con una mueca de profundo desagrado.

—Que hiervan mis huesos en agua salada —exclamó— si esto no es la mayor cantidad de setas que he visto en mi vida.

—¡Setas! —soltó Arran Augia—. ¿Cómo que setas?

Eran setas, desde luego, y de haberlas encontrado de manera individual (a pesar de su aspecto blando y como derretido por el sol estival más implacable que haya conocido el hombre) no se hubieran alarmado tanto. Pero había tantas, que unas se solapaban sobre las otras formando una capa blancuzca y húmeda, y crecían hasta donde alcanzaba la vista: sobre y bajo las raíces nudosas, en la base de los viejísimos troncos, por doquier. Las formas redondeadas de los hongos hacían que el suelo pareciera una piel muerta e infectada de erupciones.

—En mi vida había visto algo así —susurró Wáriner—, ¡y he estado en bosques antiguos de los que no habéis oído hablar siquiera!

—Es... asqueroso —opinó Ródegas.

El ruido que hacían al pisar era similar al de un charco inmundo cuajado de sapos.

—Pues bien —exclamó Arran Augia—. ¡Hasta aquí!

El hombretón proyectó su pierna hacia atrás y, con un bramido, lanzó una patada contra un cúmulo de setas; la superficie blanca explotó como una montaña de harina, y un polvo blanco y pútrido se apresuró a llenar el aire a su alrededor, evolucionando como una nube de insectos. El olor se hizo de inmediato evidente.

—¡Por las colinas de hierro! —aulló Ródegas mientras se llevaba ambas manos a la cara.

Wáriner respiró, se tambaleó ligeramente a la izquierda y se dobló en dos para contener una arcada.

—¡Arran, métete el pie por la retaguardia la próxima vez, incluso si te descoyuntas intentándolo!

El aire se había vuelto irrespirable, cautivo de una pestilencia inmunda tan potente y penetrante que el fondo de la nariz parecía haberseles hinchado y les dolía. Era como si no se pudiese extraer oxígeno de cada bocanada. A poco que intentaban respirar, la glotis se cerraba y los pulmones protestaban con una llamarada de toses ardientes.

—¡Atrás! —gritaba Miles—. ¡Retroceded, retroceded!

—¡Ciénagas y tumularios! —exclamó Arran—. ¡No pienso retro...!

No pudo terminar: una repentina náusea lo hizo doblegarse y caer sobre sus rodillas al suelo.

Miles lanzó su brazo hacia él y tironeó para ayudarlo.

—¡Arran Augia, levanta!

—No... es...

—¡Miles! —gritó alguien.

Ródegas aullaba.

—¡MILES!

Este, tratando aún de incorporar a Arran, se preguntó por qué lo increpaban a él. Las esporas, el polvo y las partículas de hongos revoloteaban alrededor formando una bruma blancuzca; el hedor insoportable se infiltraba por cada poro expuesto y parecía envenenarlo. Se preguntó... por qué no lo ayudaban el resto de los hombres en lugar de gritar tanto. La cabeza amenazaba con explotarle sobre los hombros. Aún se concentraba en sujetar con fuerza a Arran; su mano agarraba sus ropajes y tiraba... tiraba... hasta que, de repente, vio sus dedos agitarse en el aire, envueltos por trozos de hongos que se resistían a caer de nuevo al suelo, dando vueltas en suspensión. ¿Cómo había perdido a Arran? Lo tenía sujeto. Pensó que Arran era muy torpe por haberse soltado, porque él solo quería ayudar, quería...

De repente se dio cuenta de que los fragmentos de hongos no estaban en suspensión. Eran otros, que salían despedidos en todas direcciones a medida que Arran pataleaba a su lado; solo los veía como si el mundo se hubiera ralentizado, despacio, muy despacio. Y él... él no tenía sujeto a Arran porque ya no estaba de pie, como creía. Estaba en el suelo, respirando la ponzoña venenosa de las setas. Estaba en el suelo y no...

A cierta distancia, Ródegas se desplomó como si sus huesos se hubieran



vuelto juncos. Y Miles se sintió caer, como cae un árbol grande que ha sido talado en su base, lentamente. Miles Steur nunca antes había caído desmayado, pero como dicen los ancianos en la aldea, siempre hay una primera vez para todo.

### III

Cuando Ródegas empezó a despertar, transportado aún por los ribetes del sueño, pensó que era otra vez joven y que se acercaba el Festival de la Cosecha, inducido tal vez por los tibios rayos de sol que se filtraban desde alguna parte e incidían en su rostro sobre el jergón. En el sueño, estaba buscando a una hermosa mujer de la casa Venorian. Sus bucles parecían esculpidos con fuego y sus ojos reverberaban con un verde hoja tan intenso que, mirándola, uno no podía evitar pensar en hierba fresca. Había intercambiado miradas con ella, miradas que cualquiera en la aldea hubiera considerado indecorosas, y eso le decía que podía albergar esperanzas. Sin embargo, la doncella se escabullía esquivando entre los barriles de cerveza y el vino de uva, que por lo general duraba no más de tres semanas. Ródegas, en su premura, corría entre los sembrados.

—¡Un beso! —susurraba con la voz aún rota por el sueño—. ¡Dame un beso!

—¡No hay besos por aquí, muchas gracias! —exclamó una voz.

Ródegas abrió los ojos, confundido y terriblemente soñoliento. Estaba tumbado sobre paja, eso lo supo enseguida; mirar alrededor y averiguar dónde le costó un poco más, como si saliese de un sueño profundo que lo hubiera llevado demasiado lejos en el mundo onírico. Hasta enfocar le costaba.

Después de eso, descubrió a Arran, Wáriner y Miles, reunidos a su alrededor. Arran cruzaba los gruesos brazos sobre el pecho.

—¡Duermes como un bebé, Ródegas Hylas! —le soltó—. ¡Aunque un bebé dice la mitad de tonterías!

Ródegas se llevó una mano a la cabeza; empezaba a sentir una pesadez creciente que le hizo cerrar los ojos de nuevo.

—¡No recuerdo haber bebido —dijo—, pero sin duda ha debido de haber una fiesta! Tengo la cabeza como si la hubieran usado como arado.

—No hubo tal —exclamó Miles—. Más bien lo contrario.

—¡Ródegas, escucha! —intervino Wáriner con premura— ¡Somos prisioneros!

—¿Prisioneros...?

Ródegas miró alrededor, pestañeando para tratar de enfocar. Aún le costó unos momentos librarse de las tinieblas de la somnolencia, pero cuando pudo, vio paredes maltrechas de madera vieja, demasiado consumida por la humedad y el musgo, que se proyectaban varias medidas de hombre hacia arriba. El suelo era de piedra fría y oscura, anegada en charcos hediondos que bien podrían ser orines o heces disueltas por el agua que se filtraba casi imperceptiblemente por las grietas en las paredes. Miró a sus compañeros con la duda reflejada en el rostro.

—¿Prisioneros? ¿Dónde? ¿Cómo?

Pestañeó. Los recuerdos de los últimos momentos vividos le sobrevinieron de repente: los hongos, las esporas, el tiempo que saltaba inquieto de maneras dispares e impensadas, ahora rápido como un relámpago, ahora lento como la miel resbalando por un tronco; él cayendo al suelo, la sensación de desvanecerse.

Otra vez miró al resto de los hombres, confuso y aturdido.

—Caímos en el bosque —le recordó Miles—. Todos caímos, sin que pudiéramos hacer nada. Y despertamos aquí, hace ya un largo rato.

—Yo desperté primero —declaró Arran con cierto orgullo.

—Y tus gritos me despertaron a mí —añadió Wáriner.

Arran arrugó el rostro.

Miles los miró con impaciencia.

—Debimos de caminar durante mucho más rato de lo que pensamos —siguió diciendo Miles—, porque, al parecer, llegamos al centro del bosque, o cerca del centro. Es difícil decirlo desde aquí, y tampoco nos han dejado mirar mucho. Allí, alguien tenía dispuesta una línea de defensa.

—¿Línea de defensa? —exclamó Ródegas, aún más confundido.

—¡Los hongos, idiota! —le aclaró Arran.

—Hongos que, al ser tocados, sueltan una nube de gases que provocan desmayos. Había tal cantidad que nos tumbaron muy rápidamente.

—¡Argucias y artimañas! —exclamó Ródegas.

—Y bien dispuestas.

—Pero... ¿cómo...? ¿Qué pasó luego?

—Alguien debió de encontrarnos —explicó Wáriner.

—Nos detectaron, diría —apuntó Miles—. Armamos tanto revuelo con los hongos que la nube de esporas blanca ascendió por encima de la copa de los árboles y fue visible desde lejos.

—¡Arrea!

—¿Y por qué semejante trampa? ¿Qué pretenden?

Miles se encogió de hombros.

—Espero que protegerse —sugirió.

—¡Juego sucio, es lo que digo! —exclamó Arran.

Ródegas se incorporó y recogió las piernas hasta quedar de cuclillas; luego se puso de pie con rapidez. Empezó entonces a sentir la cabeza pesada, pero la sacudió con determinación y trató de concentrarse en la habitación.

La única salida, ahora podía verlo con claridad, era el techo, muchas medidas muy alto. Se fijó entonces en los troncos que cubrían las paredes con la esperanza de encontrar una manera de trepar por ellos, pero hasta eso parecía imposible. Habían sido cortados y alisados de una manera tan burda y zafia que haría enrojecer a cualquier artesano de la madera por inexperimentado que fuese, pero cumplían muy bien su propósito: no presentaban muesca alguna donde un hombre pudiera servirse de manos o pies.

—No hay manera de trepar, Hylas —exclamó Arran—. Ya lo he intentado yo, y por mis dos brazos que si yo no he podido, nadie podrá.

—Eres arrogante, Arran Augia —protestó Wáriner.

—¡Porque puedo! —exclamó Arran—. No me verás haciendo alarde de cosas en las que no soy el mejor, ¡y soy el mejor en muchas!

Miles negó con la cabeza.

—Haya paz, hombres —exclamó—. Lo que menos necesitamos es otra de vuestras tontas peleas por el grosor de vuestros brazos, ¡o vuestras colas!

—¿Cómo saldremos de aquí, entonces? —preguntó Ródegas.

—Si al menos nos hubieran dejado nuestros cuchillos, podríamos hacer muescas en la madera —gruñó Arran.

Ródegas echó mano del cinturón y descubrió que el hatillo de piel donde solía llevar su cuchillo estaba vacío. Fabricar herramientas de metal en la aldea era un proceso demasiado costoso; requería recursos, esfuerzo, un talento no demasiado pródigo entre los hombres de Entrerriós, y tiempo, mucho tiempo. Perder un cuchillo, que por cierto había heredado de su padre hacía ya muchísimas lunas, era una desgracia de dimensiones considerables. Farfulló.

—Será mejor que me sea restituido —masculló con rapidez—. ¡Salga de aquí o no!

Wáriner miraba ahora a través del hueco de la abertura del techo. Allí, las nubes se arrastraban perezosamente por un cielo luminoso y, por lo demás, de un azul límpido. Casi podía imaginarse tendido entre las hierbas aromáticas de la pradera de La Ragua, con un poco de carne de venado a mano y ningún pensamiento en la cabeza, escasa la ropa sobre el cuerpo descansado. Sin embargo, la imagen duró poco, y Wáriner se lamentó ante la certeza de que esos días, más propios de la cosecha que de una prisión de cieno y madera, pudieran tal vez no regresar nunca.

—Lo que ignoro es si esto es cosa de las Herederas o de algún otro hombre o criatura que pueda vivir en el bosque —dijo Miles—. Las Herederas que yo encontré, hace ya tiempo, no parecían capaces de conjurar una trampa como esta... ¡ni de arrastrar tantos hombres a través de un bosque lleno de zarzas, por mucho que sepan de caminos secretos!

—Yo también las he visto, por cierto —afirmó Ródegas—, y eran criaturas hermosas, altas y delgadas como juncos, y de ojos serenos y claros.

—¡Hermosas para ti, tal vez! —soltó Arran—. Si hermosa es la tez lívida y enfermiza y los dedos largos como raíces.

—No me fijé en sus dedos —intervino Miles—, pero de eso hace ya demasiado tiempo, además.

—Entonces —terció Wáriner—, si no son las Herederas, me gustaría saber en manos de quién hemos caído, y cuál es su propósito para con nosotros.

—Nos han dejado vivos cuando pudieron darnos muerte y sepultura en el bosque —apuntó Miles—. ¡Eso ya es mucho!

—Sí que pudimos, sí —dijo de pronto una voz grave pero femenina a la vez.

Arran dio un respingo. Miles se agazapó un tanto mientras miraba directamente arriba, y Wáriner y Ródegas profirieron expresiones de sorpresa mientras miraban en todas direcciones. Miles, por lo tanto, fue el primero en verla.

Se trataba de una anciana, y no muy alta, por cierto. Su cabello grisáceo y de aspecto grasiento caía desmañadamente sobre sus hombros, vestidos con harapos grisáceos y oscuros que no parecían guardar ninguna proporción estética, como si se hubiera vestido con capas y capas de telas de todos los tipos y tamaños. Su figura encorvada se apoyaba en una suerte de cayado de madera, recorrido por hendiduras, nudos y muescas. Llevaba además una capucha que ensombrecía su rostro, pero allí, al amparo de las penumbras, brillaban dos ojos amarillentos.

—Por la hoz de oro presidencial —exclamó Arran cuando miró hacia arriba—. ¡Que me embadurnen de brea y me echen al fuego!

—¡Esa es una idea maravillosa! —replicó la anciana—. Si alguna vez he oído alguna.

—¡Hola, arriba! —dijo Miles levantando una mano.

—¡Hola, abajo! —respondió la anciana, asintiendo con la cabeza. Un pájaro negro de un tamaño considerable salió aleteando de alguna parte de su espalda, graznó en el aire unos instantes y se alejó volando fuera de la vista.

—Dinos, mujer, ¿eres tú quien nos ha encerrado aquí?

—¡Yo he sido, Miles Steur!

Arran Augia resopló pesadamente.

—Está bien —respondió Miles—. Una cosa cada vez. Dinos primero cómo conoces mi nombre.

—Tú me lo dijiste —afirmó la mujer— hace ya tiempo. Si mucho o poco

es algo relativo e interpretable.

Ródegas iba a decir algo, pero Miles atajó sus palabras poniendo la mano delante de su boca.

—No recuerdo haberte conocido antes de ahora —replicó Miles—, a menos que algo haya cambiado tu aspecto.

La mujer se encogió, ligeramente afectada, al menos así lo parecía, por una pequeña carcajada.

—Tu instinto te sirve bien, Steur. ¡En efecto, mi aspecto era distinto del de ahora! No debes confiar en los ojos. La mitad de lo que observas es una quimera, ¡y la otra mitad es interpretado y corregido por tus ojos humanos!

—¡Habla claro, anciana! —gruñó Arran—. ¡O yo mismo cerraré tu boca para siempre si te pones a mi alcance!

—¡Arran! —le gritó Miles.

—Descuida —dijo la anciana—. ¡Palos y piedras pueden doblegar mi cuerpo, pero no las palabras! A menos que sean pronunciadas por un mago, claro está, y hace tiempo que no veo ninguno.

—Nada sabemos de magos, en efecto. Entonces... ¿podrías perdonar a mi amigo? —preguntó Miles.

—¡Miles, esa anciana nos tiene prisioneros! —graznó Arran.

—Calla te pido, Arran Augia —contestó Miles—, déjame hablar a mí, al menos por ahora.

—Puedo, y lo haré —replicó la anciana—, porque también conozco a Arran Augia y a Ródegas Hylas. Otras veces nos hemos encontrado y accedido a intercambiar cosas.

—¡Tampoco te recuerdo, entonces! —exclamó Ródegas.

—Si en el pasado hicimos buenos tratos y compartimos momentos —dijo Miles—, ¿por qué ahora nos retienes como enemigos?

—Los tiempos han cambiado, Miles Steur —explicó la anciana—, y ya no puedo dejar que nadie deambule por el bosque como antaño. El mismo bosque lo sabe, por cierto: no fui yo quien hizo crecer esos hongos que ahora protegen este lugar. Pero están ahí, y sin duda previenen que nadie llegue hasta mí sin que yo lo permita. ¡Y no estáis prisioneros, ya que estoy aquí para liberaros!

—¿Es verdad eso que dices? —preguntó Wáriner, que hasta ahora había permanecido callado.

—¡Comprobadlo vosotros mismos!

Miles pestañeó. Lo que estaba viendo...

Volvió a pestañear, ahora de forma compulsiva. De repente le había parecido que tenía delante a la anciana, y no arriba, y que todo alrededor era un claro pequeño entre los árboles. Abrió y cerró los ojos todavía un par de veces hasta que se convenció de que el lugar donde estaba era, en efecto, otro. ¡Y no se había movido del sitio! Miles miró a su izquierda y vio la prisión donde había estado hacía tan solo unos momentos. Al otro lado, por cierto, había una pequeña colina de piedra viva, en cuyo lateral se abría la boca oscura y ominosa de una caverna. El resplandor de una luz parpadeante y cálida, como la de una fogata, iluminaba vagamente las paredes agrestes. Alrededor de la entrada había pintados símbolos extraños que no pudo comprender, pero al mirarlos experimentó cierta fascinación, como si encerraran significados que se le escapaban. Por doquier, desparramados sin aparente orden ni concierto, había todo tipo de pequeños útiles y cacharros.

Ródegas estaba experimentando la misma sensación de desconcierto. ¿Cómo era posible que en un determinado momento estuviera dentro de la prisión y ahora fuera? El impacto fue tan grande que cayó de espaldas hasta quedar sentado en el suelo.

—¡Magia! —aulló Arran—. ¡Magia!

Empezó a dar vueltas sobre sí mismo, con los brazos levantados.

—¡Magia en el claro del bosque, bajo el cielo azul del mediodía! —siguió rugiendo.

La anciana movió la cabeza en un gesto de desdén.

—La misma que en otras ocasiones compraste por herramientas y regalos —exclamó—. ¡Entonces no te disgustaba tanto!

—¡Está bien! —interrumpió Miles—. Hasta que entienda esto supondré que hay una magia muy poderosa aquí, así que... ¿eres acaso una de las Herederas?

La anciana sacudió la cabeza.

—No pensé que mis artificios funcionasen tan bien —dijo—. No soy una

de las Herederas. Soy la única Heredera que ha habido por aquí desde hace demasiado tiempo.

—Entonces la mujer alta que vi yo...

—Era yo misma —respondió la anciana.

—¡Cenizas y brasas! —exclamó Arran—. ¿También eres la mujer que yo vi?

—La misma —asintió la mujer.

—¡Mil veces maldito y sentenciado! —bramó Arran—. Pero ¿qué tipo de argucia es esta, y cómo podemos estar seguros de que eres quien dices ser?

—¿Acaso importa mi aspecto? —preguntó la anciana—. Podría ser una joven hermosa y estar engañándote ahora, o quizá sea una anciana y te engañé entonces. También podría ser alguna otra cosa... como un sapo, una tomatera, o un hombretón de casi cuatro medidas de alto. Lo que importa, a fin de cuentas, es que estoy aquí y vosotros conmigo, y me parece que todos tenemos asuntos que tratar.

—Mucho sospecho que si fueses una joven no aparecerías ahora como una anciana —dijo Arran—. ¿Por qué te ocultaste de nosotros entonces?

—Conozco el corazón de los hombres. Un hombre respeta al menos la belleza. Hace que confíe más. Quiere ser partícipe de esa belleza y se siente mejor tratándola. Un hombre tiende siempre a destruir lo que es feo y viejo.

Miles asintió. Arran, a su vez, soltó un bufido de protesta, pero si estaba pensando decir algo, no lo hizo.

—En cuanto a los asuntos que tratar —dijo Miles entonces—, tienes razón. ¡Pues a eso hemos venido!

—Lo sé. Siempre habéis venido de uno en uno, movidos por deseos propios, a veces egoístas. Ahora venís todos juntos. Sin duda se trata de algo que afecta a varias familias. ¡Vaya!

Miles asintió de nuevo.

—Estás otra vez en lo cierto —afirmó—. Se trata de algo grave, o eso creo. Ojalá para ti carezca de importancia, pues eso significaría que puedes hacer algo al respecto. —Carraspeó brevemente—. Algo está ocurriendo en nuestra tierra; se muere sin que podamos hacer nada por impedirlo. La tierra bajo el suelo se vuelve gris y putrefacta, estéril. Estos años hemos estado



teniendo cosechas cada vez más pobres, pero dudo que en la próxima cosecha tengamos nada que recoger.

—Y los animales se están marchando —apuntó Wáriner—. Cada vez tenemos que ir más lejos a por alimento y pieles.

—¡Y esa tierra bajo el suelo huele a putrefacción! —añadió Ródegas.

La anciana levantó una mano pidiendo silencio.

—Todo eso lo sé —dijo—. Y supe que veníais a contarme eso cuando os vi aparecer, todos en grupo, haciendo más ruido que una manada de osos macho buscando una hembra. Pero me pregunto si sabéis otras cosas, además.

—Algo sabemos —dijo Miles—. Por si te refieres a esto.

Miles le contó entonces lo que había visto en el norte, pasadas las montañas Quebrantahuesos. Le habló de su experiencia con el conejo, las fumarolas subterráneas y los pozos alrededor de la Entraña.

—Hmm. Sí —asintió la anciana después de haber escuchado con atención, apoyándose en su cayado con las dos manos y entrecerrando los ojos—. Mis espías me han contado lo mismo. La Entraña es uno de los lugares más afectados por la magia de los Antiguos, y ahora, desde luego, está cambiando. Algo pasa allí, algo ha cambiado o hecho que todo cambie. Los cambios son necesarios, forman parte del ciclo natural de la vida, pero este... no me gusta.

—¿Qué magia de los Antiguos? —preguntó Miles.

La anciana permaneció en silencio unos instantes. Luego suspiró y miró al cielo. Al hacerlo, la capucha que le cubría la cabeza cayó hacia atrás y dejó al descubierto su cabeza menuda y de un tono grisáceo, como el de un cadáver que lleva al menos unos días a la intemperie.

—Supongo que no sabéis demasiado de los Antiguos, aun cuando vuestros hogares están contruidos con restos de las cosas que ellos levantaron en tiempos más amables. Oh, los Antiguos —susurró entonces— hicieron cosas admirables. No queda mucho, o casi nada, de las maravillas que ingeniaron y construyeron, pues de eso hace ya muchísimo tiempo. Pero las que he podido encontrar y estudiar hablan de logros resplandecientes que ahora no podemos ni soñar. Construían alto y por todas partes, sembraron el

mundo con sus ingenios y vivían mucho más tiempo que nosotros, pues sus conocimientos del cuerpo y el alma de los hombres eran muy avanzados. Sin embargo...

Wáriner escuchaba con verdadera atención. Las historias de los Antiguos lo fascinaban.

—¿Qué pasó? —preguntó, ávido de más historias.

—Se malograron —explicó la anciana—. Sus prodigios los superaron y terminaron por crear algo, o descubrir algo, que nadie supo contener. Un gran mal se extendió por el mundo, y ese mal arrasó casi todas sus construcciones, su gente, y no solo la gente, también sus ingenios y hasta las plantas; todo árbol, flor, hierba o agua del mundo fue destruido.

—¿Todo? —preguntó Miles—. ¿Qué hay de ti?

—¿Yo? —preguntó la anciana—. ¿Qué pasa conmigo?

—Eres la Heredera de los Antiguos. ¡Tú sobreviviste!

La anciana dejó escapar una carcajada.

—No sobreviví. Yo nací y crecí muchísimo tiempo después de que el mundo de los Antiguos se hubiera echado a perder. No soy diferente a vosotros. Unos pocos Antiguos sobrevivieron al gran mal y prosperaron otra vez, aun cuando la mayoría de sus inventos y sus logros se habían perdido. Algunos de aquellos supervivientes se esforzaron por preservar el antiguo conocimiento y lo recopilaron y guardaron en fenomenales construcciones subterráneas, cámaras de piedra y otros materiales que ahora nos son desconocidos. Pero los años pasaron y hubo guerras y conflictos y los hijos de los hijos de los hijos de los supervivientes fueron olvidando no solo el conocimiento antiguo, sino que este había sido preservado, al menos en parte, en nichos profundos excavados al final de largos túneles. Esos descendientes, nietos de nietos una y otra vez, somos nosotros. Tú, como yo, o tus amigos, o cualquier persona que hayas conocido en este mundo, somos herederos de los Antiguos.

—¡Mil millares de truenos! —graznó Arran—. ¡La anciana ha perdido la cabeza!

—Pero... —balbuceó Miles sin prestar atención a Arran—... si todos somos herederos de los Antiguos, ¿por qué te haces llamar la Heredera?

—Ese nombre no me lo puse yo, por cierto —respondió la anciana—. La primera vez que lo oí fue de uno de vosotros, no recuerdo quién. No era importante entonces y no lo es ahora. Pues, ¿quién soy yo para corregir el nombre que me ha sido asignado por alguien a quien conocí una vez?

—Entonces... todos... descendemos de los Antiguos —dijo Wáriner con los ojos brillantes de fascinación.

—¡Sin duda no creeríais que los hombres y las mujeres salen de las piedras! —rio la anciana.

Arran la miraba ahora con curiosidad.

—Creíamos que los Antiguos eran... una raza diferente que había vivido aquí... hace ya...

—¡No una raza diferente, desde luego! —afirmó la anciana—. Claro que no. Todos descendemos de los mismos padres y madres. Padres y madres Antiguos. Ignoro cuántos sobrevivieron... Suficientes supongo para garantizar traer niños sanos al mundo, pero no tantos como para devolver el mundo a su estado anterior. Este mundo, el que hemos heredado.

—¡Descendemos de los Antiguos! —exclamó Wáriner mientras se miraba las manos como si las viese ahora por primera vez.

—Esto es un galimatías —protestó Arran.

—Entonces... —exclamó Miles—, ¿el mal que acabó con los Antiguos es el mismo que nos acecha ahora?

La anciana negó con la cabeza.

—No lo creo. No. Aquel desastre ocurrió de repente, y fue lo bastante rápido como para que nadie pudiera hacer nada. Sabed que los Antiguos sobrevivieron a muchas cosas: Usaban su magia para combatir cualquier vicisitud y siempre vencían; con tenacidad y esfuerzo, vencían. Pero aquel gran mal... fue letal e instantáneo. Ni toda la magia que habían descubierto ni todo su vasto conocimiento de las reglas que rigen el mundo fue bastante para detenerlo. Sin embargo, el mal que agosta tus cosechas, Miles Steur, es diferente. Este lleva instalándose aquí durante más tiempo del que podemos siquiera sospechar, y aunque su poder parece crecer mucho y muy rápido, no hablamos de la misma cosa.

—¡Qué majadería! —farfulló Arran, que ahora se había retirado un par de

pasos y cruzado los brazos sobre el pecho.

—Magia de los Antiguos —exclamó Wáriner, todavía soñador.

—La magia de los Antiguos era sorprendente —continuó diciendo la anciana. Ahora parecía complacida de que alguien mostrase tanto interés por los Antiguos—. Construían barcos que navegaban por el mar, el cielo y también por la tierra, ¡y eran mucho más rápidos que cualquier caballo que hayáis visto! Animaban metales y piedras para que sirviesen a sus necesidades, y vivían de una manera que les proporcionaba gran confort. Tenían canales subterráneos que llevaban agua y calor a sus casas, y cosas como la búsqueda de alimento era algo por lo que nadie se preocupaba: lo había en abundancia y en todas partes.

—¿Cómo sabes todo eso, anciana? —preguntó Arran, escéptico—. Ni siquiera los más viejos entre los viejos conocen la mitad de las cosas que has dicho en solo un momento.

—Yo ya había oído historias sobre sus barcos voladores —apuntó Wáriner.

—Llevo mucho tiempo viviendo en este mundo, joven Augia. Empecé a estudiar a los Antiguos cuando era pequeña, de manos de mi padre, y luego seguí estudiándolos durante cientos de años. He viajado y he visto cosas, y otras las he buscado yo en lugares remotos a los que tardaríais media vida en llegar. Incluso estuve en uno de esos nichos donde los Antiguos preservaron su conocimiento y pude acceder a parte de su fuente de poder. Por lo tanto, ¡no tomes en vano mis palabras! No es común que me comunique tan abiertamente como ahora. ¡Considérate afortunado!

—¿Y por qué lo haces? —preguntó Miles—. Si el mal que destruyó a los Antiguos no es el mismo que nos perturba ahora, ¿por qué abres de repente tu boca para contarnos estas historias?

La anciana asintió despacio y volvió a apoyarse en su cayado.

—Eres perspicaz, Steur. Pues bien, el mal que nos afecta ahora no es el mismo de entonces, eso es cierto, pero sin duda es algo que me preocupa, y ha venido asentándose a nuestro alrededor durante muchísimo tiempo. No sé lo que es, ni cómo pararlo, pero por primera vez me preocupo por mi existencia. He accedido a secretos que me han hecho más longeva de lo que

podrías creer, Miles Steur, y aun a otros muchos. Toda mi magia proviene de esos secretos.

»Pero... ¡ay! Hace un tiempo tuve un sueño en el que la tierra se abría y me tragaba a mí y todo lo que he construido sin que pudiera hacer nada. Desde entonces, este sueño ha venido a mí una y otra vez. Sé que no es un sueño normal... es algo que probablemente ocurrirá si no consigo hacer nada para evitarlo. Cuando vi la nube de esporas subiendo por encima de las copas de los árboles en el bosque, tuve la sensación de que allí estaba la respuesta que había estado buscando, y cuando os vi tirados en el suelo, pensé que no me equivocaba. El destino a veces juega de maneras misteriosas, pero si aquí no hay una línea trazada, no sé lo que es. Creo que estáis aquí para que juntos, vosotros y yo, tengamos una oportunidad de luchar contra esto. Creo que seguramente diré algo que os sirva para luchar contra el mal, y creo que vosotros haréis algo por mí.

Miles asintió despacio, intentando asimilar todo el conocimiento que la anciana estaba vertiendo sobre ellos.

—¿Qué crees que podemos hacer por ti?

—Herencia, Miles Steur —dijo la anciana—. Es el nombre que vosotros elegisteis para mí, y me parece ahora apropiado. Mi magia es todavía fuerte, pero mi cuerpo se está consumiendo. Ahora lo sé. Algún día, por uno u otro motivo, me reuniré con los Antiguos y desapareceré. No deseo que todo lo que he aprendido y descubierto se pierda otra vez, así que debo transmitirlo. Si trato de ayudar, ¿me enviaréis a una mujer de vuestra aldea para que pueda enseñarla y continúe mi labor?

Miles abrió mucho los ojos. No esperaba semejante petición. Había estado preparado para ofrecer varias cargas llenas de leña, comida y hasta herramientas, útiles y utensilios, o quizá tal vez varias jornadas de trabajo del tipo que solo un hombre puede desempeñar: trabajo duro como clavar, talar árboles grandes para producir leña o tablones, acarrear cosas, cavar, o levantar paredes de madera o piedra; pero enviar a alguien a vivir a aquel lugar apartado, aislado y casi hostil... eso no lo había considerado nunca.

Miles empezó a hablar antes de que Arran Augia abriera la boca, lo cual, se dijo, era bastante afortunado.

—Aceptamos siempre y cuando esa mujer venga aquí de buen grado y por su propia voluntad —dijo Miles.

La anciana asintió.

—Así debe ser. De cualquier otro modo no serviría.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que si ninguna mujer de nuestra aldea desea venir, nadie vendrá?

—Estoy de acuerdo —asintió la anciana—. Si ninguna mujer desea venir, el trato se considerará saldado.

Miles cabeceó su acuerdo.

—¿Tiene que ser una mujer? —preguntó Wáriner de pronto. Albergaba en secreto el deseo íntimo de ocupar el puesto de la anciana y saber todo lo que había que saber de los Antiguos.

La anciana rio entre dientes.

—¿Un hombre comunicando con la magia? —preguntó con desdén—. Lo siento. No puede ser. Los hombres tenéis vuestro papel en este periodo de piedra dura y músculos, y está bien: son los días del hombre. Pero sabed que en otra época, la mujer trabajó, inventó y participó de la vida junto al hombre, uno al lado del otro como iguales, y no se quedó atrás. Y en cuestión de magia, el hombre está vetado, pues la magia procede de la madre naturaleza y ella es mujer.

Wáriner pestañeó. Lo habían educado para pensar que un hombre era en todo caso y momento superior a una mujer.

—Esto es una locura —exclamó Arran. Se había dado la vuelta y pateado una pequeña piedra. La piedra cayó por el agujero del suelo hasta la prisión donde habían estado unos momentos atrás.

—Está bien —dijo Miles intentando recapitular—. Entonces... ¿dónde nos deja esto? ¿Qué puedes decirnos que nos ayude?

La anciana suspiró.

—Miles —intervino Wáriner de repente—. ¡Cuéntale lo de Aldreda Gaard!

—¡Es cierto! —exclamó Ródegas—. ¡Eso lo hemos olvidado!

—No lo había pensado —respondió Miles—. Pero tenéis razón. Se me ocurre ahora que la historia de Aldreda se parece bastante a la del conejo.

—Está bien —dijo la anciana—. Pero antes de seguir contando más, hacedme el favor de pasar a mi cueva. El día avanza rápidamente y la noche aquí cae de improviso. Ni es lugar este en el que estar cuando oscurece, ni yo tengo ya la fuerza para estar deambulando a ciertas horas después de un día duro. ¡Seguidme, tomad asiento, y seguiremos!

Los hombres estuvieron de acuerdo, aunque Arran Augia no pronunció palabra y los acompañó, a cierta distancia, a regañadientes. Miles miró alrededor y observó que el cielo no era ya tan azul y brillante como hacía unos minutos, y el hecho lo sorprendió bastante. Era como si al día le hubiesen restado porciones sin que se hubiera dado cuenta. A veces le parecía percibir un cambio dramático, y era solo tras pestañear varias veces que podía constatarlo. En efecto, se hacía de noche a ojos vista.

Entraron en la cueva y caminaron por un sendero hecho de piedra tallada a base de bloques irregulares, pues el suelo en sí era de aspecto húmedo y fangoso, y las piedras les permitían caminar sin mancharse las botas de piel. Wáriner miraba alrededor con manifiesta fascinación, como si nunca antes hubiera visto o estado en una cueva; en esta las paredes estaban decoradas con pinturas, símbolos y trazos sinuosos que parecían contar una historia, o tal vez fueran los elementos que permitían levantar una invisible estructura mágica (acaso de protección o de poder); todo eso se imaginaba Wáriner en sus ensoñaciones fantásticas. Para Miles también los símbolos traían un significado especial: era como si los hubiera visto antes, tal vez en un sueño.

Después de unas vueltas y revueltas, llegaron a una amplia estancia de techo alto. Allí las paredes eran lisas y de un material que Miles reconoció enseguida: era piedra dura de los Antiguos, muy similar a la que formaba parte del armazón estructural de algunas de las casas de la aldea. Era de un color anaranjado oscuro, pero los relieves, curvas y la perfección de sus ángulos hablaban muy a las claras de la magia de los Antiguos.

Luego vieron otra cosa.

En el centro había unos sillares de madera dispuestos alrededor de algo que no pudieron reconocer, una especie de óvalo brillante en cuyo centro ardía una luz cálida que iluminaba casi toda la sala, con la notable excepción de los techos, que quedaban demasiado arriba como para ser alcanzados por

el resplandor. No era más alto que una pierna de hombre y no más grueso que un melón, pero arrojaba la luz de cien fogatas.

—Por toda la sal del mar —exclamó Ródegas—. ¡Que me hiervan y me cuezan si esta anciana no ha capturado una estrella!

Ella rio con ganas.

—¡Por cierto que no! —exclamó—. Aunque los Antiguos viajaron a muchas de las estrellas lejanas que ahora vemos en el cielo, a veces aún de día, no es esta luz una estrella, sino algo que ha sobrevivido al tiempo y que yo encontré en una de sus ruinas.

—Pero ¿qué es? —preguntó Miles sin poder apartar la mirada del óvalo. A medida que se acercaban, Miles constató que también arrojaba calor.

—Qué es, lo ignoro —respondió la anciana—. Sus logros fueron demasiados, tantos como para llenar todas las paredes de todas las cuevas de todo el mundo, probablemente, y este es solo uno de ellos. Muchas veces lo he cogido entre las manos y he tratado de descubrir sus secretos sin conseguirlo.

—¿Lo tomaste con las manos? —preguntó Ródegas—. ¿Acaso puedes extinguir su luz y hacer que vuelva a aparecer? ¡Porque me parece que un fuego semejante que despide un calor tal, debe de quemar como la lava ardiente de los interiores de la tierra!

—Solo lo parece —dijo la anciana, dejándose caer en una de las sillas—. Pero no puedo apagarlo o encenderlo a voluntad, y sí que puedo tomarlo en las manos. ¡También puedes tú, por cierto! Tócalo, si te atreves. Calienta, pero no quema.

—¡No seré yo el que acerque ahí mi mano! —soltó Ródegas.

—¡Tampoco yo! —añadió Arran.

La anciana rio con ganas.

—Tomad asiento, pues. Hablaremos ahora, a menos que tengáis hambre y queráis comer primero.

—¿Nos devolverás entonces nuestras cosas? —preguntó Arran—. Todas nuestras provisiones y cosas estaban en nuestros hatillos.

—Os las devuelvo ahora, tenedlo por cierto. ¡Allí en aquel rincón se encuentran! Ni siquiera las he tocado.



—¿También nuestros cuchillos? —preguntó Ródegas.

—Los cuchillos también.

Miles miraba ahora los hatillos dispuestos donde la anciana había dicho, y se pasaba la mano por la barba rubia, pensativo.

—Dinos, anciana, ¿cómo pudiste traer nuestros cuerpos y los hatillos desde el bosque? No pareces capaz, ni fuerte. El día te ha agotado y necesitas reposar.

La anciana miró a Miles durante unos instantes. La luz del vestigio de los Antiguos acentuaba los contrastes de las sombras en su rostro dándole una apariencia inquietante.

—Lo hice, y fue fácil, además. Pero eso es todo lo que diré por ahora; hay cosas que aún no estoy preparada para contar. El momento llegará, Steur, pero ahora otras cuestiones nos ocupan.

Miles hizo un movimiento con la cabeza en señal de conformidad.

En ese momento, Wáriner alargó la mano y la puso sobre la superficie pulida de la extraña estrella. Ródegas abrió mucho los ojos, y Arran, en cambio, los cerró, preparándose quizá para el grito de dolor que esperaba. Pero no hubo tal. Wáriner se quedó mirando el objeto luminoso con una sonrisa en su expresión.

—¡Y como decías, no quema!

La anciana sonrió.

Arran se llevó las manos a su melena negra y se rascó la cabeza con fuerza, como si pretendiera arrancársela.

—¡Esto cada vez es más extraño!

Comparado con los tradicionales métodos de iluminación de la aldea, aquella fuente de luz resultaba difícil de aceptar. No hacía ni dos veranos habían descubierto que las castañas silvestres podían servir como vela. Para ello, se le practicaban unos agujeros (usando una aguja gruesa) y se dejaba todo el día en aceite. Luego, se ponía en agua para ver por qué parte se levantaba, y en ese lado se abría un agujero donde se ponía la mecha. La castaña se colocaba en un cuenco de agua para hacerla arder. Ese tipo de cosas podían entenderse y ser disfrutadas, pero la luz intensísima de aquel objeto extraño era algo muy diferente.

—Cuéntame lo de Aldreta, Miles —pidió entonces la anciana.

—Aldreda. Aldreda Gaard —la corrigió Miles, y empezó a contar todo lo que sabía sobre la muerte y la presunta aparición de Aldreda, y en general todo lo que ocurrió aquella noche. A medida que desgranaba su relato, la anciana iba cambiando de expresión hasta acabar con el rostro contraído por una mueca.

Cuando terminó, la anciana miraba la luz con los ojos perdidos en sus propios pensamientos.

—Has dejado para el final lo más importante, Steur —dijo al fin.

—¿Cómo puede ser eso lo más importante? —preguntó Miles, confuso.

—Es la pista que me faltaba en este rompecabezas —anunció.

—Entonces, ¿sabes qué mal nos afecta?

—Eso me temo, y no es buena cosa —exclamó—. Hmmm.

Estuvieron callados unos instantes mientras la anciana removía la tierra a sus pies con el extremo de su cayado. De vez en cuando, Wáriner alargaba la mano y tocaba la estrella con una media sonrisa en el rostro.

—Ya está bien, Wáriner Venorian —susurró Arran—. Acabarás por atraer sobre ti alguna suerte de hechizo.

—¡Es magia de los Antiguos! —protestó Wáriner.

—Sí. Buena cosa es esa. La misma magia que acabó por destruirlos, a ellos y a todo lo que había vivo sobre este mundo.

Wáriner retiró la mano.

Mientras tanto, Miles estudiaba las facciones y gestos de la anciana, intentando adentrarse en sus pensamientos. Parecía preocupada y aún peor, casi rendida. Pero en qué manera la historia de Aldreda Gaard había afectado a su ánimo, aún no alcanzaba a comprenderlo.

De pronto, la anciana empezó a hablar.

—Una cosa aprendí de los Antiguos —dijo con voz solemne—. Su magia era potente, pero era distinta de la de ahora. Todo lo que hacían, las cosas que construían y levantaban aun en las más baldías tierras y las rocas más duras, podía ser explicado con símbolos en unos contenedores de conocimiento que empleaban a menudo. Cualquiera podía luego acceder a esos conocimientos y seguir con el trabajo; por eso dedicaban mucho tiempo a confeccionar y

guardar esos contenedores, porque era la manera que tenían de preservar su poder. Sin embargo, el gran mal no solo arrasó la tierra y la gente, hizo algo más.

—¿Algo más aún? —preguntó Arran.

—Sí —asintió la anciana, hablando todavía con solemnidad—. Despertó en el mundo otro tipo de magia, una que había estado dormida y que muy pocos Antiguos conocían. Este otro tipo de magia, mucho más extraña, inexplicable y poderosa, despertó y se instaló en el mundo destruido y colapsado por las llamas, violentos movimientos de tierra y gases asfixiantes, permitiendo que las leyes que lo regían cambiaran de forma definitiva.

—No estoy muy seguro de entender todo eso —comentó Miles.

La anciana se encogió de hombros.

—Hay leyes que son inamovibles, Miles Steur —afirmó mientras levantaba el brazo con el cayado sujeto con fuerza en la mano—. Si levanto mi cayado en el aire y lo dejo caer... —el cayado cayó al suelo produciendo un sonido hueco—... caerá hacia abajo y se quedará ahí, inmóvil.

—Sí.

—Eso es una ley. Los Antiguos estudiaban esas leyes y buscaban maneras de aprovecharse de ellas. La magia que apareció en el mundo tras el gran mal, quizá debido a su naturaleza espectacularmente destructora, reescribió por completo esas leyes. Añadió leyes nuevas y modificó otras. Algunas quedaron anuladas.

—Pero... ¡el cayado está en el suelo! —dijo Ródegas—. ¿O acaso antes no caía? ¡Todo esto hace que la cabeza me dé vueltas! ¡No veo la hora de volver al hogar y tomar un poco o un mucho de setas con nata agria de arce!

La mujer sacudió la cabeza.

—Caía también para los Antiguos, y muchas de las cosas que construyeron estaban basadas en esa ley: las cosas no se sostienen en el aire. Sin embargo, mirad ahora.

La anciana pasó la mano sobre el cayado y este se levantó del suelo hasta tocar su palma. Allí empezó a dar vueltas sobre su eje, a veces suavemente, a veces más rápido; primero en una dirección, luego en otra.

Los hombres de la aldea miraban el cayado con ojos estupefactos. Arran

se incorporó de la silla con cierta violencia, la tez roja como la flor de la amapola.

—Esto... —continuó diciendo la Heredera sin prestar atención a Arran —... es el tipo de magia que antes no existía. Al menos no he encontrado ningún indicio de que así fuera. Estoy segura de que, de haber existido, los Antiguos habrían construido e ingeniado argucias todavía mucho más impresionantes.

—Pero... —musitó Miles, con visibles problemas para encontrar las palabras adecuadas—. Esto no es... lo común. ¿Cómo es que tú puedes...?

—Puedo hacerlo porque he investigado, aprendido, observado, practicado y concluido que, si lo deseo, mi bastón puede quedarse detenido en el aire sin caer.

—¡Por las heces descompuestas de cien mil perros enfermos! —aulló Arran—. ¡Yo digo que nos larguemos de aquí!

—¡Siéntate, Arran Augia! —bramó Miles—. ¡Escucha y aprende algo, si puedes! Si te muestran maravillas y decides esconder la cabeza bajo la tierra, te llamaré pájaro cobarde y no hombre.

—Es raro —protestó Arran—. Es lo que digo. ¡Y raro es!

—Es... —empezó a decir Wáriner, pero no pudo seguir. Allí, delante de sus ojos, había un cayado flotando en el aire, y eso era algo que no había visto nunca y que probablemente no volvería a ver. Ródegas tampoco decía palabra, pero sus ojos enmascaraban además de sorpresa un despunte de miedo.

La anciana se dio cuenta de que su demostración estaba siendo demasiado para aquellos hombres y cogió el cayado para apoyarlo otra vez en el suelo.

—Estas cosas son magia —dijo entonces—. Una magia nueva que sacude al mundo y crea cosas nuevas. Cada día. Todos los días. He visto, oído y sentido cosas que no creeríais, pero que existen a pesar de ello. Lo de vuestra amiga Aldreda no es nuevo para mí, pero no pensé...

—Entonces... ¿crees que es posible, anciana? —la interrumpió Miles—. ¿Crees que Aldreda realmente volvió de la tumba y se... fue?

—No lo habría creído en otro tiempo y lugar —explicó la mujer—, pero si juntamos todos los indicios, los que me habéis contado y los que he

observado yo misma, entonces la conclusión más lógica me apunta a... un nigromante.

Arran carraspeó. La palabra, que por cierto era nueva para sus oídos y para los del resto de los hombres, lo hizo encogerse en su silla. No sabían qué significaba, pero las palabras cuentan historias, evocan cosas, mueven y remueven el interior de un hombre como una cuchara de madera remueve un guiso en un perolo. Un denso silencio se apoderó de la reunión, e incluso la luz de la estrella pareció titilar unos momentos. Miles miraba a la mujer de manera inquisitiva, deseando que continuara pero sin preguntarle directamente.

—La magia responde a la vida; es su celebración, su epifanía. Surge de la naturaleza, la unifica, la define. Pero la magia es algo que puede manejarse y retorcerse como un junco, y algunos estudiosos y practicantes la han usado para otros fines. Otros... la han usado para estudiar la muerte.

Arran se estremeció. Al oír mencionar la palabra «muerte» imaginó a Aldreda Gaard caminando por el campo gris y uniformado por el manto de la noche, con las ropas ceremoniales de la tumba arrastrando tras sus pies descalzos y fríos, la boca pálida y entreabierta dejando escapar un arroyo de sangre oscura.

—La muerte es el mayor de los misterios; no hay ninguno más profundo o importante. La muerte es un paso necesario en el ciclo del Todo. Es un portal, una puerta. Mucho escribieron los Antiguos sobre la vida y la muerte, y en sus escritos y estudios se aprende que dedicaron grandes pensamientos a estos asuntos sin poder entenderlos nunca. Ahora sé que para llegar a la comprensión total les faltaba una parte esencial: la magia que el gran mal liberó. La que está ahora entre nosotros. Ahora que está disponible, algunos practicantes se han lanzado de lleno a discernir qué ocurre en el trance de la muerte, pues hay ahí grandes poderes y capacidades que reclamar. Los que estudian esa materia se conocen como nigromantes.

—Nigromantes —repitió Miles, pensativo. Estaba pensando en la tierra muerta, en el conejo que regresó del viaje final para recorrer el yermo hacia los pozos profundos. En el olor insoportable de la tierra corrupta.

—Conocí unos pocos, hace tiempo. Debéis saber que ciertos

conocimientos no están hechos para el hombre. Todos se malograron. La muerte no es algo que se pueda tratar a la ligera, y el precio que pagaron fue muy alto. Sus cuerpos se corrompieron y sus mentes fueron aniquiladas. Pero durante el tiempo que compartí con ellos vi signos que ahora se repiten.

—¿Estuviste con ellos? —quiso saber Wáriner—. ¿Con los *nigrobantes*?

—Nigromantes —lo corrigió la mujer—. Y sí, pasé tiempo con ellos. No solo con ellos. Veréis, el mundo...

De pronto, se detuvo. Los hombres la miraron expectantes, esperando que continuara la historia. Hasta Arran Augia, que había seguido toda aquella sucesión de acontecimientos con gestos mohínos, escuchaba ahora con verdadero interés. Pero lejos de continuar la historia, la anciana levantó la cabeza hacia el techo de la cueva y, ante los ojos atónitos de los hombres de la aldea, empezó a cambiar. Lo hizo lentamente, como si alguien o algo hubiese acelerado el tiempo pero hacia atrás, y los cabellos largos y blancos de la anciana comenzaron a adquirir color y a volverse otra vez fuertes y brillantes, y las arrugas de su rostro comenzaron a desaparecer. Su tez volvió a adquirir un tono saludable y los ojos dejaron de parecer dos brasas ardientes, hundidas en la carne herida por la vejez para ser de nuevo normales. Sus labios adquirieron volumen y color; su frente se despejó de las máculas de la senectud. Para cuando quisieron darse cuenta, la anciana era otra vez una mujer que se había erguido ante ellos y levantado las manos. Sus ojos parecían resplandecer con una especie de aura de un brillo blancuzco.

Nadie dijo nada. Estaban demasiado sorprendidos y contagiados por una especie de fascinación sobrenatural. El propio Arran Augia temblaba como la última de las hojas colgando de un árbol en otoño, los ojos húmedos por la emoción.

Entonces, la anciana que ya no lo era, pues había regresado de nuevo a su juventud, comenzó a hablar con voz clara:

—El mundo es en verdad grande, enorme, inabarcable. Podría hablaros de su tamaño durante muchos días y noches y no os haría comprender cuánto. Los Antiguos idearon muchos y muy variados métodos para trasladarse con velocidad, pero incluso entonces invertían muchísimo tiempo en ir de un lado a otro. Para ello construían carretas que se movían sin caballos o bueyes y

casas que permanecían prendidas en el aire sin que nada las hiciera caer, y en esas casas cruzaban los cielos veloces como una estrella fugaz, también por el mar, sin que necesitasen remos o vientos. Pues lejos, al oeste, hay un gigantesco desierto que en el norte se llama Desertia y en el sur se desconoce; y allí, al abrigo de unas montañas de arenisca suave que adquiere tonos anaranjados cuando el sol se pone, existe una ciudadela construida con restos de los Antiguos donde muchos hombres y mujeres estudian la magia y sus leyes. Mucho han hecho ellos por conservar el mundo tal y como lo conocéis, pues son protectores de la vida, y si ahora cosecháis y dormís y bebéis buen vino es gracias a ellos.

»En esa ciudadela pasé largos años, y conocí gente admirable y muy sabia. Y aprendí mucho; todos los días y noches aprendía. Pero algunas de las cosas que aprendí hablaban más de la naturaleza humana que de otra cosa, pues en sus salones ornamentados con prisma y cristales teñidos de los colores del arco iris había discípulos que buscaban poder para oscuros propósitos. Creo que el maestro Reezan Kalb supo de sus intenciones, pero les enseñó igualmente, pues de la caída de unos aprenden los otros, y, según decía, todos los caminos albergan aprendizaje.

»Había, en efecto, un grupo de estudiantes que practicaban en secreto con la muerte, modificaban los hechizos elementales y manipulaban las corrientes mágicas para observar sus efectos. Eran hombres y mujeres jóvenes, de rasgos hermosos y cuerpos sanos, pero no por mucho tiempo. Todos nos dimos cuenta de que, a medida que transcurrían las estaciones y se sucedían las lunas en los cielos estrellados, sus cuerpos se encogían y marchitaban, sus ojos palidecían y se hundían, profundos, en las caras contraídas. Sus dedos se asemejaban más a los de otras criaturas que pueden encontrarse a mucha distancia de aquí y de las que no hablaré mientras sea de noche, aun estando tan lejos, y sus dientes habían perdido su blanca normalidad para asemejarse a las piedras puntiagudas de los acantilados.

—Por los cielos sobre nuestras cabezas —murmuró Ródegas de repente.

—Todos acabaron por sucumbir. Intentaron burlar a la muerte y extraer su poder y fueron reclamados por ella antes de tiempo. Antes de eso, sin embargo, la tierra en los jardines de la ciudadela empezó a morir. Recuerdo el

olor y cómo las altas y grandes flores de los muros de hojas se marchitaron. Y sobre todo recuerdo cómo uno de los potros, que había nacido muerto por la mañana, relinchó durante toda una tarde hasta salir corriendo y perderse en el desierto.

Wáriner dejó escapar una exclamación de angustia.

—Eso... Eso se parece a...

La mujer asintió. Ahora había vuelto la cabeza para mirar a los hombres.

—El maestro Reezan Kalb, ayudado por otros, restauró la salud del jardín con facilidad, pero cuando sucedió lo del potro, quiso saber qué ocurría. Los aposentos privados de los estudiantes fueron abiertos, y...

—¿Y? —la urgió Ródegas, ansioso.

La mujer negó con la cabeza.

—Temo tener que dejar la historia con lagunas, pues de lo que ocurrió en aquellas habitaciones no se sabe mucho. Sé que el maestro Reezan Kalb entró en los aposentos y, después de unos instantes, cerró las puertas a su espalda. Lo que ocurrió a continuación duró toda la noche hasta casi el amanecer. El resto de los alumnos nos fuimos congregando alrededor de la puerta, casi todos prestos a ayudar en lo que fuera necesario. Pero la puerta no se abrió hasta que terminó todo, y lo que ocurrió allí fue cosa de Reezan y los nigromantes. Observábamos los resplandores azules, rojos y blancos producidos por los hechizos que allí dentro debieron de intercambiarse, y en ocasiones el cielo mismo se estremecía: tan pronto estallaba una turbulenta tormenta como se detenía y la luna brillaba clara rodeada de estrellas sin que una sola nube la molestase.

Los hombres se miraron sorprendidos. Todo aquello hacía rato que los superaba, y ahora solo podían escuchar por mucho que, en realidad, desearan no haber viajado nunca hasta Sombraviva.

—Recuerdo que miré a mi compañera, Salacia Vespar, y esta me devolvió una mirada preocupada. Se pasó la mano por la frente, como si estuviera fatigada, y siguió mirando la puerta. Este hecho podría haber pasado inadvertido y ser borrado de mi memoria casi al instante, como todas las cosas pequeñas que nos pasan en todo momento. Pero un tiempo después volví a mirarla y ella me devolvió la mirada de nuevo, volvió a pasarse la



mano por la frente y volvió a mirar la puerta. Era exactamente la misma escena que había vivido unos momentos antes, sin cambios, idéntica. Cuando todo hubo terminado, me pregunté si el discurso del tiempo mismo no habría sido alterado en aquella sala, por mor de algún hechizo, tal vez. Reeban Kalb era un maestro, y manejaba corrientes mágicas que aun hoy día no puedo imaginar. Recuerdo que pensé que algo pudo haber ido mal en aquella batalla y se viera obligado a retroceder en el tiempo para corregir el error. Miles se pasó ambas manos por el rostro, como si con el gesto quisiera apartar su estupefacción.

—¿Retroceder en el tiempo? —preguntó—. ¿Puede la magia obrar tal cosa, acaso?

—Puede, en teoría. La magia es el cimiento de toda existencia. Alteras el cimiento, alteras la estructura; pero si no tienes cuidado puede caérsete encima. Más tarde comprendí que alterar el tiempo no es cualquier cosa. ¿Imagináis acaso tal poder? Ni siquiera el maestro Reeban Kalb podría haber obrado semejante artificio. Pero eso lo sé ahora, y no entonces.

—No creo que tenga capacidad para seguir entendiendo lo que dices —masculló Arran. Parecía en verdad fatigado en su silla de madera, los brazos caídos delante del cuerpo de manera que colgaban lacios entre las piernas.

La mujer sonrió.

—Puede que tengas razón, Arran Augia. Tal vez sea demasiado. Os pido disculpas... Hacía demasiado que no hablaba con nadie, no de estas cosas, por cierto, y no durante tanto tiempo. Termino enseguida.

»Cuando el combate terminó, las puertas se abrieron de nuevo. Un olor rancio a enfermedad, humo y azufre escapó de la habitación. Reeban Kalb salió de allí humeando como una antorcha recién apagada. La mitad de su cara estaba hundida y ennegrecida, como si hubiese sufrido graves quemaduras. Sus manos eran dos luminarias incandescentes, un residuo claro de haber usado demasiados conjuros. Sus ojos... Bueno, sus ojos hablaban de lo muy exhausto que estaba. “¿Qué ha pasado, maestro?”, le preguntamos, pero Reeban no contestó, los ojos fijos en el suelo agrietado por las sacudidas a las que la torre se había visto sometida. “¿Qué ha pasado?” Por fin, le hice la pregunta correcta, pues estaba claro que no quería responder: “¿Qué

hacemos ahora, maestro?” Reeban Kalb me miró durante unos instantes y contestó: “Olvidar”. Dicho eso, echó la mano hacia atrás y las puertas de la estancia se encogieron sobre sí mismas hasta desaparecer. Un momento más tarde, allí donde antes había habido una puerta solo había un muro, y la habitación entera desapareció sin que nadie jamás pudiera encontrarla otra vez.

La mujer suspiró largamente.

—Eso es todo lo que puedo contar sobre los nigromantes. Qué fue de ellos, solo puedo suponerlo. Reeban Kalb debió de encontrar allí dentro algo que no podía consentir. Supongo que el maestro los instruyó para que desistieran, pero los nigromantes debieron de negarse. Lucharon. Imagino que los nigromantes fueron destruidos o desterrados a algún otro espacio de tiempo, o anulados de alguna forma. Eso, al parecer, ha cambiado.

Los hombres se miraron, súbitamente sobrecogidos.

—¿Quieres decir... que uno de aquellos nigromantes está ahora por aquí... en la... zona de...? —preguntó Miles, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

De nuevo sin esperarlo, la mujer empezó a cambiar otra vez. Su pelo creció y se volvió blanco, su tez se tornó grisácea y como sin vida, los ojos regresaron a sus cuencas hundidas, su estatura mermó y la piel se le contrajo formando arrugas y manchas. Era como si, para recordar los sucesos de antaño, la mujer hubiera regresado de alguna manera física e incomprensible a la joven que había sido.

—Uno de ellos, o tal vez algún otro —siguió diciendo como si nada hubiera pasado—. Como os he dicho, el mundo es grande, muy grande, y no puedo decir cuánto. Puede que algún otro hechicero se haya adentrado por los senderos de la muerte. Pero que está aquí, sean aquellos u otros, uno o muchos, eso parece claro. La tierra, el olor, las resurrecciones. Mucho ha crecido el poder de ese nigromante si puede extender la podredumbre bajo el suelo hasta tanta distancia y si puede animar los cadáveres de las personas. Pero desde luego fue inteligente detectando el poder de la Entraña y sirviéndose de ella. Si se ha asentado en su interior y creado allí su trono, entonces su poder debe de ser inimaginable.

—¿Por qué? —quiso saber Miles—. ¿Qué es la Entraña, en realidad?

—La Entraña —susurró la mujer— es un... uno de los lugares desde donde el gran mal se extendió. Hay muchos, pero este es uno de ellos. La magia allí forma como un remolino, se encoge, se reúne, es reclamada y liberada. Comprended que cosas como este bosque, que es una y muchas cosas a la vez, existe debido a la cercanía de la Entraña.

—¡Lo sabía! —soltó Arran.

—No creo que supieras ni lo que ibas a desayunar esta mañana —le espetó Ródegas.

Miles dio un respingo. Ver discutir a los hombres como hacía un rato lo había devuelto, por unos momentos, a su realidad. Había escapado de ella con las palabras e historias de aquella enigmática mujer, transportado por conceptos de los que nunca pensó saber nada, trasladado a otro tiempo y momento en el que la magia parecía ser tan real como el agua. Pero si todo aquel asunto no se les iba de las manos, le gustaba pensar que podrían todavía volver a su vida normal, donde los árboles crecían lentamente y proporcionaban madera para útiles, cuencos y leña para el hogar, y podrían tal vez olvidar las historias sobre ciudadelas remotas, hechizos y momentos que se repetían en el tiempo.

Sonrió brevemente.

—Pero... si tu maestro apenas pudo con unos estudiantes —exclamó Wáriner, sacándolo de sus reflexiones—, ¿qué se puede hacer contra este nigromante?

—Estamos perdidos —exclamó Arran.

—No eches paletadas de tierra en tu propia tumba tan pronto, Arran Augia —dijo la mujer, ahora con dulzura—, pues el destino siembra calamidades, pero también ofrece los instrumentos para librarse de ellas; así funciona el aprendizaje.

—Mil colleras de roble nos sean puestas en los cuellos —exclamó Ródegas— si esto no suena a infortunio y desgracia de la peor clase.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó Miles.

La mujer inclinó la cabeza, como si escuchara. Permaneció así todavía unos momentos.

—Eso lo ignoro —respondió con sencillez—. Vosotros habéis acudido a mí, me habéis contado, y yo os he contado. Ahora sabemos muchas más cosas que antes, vosotros y yo. ¡Y hemos sembrado para el futuro, también, cosa que me preocupaba sobremanera!

Los hombres se miraron confundidos.

—Espera... Dinos, anciana, ¿qué quieres decir? —preguntó Miles.

—Quiero decir que desconozco los senderos del futuro. Ninguno está atado, ninguno.

—Pero... ¿nos ayudarás? —preguntó Ródegas.

—¿Cómo podría ayudar?

—No lo sé —respondió él—. ¡Con magia! He visto cosas aquí y ahora que nunca pensé que vería. ¡Incluso una parte de mí quiere creer que lo he soñado!

La anciana negó con la cabeza.

—Si estás pensando que puedo ir a la Entraña y enfrentarme a la amenaza que se ha asentado allí, sea un nigromante u otra cosa, no lo has meditado bien. Muchas vidas de hombre llevo encima, obtenidas mediante trucos y tratos con la magia. Aunque pudiera salir libremente del bosque, con probabilidad caería desfallecida por el camino aun antes de llegar. Pero no puedo. Estoy atada, me temo, a este lugar. Fue parte del trato.

—¿Qué? —preguntó Miles—. Pero... ¿por qué?

—Para salvaguardar el conocimiento de los Antiguos —dijo la anciana—. Muchas cosas he recopilado y traído de lugares remotos a este lugar, en parte porque aquí la magia es fuerte y brillante y ayuda a que nadie acceda si tiene oscuras intenciones en su corazón.

Wáriner miró alrededor, esperando quizá encontrar algo donde ese conocimiento pudiera estar almacenado.

—No podrías encontrarlo aunque yo te lo permitiera, Wáriner. ¡Y no es momento aún!

—Pero... entonces, ¿qué podemos hacer? —insistió Miles.

La anciana inspiró despacio y soltó el aire tomándose todavía más tiempo. Por un momento pareció considerar algo, pero después sacudió ligeramente la cabeza.

—Os he contado muchas cosas importantes que desconocíais —dijo al fin—. Y ahora sabéis qué os afecta. Eso ya es mucho, pues no hay nada peor que no ver el puñal que cae sobre el pecho. Hay un puñal, sí, pero ahora lo sabéis. Reaccionad ante ello; y los próximos días dirán. Volved. Regresad a vuestro hogar y ya veremos qué pasa a partir de ahí.

—¿Cómo? —aulló Arran—. ¡Danos un escudo para que el puñal no atravesase nuestros corazones!

—¿Dices que volvamos a nuestro hogar? —pregunto Miles, hablando casi al mismo tiempo que Arran—. ¿No vas a... ayudarnos con algún otro conocimiento, alguna herramienta, uno de esos logros de los Antiguos?

—Lo que puedo dar ya os lo he dado —respondió la anciana—. Y añadiré otra cosa: son estos días del hombre, como os he dicho, así que la providencia os será favorable. El curso natural de las cosas está contra el poder del nigromante y a favor vuestro. Estoy segura de que pondrá a vuestro alcance todas las herramientas que vayáis a necesitar.

Miles la miraba, pensativo, intentando comprender.

La anciana adelantó la mano y la puso sobre la suya.

—Steur, dirigirás bien el destino de tu pueblo.

—¡Ese destino se me aparece negro como una noche sin luna! —seguía diciendo Arran—, ¡y más funesto que flores negras en la puerta de una casa!

Esa y otras cosas dijo Arran Augia mientras se levantaba de la silla y empezaba a andar por la cueva haciendo muchos aspavientos y tocándose la barba, cosa que hacía cuando estaba nervioso, inquieto, enfadado, o todo a la vez. Ródegas había preferido agachar la cabeza y mover los pies en el suelo para dar forma a la arena, por mucho que su cabeza estuviera en otra parte: en un pozo del alma. Se sentía impotente e infinitamente pequeño. La realidad, a la vista estaba, era mucho más compleja de lo que había imaginado, y el tamaño del mundo (su mundo) inabarcablemente enorme. Las imágenes de combates abigarrados de hechizos, luces chispeantes, sucediéndose en torres de piedra en lugares remotos le hacía tener sentimientos encontrados.

Wáriner, mientras tanto, intentaba todavía convencer a la anciana. Cansada de dar respuestas, llegó un momento en el que se limitó a asentir. Miles escuchaba a Wáriner, pero sabía, mucho antes que este, que no tendría

éxito. La anciana, o bien había tomado su decisión, o bien estaba atendiendo los hilos de un destino que, aparentemente, ella podía entrever.

Si hablaron más aquella noche fue poca cosa y sin importancia, porque más tarde comieron algo de las provisiones que llevaban consigo, pan postrero de las últimas reservas de la aldea (algo más oscuro que el habitual) con mayor contenido de salvado, y manzanas, ciruelas y moras que la anciana sacó para agasajarlos. También bebieron una cerveza turbia con poco o casi ningún contenido de alcohol, pero el sabor era bueno y reconfortaba los cuerpos cansados.

No hubo partida esa noche, por cierto. La anciana les advirtió que Sombraviva daba cobijo a un buen elenco de peligros, algunos de los cuales eran alimañas y criaturas, y otros tenían una naturaleza más extraña de los que prefería no hablar. Así que la anciana se despidió con palabras y gestos corteses y se retiró por el túnel hacia el fondo de la cueva. En cuanto a los hombres, a pesar de la decepción que habían sufrido y lo terrible que se presentaba el futuro, durmieron como niños arropados en mantas al lado de un hogar cargado de leña. Miles tardó un poco más en quedarse dormido, pero tampoco consiguió resistir mucho y cayó en un descanso intranquilo pero sin sueños.

Fuera, al amparo de las horas nocturnas, Sombraviva cambiaba. Las raíces se estremecían cuando los vórtices mágicos bullían efervescentes de entre las hojas muertas en el suelo, las ramas se crispaban en garras ávidas de alimento y tormento, y seres infames y desconocidos se lanzaban a los escasos senderos para recorrerlos, olfateando rastros imposibles, dándose caza y alimentándose unos de otros.

Y el tiempo, como ocurría también durante el día, dejó de fluir únicamente hacia delante; a veces retrocedía, a veces saltaba o se quedaba quieto; en Sombraviva, era lo único que se permitía una pausa durante la noche.

## RÓDEGAS Y LAS PIEDRAS SALTARINAS



### I

Si era de día o de noche, desde el interior de la cueva era difícil decirlo. Cuando los hombres despertaron (curiosamente al mismo tiempo) todo seguía igual que cuando se fueron a dormir: La misma luz y temperatura, hasta la extraña estrella en el suelo seguía brillando con la misma intensidad y calor. Lo único que les decía que habían dormido largo tiempo era la sensación de somnolencia en el cuerpo y los ojos perezosos que se resistían a abrirse y quedarse abiertos.

—Por todos los... —dijo Arran entonces—. ¡Buenos días o buenas noches sea lo que sea, pero que me aspen si aquí no hay algo que está fuera de lugar, sobra, o falta!

—¿Qué echas en falta, Arran? —preguntó Miles mirando su hatillo y sus pieles de dormir.

—¡Nada mío, creo, sino el pasaje que llevaba al fondo de la cueva!

Los hombres miraron, confusos, en la dirección que Arran indicaba. Miles pestañeó. Habría puesto la mano en el fuego si lo hubieran retado a asegurar que allí donde ahora se veía únicamente una pared de piedra había habido un corredor no demasiado estrecho por donde la anciana se retiró a

dormir la noche anterior.

Ródegas farfulló y prorrumpió en exclamaciones mientras corría hacia allí y tocaba la pared con ambas manos. Era dura y lisa como cualquier pared de piedra, y no un artificio.

—¡Vaya si esto es magia, o eso o alguien ha desordenado mis recuerdos!

—Todos lo recordamos —exclamó Miles—. Así que algo me dice que hoy no nos podremos despedir de la anciana.

Wáriner compuso una expresión de pesadumbre.

—Anoche me dormí pensando que no nos dijo su nombre —exclamó.

—Cierto es —asintió Miles.

—Me hubiera gustado conocerlo —añadió Wáriner—. Apuesto a que debe de ser extraño, puede que difícil de pronunciar.

—Es lo más probable —dijo Miles.

Recogieron las cosas en silencio, y mientras lo hacían, Wáriner miraba con suspicacia la luminosa estrella que reposaba en el centro del suelo. Miles adivinó sus pensamientos.

—No vamos a llevarnos eso, Wáriner, por mucho que te fascine.

—Oh —exclamó este—. Lo sé. Lo sé. Pero estaba pensando que sería un buen adorno para la aldea. Lo pondríamos en el Gran Salón para que su luz guiase nuestras decisiones, y nos calentaría en los días fríos.

—Por cierto que sí —acordó Miles—, pero no es nuestro y no nos ha sido regalado.

—No me llevaría esa cosa a la aldea donde vive mi familia ni aunque me obligasen a ello —soltó Arran.

—Tampoco yo, por mucho que me sorprenda estar de acuerdo con un Augia —dijo Ródegas.

—No hay debate —decidió Miles—. No es nuestro y debe permanecer aquí.

Abandonaron la cueva y el sol los recibió, brillante y cálido como si de repente hubiera caído el verano. Estaban en el claro otra vez, y todo alrededor era el linde del bosque. Los árboles estaban tan juntos unos de otros que parecía imposible encontrar un sendero que pudieran seguir. Era, sin embargo, una buena manera de iniciar lo que había estado preocupándolos



desde que cargaron los hatillos a la espalda: el viaje de vuelta. Les había costado mucho adentrarse en el bosque y ahora desconocían incluso en qué dirección caminar, pues fueron llevados allí estando inconscientes o dormidos.

—Pues bien, la aldea queda hacia el este —dijo Miles—, así que, estemos donde estemos, caminar hacia el este parece una buena idea.

De pronto, un pájaro negro apareció lanzando extraños graznidos en el aire y se posó en una roca cercana.

—Recuerdo a este pajarraco —dijo Ródegas.

—Yo también, en realidad —añadió Wáriner—. No había visto un animal así antes, y sospecho que nunca veré otro igual.

—Es el que salió de la joroba de la anciana cuando estábamos prisioneros —dijo Miles.

El ave, negra como el carbón, tenía una cabeza demasiado grande y un pico largo, del color de los huesos con muchos años de sepultura encima. Cuando extendió las alas, estas parecían membranosas como las de un murciélago, pero (por decir algo a su favor) tenían unos elegantes destellos azulados. Graznó todavía un par de veces y luego emprendió otra vez el vuelo, planeó por el claro hasta el borde del bosque, y allí se posó otra vez.

—Pues bien —dijo Miles—. Entregaría mi mujer a Ródegas Hylas si ese pájaro no nos está mostrando el camino.

—¿Vamos a seguir a un pájaro tan feo, Steur? —protestó Arran—. Las historias de magia y ciudadelas y otras cosas que no entendí deben de haberte perjudicado. ¡Saca uno de los comistrajos de esa mujer que regalas con tanta facilidad y aliméntate, pues creo que estás debilitado de las entendederas!

Miles no dijo nada, se limitó a encaminarse hacia el ave.

—Qué cabezotas son los Steur —masculló Arran, y echó a andar detrás de él.

Wáriner y Ródegas los siguieron, aunque el primero se tomó unos instantes todavía para cerrar los ojos y sentir el sol en la piel antes de desaparecer otra vez en las penumbras de Sombraviva.

## II

Seguir al pájaro a través de los árboles era fácil de decir, pero llevarlo a cabo era algo muy distinto. Después de solo varios centenares de pasos, los hombres jadeaban como jabatos perseguidos en una cacería. A veces lo veían saltando con gracilidad de rama en rama, centelleante como una estela de ébano, y otras veces lo tenían a la izquierda, a cierta distancia, entre los árboles, o incluso detrás, siempre inalcanzable.

—¡Por todas las olas del océano! —exclamó Ródegas cubierto de sudor—. ¡Ese pajarraco feo se burla de nosotros!

—En lo sucesivo, Ródegas Hylas —dijo Miles—, no vuelvas a llamarlo pajarraco feo si deseas salir de este bosque, pues en verdad parece que cuanto más lo insultas, más nos desorienta.

Ródegas se revolvió incómodo.

—Como si un pájaro pudiera entendernos, estúpido Steur —masculló mientras trotaba a buen paso entre los árboles—. ¡Lo tengo todo bajo control!

Arran soltó una carcajada.

—Lo controlas tanto como un chorro de orina en medio de un vendaval —dijo.

Miles apenas los escuchaba, pues estaba pendiente de las evoluciones del pájaro por el bosque, volando de un lado a otro, desapareciendo aquí y apareciendo allá. Ródegas no iba muy desencaminado cuando decía que jugaba con ellos; mucho le daba la impresión de que así era. Acababa de verlo descender hacia el suelo desde lo alto de un árbol para volver a volar a la copa del que tenía inmediatamente al lado.

Se detuvo, ceñudo y disgustado.

—Me parece que no conseguiremos alcanzarlo —dijo entonces, dejándose caer en el suelo.

—¿Qué dices, Steur? —preguntó Arran—. ¿Te rindes?

—Ese pollo no quiere que lo alcancemos, y no lo haremos. Está claro que nos está llevando en círculos. Decidme, ¿no os suena este árbol de aquí, con este nudo que parece una cara?

Arran lo miró con perplejidad.

—No he llegado hasta aquí buscando espantajos en los árboles, Steur — dijo.

—Bueno, pues yo sí me he fijado, y hemos pasado antes por aquí en sentido opuesto.

Ródegas lanzó una fuerte patada contra el árbol, súbitamente enfurecido.

—¡Patanes y alacranes! —gritó—. ¡Tanto sudor para nada! ¡Si vuelvo a tenerlo a mano, os aseguro que hundiré mi cuchillo en su carne de carbón!

—Está bien —intervino Wáriner—. No tenemos ni idea de cómo se sale de aquí, pero diría que si caminamos recto hacia el este, saldremos en algún momento por el lado adecuado.

Ródegas se había sentado en el suelo y se había quitado las botas, que eran de piel anudadas con gruesas cintas de corteza de abedul.

—¡Hasta los *pieses* tengo sudorosos y doloridos! —protestó.

—Vuelve a calzarte, Ródegas —exclamó Miles—. No es tiempo para descansar ahora, no aquí. No me gusta este lugar. En un instante estás en un sitio, y al otro estás en otra parte. Y hace demasiado calor para este periodo del año.

—Demasiado, sí —susurró Wáriner—. Es como si el bosque no estuviera tampoco donde dice estar. ¡En fin! Prosigamos.

### III

Poco tiempo tardaron en descubrir que estaban perdidos. El árbol con el nudo en forma de cara volvió a aparecer no una, sino dos y tres veces, arrancando todo tipo de quejas y protestas por parte de los hombres. Miles estaba confundido. Tenía un buen sentido de la orientación y se decía que caminar en línea recta, al menos para un hombre, no tenía que ser tan complicado.

—De acuerdo —dijo—. No nos ha ido demasiado bien moviéndonos hacia el este. Está claro que, en algún punto, el bosque nos da la vuelta como si fuéramos reses estúpidas, y no nos damos cuenta. Probemos pues a

retroceder, ¡y veamos cómo nos va!

Eso hicieron, y caminaron entre los árboles mientras la luz descendía rápidamente. El día pasaba de largo y los escasos rayos de sol que se filtraban por las nutridas copas eran cada vez menos pródigos. La oscuridad caía a su alrededor, y ya les costaba distinguir las piedras en el suelo mientras caminaban.

Arran estaba furioso.

—¡No, no y no! ¡Ya deberíamos haber llegado a algún extremo del bosque! —exclamó.

—De hecho, sí. Hace tiempo, además.

—Al menos no hemos vuelto al mismo lugar —dijo Wáriner, que había estado callado y cabizbajo—. Empezaba a encontrar ese árbol realmente irritante.

—Querría haber salido de este lugar antes de que la luz se fuera —comentó Miles—. Y sé que estáis fatigados y tenéis hambre, pero haced de tripas corazón y agarraos los párpados con las orejas, que no dormiremos en este bosque de noche.

—¡Ni se me ocurriría! —soltó Ródegas mientras resoplaba pesadamente—. No después de lo que dijo la anciana.

—La anciana de nombre desconocido —suspiró Wáriner.

Pero lo cierto es que cada vez veían peor. El bosque ya era bastante oscuro de por sí, pero al amparo de la noche era como si cogiera la falta de luz y se vistiese con ella. Apenas distinguían nada a un palmo de distancia, y por si fuera poco, la temperatura caía rápidamente. Habían tenido la ocurrencia de fabricar antorchas para poder ver algo, pero todo a su alrededor era un entramado de ramas secas y hojarasca, y concluyeron que podía ser peor el remedio que la enfermedad. La idea de acabar perdidos en mitad de un bosque en llamas no era mejor que continuar perdidos y tropezando.

Ródegas no dejaba de golpearse los *pieses* con todo tipo de raíces y piedras.

—Cuida tus pasos, Ródegas —le advirtió Wáriner en voz baja—. ¡Tantas veces estás a punto de caerte que no vivo en mí!

—¡No soy yo, por la matriz de mi madre! —respondió enseguida—. ¡Es

este sitio! Miro abajo, descubro un hueco entre los nudos y raigones, pero cuando piso, es como si una piedra saltara para interponerse en mi camino!

Arran rio entre dientes.

—Compondré una canción para esta aventura —dijo con tono burlón—. Y la llamaré *Ródegas y las piedras saltarinas*.

El comentario arrancó algunas risas, pero no muchas. Miles podía sentir el desánimo. Nadie lo decía, pero empezaban a estar realmente preocupados. Era como si todo aquel lugar fuese una prisión imposible de vencer. Habían andado tanto que estaba seguro de que podrían haber cruzado el bosque entero de lado a lado no una, sino varias veces, y sin embargo todo a su alrededor ofrecía siempre más o menos el mismo paisaje: árboles y más árboles, suelos irregulares, montañas de hojarasca en descomposición, sin encontrar jamás ningún accidente geográfico que los ayudase a tener la sensación de que caminaban por terrenos nuevos: una quebrada, un cúmulo de rocas, una colina o un valle. Todos pensaban en aquellos hombres que se habían internado en Sombraviva en el pasado sin que se los hubiera vuelto a ver, y ahora, al menos, lo entendían.

Entonces empezaron los susurros.

Eran demasiado sutiles como para que nadie se atreviese a decir nada al principio, pero al cabo de un rato, resultaron ya demasiado evidentes como para que permaneciesen callados. Cuando se miraron, vieron unos en otros que todos oían lo mismo.

—¡Bien, pues... empezaba a pensar que me estaba volviendo loco! —soltó Ródegas.

—¿También lo oyes, viejo? —preguntó Arran, ceñudo.

—A la izquierda y también a la derecha —admitió—. ¡Un poco delante y también detrás!

Wáriner asintió.

—No estaba seguro de que mis oídos me engañasen —dijo—. Ahora veo que no.

Miles estaba dando vueltas sobre sí mismo, intentando captar la fuente del sonido, cuando un quejido preñado de un incomprensible erotismo que, a pesar de ello, helaba la sangre, se hizo audible en algún lugar entre los

árboles.

—¡Allí!

Ródegas desenvainó su cuchillo. El roce del metal produjo un tintineo en la oscuridad.

—¡Pues por mi descendencia que vamos a desentrañar este misterio!

Ródegas se lanzó a la carrera, cruzando entre los árboles.

Miles sintió un ramalazo de alerta en el pecho. Abrió mucho los ojos y extendió el brazo tratando de alcanzar a su compañero, pero sin éxito.

—¡No, Ródegas, no te alejes!

Pero era demasiado tarde.

Arran y Wáriner reaccionaron al unísono, preparando sus armas.

Fue como si accionaran una palanca invisible, y todo a su alrededor se incendió de quejidos, susurros apagados, lamentos arrastrados que aumentaban en intensidad volviéndose tan amenazadores como desconcertantemente excitantes.

—¿Qué es esto, Miles? —preguntó Wáriner, ahora asustado.

Miles no respondió. Había avanzado unos pasos hacia el lugar por donde Ródegas había salido corriendo, intentando distinguir en la oscuridad.

—¡Ródegas! —llamó—. ¡Ródegas!

Quejidos. Lamentos. Alguien, o algo, dejó escapar una exclamación como si acabara de llegar al clímax de una larga sesión de sexo.

—¡Estoy aquí, hombre! —dijo una voz a su lado.

Miles dio un respingo, solo para encontrarse la prodigiosa nariz de Ródegas a escasos centímetros de donde él estaba.

—Por todos los alces del mundo —dijo Miles—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé —respondió Ródegas—. Estaba corriendo hacia adelante, persiguiendo esas voces, y de repente te tenía enfrente.

Miles se rascó la cabeza.

—Parece que... aquí las cosas no funcionan como ahí fuera.

Wáriner y Arran aparecieron jadeando junto a ellos.

—¡Estáis aquí! —exclamaron—. ¡Os hemos encontrado!

—¿Encontrado? —se extrañó Ródegas—. ¡Qué ocurrencia! Nunca nos

hemos perdido.

Arran soltó un improperio levantando los brazos en el aire.

—¡Escucha a este tonto! —dijo—. ¡Hace tanto que os buscamos que empezaba a pensar que vería amanecer!

Miles negó con la cabeza.

—Acabo de dejaros justo detrás de mí —exclamó.

—Miles, te fuiste tras Ródegas hace un rato largo —susurró Wáriner—. Os hemos buscado y vuelto a buscar. Cuando las voces se apagaron, pensamos que os habían dado caza. Arran estuvo acuchillando la oscuridad en todas direcciones, enloquecido.

—Era por si podía acertar a Ródegas, tal vez —soltó.

Este gruñó, pero Miles estaba concentrado en escuchar. Wáriner estaba en lo cierto. No se había dado cuenta, pero el bosque estaba otra vez en silencio, roto tan solo por algún crujido lejano, o la caída de una rama en alguna parte, todo ello sonidos habituales de un bosque cualquiera.

—Está bien —dijo entonces—. No entiendo lo que ha pasado ni creo que esta noche, aquí y ahora, debamos hablar de ello.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Wáriner.

Miles estaba sacándose el hatillo de la espalda. Rebuscó entre sus contenidos por unos momentos y extrajo la cuerda que había traído consigo: seis brazadas completas de buena cuerda trenzada por él mismo.

—Nos ataremos con esto unos a otros, y descansaremos. Caminar de noche es inútil. Dormiremos por turnos, si queréis, aunque no creo que yo pueda pegar ojo de todas maneras. Y por la mañana, cuando la luz sea nueva otra vez, veremos qué pasa. Algo me dice que la noche auspicia cosas en este lugar, y no me gusta ninguna de ellas.

La idea fue acogida con buen ánimo, y en unos instantes se habían atado unos a otros por la cintura. La cuerda era extraordinaria: fuerte y dúctil, y sentirla sobre la piel les insufló una confianza que habían perdido desde que llegaron.

Luego, se sentaron en el suelo frío y húmedo y recogieron las piernas. Los ojos abiertos y las miradas atentas escudriñaban las penumbras a su alrededor.

Ródegas se quedó dormido el primero: estaba en medio de los otros tres y se sentía abrigado y protegido. Arran dormitaba a ratos, pero volvía a despertarse enseguida, gruñía y regañaba a Ródegas por parecer un ceporro tras una buena comilona, pero al poco tiempo volvía a cabecear, exhausto.

Tan solo Miles y Wáriner permanecieron alerta y expectantes mientras, a su alrededor, el bosque se arremolinaba y evolucionaba atendiendo sus propias reglas de existencia.

## IV

Miles nunca terminó de comprender lo que ocurrió en mitad de la noche. Cuando, un poco después, lo comentaba con Wáriner o con cualquiera de los otros, todos le respondían que no le diera muchas vueltas, que sin duda se quedó dormido y se despertó pensando que no había faltado a su vigilia. Pero Miles sabía que no había sido así. Era aún de noche y miraba atentamente los troncos y las raíces, los arbustos y las ramas, cuando, de repente..., era otra vez de día.

Se levantó de un salto, pestañeando sobresaltado, frotándose con fuerza los ojos. No daba crédito a lo que veía. ¡Era de día! Los rayos de sol se filtraban otra vez entre las copas, el suelo volvía a estar entretejido de claros y oscuros siniestros, el bosque se exponía a la vista en todas direcciones, todavía cargado de misterio pero otra vez visible.

—¡Por mi vida! —exclamó, dando vueltas sobre sí mismo.

Wáriner se estremeció y levantó la cabeza, oculta entre sus propias piernas. Sus ojos pequeños e hinchados revelaban que había dormido durante al menos un rato.

—Oh. El día... —dijo con alivio.

—¿El día? —replicó Miles, todavía atónito—. ¡Te aseguro que no hace ni un momento era noche cerrada!

Wáriner miró alrededor.

—¿Estás seguro? —preguntó perplejo—. ¿Cuánto hemos dormido? ¡Esta



luz es como si fuera mediodía!

—¡Como que es la misma luz de ayer! —exclamó Miles—. ¡Pero no debería ser así! ¡Hace un momento no se veía a más de un palmo!

La voz de Miles despertó a Ródegas y a Arran, que se incorporaron afanosamente, avergonzados de haberse dejado vencer por el sueño.

—¡Steur, estúpido, te has quedado dormido y nos has dejado roncar como viejas en una mecedora! —exclamó Arran.

—¿Qué?

Ródegas se quitaba las babas de su bigote blanco con disgusto.

—¡Debe de ser mediodía! ¿Qué hemos hecho?

Pero Wáriner se había incorporado y se dirigía veloz hacia delante. Empezó a dar saltos y levantar los brazos, como si estuviese celebrando una gran victoria.

—¡No puedo creerlo! —gritaba—. ¡Mirad aquí, patanes! ¡Mirad qué cerca nos quedamos anoche de la salida!

Miles se volvió para mirar, tan confundido como perplejo. Wáriner tenía razón. Allí, entre la tupida maraña de árboles, se distinguía muy a las claras el linde del bosque, y más allá, la planicie aterciopelada y suave del terreno que los separaba de la barrera de matas y espinos que cruzaron al llegar.

—¡Que me arranquen la piel de la carne! —bramó—. ¡Eso no estaba ahí anoche, lo habría visto!

—Ninguno lo vimos, Steur —dijo Arran—. ¡Pero ¿tanto importa?! Ha sido una de las noches más extrañas que he podido vivir en toda mi vida, ¡y se ha acabado! Ródegas, idiota, limpia la saliva de alrededor de tu boca y recoge tus cosas. ¡Nos vamos a casa!

Rieron y celebraron, y hasta Ródegas sonreía como un niño en una fiesta de primavera. Todos menos Miles. Estaba aún demasiado confundido. Habían pasado por demasiadas cosas en una sola noche, cuando una sola de esas cosas hubiera sido suficiente para pensar y sentir durante el resto de las noches largas de invierno de toda su vida. Pero los hombres tenían razón: se había acabado. Y mucho tendrían que cambiar las cosas para que él, al menos, volviera a pisar Sombraviva por muchos años que viviese.

Pero se equivocaba.

## ABAJO, DEMASIADO ABAJO Y MOJADOS



### I

Ni Baladar ni Maradian se sentían demasiado orgullosos de cómo se habían comportado la noche en la que visitaron Dosaguas. No hablaron de ello durante la mañana siguiente, ni tampoco en los días que siguieron. Tan avergonzados estaban que, de manera tácita y sin que hubiera ningún acuerdo, estuvieron evitando verse hasta mucho después de que los hombres hubieran marchado hacia Sombraviva.

Habían sido unos cobardes, y la palabra los golpeaba a cada instante con el ritmo monótono e incesante de una gota de agua en una cueva. Plic. Plic. La cobardía tenía sus consecuencias, algunas de ellas inmediatas. No habían podido, por ejemplo, contar a los hombres lo que habían visto. No hubiera importado tanto revelar que habían contravenido las normas que ataban a los niños a sus casas al anochecer si hubieran podido volver con la noticia de que habían resuelto el misterio de la desaparición de Aldreda, pero... ¿cómo decir que apenas la vieron salieron corriendo y que la perdieron de vista?

Fue Baladar quien, aquella mañana, decidió que dejar pasar el tiempo y echar tierra sobre el asunto no arreglaría nada. Lo habían educado para ser un

hombre, y alcanzaría la edad adulta en solo unas pocas estaciones más; ¿cómo afrontaría la ceremonia y se comprometería a honrar a su pueblo si había fallado antes de empezar?

No lo haría. Tenía que enfrentarse al problema y arreglarlo. Tan pronto el amanecer hubo dispersado las sombras de la noche, se vistió con el sayo y los pantalones y fue a sacar a Maradian de la cama, trepando por el árbol junto al lateral de su casa y asomándose a la ventana.

—¡Despierta, lirón! —susurró—. Roncas como si fueras a hibernar.

Maradian abrió a duras penas un ojo, sintiéndose aún soñoliento y aturdido. Tan pronto vio a su amigo en el alféizar, se descubrió regalándose una sonrisa sincera que nacía del alivio. Asintió en silencio mientras se frotaba los ojos para quitarse las legañas. Sabía a lo que había venido, y estaba más que dispuesto.

—¿Vamos a ir? —preguntó, no obstante.

—¿Qué otra cosa, si no? —replicó Baladar.

El pequeño asintió con energía, se puso en pie de un brinco y terminó por abandonar la casa sin olvidar pasarse por la cocina para robar un panecillo y un huevo. Cuando asomó por la puerta, ofrecía un espectáculo lamentable con la mitad del huevo chorreando por la barbilla coronada por una sonrisa feliz.

—¿Vamos a ir allí... y a... esto... matar al muerto? —preguntó con los ojos brillantes.

—No, idiota —repuso Baladar—. Vamos a ir allí a descubrir dónde se metió. Nuestros mayores estuvieron donde nosotros y no vieron nada, pero encontraron su tumba vacía. Si podemos descubrir dónde se oculta... Bueno, me sentiré mejor.

—¡Sí! —exclamó Maradian dándole unos bocados al panecillo—. ¡Nos sentiremos mejor!

—Ea —dijo Baladar—. ¡Vayamos, pues!

No tardaron demasiado en volver hasta Dosaguas. La mañana era clara y la temperatura agradable, y correataron por atajos secretos que se mantenían apartados de los caminos, descendiendo por piedras rugosas y pendientes que les ahorran muchas vueltas y revueltas. No olvidaron, sin embargo, pasar

por el viejo castaño, que en esa época del año sembraba el suelo de pequeñas bolas peludas a las que les encantaba arrancar el fruto. Constituían un delicioso alimento que podrían guardar para después, si no llegaban a tiempo para la hora de la comida.

—Ahí está —susurró Maradian cuando tuvieron la mole de piedra a la vista.

De día, su visión era tanto más imponente que de noche. Uno podía hacerse una buena idea de su descomunal altura, algo imposible de concebir para hombres que manejaban grúas rudimentarias a base de pernos y tornos con cuerdas. Maradian fantaseaba a menudo con los distintos métodos que los Antiguos podrían haber utilizado para levantar paredes de metal tan altas, en especial cuando las planchas tenían el grosor de una vaca.

Baladar estudiaba el suelo mientras andaban.

—¿Qué haces? —preguntó Maradian.

—Estoy buscando huellas.

—¡Oh, huellas!

—Puede que se hayan borrado entre tanto —dijo.

Maradian asintió entusiasmado, y se entregó a la tarea de escudriñar por mucho que no fuera capaz de distinguir la pisada de un vencejo de la de un caballo.

No encontraron ningún indicio de nada, por cierto, así que muy poco después estaban parados delante de uno de los accesos, una boca oxidada y retorcida, tan irregular y descuidada que parecía más bien una hendidura obrada por una lanza cósmica.

El espectáculo que ofrecía era imponente. La luz entraba por el enorme hueco e invadía el espacio íntimo y tenebroso de la estructura, revelando amasijos de metal retorcido, canales sumidos en penumbras como bocas escondidas y acechantes, vigas de metal agrietadas que amenazaban con derrumbarse, planchas de algún material liso y pulido como la superficie del mar, y bóvedas carcomidas de desperfectos. Los rayos del sol que penetraban a través de estos en forma de haces luminosos, revelaban nubes de insectos que sobrevivían en su propio ecosistema, húmedo y cálido. La vegetación había invadido el lugar y trepaba afanosamente por todas partes. La

inclinación del suelo le daba un aspecto casi onírico.

—Bien —susurró Baladar—. Abre bien los ojos. ¡Puede estar en cualquier parte!

—¿En cualquiera? —preguntó Maradian, mirando alrededor. Ese pensamiento consiguió inquietarlo un tanto.

—En cualquiera.

Caminaron despacio, pisando con mucha precaución entre las planchas entretejidas del suelo. Había grandes zonas de moho contaminando todo el suelo, espurreado como latigazos, incrustado en las baldosas enormes. Maradian observó esas manchas oscuras en el suelo y recordó las palabras de su padre, que una vez le señaló que pertenecían a madera podrida. «Alguna vez hubo aquí mucha madera, dispuesta a lo largo y ancho de esta sala, hijo. Pero la madera se pudre con el tiempo, y de eso hace tanto que hasta las estrellas se han movido de su sitio», le dijo. Aquella mañana, en cualquier caso, se le antojaban más manchas de sangre que otra cosa.

A partir de ese punto, el suelo se inclinaba hasta desaparecer, y Baladar buscó allí rastros de pisadas, otra vez sin resultado. Eso fue momentos antes de enfrentarse a la zona donde ambos descubrieron el cadáver andante de Aldreda Gaard, lo que les arrancó, casi de inmediato, toda suerte de escalofríos.

—Ahí estaba —susurró Maradian.

—Lo sé.

—¡La mujer de Moneke! —añadió el pequeño.

—¡Lo sé, tonto, cállate!

Había oído algo, o eso creía, al menos. Resultó ser el viento, deslizándose por las mil fisuras y grietas del techo, lo que producía una letanía embriagada de una tétrica musicalidad. Baladar se estremeció de nuevo, pero continuó firme donde estaba. Descubrirían dónde se ocultaba aunque tuvieran que descender a las cámaras inferiores.

«Jamás, nunca, bajo ningún concepto, hijo, bajas a las cámaras inferiores», le había dicho su padre en cierta ocasión, poniéndole las manos en los hombros, como cada vez que quería asegurarse de que dejaba las cosas claras. «Sé de qué piel estás hecho, porque es la mía y la de tu madre, y sé

que tan pronto te digo que no hagas una cosa corres a hacerla. Pero escucha con atención. Ahí abajo hay pozos profundos, el suelo es inestable, y caerte por uno de ellos hará que nunca más vuelvas a ver la luz del sol, aun si sobrevives a la caída. Y en la oscuridad... En la oscuridad se ven a veces cosas que te pondrían el pelo blanco antes de lo que tarda un copo de nieve en tocar el suelo en una tormenta.»

Miles Steur había sido tan claro y contundente, con los ojos clavados en los suyos, que hasta ese día nunca había contravenido sus indicaciones. Sin embargo, Baladar estaba decidido a descender a donde hiciera falta para descubrir aquel misterio. Es lo que un hombre haría, y él estaba determinado a serlo.

Tomó aire y se dirigió hacia el corredor, cruzando la sala mientras se aseguraba de volver la cabeza a menudo para controlar todos los ángulos. Había demasiadas columnas, rincones tenebrosos y huecos donde una mujer delgada como Aldreda podría haberse escondido, el cuerpo plegado en alguna postura imposible, con los huesos descoyuntados para amoldarlo a las rocas quebradas. Maradian miraba incluso al techo, como temiendo verla bajar colgada de un centenar de hilos de araña.

Allí había algo. Baladar podía sentirlo en la base del cuello, eléctrica y potente como un dolor de estómago. Maradian, al parecer, también. Se mantenía tan pegado a él que parecían un solo cuerpo desplazándose por la sala.

Un sonido siseante les hizo dar un salto en el aire. Los niños se volvieron como si esperaran encontrar la garra anhelante de Aldreda Gaard dirigiéndose hacia ellos. Sin embargo, allí no había nada. Nada, excepto...

Una piedra. Era una piedra, una pequeña, no más grande que cualquiera de las castañas que llevaban en los bolsillos, que se arrastraba por el suelo hacia ellos, como si estuviera siendo empujada por una mano invisible.

—Baladar —susurró Maradian.

Baladar no dijo nada. Estaba mirando el movimiento de la piedra con los ojos abiertos de par en par.

Y se arrastraba. Hacia ellos. Lenta, muy lentamente.

—¿Qué...?

Dieron unos cuantos pasos hacia atrás.

Maradian captó algo con el rabillo del ojo y se volvió con rapidez, a tiempo para descubrir que otra piedra estaba también moviéndose por el suelo hacia ellos. Dio un pequeño grito y saltó hacia el lado opuesto.

—¿Baladar, qué ocurre?

—¡No lo sé!

Baladar había sido un muchacho muy intrépido, pero en toda su vida había oído hablar siquiera de algo semejante. Las piedras se movían solas, y no una ni dos, sino tres... ¡cuatro y cinco de ellas! Para cuando quiso darse cuenta, todo a su alrededor era movimiento: cascotes pequeños, la tierra, la arena y el polvo, pequeñas ramas y porquerías que ni siquiera alcanzaban a identificar se desplazaban por el suelo, temblando como sacudidas en un tamiz y girando sobre sí mismas.

Sin previo aviso, el aire pareció encogerse a su alrededor, como si la piel se les hubiera congelado y se hubiese vuelto dura y seca. Respirar costaba, como si el aire estuviera rancio y viciado. Baladar sacudió la cabeza y se volvió, con el cabello moviéndose como sacudido por una brisa que no debería estar allí.

—¿Qué sucede?! —exclamó Maradian empleando un tono de voz en exceso agudo.

—¡No lo sé!

La sala se estremeció. En alguna parte, unos crujidos sobrenaturales chirriaron como lechones recién nacidos. Luego se oyó un estrépito lejos, a su derecha, y también bajo sus pies y bajo el suelo. Algunos clavos de formas imposibles saltaron de las paredes y volaron por la sala como piedras lanzadas con una onda.

—¡Baladar!

—¡NO LO SÉ!

El suelo cedió con una fanfarria de crujidos espantosos, tan graves y fuertes que con el terror y la impresión de lo que estaba sucediendo se encogieron en sus jóvenes pechos. Las tablas saltaron por los aires, como si toda la habitación estuviese siendo aplastada desde los extremos, y tanto Maradian como Baladar se encontraron de repente en el aire, ¡solo por unos

instantes!, hasta que volvieron a caer.

Pero esta vez no había suelo que los sostuviera.

Los niños cayeron por un abismo negro y oscuro rodeados de gritos y grandes fragmentos arrancados de las paredes, techos y suelos de Dosaguas.

Y cayeron.

Y cayeron.

## II

Estar otra vez bajo el cielo abierto y límpido les resultaba, en verdad, una sensación tan agradable como bañarse desnudos en un río un día de verano. Ródegas se complacía en permanecer tumbado entre la hierba, los *pieses* descalzos y los dedos sacudiéndose en el aire. Sonreía, en parte porque la brisa que hacía tremolar las hierbas más altas le levantaba el pelo del bigote produciéndole cosquillas en la nariz. Arran prefería masticar un poco de la carne cocinada que habían guardado envuelta en paños las noches anteriores. No había podido pensar en comer durante todo el tránsito por el bosque, y ahora el hambre atrasada hacía mella en su estómago. Miles, por su parte, aguardaba sin hacer nada a que el resto de los hombres despejara de sus corazones las telarañas que el miedo había instalado en sus ánimos.

—Bien se puede decir que hemos entrado y hemos salido. ¡Unos verdaderos hombres! —proclamó Ródegas.

—Tu ingenio solo es comparable a tu habilidad con las mujeres, Ródegas —dijo Arran.

—Oh. Gracias —respondió Ródegas, complacido.

Arran soltó una carcajada. Le complacía burlarse sin que el Hylas se diera cuenta. Los Hylas, pensó Arran con los ojos pequeños de satisfacción, producían en verdad hombres rudos y fuertes y mujeres ardientes, por lo que había oído decir, pero no demasiado brillantes en cuanto a entendederas.

Wáriner estaba sonriendo. En el fondo, las bravuconadas de los dos patriarcas empezaban a divertirlo, pero tenía ganas de regresar a casa y



descansar, tomar a su esposa y disfrutar de una sopa caliente que lo calentara por dentro. La historia del nigromante y el peligro que vivían estaba ahí, por cierto, pero después de dejar atrás Sombraviva no quería pensar demasiado en ello. Ese periplo, sin duda daría para unas cuantas buenas veladas de historias entre el resto de los hombres, y sabía que el contenido de esas historias cambiaría sutilmente según quién la contase. Arran, por ejemplo, diría que él encontró la salida; y Ródegas, que se mantuvo despierto mientras los demás lloriqueaban abrazados. Eso lo hizo sonreír aún más; formaba parte del espíritu de la aldea.

Pero después del descanso se pusieron otra vez en marcha, y aunque en verdad no habían conseguido gran cosa en el bosque y el problema seguía latiendo en sus vidas, la perspectiva del hogar era suficiente para alejar las penumbras de su cabeza.

Por un tiempo al menos.

### III

Curiosamente, tardaron menos en regresar a sus casas que lo que los llevó llegar hasta Sombraviva. No se detuvieron ni para cazar y apenas para comer. La mayor parte de los comestibles los disfrutaron mientras caminaban a buen paso. Contaban, de todas maneras, con víveres de sobra, pues una porción de ellos los habían llevado consigo para negociar con la Heredera.

Miles estaba inquieto. Su sentido de la intuición chillaba en alguna parte de su cabeza, llenándola con susurros: «¡El tiempo se acaba, Steur, mueve esas piernas hacia tu hogar!». El motivo, no lo sabía. Solo esperaba que la ponzoña de la Entraña no hubiera crecido o causado algún problema en alguna parte y, sobre todo, que a ningún otro muerto le hubiera dado por regresar.

Su llegada fue recibida con abrazos y felicitaciones. A los hombres les iban retirando los hatillos mientras andaban, pues en sus facciones se podía vislumbrar el cansancio. Ródegas recibió a su gruesa esposa con las piernas

extendidas, pues la mujer tenía la costumbre de saltar sobre él. La preparación no le sirvió de nada: cayó de espaldas contra el suelo mientras ella, toda llena de bucles rubios y pecas, lo comía a besos.

Los adultos de cada clan iban preguntando qué tal había ido todo, ávidos de noticias.

—Pues —decía Arran haciendo grandes ademanes con los brazos, sabiéndose centro de atención— de lo mucho que vivimos hablaremos poco, por ahora, pues hay mucho que contar y merece la pena detenerse en los detalles.

—Pero ¿qué conseguisteis, si conseguisteis algo? —querían saber todos.

—De lo que fuimos a hacer, poco o nada —refunfuñó Ródegas, quitándole a Arran su audiencia—. ¡Lo único que traigo de vuelta es dolor de *pieses*!

—No es cierto tampoco —protestó Wáriner—. Sí que conseguimos algo, aunque no fuera lo que esperábamos. ¡Pero algo, sin duda!

—¿Qué? —preguntaban unos y otros—. ¿Qué es lo que habéis hablado con las Herederas, si es que las visteis, cómo son y qué os dijeron?

—¡Poco a poco! —insistió Arran, que quería alargar los pormenores de su viaje para asegurarse unas cuantas cervezas extra en el salón social.

—¡Que hable el Steur! —dijo alguien—. ¡Es hombre de palabras certeras!

—¡Steur, cuéntanos!

Miles, que estaba abrazando a su esposa todavía, se volvió para hablar. Pero su mujer le puso la mano en la mejilla y lo obligó a volver la cabeza hacia ella.

—Antes de eso, esposo... debes saber que estoy preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tu hijo Baladar lleva una noche fuera. Sus hermanos están buscándolo aún ahora junto a algunos de los Boeke, pues Maradian ha desaparecido también.

—¿Es verdad eso? —preguntó Miles volviéndose hacia los hombres—. ¿Dónde está Gillot?

—Buscándolos, por cierto —respondió alguien.

Miles asintió, con los puños cerrados de rabia contenida.

—¿A qué viene entonces tanta festividad? —preguntó irritado—. Ya había sentido bajo la piel que algo pasaba.

—Tranquilízate, Steur —exclamó Arran—. No es la primera ni la segunda vez que algún niño desaparece por una noche. Estarán entregados a juegos, pactos, retos de honor y esas cosas que todos hemos hecho a esa edad.

—¿Eres tú quien habla, Arran? —preguntó Miles apretando los dientes—. ¿O algún botarate se ha instalado en tu cabeza y habla por ti? No hace ni tres noches que los muertos se levantaron de sus tumbas ¿y me dices que no me preocupe?

Los hombres intercambiaron miradas graves, cabizbajos.

—¡Tú, Didacus, desagradecido! ¿Acaso no te ayudé a buscar a tu hija Miraflor cuando se rompió el tobillo cerca del río, e impedida, no pudo volver a casa?

—Cierto es —respondió Didacus avergonzado.

—¡Y tú!, ¿no estuve siempre a tu lado cuando me necesitaste con tus problemas? —preguntó a otro de los hombres.

—Siempre, Miles... Pero...

—¿Entonces qué hacéis aquí, esperando noticias y quizá celebraciones cuando dos de los nuestros andan perdidos? —bramó colérico—. ¿Acaso la ponzoña os ha enturbiado las seseras? ¡Coged antorchas, os digo! ¡Antorchas y a buscar, ea!

El tumulto fue mayúsculo. Los hombres arrancaron a correr en todas direcciones, buscando fuego con el que iluminar sus pasos en el crepúsculo. La mujer de Miles miró a su hombre con un amor y un respeto tan profundo y sincero que creyó que se le partiría el pecho. Estaban en los albores de la que sería la noche más larga de sus vidas.

## IV

—¿Por dónde habéis buscado? —le preguntó Miles a Gillot Boeke cuando lo encontró regresando exhausto a la entrada del pueblo.

—Miles. Qué gusto verte. Creo que hemos recorrido casi todos los lugares donde alguna vez se ha visto a esas dos serpientes sabandijas. Cuando les ponga la mano encima, te aseguro, Miles, que se acordarán toda su vida de este susto.

—Cuando los encontremos, veremos —dijo Miles—. Pero por ahora, ¿dónde habéis mirado, exactamente?

Gillot asintió.

—Hemos recorrido el río hasta Rocavieja, y hacia el sur mis dos varones han alcanzado Punta Umbría. Yo he mirado en Bosquecillo, y casi prendo el maldito lugar, por cierto, mirando entre las ramas más bajas por si les había dado por hacer una cabaña, como aquella vez.

Miles recordó la anécdota y no pudo evitar experimentar un pequeño escalofrío de angustia.

—¿Y en la vereda?

—También, claro.

—¿Los prados?

—Ahora están mirando allí. La noche sin luna no nos trae suerte, Miles.

—No, por cierto —admitió este.

—Es un mal augurio.

—No digas sandeces. No hay luna, solo eso. Veremos peor, pero no significa nada más.

—Como quieras, pero a mí no me gusta.

Miles se rascó la cabeza.

—¿Y las casas del pueblo? —preguntó.

—Registradas —afirmó Gillot—. Por cierto, hemos encontrado comida en casa de Moneke, demasiada para haberla guardado de lo que le corresponde legítimamente.

Miles sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Poco importa eso ahora —dijo—. Moneke puede meterse toda esa comida donde le quepa por lo que a mí respecta. ¿Y huellas, habéis visto huellas... extrañas... que os hicieran pensar que...?

—Por los Antiguos, Miles —exclamó Gillot—. ¡No!

—Pero ¿habéis buscado, tú y los hombres?

Gillot miró a un lado y a otro antes de responder.

—Nadie lo ha dicho en voz alta —exclamó—, pero sí, hemos buscado. Hemos buscado en silencio sin que nadie se atreviese a poner en su boca esas palabras.

—¿Por qué? —preguntó Miles—. ¿Qué ocurre?

Gillot carraspeó.

—Los hombres están asustados. El asunto del muerto, o de la muerta, en este caso, no ha ido olvidándose con el tiempo. En estos días todo el mundo se ha encerrado en casa temprano, los hogares han ardido hasta el amanecer en los salones. Tu ausencia se ha hecho sentir, Steur.

—¿Dices la verdad? —preguntó Miles, confundido—. ¡Mil brazadas de cuerda ahorquen a todo el mundo! ¿Voy a tener que insuflar valor en el corazón de estos mequetrefes a base de golpes en sus hocicos?

Gillot asintió.

—Eso parece. Pon orden, Miles. Instaure el valor de nuevo. Porque las cosas pintan feas. Y ojalá que perder un hijo sea lo último que tenga que lamentar.

Miles escuchó aquellas palabras con rabia contenida. Tenía ganas de plantar su puño cerrado en mitad de su cara por ser tan derrotista, pero comprendió que Gillot Boeke ya llevaba encima suficiente dolor como para eso. Dedicó unos instantes a calmarse antes de concentrarse en lo que tenía entre manos.

Miles pensaba. ¿Qué otro lugar había donde los niños hubieran podido esconderse, entregados a quién sabe qué juego extraño? ¿Qué lugar había donde hubieran podido sufrir un percance que les hubiese impedido regresar?

Y sobre todo... ¿por qué en ese momento? ¿Por qué justo cuando Aldreda Gaard...?

La respuesta le vino como una centella, tan viva y palpitante que trastabilló un par de pasos.

Dosaguas. La respuesta, naturalmente, era Dosaguas.

## V

—¡Maradian Boeke!

Baladar gritaba, confuso y aturdido, en la oscuridad. Había allí una luminiscencia distante que le permitía discernir ciertos volúmenes a su alrededor, pero aún estaba desorientado y hasta algo mareado por la caída a través de muchos niveles. Distinguir volúmenes no era precisamente «ver»; a veces solo creía descubrir una forma cuando no la miraba directamente, y en otras ocasiones las manchas neblinosas desaparecían en una negrura absoluta cuando creía tenerlas identificadas. Cayó, por cierto, con más fortuna que desgracia, pues su cabeza pasó rozando vigas de metal y también hierros del grosor de un árbol sin que se golpeará con ellos, y cuando finalmente encontró el suelo, no se mató en la caída porque cayó en una especie de lago subterráneo que impidió la fatalidad.

—¡Maradian! —llamó otra vez. De pronto tuvo un pensamiento funesto. Imaginó criaturas ocultas en las penumbras, animales de grandes dientes y ojos encendidos como brasas ahora hundidos y muertos como agujeros de araña. Y temió que su voz pudiera alertarlos y atraerlos hacia sí. Pero el miedo a perder a su amigo era tanto más poderoso, y llamó de nuevo.

De pronto, un chapoteo a su espalda le hizo dar un grito. En un solo instante imaginó unas zarpas desgarrándole la espalda, y una boca enorme (esta vez sin dientes) absorbiendo su cabeza con unos labios blandos y hinchidos que le impedían respirar. Pero cuando se volvió, oyó la tos inconfundible de Maradian y acertó a ver sus brazos moviéndose en la oscuridad.

—¡Maradian!

—¡Aire, a...!

Baladar ayudó al pequeño a salir del agujero donde estaba y lo atrajo hacia su posición. Allí, el agua le cubría solo hasta las rodillas, así que esperó a que tosiera y respirara otra vez con normalidad.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Maradian asintió con la cabeza.

—¡Está oscuro! —dijo—. ¡Está muy oscuro!

—Lo sé —respondió Baladar—. Pero podía haber sido peor. Hemos tenido suerte.

—¡Hemos caído mucho y durante mucho tiempo! —protestó Maradian—. ¡No veo ninguna suerte en eso!

—¡Sí que hemos tenido suerte! —insistió Baladar—. ¡Podríamos habernos matado con la caída, o en la caída! Pero sobre todo, ¡cierra esa boca, ablandabrevas!

Baladar no lo dijo, pero seguía teniendo miedo de atraer la atención de cosas tal vez dormidas en la oscuridad; y algunas de esas cosas, pensaba ahora, no eran solamente animales reales o inventados por su imaginación, sino esposas de hombres de la aldea resucitadas, pálidas como un sudario, la cara trocada en una máscara de cera nueva y los ojos ansiosos por extinguir toda vida al alcance de sus dedos sucios con la tierra de la sepultura.

Maradian miró hacia arriba, compuso una expresión de incredulidad y dejó escapar un sonido ronco entre la sorpresa y el miedo. Baladar lo imitó, y descubrió un pozo imposible que se elevaba por encima de ellos. Calculó que ni con veinte hombres dispuestos unos sobre los hombros de los otros habría conseguido llegar hasta arriba. El pozo no era demasiado estrecho, pero estaba invadido por toda clase de salientes irregulares. Cuando podían distinguir el suelo de algún nivel, descubrían con horror que las planchas metálicas de los que estaban hechos se mostraban retorcidas y flanqueadas de dientes y hendiduras con las que podían haberse rasgado el cuerpo entero hasta partirse en dos. Vieron también que la tenue claridad de la que disfrutaban venía de ese pozo, pues daba a la sala por donde la luz se filtraba por resquicios, aberturas y roturas en las paredes de metal de aquella construcción imposible. Y miraban porque les impresionaba pensar que habían caído por ahí, por supuesto, pero también porque nunca en su vida habían contemplado un espectáculo semejante.

La pregunta que sobrevino a continuación era, naturalmente, cómo conseguirían salir de allí.

—Estamos listos —susurró Baladar—. Listos del todo.

—¡Qué suerte! —exclamó Maradian—. ¡Apuesto a que piensas que

tenemos suerte, aquí abajo!

Baladar soltó un bufido, pero no contestó. Giró a un lado y otro la cabeza para tratar de averiguar algo más del lugar donde se encontraban porque estaba muy claro que no podrían subir por allí.

—Y nadie sabe que estamos aquí —lloriqueó Maradian—. Nadie vendrá a buscarnos.

—Lo harán —replicó Baladar—. Pero cuando pase un tiempo y vean que hemos desaparecido. Tu familia y la mía nos buscarán por todas partes.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Maradian—. Si nos quedamos en el agua se nos arrugará el cuerpo, tendremos frío y fiebres y otras cosas.

—Calla —le pidió Maradian, ceñudo.

Oscuro estaba, pero en cuanto a eso, cualquier hombre, mujer y niño de la aldea sabía que para acostumar la vista a la oscuridad lo mejor era esperar un poco. Unos ojos adiestrados en una noche sin luna veían mejor sin una antorcha en la mano que con ella, así que intentó concentrarse en las penumbras, y escudriñó y esperó, sobre todo, a que sus ojos le revelasen cada vez más cosas. Maradian, mientras tanto, seguía agarrado a él, o mejor sería decir que el uno se agarraba al otro.

Ahora empezaba a ver cosas.

No distinguía todavía hasta dónde llegaban las paredes que tenían alrededor (si es que había alguna), pero tuvo la sensación de que estaban en un lugar no demasiado grande. No tardó mucho en aprender que no era una cueva, sino una habitación, cosa que supo por las formas distantes y esquivas, que parecían ser lisas y no irregulares. Un poco más allá vio cosas flotando en la distancia, algunas de las cuales parecían ser cajas de madera o arcones de algún tipo, y vislumbró también formas redondeadas que pendían del techo, y también cuerdas oscuras, algunas de las cuales se asemejaban a serpientes negras y brillantes. También en el silencio oía sonidos nuevos, como el chapoteo del agua golpeando ligeramente los costados de los objetos sumergidos, y algo apenas perceptible, como un zumbido lejano que a veces conseguía aprehender y otras no.

Al darse la vuelta, sin embargo, descubrió que había una manifiesta claridad accediendo desde un punto lejano, al otro lado del agua. Allí las



paredes estaban recubiertas de un rastro del color de los girasoles, y aún vieron cosas más extrañas, como superficies recorridas por ribetes esculpidos con una perfección y una precisión imposibles.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Maradian, perplejo.

—Es... Sigue siendo Dosaguas, pero muy abajo —respondió su amigo—. Tal vez demasiado abajo.

—Pero... nadie nunca...

Baladar sabía lo que quería decir su amigo, aun cuando no pudo terminar la frase: nadie nunca había descendido por los niveles inferiores en Dosaguas, y la razón primordial era porque, desde que se podía recordar, corrían entre la gente de la aldea leyendas y antiguas historias sobre terribles infortunios y desgracias para todos los que se atrevieron a probar fortuna explorando sus interioridades. Se decía que adentrarse en Dosaguas era una manera segura de perder la razón, o la vida, bien fuera por la debilidad de las estructuras (que podían desmoronarse en cualquier momento) o por la existencia de peligros inciertos, entre ellos, las ánimas de los Antiguos. El hecho de que en la parte superior de Dosaguas se diera sepultura a los difuntos era también un motivo suficiente para respetar el lugar.

—No —exclamó al fin—. Nadie nunca. Pero eso está hecho, de todas formas, y ahora no debemos lamentarnos sino remediar las cosas. Si conseguimos salir de aquí por nuestro propio pie, tal vez podamos regresar a casa sin que nadie nunca sepa que estuvimos aquí.

A Maradian se le encendieron los ojos. Más temía el enfado de sus padres que el hecho de perder la vida con los pies en el agua o, acaso, sufrir dolor.

—Vayamos en aquella dirección —añadió Baladar—. Allí se ve luz.

Se metieron en el agua otra vez. Estaba fría, mucho más fría que el agua helada que descendía de las montañas con los primeros calores de las estaciones amables, pero se metieron de todas formas con la esperanza de alcanzar la luz.

Y lejos, en alguna parte, como si Dosaguas quisiera lanzarles un mal augurio, un metal chirrió implorante.

# BAJO DOSAGUAS, CORAZÓN DE HIERRO



## I

El recodo que recibía luz resultaba fascinante en sí mismo. Procedía esta de algún punto lejano aún por determinar, pero esa claridad (o mejor dicho, su procedencia) había quedado relegada a un segundo plano por la naturaleza del sitio que se abría ante los ojos de los muchachos. Se trataba de una habitación estrecha, como un pasillo, pero si habían visto antes un pasillo como aquel tuvo que haber sido en sueños profundos que fueron después vetados de su mente consciente. Lo que más llamó su atención fueron las paredes, recubiertas de superficies que brillaban lustrosas como el reflejo de los lagos quedos en días tranquilos. Maradian pudo ver su imagen parcial en uno de ellos, una oportunidad que solo se les brindaba cuando se asomaban a los barriles de agua bajo ciertas circunstancias de luz. Alrededor había ornamentos y filigranas como no las habían visto nunca; estaban frías al tacto, y tan pulidas como las raíces que asoman de la tierra y que han servido de asiento a muchas generaciones. En el techo, una malla de metal se extendía por toda su amplitud, pero tras ella se vislumbraban formas redondas y alargadas, algunas de tonos rojizos y otras verdes o azules.

—Todo esto... —dijo Baladar en voz baja—... es...

Maradian asintió.

—Los Antiguos —susurró.

—No parece peligroso —aventuró Baladar con mucha prudencia, como si temiera decir algo inapropiado—, más bien es...

—Es... bonito, ¿no? Raro pero bonito —asintió Baladar—. También yo lo pienso.

—¿Crees que no nos dejaban bajar aquí porque es... un lugar demasiado bonito?

Baladar trató de encontrar algo de sentido a lo que su amigo acababa de decir, pero sin conseguirlo.

—No nos dejan bajar porque es peligroso —replicó—. ¡Desconfía! El hombre acaricia su caballo para montarlo.

Maradian asintió, pero sin comprender.

Caminaron por aquel pasillo agradeciendo haber dejado atrás la zona inundada. En realidad, todo el corredor ascendía suavemente, con un ligero ángulo de inclinación. Se apoyaban apenas en las paredes para mantenerse derechos, pero la subida era un buen presagio, de todas maneras, y estaban contentos de poder ver más allá de sus narices. A pesar de todo, daban pasos breves y temerosos, sin atreverse todavía a hacer ruido.

A mitad del corredor, atrapados en un saliente, encontraron algunos objetos tirados en el suelo. Los niños se miraron, incapaces de decir qué eran o para qué servían, o si podían resultar útiles o peligrosos. Uno parecía un huevo con una hendidura en el centro, y otro algún tipo de hoz, pero la hoja era demasiado gruesa y extraña como para cortar nada. De otras cosas que parecían habas y judías de algún material extraño no pudieron hacer conjeturas.

Maradian extendió la mano para coger alguno de ellos.

—¡No! —se apresuró a decir Baladar.

Maradian dio un respingo.

—¿Qué... qué pasa?

—No sabemos qué son. ¿Y si son... algo valioso?

—¿Algo valioso? —preguntó Maradian en un susurro—. ¡Pues por eso!

—Eres un pepino —exclamó Baladar—. Si es algo valioso y lo robas,

¿quién sabe qué tipo de demonio puede salir a reclamarlo? Lo mejor que nos podemos llevar de aquí es la vida, y para eso tocaremos lo menos posible y haremos el menor ruido del que seamos capaces.

—Oh —suspiró Maradian. Ahora que sabía que no podía coger nada, miraba con especial deseo algunas de las piezas en el suelo. De repente, las extrañas habas con filigranas le parecían irresistiblemente atractivas.

—Vamos —dijo Baladar mientras miraba sus ojos brillantes—. ¡Sigamos, a ver si podemos continuar subiendo!

Siguieron andando, avanzando por el largo pasillo. A poca distancia, este se hundía desde un extremo, como si la pared hubiera sido aplastada por algo inimaginable, y los metales hermosos se habían desprendido aquí y allí y perdido con el paso de las aguas, pues vieron también rastros de erosión producidos por esta, como óxido y hierros retorcidos que salían desde detrás de las paredes. A Maradian le parecían raíces de algún árbol imposible. Los muchachos tuvieron que pasar por el hueco, algo intranquilos, porque por ese hueco no podría pasar ningún adulto a menos que fuese, tal vez, una mujer menuda, y nunca las mujeres iban al rescate de niños perdidos como no fuera al terreno de la casa vecina para anunciar la hora de la comida o la cena.

Después de eso el pasillo llegaba a su término, pero una abertura redonda permitía el paso a otra zona similar. El suelo estaba desnudo, pero debió de haber habido allí, a juzgar por los restos, algún tipo de alfombra o piel en el suelo. Cada poco tiempo había, a ambos lados de las paredes, puertas hermosamente talladas con hierros brillantes y formas redondeadas. La precisión con la que estas habían sido confeccionadas los dejaba boquiabiertos.

—Los Antiguos —susurró Maradian—, ¿crees que vivían aquí?

—No aquí, o eso creo —respondió Baladar—. Porque estas puertas son de nuestra altura, o de la altura de uno de los mayores, y los Antiguos eran mucho más altos, o eso dicen.

Maradian asintió con gravedad; aquella le parecía una respuesta bien pensada. Estaba aún en ello cuando, de improviso, Baladar lanzó una mano hacia él para coger la suya. El pequeño dio un grito y casi un respingo. Baladar lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —preguntó Maradian.

—¡Cráneos! ¡No nos hemos dado ni cuenta!

—¿De qué?

—¡De la luz! —exclamó Baladar.

—¿La luz? ¿Qué le pasa a la luz?

Baladar movió la cabeza para señalar alrededor, luego levantó los brazos y giró sobre sí mismo.

—¿De dónde viene?! —preguntó al fin.

—¿De dónde...?

El pequeño miró alrededor, confuso, y cayó en la cuenta. Había allí una luminosidad diáfana que hacía que pareciese que caminaban bajo la luz del sol, el sol amable de la mañana, que es menos cálido que el del atardecer, pero luz diurna a fin de cuentas. Maradian miró las paredes, miró el techo, miró en todas direcciones sin ser capaz de detectar ninguna antorcha, abertura, ventana o resquicio por donde la luz pudiera estar filtrándose.

—Pero...

Baladar miraba el suelo y las paredes a su alrededor: Ni siquiera había sombras. Era como si la luz proviniese de todas partes a la vez.

—¡Es magia! —susurró Maradian.

Baladar frunció el ceño.

—Es magia, ¡debe de serlo! —seguía diciendo Maradian, y luego añadió en un tono confidencial y lúgubre—: Magia... de los Antiguos...

Mientras lo decía, lo recorrió un escalofrío. Baladar también estaba algo perplejo y preocupado. La magia no era algo a lo que uno pudiera acercarse sin acabar comprometido de alguna forma, eso le había dicho su padre: «Hijo, la magia existe, y de seguro la encontrarás en algún momento de tu vida. A los hombres no nos gusta, porque no la entendemos, y como no la entendemos, no sabemos sacar partido de ella. Es como si vas a una ciudad y compras hortalizas para la siembra. Si no estás preparado y sabes qué compras, puedes hacer todo ese camino en balde, porque tus hortalizas pueden no ser buenas para sembrar, o si no conoces la ciudad y sus muchos mercados puedes pagar más por ellas. La magia es igual: si no sabes nada de ella, déjala. La magia siempre exige un pago». Pensaba ahora que, si de

verdad estaban rodeados de magia, entonces estaban usándola de alguna forma, y su mente aún joven y por formar se apresuró a enviarle imágenes desagradables, la más inocente de las cuales era perder todo el cabello por haber estado usándola aun sin pretenderlo.

—Está bien —dijo al fin—. Será mejor que sigamos buscando una salida.

## II

Caminaron durante mucho más tiempo del que planearon, pues fuera, en el exterior, la noche no solo había caído, sino que había envejecido y hasta los depredadores nocturnos habían satisfecho ya sus hambres con varias capturas y se preparaban para regresar a sus cubiles. Pero en ese tiempo, los muchachos habían recorrido pasillos y salas, subido y bajado escaleras, y visto algunas maravillas y más cosas extrañas de las que jamás pensaron ver en toda una vida, y por ese motivo el tiempo se les escurrió de las manos sin que se dieran cuenta de haberlo perdido. No todas esas salas estaban iluminadas, por cierto, pues en algunas se habían producido derrumbes y allí la magia fallaba, y en ellas, naturalmente, regresaba la incertidumbre y el miedo a ser capturados o devorados.

A veces, algo crujía o chirriaba en alguna parte, y ese sonido les recordaba que podían no estar solos, y que debían moverse tan rápido y tan en silencio como les fuera posible. Luego encontraban algo sorprendente y se deshacían en «oohs» y «aahs» otra vez.

Y vieron juncos y caños de algún material duro tan pulidos que reflejaban el entorno, vieron cajones de algo parecido a la piedra que sin embargo no pesaban nada, encontraron objetos incomprensibles con muchas partes móviles que era imposible sujetar sin que se descoyuntara alguna, cuerdas flexibles y tan duras que fue imposible desprenderlas de los paneles por donde salían; vieron sillas de formas extravagantes, y mesas decoradas con todo tipo de delicadas filigranas; vieron paneles en los techos llenos de símbolos bellos y terribles a la vez, y otras muchas cosas. Hasta que al final

de la sala que venían recorriendo, siempre tratando de ascender, encontraron algo que los dejó perplejos.

### III

Al principio, Maradian pensó que se trataba de un Antiguo, sentado en su trono con pose recia. La manera en la que sostenía la cabeza y apoyaba los brazos sobre las rodillas, muy juntas las dos, resultaba elegante. Y era alto. Alto y grande. Enorme, y muy quieto, como dormido.

Dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Baladar lo cogió del brazo y se miraron brevemente.

Entonces recorrieron con los ojos el entorno y vieron que había otros, sentados en grandes tronos dispuestos alrededor de una estructura central donde fluctuaban unas luces azules brillantes como estrellas diminutas, y redondas y pequeñas como castañas.

Pero todos, tanto si eran Antiguos como si no, dormían.

Los dos muchachos permanecieron inmóviles todavía un momento. Pasado el impacto inicial, comenzaron a ver las formas de sus brazos y piernas y descubrieron que, si eran acaso hombres, vestían algo parecido a armaduras metálicas, como las mallas que el difunto Malice Venorian había fabricado en los inviernos de hacía ya demasiado tiempo. No pensaron que pudieran ser esculturas, por cierto, pues nunca habían visto una. Aunque el hombre de entonces las esculpía y modelaba, no se veían muchas excepto en las grandes ciudades a las que nunca habían ido. Y aunque las hubieran visto no habrían pensado que aquellas formas sentadas lo fueran, porque las que plasmaban los hombres con la piedra eran burdas y torpes, y estas exhibían formas lisas y bien proporcionadas, de cortes tan perfectos como todas las otras filigranas que habían visto en su periplo subterráneo.

—Mar...

Baladar le cubrió la boca con la mano y lo miró con seriedad. El pequeño le devolvió una mirada suplicante, y Baladar comprendió que tenía miedo. Él

también lo tenía, pero hacer ruido no iba a mejorar las cosas. No sabía a qué se enfrentaban, en cualquier caso, y lo mejor era ser prudente. Qué pasaría a continuación era algo que no podía ni imaginar. ¿Habían irrumpido acaso en el sanctasanctórum de los Antiguos o de algún otro tipo de criatura o ser? Y si era así... ¿qué ocurriría?

Y... ¿estaban dormidos? ¿O muertos?

Baladar siguió mirando, hasta que reparó en algo que le permitió relajarse un tanto. Las cabezas, gachas y reposadas contra el pecho, estaban todas en idéntica posición. También los brazos y las piernas, y hasta los pies, como si fueran todos imagen unos de otros. Mirándolos en conjunto, parecían más bien parte de la fastuosa decoración del lugar que otra cosa.

—Pero... —suspiró.

—¿Qué? —preguntó su amigo.

Baladar negó con la cabeza.

Eran armaduras vacías. Eso eran. ¿En qué momento dejó que el miedo le hiciera ver gente dormida? ¿Cuándo había visto a alguien dormir en postura semejante, si es que se podía dormir así de todas maneras? Sacudió la cabeza y, aunque aún no las tenía todas consigo, avanzó con cierta prudencia hacia las armaduras. Con toda cautela extendió la mano y la puso sobre una de ellas.

El tacto frío y duro de la armadura lo hizo por fin relajarse.

—Somos más tontos que un barril —dijo al fin—. ¡Son armaduras!

—¡Armaduras! —exclamó Maradian, sonriendo por primera vez aquel día—. ¡Es lo que son! ¡Armaduras!

—Eso es.

Baladar examinaba ahora de cerca aquella maravillosa creación. En la aldea no había muchas herramientas de metal; incluso para el trabajo usaban utensilios de madera. Araban la tierra con arados provistos de una reja de madera endurecida al fuego. Las escasas herramientas o armas que había de hierro habían sido compradas o intercambiadas en lugares remotos, y pocas o muy pocas fabricadas por los hombres de Entrerríos, como no fueran los cuchillos familiares que los padres entregaban a sus primogénitos cuando alcanzaban edades avanzadas y terminaban sus días de cacería y correrías.



Ver aquella pieza, pulcramente pulida, tallada con una exactitud y una precisión inenarrables, lo tenía maravillado. Solamente las manos eran piezas increíbles, con sus formas redondeadas donde no se apreciaba soldadura alguna por fuego o golpeada por el martillo. Baladar pensó que incluso si hubiera habido alguien dentro, sería complicado ver la piel entre las juntas.

—¿Y tienen gente dentro? —preguntó Maradian como si le hubiera leído el pensamiento, ahora con una sombra de duda en la mirada.

Baladar soltó una carcajada.

—Pues por cierto que sí —respondió—. Los Antiguos están dentro. ¡Y han estado así todo este tiempo esperando a que llegásemos!

Maradian compuso una expresión contrariada, hasta que detectó el tono de burla de su amigo y se enojó.

—¡No te burles, Baladar Steur! —soltó.

Este rio con ganas.

De pronto, un sonido suave, como de algo que se deslizara, lo hizo encogerse. Maradian miraba hacia arriba, con una expresión de consternación en su rostro juvenil tan enorme que lo hacía parecer mucho mayor. El miedo trepó por las piernas del joven Steur y le atenazó el estómago.

A duras penas se atrevió a mirar hacia arriba, pero cuando lo hizo, a punto estuvo de soltar un grito.

## IV

La armadura había levantado la cabeza y miraba directamente a Baladar. Este se sintió muy pequeño a su lado. Ahora podía verla bien: un rostro desprovisto de expresión, la boca pequeña y rectangular, los ojos hundidos que empezaban a arrojar una tenue luz, la nariz ausente: apenas un ángulo que separaba los dos lados de la cara; la parte superior de la cabeza era una curva suave que se perdía hacia atrás, como si estuviera cuidadosamente peinada con un rastrillo.

Baladar no sabía qué hacer o decir. Sus conjeturas lo habían conducido a

la imprudencia, y ahora se preguntaba por qué se había decidido a tocar algo; ¡no hacía tanto era él quien le decía a su pequeño amigo que tocar cosas podía conjurar peligros! Con mucha rapidez apartó la mano de la de la armadura, como si con ello pudiera reparar su error.

Entonces, la armadura dijo algo. La voz sonó extraña, lejana y cercana al mismo tiempo, como hueca y ausente.

Maradian soltó un grito. Baladar intentó recular, pero cayó hacia atrás y se quedó sentado en el suelo; luego alzó el cuerpo y se quedó apoyado en ambos brazos, la cabeza tan retrasada como podía. La armadura reaccionó en el acto: se incorporó con una orquesta de sonidos metálicos, tomó al joven Steur por los hombros y lo colocó de nuevo en pie.

Baladar no pudo articular palabra, ¡tenía tanto miedo...! Cuando las manos metálicas y compuestas de muchas falanges se lanzaron hacia él pensó que había llegado su hora. Encogió el pecho y dejó de respirar, la cara contrita, los dientes apretados. El rostro de su madre apareció en su mente, y también el del pequeño Maradian; a fin de cuentas había sido él quien lo había arrastrado a aquella aventura. Luego, cuando lo agarró de los hombros, tuvo un pequeño desvanecimiento, cosa de unos segundos, porque un instante después estaba de pie y la armadura apartaba las manos de él.

Maradian seguía gritando en los márgenes de su atención, completamente centrada en la armadura. Esta se había erguido ante él, y otra vez salieron las palabras de su boca sin que moviera los labios, pero de lo que dijo no entendieron los niños nada en absoluto.

Maradian dejó de chillar. Se había retirado unos pasos y luego regresó sobre ellos para volver a retroceder de nuevo; se debatía entre huir y dejar a su amigo solo o permanecer y correr la misma suerte que él. Baladar no se movía, y ante los ojos del niño parecía valentía, pero estaba en realidad paralizado por el miedo.

La armadura dijo algo más. Giró la cabeza y miró a Maradian, luego volvió a mirar a Baladar.

Este estaba confuso. ¿Qué había pasado, o qué estaba pasando?, ¿qué decía quienquiera que estuviese dentro de aquel traje metálico? Su cabeza arrojó varias traducciones espontáneas e inventadas; cosas como «¿Qué

hacéis aquí, intrusos?» y, por supuesto, «Vais a morir», pero otra voz empezaba a ganar terreno, y esta susurraba algo diferente.

Decía: «Te ha levantado. Del suelo. Te ha levantado».

Baladar permanecía quieto. La figura de un niño que contaba trece cosechas y que apenas levantaba tres cuartos de la medida de un hombre contrastaba con la de una armadura metálica que excedía dos cabezas la del hombre más corpulento nacido de madre. Y ninguno decía nada, y no dijeron nada ni se movieron durante un rato.

«Te ha levantado del suelo.»

Baladar alzó un brazo y giró la palma hacia delante, como hacían los desconocidos cuando se encontraban en los caminos para señalar que eran hombres pacíficos que solo querían seguir viaje sin problemas.

La armadura miró el gesto y habló de nuevo. Luego se oyó un ruido extraño, como el trino de un pájaro cuando canta desde el agujero en el árbol y la madera imprime un eco al canto, y dijo algo más. Baladar no entendió nada, pero permaneció impasible, aún nervioso y con las rodillas temblorosas, con la palma hacia delante.

La armadura levantó el brazo derecho y extendió la palma.

Una sensación cálida de alegría recorrió el pecho del joven Steur, que sonrió de puro alivio. Aquella era una excelente señal.

Volvió la cabeza para mirar a su amigo, y descubrió que este se apresuraba a levantar la mano y mostrar la palma, lo que casi lo hace reír con ganas; pero se contuvo. Aún podía pasar cualquier cosa.

—Hola —dijo con timidez.

La armadura movió la cabeza ligeramente, cambiando de un muchacho a otro con cierta rapidez. Sonaron dos tonos, musicales como los de una flauta, y dijo algo más:

—*Boj. Ahoj.*

Baladar arrugó la nariz. La criatura que estuviese dentro de la armadura, fuera Antiguo u otra cosa, tenía una voz extraña, como reverberante.

—¿A... Ajo? —preguntó, confuso.

—*Ahoj* —repitió el robot.

—¿Qué es... Aoj? —preguntó el niño.

—¿Qué...?

La armadura emitió unos cuantos tonos más y bajó la mano. Luego no dijo ni hizo nada más.

Los muchachos esperaron expectantes, pero después de un tiempo terminaron por decidir que no iban a obtener ninguna respuesta, así que volvieron a mirarse, ahora más incómodos.

—¿Eres... un Antiguo? —preguntó Maradian de repente.

Otra vez el gigante metálico emitió unos tonos y movió la cabeza a uno y otro lado, sin añadir nada más.

—Qué raro —exclamó Baladar.

Miró alrededor, hacia el resto de armaduras sentadas en sus pilastras, inmóviles, como apagadas.

—Maradian —susurró entonces—, no creo que haya nadie dentro de esa armadura.

—¿Cómo?

—Que no creo que haya nadie —repitió.

—Pues acabo de verla moverse como te veo hablar a ti —replicó el niño—. ¡Y en cuanto a eso, también la he visto hablar!

—Hacer ruidos, más bien —dijo su amigo, pensativo.

Entonces avanzó con timidez unos pasos y se acercó a la armadura. Esta lo seguía con la cabeza; un brillo espectral relucía en el interior de los huecos para los ojos.

Baladar asintió.

—Te digo que ahí dentro no hay otra cosa sino magia —exclamó, sintiendo la boca seca.

—¿Magia? —exclamó el pequeño—. ¡Hoy no paramos de saltar de una cosa a la otra! ¡Y lo dices como si en vez de guiso de patatas para comer, fuera de conejo!

De pronto se dio cuenta de que la armadura había girado la cabeza para mirarlo y se ruborizó por sus palabras y su comportamiento.

—Mira el resto de armaduras —siguió diciendo Baladar, ahora despacio y con suavidad, sin dejar de estudiar al gigante metálico que tenía delante—. Están todas quietas, como... ¡bueno, como uno de los escudos que tiene tu

padre sobre el hogar!

—Eso ya lo veo —dijo Maradian.

—Pues he tocado esta y se ha movido —afirmó Baladar.

Maradian miró al hombre de hierro, pensativo. Se llevó la mano a la barbilla (un gesto que imitaba inconscientemente a sus mayores) y acto seguido la armadura metálica lo imitó.

Baladar sonrió.

—¿Lo ves?! —dijo triunfante.

—¿Qué he de ver? —preguntó Maradian.

—¡Extiende los brazos! —le pidió Baladar.

—¿Qué?

—¡Extiéndelos, así, hacia delante!

Maradian imitó a su amigo, confuso.

El gigante de metal extendió los brazos hacia delante y emitió un par de tonos agudos.

## V

—¿Qué cosa tan misteriosa! —exclamó Maradian. Cada gesto que hacía era imitado por la armadura, incluso los más inverosímiles. Ver al gigante acuclillarse y poner los brazos como si fuera una vulgar gallina lo hacía partirse de risa.

Baladar estaba dando vueltas alrededor, examinando su superficie. En la parte trasera había una protuberancia donde se habían emplazado unas cañas pequeñas, tan pequeñas como los nidos de una avispa alfarera, junto a varios engastes de colores brillantes como el verde y el azul y ranuras de varios tamaños. Para qué servían o qué significaban lo desconocía, pero admiraba con cada vez más fascinación cada detalle que veía: anillos de algo que parecía plata que giraban en perfecta armonía, unos sobre o alrededor de otros, sin hacer ruido alguno, como no fuera un pequeño siseo armonioso.

—Qué maravilla —susurraba una y otra vez—. Y por cierto, ¿puedes

estarte quieto por un solo instante, Boeke del demonio?

—Es que... es divertido —se excusó Maradian.

—¡También lo sería tirarte por uno de esos agujeros en el suelo!, y me contengo... ¡aunque no por mucho tiempo!

—Está bien —accedió Maradian.

Se puso derecho y el gigante lo imitó.

—Una magia extraña —dijo Baladar—. Me pregunto por qué te imita. ¿Qué hiciste para que empezara a hacerlo?

—¿Yo? Yo no hice nada... ¡Siempre me echas la culpa de las cosas!

—No te echo la culpa, grandísimo botarate. ¡No es nada malo!

—Bueno —refunfuñó Maradian—. Por si acaso.

—Caramba —exclamó Baladar entonces—. Empiezo a tener hambre...

—¡También yo, por cierto! Justo estaba pensando en una corona de harina. ¿No te gustaría que hubiera por aquí unas setas matacandelas, unos rebozuelos y crestas de gallo? ¡Oh, cómo me gustaría pan de hierbas y arándanos!

—Sí, claro. ¡Y rasponeras, nata cuajada y avellanas!

—¡Sí, por favor!

—Prueba a pedirselo a tu imitafantoche.

Maradian se rio con ganas y empezó a hacer gestos como llevándose la mano a la boca, pero el gigante metálico permaneció inmóvil.

—¡Cráneos! —soltó Baladar—. ¿Y ahora qué has hecho para que deje de imitarte?

—¡Te aseguro que no lo sé! —exclamó Maradian.

—Pues menudo misterio... ¡casi tan grande como el cómo saldremos de aquí! Estamos muy entretenidos, pero si no averiguamos cómo llegar arriba, nos moriremos de verdad.

—Eso no lo digas —refunfuñó Maradian, mohíno.

—Ojalá supiéramos cómo funciona esta magia que es capaz de mover cosas tan grandes y pesadas. Sin duda podría llevarnos hasta lo más alto, y con facilidad.

—¡Oh! —exclamó Maradian de pronto—. En cuanto a eso, creo que tengo una idea...

Baladar miró a su amigo, pero este tenía los ojos, chispeantes y brillantes, fijos en el gigante de metal.

Pero mientras el más pequeño de los Boeke planeaba lo que fuera, lejos y arriba, la magia seguía urdiendo y entretejía asuntos imposibles o acaso impensables, al menos para los hombres mortales.

## CRÁNEOS Y SERPIENTES



### I

Cuando los hombres doblaron el recodo rocoso de las colinas para alcanzar a ver, a cierta distancia, los titánicos volúmenes de Dosaguas, ya las primeras luces del alba despuntaban por el este. Las antorchas fueron extinguidas y las conversaciones cesaron. Era el efecto que tenía Dosaguas entre los hombres, sobre todo desde que existía la posibilidad de que Aldreda Gaard se paseara por ahí desvinculada de los lazos hasta ahora eternos de la muerte.

Miles Steur caminaba en primer lugar, con Gillot Boeke a su lado. Atrás venían otros, como Errol Gaard y Didacus Dragan, formando una comitiva de seis. Aunque Gillot solía estar más a favor de los Augia que de los Steur en las asambleas (pues sus tierras lindaban con las de estos por el norte), y las más de las veces se desagradaban, su amistad venía de antiguo, y en tiempos de dificultad sus brazos habían trabajado siempre juntos.

Miles escudriñaba el suelo.

—Aún nada —dijo Gillot—, y sin embargo, hasta aquí, diría que este es el camino más sensato.

En efecto, no habían visto huellas de los niños en toda la noche.

—Tal vez hemos pasado algo por alto —respondió Miles levantando



ahora la mirada—, pues niños son, y sus cuerpos menudos y livianos. Tal vez prefirieron bajar por las laderas rocosas. Un camino difícil para nosotros, pero no para ellos, por cierto.

Gillot se pasó la mano por la barba.

—Pues diría que en eso podrías tener razón, Steur —exclamó—. ¡Si es así, hemos tenido los hocicos pegados al polvo del camino para nada!

—Yo digo que un poco de polvo no le hará daño a tu nariz —bromeó Miles—, pues harían falta varios cubos para cubrirla.

Gillot gruñó.

—En cualquier caso —continuó diciendo Miles—, ya hemos llegado al campo de flores y seguir el rastro será más sencillo. Si tu hombrecillo y el mío están ahí dentro lo sabré sin duda, pues mucho tiempo he pasado en este lugar y sabría decir si se ha movido piedra sobre piedra.

—Pues vayamos entonces —dijo Gillot—, ya tengo ganas de saber una cosa u otra.

—Más no digas —repuso Miles, ceñudo—. Quiero pensar que esta noche hablaré con él y su travesura, y lo castigaré a cortar tanta leña que habremos de regalar haces enteros, ¡y podremos usar sus manos desnudas para arar la tierra! Quiero a ese chico pues soy su padre, pero sobre todo soy un hombre, y si hemos de estar preparados para lo peor, lo estaremos. Pero su madre se quebrará en dos como una rama seca.

—Más nos habría servido traer a esa mujer tuya —dijo Gillot.

—En eso no te equivocas —contestó Miles—, pues no hay ni ha habido lazo más comprometido e intenso que el que teje una madre con su progenie. Ningún hombre que haya sido padre ha podido sentirlo, por cierto, por mucho que digan o escriban, pues los nudos de la sangre y las entrañas son poderosos y primigenios. Y te digo ahora que hay más determinación en una madre que en el volcán que surge de la tierra para vomitar fuego y rocas en llamas sobre ella.

—Entonces nada más añadiremos. ¡Esperemos que lo que haya de venir sea amable con nosotros!

El amanecer trajo nubes rosas y una luminosidad casi mágica que les permitió disfrutar de una visión poco acostumbrada del campo de flores,

brillante y diáfana; incluso en la distancia se veía con claridad, y todo cuanto alcanzaba la vista eran flores de muy variados tonos y colores, algunas de las cuales eran viejas como el hombre, pero otras eran nuevas y sorprendentes, invenciones recientes de la naturaleza: nelvas, sobre todo, que eran de un color púrpura y blanco en las puntas, y otras que llamaban sagallas, amarillas excepto en el centro, donde mostraban un tono naranja intenso muy apreciado en los tintes, pues también permitía tonos azules cuando se hacía polvo y se dejaba oxidar al aire.

Pero al fondo persistía la imagen sombría y misteriosa de Dosaguas, con el caudal del río Verdepiedra cayendo sobre el monumental ariete frontal. Su cercanía infundía en los hombres un respeto sobrenatural que las vivarachas flores no podían contrarrestar. El estruendo del agua rompiendo en la superficie rocosa podía oírse incluso desde allí.

—Pues diría que hoy el río baja furioso o algo pasa —anunció uno de los hombres—. ¡No recuerdo haber oído este estrépito las otras veces!

Miles levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Tiene razón —exclamó—. No recuerdo tanto jaleo.

—Iba a mencionarlo —dijo Gillot—. Pero...

De pronto se quedó callado. Miraba la estructura monumental de Dosaguas y se detuvo, preguntándose si sus ojos no lo engañaban. Y no lo hacían.

Algo estaba pasando en Dosaguas.

## II

Ni los más versados en magia en cualquiera de las ciudadelas donde esta se estudiaba hubieran podido detectar los efluvios subterráneos que avanzaron ese día desde la Entraña hasta Dosaguas, pues se canalizaron por corrientes de agua soterradas en canales y lagos profundos y progresaron sirviéndose de cuevas jamás exploradas. Cimbrea, brillante, cósmica y vital, moviéndose a una velocidad desconocida por el hombre, creando vórtices energéticos y

remolinos que cambiaban cosas de sitio, despertaban simientes dormidas y, al mismo tiempo, encendían el aire y agostaban toda raíz profunda.

Cuando esa magia alcanzó Dosaguas hizo temblar piedra, hierro y aun otros metales, provocando pequeños derrumbes y movimientos, alguno de los cuales lanzó a dos conocidos cachorros humanos a las profundidades de la estructura. Luego buscó, ávida de encontrar su destino, y se aposentó en la tierra aún blanda y removida por las palas de los hombres y alcanzó los restos inertes de los fallecidos, apoderándose de ellos.

Pero despertar a los muertos requería de unos pactos complicados entre las dos partes de la balanza, la vida y la muerte, y por un largo tiempo no ocurrió nada, y todavía nada, hasta mucho después, cuando los pactos entre la magia del nigromante y los destinos cósmicos del universo llegaron a un acuerdo. Solo entonces el esqueleto ya limpio de carne de un hombre que solía ser querido y llamado Aldo Garran se sacudió como víctima de un espasmo, y alzó sus dedos exangües y terribles, apenas unos huesos oscurecidos por la humedad y las bacterias y los líquenes, y rascaron la tierra mientras esta resbalaba en el interior de sus cuencas vacías y su boca desprovista de labios y se esforzaba por salir.

Ese, y todos los que en Dosaguas habían sido enterrados.

### III

Los hombres no podían creer lo que veían. Unas figuras avanzaban desde la penumbra, en el interior de Dosaguas, hacia el exterior, bamboleantes, desmañadas. Sus cabezas se mecían en las tinieblas como si se tratase de heridos o enfermos abandonando un campo de batalla.

—Por las estrellas y toda la sal del mar —exclamó Boeke en un tono prudente pero sorprendido—. ¿Quiénes son esas gentes, Steur?

—Pues no sé yo eso —exclamó Miles, entrecerrando los párpados para tratar de ver mejor en la distancia—, pero... pero...

Cuanto más miraba, más le parecía ver lo que creía haber visto, pues

algunos de aquellos hombres no eran hombres, sino carcasas humanas desprovistas de carne: huesos y ropajes hechos jirones, delicados y frágiles como las ropas casi transparentes que las mujeres se ponían en ocasiones cuando buscaban a sus maridos en las noches frías y los atardeceres cálidos. Los cráneos calvos de algunos eran del color de la muerte vieja.

Algunos de los hombres lanzaron exclamaciones atónitas. También para ellos era ahora obvio lo que hacía solo unos segundos hubiera sido considerado un cuento para viejas y sus nietos. Hacían aspavientos y hasta daban brincos en el suelo.

—¡Magia!

—¡Horror y condenación!

—¡Los muertos de Dosaguas han abandonado sus tumbas! —exclamó Didacus Dragan con la cara convertida en una máscara de terror.

La inquietud se apoderó de Miles. Si su hijo y el hijo de Gillot Boeke habían entrado, como parecía, en Dosaguas, ¿dónde quedaban ahora? ¿Habrían sido sorprendidos por aquellos seres imposibles? Y en ese caso, ¿qué había sido de ellos?

Apretó los dientes.

«No te pongas en lo peor, Miles —dijo el recuerdo de la voz de su mujer en su cabeza—. Y no te adelantes a los acontecimientos, pues el miedo engendra ira, y la ira consume oportunidades que quizá brindaron finales que pudieron ser felices.»

Miles sabía eso, mas lo que tenía delante eran muertos, ¿y qué otra cosa se podía esperar de los muertos si no era algo funesto? Estos salían ahora al exterior, por cierto, y vieron los hombres que eran al menos cuatro decenas, tal vez más, pues incluso al fondo, en la negra oscuridad de las sombras, se movían cuerpos que trotaban con lentitud intentando alcanzar al resto. A alguno le faltaba un brazo y a otros la cabeza, mas no por ello sus cuerpos dejaban de avanzar con determinación.

Miles miró a su alrededor y observó los rostros contaminados por el miedo de los hombres. Supo que algunos echarían a correr, al menos al principio, si bien luego se morderían las tripas antes de ser recordados como cobardes y regresarían poniendo cualquier excusa. Incluso aunque todos

permanecieran no eran sino seis, ¿y quién sabe cómo sería un combate contra cosas que habían regresado ya de la muerte? ¿Qué esperanza tenían de ganar como no fuera triturando sus huesos hasta reducirlos a polvo? Miró sus manos desnudas y lamentó no haber traído al menos una pieza de hacha o un rastrillo, porque le parecía que el cuchillo no serviría de mucho si acaso habían de combatir a los muertos. Luego pensó que un martillo sería tal vez más apropiado.

Se volvió con determinación.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó—. No dejéis que los cuentos de niños y lo que se habla junto a una chimenea cuando fuera llueve y truenos os condicione. ¡Nada sabemos de esta magia extraña! Aunque muertos sean, no penséis que buscan vuestra muerte.

—¡Los muertos buscan la muerte, Miles Steur! —clamó alguien.

—¡Eso lo sabe cualquier niño! —lo secundó otro.

—¡Salvemos nuestras vidas!

—¡Basta! —aulló Miles—. Tal vez la magia que alimentó el ánimo de Aldreda Gaard sea la misma que actúa aquí, ¡pero incluso entonces Aldreda no hizo mal alguno, y se despidió de su marido y se marchó hacia el norte!

Los hombres se miraron, confusos. Empezaban a saltar de un lado a otro como animales apresados mientras los muertos avanzaban.

—¡Pero si hemos de combatir, lo haremos! —siguió diciendo Miles—. Pues después de aquí su destino podría ser nuestras granjas y hogares, y quién sabe a cuántas mujeres sorprenderán en sus quehaceres lavando en el río o acarreado haces de un lado a otro.

—¿Cómo se mata a un muerto, Steur? —graznó uno de los muchachos Gaard—. ¡Insensato! Mas no perderé mi vida por seguir a un loco. ¡Volvamos a la aldea y demos la voz de alarma!

—¡Adorna tu cobardía con palabras y buenas intenciones, que cobardía es! —chilló Gillot—. ¡Corre ahora y yo mismo te cortaré las piernas si te veo entrar en el salón de los hombres!

—¡Errol Gaard tiene razón! —exclamó alguien—. ¡Llamemos a los otros y tendremos más posibilidades de victoria!

—¿Victoria dónde? —preguntó Miles—. Pues nos preguntarán: ¿dónde

están los muertos?, y no sabremos qué contestarles, pues entre que vamos y volvemos estos podrían ir en cualquier dirección o aún peor, dividirse, y estaremos buscando huesos hasta que nuestros hijos sean ancianos.

—A mis oídos las palabras de Steur son sensatas —dijo Gillot.

—Eso es porque tu hijo está perdido o muerto —soltó Didacus.

Gillot se abalanzó sobre él con una velocidad inesperada y le estampó el puño en la cara. Didacus saltó hacia atrás y cayó al suelo entre las flores.

—¡Ea, basta! —gritó Miles—. ¿Acaso la magia funesta de Dosaguas está actuando aquí? ¡La amenaza está delante, y no entre nosotros! ¡Basta, he dicho!

—Hijo de mil padres... —masculló Didacus.

A lo lejos, los muertos aullaron de repente. Era un grito desgarrado, mitad animal mitad cavernoso, como si la piedra se abriera de repente para dejar escapar un estertor. Cómo podían aullar cadáveres que eran, en esencia, esqueletos desprovistos de bocas y gargantas y pulmones. Era algo que pasó por la cabeza de algunos, pero para otros no hubo tiempo para tales pensamientos; se encontraron clavados en el suelo con la piel fría y contraída por un miedo cerval que les hizo olvidar cualquier consecuencia futura. Dos de los hombres aprovecharon para salir corriendo.

—Miles —dijo Gillot, súbitamente superado por el terror que experimentaba. Tenía la frente cubierta de sudor y sus ojos se abrían en su rostro como dos huevos duros.

—Valor —exclamó Miles—. Esperemos un poco a ver hacia dónde van, si a por nosotros o a algún otro lado, y decidiremos entonces qué hacer.

Nadie dijo nada, pero en el fondo de sus corazones todos esperaban que el cielo se abriera de repente y un rayo partiera los esqueletos en muchos trozos, pues campesinos y agricultores como eran, aun siendo hombres, nunca habían tenido la necesidad de luchar y temían por sus vidas.

## IV

Nadie hubiese dicho que los muertos caminaban; más bien se afanaban por avanzar de maneras inusuales. Unos progresaban con el cuerpo inclinado hacia atrás, la cabeza orientada al cielo y los brazos colgando a ambos extremos como si estuviesen desconectados del cuerpo; otros cojeaban, o escoraban a uno y otro lado, a veces chocando entre sí con un ruido hueco. A algunos les faltaban miembros, y otros aún tenían restos adheridos a la carcasa ósea. Pero unos cuantos se movían con siniestra determinación, los brazos enérgicos aun sin un solo músculo pegado a sus miserias humanas, pisando fuerte sobre las flores que marchitaban a su paso.

Y eran muchos, muchos más de los que diría Miles que las familias de Entrerríos habían enterrado a lo largo de los años, y aún seguían saliendo. De dónde venía la tradición de enterrar a los muertos en Dosaguas no lo recordaba, pero suponía ahora que de muy antiguo, y puede que aun antes de que los Steur y los Augia decidieran establecerse y construir las primeras casas y cultivar la tierra. Debía de haber allí una centena de sepulturas llenas de huesos que ahora volvían a la vida.

—El nigromante —susurró.

—Steur —graznó Gillot a su lado—. Son demasiados...

Miles apretó los dientes. Aún no sabía si su hijo estaba ahí dentro; de haber tenido esa seguridad se habría lanzado contra los muertos incluso con las manos desnudas, pero no lo sabía, y una voz en su cabeza le decía que Gillot tenía razón, sin duda.

—¡Pústulas! —gritó—. ¡Maldiciones y serpientes!

—¡Mira sus dedos huesudos y delgados, Steur! —siguió diciendo Gillot—. Desgarrarán, se hundirán en la carne, y quién sabe si su tacto no te abrasará como el fuego de las entrañas de la tierra. ¡Mira la hierba bajo sus pies, mira cómo se pone negra y condenada sin apenas tocarla! Diría que aquí hay mucho más que huesos, ¡y bajo el sol de la mañana!

Miles miró. El Boeke tenía razón: era como si la muerte se extendiese y toda hierba verde moría, cerca o lejos, formando un lago oscuro y marchito allí donde antes había vida y la naturaleza resplandecía.

—Sé cómo te sientes, Steur —continuó diciendo Gillot—, ¡pues también soy padre, y ante todo lo soy! Pero haremos un flaco favor a nuestros hijos si

perdemos la vida inútilmente, pues tenemos otros en casa y tenemos que velar también por ellos.

—Más no digas —replicó Miles—. Pues sé todo eso. Pero veamos adónde va esa horda antes de nada, que puede que por una vez el infortunio pase de largo.

—También yo lo espero —dijo Gillot—. Al cabo, ignoro qué podrían querer unos poderes mágicos como estos de un puñado de casas de granjeros. Sin duda su destino ha de ser otro.

—Acaso el mal sólo quiera el mal, Gillot.

—Ya veremos.

Sin embargo, a medida que miraban, más les parecía clara una cosa: que las filas de resucitados no iban hacia el sur, sino hacia septentrión, y no por los pocos caminos que la gente de la aldea mantenía en un estado más o menos aceptable, sino en línea recta, o eso parecía, pues se dirigían directamente hacia las laderas rocosas que conducían a los prados de arriba.

Cuanto más evidente se hacía, más se encogía el corazón de los hombres en su pecho.

—¡De seguir por ahí llegarán a la aldea! —exclamó Didacus de los Dragan.

—¡Serpientes y enredaderas! —aulló Errol Gaard—. ¡Es seguro ahora! ¡Van hacia la aldea!

—¡Esperad! —dijo Gillot—. Me parece a mí que la aldea...

Pero no pudo terminar. A su lado, Miles Steur echaba a correr hacia las filas de muertos. Todas las palabras e impresiones que habían intercambiado allí mismo no habían servido de mucho.

—¡Miles! —gritó, sin resultado alguno. Ladró al suelo, pateó la hierba verde y por fin echó a correr tras él.

Errol Gaard y Didacus Dragan se miraron, tan confusos como asustados. Sabían que lanzarse contra los muertos era, con toda probabilidad, la peor idea de cuantas se pudieran tener bajo el sol de las primeras horas del día, pero esperaron tal vez que Gillot solo quisiera detener al Steur en su carrera antes de que desperdiciara su vida con tanta insensatez, y, pensando eso, echaron a correr también.



Pero Miles era rápido; sus piernas eran potentes y su cuerpo se asemejaba más al de uno de esos robustos soldados que a veces veían lejos al este que al de un granjero; corría bien por delante del resto, sin siquiera sacar el cuchillo de su funda. Ese hecho le decía a Gillot que su amigo acababa de volverse loco, fuese de miedo o de dolor. Al fin y al cabo acababa de regresar vivo y salvo de Sombraviva y ya estaba metido en otra. Con los dientes apretados, sacó su cuchillo.

Al cabo llegó Miles donde el círculo oscuro de hierba muerta se extendía por el suelo. Las flores se marchitaban a ojos vista, como si una llama invisible se hubiera acercado demasiado y estas se encogiesen y se volviesen negras y retorcidas. Pero aunque Miles avanzaba a la carrera contra los muertos, ninguno se volvió para recibirlo, determinados como estaban en su avance. Por fin, el Steur dio un salto y cayó sobre uno de los muertos más cercanos. El esqueleto fue lanzado contra el suelo trocado en un revoltijo de huesos, el cráneo manchado por los humores de la lenta putrefacción de la muerte.

Sin dar mucho tiempo a nada, Miles se incorporó (subido a horcajadas sobre su enemigo) y empezó a golpear con los puños cerrados. La cabeza del muerto iba a un lado y a otro a medida que los golpes se prodigaban, cada vez con más rabia, pero las manos huesudas se levantaban torpemente y acabaron por cerrarse alrededor de su cuello. Miles dio un respingo; era como si hubieran atenazado su garganta con unos hierros candentes, tanto abrasaban los dedos muertos de aquel despojo animado. Lanzando un grito de dolor, el Steur introdujo los brazos por debajo de los del esqueleto y los extendió con toda la fuerza que pudo generar, librándose así de su agarre.

—¡Miles! —gritaba una voz a su espalda.

Miles, recorrido por el dolor y la quemazón en el cuello, bajó la cabeza para mirar a su adversario, y se enfrentó a las cuencas vacías y oscuras, los dientes expuestos, el enorme hueco de la nariz donde aún se distinguían membranas resacas y tirantes como las alas de un murciélago. La boca abierta parecía una risa congelada; los dientes recorridos por estrías oscuras, vetustos restos de sangre y otros líquidos vitales. Y había otra cosa que Miles creyó vislumbrar por un pequeño instante, una especie de sombra, una mirada

encendida preñada de un odio descarnado, un ánima interior, como un velo, un recuerdo o una maldición, encerrada entre los huesos, que le devolvió la mirada por un momento y lo hizo sentirse pequeño, débil, mortal y frágil como un huevo viejo.

—¡Ay! —aulló.

Se lanzó hacia atrás y descabalgó, cayendo en el suelo muerto que no hacía ni un instante había sido tierra fértil. Una nube de polvo negro se levantó en el aire, rodeándolo.

—¡Miles!

Los brazos de Gillot Boeke lo asieron.

Mientras tanto, el esqueleto se había puesto en pie sin que se viera en sus articulaciones ningún daño por el envite de Miles. Mirándolo con ojos despavoridos, Gillot comprendió cuan fuerte era la magia que había allí, una cuya naturaleza escapaba a toda comprensión, pues se dijo que el empujón de Miles habría descoyuntado los huesos de una vaca joven.

Luego miró brevemente a su amigo. Sus manos, ahora temblorosas, flotaban alrededor de su garganta sin ser capaz de tocarla. Y vio marcas negras como quemaduras, y apretó los dientes con rabia.

Volvió la cabeza para mirar a su enemigo. Esperaba verlo ya sobre él, sus dedos muertos pertrechados de magia y un torrente negro saliendo por los ojos, pero no había nada de eso. Este había regresado a las filas y caminaba otra vez junto al resto persiguiendo su objetivo, fuese cual fuese; de los hombres caídos en el suelo no parecía mostrar interés alguno, estuvieran vivos o muertos, lo hubieran atacado o no. De hecho, ninguno de los otros seres que trotaban junto a él les dedicaron siquiera una mirada de atención.

—¡Miles, Gillot! —exclamó una voz.

Era Didacus Dragan, que había corrido hasta allí. Tras él, a poca distancia, venía Errol Gaard. Tan pronto llegó junto a ellos, sacó su cuchillo y se apostó, las piernas extendidas y el cuerpo ligeramente inclinado, dispuesto para el combate.

—¡Guarda tu cuchillo y ayúdame a sacar al Steur de aquí! —chilló Gillot. Didacus se llevó el antebrazo a la cara y ocultó su nariz en él.

—¡Por las ciénagas de Punta Umbrosa, qué peste!

Gillot no había reparado en eso, pero ahora que lo decía, tenía razón. Flotaba allí una pestilencia densa y dulce a la vez, con tanta intensidad que notaba cómo su garganta se cerraba cada vez que intentaba respirar con fuerza.

—¡Ayúdame, botarate, te digo!

—¡Válganme las fuerzas, Miles Steur está herido! —graznó Didacus.

Tomaron a Miles por los brazos para intentar tirar de él, pero este se liberó con un gesto. No dijo nada, por cierto, y viendo las quemaduras en la garganta, Gillot temió lo peor, pero se las apañó para retirarse unos pasos hasta caer de rodillas en la hierba, allí verde de nuevo. Errol se unió a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la respiración fatigada.

—¡Pues aquí se puede respirar otra vez! —exclamó Didacus—. Pero en cuanto a eso, ¿cómo está Miles?

—Estoy... estoy bien —dijo este al fin—. Pero mi cuello está abrasado y duele como el mordisco de un oso.

—Un mal adversario —exclamó Gillot, sombrío.

—Y tanto que sí —asintió Miles—. Pensé que podría separar sus huesos unos de otros, pero no son criaturas débiles, por cierto. Es esa magia que no comprendemos. ¡Ah! Aquí los brazos fuertes y los cuchillos no sirven —exclamó con desesperación—. ¡Vayamos a la aldea! Ya he comprobado y visto todo lo que tenía que comprobar y ver. Si nuestros hijos están ahí dentro y siguen vivos, tendrán que esperar. Si están muertos, los veremos caminar por nuestras tierras. ¡Serpientes y cráneos! Pero avisemos a los demás, pues deben abandonar sus casas y ponerse a salvo lejos, al este o al oeste.

Miraron por última vez a la espectral comitiva, arrasando la hierba a su paso, rodeados de una pestilencia repugnante y caminando en silencio, lentos pero seguros. Y después de eso echaron a correr de regreso a la aldea, sin alejarse demasiado de los muertos pero por senderos quizá más fáciles de transitar que trepando sobre las piedras, colina arriba. Mucho hacía que no corrieran tanto, brincando y saltando cuando había que brincar o saltar, pero hicieron uso de toda su energía y de cuanto músculo había en sus piernas para sacar delantera a los muertos.

Eso, Miles lo sabía, era imprescindible para tener tiempo de alertar a

todos.

# HUESOS Y FUEGO Y MUERTE EN EL CAMINO



## I

¡Despertad, despertad! Y los que estéis despiertos, ¡atended, por vuestras vidas, atended!

Así corría Gillot Boeke cerca del salón de los hombres, poniendo la voz en grito. También Errol y Didacus corrían, golpeando las puertas y acercándose a cuantos se encontraban; los cogían de los hombros y los instaban a que corriesen la voz. Pero encontraron que la mayoría ya se dirigía hacia el centro de la aldea y que habían enviado aviso a los lejanos Augia y a la cabaña de Ródegas y a otros lugares, pues los hombres que huyeron de la comitiva de seis habían dado la voz de alarma antes que ellos.

Miles había ido directamente a su casa. Encontró a su mujer en la puerta. Su cara de preocupación le dio respuesta a la pregunta que quería hacer, y supo que Baladar no había regresado aún.

—¿No lo has encontrado, Miles? —preguntó ella, aun sabiendo también la respuesta.

Miles negó con la cabeza.

—Es aún peor —dijo.

Isobel Steur negó con la cabeza.

—¿Qué puede ser peor que perder a un hijo, Miles? Dime.

Este bajó la cabeza, preocupado, pero bajar la cabeza hizo que le doliera la quemadura del cuello y compuso una mueca de fastidio.

—Perderlo todo, acaso. No solo a un hijo —respondió.

—Miles... ¿Estás bien? Dime qué pasa y qué te ocurre.

Miles extendió la mano.

—Ven a la Asamblea, mujer —dijo—. Pero antes avisa a todos en la casa, que preparen comida y mantas para dormir al raso.

—¿Nos mandas a dormir al raso? —preguntó Isobel, confundida—. Muy graves deben de ser las nuevas que traes. ¿Qué tienes en el cuello?

Pero Miles no contestó. No era aún tiempo.

La Asamblea empezó después de un rato largo, cuando incluso Arran Augia fue llamado de vuelta cuando aún no había desempacado sus cosas después del viaje a Sombraviva. Vino con sus muchachos, todos rudos y fuertes, y también con su esposa, que componía una expresión preocupada mientras se mecía en la carreta tirada por reses.

—¡Daos prisa! —decía Didacus desde la puerta—. ¡Entrad y escuchad las noticias, pues el tiempo apremia!

Mirándolo desde el interior, se dijo Gillot Boeke que Didacus estaba disfrutando con la situación; a fin de cuentas era ahora uno de los protagonistas, y artesano de la madera como era, no había demasiadas oportunidades para que alguien como él destacase en el grupo, pues la mayoría de sus trabajos eran reparaciones que lucían poco o nada.

Y la Asamblea comenzó al fin, la mayoría de los hombres de pie y las mujeres sentadas, pues aunque algunas de las familias más cercanas habían traído sillas y taburetes, no había bancos o mesas para todos.

—¡Está bien! —dijo Miles—. Hay muchas y muy sorprendentes cosas que contar, y sin duda para ser creídas requerirían no una sino varias Asambleas, pues sé cómo piensan vuestras cabezas y cuántas palabras necesita una noticia para ser comprendida. Pero no hay tiempo. ¡No lo hay! Mientras hablo, un peligro camina hacia aquí o cerca de aquí, arrasándolo todo allí por donde pasa.

La sala entera se lanzó a una exclamación de protesta y sorpresa. Unos y

otros se miraban. Didacus era exhortado a hablar, y también Gillot Boeke.

—¡Escuchad os digo! —aulló Miles—. ¡No hay tiempo, así que seré breve! Estuvimos en Sombraviva y allí una Heredera nos habló del peligro que se ha instalado en el norte, en la Entraña.

Las mujeres dejaron escapar una exclamación asustada; no habían estado en la Asamblea anterior y hacía mucho, muchísimo tiempo, que no oían hablar de la Entraña.

—Se trata de un nigromante —anunció—. Es una palabra que significa: alguien que trabaja con magia. Y con muertos.

Adelantándose a las exclamaciones de sorpresa, Miles levantó los brazos y continuó hablando con voz más alta aún.

—¡Hemos visto muertos en Dosaguas cuando buscábamos a mi hijo y al de Gillot Boeke!

—¡Es cierto! —gritó Gillot.

—¡Y los muertos andan y se mueven como personas! —se lanzó a añadir Didacus—. ¡Vienen por las colinas, a través de las canteras de piedra, derechos hacia aquí!

Esta vez la sala entera estalló en un estrépito de voces, gritos, lamentos e insultos. Didacus no hacía sino repetir: «¡Es cierto, es cierto, mirad las marcas en el cuello de Miles!»». Algunos, como los Gaard, señalaban a Steur y juraban que todo era culpa suya, que la idea de ir a Sombraviva a buscar ayuda había sido de él y esas eran las consecuencias. La mujer de Steur, Isobel, abofeteó a Lanka Gaard por sus palabras soeces, y como resultado, el viejo Acelin se lanzó a un berrinche como no se recordaba. Mientras tanto, Dilur Hylas se acercó a Miles para examinar su cuello, pero con tono autoritario y malos modos, y se llevó un buen puñetazo en toda la nariz. Tamblor Hylas cogió un taburete y lo estampó en la espalda de Steur.

—¡Por toda la hierba verde...! —gritó Miles mientras daba vueltas sobre sí mismo debido al dolor—. ¡Acaso la muerte que os acecha os hace perder la cabeza!

El grito tuvo su efecto. Didacus, que estaba ya subiéndose a una mesa con no se sabe qué propósito, detuvo su movimiento. Lanka Gaard soltó el cabello rubio de Isobel Steur, y el viejo Acelin dejó de soltar espumarajos por

la boca.

—¡Os digo que los muertos vienen! ¡Coged a vuestras familias, coged comida y coged ropa de abrigo, y marchad hacia el este, hacia el prado del río! ¡Yo haré justo eso ahora mismo, y no miraré atrás! ¡Ea! ¡La Asamblea ha terminado!

Hubo un instante de silencio, pero cuando Miles dio unos pasos decididos hacia la salida tomando por el camino la mano de su mujer, todo el mundo se miró con ojos sorprendidos. Luego, la puerta se abrió y Miles salió fuera, a la mañana, y eso fue el detonante de lo que ocurrió después.

De manera repentina, todo el mundo tuvo la urgencia de salir de la sala, y antes que los demás. Dilur y Tamblor Hylas se abrieron paso dando codazos, y Arran Augia empujó a Moneke Gaard fuera de su camino, pues este daba saltos como si se hubiera tornado en un conejo impidiéndole no solo pasar, sino ver. Estos gestos de violencia se expandieron con rapidez, y tan solo las mujeres fueron lo bastante inteligentes como para apartarse.

Poco a poco fueron abandonando la sala las familias, y las calles se convirtieron en una algarabía de gente corriendo. Las carretas se pusieron en movimiento con el mugido de las reses y hasta el balido de las cabras que alguno quería llevarse consigo, sabiendo que la muerte se acercaba, pues de ellas dependía parte del sustento de su familia. Los niños lloraban, los muchachos corrían, los fardos saltaban por las ventanas hacia la calle, y aunque era de día y el sol brillaba alto casi en su meridián, se encendieron algunas antorchas.

Poco a poco, las gentes de Entrerríos empezaron a marchar hacia el este, cuando Nur Boeke llegó corriendo desde la colina.

Gritaba, y cómo gritaba.

—¡Los muertos, llegan los muertos!

Miles, que de casual estaba cerca, se volvió sorprendido; corrió hacia Nur y lo interceptó.

—¿Estás seguro, hijo de Gillot? —preguntó—. Pues los muertos avanzaban lánguidos, y cuando corrimos nos aseguramos de sacarles mucha ventaja, casi diez por uno. ¡No esperaba que asomasen por aquí hasta la noche, al menos!



—Tan cierto como te veo ahora a ti —respondió Nur— que los he visto llegar por el paso del sur, entre Lomatiesa y Los Topales.

—Eso es aquí mismo —susurró Miles—. ¡Daos prisa! —exclamó, dándose la vuelta—. ¡Tenemos que irnos ya, los muertos vienen!

La voz de alarma se extendió como un mal resfriado, y algunos incluso abandonaron las carretas. Los niños fueron cogidos en brazos o puestos sobre los hombros.

—¡Los muertos! —gritaban algunos.

—¡Tened compasión de mí y ayudadme! —decía una mujer que intentaba llevarse a doce gallinas sujetas por una guita.

Arran Augia se plantó delante de Miles con los brazos en jarras.

—¡Lo que nunca pensé que vería lo veo ahora y me maldigo! —exclamó.

—¡Pues corre entonces, Arran Augia, o ayúdame!

—¡Es justo lo que digo! —soltó Arran—. Pues un enemigo viene hasta nuestras casas para maldecir el suelo y segar la vida de nuestros animales, ¡y Miles Steur huye!

—No los has visto, Arran Augia, ni has combatido con ellos como yo —exclamó Miles—. ¡Mira mi cuello! Ni los cuchillos más afilados podrían hacer mella en sus cuerpos malditos.

—¡Puede que un cuchillo no pueda, pero el fuego sin duda algo hará! ¡Y si no es el fuego será la tierra si se los traga o cae sobre ellos, o el agua si los arrastra río abajo! Escucha mis palabras, Steur: si esos muertos tuyos cruzan por la aldea, nadie podrá vivir aquí nunca más, ni tendremos semillas que cultivar ni habrá animales de los que vivir y tengan descendencia.

Miles apretó los dientes.

—Pues bien, ¿qué sugieres, entonces?

—Tenemos paja, juncos, madera y otras cosas que arden, y tenemos aceites. Yo digo que levantemos una barrera de fuego por aquel lado. No creo que los muertos tengan sesera como para detenerse, ¡pero incluso si lo hacen, cogeremos fuego usando rastrillos y los prenderemos!

Miles pensó. No creía que la aldea fuese el objetivo de los ahora insepultos, sino más bien una zona de paso que los llevaría a la Entraña, como todos aquellos animales. Para qué reunía cadáveres el nigromante era

algo que ni sabía ni le importaba ahora, pero se dijo que tal vez una muralla de fuego los haría desviarse si no eran estúpidos, pues un esqueleto en llamas no podría llegar jamás tan lejos.

—Está bien, Arran Augia, ¡tienes razón! ¡Reúne a todos los hombres que puedas!

No todos colaboraron, y no por cobardía, sino porque preferían estar seguros de que conducirían a sus familias tan lejos como pudieran, o porque muchos cargaban con sus hijos (a veces uno bajo cada brazo y otro sobre los hombros) o con animales y fardos con cosas como comida, que les habrían de ser útiles en los días que estaban por venir. Pero otros sabían que si los muertos echaban abajo sus casas y asesinaban a sus animales, tendrían un futuro funesto, y se alegraron de que se intentara defender al menos la aldea, entre ellos Ingvar Hylas y el gordo Tamblor Boeke, pero también los conocidos Wáriner Venorian y Ródegas Hylas.

Y corrieron de un lado a otro, entrando en cualquier casa y cogiendo todo mueble que pudieran transportar y que fuese de madera, lo que era decir casi todos, y los dispusieron fuera de la aldea, formando una hilera. El tiempo se les acababa, pues cuando encendían fogatas y acarreaban aceites desde las cocinas y los almacenes, el clamor distintivo de los huesos chocando unos contra otros se oía ya al otro lado de la colina. Ese sonido le recordó al viejo Acelin Gaard el de la guerra, pues de allí era el único que había sido soldado, muy al este, en los reinos de Piedranegra, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero también sus puños se cerraron al recordar el vigor y la fuerza de la juventud por mucho que ahora le faltasen.

Pero cuando las llamas empezaban a levantarse orgullosas y el ánimo regresaba tímido a los corazones de los hombres, uno de los árboles sobre la colina crujió con un sonido retumbante y amenazador, y sus ramas temblaron y dejaron caer una lluvia de hojas muertas que cayeron al suelo. El tronco se volvió gris y quebradizo y las astillas saltaron en todas direcciones, como si una mano invisible lo atenazara y apretara con fuerzas inimaginables.

—¡Mirad, mirad os digo: la hierba, la hierba muere!

En el suelo, el pasto que rodeaba la aldea, que era escaso pero aún lozano, se volvió de repente oscuro. Las hojas se combaron hacia abajo como si

soportaran un peso desconocido, y los arbustos se trocaron en un polvo gris e insustancial que la brisa del mediodía arrastró con rapidez.

Después de eso, los primeros cuerpos de las huestes de resucitados aparecieron desde detrás de la colina, y aunque Miles y otros como Didacus o el propio Gillot Boeke ya los habían visto, sintieron una punzada en el pecho que acaso fuera dolor... o miedo.

—¡Condenación! —chilló el viejo Acelin—. ¡La muerte nos reclama!

—¡Calla, estúpido! —gritó Miles, temiendo que sus palabras influyeran en el resto de los hombres—. Pues solo son muertos, ¡un puñado de huesos rancios que nada tienen que hacer contra los hombres vivos de Entrerríos!

—¡Entrerríos! —gritó Gillot levantando su antorcha.

Un grito general resonó entonces, pero muy apagado y sin mucha fuerza, pues los cuerpos sin carne eran ahora visibles y en las cuencas negras y vacías de los cráneos parecía haber una determinación malévola y terrible.

—Pues por mis ancestros que el Steur tenía razón —exclamó Ingvar Hylas—. Pues hasta ahora no lo había creído. ¡Ay!

—Que esto no lo he visto yo en todas las mañanas y noches de mi vida —exclamó el gordo Tamblor Boeke—. ¡Y aun así espero volver a ver esto o cualquier otra cosa, pues sería señal de que sigo vivo!

—¡Prended! —exclamaba Ródegas Hylas corriendo de un lado a otro—. ¡Dejad la cháchara y prended las maderas y echad los aceites!

—¡Haced eso, por vuestras vidas! —chilló Ingvar.

Mientras las carcasas descarnadas avanzaban, los hombres se sacudieron el miedo de encima y se aprestaron a encender la línea de defensa. El aceite arrancó llamas altas y ávidas en la madera, y muy pronto un humo blanco y denso se levantó hacia el cielo, y mientras ardía, los hombres cogieron los rastrillos, guadañas y cuanto palo largo habían encontrado por las cercanías y se apostaron expectantes.

Fue el propio Miles Steur quien corrió hacia el extremo de la línea para ver qué ocurría con los muertos.

—¡Se acercan! —gritó desde allí—. ¡No se detienen, se acercan al fuego!

—¡Mil truenos los partan! —graznó Arran Augia asiendo su pala con fuerza—. ¿No se detendrán?

—Quizá el embrujo que los anima los proteja también del fuego — exclamó Wáriner, que hasta ese momento no había dicho ni una palabra—. Ojalá estuviera aquí la Heredera.

Ingvar tendió una mano hacia la cabeza de Wáriner y la golpeó con un único golpe seco.

—Deja de mencionar cosas extrañas —exclamó ceñudo—. Pues de cosas extrañas tenemos las manos llenas, muchas gracias.

De pronto, una de las pilas de muebles se estremeció. Uno de los taburetes devorado por las llamas cayó rodando desde alguna parte y se deslizó colina abajo entre los hombres.

—¡Cuidado allí! —dijo alguien.

—¿Quién ha apilado...?

Pero no hubo tiempo para terminar la frase, pues entre la pila de maderas emergió una figura que, cubierta por las llamas como estaba, parecía un ser sobrenatural, un espíritu flamígero, más que otra cosa, con los brazos extendidos y los ojos negros y profundos flotando sobre una sonrisa que eran solo dientes.

Wáriner chilló y se cayó hacia atrás para quedar sentado en el suelo.

—¡No dejéis que pasen! —chilló Miles mientras corría de vuelta—. ¡Retenedlos en las llamas hasta que ardan!

Los hombres respondieron, aun con el terror que sentían. Lanzaron los rastrillos y cuanto palo tenían hacia delante para impedir el paso de los muertos y los contuvieron entre las llamas para que estas se alimentasen de sus huesos.

Pero no era aquel el único que intentaba pasar. Muy pronto, toda la línea de fuego empezó a estremecerse, y las montañas de madera se sacudieron y se derrumbaron. Los muertos empezaron a aparecer por todas partes.

—¡Allí! —dijo alguien.

—¡Allí también!

Ingvar Hylas había cogido dos palos e impedía el paso a dos muertos a la vez, manteniendo los extremos entre las llamas y sobre los pechos de hueso; mas el fuego lamía con avidez la madera y el hombretón supo que sería cosa de tiempo que se quedara sin instrumentos.

—¡Aguantad! —dijo no obstante.

Y el suelo se marchitó bajo sus pies, y la tierra se volvió un polvo oscuro que parecían semillas muertas y que cualquier movimiento levantaba en forma de nube.

No había hombres suficientes, además de eso, y por aquí y por allí figuras en llamas emergían de entre la barricada con la vista fija al frente. Ante eso, los hombres no podían más que apartarse, pues el fuego que devoraba sus miembros sin carne era intenso e incluso la cercanía los quemaba.

A Ingvar no le iba mejor. El espectro que retenía cogió el palo de uno de los rastrillos y lo apretó fuerte bajo el puño cerrado. El palo se quebró en dos, tres y hasta cuatro pedazos, y gran parte de estos cayeron entre las brasas perdiéndose para siempre.

—¡Brujo descarnado! —ladró Ingvar. Alzó la parte del palo que aún tenía en las manos, con el extremo en llamas, y lo lanzó contra el cráneo de su enemigo. El palo se hundió en la hendidura de la nariz, encontró resistencia, y lanzó la cabeza hacia atrás. El espectro cayó cuan largo era entre las brasas, con tanta fortuna que parte de la barricada de madera se precipitó encima.

Otros hombres, al ver eso, corrieron a golpear a los espectros que mantenían en el fuego y les atizaban fuerte en la cabeza, sobre todo con palas, cuyos extremos eran de hierro. El gordo Tamblor de los Gaard imprimió tanta fuerza a su golpe que la cabeza del esqueleto salió despedida convertida en un proyectil redondo consumido por el fuego. Se quedó mirando el cuerpo expectante, con la pala asida fuertemente entre las manos sudorosas, pero este no cayó.

—¡Cráneos y serpientes! —escupió—. ¡Le he arrancado la cabeza y sigue en pie!

Después de eso apretó los dientes.

—¡Pues como me llamo Tamblor que a este le rompo los huesos, y si quedan sabrosos en el fuego me los comeré con gusto!

Siguió golpeando el cuerpo, ahora en todas partes donde ponía la mirada. El hierro subía y bajaba sobre la frente cubierta de sudor y teñida del color de las llamas, pues tan cerca como estaban del fuego la temperatura era más que elevada. Los huesos crujían, y llegado un momento, parte del brazo se quebró

y cayó a un lado. Ese pequeño éxito hizo que Tamblor lanzara un grito de triunfo.

—¡Golpead! —exclamó—. ¡Golpead fuerte como si clavaseis una estaca en la piedra!

—¡Cuando acabemos te daré seis hogaz...!

Fue Ingvar quien, movido por el entusiasmo, había gritado eufórico el triunfo del gordo Boeke. Pero no pudo terminar la frase. El enemigo que tenía enfrente proyectó los brazos encendidos hacia él y en un descuido lo apresaron y atrajeron hacia las llamas. Ingvar trocó sus palabras en un grito desmedido de dolor a medida que el fuego prendía su ropa y se apoderaba de su carne. Su cabello se incendió de inmediato, chisporroteó y se contrajo en una maraña rizada que desapareció en un instante. Su boca abierta se llenó de fuego, y sus ojos desaparecieron en un infierno anaranjado.

Tamblor corrió hacia él, pero no pudo hacer nada. Cogió su mano, que aleteaba en el aire implorando ayuda, pero comprendió que aun cuando lo sacase de allí sería con heridas infames que ningún hombre sobre la tierra podría curar jamás, y moriría tarde o temprano entre dolores tremendos. Soltó su mano con el semblante contraído por el dolor y apretó los dientes; luego, golpeó a su asesino con la pala, no una, sino veinte veces, hasta que sus costillas se separaron del espinazo sin que hubiera nada más alrededor que no fuera la cadera y las piernas.

Muchos de los esqueletos, sin embargo, habían pasado la barrera y caminaban colina abajo. A Miles esos eran los que más lo preocupaban, pues avanzaban como antorchas humanas encendidas y habrían de pasar por las calles de la aldea, cuyas casas estaban hechas de madera pero también de paja y de juncos y de otras cosas que ardían con facilidad.

—¡Arran, ayuda aquí! —gritó.

Arran se volvió, exhausto y fatigado por el esfuerzo, el sudor cayendo por su cara enrojecida por el fuego.

—¡Ayuda aquí también! —gritó a su vez.

Miles sacudió la cabeza.

—¡Hay que parar a estos! —gritó—. ¡Incendiarán la aldea!

Pero si Arran oyó siquiera la mitad de lo que dijo, no lo pareció. Se había

vuelto otra vez contra el espectro con el que luchaba para tratar de vencerlo, golpeando cada vez con menos fuerzas.

Miles maldijo en voz baja, tratando de pensar qué hacer.

—Puede que esto te ayude —dijo una voz conocida a su espalda.

Miles se volvió, sorprendido.

Era Isobel Steur, erguida cuan alta era, ofreciéndole un martillo de gran tamaño. Detrás de ella, varias mujeres acarreaban afanosamente más herramientas.

—¡Mujer!

—Os hemos observado desde la casa de Halga Dragan —dijo—. Y hemos buscado martillos, los más grandes primero. Creemos que os servirán bien.

—Pero... —empezó Miles. Cómo estaban las mujeres plantadas en aquel infierno lleno de muertos caminantes y fuego era algo que se le escapaba, pues en su cabeza hubiese compuesto una imagen de ellas corriendo colina abajo con los ojos salidos del rostro.

—Cógelo, esposo, o por nuestros hijos que si no lo haces lo usaré yo contra los muertos, y ya veremos cuánta fuerza tengo.

Miles extendió el brazo y tomó el martillo. Era grande y la cabeza no era de piedra como algunos que usaban en la aldea, sino de hierro macizo. A quién pertenecía solo podía sospecharlo, una herencia sin duda del habilidoso Malice Venorian, que en tiempos fabricaba mallas y otras piezas de hierro con extrema pericia.

Pero el martillo era sin duda lo que necesitaban, más que otra cosa, y sin añadir nada más que un gesto de gratitud, salió corriendo hacia uno de los muertos con el martillo levantado para garantizar el golpe más contundente que pudiera.

El impacto arrancó todos los huesos del torso del espectro, lanzó el brazo derecho y una lluvia de fragmentos a un lado y le quebró la espina dorsal por dos puntos distintos. Las piernas siguieron andando todavía unos pasos, hasta que cayeron de rodillas y se quedaron allí, inmóviles. El cráneo, todavía en llamas, abrió y cerró la boca varias veces desde el suelo.

Miles suspiró aliviado.

—¡Aquí, martillos! —gritó Isobel entonces—. ¡Venid a por martillos!

—¡Por el vino y el cordero —exclamó Tamblor— que un martillo es justo lo que necesito!

—¡Un martillo aquí! —dijo alguien más.

Bajando por la colina, sin embargo, llegó Didacus Dragan, todo envuelto en fuego. Gritaba con un insoportable tono agudo, dando vueltas sobre sí mismo, los brazos extendidos como si quisiera escapar de las llamas, pues el dolor que sentía era peor que la certeza de la muerte. Isobel se llevó la mano a la boca. Los muertos eran una cosa; el dolor de alguien a quien había conocido y tratado era otra.

—¡Usad los martillos! —exclamó Miles, intentando concentrar la atención de los hombres en lo que era necesario hacer. Y diciendo esto, lanzó otra descarga contra uno de los resucitados, esta vez en la espalda, haciendo que la cabeza del martillo se incrustase entre las costillas y los brazos se combasen hacia atrás como si fueran alas. El espectro volvió la cabeza como si acabase de despertar de un trance. Miles sacudió el martillo causando un gran destrozo en los huesos: los brazos cayeron, y también el cráneo, y eso provocó el fin de la criatura. Pero como la otra vez, Miles vio que, ante el ataque, el espectro se había vuelto hacia él para defenderse.

Iba a advertir a los otros cuando oyó a alguien gritar. Era uno de los Gaard, de eso estaba seguro, pero cuando se dio la vuelta, el detalle de quién era se perdió ante el horror y la sorpresa. Caía hacia atrás, con la cara oculta bajo las garras de uno de los espectros. La criatura aún humeaba, pero solo en ciertas partes del cuerpo había pequeñas llamas que se alimentaban tal vez de restos aún adheridos a los huesos, o de la tela con la que había recibido sepultura. Terminó tendido de espaldas al suelo, con su enemigo subido encima a horcajadas, los brazos extendidos y la cabeza inclinada, concentrado en su ataque.

Corrió Miles hacia ellos con el martillo preparado, y aunque llegó en poco tiempo y asestó un buen golpe, el daño estaba hecho. Mientras la amenaza salía despedida por los aires hecha un amasijo de huesos, Miles miró al muchacho caído. Las quemaduras de las manos (él lo había comprobado en su propia piel) eran terribles de por sí, pero con el fuego la



temperatura era ahora aberrante. Su rostro era un retorcido borrón de carne roja y negra, humeante e irreconocible.

—Por todos los ancestros —exclamó Miles, horrorizado.

El joven Gaard chillaba, se estremeció con una convulsión de dolor último, y si se desmayó o murió no sabría Miles decirlo, pero se alivió de que no sintiera al fin el dolor de la carne abrasada.

—¡Miles! —gritó alguien.

El cabeza visible de los Steur se volvió con un brinco. Era Isobel quien lo llamaba, y aunque al principio pensó que su mujer pudiera estar en peligro, ahora veía sobre qué llamaba su atención. Eran los esqueletos que al principio habían seguido su camino ignorándolo todo y a todos. Ahora se habían dado la vuelta para presentar combate. Uno de ellos se abalanzaba hacia él con la cabeza ladeada y los brazos extendidos. Mientras avanzaba, la quijada inferior se desprendió, renegrida por el hambre voraz del fuego, y rebotó contra los huesos humeantes de su pecho. Miles se recordó que no podía luchar contra él como lo hubiera hecho con un hombre, pues si acaso consiguiera tocarlo lo más mínimo estaría perdido.

Miles movió los pies, se adelantó a su llegada, y para cuando estuvo al alcance, balanceó el martillo y le asestó un golpe en la cabeza. El impacto arrancó un crujido seco y la parte frontal de la cara se hundió hacia dentro. Eso no pareció resultar un problema, pues el resucitado siguió avanzando como si lo animasen hilos invisibles. Miles se vio obligado a retroceder para preparar un nuevo golpe.

—¡A los pies, Steur! —gritó alguien a su lado.

Miles lanzó los brazos a un lado, agarró el mango del martillo con fuerza, y volvió a lanzar un nuevo golpe. Esta vez consiguió acertar a la cadera, y las piernas saltaron como dos ramas secas y dieron vueltas por el aire hasta caer un par de medidas más allá. El resto del cuerpo se precipitó al suelo, donde el espectro luchó por seguir avanzando, sirviéndose de los brazos. Un nuevo mazazo en la espalda terminó por desbaratar su cuerpo maltrecho; y totalmente impedido, el espectro se quedó inmóvil.

Miles resopló. Ahí iba uno, sí, pero quedaban todavía muchos y él resoplaba como si hubiera estado corriendo desde Sombraviva.

Por doquier había escenas similares. Un grupo de hombres se había colocado cerca de las mujeres para protegerlas, y otros aún resistían cerca de la barricada de fuego. De barricada tenía poco, por cierto, porque la mayoría de las brasas y las maderas en llamas se habían desparramado por todas partes creando fogatas que lo llenaban todo de humo. Los hombres, con el cuerpo cubierto de tizne y sudor, se esforzaban por combatir la amenaza.

El suelo, ahora podrido, empezó a llenarse de restos de huesos, pero también de cadáveres. No solo Didacus, Ingvar y el joven Gaard habían caído, también otros, derrotados en un momento de descuido o atacados por la espalda mientras creían tener la situación controlada. Tan solo una de las casas más cercanas echó a arder en un momento dado sin que nadie pudiera decir porqué; tal vez una brasa liviana empujada por la brisa o uno de los espectros que se les hubiera escapado. Fueron las mujeres otra vez quienes salvaron parte de la estructura corriendo a por cubos de agua, una y otra vez, hasta que el fuego estuvo controlado.

Y lucharon durante un buen rato, hasta que el mediodía pasó. Para entonces, la colina parecía un osario o un camposanto que un terremoto hubiera revuelto, vomitando todo resto enterrado hacía poco o en tiempos remotos. Pero cuando Tamblor Hylas y Acelin Gaard abatieron al último de los enemigos usando un martillo el primero y un pincho para reses el segundo, los hombres miraron alrededor, sorprendidos y exhaustos, y descubrieron que nada de lo que se movía alrededor estaba muerto y que la magia terrible había sido expulsada.

## II

—¡Pues bien! —exclamó Arran Augia levantando su martillo en el aire—. ¡Por Enterríos, es lo que digo!

—¡Por Enterríos! —gritaron todos a coro.

Hubo abrazos y sonrisas, y también lágrimas cuando alguien encontraba un familiar entre los caídos; entonces el alborozo se trocaba en lamentos y los

corazones se encogían aun estando felices por haber logrado lo que antes parecía imposible. El más joven de entre los que se perdieron ese día fue Niema Gaard, cuyo rostro ni su madre pudo reconocer. Fue llevado junto con los otros al centro de la aldea y su cadáver colocado sobre una mesa con mantas que dispusieron para que todos pudieran honrarlo.

—Ha caído como un héroe —le dijo Miles a su madre.

—Gracias por tus palabras, Steur —respondió ella entre sollozos—. Pero así se haya salvado la aldea entera gracias a mi hijo, mi corazón en secreto desearía que estuviera vivo y la aldea en llamas, sin más te lo digo.

Miles asintió.

—No te avergüences por tus palabras —dijo—, pues el corazón de una madre es conocido por todos, y haces bien en decir lo que piensas. Tal vez eso alivie tu dolor.

—No lo hace —respondió la mujer.

Abrazó Miles a su padre y a todos los Gaard que encontró presentes, y luego se dirigió al resto de las familias que habían perdido miembros en la batalla.

—Hemos sufrido, pero a la vez hemos ganado mucho. Nuestros corazones lloran y llorarán muchos días aún, y algunos llorarán por todo el tiempo que la vida les regale, pero a la vez hemos hecho algo que no se había hecho antes en la aldea: luchamos juntos y ganamos, ¡y contra un enemigo al que pocos o muy pocos habrán enfrentado!

Algunos asintieron y se abrazaron. Las mujeres y las hermanas de los que habían combatido retiraban primorosamente y con visible orgullo la tizne y el hollín de los que habían participado en la batalla.

—Podemos estar orgullosos de ello, aunque ahora haya un sendero negro y de tierra muerta que parte desde aquí hasta Dosaguas, y haya amigos y seres queridos que enterrar, por cierto, en alguna otra parte, pues Dosaguas no será visitado otra vez más que para buscar a los que han desaparecido y luego nos olvidaremos. Y llamaremos al sendero Camino de la Victoria, para que recordemos este momento.

—¡Camino de los Héros! —gritó Acelin Gaard con lágrimas en los ojos.

—¡Sea pues, Camino de los Héros!

Esa noche se velaron los cuerpos de los caídos y la mayoría de la gente permaneció cerca del salón social. Había comitivas que iban juntas hasta el lugar de la batalla y miraban los restos derrotados de los espectros y se aterraban, preguntándose qué suerte de infortunio les había caído y, sobre todo, qué tenían Steur y los demás que contar sobre el misterioso nigromante y lo que estaba pasando en Entrerríos. Pero no era esa noche de contar, por cierto, y mucho menos de planear, y se distribuyó vino caliente y se habló poco, pues los pensamientos iban por dentro. Pero mientras se visitaba el lugar de la batalla se planteó la duda de qué harían con los restos de los resucitados. Todos estuvieron de acuerdo que no los querían ni cerca ni lejos de la aldea, por mucho que en realidad fueran los restos de sus ancestros y que allí hubiera mezclados huesos de los Hylas, los Gaard, los Steur y otras familias, algunas de las cuales se habían marchado de Entrerríos tiempo atrás; pero se mencionó que tal vez sería bueno que los tiraran al río Verdepedra, tan al sur como fuera posible, en trozos pequeños y aislados, para que el río los transportase al mar y allí los dejara, perdidos, en muchos lugares diferentes. Temían en realidad que si les daban sepultura, aunque fuera en una fosa común, pudieran otra vez regresar a la vida.

Pero mientras tanto, aunque se encontraban exhaustos y los músculos de la cintura, las piernas y los brazos les dolían como a punto de romperse, Miles Steur y Gillot Boeke partieron de la aldea de vuelta a Dosaguas, pues sus hijos permanecían aún desaparecidos y esperaban, como poco, encontrar al menos sus cuerpos. Caminaron sin luz bajo el cielo nocturno, y lo hicieron en silencio, sin comentar apenas nada.

A esas alturas, ya sabía Miles a ciencia cierta que los niños no se habían entretenido en alguna zarza distante y cogido un gran empacho de moras quedándose dormidos. La única explicación de su ausencia era que hubieran visitado Dosaguas, atraídos por el misterio irresistible de la resurrección de Aldreda Gaard.

Qué los retenía aún allí, no lo sabía. Lo único que cabía esperar era que no fuera la muerte.

## CENIZAS Y BARRO



### I

Todavía de noche, Miles Steur y Gillot Boeke encontraron el rastro de los niños. Este discurría por caminos que un adulto encontraría difíciles de seguir, pero que sin embargo había sido la preferencia de los cuerpos más livianos y pequeños de los críos, como se había conjeturado. Descubrieron también, con un amago de sombra en los ojos, que llevaba a Dosaguas y se perdía en su interior. La construcción seguía allí, por cierto, altiva e impertérrita, ignorante de la explosión de magia que había ocurrido en sus entrañas el día anterior.

Había empezado a llover.

—Sacaríamos más gritándoles a unos carbones encendidos que a esos niños —farfulló Gillot—. ¿Acaso no se les ha repetido, desde que eran cachorros, que era mejor ignorarlo todo sobre este condenado lugar?

—Por cierto que sí —aseveró Miles, lúgubre.

—Pues bueno. Aquí estamos. Y más solos que una viuda sin hijos, fea y enferma. Con las cosas que están pasando desearía ahora que nos hubieran acompañado un par de brazos fuertes.

—Los que tenemos habrán de servirnos —contestó Miles—. Si acaso nos

hacen falta.

—Que así sea.

El aroma de los abedules y los sauces enanos circundados por hierbas altas, musgo y flores se mezclaba con la fragancia que bajaba de Los Cabrales, el conjunto de rocas puntiagudas que se alzaban a la distancia por el oeste; este perfume que abría los pulmones y sonrosaba las mejillas provenía sobre todo de los bosques de coníferas cuajados de abetos blancos y negros, pinos, álamos temblones y blancos y algunos alerces. Desde donde estaban, si acaso hubiera sido de día, la visión de las praderas podía dejar sin aliento incluso a hombres acostumbrados a crecer y vivir entre una naturaleza exuberante, pues se encontraba salteada de abedules amarillos, arces rojos, fresnos y nogales, que en esa época del año se vestían de tonos áureo-rojizos. La vista era tan bonita que ningún hombre taló nunca un solo árbol de la zona como no fueran troncos atacados por alguna enfermedad que pudieran contagiar al resto.

Cuando llegaron otra vez a Dosaguas, Gillot se detuvo unos momentos para recuperar el aliento y admirar las formas impresionantes de su estructura. Era tan grande que tenía que levantar mucho la cabeza para ver en toda su altura los torreones borgoña y el frontal redondeado que apuntaba hacia el cielo. Acababa de librar una batalla contra muchos de sus ancestros, movidos por fuerzas que nunca comprendería, y aun así, iba a adentrarse en el único lugar sobre el que había un legado de advertencias más que serias.

—De todo lo que he hecho en vida, Steur, esto es lo que más dudas me trae.

—Pues no dudes más —respondió Miles mientras saltaba de roca en roca para llegar a la abertura—. Un padre hace lo que tiene que hacer, no por determinación, locura o valentía, sino porque está hecho para eso. ¡Y antes vencerás una batalla contra las olas del mar que contra tu propia naturaleza!

—¡Demasiadas palabras para tan poco mensaje! —protestó Gillot—. ¿Acaso no ves que voy detrás de ti? Solo comentaba.

Miles asintió.

El interior de Dosaguas estaba aún más oscuro que la noche cerrada que se cernía en el exterior, pero los ojos de los hombres se habían acostumbrado

a tratar con oscuridades, y después de esperar unos instantes, pudieron ver lo suficiente para moverse.

—Llámame cobarde o gallina —susurró Gillot—, pero este sitio, aquí y ahora, me produce sensaciones sobre y bajo la piel.

—No es cobardía —dijo Miles—. También yo lo noto. Puede que... —dudó unos instantes—... la magia que actuó antes siga actuando ahora, o puede que haya dejado un rastro, como cuando pasas los dedos por el romero y su olor te dura varios días, aun cuando el romero hace mucho que se perdió en la olla.

—Mala cosa. ¡Muy mala cosa!

—Quién sabe —contestó Miles en voz baja—. Pero... sea. Lo que veo yo es que no hay ni rastro de tu hijo ni del mío. No aquí. Pues si estuvieran aquí dentro, Baladar habría prendido una fogata para calentarse.

—Eso me parece. Pero miremos un poco, ¡y rápido! Puede que estén malheridos en alguna parte y necesiten ayuda urgente.

Miles y Gillot se adentraron en la gran cámara central de Dosaguas. Allí el suelo era puro fango: la tierra sepulcral que cubría los pies de los muertos se había mezclado con el agua formando un cenagal que olía peor que las heces de los animales. Chapotearon cruzándolo, mirando con atención a uno y otro lado, y encontraron harapos de los sudarios caídos de los muertos y también huesos abandonados que alguno de aquellos espectros había perdido mientras avanzaba. Las sepulturas que habían dispuesto en los laterales estaban violentadas, también las lápidas de madera y piedra que algunas familias habían levantado en las tumbas yacían arrancadas y destartadas.

—Qué terrorífico debió de ser esto cuando los muertos empezaron a salir —exclamó Gillot—. Y qué misterio tan grande, pues si los niños vieron aquello, te aseguro, y hablo al menos por mi hijo, que los pies hubieran sido insuficientes para llevarlo corriendo al regazo de su madre y allí estaría aún ahora.

Miles asintió.

—En eso estaba pensando —repuso—. Así que no debían de estar aquí cuando ocurrió, o si lo vieron, los muertos no los dejaron salir.

—Se me ocurre ahora que quizá, si no pudieron salir, decidieran

adentrarse más en Dosaguas.

—¿Más? ¿Dónde? Esos niños escalan como si la carne no les pesara en el cuerpo. Acaso treparon hacia arriba.

—O hacia abajo —apuntó Gillot sintiendo un escalofrío.

—Más de mil veces he advertido a Baladar sobre los pozos profundos de este sitio —respondió Miles—. Y te aseguro que su madre lo ha advertido mil veces más que yo.

—Otra cosa no puede ser, Steur. Arriba o abajo. ¡Aquí no están!

—Me reconforta al menos no encontrarlos tendidos en el suelo con los ojos abiertos de quien está mirando la muerte.

—Silencio ahora —respondió Gillot—. Cuando hablas así me oscurezco por dentro. ¡Busquemos, arriba y abajo! ¡Busquemos!

## II

El amanecer volvió a reclamar la tierra en Entrerríos. Otra vez los pájaros abandonaron las ramas y la hierba se llenó del rocío de la mañana, y la luz iluminó el mundo de nuevo. Los que cazan bajo las estrellas se retiraron a sus madrigueras y agujeros, y los que dormitan con el frío nocturno se desperezaron y frotaron sus hocicos con patitas y garras.

Pero en cuanto a Miles y Gillot, no habían tenido suerte. Treparon hacia arriba por la gigantesca estructura sirviéndose de barras de hierro que se disponían horizontales y verticales por todas partes, y caminaron por lo que antes habían sido paredes. Una vez lejos de las zonas de sepulturas se animaron a dar voces en las salas vacías en las que metales antiguos chirriaban todavía en la oscuridad, pero si alguien los oyó no dijo ni hizo nada.

—Por fin un poco de luz —dijo Gillot—. Me preguntaba si no habríamos pasado algo por alto, en la oscuridad. Aún tenemos buenos los ojos, pero una mancha de sangre o un trozo de tela prendida en alguno de estos restos es fácil de pasar por alto.



—Mejor con luz, sí, pero ha de ser la del sol o ninguna. Eso advierten las leyendas. Pues dicen que en Dosaguas hay más ojos que los que pueden verse.

—Se me había olvidado todo eso —dijo Gillot—. Ahora estoy preocupado de veras y solo deseo encontrar a mi hijo. ¡Si está detrás de algún ser, Antiguo, fantasma o resucitado, que se muestre al fin!

—No están aquí arriba —manifestó Miles— ¿Volvemos abajo y echamos un vistazo?

—¡Abajo, pues!

Pero cuando descendieron y caminaron otra vez por la enorme cámara central y se movieron por allí, ahora con más rapidez y menos prudencia debido a la luz y la urgencia que sentían, descubrieron el pozo.

—Esto no estaba antes aquí —afirmó Miles en voz baja.

—¡Cráneos y escudillas de sangre! —exclamó Gillot—. ¿Qué estropicio es este?

—El suelo se ha hundido —comentó Miles mientras observaba los bordes derruidos, los hierros retorcidos, las planchas combadas y vencidas de las que faltaban muchas por haber caído por el pozo al abrirse este.

—¿Qué puede haber provocado esto? —preguntó Gillot, confuso.

—Algo que salió de dentro, tal vez, o solamente el tiempo. Mucho ha pasado desde que los Antiguos caminaban y usaban estas salas con propósitos que se nos escapan, pero alguna vez el árbol más antiguo del bosque ha de caer, y el momento quizá fue este, después de toda esa magia actuando aquí.

—Magia, o alguna otra cosa.

—¿En qué estás pensando?

—Pienso en nuestros hijos, Steur —comentó con la mirada baja, adelantándose unos pasos para mirar por el pozo—. Dices que sus cuerpos son livianos y pesan como una brazada de leña, pero aun eso puede ser suficiente para hundir un suelo que lleva resistiendo mucho más tiempo del que debería.

—¿Dices que pueden haber caído por aquí?

Los hombres miraron por el pozo. Allí abajo se distinguían varios niveles, perdiéndose en la oscuridad de una abertura impensable. Nunca en toda su

vida de hombres habían visto un agujero semejante, todo circundado por herrumbres que despuntaban como cuchillos en la oscuridad de una boca que debía de conducir a las mismísimas entrañas de la tierra. Estuvieron mirando durante un rato sin decir nada.

—Pues si han caído por aquí... —dijo Gillot con un nudo en la garganta, sin poder continuar.

—Lo sé —asintió Miles—. Pero antes quiero ver el fondo. Si su cuerpo está ahí abajo, quiero verlo. Si se puede bajar, aunque sea descoyuntándome los brazos y el cuerpo entero, bajaré. Puede que la oscuridad nos haga pensar que estamos ante un abismo sin fondo cuando en realidad podríamos superarlo con una cuerda.

—Pues veámoslo —dijo Gillot—. Encenderé una tea.

Sacaron aperos para encender y prepararon madera. Estaban muy acostumbrados a trabajar con tales cosas y no tardaron más que unos instantes en tener una buena antorcha llameando. Gillot se acercó con la frente llena de arrugas al pozo.

—Tírala, con tanto cuidado como puedas —dijo Miles—, y veamos qué ilumina en su caída.

Gillot asintió. Extendió el brazo, colocó la antorcha en horizontal, esperó unos momentos, y abrió la mano.

La antorcha se precipitó en el abismo, girando suavemente mientras lo hacía, e iluminando vagamente los contornos. Vieron troncos metálicos, cuerdas negras como serpientes de pantano colgando por las paredes, y planchas de hierro, pero, sobre todo, vieron durante demasiado tiempo. La antorcha caía y caía, y llegó un momento en el que se convirtió en un punto luminoso en un mar negro, sin que tocara nunca fondo.

Los ojos muy abiertos de los hombres expresaban la fascinación, el desconcierto y el desánimo que los apesaba.

Luego, dejaron de ver, sin que se produjera ningún sonido.

—Mis ojos han visto pero mi cabeza no quiere creer —susurró Gillot.

—En verdad, es este el pozo más profundo que he visto en la vida.

—Miles... ¡qué infortunio!

—Ni con todas las cuerdas de la aldea conseguiríamos bajar y llegar al

final.

—¿Crees que pueden haber caído por aquí? —preguntó Gillot con la voz rota.

—Entra dentro de lo posible —respondió Miles—. Mas si cayeron por aquí ya nunca los veremos. No es esta una caída de la que se sobreviva, ni siquiera es una caída que deje un cuerpo que recuperar, me parece.

Gillot cerró los puños y los estrelló contra el suelo.

—¡Qué día aciago! —exclamó—. ¡Mi hijo y tu hijo perdidos!

—Perdidos —repitió Miles, sintiendo que la pena vencía la batalla a la esperanza y se abandonaba sin condiciones a ella.

—¡Un hachazo en el pecho dolería menos, te digo!

Permanecieron mirando unos momentos todavía, la cabeza llena de recuerdos y sensaciones que ninguno de los dos había, por fortuna, manejado con anterioridad. Luego, lágrimas secretas afloraron y los hombres dejaron que manaran como torrentes, y ni se tomaron el tiempo de secarlas con la manga. El sol había recorrido ya parte de su caminata diaria por la bóveda celeste cuando empezaron a pensar en el dolor que llevarían de vuelta a la aldea, sobre todo a sus madres, pero también a sus hermanos y al resto de las familias. De todas las penas, el dolor por los niños que se iban demasiado pronto era el más amargo.

—Volvamos —dijo Miles de pronto—. Hay asuntos que tratar, por mucho que nuestros corazones nos dicten que nos tiremos detrás de nuestros hijos.

—En verdad me gustaría —declaró Gillot— si es que eso ha de cerrar la puerta a tanto dolor.

—La cerraría —repuso Miles—, pero también todas las otras. Y como hombres que somos, nuestra vida no nos pertenece. Nos debemos a nuestras familias y a la aldea, ¡así que levántate, limpia tu cara, y regresemos!

—Mil llamas abrasen tu carne hoy o mañana, Steur. ¡En estos momentos te detesto!

Pero se levantaron y caminaron cabizbajos hacia la salida, sintiendo en sus huesos el dolor abominable de la ausencia y de la hendidura en el corazón, y mientras esta los minaba por dentro, comprendieron que sí había

pozos más profundos que aquel de Dosaguas. Mucho más profundos.

### III

La noticia de la pérdida de Baladar y Maradian se recibió con muchísima tristeza. Las malas cosechas eran una cosa, la ausencia de caza era otra, pero luchar contra muertos vivientes, perder jóvenes y niños en pocas jornadas, era otra muy distinta. Al tiempo que se tendían telas blancas en los tejados de las casas y se izaban en los postes, las ancianas prepararon velas que colocaron sobre los hogares y en las ventanas, y nadie, o casi nadie, se ocupó de las muchas tareas que a diario se realizaban en la aldea.

Por las calles, la gente se paraba a abrazarse y a acariciarse mutuamente las mejillas, como era costumbre, y también siguiendo la tradición, los niños recogían flores con las que llenaban canastos y cestas y los repartían por las casas llamando a las puertas mientras entonaban una vieja canción.

*Los corazones duelen,  
las miradas son frías,  
pero ¡ea! calienta tu cuerpo en el hogar,  
pues tus amigos viajan ya  
sin más compañía que los recuerdos  
cálidos en el corazón.  
Ea, ea, ea.  
Deséales buen viaje,  
regálales una sonrisa,  
¡pues ellos quieren recordarte,  
felices como antaño,  
cuando el sol era bondadoso  
y la vida te llenaba!*

Así transcurrieron los días, mientras se lamían las heridas en las casas, se bebía vino caliente y se recordaba a los que ya no estaban. Isobel Steur lloró tanto o más como cuando perdió a sus padres, pero intentó mantener todavía su corazón en su sitio pues aún tenía hijos de los que cuidar y un marido que, aunque pasaba las horas mirando el fuego del hogar como si nunca fuese a

levantarse de la silla, precisaba de todo su amor. De tanto en cuanto, Miles se levantaba con un gesto brusco y avanzaba resuelto hacia la puerta, la abría y se quedaba mirando el exterior con rostro perplejo, pues estaba seguro de haber oído el trote alegre de su hijo llegando por el camino, o su risa que olía al viento soplando por los campos floridos en época de cosecha. Pero nunca había nadie. Ni el trote. Ni las risas.

Isobel y Miles pasaron las noches juntos cerca del hogar, recordando, a veces sonriendo mientras Miles imitaba a Baladar con alguna de sus muchas ocurrencias y travesuras, a veces llorando, a veces en silencio, dejando que el dolor hiciera lo que tuviese que hacer; partirlos, doblegarlos, reconstruirlos, enseñarles nuevas y desconocidas lecciones sobre la gravedad y la importancia del presente, del instante, el valor de un paseo sencillo por los campos o de una sonrisa bajo el sol cuando este es cálido y se siente caliente en la piel. Y en silencio también decidieron que su hijo perdido les había dejado un mensaje: que la vida era algo extraordinario e inesperado, y que había que ser conscientes de lo que teníamos en todo momento.

Otras veces se reunía la familia en el salón y se cantaban canciones, y con ese aprendizaje, y sobre todo por los otros hijos y el resto de los Steur, se jugaba a algún juego, rodeados por las flores que los niños de las otras familias les traían en cantidades inesperadas. Se jugaba a adivinanzas, a los caperuchos, al juego de las sábanas y a los sabores. El juego de los sabores había sido el favorito de Baladar.

Al cabo de unos días, sin embargo, Steur hizo correr la voz de que habría Asamblea, y otra vez se hizo venir a Arran Augia desde el norte y al viejo Acelin Gaard, que había estado algo decaído de salud después de la Batalla de los Héroeos. Las mujeres prepararon generosos cuencos de comida, incluso nueces bañadas en miel y saladillos con arándanos, pues sabían que con comida por medio las conversaciones traían menos disputas y los acuerdos se convenían mucho más rápido; y Miles Steur se colocó en el centro y habló otra vez de todo lo sucedido en Sombraviva (esta vez con profusión de detalles, como gustaba en la aldea) y de lo que les había dicho la Heredera sobre el nigromante.

—Así pues —concluyó—, tenemos un problema grande de verdad, y uno

que se nos viene encima, pues si ya era un problema antes con la tierra volviéndose negra y las cosechas cada vez peores, ahora tenemos cosas como magia despertando a nuestros muertos y volviéndolos contra nosotros. Y esa y otras cosas, os digo, pueden ocurrir incluso ahora mientras hablamos.

Los hombres, con los carrillos atiborrados de manjares y los cuencos llenos de vino, estuvieron de acuerdo.

—¡Hay que irse! —exclamó Moneke Gaard.

—¡No me moveré de aquí aunque el agua sea salada y el aire desaparezca! —sentenció Zarko Augia *el Viajero*, que acababa de regresar de un viaje a la ciudad.

—¡Pero si nunca estás aquí! —protestó Acelin—. ¡Siempre con los pies en el camino, ahora al norte, ahora al sur!

—¡Pero un hombre ha de tener un lugar al que volver! —respondió Zarko—. ¡Y yo más que ningún otro puedo dar fe de que no hay lugar mejor al que volver que este! No me echarán, digo.

—No creo que la solución sea irse —exclamó Miles—. De eso ya hablamos antes y no me parece que las cosas hayan cambiado.

—¡Sí que han cambiado! —soltó Arran—. ¡Muertos, y cosas, y magia en bosques que no deberían ni existir!

—¡Eso sí! —estuvo de acuerdo Miles—. Tienes razón, Arran Augia, han cambiado. No hace ni unos días que hicimos juntos algo impensable. Combatimos contra cosas misteriosas y vencimos, y aunque perdimos a algunos de los nuestros, ganamos, y no nos quitaron lo que es nuestro desde hace mucho, mucho tiempo.

Los hombres levantaron sus cuencos y brindaron, una vez más, en recuerdo de la batalla.

—Eso fue una cosa —dijo Arran, con los ojos entornados—. Pero ¿qué podemos hacer contra un mal que está lejos, al norte, y que actúa desde allí? Ni el gordo Tamblor Hylas podría hincarle el diente a un problema que no podemos ver.

—Ocúpate de tus propias carnes —exclamó Tamblor con la boca llena.

Los hombres rieron.

—También tienes razón en eso, Arran —manifestó Miles—. No podemos

verlo, y de eso se trata. Aquí propongo, amigos, que formemos un grupo y vayamos a la Entraña a ver qué problema hay allí y veamos cómo resolverlo.

De pronto, la sala entera volvió a llenarse de voces airadas. Los cuencos cayeron, las nueces con miel volaron por los aires y los panecillos cuidadosamente horneados con semillas y mantequilla se emplearon como proyectiles. Miles movió la cabeza con consternación.

—¿Queréis dejar de comportaros como animales? —exclamó—. Tirad la comida que ahora tenéis en abundancia, ya lloraréis por ella cuando no podáis arrancarle a la tierra más que polvo de muerte. ¡Abraza tus tomateras, Gillot, pues la podredumbre que infecta el suelo no te permitirá cultivarlas más!

—¡Deja mis tomateras tranquilas! —le espetó este.

—Yo las dejaré, pero no el nigromante. ¿Se lo permitirás?

—¡No hay manera de que permita tal! —explotó el otro levantándose de la silla.

—¡No voy a arriesgar la vida por los tomates de Gillot! —refunfuñó Acelin Gaard.

—Acelin, viejo cochambroso y sin sesera —dijo Miles—. No hablamos solo de tomates. Solo hace días que Gillot y yo perdimos a nuestros hijos. ¡Más sentido tendría que le hablara al musgo de las piedras o que intentara sacar provecho de un meado! ¿Cuántas veces habrían ido Baladar y Maradian a Dosaguas a jugar sin que nosotros lo advirtiéramos? Muchas, seguro, porque Dosaguas no era nada más que un buen montón de restos inertes de gente que vivió aquí mucho antes que nosotros. ¡Mas la magia del nigromante sacudió la tierra y sacó los huesos y los cráneos y las manos terribles, y también cuantos *pieses* hubiera en ellas, para lanzarlos contra nosotros!, y en esto que el suelo se abrió y se tragó a nuestros hijos. Hoy han sido los nuestros, mañana podrían ser los vuestros. ¡Los pequeños Hylas, los Gaard, los Venorian, todos!

Los hombres se quedaron callados, súbitamente impresionados por las palabras de Miles. Los asuntos de los últimos días habían sido tan extraños e inmanejables que en su fuero interno intentaban volver a lo cotidiano, restando importancia a lo ocurrido. Pero las palabras de Miles habían encontrado un sendero en sus ánimos y sus entendederas, y de nuevo la

inquietud se apoderó de ellos.

—Nadie estará seguro, ni habrá madera libre del fuego, ni morirá nadie sin que hayamos hecho algo al respecto. Dime, Gillot, si tus cabellos no se volverán blancos y tu corazón morirá si esta noche regresa tu hijo a llamar a tu puerta.

—¡Miles Steur! —bramó Gillot—. ¡No te excedas con tus palabras!

—Te pido disculpas si me he propasado —se excusó Miles—. Pero el peligro es real, y hay cosas peores que la muerte.

—Entiendo eso —replicó Gillot—. Y ahora me doy cuenta de que en verdad es un feo asunto, más feo que ninguno que haya caído jamás sobre nosotros.

—Pues bien —terció Arran Augia—: ¿qué haremos, entonces?

—Lo he dicho antes y lo repetiré ahora: formaremos un grupo de hombres decididos y de piernas fuertes y viajaremos a la Entraña.

—¡Cráneos y culebras! —exclamó alguien.

—¡El frío en los huesos!

—¡Chubascos de piedras sobre los tejados!

—¡Sandeces! —gritó al fin el viejo Acelin Gaard, y se desmayó.

## IV

Mucho se habló aquella noche, y durante tanto tiempo que las tinieblas languidecieron otra vez a la amable luz del día, y algunas mujeres llamaron a las puertas del salón para preguntar por sus maridos, pues no los habían encontrado en sus camas y en la semana de duelo era costumbre hacer el amor en recuerdo de los seres queridos.

Pero durante la Asamblea, el miedo estuvo en boca de los hombres más que ninguna otra cosa, pues se formularon toda suerte de excusas para no empezar el viaje que Miles Steur proponía. Para unos, se sentían demasiado viejos; para otros, Quebrantahuesos era infranqueable, para la mayoría, intentar lidiar con el nigromante era una idea harto peregrina.



—Tú mismo nos contaste la historia sobre lugares donde se aprende magia, y de gente tan misteriosa que haría crecer los árboles con las ramas bajo tierra y las raíces expuestas —dijo Arran Augia—. Y ni siquiera ellos consiguieron mucho, y lo que consiguieron fue con gran esfuerzo. ¿Cómo quieres que un grupo de granjeros se enfrente a ese monstruo?

—¡Ea! —respondió Miles—. ¡Pues entonces todo está cumplido! Volved a vuestras casas y no os molestéis en retirar los orines de la noche, porque de todos modos, todo esto desaparecerá de aquí a un tiempo. ¡Volved os digo!

Arran compuso una expresión de rabia.

—Que una hoz oxidada te cercene esa lengua y ese genio, Steur —soltó—. ¡Pues solo estoy haciendo preguntas que deben tratarse antes de decidir nada!

—¡El Augia tiene razón! —lo apoyó Moneke Gaard.

—Y bien, sobre qué haremos, no lo sé —replicó Miles—, pero me parece que intentar algo es mejor que no hacer nada. ¿Qué tendremos si nada hacemos? Nada. Pero si lo intentamos, quizá la suerte nos sonría, y tal vez hallemos un modo de llegar hasta esa criatura, hombre, o lo que sea, y poner fin a sus maquinaciones.

—No hacer nada es morir seguro —suspiró Wáriner, que había estado pensativo durante toda la noche, escuchando más que hablando.

—Ya a estas alturas del día, que no de la noche, pensé que estaba claro que algo había que hacer —dijo el gordo Tamblor Hylas—, y eso parece ser dar muerte o expulsar al nigromante de Miles. La cuestión es si no habrá otra cosa que podríamos intentar, también.

—Eso mismo —exclamó Zarko *el Viajero*—. Seguíis pensando que el mundo es la aldea, y que no hay más ríos que los que por aquí cruzan, pero hay más gentes y ciudades, ¡y gente en esas ciudades!, que querrían conocer lo que nos pasa, pues en mis viajes he oído historias de hombres, y sobre todo mujeres, que son fuertes con la magia y la practican y la estudian en secreto pues los hombres del rey en el este y del rey en el norte no gustan de esas cosas y les dan caza y los matan o capturan.

—¿Es verdad eso, Zarko? —preguntó Miles.

—Tanto como que un techo de madera cubre nuestras cabezas.

Miles asintió.

—Muy lejos están los hombres de esos reyes, no obstante —objetó Tamblor Hylas—. Tardaríamos mucho tiempo en ir, y mucho en volver. Y aún más tiempo mientras esperamos a que alguien nos escuche y nos tome en consideración.

—Tamblor habla bien para estar preso entre tanta carne —exclamó Arran Augia—. Pues Entrerriós está tan lejos de los intereses de esos reyes que no harán sino levantar una ceja. A menudo las cosas que ocurren demasiado lejos no parecen tan importantes. ¡Sin duda nuestra aldea habrá desaparecido entre ponzoña antes de que levanten un solo dedo!

—Y habréis de considerar otra cosa —dijo Miles—: ningún recaudador viene a vernos nunca, porque para llegar aquí hay demasiado camino y lugares que es mejor evitar, pero si vamos allí y les hablamos de nuestra aldea y de nuestras cosechas y de las cosas que tenemos y hemos conseguido sin contribuir a las causas de esos reyes, a buen seguro que nos encerrarán en una mazmorra donde la verdadera magia será que nos den un cubo para orinar.

Los hombres se miraron y comentaron entre ellos.

—En cualquier caso, haya mazmorra o no, tampoco creo que nos escuchen —dijo Gillot—. Este asunto es nuestro, y estamos solos en esto.

—¡Pues qué funesta soledad! —soltó Ródegas Hylas.

—¿Y la Heredera? —preguntó Wáriner, albergando el deseo secreto de volver a ver a aquella mujer enigmática en su conocimiento y maneras—. Podríamos ir de nuevo.

—¡No, no y mil veces no! —exclamó aquel—. Ya estuve allí y fue suficiente para toda una vida, muchas gracias.

—¡No más magia, por favor! —exclamó alguien de entre los Gaard, y su familia entera aplaudió.

—Creo que es un error —susurró Wáriner.

—Ya le pedimos ayuda y nos dijo que andásemos nuestro propio sendero, Wáriner —le recordó Miles—. Tú estabas allí y lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué la mencionas ahora?

—Yo... No lo sé. Las cosas han cambiado, Miles. ¡Muertos sobre los

caminos, bajo la luz del sol, esqueletos que pasaban entre las llamas!

—¡Bien lo sabemos! —exclamó un Hylas.

—Pues eso ha cambiado —replicó Wáriner—. Quizá ahora nos ayude.

—Bien. Pues yo creo que no —repuso Miles—. Y otra experiencia en Sombraviva no sé yo si la sobreviviríamos.

—El Steur tiene razón —soltó el gordo Tamblor mientras rebuscaba en las fuentes y las bandejas algún resto de comida.

—Entonces, ¿qué nos queda? —preguntó Zarko.

Miles golpeó la mesa con el puño.

—¡Decidir quién va a esa expedición, por todos los peces de todos los ríos! —dijo.

Y el silencio cayó en la sala.

## V

La noticia de la expedición no fue bien recibida entre las mujeres de la aldea; hubo lamentos y lágrimas y puertas cerradas en los dormitorios pese a que era la semana de duelo porque el enfado era similar al miedo que sentían. Si les hubieran dicho que iban a la guerra habrían besado sus labios para infundirles valor, pero enfrentarse a lo desconocido, en los páramos sombríos de la Entraña, era otra cosa.

—¿Es que no hemos tenido ya bastante pérdida, Miles? —preguntó Isobel.

—Otra cosa no se puede hacer. Hay que intentarlo, te digo, pues lo contrario es la muerte segura.

—Sería muerte al menos dentro de un tiempo, y no muerte ahora.

—Y sin embargo —respondió Miles—, veo en tus ojos que sabes que se ha de hacer.

—El día que puedas mirar en mis ojos y saber qué pienso, Miles Steur, tendrán que ponerte un nuevo nombre.

—¿Me despedirás entonces con parabienes?

—Por cierto que no —respondió Isobel—. No habrá despedida porque voy a ir contigo y con los hombres.

Miles se quedó inmóvil, ladeó la cabeza y la sacudió, como si de repente se le hubieran llenado los oídos de agua, o acaso de arena, porque le parecía haber oído muy mal.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Te he visto escuchar las pisadas de comadreas y animales pequeños como el puño de un niño a tanta distancia que ni verse podían, ¡así que estoy segura de que me has entendido bien!

—¿A qué tan enfadada?

—A que no pensáis con la cabeza —respondió Isobel—. Hay asuntos de magia tan potente que despierta a los muertos y vosotros... pensáis ir allí con vuestros cuchillos. ¿Es eso sensato?

Miles sacudió la cabeza. Cuando estaba con los hombres todo parecía coherente y en orden, y sin embargo ahora las palabras de su mujer lo hacían dudar. Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró, ceñudo.

—La mujer de Ródegas me habló de lo que la Heredera os dijo —siguió diciendo Isobel.

—¿Y qué dijo, o qué dice la mujer de Ródegas que dijo? Porque podrían ser cosas muy distintas.

Isobel negó con la cabeza.

—Dijo que la magia, en manos de hombres, es nada.

Miles no supo decir por dónde se conducía su esposa, así que calló y esperó.

—Dijo que solo las mujeres comprenden la magia.

—Sí. Eso dijo —respondió Miles.

—Pues si de magia se trata, no acabo de comprender por qué enviamos hombres y no mujeres.

Miles abrió mucho los ojos.

—Isobel... El camino es peligroso. La montaña es dura, y está llena de animales, y hacen falta brazos fuertes para trepar por las rocas y piernas para bajarlas, y más allá está la Entraña. Hay vapores que harían arder cualquier pulmón, y descensos por pozos profundos, y quién sabe qué artimañas, a

cuántos otros muertos habrá convocado el nigromante, y de estos, cuántos nos esperan.

—Todo eso es verdad —admitió Isobel—. Y es verdad que los brazos y las piernas de una mujer no son como los de un hombre, pero cuando lleguemos al nigromante, si una mujer puede representar una diferencia o poner en la mesa una oportunidad, entonces quiero ir y quiero estar.

—Pero Isobel...

—No me expliques nada, Miles Steur, porque no me gustarán ni la mitad de las palabras que podrías emplear.

Este resopló.

Por fin, ella se acercó a él, alta y delgada como era, el cabello rubio formando una aureola de fuego y llamas en su mirada determinada, y él percibió un poder que no conocía más que en los momentos de intimidad y que ahora, al abrigo de la necesidad, sacaba al exterior. Miles conocía bien su voluntad y también su fuerza, de ese tipo de fuerza que no sirve para derribar un árbol pero sí para pasar un invierno entero sin leña.

Era Isobel de la familia de los Balsavieja, descendientes directos del mítico Evro Balsavieja, del que se decía rechazó varios barcos cargados de extranjeros, hombres rudos del sur con la piel oscura y la mirada aviesa, dientes enormes y los cuerpos revestidos de músculos poderosos. Los combatió y venció usando piedras grandes y sus manos desnudas, y aunque recibió heridas de consideración, en pocas semanas trepaba montañas otra vez. Evro podía derribar un oso con una sola lanza, atravesándole el pecho y clavándolo a un árbol varias medidas de hombre atrás. Los Balsavieja habían vivido en el oeste, cerca de los territorios vastísimos que algunos conocían como Linsenaar y otros como Esoccia, por motivos históricos que se habían perdido en el tiempo y de los que no quedaban registros porque la escritura se conocía y practicaba poco, y no estaba al alcance de muchos ni se enseñaba o transmitía salvo en raros casos. Pero eran territorios duros cuyos valles y montañas se extendían a gran altitud y engendraban hijos fuertes, y el linaje de las mujeres Balsavieja propiciaba rostros altivos y hermosos y los hombres tenían ojos claros y eran inteligentes además de fuertes. Al contrario que en la aldea y muchos otros lugares en el ancho mundo, los Balsavieja no

practicaban el patriarcado ni el hombre era quien decidía en los asuntos importantes, más bien eran las mujeres quienes decidían y los hombres ejecutaban. Pero de cómo y por qué Isobel Balsavieja decidió acatar las costumbres de la aldea y cambiar su apellido por el de los Steur es quizá materia de una historia que convendría contar en otro momento.

—Ganaremos, si algo hay que ganar, o caeremos juntos —dijo ella.

—¿Y si caemos? —preguntó Miles—. ¿Quién cuidará de nuestros hijos?

—Las otras familias lo harán, y lo sabes.

Miles asintió.

Lo sabía, sí.

## VI

A pesar del dolor y el disgusto de las mujeres por lo arriesgado de la empresa, muy pronto se comenzó con los preparativos para el viaje y se prepararon fardos y hatillos con todo lo que se pudo reunir que fuera o pudiera ser útil.

Miles estaba preocupado por las provisiones; en cualquier viaje podía conseguirse alimento en la naturaleza, pero hacia el norte, cerca de la Entraña, había demasiadas bestias, y los animales habían aprendido a escabullirse de ellas y corrían entre las piedras y los arbustos rápidos como una estrella errante en el cielo nocturno, y las plantas no eran tan conocidas como para servirse de ellas. Tampoco le gustaba mucho comer conejos que pudieran estar siendo afectados por la magia, pues demasiado bien sabía que gran parte de las enfermedades más peligrosas venían de comer cosas afectas por cuestiones extrañas. En cualquier caso, se les suministraron generosas raciones de carne ahumada en salazón, frutos secos (en especial, nueces), galletas y cereales que podían tomar en sopas calentando agua. También se les prestó una gran cantidad de cuerdas de cáñamo, muy preciadas porque eran de laboriosa elaboración, y vejigas plegadas que eran buenas para contener agua, y también yesca, pedernal, una pala, un hacha pequeña para

cortar leña, piquetas de hierro, más odres de repuesto y otra serie de cosas, incluyendo algunos de los mejores cuchillos y martillos que entre todas las familias se poseían. En los mangos de los cuchillos, que eran de madera y habían sido cambiados no una sino varias veces, se grabaron símbolos que evocaban cosas felices, como un sol, el oleaje del mar, y plantas hermosas y exuberantes. Todo ello se dispuso en zurrones y paquetes que podían llevar a la espalda sujetos con cuerdas y pieles, tareas y disposiciones en las que eran muy duchos en Entrerríos.

La mañana del duodécimo día después de la Batalla de los Héroe, mientras se preparaba el material del viaje, amaneció lluviosa; pero no se trataba de una lluvia cualquiera, sino de una lluvia negra preñada de tierra que lo llenó todo de una mugre desagradable y sucia. Caía del cielo como un barrizal, y manchaba las maderas de las paredes y las tejas cocidas y los juncos de los tejados.

Miles extendió la mano en la puerta de su casa y dejó que su mano se llenara de lluvia. En poco tiempo aparecía negra como si hubiera estado manoteando en un charco.

—¿Qué es, Miles? —preguntó Isobel desde el interior—. ¿Barro?

—Por cierto que no —respondió su marido mientras paseaba un dedo por la superficie de la mano—. Diría que son cenizas. Agua llena de cenizas.

—Antes de ayer, o el día anterior, me pareció oler a fuego, lejos, en alguna parte, más no vi humo por ningún lado y pensé que era leña de algún hogar.

—También yo lo oí, pero entonces no me preocupé.

—¿Crees que algo ha ardido en alguna parte? —preguntó Isobel.

Miles negó con la cabeza.

—No lo sé. Y no estoy seguro de querer saberlo. Pero creo que no falto a la verdad si te confieso que esto me transmite una sensación de urgencia, como si cada día que pasara fuera un día que lamentar.

Isobel salió afuera y lo cogió del brazo.

—También lo siento así —dijo—. Pero pronto partiremos.

—Demasiados cambios en muy poco tiempo —apuntó Miles—. Pero, en cualquier caso, pronto sabremos qué pasará con todo.

Isobel no dijo nada más, y tampoco Miles. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su esposo y, a pesar del mal augurio de la lluvia que volvía negras las plantas más verdes, se complació de estar todavía viva y en compañía del hombre que había elegido para pasar sus días. El mañana podía ser ominoso, pero era todavía el mañana.

## VII

Llegó el día de la partida.

La reunión se acordó en la primera hora de luz, pues la comitiva quería aprovechar el día para avanzar tanto como pudieran, y las familias de la aldea se reunieron en la calle principal junto al salón social. Hubo abrazos y se desearon muchas cosas, como un viaje tranquilo y seguro y que regresaran todos con buenas noticias lo antes posible. También se repartieron nencos, unas tallas pequeñas de madera con formas de estrella o de puerta de casa, algunas de niños pequeños, y que servían para recordar el hogar cuando se partía a un viaje largo.

Sobre quién formaba la comitiva eran, sobre todo, los mismos hombres que habían partido para Sombraviva: Miles por los Steur, Arran por los Augia, Ródegas por los Hylas, y Wáriner por los Venorian, pero también algunos otros: el gordo Tamblor Hylas y Gillot Boeke, pues había perdido un hijo y quería encontrar al nigromante para mirarlo a los ojos y preguntarle por él. El miembro más inesperado había de ser Isobel Steur por el solo motivo de que era una mujer. Sobre que una mujer participara en la comitiva no se dijo mucho, como no fuera en la privacidad de los cuchicheos en las estancias privadas de las casas, y aun así no resultó algo descabellado. En realidad, nadie había prohibido jamás a una mujer participar en la Asamblea o viajar a uno u otro lado; sencillamente era algo que no se hacía desde que se podía recordar y nadie se había planteado nunca hacer nada diferente.

—¡Bien, pues... Basta de abrazos y lágrimas! —exclamó Arran Augia—. ¡Porque volverá a salir la luna entera y seguiremos aquí!



—¿Qué prisa tienes por partir, botarate? —preguntó su mujer—. Déjanos disfrutar de los momentos últimos, pues el mañana es incierto, y quizá estos sean como no habrá otros.

—Qué boca tan desesperanzada —dijo Arran—. Nos verás aparecer por el camino cuando menos lo esperes, y si encuentro algo bonito para decorar el hogar, te lo traeré.

—Un cráneo trae —repuso ella—. ¡El del hombre que trajo a los muertos aquí donde juegan nuestros hijos!

—¡Sea!

Empezaron a andar y a alejarse por el camino, todavía lleno de barro negro de la última lluvia, mientras los que quedaban en la aldea levantaban los brazos y se despedían.

—¡Tened cuidado y no os apartéis de los caminos!

—¡Manteneos juntos y no dejéis a nadie atrás! —decían.

—¡Perded cuidado! —respondían los hombres mientras marchaban, el paso rápido y las pisadas fuertes, como para demostrar hombría al partir. En cuanto a Isobel, sonreía con una sensación que era agria y dulce a la vez en el corazón, pues se alejaba de la aldea y hacía demasiado tiempo que no lo hacía, y eso encendía su ánimo con una sensación difícil de explicar, pero también dejaba atrás su casa, sus hijos, familia y amigos, y no estaba segura de volverlos a ver.

—¡Adiós! —dijo, volviéndose para no mirar más atrás.

Y derramó una lágrima, pero esta resbaló hacia abajo, se encontró con una sonrisa, y allí se detuvo.

# EL REGALO DE MILES STEUR



## I

El día había traído otra vez sol, aunque en ocasiones un grupo de nubes a la carrera se interponía y traía sombra y frío por igual. Los hombres cantaban viejas canciones mientras andaban eufóricos, bien descansados de los días anteriores en los que habían hecho poco o ningún trabajo.

*Por el camino conocido nos encaminamos,  
un paso detrás de otro,  
el sol en la frente,  
la cabeza en su sitio,  
y el corazón alegre por la marcha;  
pero pronto el camino terminará  
y habrá que buscar  
entre las piedras  
y tras los arbustos,  
el sendero oculto que nos aleja de casa.  
¡Y ya veremos entonces cómo se siente el corazón,  
y qué piensa la cabeza sobre los hombros  
y los doloridos pieses sobre el suelo!*

A Isobel le gustaba escuchar las voces de los hombres, graves y fuertes

sonando por el valle diáfano, y aunque las canciones eran ingenuas comparadas con las que escuchaba en su niñez en casa de sus padres, sonreía. Ródegas Hylas era el que peor lo hacía con diferencia, pero cuando terminaban de cantar reía como un niño, y eso animaba a otra canción. Cantaron varias, todas conocidas pero aun así bienvenidas.

—¡Isobel, canta una canción! —pidió el gordo Tamblor Hylas—. Pues las canciones se hicieron para la voz de las mujeres, ¡y hace tiempo que la mía canta como un hombre!

Los demás rieron.

—¡Muy bien! —dijo Isobel, animada—. Os cantaré una de mis favoritas, pues mi madre me la cantaba de pequeña y habla de muchas cosas sobre las que se puede luego pensar.

*La luna está ausente en el lago calmo,  
nada se refleja en sus aguas oscuras.  
Dos cabalgan hacia el este,  
y dos de norte a oeste.  
¿Qué los mueve, tan rápidos y fríos?  
¿Por qué el camino se alarga a su paso?  
Ved a los grajos en el aire,  
negros como la noche,  
pues ella yace en su lecho de muerte,  
y ellos cabalgan con premura.  
Pues hay un hombre que la ama de verdad,  
uno que ha clavado su corazón bajo el umbroso tejo.*

—¡Zarzas y pasatiempos! —exclamó Ródegas—. Qué canción tan extraña.

—No acabo de comprenderla —dijo Wáriner—. ¿De qué habla, en realidad?

—¿No lo intuís? —preguntó Isobel—. Era yo muy pequeña, y aunque tuve que hacer preguntas, fueron certeras. Recuerdo la cara complacida de mi madre. ¿No queréis probar antes de que hable?

—Pues bien —dijo el gordo Tamblor—, yo diría que los dos que cabalgan están buscando al asesino de la tal dama, ¡y quieren clavar su corazón en un tejo!

Isobel rio, alegre.

—¡Prueba otra cosa! —dijo.

—Hacia el este... y de norte a oeste —susurró Wáriner, pensativo—. Sin duda están dando vueltas. Es todo lo que se me ocurre.

—¡En eso no te equivocas mucho! —exclamó Isobel.

—Que me hiervan los ojos y alimenten a los peces con ellos —dijo Arran golpeándose los oídos—. En mi vida he oído tantas palabras juntas para comprender tan poco.

—En verdad —explicó Isobel—, puede ser muchas cosas. Eso me explicó mi madre, ¿y quién puede saber o decir que una es menos cierta que otra? Para mí, los caballeros buscan, mas lo que buscan no está claro.

—¡No lo está! —afirmó Ródegas.

—Hay grajos que picotean los ojos de los muertos cuando pueden y los dejan —explicó Isobel—, y tal vez eso quiera decir que los caballeros buscan sin ver, obcecados en una tarea que no pueden terminar, porque buscar sin ver es cosa rara. Hay también una dama muerta, y un hombre enamorado. Tal vez el enamorado sea uno de esos dos caballeros, y tal vez lo que buscan es a la muerte.

—¡Buscar a la muerte! —exclamó Ródegas—. ¡Si no tienen ojos, menos aún tienen sesera!

—Puede —repuso Isobel con voz dulce— que lo que quieran, precisamente, sea pedirle a la muerte que no se lleve a su dama, ¡o acaso que la devuelva! La canción dice que ha clavado su corazón a un tejo, cuyas hojas y semillas sabemos que son venenosas; así pues, tal vez eso quiera decir que su corazón está envenenado de amor. Busca, ciego, a alguien que se ha ido para siempre.

Los hombres permanecieron en silencio durante unos instantes.

—Pues qué canción tan triste —resolvió Wáriner—. Pero a un tiempo hermosa.

—¡Yo digo que la voz era hermosa —proclamó Arran—, pero sin duda es la canción menos adecuada para emprender camino que haya oído jamás!

Isobel soltó una carcajada.

—Gracias por tus cumplidos —dijo—, ¡aun cuando está claro que son

brindados para decir que la canción no te ha gustado!

Arran hizo una fingida reverencia y todos rieron casi al unísono. Miles no había dicho nada, primero porque conocía bien la canción y la historia que había tras ella, pues muchas veces su esposa se la había cantado al oído en las noches frías, bajo el amor de las mantas; pero también y sobre todo porque creía que era bueno que Isobel se relacionara por sí misma con los hombres en esos primeros días, sin su intervención. Si habían de viajar durante tantos días y enfrentarse a peligros desconocidos, era mejor que entre ellos existiera camaradería.

—Pues bien —dijo Isobel para terminar—; ved que hay muchas cosas por descubrir aún en aquellas que creemos conocidas, como son las palabras, pues hasta las piedras más conocidas en el camino a casa esconden debajo cosas inesperadas.

—¡Esta mujer habla con sabiduría! —declaró el gordo Tamblor—. No me extraña que te la trajeras desde tan lejos, Miles Steur. Algo me dice que habremos de celebrar ese hecho en este viaje.

Miles sonrió y se encontró con la mirada de Isobel. Ella sonreía, hermosa bajo el sol de la mañana clara, radiante como hacía tiempo que no la veía. De pronto tuvo una ensoñación, como si hubiera extraído una imagen de un sueño, y la vio subida a un caballo, con el mismo cabello y el mismo rostro, pero diferente en una medida que no podía precisar; y la imagen era extraña en verdad porque nadie en todo Entrerríos tenía caballos sobre los que cabalgar, pues estos eran caros en las ciudades y costaban toda una piara de cerdos más un saco de herramientas y muchos haces de trigo, cuando no otras cosas que ni siquiera poseían. De dónde había sacado esa idea, no lo sabía, pero muy pronto quedó prendido en su porte altivo, su sonrisa y su mirada clara, y decidió que Isobel había sido una de las mejores cosas que le habían ocurrido en vida.

## II

El sendero que venían siguiendo, muy abandonado y descuidado pues nadie o casi nadie lo transitaba tan al norte como no fueran cazadores, se desviaba abruptamente hacia el este cuando se topaba con varios dientes de roca que emergían de la tierra apuntando hacia el sur. Tamblor, que estaba disfrutando el viaje tanto como Isobel (pues nunca había caminado tan lejos), pensó que esos picos de piedra eran como bastiones defensivos que alguien hubiera emplazado en tiempos remotos, e imaginó señores altivos equipados con brillantes armaduras, cascos pulidos y lanzas ornamentadas con penachos y puntas de hierro que centelleaban al sol, caminando entre ellos y oteando el camino hacia el sur y hacia el este, siempre vigilantes.

Luego descendieron por una vaguada franqueada por exuberantes fresnos, cuya fragancia era un perfume que todos recibieron con una sonrisa en el rostro. Sus ramas en otro tiempo habían estado pobladas por todo tipo de pájaros, gorriones y carrizos sobre todo, pero ahora aparecían vacías y silenciosas.

—Ay. Hubo un tiempo en el que solo tenías que sentarte aquí y la cena venía a buscarte —dijo Arran—. Ardillas rojas y grises, sobre todo, y también tejones, cuya carne es agradable pese a lo que digan.

—Ahora todo parece muerto o despoblado —observó Ródegas.

—¡En mala hora me apunté a este viaje! —soltó el gordo Tamblor Hylas—. Pues me hubiera gustado coger ardillas a manos llenas y cocinarlas y prepararlas al fuego con hierbas.

—Habrías tenido que venir hace ya tiempo atrás, entonces —contestó Arran—. Pues ahora los animales se han marchado a otro lado.

—Ya veremos —dijo Miles—. Acaso los encontremos más adelante, o tal vez somos demasiados y el ruido que hacemos los mantiene atentos y escondidos tras los árboles.

Pero caminaron por recodos hermosos donde los arbustos crecían tan altos que parecían trepar a los árboles, y tampoco allí vieron ni escucharon nada. Luego el camino, ya tan deteriorado y borrado que en ocasiones perdían su pista para encontrarla otra vez un poco más adelante, los llevó hasta un pequeño riachuelo miserable que se arrastraba entre las piedras, pero suficiente para beber y refrescarse.

—Por los brincos de las cabras en las montañas —exclamó Gillot Boeke — que esta agua es la mejor que he bebido nunca.

—¡Está muy rica! —coincidió Isobel.

—Mirad —dijo Miles, señalando hacia delante. Allí vieron, a cierta distancia, que el agua se filtraba entre unas rocas verdosas de musgo y humedad—. El agua recorre el subsuelo arrastrándose entre las rocas y limpiándose con ellas, ¡pero también trae el sabor de las piedras subterráneas que no conocen el sol!

Gillot asintió.

—Pues en los días que han de venir vendré aquí a beber de vez en cuando, por mucho que me lleve medio día de ida y medio de vuelta.

Miles miró alrededor y suspiró.

—Pues hagamos primero lo que hemos de hacer —dijo—. O mucho me temo que no habrá agua que beber, y si acaso hubiera, su sabor haría que quisieras arrancarte la garganta.

Después de aquello continuaron avanzando por un terreno pedregoso; era el comienzo de la falda de Quebrantahuesos, que ya se levantaba impresionante ante ellos, aún en la distancia.

—Qué vista tan impresionante —opinó Isobel—. Muchas veces miro hacia estas montañas desde la aldea, pero no alcanzaba a imaginar que fueran tan...

—¡Grandes! —exclamó Tamblor.

—Iba a decir poderosas —lo corrigió Isobel.

Miles asintió.

—Poderosas son —dijo—. Pues retienen mucho del mal tiempo que viene del norte, vientos fríos, lluvias y tormentas, y otras cosas que no diré.

—Aún quedan días para llegar y ya se ven impracticables —continuó Isobel—. ¿Cómo las escalaremos?

—Tu esposo el Steur conoce caminos y senderos secretos que las cruzan —dijo Arran—. Espero que no nos haga trepar demasiado para llegar a ellos, o para pasar de uno a otro.

—Algo sí que habrá que trepar —afirmó Miles—, pero contamos los unos con los otros, y allí donde un hombre pone las manos después otro pone

el pie, ¡y arriba!

—Y cuerdas —le recordó Wáriner.

—Y además, ¡cuerdas! —asintió Miles—. Estaremos bien.

Esa noche durmieron cerca de un grupo de abedules amarillos que habían sembrado el suelo de una hojarasca parda, y rodearon con sus mantas una fogata que habría de alejar a las bestias que pudieran rondar las noches. El color de las llamas teñía la escena de un tinte evocador y cálido, y cenaron sopa caliente y unos pedazos de carne seca.

—Por la madera que repara nuestras casas que hacía mucho que no probaba carne tan sabrosa —comentó Gillot.

—Eso es por la caminata, botarate —le respondió Ródegas—. Pues cuanto más necesita tu cuerpo alimento, más sabor le saca, para que te sacies.

—¡En verdad ocurre eso! —afirmó Wariner.

—Dices cosas sabidas pero las adornas con muchas palabras, para que parezcan nuevas —exclamó Gillot.

—Pues ese mérito me reconoces —soltó Ródegas, y levantó su cacillo de agua brindándoselo con un gesto burlón.

Isobel sonrió.

—¿Por qué siempre estáis así? —preguntó.

—¿Así cómo, señora? —preguntó Gillot.

—Como las serpientes entre las piedras cuando se las azuza con un palo.

—¿Serpientes nosotros? —exclamó Gillot, ofendido.

—No me entendáis mal, quiero decir que os decís cosas hirientes continuamente y luego, un instante después, os reís de lo mismo que acabáis de decir y en lo que encontrasteis ofensa primero.

Gillot soltó una carcajada.

—¿Veis? —dijo Isobel, risueña—. Acabas de ofenderte y ahora ríes como un niño que contempla su primera cascada.

—No lo sé, señora —respondió Gillot—. Es nuestra forma de comportarnos, supongo. Es la...

—Camaradería —intervino Miles, que por lo general se quedaba callado cuando su esposa hablaba con los hombres.

—El Steur habla bien cuando quiere —dijo Gillot—. Eso es. Cosas de



hombres. ¿Acaso entre las mujeres no lo hacéis?

Isobel sonrió y miró a las llamas. Había en ellas un universo abrasador lleno de galaxias y constelaciones negras y rojas que cambiaban constantemente.

—Las mujeres y los hombres —replicó Isobel— no somos tan distintos como creéis. También las mujeres hacemos bromas entre nosotras, pero tal vez las palabras pesen más y las elegimos con más cuidado. No expresamos agravios si no estamos muy seguras de que queremos expresarlos, y siempre cuando son necesarios.

—¡Pues vaya! —exclamó Ródegas—. Cuando miro al gordo Tamblor, hijo de mi hermana, también tengo la impresión de que hombres y mujeres no somos tan diferentes. ¡Pues mirad sus pechos, grandes y generosos, despuntan bajo su ropa como los de una joven!

Los hombres rieron. Tamblor, sentado a su lado, le dio un codazo en las costillas que lo hizo aullar de dolor durante un rato.

—Sois incorregibles —exclamó Isobel.

Después de aquello se tumbaron a descansar, y Arran Augia sacó su pipa y la llenó de árnica fermentada que él mismo trituraba y maceraba con aceite. El olor era dulce y agradable, pero no era tan bueno (al decir de él) como el tabaco de hojas de fuco a las que cuando podía añadía estramonio y salvia. Pero el fuco venía de lejos, del mar, y no podía conseguir tanto como quisiera.

—Deberíais fumar algo de vez en cuando —dijo—, pues el humo curativo previene muchas enfermedades.

—Cierto es —asintió Isobel—. Puede que más adelante te pida prestada tu pipa.

—¿No ahora, señora?

—No ahora —repuso—. Pues tengo cosas en la cabeza.

—Entonces no os entretengo más.

Isobel, tumbada en su manta junto a su marido, miraba el cielo estrellado y pensaba en su hijo perdido. Muchos días habían pasado ya, pero a pesar de las novedades y los cambios, era por las noches cuando su corazón y su mente se volcaban en él, y en el silencio de su interior le deseaba suerte y le

enviaba amor a partes iguales sin poder evitar que una lágrima se derramara por su mejilla.

La opinión de Isobel sobre lo que ocurría tras el óbito era un tanto diferente de lo que pensaban en la aldea. Isobel conocía historias antiguas que, se decía, provenían del mismísimo conocimiento de los Antiguos. En esas historias, aquellos que morían ascendían al cielo y formaban allí una nueva familia sin preocuparse más por comida o bebida o acaso descanso al caer la noche, pues allí siempre lucía el sol y el tiempo de un instante no era diferente al del momento siguiente. En la aldea existía la creencia de que los que morían se convertían en estrellas en el firmamento, y su luz formaba parte del sol que luego bendecía sus cosechas y sus campos y también la piel sobre los huesos, y los libraba de enfermedades y los hacía saludables. Era bonito, pero para Isobel no era diferente de los cuentos a los que a veces se recurría en las casas para entretener una velada junto al hogar. Ella había visto en casa de sus padres mapas celestiales donde las estrellas tenían nombres y formaban dibujos que aparecían también en otros mapas realizados por otras personas mucho tiempo después de que las primeras hubieran fallecido; por tanto, las estrellas eran siempre las mismas y no crecían ni mermaban en tamaño.

Para Isobel, que albergaba en secreto recuerdos de vidas pasadas, los que morían volvían a nacer de nuevo en cualquier otro sitio, y aun sin recordar nada, albergaba instintos y sensaciones que la ayudaban a tomar decisiones, como la que tomó ella cuando aceptó ser la esposa de Miles Steur, pues nunca en ningún otro momento había estado tan segura de algo.

Pero el cielo en sí, cuando caía la noche, era un espectáculo impresionante que siempre la dejaba ensimismada, aún más en mitad del campo, alejada de la aldea, sin la luz de ninguna antorcha, pues se veía el Río de la Vida, nebuloso y difuso, discurriendo impreciso por todo el firmamento de uno a otro lado.

Mirando eso se quedó dormida, y no fue la única, pues los huesos y la carne sobre los huesos estaban cansados y el sueño llegó sin resistencia.

### III

La comitiva despertó temprano, con las primeras luces del día, y no por nada sino por frío, pues la mañana llegó helada y el suelo transmitía bajo las mantas una humedad que los hizo incorporarse algo doloridos.

—Pues para la próxima que haya que vérselas con un nigromante o cualquier otro peligro que nos amenace, digo que traeré unas pajas para ponerlas bajo las mantas —dijo Arran Augia.

—A menudo tus ideas llegan tarde, Augia —exclamó Gillot.

—Tómalas si las quieres —replicó Arran—. Si te veo en algún otro viaje con pajas bajo tu sueño no te lo reprocharé.

—Cuanta amabilidad tan por la mañana —dijo Isobel—. ¡Verted agua en el cazo! Comeremos algo antes de iniciar camino.

—¡He ahí unas palabras sensatas si alguna vez he escuchado algunas! —declaró Tamblor, quien tenía dificultades para incorporarse.

Rieron y prepararon la primera comida del día, y esta vez acompañaron el agua caliente con galletas y un poco de pan, después de lo cual reanudaron la marcha siguiendo otra vez el camino. De este apenas quedaba nada, pero Miles iba en cabeza, y aunque a veces se detenía para mirar alrededor, los condujo con acierto por una loma que ascendía suavemente hacia el norte.

—¿Soy yo o hace más frío hoy que ayer? —preguntó Wáriner.

—Más frío hace —respondió Steur—, y cuanto más avancemos, más frío hará. Y si te parece que ahora estás incómodo, espera a subir esas montañas de ahí, pues si sopla viento se meterá en tus ropas y te pondrá la piel tan dura como la de tu cuchillo.

—Mala cosa es esa —dijo Wáriner—. No gusto yo del frío.

—Por las estrellas —exclamó Ródegas— que iba a decir algo, pero habiendo señoras por medio, callaré.

—¡Oh, no contengas tu lengua! —dijo Isobel—. Pues hace mucho que no siento rubor en las mejillas y casi añoro esa sensación.

—Cuidado —la advirtió Miles, divertido.

—¡Ya veremos! —terció Arran—. Lo que haya de llegar, llegará.

Pasaron la mañana caminando apaciblemente entre flores y matorrales cuajados de hojas verdes, embriagados por olores nuevos. Isobel a menudo se entretenía cuando encontraba tomillo (que en casa de sus padres llamaban timus) y acariciaba las flores para contagiarse de su aroma profundo que le recordaba a comidas abundantes y copiosas, muy elaboradas, que se servían con frecuencia en las grandes cocinas de su casa.

Hacia mediodía dieron con un pequeño lago al abrigo de un cúmulo de rocas, y encontraron alivio quitándose el calzado y sumergiendo los pies. Allí aprovecharon para comer con frugalidad y decidieron ponerse de nuevo en marcha con la promesa de que, al caer la noche, comerían mejor con ayuda del calor de una fogata. A nadie le pareció mal; estaban disfrutando del paseo y de la naturaleza exuberante que los rodeaba. Si había algún mal acechando desde el norte, sobre o bajo el suelo, no parecía tener allí ninguna repercusión.

Sin embargo, a medida que transcurrieron los días encontraron evidencias de que las cosas estaban cambiando. La hierba presentaba claros deslucidos e inexplicables, y por doquier había árboles pálidos, combados o muertos, sin apenas hojas. Y encontraron también animales muertos (conejos, sobre todo) sin que ningún depredador o ave hubiera aprovechado sus cuerpos ni mostraran señal alguna de lucha o caída.

—Esto no lo había visto nunca —declaró Ródegas.

A todo eso se le unió el olor, que llegó al sexto día, cuando la abrumadora presencia de las montañas se hacía ya inminente, mucho más cercana. Ahora tenían que levantar las cabezas para mirar las cumbres envueltas en nubes, tan altas que ni la vegetación crecía entre sus rocas. Cubrían además cada vez menos terreno, pues el suelo era duro y hostil, y a veces se veían obligados a superar alguna formación inesperada que parecían derrumbes caídos desde los mismos picos de Quebrantahuesos. Hasta los árboles aparecían desnudos y como castigados por alguna sequía ya vieja, pues en el gris de su madera y en lo ajado de su corteza se adivinaba la muerte más allá de toda ayuda.

Incluso la tierra era allí más oscura, pero no esa oscuridad sana que habla al que entiende de riqueza mineral, sino de una tiniebla malsana, como la de la ceniza, que contamina la tierra y previene el crecimiento de nada o casi

nada, pues por doquier había matojos raquíticos cuyas ramas retorcidas abandonaban el suelo para ofrecer una imagen pobre y desoladora.

—Es el mismo olor que a veces llegaba hasta casa —dijo Arran.

—Una cosa fea —exclamó Ródegas—. Casi le quita a uno las ganas de alimentarse.

—Habla por ti —exclamó Tamblor.

—En cualquier caso —intervino Miles—, esta noche dormiremos al pie de la montaña, y mañana, mientras preparáis el desayuno, buscaré el sendero que nos habrá de llevar hacia arriba. Es cierto que estoy confundido, y un poco perdido, por añadidura. Esta parte del viaje es como si no la hubiera hecho antes, pues todo ha cambiado. Aquí, por ejemplo, había árboles que eran hermosos y crecían al resguardo del viento, protegidos por la montaña, y sus raíces bebían de las aguas que bajaban por el subsuelo desde los altos picos. Si hay agua en la tierra ahora, yo diría que no, pues parece seco como en los páramos que uno encontraría viajando muchos días hacia el sur.

—La Heredera nos habló de páramos así —dijo Wáriner—, llenos de montañas de arena, valles de arena y aún más arena que, cuando sopla el viento, se te mete en los ojos, la nariz y la boca. ¡Desiertos! Desearía ver uno, aunque solo fuera para decidir que no me gustaría volver.

Miles asintió.

—Mal están las cosas —dijo Gillot Boeke—, ¡pero aún se pondrán peor! Así que despedíos de los verdes valles y del agua clara, pues después de esta montaña, que crece hacia arriba tanto como debe de crecer hacia abajo, está ya la extensión desolada, y allí el sol castiga las gargantas y la piel de la cara.

—Ya veremos —repuso Miles—. En verdad me preocupa que no pueda encontrar los viejos caminos. Sin ellos, la Entraña ya puede escupir llamas y maldiciones, que no los veremos.

—Ah —intervino entonces Gillot—. Subiré esa montaña usando los dientes si tengo que hacerlo, pero la subiré. Por Maradian Boeke que la subiré.

Asintieron, pero hacía frío y el olor era en verdad desagradable, y aunque hicieron una fogata mayor que otras veces y se sentaron muy cerca de ella, el olor les quitó el apetito y comieron poco.

Tampoco nadie cantó esa noche.

## IV

La mañana llegó colmada de niebla, una niebla blancuzca y densa que les impedía ver más allá de unos pasos. Envueltas en ella, las rocas de Quebrantahuesos tenían una apariencia etérea, como si alguien hubiera esculpido el mismísimo aire. Sin embargo, la humedad parecía haber capturado los malos olores y haberlos lanzado contra el suelo, pues no había sino un pequeño deje prendido en el aire que podía pasarse por alto.

—Pues aquí os doy mi palabra que ahorraré para comprar un caballo — protestaba Ródegas mientras se desentumecía y se frotaba los pies desprovistos de calzado—. Pues esta caminata me tiene los *pieses* fastidiados.

—Por un momento me había parecido estar oyendo al viejo Acelin Gaard —exclamó Gillot—, siempre protestando por las cosas más nimias.

Arran soltó una carcajada.

—¡Decid si no es buen día para cazar alguna pieza! —exclamaba Tamblor Hylas mientras tanto, un poco más allá.

—Es verdad que con niebla se caza mejor, si puedes moverte con sigilo —opinó Ródegas.

—Pues haced eso —dijo Miles— mientras busco el sendero, porque esperaba subir un poco y observar en la distancia desde allí. Pero... ¡ay!, temo que con esta niebla tardaré un poco todavía.

—Aquí estaremos, si puedes encontrarnos cuando vuelvas —repuso Arran—. Y si quieres que te acompañe y vaya contigo, Steur, habla.

—En verdad quedaría más tranquila —terció Isobel entonces—. Pues la niebla tiene sus peligros, y estaba temiendo que cayeras y te hicieras daño y quedaras como dormido.

—La dama tiene razón —afirmó Wáriner—. Las rocas resbalan bastante con toda esta humedad.

Miles asintió.

—Está bien. Una compañía siempre es agradable. ¡La acepto!

Miles se despidió de Isobel pasando una mano por su mejilla. Estaba despeinada y su cabello era una aureola encendida de la que despuntaban varias trenzas, unas largas y otras cortas, y había tizne del suelo en su mentón; pero Miles pensó que hacía mucho que no la veía tan hermosa, ni siquiera cuando eran más jóvenes y tejían sus primeros días juntos.

Mientras se marchaban, Wáriner miraba hacia la niebla con aspecto ensimismado.

—Dime, Wáriner Venorian, ¿en qué piensas, si puedo preguntar?

Wáriner dio un brinco. También él pensaba que Isobel Steur era la mujer más bonita en toda la aldea, y sentir su voz dulce hablándole removía muchas cosas en su interior.

—Pensaba, señora, en esta niebla, y en algo que dijo la Heredera cuando la encontramos.

—¿Y qué dijo?

—Dijo: «No podrías encontrarlo aunque yo te lo permitiera, ¡y no es momento aún!».

—Oh. ¿Qué crees que quería decir?

Wáriner negó con la cabeza.

—Es una de mis necesidades. En aquel momento se refería a otra cosa. Pero todo lo que contó y dijo sigue flotando en mi cabeza en todo momento, pues en mi vida había sentido y visto cosas como las que vi y sentí ese día, y cuando tu esposo se ha ido para tratar de encontrar el camino, he recordado esa frase. Perdóname.

—No hay nada que perdonar, Wáriner. Creo que entiendo por dónde vas. Temes que la niebla la haya conjurado el nigromante para que no podamos encontrar el paso.

—No sé si lo temo. Si lo temiese, sería que lo creería. Y ahora mismo es solamente algo que he pensado. ¡Ay, no sé si me explico!

Isobel sonrió.

—Te explicas —susurró—. Pero creo que si el nigromante supiese de nuestras intenciones, habría enviado cosas mucho menos inocentes que una niebla, así que pierde cuidado.

Wáriner se estremeció. La idea de que el nigromante pudiera lanzarles cosas aun desde la distancia no lo tranquilizaba demasiado.

—Pasan muchas cosas por la cabeza, ¿verdad? —preguntó Isobel a continuación.

—Lo que es a mí —intervino Tamblor—, ¡lo que se me pasa por el cuerpo es hambre, sin duda! Así que iré a buscar huellas y rastros y tratar de cobrar una pieza, y así ahorraremos provisiones y podremos darnos un festín antes de trepar como cabras.

Isobel volvió a sonreír, pero luego se remangó, tomó el hacha para la leña y empezó a buscar ramas que pudieran servir para encender un buen fuego.

## V

Miles andaba azaroso afrontando la escarpada subida a Quebrantahuesos, pues no encontraba el paso. La pared rocosa se alzaba, en verdad, como la pared de una fortaleza, y alguien mucho más soñador como Wáriner Venorian habría imaginado banderas en sus almenas y aspilleras estrechas abiertas en sus muros. En un momento dado, treparon no sin esfuerzo por las rocas para ver si divisaban algo desde cierta altura, pero la niebla era tan espesa que eso no los ayudó.

—¿Qué recuerdos tienes, Steur? —quiso saber Arran—. Porque tanto subir y bajar por estas duras piedras requiere tener algo en el buche, ¡y no ha sido el caso!

—No muchos, me temo —exclamó Miles—. Confiaba poder mirar arriba y guiarme por los picos, pero no está el día para eso. Cuatrocientos pasos hacia el este desde Luna de Hierro, se trepa por un camino estrecho y escarpado después del cual hay que recorrer una cornisa de piedra del ancho de un pie de mujer, y de allí nace la Escalera de los Antiguos.

—Qué infortunio.

Miles se encogió de hombros.

—Desde aquí huelo el fuego del desayuno, no obstante —dijo Miles—.



Así que volvamos ahora. Puede que a medida que avance la mañana la niebla se retire y podamos ver más allá de nuestras narices.

—Sea —asintió Arran—. Por esta vez estoy de acuerdo contigo.

Regresaron y comunicaron al resto el poco éxito de sus esfuerzos, pero Isobel se apresuró a restarle importancia; sirvió agua caliente y pan en abundancia para mantener los ánimos altos.

—Esperaremos a que la niebla amaine —dijo—, y la espera servirá de descanso, pues veo que nos espera un día duro si hemos de trepar por estas paredes infranqueables. Me gustaría ver acaso una cabra intentando subir por aquí.

—En cuanto a eso —apuntó Miles—, hemos de preparar antorchas. Las águilas allí arriba son grandes como carretas, y no me extrañaría que intentasen despeñarnos con sus garras y sus picos si andan hambrientas.

—¿Y para qué quieres las antorchas si el problema son las águilas? —preguntó Gillot Boeke.

—Para asustarlas, claro —respondió Miles—. Aún he de ver un animal que no salga corriendo o se asuste cuando se sacude una buena llama delante de su hocico.

—Pues qué buenas noticias —masculló Ródegas—. Tener que trepar por estas rocas mientras hemos de llevar antorchas en una mano. ¿Habremos de servirnos de los dientes?

—En algunos tramos —siguió diciendo Miles—, después de la Escalera de los Antiguos, la bajada se vuelve realmente dura. Pero tendremos que atar cuerdas a las rocas y descender por ellas, que habrán de servirnos también a la vuelta, y ahí las recuperaremos.

—¡Nuestras cuerdas! —lloriqueó Ródegas—. ¿Las hemos de dejar a la intemperie bajo el frío de la noche y la lluvia de la tarde? Se estropearán, y muchas jornadas enteras hicieron falta para fabricarlas.

—Otra solución no veo —repuso Miles—. Y si ha de salvarnos la vida y conducirnos a lo que tenemos que hacer, bien invertido habrá sido el tiempo.

Dejaron pasar la mañana sin hacer o decir mucho, confiando en que la niebla se aclarase. Lejos de desaparecer, sin embargo, el mediodía trajo todavía más frío y todos o casi todos hicieron uso de las mantas de dormir

para abrigarse bajo las cornisas heladas de piedra, aun cuando mantuvieron el fuego alto y alimentado.

—¡Pues estaríamos mejor caminando y buscando ese paso tuyo, Steur —dijo Arran—, que aquí congelados como pajarillos sin madre!

—Arran tiene razón —opinó Isobel—. Un paseo hará que entremos en calor.

—¿Más que el amor de este fuego? —preguntó Miles—. Curioso me parece, pero si es lo que queréis todos, que así sea.

Extinguieron las llamas y se pusieron en marcha. Si era hacia el este o el oeste no podían decirlo, pero caminaron de todas maneras, y al poco agradecieron la decisión, pues mantener el paso vivo entre las piedras pareció llevarse el frío que se había asentado entre sus huesos. Había allí todavía cierta cantidad de arbustos, aunque el suelo de tierra seguía siendo gris y parecía estéril a la vista. Los árboles eran escasos y estaban vencidos, y contemplarlos los llenaba de una honda pena.

Al rato encontraron una corriente de agua fluyendo entre unas grietas hundidas.

—¡Agua entre las piedras! —exclamó Gillot sacando su odre para llenarlo—. Oh, tenía ganas de llenarme de ese sabor otra vez.

Miles lanzó su mano hacia Gillot y lo detuvo.

—Espera un momento, Gillot —dijo—, que me parece que esta agua no es como aquella. Mírala bien sobre la roca clara. Es negra, demasiado negra, diría yo.

—¡Es cierto! —exclamó Isobel.

—¡Hiciste bien en advertirme! —suspiró Gillot—, que casi vació mi odre si no me lo llegas a decir. ¡Pues negra es, tan negra que parece sangre!

—Qué raro —dijo Wáriner—, que al sur el agua fuese clara y aquí oscura.

—Cierto es —asintió Miles—. O algo ha cambiado, o el agua que vimos correr no venía de Quebrantahuesos, pues algo va mal allí dentro, entre la piedra, para que salga con este aspecto y... —Se agachó sobre el débil riachuelo para olfatearlo—. Y, como temía, este olor.

—Bueno —intervino Arran—. No saquemos conclusiones precipitadas,

pues tal vez...

El sonido de una rama crujiendo en la distancia hizo que se callara. Los hombres se agazaparon como precaución, pues la mayoría había cazado aquí y allí y sabían que había bestias feroces por esas latitudes que podrían partirlos en dos de un solo zarpazo; pero Isobel permaneció erguida y atenta, los ojos escrutadores, intentando discernir algo en la niebla.

—Hay algo ahí —dijo al fin—. Algo o alguien.

Arran dio un brinco para enderezarse.

—¿Quién va? —preguntó en un grito.

—¡Calla, necio! —exclamó Ródegas.

—¿Necio? Sacúdete el miedo, Hylas —escupió Arran—. Una sola gota de valentía vale más que un océano de cobardía. Y te digo además que si hay alguien ahí acechando quiero saberlo.

Muy pronto distinguieron una figura, aún oscura en la tiniebla raída de las telarañas grises de la neblina, aún imprecisa, moviéndose despacio hacia ellos.

—Es un hombre y no una bestia, al menos —dijo Miles en voz baja.

—Pues, ¿qué hombre caminaría solo y a estas horas tan lejos de cualquier parte?

—Puede que alguien de la aldea haya venido para avisarnos de algo —apuntó Wáriner.

Miraron y miraron, y pronto distinguieron las ropas blancas sobre el cuerpo, y también los pies descalzos y el cabello caído sobre la cara, como mojado.

—Pues ¿qué misterio es este? —se interrogó Arran.

—Esperemos —replicó Miles, inquieto—. Y tú, esposa, resguárdate con nosotros, pues no sabemos a qué atenernos, y tanto podría ser amigo como enemigo.

—Espera —dijo Isobel de repente—, que me parece que...

Sus ojos no la engañaban, y lo que se confirmó a su mirada atenta fue evidente para todos. Su nariz era inconfundible, y también la disposición general del cuerpo; y aún más: todos recordaban las ropas limpias y blancas con las que vistieron el cadáver de Didacus Dragan cuando se despidieron de

él antes de su sepultura. Pero allí estaba, andando entre la neblina de la mañana mucho tiempo después de haber perdido la vida.

—Es Didacus —susurró Isobel.

—También yo lo veo —exclamó Arran, sorprendido—. ¡Que me arranquen los ojos y se los den a las bestias!

—¿Cómo es posible? —preguntó Tamblor, incrédulo.

—Callad. Callad os digo —exclamó Miles—. Pues parece que ninguno de vosotros estuvo en la batalla contra los resucitados. Es Didacus, ¡pero no el Didacus que conocisteis! Y aunque camina ahora por la tierra como vosotros o como yo, no es su ánimo el que lo mueve, sino algún otro.

—¡Didacus! —susurró Wáriner con amargura, pues habían compartido momentos de amistad y uno había comido y bebido en casa del otro, y al revés.

—¿Ha resucitado? —preguntó Isobel—. ¿Eso dices?

—¡Silencio ahora! ¡En verdad silencio, pues se aproxima!

Didacus, el fallecido, arrastraba los pies por el suelo, pero ahora veían que estaban cubiertos de heridas y estrías horribles y negras, embadurnadas de barro. Los brazos, lacios a ambos lados del cuerpo, parecían retorcidos en formas imposibles, como descoyuntados, y la cabeza gacha miraba en parte al suelo y también delante, al camino. Lo vieron avanzar ante ellos y luego girar sutilmente hacia oriente, siguiendo la falda de la montaña, hasta darles la espalda. Su ropa, destrozada y sucia, se enganchó con las ramas bajas de un arbusto y se desgarró en parte.

—Pero... —empezó Gillot—. ¿Acaso no le diremos nada? ¿Qué ocurre aquí?

—No sé qué querrás decirle —replicó Miles—, pues para mí es evidente que está llamado por el mismo ser que lo despertó y lo reclamó a sus filas: el nigromante.

—¡Allí! —exclamó Isobel de pronto, y miraron y vieron aparecer otra figura entre la niebla, caminando de una manera similar a la de Didacus. No tardaron mucho en comprender que era Ingvar, de la familia de los Hylas, con la carne abrasada por las llamas, renegrida y retorcida sobre los huesos.

—¡Ay! —se lamentó Ródegas Hylas—. ¡Cuánto dolor, pues ese es

Ingvar, a quien yo vi morir y abracé y sobre quien vertí mis lágrimas en un día funesto, hace ahora tiempo!

—Tranquilo, amigo —susurró Miles con preocupación—. No es Ingvar sino su espectro maldito quien arrastra sus pies por la tierra que ya no tendría que pisar.

—¡Dolor y desesperación!

—Si no lo veo no lo creo —exclamó Tamblor—. Ingvar otra vez entre nosotros. Pero ¿qué haremos? Decid, ¿creéis que sufre? ¿Debemos detenerlo y devolverlo otra vez a la tierra para que pueda formar parte del firmamento? ¡Ay!

—Esto es una locura —gruñó Arran—. ¡Más de lo que un hombre puede soportar, por cierto! ¡Me explotará la cabeza y todo cuanto hay en ella y no me sacará de mi asombro!

—Calmaos todos —dijo Miles—. Dejadlos marchar, por ahora, sin que nos vean u oigan, pues si ver morir a tu familiar fue duro, aún peor será tenerlo que matar con tus propias manos. ¡Eso os digo!

Esperaron y contemplaron cómo los espectros recorrían más o menos el mismo camino hasta que estuvieron a una buena distancia de ellos. Luego apareció Salas Garran, el tercer caído en la batalla, y muy cerca de él Niema Gaard, y otra vez tuvieron que contentarse con mirar mientras el lánguido manantial discurría entre sus pies y mojaba su calzado.

—¿Ya está? —preguntó Gillot—. ¿Eso es lo que hemos de hacer, verlos pasar?

—En cuanto a eso —dijo entonces Isobel—, se me ocurre tal vez una cosa.

Miles la miró esperanzado. Tenía Isobel las mejores ideas que se podían escuchar en toda la aldea.

—Habla —pidió.

—Si han llegado hasta aquí llamados por el nigromante, sin duda querrán reunirse con él. Dime, Miles, ¿no crees que ellos encontrarán el paso que perdiste para poder franquear la montaña y cruzar al otro lado?

Los hombres se miraron.

—Pues bien que he aquí unas palabras sensatas si alguna vez he oído

algunas —dijo Gillot.

—De acuerdo estoy —afirmó Arran.

—Entonces, ¿los seguimos? —quiso saber Ródegas—. ¿Habré de seguir a quien compartió techo, hizo fiestas, bebió vino de mi copa, aun estando muerto, para enfrentarme a un peligro más grande que el mar e incierto como el mañana? ¡Matadme ahora, os digo!

—Puedes verlo así, Ródegas Hylas —replicó Isobel—, o puedes verlo de otra manera. Y de esa elección depende tu tristeza y desesperación, o tu felicidad. Pues si imaginas que gracias a nuestro querido Ingvar de los Hylas de Entrerríos hallaremos luz en nuestro camino perdido, será algo que celebrar. ¡O puedes desesperarte y sacar poco o ningún provecho de ello!

Ródegas masculló entre dientes:

—¿Cómo hace esta mujer para desnudarme de mis penurias y poner fuego, comida y bebida ante mi ánimo en un solo instante?

Miles asintió.

—Así son las mujeres —dijo—. Sabias y enigmáticas. Haríamos bien en el futuro en prestar atención a sus palabras, pues nuestras asambleas son últimamente un triste espectáculo.

El plan les pareció buena idea, y siguieron a los espectros protegidos y abrigados por la niebla, que ya no les parecía infortunio, sino una ayuda tan inesperada como bienvenida. Tal y como había predicho Isobel, los resucitados los llevaron directamente al paso, y Miles se iluminó cuando reconoció, aunque fuera débilmente, los recodos que otrora transitara con tal vez más sol sobre su cabeza. Descubrió que habían ido demasiado hacia el este, y que de todas maneras, la entrada no era como la recordaba, pues las aguas de muchos inviernos habían anegado la entrada con rocas pequeñas y esta ni siquiera era verde ahora, sino turbia y amarronada como alfombra de otoño.

Empezaron entonces la ascensión, que fue lenta y dolorosa, pues se trataba de un desfiladero estrecho entre rocas puntiagudas, y a veces no podían más que poner un pie delante del otro y ayudarse con las manos. Encontraron charcos inmundos de agua estancada y vieja, y cadáveres descompuestos de animales recorridos por gusanos, y también árboles caídos

que entorpecían el paso, y hasta las piedras habían perdido ese resplandor mineral que las volvía brillantes y hermosas bajo la luz. Miles recordaba, en efecto, un paisaje diferente. En esos años algo había afectado Quebrantahuesos de una manera terrible. ¡Qué ciegos y sordos habían estado, a salvo en su aldea, trabajando en sus cosechas y celebrando!

—Una cosa me pregunto, Miles —dijo Wáriner a su lado, sacándolo de sus pensamientos—. Hemos venido a buen paso, y aun así hemos llegado casi a la vez que ellos, y con ellos me refiero a...

Miles asintió.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Wáriner a continuación—. Si avanzan con tanta lentitud.

Miles pensó unos momentos.

—Es una buena cosa esa que te preguntas, Wáriner. Pero se me ocurre que tal vez ellos no han tenido que parar para dormir o comer, pues diría que no lo necesitan. Y se me ocurre todavía algo más: ¿quién sabe si partieron antes que nosotros?, y si es así, ¿cuántos días antes? Pues que yo sepa nadie visitó sus tumbas los días previos a la partida, con tanto preparativo como hubo que hacer.

Wáriner asintió.

—Miles —lo llamó entonces Isobel. Él volvió la cabeza y vio a su mujer, ceñuda y preocupada, a su lado.

—Dime.

—¿Crees que podrás encontrar el paso desde aquí sin ayuda?

Miles asintió.

—A menos que las cornisas se hayan derrumbado o se hayan hundido la mitad de los caminos, o que un derrumbe haya cerrado la Escalera de los Antiguos, sí, lo creo.

Isobel asintió.

—Entonces mira alrededor y dime si no piensas que deberíamos hacer algo. Los hombres están tristes y cabizbajos. Los cadáveres huelen aún peor que ratas ahogadas en un barril, y caminar tras sus pasos muertos, habiendo sido tan queridos, está oscureciendo sus corazones. Esto no traerá nada bueno. No hay nada peor que la desesperanza.

Miles echó un vistazo. Ródegas y Tamblor Hylas quedaban muy atrás, cabizbajos y juntos, como buscando uno el consuelo en el otro. Gillot parecía vencido por el peso de su equipaje y miraba al suelo sin atreverse a levantar la vista al frente, y en cuanto al resto, también se los veía derrotados, como si regresaran de una desfavorable batalla o de un funeral.

Asintió.

—¿Y qué propones? —le preguntó a su mujer.

—O les damos sepultura, o los superamos y apretamos la marcha para dejarlos atrás.

Miles negó con la cabeza.

—Eso no es posible. Temo que en algún momento haya que dormir, y solo hay un camino. Si descansamos para comer y otras cosas, nos darán alcance, y volverán a pasar a nuestro lado y regresará el frío del corazón otra vez.

—Pero caminar detrás... —exclamó Isobel—. Míralos pasar por encima de un tronco caído. Son torpes, mucho, como si les costara utilizar los brazos y las piernas. ¡La carne muerta los traiciona!

—Lo veo —dijo Miles—. Está bien...

Agachó la cabeza y pensó durante unos instantes. Isobel lo dejó hacer; sabía cuándo su marido necesitaba su tiempo.

Decidió entonces que lo mejor era detenerlos. Niema Gaard, Didacus, Ingvar y Salas Gaard eran sus familias, sus amigos, eran parte de Entrerríos, y no la herramienta de ningún nigromante. Si este los había llamado era porque, de una manera que no podían imaginar todavía, serviría para sus propósitos, y cualquier propósito de los que un enemigo pudiera servirse era cosa mala para ellos. Por eso, cuando habló con los hombres y les expuso lo que pensaba, les dijo que estos propósitos eran lo que habían venido a detener, y que dejar que sus difuntos se reunieran con el enemigo era la peor idea que se podía engendrar.

—Entiendo cuanto dices —explicó Ródegas—, pero yo no puedo levantar mi brazo contra mi familia. No puedo, Steur. De veras.

—Nadie te lo pide —repuso Miles—. Así que lo haré yo. Quedaos aquí, os pido. Lo haré de manera que nadie verá ni sufrirá por ello.



—¿Estás seguro, Steur? —le preguntó Arran—. Pues no tengo problemas en acompañarte y aliviar tu tarea.

Miles levantó una mano en el aire.

—No hace falta, pero te lo agradezco, pues no tenías que ofrecerte y lo has hecho.

Asintieron en silencio y tomaron asiento en las piedras romas mientras Miles se adelantaba. Regresó después de no demasiado tiempo, el rostro lúgubre y cubierto por una sombra, las manos manchadas de tierra húmeda del suelo y el pelo revuelto. Sobre si había habido batalla o no, nadie dijo nada o preguntó siquiera, pues no estaban seguros de querer saber los detalles.

—¿Estás bien, esposo? —le preguntó Isobel.

—Sí —asintió Miles—. Pero dadme una pala, pues he encontrado un buen lugar entre las rocas, un poco hacia arriba y de ese lado, y en ese lugar les daremos sepultura para que descansen aquí, en el farallón de Quebrantahuesos.

—Buen sitio, a decir mío —opinó Arran—. Mas déjame ayudarte esta vez, Steur, pues cavar es una tarea que deja exhausto y necesitaremos tus piernas fuertes en esta jornada para guiarnos.

Arran buscó la pala y partieron otra vez, y los demás permanecieron en el sitio, las caras vueltas contra el viento, pues su caricia en la mejilla era agradable y en los ojos prevenía las lágrimas. Después de aquello se reunieron todos junto a las tumbas, marcadas con piedras diligentemente dispuestas, y dedicaron unos momentos a despedirse, más en silencio, pues nadie tenía ganas de decir mucho, y los dejaron allí sin mirar atrás, y caminaron durante toda la tarde hasta que se hizo demasiado de noche para continuar.

Buscaron entonces un recodo miserable al abrigo de un techo rocoso. Tuvieron que dormir muy juntos y casi unos sobre otros, pero como no había posibilidad de encender ningún fuego, aceptaron el calor de los cuerpos con agrado. Cenaron carne seca otra vez y Gillot compartió un poco de vino, aunque lo tomaron frío y no caliente, como era costumbre.

Cuando todos se preparaban al fin para dormir, vio Miles que Isobel

sonreía sutilmente, y que un brillo especial centelleaba en sus ojos claros.

—¿Qué ocurre, esposa? —preguntó en voz baja.

—¿No te has dado cuenta? —dijo ella.

—No, si no me lo dices.

Isobel asintió.

—Nuestro hijo, y Maradian Boeke. No han acudido a la cita. No acompañaban a Ingvar y los demás, y estaban todos los que habían muerto.

Miles pestañeó.

—Puede que sigan vivos. No sé dónde. Pero tal vez estén vivos — continuó diciendo Isobel.

—Pero Isobel —exclamó Miles, con la boca súbitamente reseca—. ¿Es cierto eso? ¡En ese caso nos hemos apresurado al marcharnos! ¿Debería volver por la mañana, tan rápido como pueda?

—No —respondió ella—. Si han vuelto a la aldea, serán atendidos, y aun estando heridos o enfermos nuestra presencia no cambiará nada. Tenemos aquí, por cierto, una tarea más importante: impedir que ningún niño vuelva a desaparecer, ¡y que los muertos permanezcan muertos!

Miles asintió, confuso.

—Además, el corazón me dice que, en esto del nigromante, nuestro hijo puede tener algo que aportar.

Miles asintió, pero sin comprender. No le hacía falta. Con el tiempo había aprendido a mantenerse a una prudente distancia de expresiones como aquella, que atendían más bien a femeninas intuiciones que se le escapaban. Pero las palabras de Isobel encendieron una llama que creía apagada, y con ella se recostó y cerró los ojos mientras una sonrisa florecía otra vez en las comisuras de sus labios.

Después de todo, pudiera ser que su hijo, Baladar Steur, estuviera vivo. Después de todo.

La jornada del siguiente día fue dura y terrible, y muchas veces tuvieron que parar para tomar descanso, pues hasta los dedos les dolían. Hacía frío, además, traído por un viento suave pero constante, con algunas rachas fuertes. Ese frío anidaba en las piedras, y al agarrarse a ellas hacía que las manos les dolieran. A veces, cuando escalaban, tenían que detenerse y esconder la cabeza entre los brazos y pegarse mucho al muro pétreo, pues el viento inconstante amenazaba con lanzarlos abajo de nuevo.

Pese a lo que todos pensaban, no fue Isobel la que se manejó peor en esas escaladas, sino el gordo Tamblor Hylas.

—Menuda empresa —decía jadeando—. Sin duda este monstruo de roca viva está embrujado, pues que un hombre fuerte como yo tenga dificultades para subir es cosa de magia.

—No de magia, sino de peso —repuso Miles—. Pues una panza grande no quiere decir necesariamente fuerza.

—Ahora habla la envidia por ti —respondió Tamblor con visible esfuerzo—. ¡Muchas piezas de carne, buen queso y más vino me ha costado esta panza!

—¡Sin duda es digna de verse! —exclamó Miles—. Pero mira cómo trepa Wáriner Venorian, ligero como un gamo, ¡y observa cómo tu panza tira de ti hacia abajo!

—Diría que también el culo te traiciona —intervino Arran, un poco más abajo—. ¡Pues miro hacia arriba y ni firmamento ni montaña veo, sino solo culo!

—¡Ocúpate de trepar, botarate! —ladró Tamblor—. ¡Usa tus piernas para llegar arriba, o usaré las mías para enviarte abajo!

—En verdad empiezo a dudar de que haya un paso, como decía el Steur —protestó Gillot—. Mucho tiempo desde el mediodía llevamos subiendo, y este camino ni las cabras lo elegirían. ¿Es este el camino del que hablabas?

—Tened paciencia —dijo Miles mientras tiraba de su cuerpo hacia arriba por un saliente, usando los brazos—. Pues... ¡mirad! Desde aquí arriba ya distingo la cornisa que buscaba.

—¡Albricias a manos llenas! —exclamó Ródegas, cuya frente aparecía cubierta de sudor a pesar del viento—. Estaba ya a punto de dejarme caer y

que pareciera un descuido, y no un consuelo.

Wáriner, que llegaba ya casi a la cornisa, soltó una carcajada ante el comentario.

—¡Y no puedo! —se lamentó Tamblor, encaramado a las rocas, los brazos ya temblorosos por el esfuerzo—. ¡Cráneos y culebras y lluvia de fuego sobre el mundo, por mi vida que no puedo!

—Espera ahí, Tamblor —dijo Miles mientras hurgaba en sus hatillos—. Te lanzaremos una cuerda y tiraremos de ti.

Wáriner brincó hasta donde estaba Miles y ayudó a Arran a trepar el último tramo tendiéndole un brazo.

—Así que además de tirar de nosotros mismos hemos de hacerlo por el gordo Tamblor Hylas. ¡Que lo haga Ródegas!

Este acababa de llegar arriba, visiblemente exhausto y con la respiración agitada.

—Por cierto que lo haré —afirmó Ródegas—. Y si no quieres ayudar no lo hagas, Augia, pues el día que los Hylas precisen de los Augia no ha llegado ni ha de llegar.

—Tonterías —terció Isobel, que emergía por la cornisa por el mismo lugar que lo había hecho Wáriner—. Tiraremos todos, ¡y el que no tire tendrá que intentar agarrarse a mis cabellos cuando yo misma lo empuje para abajo!

Pero Arran, a pesar de todos sus ladridos, ya cogía el cabo de cuerda y lo enrollaba en el brazo para tirar. Isobel estaba aprendiendo que los hombres malgastaban su fuerza por la boca, pero después se ayudaban prontamente. El porqué, sin embargo, se le escapaba.

Lanzaron un extremo hacia abajo y Tamblor se las compuso a duras penas para atárselo al pecho y la cintura. Luego tiraron hacia arriba, la fuerza de varios hombres al unísono, y aun así se les contrajeron las caras y apretaron los dientes.

—¡Pucheros y comistrajos! —protestó Arran—. ¡Este Tamblor pesa más que cien caballos!

—Si alguien lo ve comiendo esta noche que lo diga —exclamó Gillot—, ¡y yo mismo le arrancaré los dientes de la boca!

—¡Tirad, malas personas! —rugía Tamblor—. ¡Tirad más fuerte y hablad

menos!

Después de un rato, Tamblor asomaba ya a la cornisa, soltando grandes bufidos. Una vez puso las rodillas en el suelo firme, se dio la vuelta y se quedó tendido, mirando al cielo pletórico de nubes.

—¡Bien! —exclamó Arran de repente—. Que me claven cuchillos en los oídos pero que me respeten los ojos, porque creo que estoy mirando lo que nunca pensé que vería, ¡y vaya si doy gracias!

El resto volvieron las cabezas, curiosos, y cuando se enfrentaron al gran valle de Entrerríos, que se revelaba ante sus ojos con la perspectiva de la altura, soltaron exclamaciones de admiración y sorpresa, y se quedaron embelesados y fascinados, pues nunca antes habían subido tan alto ni podían imaginarse una visión como aquella.

Eran las horas amables de la tarde y el sol teñía las nubes de una gama desmesurada de tonos naranjas y azules, ahora cálidos, ahora más oscuros, en un lienzo pálido. La luz tocaba las copas de los árboles y los encendía como si fueran ornamentos de alguna fiesta, pues aunque eran árboles grandes, crecidos y viejos, la altura los hacía parecer pequeños como arbustos. Allí a lo lejos, en el oeste, el agua del río Verdepedra fluía despacio a través de una serie de giros en forma de serpiente, y admiraron su cauce ancho y manso que en esas latitudes todavía era grande, y los destellos del sol que llenaban su superficie de pequeñas estrellas titilantes. Los prados y las muchas colinas parecían un manto mullido, y las rocas pequeñas, joyas grises engastadas; y allí, hacia el este, cerca de una vaguada, una familia de ciervos pastaba apaciblemente mientras los cervatos correteaban en pos de sus madres y los machos vigilaban, atentos, todo alrededor. Sus sombras alargadas sobre la hierba dorada parecían pinturas en movimiento.

Wáriner pensó que el mundo era en verdad grande, y viendo los recodos y lugares por los que nunca antes había pasado, pues estaban alejados de todo camino, imaginó que le gustaría acaso ser un gigante, quince o veinte veces más grande, para dar zancadas por el mundo y admirar toda su belleza, pues hacia el sur crecían desiertos y hacia el norte nieves heladas, y muchas otras maravillas desconocidas de las que ni siquiera había oído hablar. Y en silencio se dijo que si no podía custodiar el legado de la Heredera ni ser

instruido en la magia, como su corazón anhelaba, en el futuro se dedicaría a viajar por el mundo y dibujar mapas de él, para que otros pudieran saber dónde quedaba cada cosa, y serían estos minuciosos y detallados, y no imprecisos como los que había visto una vez, hacía tiempo.

—Jamás imaginé tanta belleza —dijo entonces.

—Contemplad el mundo por el que os movéis y os habéis movido —los instó Miles.

—Gracias. Muchas gracias y no aún suficientes por este regalo, esposo querido. De los que me has dado, el más bonito y valioso —dijo Isobel, sonriendo emocionada. Extendió una mano y cogió la de su esposo, el rostro vuelto hacia el sol.

—¿Cómo puede ser tan hermoso si cuando estábamos allí no nos lo parecía tanto? —preguntó Gillot.

—Porque estás acostumbrado a esa vista —respondió Miles—. Mas cuando el mismo lugar o cosa cambia de perspectiva y lo miras desde otro lado, todo es nuevo otra vez, y resulta fascinante.

Wáriner asintió.

—Así es —dijo—. Es una pena que no se vea la aldea desde aquí. Me hubiera gustado contemplarla desde esta altura, y ver sus caminos y hacia dónde llevan, y todo cuanto han construido nuestros ancestros y seguimos construyendo nosotros.

No dijeron mucho más, después de eso. Siguieron mirando con la comprensión de que aquel era un momento efímero que no habrían de disfrutar a menudo, y hasta se ensoñaron por unos breves instantes, hasta que advirtieron que el sol no tardaría mucho en ocultarse y no había cerca ni lejos lugar donde poner las mantas.

—Parece que tendremos que dormir de pie —dijo Arran entonces—. O caminar en la oscuridad por esta cornisa, que más que cornisa es como un peldaño de ancho.

—No aquí, desde luego —respondió Miles—, pero si avanzamos con paso ligero durante un rato llegaremos a un lugar donde yo mismo pasé noche, hace ya tiempo. ¡Pero démonos prisa! Me temo que nos hemos dejado llevar por el paisaje.

—Ay —declaró Isobel—. Aun si pierdo pie y caigo hacia abajo rompiéndome todos los huesos del cuerpo, no lamentaré lo que he visto.

—Intentaremos que tus huesos estén enteros por la mañana —dijo Miles.

—Huesos, huesos y más huesos —exclamó Gillot—. Estoy cansado de huesos.

—Aún roería yo unos cuantos si me los brindasen —dijo Tamblor, ahora más recuperado otra vez—. Pues tanto esfuerzo ha abierto en mí un hambre más grande que esos valles que hemos dejado atrás.

—¡Ea! —le soltó Arran—. ¡Pues si sigues tragando así, no habrá cuerda que te aguante el día de mañana!

Y rieron de nuevo, pero por última vez todos juntos.

# QUEBRANTAHUESOS



## I

El día terminaba y la montaña entera comenzaba a adquirir un tono azulado cuando la comitiva de Entrerríos seguía avanzando a pasos pequeños por la cornisa. Describía la pared de piedra una curva hacia fuera que los obligaba a andar agachados, con la espalda pegada a la pared y la cabeza asomando hacia un abismo profundo donde apenas se distinguía ya nada. Ninguno de los hombres estaba acostumbrado a la altura, así que esa visión les hacía sentir temblores en las rodillas, y cierto mareo también.

Aún era peor el tema de los fardos, que se veían obligados a llevar en la mano, y aunque distribuyeron el peso tanto como les había sido posible (con concesiones a Isobel y también a Wáriner, que no tenía mucha envergadura y era liviano como un haz de juncos), al cabo del tiempo el fardo pesaba en el brazo y tiraba de este hacia abajo.

—¿Queda mucho aún, Steur? —preguntó Arran con enojo.

—Un poco menos que cuando lo preguntaste por última vez, hace un instante.

—Para la próxima, digo que seguiré antes a una mariposa en su vuelo entre las flores que a un Steur por la montaña.



—¡Haz como quieras! —respondió este.

Isobel, que se arrastraba a su lado, percibió su preocupación, así que no dijo nada, pero estaba tan inquieta como el que más, pues la luz se extinguía demasiado rápidamente, y cada vez que pestañeaba le parecía que se veía un poco menos. De caer la oscuridad completa, seguir moviéndose por aquella superficie mínima sería la cosa más imprudente que ninguno hubiera hecho, y la conclusión más probable era que alguien acabara cayendo.

El último en la fila era, por cierto, el gordo Tamblor Hylas, quien una vez más resoplaba con los ojos muy abiertos y se aferraba a las rocas como si quisiera fundirse en ellas, pues el volumen de su cuerpo era mayor que el del resto e incluso sus pies eran más grandes.

—Vine a luchar con un nigromante, retruécanos, no a abrir las piedras con mi cabeza lanzándome sobre ellas.

—Eso ocurrirá, probablemente, que rompas las piedras y no al revés. ¡Sigue soñando! —le respondió Gillot.

—Oscurece... ¡Ya oscurece y aquí seguimos!

—Bien, pues lo siento —se excusó Miles—. Creía que estaba más cerca, o yo pasé por aquí con más ligereza, hace años.

—Mucho te arriesgaste para una empresa con tan poca sustancia, esposo aventurero —dijo Isobel de repente—. ¿Olvidaste acaso que tu mujer y tus hijos y tu familia entera te esperábamos en casa?

Miles refunfuñó.

—En cualquier caso, creo que estamos llegando —afirmó. Pero si iba a añadir algo más, no le dio tiempo, pues una sombra grande pasó cruzando junto a ellos arrojándoles una ráfaga de viento que los cogió por sorpresa, y luego desapareció hacia arriba con una rapidez inesperada. Isobel giró sobre sí misma y lanzó un brazo hacia Miles, donde encontró agarre; su marido afianzó las piernas y enderezó el cuerpo todo lo que pudo. Gillot no tuvo tanta suerte; el sobresalto le hizo dar un traspié y se encontró inclinando peligrosamente el cuerpo. Al fin, soltó el fardo que llevaba en la mano y consiguió recuperar el equilibrio, pero sus mantas, utensilios y provisiones se precipitaron hacia abajo y se perdieron en la oscuridad del abismo.

—¡Serpientes y escaleras! —graznó Arran—. ¿Qué ha sido eso?

—¡Algo muy grande! —exclamó Wáriner.

—¡Miles! —gritó Isobel.

—¡Tonto, botarate! —decía Tamblor mientras tanto—. ¡Has dejado caer las provisiones! ¡Ay!

—¡Eran ellas o yo, trozo de carne! —se defendió Gillot—. ¡Dime si prefieres que me hubiera tirado yo y así sabré cómo tratarte!

—¡Silencio! —exclamó Miles, oteando alrededor.

Wáriner también escudriñaba atento.

—¿Qué era eso, Miles? —preguntó Isobel.

—No lo sé —susurró él.

—¡Las antorchas! —exclamó Arran—. Hemos olvidado las antorchas... ¡Eso era sin temor a equivocarme un águila!

—¡Sin duda el Augia querría haber llevado una antorcha con las orejas! —protestó Ródegas.

—No un águila, por cierto —repuso Miles—. Pues la sombra era tan grande que tapó todo cuanto alcanza la vista desde aquí.

—¡Dijiste que había águilas grandes como carretas! —exclamó Arran.

—Dime dónde has visto un águila que cace de noche, Arran Augia —repuso Miles—. No era un águila, te digo. Y de todas maneras tranquilo estaba, pues no las vimos cuando mirábamos el valle esta tarde. Quebrantahuesos es grande y las águilas lo patrullan en toda su extensión, de un lado a otro, así que no me extrañó.

—¡Algo viene! —exclamó Wáriner entonces.

—¡Ay, otra vez no! —chilló Gillot.

Se prepararon, porque en verdad oían ahora un aleteo distante que sonaba muy arriba, y Miles pensó que nunca había visto un águila que sonase de esa manera, y pensó también que si no era águila no era nada que hubiese visto antes.

—¡Seguid, seguid por el camino! —exclamó entonces cuando se hizo evidente que el aleteo se acercaba—. ¡No os detengáis!

—¿Seguir, dices? ¡Agarraos a la roca con los dientes! —gritó Arran.

Pero el aleteo ya estaba allí, y al poco, una nueva racha de viento los sorprendió. Isobel giró la cabeza y su cabello rubio y largo le envolvió el

rostro, Gillot gritó con voz fuerte y Tamblor resopló pesadamente, su corazón encogido en el pecho. Entonces, lo que antes era sombra apareció ante su vista: una especie de pájaro negro de largas alas membranosas, como las de un murciélago, y una cabeza que era un espanto oscuro con dos ojos hundidos. Su pico era enorme y puntiagudo, del color del hueso, y en su cuerpo las plumas tenían los tintes azules de la noche.

Graznó unos instantes y casi todos acompañaron el graznido con gritos nacidos del terror que experimentaban.

El pájaro lanzó el pico hacia delante y casi alcanzó a Arran, que tuvo el tiempo justo de moverse a un lado para evitar ser ensartado.

—¡Cráneos! —gritó—. ¡Ayuda, ayudadme!

Fue Wáriner quien utilizó el único proyectil que tenía a su alcance, su propio equipaje, para alcanzarlo en la cabeza monstruosa.

El pájaro protestó, batió las alas de nuevo para ganar ímpetu, y desapareció de la vista hacia arriba.

—¡Cuevas y telarañas! —gritaba Arran—. ¿Qué clase de monstruo era ese?

—¡No un águila, estúpido! —gritó Miles mientras cogía a Isobel del brazo y tiraba de ella para que siguiera andando—. ¡Avanzad, avanzad os digo!

—¡Avanzad, por vuestra vida! —exclamó Ródegas.

Se movieron por la cornisa tan rápido como pudieron, y era a decir verdad mucho más rápido que antes, pues incluso el miedo a caer era menor que el miedo a ser perforado por aquel pico que más que hueso parecía hierro, alargado y puntiagudo como una espada.

—¡Una antorcha! —gritaba Gillot—. ¿Es que nadie se tomará un momento para hacer una antorcha?

—¡Tiempo no hay! —le contestó Ródegas—. ¡Muévete ahora o tírate y deja paso a los que queremos avanzar!

—¡No lo conseguiremos!

El sonido del tenebroso aleteo volvió a hacerse evidente, seguido de un graznido infernal que sonaba como si las mismísimas nubes estuvieran agrietándose para precipitarse contra el suelo.

—¡Ay, ya viene! —gimió Tamblor.

Esta vez, todo fue demasiado rápido. La sombra vino por el este y pasó mucho más cerca de ellos. Las garras extendidas intentaron apresar a Gillot, pero este se encogió contra la pared, y aunque se libró del agarre, recibió un zarpazo en el pecho. Gillot aulló de dolor y recogió las manos sobre el torso.

El monstruo se alejó profiriendo sus graznidos abominables.

—¡Gillot! —gritó Arran—. ¡Gillot Boeke!

—Por mi vida —dijo este— que ese pajarraco inmundo me ha hecho pedazos.

—¿Estás bien? ¡Contesta!

Gillot se miró las manos, pero no le hacía falta; las sentía húmedas de sangre, y el escozor en el pecho le decía que los tajos, fueran uno o muchos, eran profundos y terribles.

—No —susurró.

—¿Puedes seguir andando, Gillot? —le preguntó Ródegas.

—Eso creo —respondió—. Pero el pecho me arde como...

—¡Vuelve! —gritó Tamblor entonces.

—¡Y que no hayamos traído tampoco esta vez a Porfias Gaard y su arco!  
—se lamentó Ródegas.

—¡Nada hizo en la batalla en la aldea, cuando tuvo oportunidad, así que no esperes verlo por aquí, más preocupado en sus hierbas y cosas que en salvar nada!

—¡Que viene! —insistió Tamblor.

Esta nueva embestida llegó como un vendaval, como si el monstruo estuviese ganando velocidad en los sucesivos ataques. En este, las alas, o quizá el viento, fueron suficientes para que todos (excepto el gordo Tamblor) se ladeasen y se dieran vuelta y estuvieran a punto de caer. Las piernas bailaron en el aire y el calzado, ya muy gastado, resbaló en la roca pulida por el viento y el agua.

—¡Isobel! —bramó Miles. Y lanzó su brazo hacia ella sujetándola por el vientre.

—¡Cráneos y mil cráneos, unos sobre otros! —maldijo Tamblor.

El pájaro se hizo visible en algún lugar a cierta distancia, las alas enormes

extendidas y moviéndose con rapidez. Resultaba aterrador y fascinante a la vez ver algo tan grande desplazándose como lo hacía, su cuerpo impreciso por la oscuridad ya prácticamente total.

—¡Gillot! —gritaba Tamblor—. ¡Mueve tus piernas hacia el otro extremo, puedas o no, o pereceremos todos!

Gillot mantenía la cabeza gacha, los ojos cerrados con fuerza. La sangre abundante llenaba su torso entero.

—¡Gillot!

—¡Tenemos que...!

Pero nadie pudo decir nada más. De repente, el monstruo aceleró hacia ellos, se lanzó sobre Gillot y lo arrancó de la pared sin ningún esfuerzo (como si hubiera tomado un haz de paja o algo similar) y se lo llevó consigo, preso en sus poderosas patas. Se alejó aleteando en el aire y lanzando graznidos terribles de victoria.

—¡No! —gritó Ródegas, viendo cómo Gillot se alejaba moviendo brazos y piernas en el aire sin que nadie pudiera ayudarlo.

—¡Gillot! —bramó Miles—. ¡Gillot Boeke!

—No puede ser... —se lamentó Wáriner—. No puede ser...

Isobel escondió su rostro entre las manos, el cabello tremolando al viento.

Miles estaba perplejo. Se miró la mano izquierda, sorprendido, y reparó en el hecho de que ni siquiera había extraído su cuchillo para hacer frente al pájaro. Ninguno lo había hecho. E hirió a Gillot y luego se lo llevó sin que nadie hubiera podido hacer nada.

Apretó los dientes con fuerza y también los ojos, súbitamente superado por la rabia y el dolor.

—Se lo lleva sin remedio —balbuceó Tamblor—. Ya apenas se ve. Pero mirad... ¡mirad! Lo lleva en las garras como si fuera un gusano de los cultivos, y ni siquiera pierde altura sino que la gana. ¡Ya está! ¡La noche se los ha llevado a los dos!

—La noche —susurraba Ródegas sintiéndose cada vez más exhausto y abatido—. La noche, la muerte desde el cielo...

—Escuchad —dijo Miles—: hemos sufrido un duro revés, pero no podemos quedarnos aquí y lamentarnos. ¡Tenemos que salir de esta cornisa!

¡No sabemos si el pájaro soltará a Gillot en algún nido y volverá a por nosotros!

—¿Qué estás diciendo, traicionero amigo? —rugió Arran, colérico—. ¿Que abandonemos a Gillot a su destino y sigamos sin más?

Miles pestañeó.

—No podemos volver, Arran —replicó—. Es...

—¡Habla por ti, especie de... hechicero rubio y sin corazón, que Arran Augia volverá a por su amigo allí donde esté!

—Arran... —suplicó Isobel entre lágrimas.

—¡No!

—Gillot estaba malherido, Arran —intervino Ródegas—. Aunque consiguiéramos descender todo lo subido y correr por los valles como corre el agua por una cañada, ¿dónde buscaríamos? Sin duda estará muerto y sin sangre en el cuerpo cuando lleguemos, si llegamos.

—¡Víbora! —escupió Arran—. ¡Déjame pasar o te tiro abajo también!

Isobel, que estaba a su lado, le puso una mano en el hombro.

—Escucha tus propias palabras, Arran Augia. Sé que el dolor y la frustración te invaden, pero Ródegas y también Miles, mi esposo, tienen razón. ¡Ay, hemos perdido a Gillot, pero aún tenemos delante una tarea que hacer, y mejor haremos llevándola a cabo que embarcarnos en empresas que no traerán sino más pérdidas!

—También yo lo pienso —dijo Wáriner.

Arran permaneció en silencio, cosa que aprovechó el resto para ponerse en marcha, y aún con la rabia contenida en el interior, dio estos pasos en la dirección que habían venido siguiendo y no hacia atrás.

Mientras espiaban el cielo con miedo y también con oídos atentos, descubrieron con aflicción que estaban muy cerca del final de la repisa. Miles dio los últimos pasos cuidadosos y puso al fin el pie en una superficie arenosa que le permitía erguirse de nuevo, y se frotó la espalda dolorida y se pasó ambas manos por el rostro, como si con ello quisiera apartar la pena y la pesadumbre, y después de eso ayudó a Isobel y a los demás a llegar donde él estaba.

—Mirad —dijo—. Allí hay una oquedad por donde ese pájaro jamás

podrá colarse, y allí nos sentaremos y veremos qué hacemos entonces, si dormir o llorar.

Pero por un tiempo al menos eligieron llorar, y en un par de ocasiones oyeron los graznidos casi alegres y distantes del monstruo alado que les había arrebatado a Gillot no hacía ni unos momentos.

—Uno hemos perdido, ¡y ni siquiera hemos cruzado esta montaña infame! —rugió Tamblor—. ¡Y bien que nos ha costado llegar hasta aquí!

—¿Cómo nos enfrentaremos al nigromante, pregunto, si apenas el viaje nos está costando tanto? —quiso saber Ródegas.

Miles no contestó, ni lo hizo tampoco nadie, pues ninguno sabía la respuesta más que sentir que había verdad en esas palabras, y la pesadumbre se apoderó de todos.

—¿Qué pájaro era ese, por cierto? —preguntó Tamblor—. Pues no creo que ni el viajero Zarko haya contado nada sobre pájaros así en ninguna de sus historias.

—Miles, ¿viste algo así cuando estuviste aquí la última vez? —preguntó Wáriner.

—Pues si hubiera visto algo así, os lo habría dicho —soltó Miles, algo enfadado—. No, esto era algo nuevo, nunca visto antes, como ha dicho Tamblor. Era enorme en verdad, más grande que las águilas más viejas, o las más jóvenes, para el caso. Y sus alas recordaban más bien a las de los murciélagos en las cuevas, si alguna vez habéis visto uno de cerca.

Tamblor asintió.

—Creo que este pájaro tiene que ver con el nigromante —dijo—. Pues se lanzó contra nosotros aun cuando Wáriner lo asustó tirándole sus cosas, como si nos buscara.

—Eso es horrible, Miles —sollozó Isobel.

—Lo es, pero siento en el corazón que es asimismo verdad. Y creo que vosotros lo sabéis también.

Nadie respondió, lo que desde luego fue respuesta suficiente.

—Ay. La magia de nuestro enemigo es fuerte, sin duda, pero creo que está creciendo si puede poner sobre el suelo y bajo el cielo criaturas como esa. Y mucho me asusta que ese pajarraco cruel pueda volar hasta la aldea,

lejos hacia el sur, y sobrevolar nuestras calles y nuestros campos y hacer de ellos su capricho. ¡El tiempo se nos acaba!

Esa noche no dijeron mucho más. Hicieron recuento de cuantas cosas habían perdido, y entre ellas había mantas y herramientas y algunas otras cosas muy valiosas, como uno de los martillos, pero sobre todo perdieron provisiones; pero dado que Gillot Boeke no habría de alimentarse más, concluyeron que estarían bien si podían apretarse solo un poco el cinturón.

Y aun cuando estuvieron ya acostados, muy juntos los unos de los otros, y con la noche alrededor, oyeron a lo lejos los graznidos infames del monstruo y sintieron miedo y pesar a la vez.

La jornada siguiente sería aún más dura.



# LA ESCALERA HACIA PÁRAMO YERMO



## I

Ya de madrugada, pero cuando aún estaba oscuro, una lluvia intensa los despertó. Se arrebujaron todavía más contra el muro interior para mantenerse secos, pues una manta mojada podía no solo pesar varias veces más, sino arruinar provisiones y alguna otra cosa pensada para mantenerse seca, y Arran Augia protestó sacudiéndose en el suelo porque decía que el frío se le había metido dentro y estaba quebrando sus huesos todos.

—Dormíos ya, tú y tu frío —protestó Ródegas—, pues me parece que no queda mucho de noche, y apenas claree el día quiero partir para salir de este sitio horrible.

—Pues he dormido sobre la nieve y os digo que no hacía tanto frío como aquí, ¡cráneos!

—Cráneos, cráneos... —masculló Ródegas, poniéndose de lado y cerrando los ojos—. Mi abuela Lacoto lloraría menos que tú, y apenas le queda sangre en ese cuerpo tan viejo.

Pero a partir de ese momento durmieron poco y mal, pues en el cielo sobre el valle y sobre la montaña despertó una tormenta furiosa que encendía el paisaje a ratos y revelaba cortinas inmensas de lluvia cayendo por doquier,

y también truenos que sonaban como si el cielo estuviera quebrándose sin remedio. Isobel se quedó inmóvil y pensando en su hijo, pues había estado soñando con él y en el sueño se movía por túneles oscuros. Pero en su viaje no estaba solo e iba acompañado de un gran guerrero que no fue concebido para la guerra sino para la bondad, pues su destino era ayudar a los hombres, pero aun así era más fuerte que un ejército de cincuenta soldados todos vestidos y armados con espadas y lanzas. Y aunque el viaje era en verdad peligroso, su corazón florecía con la aventura y en sus ojos bailaba una extraña pareja: el miedo y la excitación a partes iguales.

El cielo no perdió su manto oscuro al amanecer, por cierto, pues toda la bóveda celeste era una nube compacta que se había escabullido desde el este, pero la luz era diferente y suficiente, sobre todo, para tratar de continuar.

—En cuanto a eso, Steur —dijo Ródegas—, dime si no resbalaremos con tanta agua sobre la roca.

—Puede que resbalemos —respondió Miles—, y eso ya es cosa tuya, pero no caeremos a ningún abismo, porque... ¡mirad!, el camino parte de aquí y serpentea en esa dirección, siempre hacia arriba, pero sin ningún precipicio a uno y otro lado.

—¡Bien está eso! —respondió Ródegas mientras plegaba y guardaba sus mantas—. Nada de precipicios por un día.

—Ten, Tamblor —dijo Wáriner devolviéndole la manta al gordo Tamblor—. Gracias por el préstamo.

—Todas las noches, pequeño Wáriner, siempre que aún sigas por aquí para pasar frío con nosotros.

—¡Así será, espero!

En cuanto al desayuno, tomaron poca cosa, y mucho les hubiera gustado calentar agua al menos para alejar el frío de las tripas, pues se decía que para calentarse no había como hacerlo de dentro afuera, y no al revés, pero el agua caía con fuerza desde el cielo y también en pequeños canales que encontraban camino entre las rocas y mojaban todo el suelo, así que la posibilidad de encender una fogata, aun cuando hubiesen encontrado maderas para ello (y no las había), era del todo remota.

El camino fue duro e inhóspito. Cuando no apoyaban las manos sentían el

frío a través del calzado, y las piedras con formas pulidas y curvas ofrecían pocas oportunidades de afianzar el pie; pero cuando las apoyaban era aún peor, porque sentían el frío en los nudillos de los dedos.

—Pillaremos un bonito resfriado —señaló Ródegas.

Wáriner se sacudió, como si quisiera apartar de sí mismo una nube de avispas.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Isobel.

—No es nada —respondió Wáriner—. La ropa. Está mojada y pesa, y no estoy acostumbrado, pues toda vez que llueve suelo evitar la lluvia y procuro mantenerme seco y a cobijo.

Isobel asintió.

—Es un enemigo taimado —dijo—, capaz de tumbarte y dejarte en cama, y allí solo tienes tu fortaleza interior para luchar, ¡y una sopa caliente será tu ejército y una manta tu castillo!

Tamblor rio con ganas.

—¡Bonitas palabras para algo tan feo como un resfriado!

Isobel sonrió.

Un rato después, el camino los condujo a un pasaje de piedra con un techo abovedado, pues allí una torre natural que coronaba un saliente puntiagudo se había venido abajo y creado un túnel que ascendía con suavidad describiendo una curva.

—¡Bueno! —exclamó Arran—. ¡Qué inesperado! Parece que podremos librarnos del agua, por un rato, al menos.

Wáriner oteó el cielo con el ceño fruncido.

—Es difícil decir si es ya mediodía, pues la luz es engañosa aquí, pero podríamos tal vez aprovechar este túnel para encender un fuego y calentar algo para beber y comer.

Miles miró al suelo con pesadumbre.

—Sin maderas, hojas, hierbas o un suelo seco donde prender, me parece que será una empresa hartamente difícil de llevar a cabo —suspiró.

—Oh —exclamó Wáriner.

—Sigamos, propongo —sugirió Arran—, y caminemos mientras podamos. Cuantas menos noches pasemos aquí, mejor.

Pero el túnel al menos resultó ser un alivio, pues el agua no les empapaba los cabellos largos ni las barbas, y agradecieron no sentir tampoco la lluvia en la cara.

—Al menos puede que esta lluvia esté ahuyentando al monstruo de anoche —apuntó Miles—. Y alguna otra cosa, pues si hay bestias cerca, conocidas o no, será difícil que puedan olerlos a través de tanta agua.

—Brindo por eso —dijo Tamblor.

—Tú brindas por cualquier cosa, gordo —exclamó Ródegas.

—¡Oh! —exclamó Isobel—. Al menos parece que los viejos hábitos han vuelto. Probablemente quiera decir que aún queda algo de vida circulando en vuestro interior.

—A propósito de vida —dijo Wáriner—. ¡Mirad!

Se volvieron con temor, pues cabía esperar que tras ellos su amigo hubiera advertido algún nuevo peligro, o acaso una grieta en el suelo que amenazara con quebrar la roca bajo sus pies; mas no se trataba de nada de eso, sino de algo que el joven Venorian señalaba entre la roca.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Isobel con una sonrisa.

—¿No es una maravilla? —respondió Wáriner.

—Pero ¿qué es? —curioseó Ródegas acercándose.

Lo que era crecía en una pequeña oquedad, tímida y delicadamente pequeña: una flor casi minúscula que ofrecía una prodigiosa variedad de tonos púrpuras y rosáceos, y que resultaba hermosa a la vista con sus pétalos rizados y sus coloridos estambres.

—Oh. No puedo creer lo que veo... —susurró Isobel.

—Pues bien —exclamó Arran—, ¡es una flor! ¿Qué tiene de especial?

—A mí me parece bonita —declaró Wáriner—. No solo porque nunca he visto una flor como esta, sino porque es la única flor que he visto desde que empezamos a subir, y aun antes. ¡Y diría que incluso plantas y arbustos y hierba hemos visto pocos!

Isobel suspiró con tanta intensidad que todos la miraron.

—Ay. Esta flor —dijo con suavidad— es la amarasta morada, aunque a veces, en algunos lugares, se la conoce como asters, o cariofis de montaña. Puedes llamarla de muchas maneras, pero siempre es esta flor, inconfundible

y hermosa como pocas, y en casa, cuando mi madre y la madre de mi madre las recogían para hacer aceites y cremas, era siempre la amarasta. Ella las llevaba en el pelo antes de que se echaran a perder, por cierto, pues por la tarde despiden una fragancia embriagadora que llenaba toda la casa. Tengo su olor en el corazón, todavía.

»No ocurría muy a menudo que las consiguiésemos, pues era imposible cultivarlas en nuestros jardines o invernaderos, ni en ningún otro sitio que no fuera en las montañas más altas. Mi madre decía que era una flor solitaria, y que en esa soledad encontraba la belleza en su interior y la mostraba.

—Eso es bonito, señora —dijo Wáriner, conmovido pero sin dejar de mirar la flor. Tenía un embrujo casi mágico y arrancaba de él fascinación.

—Bueno —terció Miles—, un momento de inesperada belleza en un océano de calamidades.

—Pues en verdad lo agradezco —afirmó Ródegas—, por mucho que lamente no saber apreciar lo que encontráis tan hermoso, pues para mí es una flor parecida a otras muchas.

Arran solo gruñó, sin decir nada.

—Pues a mí me ha traído recuerdos —susurró Isobel.

—¿Para qué se usaban los aceites y las cremas? —quiso saber Wáriner—. Pues me interesan estas cosas.

—Los aceites mantenían lejos los insectos —explicó Isobel— y las cremas curaban muchos males, o los aliviaban, al menos. He visto ronchas en la piel desaparecer y toses horribles convertirse en respiraciones tranquilas con sueños amables después de largas enfermedades.

—Buena cosa es esa —afirmó Miles.

—Pero a esta la dejaremos aquí —dijo Isobel.

Wáriner asintió.

Siguieron camino un rato después, ahora más animados. La fuerza desafiante de la flor, creciendo en un páramo tan exento de vida, les había insuflado esperanza, y la lluvia, además, se convirtió en una llovizna débil que terminó por desaparecer.

## II

Muy tarde ya, ese mismo día, el camino los condujo por fin a una especie de olla natural, un agujero amplio rodeado de piedra por todos lados y abierto al cielo. En una de esas paredes se distinguía una abertura, y alrededor de ella la roca era lisa como la mantequilla después de ser cortada con un cuchillo, y había agujeros perfectamente redondos alrededor de un portal alto como una casa, y casi tan ancho. De allí nació la Escalera de los Antiguos.

—Mirad —dijo Steur—. Hemos llegado.

—¡Oh! —exclamó Wáriner, súbitamente animado.

—¡Qué rara visión —comentó Ródegas— ver la piedra cortada de esta manera!

—En verdad sí —coincidió Tamblor.

Se apresuraron para llegar hasta la planicie previa a la entrada. Allí las rocas también aparecían cortadas, rebajadas por alguna herramienta cuyo poder les era impensable, dejando una explanada de tamaño considerable.

—¿Qué misterio es este? —dijo Arran—. Una escalera que nace en mitad de la montaña y no abajo del todo; pues si querían llegar al otro lado, ¿por qué abrieron semejante túnel aquí?

Miles miró el suelo, completamente liso.

—Mucho me dice mi intuición que aquí debieron de haber construido alguna cosa, sobre esta piedra, y que por eso la nivelaron y dejaron plana. Pero seguramente debió de haber sido de madera o algo similar, pues hace tiempo que ha desaparecido y nada queda. Si era una casa o algún otro tipo de construcción, no lo sé.

—¡Admirad esos agujeros en la pared, a uno y otro lado del portal! —exclamó Wáriner mientras corría hacia ellos. Podía meter los brazos enteros en su interior y eran redondos como la luna, además de profundos—. La magia de los Antiguos era poderosa.

—¿No es... peligroso? —preguntó Arran.

—Mucho, muchísimo tiempo llevan esos agujeros aquí —respondió Miles—. Y no solo yo metí brazos y palos y otras cosas, sino también mis

padres y mis abuelos, y también los tuyos.

Arran asintió.

—Diría que son agujeros para emplazar alguna estructura que tal vez fuese una puerta o alguna otra cosa —exclamó Tamblor de pronto—. Tal vez una portada para la escalera.

—Sí —coincidió Arran—. Puede ser. Tal vez hubo madera clavada ahí que servía de sujeción a alguna cosa.

Wáriner pensaba, mirando a uno y otro lado con rapidez.

—Creo que ya lo sé —dijo—. La Heredera nos habló un poco de los Antiguos, y dijo que construían barcos voladores con los que se movían rápidos como una estrella fugaz en el cielo.

—¡Barcos voladores! —soltó Tamblor—. ¿Quieres decir... barcos que cruzan los aires en vez de las aguas del mar? ¡No sé si eso me gustaría verlo!

Arran asintió.

—Bueno. Es lo que dijo. Dijo muchas cosas, a cual más extraña.

—Eso explicaría este lugar —siguió diciendo Ródegas—. A lo mejor era un puerto donde dejaban sus barcos para subir la escalera.

—Y si tenían barcos que cruzaban los cielos —se cuestionó Tamblor—, ¿a qué construir un puerto aquí? ¡Pues sin duda podrían llegar directamente al otro lado sin usar ninguna escalera!

Arran soltó una carcajada.

—Y no te falta razón, Tamblor —dijo Miles.

—A lo mejor tenían aquí cosas —dijo Isobel— como un mirador, o un lugar donde descansar lejos del resto del mundo, o un sitio donde estudiar.

Miles se encogió de hombros.

—No creo que lo averigüemos nunca —dijo.

Wáriner ya se había adelantado hacia la escalera y miraba impresionado. Había escalones grandes y perfectamente tallados, líneas rectas construidas con una inmaculada precisión que ascendían en la oscuridad hasta perderse de vista, adentrándose en la montaña. Cómo habían obrado semejante proeza, cavando en la durísima roca madre a través del corazón de Quebrantahuesos, no lo sabía, pero despertaba su interés como todo lo referente a los Antiguos, y no le tembló la mano cuando se agachó y acarició la superficie lisa.

—Bueno —dijo Arran—. Entonces, ¿qué haremos ahora? ¿Es larga tu escalera, Steur, o llegaremos al otro lado antes de que se haga de noche?

Miles negó con la cabeza.

—Es larga, Arran Augia —respondió—. Y yo dormí en su interior la última vez y tuve que descansar en varias ocasiones, pues son muchos peldaños y las piernas te arden mientras subes.

—¡Oh, felicidad! —protestó Tamblor—. ¡Y ahora escaleras interminables! ¡Estoy deseando llegar a casa y trabajar en el campo o cortar madera. Me parecerán un descanso!

Todos rieron con ganas.

—Aún hay una cosa mejor —dijo Ródegas—. Mirad allí, al lado de la pared lisa. ¿Veis lo que yo?

Miraron y vieron varios arbustos que crecían entre las grietas y cuyas ramas describían una curva suave hacia abajo y luego buscaban el sol otra vez hacia arriba. No tenían hojas, pero todos comprendieron la alegría de Ródegas al instante.

—Puede que no sea mucha madera, pero hagamos una fogata —dijo este — y calentémonos y cocinemos algo antes de empezar a subir. ¡Creo que nos sentará bien!

—¡Y tanto que sí! —lo secundó Isobel—. Tengo tanta hambre que podría comerme una cosecha entera.

Volvieron a reír, pero al instante estaban todos en marcha: uno trepaba por las rocas con el hacha en la boca para cortar la leña, otro preparaba las mantas en el suelo y otro sacaba provisiones y alimentos y el cazo de calentar agua, mientras alguien más disponía piedras pequeñas en círculo para la fogata. En poco tiempo lo habían dispuesto todo y hacían bromas y se metían unos con otros mientras Arran Augia se retiraba y encendía otra vez su pipa.

—Puede que ahora te acepte un poco —dijo Isobel—. Si no te parece mal.

—¿Parecerme mal? —repuso Arran—. ¡Al contrario! No hay nada como compartir humo con un amigo, cuando ambos lo quieren y les apetece.

—De acuerdo, entonces —respondió ella sonriendo.

—El humo después de comer —sentenció Tamblor—. Es lo que decía mi



padre.

—¡Pues también después de comer echaremos humo, entonces! — exclamó Arran—. Será un poco al estilo Tamblor: comer siempre antes de comer, y también después de comer.

Isobel soltó una carcajada, luego se dio cuenta de que estaba riéndose a la manera de los hombres y se disculpó; sin embargo, la disculpa provocó un arranque de risa en el gordo Tamblor, quien cayó hacia atrás y se golpeó el cráneo contra el suelo. Con las manos en la cabeza y los ojos cerrados, empezó a aullar de dolor.

—¡Cráneos y sufrimiento! —gritó—. ¡Cien mil piedras unas sobre otras me caigan encima!

Arran no podía dejar de reír.

Miles estaba observando la escena y sonreía. Había risas otra vez, ¡muchas!, y se estaba preparando un fuego y se calentaría agua y se comería pan, carne y galletas, y alguna otra cosa, y todo ello a pesar de que no hacía mucho perdían hijos, se enfrentaban a muertos resucitados, y veían como un amigo era arrebatado por un ave enorme.

Pero las risas estaban bien, estaban muy bien, y aunque eso iba a cambiar otra vez en apenas unos momentos, disfrutó de ello mientras pudo.

### III

Tamblor estaba masticando un trozo de carne cuando, de repente, miró hacia arriba de forma distraída y empezó a toser. Las cabezas se volvieron hacia él mientras se levantaba torpemente, tan gordo como era, dando pasos hacia atrás e intentando liberar su garganta.

—Por los Antiguos —dijo Arran—. ¿Estás bien, gordo?

Isobel frunció el ceño. Miró hacia arriba, y aunque no vio nada fuera de lugar, se dejó estremecer por un escalofrío.

Tamblor tragó el bocado por fin, señaló arriba y gritó:

—¡El pájaro, el pájaro sobre nosotros!

Sus palabras provocaron una reacción inmediata; Arran se incorporó de un salto cuchillo en mano, Wáriner brincó a un lado, con las piernas flexionadas y escudriñando el cielo, y Miles cogió una de las ramas a medio prender y la enarboló en el aire a modo de espada. También los demás se levantaron al unísono y se prepararon.

—¿Lo has visto o te ha parecido verlo? —preguntó Miles.

—¡Lo he visto, volando alto ahí arriba, sobre nosotros, con las alas extendidas para no hacer ruido!

Tamblor estaba cogiendo un par de piedras grandes del suelo, y Arran, a su lado, empezó a dar puntapiés a las llamas.

—El humo del fuego debe de haberlo atraído —dijo—. ¡Qué descuidados hemos sido!

—Pues en buen tiempo lo apagas —protestó Ródegas—. ¡Más nos valdría dejarlo encendido ahora!

—En verdad tienes razón —exclamó Miles—. Aunque por otro lado casi me gustaría verlo bajar aquí, a ver si por fortuna podemos descoyuntarle el cuello y cocinarlo o tirarlo por un precipicio hacia abajo. ¡Pajarraco!

—Cuidado —dijo Isobel, prudente—. Que no os ciegue el odio ni la venganza, pues ese monstruo es en verdad peligroso, y sus garras pueden matar a poco que se esfuerce.

—¡Que tenga él cuidado! —replicó Tamblor.

Buscaron en el cielo y hasta callaron, intentando descubrir algún rastro del pájaro; pero sin resultado. El cielo estaba azul y tocado por pequeñas nubes que evolucionaban rápidamente, muy débiles y dispersas, formando todo tipo de figuras en sucesión. Pero ninguna de ellas era un pájaro. Ni siquiera un graznido oyeron.

—Pues —dijo Arran— si en verdad Tamblor vio algo, y no digo que no lo viese, debe de haber seguido su camino.

—No lo creo —replicó Isobel, pensativa—. Aún recuerdo su mirada mientras atacaba al pobre Gillot, y no parecía animal. Algún ardid está tramando.

—Entonces recojamos rápido y encaminémonos ya por la escalera —sugirió Wáriner—. ¿A qué seguir aquí, expuestos al peligro?

—¡El Venorian tiene razón! —lo secundó Ródegas.

Empezaron a recoger, todos menos Miles, que mantenía la llama alta sobre la cabeza, escrutando el cielo con una mirada dura en el semblante. Las mantas se enrollaron de mala manera y se guardaron otra vez en los hatillos, y el cazo fue enfriado bruscamente con agua y puesto a buen recaudo.

Estaban en eso cuando, de pronto, una sombra grande y terrible emergió por encima de las rocas y se lanzó sobre ellos con una urgencia impensable. Aunque lo esperaban, no hubo tiempo para mucho. Miles cayó hacia atrás, con el pico derribándolo a modo de ariete; la rama en llamas salió despedida y rodó por el suelo muchos metros allá. Tamblor también fue lanzado a un lado, y allí se quedó boca abajo, respirando con fuerza. Luego, el pájaro se detuvo en el aire y se mantuvo allí, aleteando con fuerza y levantando nubes de polvo ancestral del suelo.

—¡Maldiciones y entrecejos! —gritó Arran esgrimiendo su cuchillo.

—¡Miles! —aulló Isobel.

El pájaro lanzó un graznido desafiante, con las garras adelantadas.

—¡Pájaro de muerte y asesino! ¡Asesino, digo! —gritó Ródegas, y se lanzó hacia él con los brazos extendidos.

El pájaro se elevó en el aire un par de metros para escapar de su envite y luego adelantó la cabeza para lanzarse como una flecha contra Isobel, que estaba cerca de la pared de piedra con la espalda protegida. No gritó al verlo venir; si se hubiera quedado paralizada por el miedo, las garras la habrían prendido de la cintura y la hubieran partido en dos, pues el pájaro no solo era grande, sino también fuerte, y a menudo se alimentaba de animales grandes como vacas adultas sin que ello le exigiese esfuerzo alguno; pero Isobel se lanzó a un lado con rapidez y el monstruo se vio obligado a levantar el vuelo de nuevo, haciendo un pase rasante por la ladera escarpada. Tan cerca pasó de la pared que algunas rocas cayeron y dieron contra el suelo demasiado cerca de la mujer de Miles.

—¡Oh, eh, oh! —gritaba Miles mientras recuperaba la antorcha—. ¡Aquí, pájaro negro, atroz, monstruo!

Tamblor se había puesto en pie también recogiendo las piedras y blandiéndolas en alto.

—¡A la escalera! —gritaba Wáriner mientras tanto—. ¡No intentéis luchar! ¡A la escalera todos!

—Maldita criatura de negra muerte y perdición —masculló Arran—. Pues el Venorian tiene razón. ¡Dejad las piedras y esa llama pálida, que nada conseguiremos!

—¿No? —replicó Miles, furioso—. ¡La extinguiré en sus ojos si puedo acercarme un poco! ¡Espera y verás!

—Miles —le advirtió Isobel—. Bajará del cielo rápido como el viento y cogerá a alguno de nosotros y se lo llevará con él.

No había terminado de hablar cuando el pájaro apareció de nuevo describiendo un vuelo imposible, pues parecía aproximarse cabeza abajo, para lanzarse en picado hacia donde estaban. Ródegas chilló, súbitamente superado por el miedo, pues su pico parecía una lanza de hielo capaz de ensartar un caballo de lado a lado.

Rápidamente, los hombres se lanzaron todos al suelo, menos Wáriner, pues estaba ya protegido por el portal donde arrancaba la escalera.

—¡Ay! —dijo, y cerró los ojos.

El pájaro pasó muy cerca de sus cuerpos, las garras cerrándose con un chasquido, los cabellos estremecidos por el ímpetu del ataque. Luego, giró con rapidez y volvió a subir.

—¡Ahora, os digo! —gritó Isobel corriendo hacia la escalera—. ¡Corred ahora o caed en el recuerdo!

Arran se levantó de un solo salto y pasó corriendo junto a Tamblor.

—¡Arriba, gordo! ¡Demasiadas veces hemos de lamentar tus ingestas, botarate!

Ródegas respiraba con dificultad.

—¡Cierra esa boca, Augia, o temerás más mis puños que el pico de ese asesino con alas!

—¡Corred, por los cielos abiertos sobre nuestras cabezas! —gritaba Miles—. ¡Corred ahora!

Corrieron hacia la entrada, pues muy pocos pasos los separaban, pero ya llegando sintieron que algo se aproximaba a sus espaldas, y Ródegas volvió a gritar como un bebé que abre sus ojos al mundo, y sintieron miedo, sin duda,

y Arran se lanzó con todo el cuerpo hacia la entrada mientras apretaba los dientes.

Hubo un tumulto confuso de cuerpos y restalló un sonido como de huesos. Algunos cayeron al suelo, mas no porque se tiraran, sino porque fueron derribados, y sus cuerpos rodaron sin control en un lío tremendo de brazos y piernas. Incluso Wáriner, que se creía a salvo, fue lanzado hacia atrás sin comprender mucho lo que estaba ocurriendo, y golpeó con su espalda contra los peldaños provocándole un dolor afilado y atroz que percibió como una gran mancha blanca en la cabeza.

Miles se encontró ahora con el cuerpo del pájaro a su alcance, las alas pegadas al cuerpo enorme, y respiró por unos instantes su olor intenso a plumas y podredumbre, y vio la inmundicia contenida entre sus garras inmensas. Había perdido la antorcha, pero siguiendo un instinto ancestral, extrajo el cuchillo de su cinturón y le asestó un golpe certero en uno de los dedos.

El pájaro, que se había lanzado contra ellos acabando con medio cuerpo dentro del portal, lanzó un graznido atroz, que retumbó contra las piedras como una explosión. Cayeron rocas por doquier mientras alguien gritaba entre los cuerpos caídos en el suelo, y temió Miles por la vida de todos, pero en especial por su esposa, pues no la veía por ninguna parte.

Movido por la rabia, levantó el cuchillo y volvió a clavarlo en el mismo dedo. El tajo esta vez fue profundo, y el monstruo se revolvió con furia aleteando y cimbreado el cuerpo como si fuera un gusano, y Miles salió despedido otra vez perdiendo el cuchillo de la mano, que cayó un par de metros más allá.

Pero el pájaro monstruoso había sido herido, y una sangre negra y hedionda abandonaba el tajo como si lo hubieran alcanzado en el mismísimo corazón, y con ese dolor lacerante se las compuso para impulsarse otra vez desde el suelo y mantenerse en el aire. En un momento dado, miró la entrada de piedra con los peldaños, demasiado estrecha como para permitirle el paso, y lanzó un graznido estridente y furioso, y luego se elevó en el aire hasta alcanzar altura y perderse otra vez por encima de las rocas.

Miles, aliviado, miró a los cuerpos de sus compañeros en el suelo. Allí

estaba Tamblor, con la barriga descubierta mirando hacia el cielo, y a su lado estaba Isobel, que se incorporaba ya con el pelo revuelto sobre la cara. Y Arran, y Ródegas. Y también Wáriner, con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas extendidas hacia los otros.

Suspiró.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Miles.

—¡Bien! —gritó Arran—. ¿Bien, dices? ¡No diría que estoy bien, por todas las malas hierbas de todos los huertos!

—Estás bien —dijo Miles.

Isobel levantó la mano.

—¡Bien aquí!

—¡Todos bien! —manifestó Ródegas—. ¡Qué buenas noticias, gracias al sol por calentar nuestras semillas y gracias al agua que llega hasta nuestra aldea! ¡Pero ahora moveos, pues si he de pasar por esto o por algo parecido otra vez, perderé la poca hombría que me queda!

Accedieron al portal, y allí, unos cuantos escalones más arriba, se detuvieron y se sentaron en los peldaños para recuperar el aliento y la compostura.

—¡Qué bicho asqueroso! —gruñó Arran—. ¡Toda mi ropa huele a ese pescado con alas!

—Ay —dijo Isobel, y rompió a reír.

Los hombres la miraron, sorprendidos.

—¿Estás bien, esposa? —le preguntó Miles.

—¿Que si estoy bien? —respondió como pudo, entre risas y carcajadas—. Acaba de tirarnos por el suelo una criatura monstruosa que no creo que nadie haya visto jamás en lado alguno y aquí seguimos, vivos... ¿y me preguntas si estoy bien? ¡Estoy bien, Miles Steur! Estoy mejor que bien.

Los hombres se miraron entre sí.

—Pues bien —declaró Ródegas—. Con las piernas aún temblando veo y oigo a alguien que celebra el peligro, ¡y pensé que había visto cosas raras estos días!

Isobel volvió a reír.

—No... —intervino Wáriner con prudencia y una sonrisa—. Yo la

entiendo. Isobel no lamenta la muerte, que era el pájaro, sino la vida que hay después del pájaro. Y esa vida es mucha. Es como... volver a nacer.

—Sí —asintió Isobel—. Ahora me siento más fuerte. ¡Mil veces me golpeen contra las piedras si luego he de sentirme así!

—¡Y yo que no lo vea! —protestó Ródegas.

Y con los graznidos rabiosos del pájaro a lo lejos, y aún doloridos y con heridas superficiales en los nudillos, los brazos y las rodillas, rieron otra vez. Y, además, mucho.

## IV

Consiguieron recuperar los hatillos y todo cuanto habían dejado antes de ponerse en marcha a través de la escalera, y también, por consejo de Miles, se aprovisionaron de todas las ramas y toda la madera que pudieron encontrar, pues aquella era larga en verdad, y ahí, en el interior de la montaña, no había atisbo de luz, teniendo que recurrir a las antorchas.

Wáriner no iba en cabeza, como hubiera podido pensarse pues su emoción era mucha, y precisamente por eso iba el último, porque miraba las paredes redondas y el techo y se admiraba de la uniformidad con la que había sido excavada, sin que se advirtiera allí ninguna marca o muesca de pico alguno. De qué herramientas o magia se habían servido los Antiguos para hacer aquel túnel no podía ni imaginarlo, pero entonces volvió a sentir las ganas de dedicar su vida al estudio de los Antiguos, y se dijo que, mientras viajase por el mundo haciendo mapas, buscaría ruinas y construcciones que aún estuvieran en pie y las ubicaría en esos mapas, para que la gente supiera de ellas.

Los demás no subían con tan buen talante, pues muchos peldaños eran y todos hacia arriba, y aun daban gracias de que la luz de las antorchas que llevaban no alcanzase el túnel que se extendía ante ellos, pues la visión de las escaleras subiendo hasta donde alcanzaba la vista debía de ser del todo desmoralizadora.

De pronto, Wáriner lanzó un grito.

—¡Oh! —exclamó ilusionado—. ¡Mirad todos! ¡Aquí!

Todos se dieron la vuelta sobrecogidos, como si temieran tal vez un nuevo peligro.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ródegas.

—¿Qué hay, Wáriner? —quiso saber Miles, alerta.

—He encontrado algo —dijo él, acercando su antorcha a los peldaños—.

En este punto, en el suelo. ¡Mirad!

Miraron y vieron una mancha negruzca en un peldaño; solo una marca pequeña, un antiguo resto de algo.

—Acaso pueda ser... ¡sangre de los Antiguos! —exclamó Wáriner con manifiesta veneración.

—¿Eso crees? —preguntó Arran soltando una carcajada—. Pues... ¡recoge un poco si puedes y guárdala como un tesoro!

Miles sacudió la cabeza.

—Arran se burla de ti —dijo con una sonrisa—. Pues te dije que hace tiempo estuve en esta escalera, y aquí pasé noche, y también comí y bebí. ¡Me temo que eso que miras no es sino el resultado de todo eso!

Isobel soltó una carcajada, divertida.

Wáriner pestañeó.

—No consigo comprender... —susurró.

—¡Heces! —exclamó Tamblor mientras se unía a las risas—. Son heces Steur, consumidas ya por el tiempo. ¡Miles es un hombre como todos, uno que deja huellas!

—Oh —susurró Wáriner, incorporándose asqueado.

—Bien —declaró Arran—. Gracias por este rato. ¡Ahora me siento más descansado! Dentro de un tiempo recordaremos esto y nos reiremos junto al hogar, en el Gran Salón, y apuesto diez fajos de heno a que el viejo Acelin Gaard se orina encima de tanto reír. ¡Pero continuemos un rato todavía, si os parece, a ver si el paisaje cambia aunque sea con unas deposiciones secas de vez en cuando, pues miro y ya no sé si subo o bajo!

—Vaya —exclamó Wáriner, avergonzado.

—No pasa nada, Wáriner —lo consoló Isobel—. Tu entusiasmo es bonito



a mis ojos. Y si miras con esta atención, si hay algo interesante que descubrir aquí, estoy segura de que no lo pasaremos por alto, y eso me hace marchar más tranquila.

—Gracias, señora —respondió el muchacho.

Pero el paisaje no cambió: nada cambiaba en la eterna ascensión por la Escalera de los Antiguos, y nada se les ofrecía más que la monótona sucesión de peldaños, uno tras otro. Tanto era así que a veces alguno resbalaba o perdía pie a fuerza de repetir el mismo movimiento doscientas, quinientas, más de mil veces.

—¿Contará alguien algo interesante? —preguntó Ródegas—. Quizá así esta escalera pierda monotonía.

—Puede que Isobel, que viene de una familia lejana, tenga cosas que contar —se aventuró a decir Wáriner.

Miles asintió.

—En verdad he aprendido más sobre el mundo escuchando a mi mujer que encaminando mis pasos por senderos y caminos, por muy tortuosos que fueran o lejos que me llevaran.

—¡Me gustaría escuchar algo de todo eso! —añadió Wáriner.

—También a mí me gustaría —dijo Tamblor—. Apuesto a que allí se comen cosas diferentes, pues oí una vez que existen animales en otras partes del mundo cuya carne es sabrosa y que aquí no conocemos.

Isobel sonrió con dulzura.

—En efecto —asintió Isobel—. Muy diferente era la comida donde yo vivía, pues en las cocinas teníamos cocineros de lugares remotos que daban un uso especial a los ingredientes, y aun con cosas como el pescado preparaban unas bandejas acompañadas de arroz y verduras.

—¿Arroz? —preguntó Tamblor—. ¿Qué es arroz?

—Son flores de color verde que requieren de mucha agua. El grano se pule y el interior es el arroz, que dura mucho tiempo almacenado. Donde vivía yo no cultivaban arroz, pues el tiempo no le era propicio, pero mi padre lo hacía traer desde lejos y lo comíamos a menudo.

—¿Estaba bueno, ese arroz? —quiso saber Tamblor.

—No creo que comiese nunca arroz solo, sin más, pues era algo que se

servía con salsas por encima, y tenía la particularidad de absorber el sabor de las carnes o los pescados con los que se preparaba. Entonces estaba mejor que bueno.

—Oh —se relamió Tamblor—. Algún día me gustaría probar arroz.

Isobel sonrió de nuevo.

—Pues puede que lo hagas, quién sabe.

—¡Eso! Quién sabe.

—Cocineros, has dicho —terció Arran—. ¿Preparaban los hombres la comida en tu familia?

—Sí. Hombres y mujeres juntos en la cocina preparaban alimentos. A mi padre le gustaba comer —dijo— mucho y a menudo, por cierto, y bebía agua caliente con raíces y hierbas con cada comida.

—¿Fumaba también? —quiso saber Arran.

—No mucho, aunque alguna vez fumó alguna cosa. ¡Pero prefería llenar el estómago con cosas y no con humo!

—¿Tu padre se llamaba Tamblor, tal vez? —preguntó Arran.

—¡Oye ahí! —protestó Tamblor.

—Ay. Es que de todas las cosas que podría contarnos la dama Steur, solo por la comida te has interesado —dijo Ródegas.

—Pues ¡preguntad vosotros, caramba!

Isobel rio con ganas otra vez.

—En eso tiene razón Tamblor —dijo—. Y además, cada uno tiene sus intereses en alguna cosa. ¡Y la comida no es algo que desdeñar, pues bien os he visto comer con ganas a todos y cada uno!

—Señora —repuso Arran—, duermo con miedo por si alguna vez Tamblor despierta hambriento, aún más de lo normal, y le apetece una pierna.

Ródegas estalló en una sonora carcajada, y también Miles y Wáriner rieron por lo bajo.

—Está bien —dijo Isobel entonces—. Contaré alguna cosa de lo que creo que os interesa más a cada uno, y si no es así, paradme o preguntadme, pues hablar me distrae de la escalera, a la que confieso estar cogiéndole un poco de manía.

»La casa de mis padres se levantaba lejos, en el oeste, como todas las

casas que los Balsavieja hayan construido alguna vez, pues si bien estas son grandes y recias, construidas con enormes piedras a modo de fortaleza, no se puede decir que los Balsavieja hayan sido viajeros. Prefirieron con mucho la tierra que los vio nacer. No había por allí gran cosa que los Antiguos dejaran, por cierto; al menos nada como Dosaguas, y si acaso las hubo, fueron utilizadas por mis ancestros para construir cosas nuevas, y algunas fueron guardadas en sótanos o altas torres pues se consideraban tesoros, y los Balsavieja no son de exhibir sus tesoros sino de... ¡ay! mantenerlos en secreto.

—Oh —se lamentó Wáriner.

—Pero alguna cosa vi, como unos raros contenedores muy oxidados y deteriorados, hechos de un hierro delgado como la hoja de un árbol pero muy resistente, con un tapón que había que girar en vez de empujar, hecho también de hierro.

—¡Oh! —exclamó alguno.

Isobel asintió.

—Pero si gustáis de cosas extraordinarias, había en el salón de mi padre una historia, pintada directamente sobre la pared, que contaba viejos logros de los Balsavieja, y en ella aparecían unas criaturas grandes como una casa, de fuertes y musculosos brazos y cabezas horribles con muchos dientes puntiagudos, y aparecían atacando casas en llamas y levantando vacas con los brazos, y a ellos se enfrentaban hombres, muchos armados con lanzas largas y también arcos, que eran un arma muy común entre los cazadores de allí.

—¡Arcos! —dijo Arran sacudiendo la cabeza.

—¿Qué clase de criaturas eran esas? —preguntó Wáriner enseguida, pues no quería que Isobel interrumpiera su historia para explicar otras cosas que le eran menos interesantes.

Isobel negó con la cabeza.

—Lo ignoro —respondió—. Nadie en casa sabía mucho de esas criaturas, pues aquella estancia era uno de los salones que antiguamente se mantenían en secreto y estaban destinados, por lo general, a tratar cuestiones importantes, y su historia no llegó a oídos de mi padre, o aun de su padre, o el padre de su padre.

—¡Otra historia perdida en el tiempo! —se lamentó Wáriner.

—Ay, sí. Pero creo que debió de ser verdad, puede que hace mucho, pues las criaturas estaban dibujadas con mucho detalle y no creo que nadie pudiese inventar algo así con el fin de decorar una habitación, ¡pues se me ocurren muchas maneras de decorar una sala sin criaturas que levantan vacas sobre sus cabezas!

—Historias sobre criaturas que nunca vi hay muchas —manifestó Miles—, y alguna me contó Zarko *el Viajero*, pues se cuentan en esos lugares apartados que hay en todas las ciudades donde los hombres se regalan noticias del mundo con una jarra en las manos.

—Pues mirad —intervino Arran— que hace un tiempo hubiera dicho que esas no son sino majaderías, pero habiendo visto ese pajarraco monstruoso tan cerca de casa, ¡no me resulta tan raro pensar que en otras partes del mundo puedan existir hombres grandes como casas!

Wáriner asintió.

—¿Y qué te han contado a ti sobre eso, Miles? —preguntó entonces.

—Sobre eso... —respondió Miles—... muchas cosas, algunas de hombres de mar y otras de hombres que cruzan países llenos de plantas y ríos y pantanos, y dicen que en ellos hay seres que nadie creería. Pero aún más cosas se cuentan de los Lugares de los Antiguos —añadió en voz baja.

—¿Los Lugares de los Antiguos? —preguntó Wáriner, confuso y excitado—. ¿Acaso existen? ¡Creía que eran cuentos de viejas!

—Pues las viejas cuentan cosas llenas de verdades —intervino Isobel—, y muy ciertas, además, pues no usan la palabra para encandilar a nadie, ni esperan gran cosa ya de nada, así que hablan como les parece.

Arran asintió.

—En eso tiene razón la señora —dijo. Luego pensó por unos instantes y se apresuró a añadir—: Bueno, en eso y en muchas otras cosas.

—Oh, pero... cuéntenos más cosas sobre los Lugares de los Antiguos —pidió Wáriner.

Miles suspiró largamente.

—Ignoro si son ciertas o no —dijo al fin—, pero son de esas historias que siempre acabas escuchando en las tabernas y los salones, y hablan de lugares

donde los Antiguos vivían, que eran más grandes incluso que la mismísima ciudad de Kharé, la más grande del mundo conocido. Y en esos lugares sus restos aún perduran, algunos al menos, emergiendo del suelo lleno de tierra y polvo: ruinas y estructuras que hablan, como todas, de las maravillas de aquellos días remotos. Se dice que esos restos están especialmente bien conservados por el clima y la disposición de las montañas alrededor, pues estas frenan el viento y llueve menos, cosas ambas muy nocivas para cualquier cosa que se levante medio dedo del suelo.

»Se dice que esos lugares son y siempre han sido peligrosos, pues están lejos de los reinos de cualquiera de los señores y familias que ostentan poder en el mundo, y allí viven rufianes y bandidos que comercian y extraen provecho de las cosas que los Antiguos dejaron allí hace más tiempo del que nadie puede recordar. Viven y sobreviven gracias a muchas de esas maravillas, y cuando encontramos la luz que iluminaba y daba calor a la Heredera, pensé en esos lugares, y me dije que acaso podían ser ciertas esas historias.

—¡Caramba! —exclamó Wáriner—. ¡Pues aun llenos de peligros daría un dedo de cada pie por poder visitar esos sitios!

—Mucho habrás de versarte en el arte de la lucha, entre otras cosas, para acercarte siquiera allí, me parece —lo desanimó Miles.

—Pues ¡ea! —respondió Wáriner—. ¡Otra cosa por hacer! Me pregunto si me dará la vida para tanto.

Isobel rio con ganas.

—¡Veo un gran futuro en tu camino, oh, Wáriner! —bromeó.

—¿Lo ves en verdad, señora? —preguntó este con ojos titilantes.

Ródegas explotó en una carcajada cuyos ecos se extendieron arriba y abajo por el túnel.

—¡Eres un crédulo, joven Wáriner! —exclamó—. ¡Pues la señora tiene bastante con ver el escalón donde pondrá el pie la próxima vez!

—Oh —exclamó Wáriner con decepción.

Siguieron ascendiendo durante mucho más tiempo del que les hubiera gustado, hasta que Arran Augia se plantó en mitad del túnel con un sonoro bufido.

—Pues ¡ea! —exclamó—. He estado esperando a ver si alguno se rendía, ¡pero sois tercos como nadie que haya conocido jamás! Así que me rendiré el primero. ¡No puedo dar un solo paso más! Es como si el aire me faltara.

Se sentó en el escalón y apoyó los codos en las rodillas y ocultó la cabeza entre las manos.

—Y en verdad te falta —dijo Steur—. Sorprendido estoy de vuestra fortaleza, porque estamos a mucha altura y el aire empieza a ser escaso, y todo esfuerzo cuesta el doble o aun más.

Tamblor suspiró.

—También yo lo siento, por cierto. ¡Y añadiré que debo de haber perdido un cesto y medio con tanto trajín, y todo en las piernas!

—Pues sea —decidió Isobel sentándose a su vez—. Yo me uno a la sugerencia. No sé si es de día o de noche, pero los párpados se me cierran y el cuerpo pide descanso.

—Sí, desde luego —asintió Miles—. Mañana, o esta noche, después de haber dormido, veremos las cosas de otra manera.

—Qué rabia no haber encontrado ni un rellano, ni un poyete o banquillo —exclamó Ródegas—. Esos Antiguos debían de estar hechos de hierro si podían subir y bajar todos estos escalones sin cansarse.

—En verdad es un misterio —admitió Miles, que ya había sacado su manta y estaba extendiéndola sobre un escalón. A juzgar por sus ojos y su expresión, iba a quedarse dormido tan pronto apoyara la cabeza.

Extinguieron las antorchas y una oscuridad absoluta cayó sobre ellos, pero se sentían a salvo en el túnel, aunque solo fuera porque Miles ya lo había recorrido anteriormente y porque no habían visto ni oído nada en todo el tiempo que llevaban allí. Nadie se quejó, por cierto, de lo angosto del sitio ni del poco hueco que les quedaba, sobre todo Tamblor, quien tuvo que echarse a dormir en una postura entre sentado y tumbado, la cabeza apoyada sobre el brazo; pero cayeron dormidos en un muy necesario sueño tan pronto sus cabezas tocaron el suelo.

## V

En algún momento de la noche, o del día, una sensación apremiante despertó a Wáriner, quien abrió los ojos a una oscuridad completa; tanto es así que por un momento pensó que lo habían enterrado en su ataúd y acababa de despertar como lo hicieran Didacus y el resto no mucho tiempo atrás. Luego sintió el escalón en la espalda y el brazo aprisionado y dormido, y la sonora respiración de alguien a su lado lo tranquilizó. Pero cuando giró el cuerpo para desentumecerlo y buscar otra postura, vislumbró muy muy lejos en el túnel una claridad fría que le costó enfocar y comprender, como una luz lejana, un atisbo de algo que podía estar muchos miles de peldaños hacia abajo.

El terror se apoderó de él, y pensó en espectros, fantasmas tal vez de los Antiguos que moraban o vigilaban esa escalera recorriéndola de abajo arriba y luego abajo otra vez, y se sintió sobrecogido y atemorizado. Estaba ya a punto de despertar a los demás cuando la luz se extinguió, y lo hizo de una manera tan repentina que, cuando se quedó mirando la oscuridad de nuevo, empezó a pensar si acaso no lo había imaginado.

Después de un rato más ni siquiera sabía si miraba ya en la dirección correcta, pues por mucho que abriese los ojos y esperase, siempre recibía la misma información: nada. Negrura. No había diferencia alguna entre tener los ojos abiertos o cerrados.

Al cabo de unos momentos, ya otra vez tranquilo, la mente le ofreció un triste consuelo, y decidió que tal vez debía de haberlo imaginado. Mientras se quedaba otra vez dormido, completamente exhausto por el cansancio del ejercicio físico, la visión de la luz se le mezcló con el sueño y formó parte de una serie de pesadillas donde espectros hechos como de hielo con los brazos terminados en arietes punzantes se acercaban a él y a sus compañeros y atravesaban sus corazones calientes con semblantes recios e inexpresivos, y mientras se sacudía implorante, preso de las ensoñaciones, Tamblor Hylas empezó a roncar.

También Miles Steur soñaba, pero eran sueños más reparadores y

tranquilos en los que era, de nuevo, un oso. Sentirse otra vez arropado por la sensación de vida que suponía contar con unos instintos tan avezados y el cuerpo recorrido por músculos diseñados para correr y para cazar, lo sumergieron en una de las sensaciones más placenteras de cuantas había vivido, y había vivido muchas.

El bosque a su alrededor olía a humedad, a hierba fresca, a madera, y traía también olores íntimos a carne, a piel, a pelo de presa. El suelo era una alfombra de hojarasca y barro, pero sentir las zarpas hundidas en la tierra le proporcionaba un disfrute inesperado, y durante un rato no hizo más que chapotear, sintiendo el barro húmedo pegado a las garras.

Luego se puso en marcha, y otra vez corrió por el bosque resoplando pesadamente, la cabeza enorme apartando los arbustos espinosos que ni siquiera sentía a través del pelaje oscuro. A su alrededor, un sinfín de pequeñas criaturas corrían a escabullirse atemorizadas, bien trepando a los árboles o escurriéndose por madrigueras secretas cuyas entradas no eran aparentes a la vista, pues en aquel bosque él era el rey y nadie se atrevía a retar su capacidad y su poder.

Un rato después volvió a llegar a la casa de piedra, y otra vez distinguió al lobo de pelaje oscuro que era apenas una mancha negra recortada contra los tonos sepia del bosque. La luz de un sol tardío, filtrada por las copas de los árboles, incidía en su lomo enorme haciéndolo parecer de obsidiana.

El lobo levantó la cabeza y lo miró, a modo de saludo. Miles sacudió la testa y unas babas espesas y blancas salieron despedidas en todas direcciones. Su corazón bombeaba en su interior, efervescente de vida, los latidos tronaban en su cabeza como tambores de guerra.

—Dime —dijo el lobo entonces—, ¿ocuparás tu puesto ahora?

Miles no supo qué responder, porque, para empezar, ni siquiera sabía que podía responder algo. Se sentía tan maravillosamente animal, los pensamientos en su cabeza eran tan básicos, tan naturales, tan reducidos, que contaban con la belleza de lo simple y hermoso, y le eran suficientes. Iba a decir algo cuando descubrió que el lobo había tensado las patas delanteras y aullaba con la cabeza erguida, y supo que ese aullido eran las palabras en sí; que no había existido pregunta inteligible, sino solo el aullido, que en su



mente de animal había sido interpretada y entendida.

Apoyó los cuartos traseros en el suelo y se alzó, enorme como un árbol viejo, grande como la roca que resiste el curso del río durante milenios, poderoso como una tormenta desbocada que arrasa un valle entero.

Y bramó al lobo con un sonido desgarrador que fue oído muy lejos en la distancia.

El lobo lo miró durante un rato. Miles no sabía si había entendido, pero no añadió nada más. Esperó, con el sonido de su propio corazón, aún excitado por la carrera, rugiéndole en las sienes.

—Sea —aulló el lobo entonces, mostrando los dientes. Y en el cielo restalló un relámpago y el suelo vibró como si fuera a partirse, y Miles sintió que el bosque respondía y lo coronaba en una ceremonia solitaria, secreta, invisible, pero tan plena, que por un momento pensó que iba a empezar a aumentar de tamaño. Y aunque no fue así, se sintió pletórico y colmado de una fuerza tan desmesurada que le hizo abrir los ojos a la oscuridad del túnel con los puños cerrados y los dientes apretados; el corazón todavía latiendo con fuerza en el pecho.

## VI

Miles no tuvo mucho tiempo para pensar en su sueño, al día siguiente, pues una vez encendieron las antorchas y después de haber desayunado, treparon durante un rato hasta que divisaron luz al final del túnel.

—¡No puede ser! —exclamó Ródegas—. ¿Es eso luz, lo que veo allí arriba?

—¡Luz es! —afirmó Arran—. ¡Luz de día, por añadidura!

—¡Hemos dormido entre peldaños y tengo rota la espalda y marcas por toda la espalda, y ahora me decís que hemos llegado a la salida tan pronto! —protestó Tamblor.

—Pues en verdad estoy sorprendido —declaró Miles—. O la otra vez que estuve aquí subí más despacio, o la incertidumbre de no saber hizo más largo

el viaje.

—O la soledad —opinó Isobel—. Pues no es lo mismo dar diez pasos siendo consciente de ello, que darlos atento a las palabras e historias de otros.

—También eso es verdad —asintió Miles—. Pero en cualquier caso, ¡alegraos!, pues hemos superado Quebrantahuesos por encima y por dentro, y ahora ya solo queda la bajada.

Apretaron el paso para llegar a la cima, y ya mucho antes de alcanzarla percibieron el frío y el aire que entraba por la abertura.

—Huele peor que la otra vez —comentó Miles, sombrío—. Recuerdo este momento como uno de los más bonitos del viaje, ver la luz y respirar el aire fresco otra vez, ¡mas este aire no tiene mucho de fresco, sino de pantano viejo mucho tiempo estancado!

—En verdad que sí —coincidió Tamblor—. Casi consigue quitarme el apetito. Casi.

—Pues con mal olor o sin él, estaré contento de ver el cielo sobre mi cabeza y todo cuanto haya que ver alrededor —dijo Arran.

Llegaron al fin a la salida y dieron todavía unos pasos más, felices de no tener que levantar mucho las piernas. Les parecía que ahora podrían caminar mucha distancia sin apenas esfuerzo.

Pero todo eso pasó a un segundo plano cuando progresaron por la planicie rocosa a la que habían emergido y se enfrentaron a la desoladora visión del páramo sombrío que era los alrededores de la Entraña.

—Por mi vida toda —susurró Arran, y luego no dijo nada más.

Ninguno dijo nada más durante un rato.

La mayoría estaba preparada para el espectáculo porque Miles había hablado de ello en la Asamblea, y había hablado todavía un poco más con unos y con otros, en especial con Wáriner y el difunto Gillot Boeke, pero después de admirar los valles hermosos del lado sur de Quebrantahuesos, la comparación les resultó sobrecogedora.

Parecía que un fuego abrasador hubiera arrasado toda hierba y todo árbol hasta allí donde se extendía la vista, y hubiese dejado la tierra negra y muerta, llena de cenizas y de rastros carbonizados de todo cuanto había sido vida por allí. Algunos árboles quedaban todavía, pero sus troncos eran escuálidos y

retorcidos, y sus ramas sin hojas parecían brazos suplicantes que se enredaban unos con otros formando una maraña sin sentido. Y había grietas anchas y profundas aquí y allí, de algunas de las cuales escapaba un humo débil y pálido que el viento esparcía con rapidez. Varias de esas grietas confluían en pozos grandes como lagos, que incluso desde esa distancia parecían profundos y se adentraban en la tierra sin mostrar por ella misericordia alguna. Y al fondo, lejos en la distancia, la figura imposible de la mismísima Entraña, recortada contra el cielo como ninguna otra montaña alrededor; incluso los picos más altos y recios de Quebrantahuesos parecían colinas suaves en comparación.

—Nunca imaginé... —dijo Isobel, y rompió a llorar—. Lo siento —añadió.

Miles deslizó una mano sobre su hombro.

—Puedes llorar, y nadie te lo reprochará —dijo—, pues esto que ves es el futuro del otro lado del valle si no hacemos algo para impedirlo. Comprended que esto es el norte. ¡Si al sur hay paisajes que todavía son verdes y lozanos y disponen de agua para crecer y son saludables, deberían ser aún más verdes aquí! Y debería haber muchos árboles y un gran bosque por aquel lado, que si no recuerdo mal nuestros abuelos llamaban Verdeplata, pues las hojas de esos árboles brillaban al sol como la plata que manejan los orfebres en las ciudades, y había también un río...

—El Saltamonte —susurró Ródegas con tristeza.

—El Saltamonte, sí —asintió Miles—, pues el agua caía con fuerza desde este lado de Quebrantahuesos y se esparcía por el valle, y el ruido producía un fragor hermoso al chocar contra las piedras y había peces y también ranas y otras cosas buenas para comer.

—Y mirad ahora... —exclamó Wáriner—. Qué tristeza, qué desolación.

—Ah —susurró Arran con pesadumbre—. Se me quiebra el corazón...

Ródegas soltó un suspiro lleno de pesadumbre.

—Ay. Ya está. Me rindo.

Se dejó caer al suelo, despacio, como si sufriera un desmayo, hasta hincar las rodillas en la roca cortada.

—¿Qué dice tu boca, Ródegas? —preguntó Arran—. Porque la veo

moverse pero diría que no eres tú quien está detrás.

—Mirad esta maldición que se extiende hasta donde llega la vista — siguió lamentándose Ródegas—. Aquí había árboles grandes más antiguos que los más viejos entre nosotros, y había vida, y ríos que han fluido desde que se creó el mundo. Mas ahora no hay nada. Decidme cuánto tiempo y esfuerzo necesitaríamos para crear un mal semejante.

Arran levantó mucho las cejas.

—¿Qué dices? ¿Por qué habríamos de hacer eso?

Ródegas negó con la cabeza.

—No hablo de hacer, estúpido Augia, sino de capacidades. ¡Observad todo este daño y decidme cómo podremos nosotros pararlo, si un solo pájaro nos hizo huir llevándose a uno de los nuestros! —Sacó su cuchillo y miró la hoja gastada, el mango castigado por el tiempo—. ¿Qué haremos con nuestros cuchillos cuando lleguemos allí, si llegamos?

Isobel le puso una mano en el hombro.

—Está bien que te arrodilles en presencia de tu señor, el miedo —dijo—. Porque un hombre valiente de la aldea nunca usaría esas palabras.

Ródegas la miró, dolido.

—¡Levántate, digo, y aprieta los dientes! Apriétalos y grita al cielo que harás cuanto esté en tu mano para detener al nigromante. Dime que cuando lo hayas hecho, no contento con eso, irás lejos y traerás paletadas de tierra fértil otra vez, y que con tu propia mano plantarás semillas nuevas y regarás los brotes débiles hasta que crezcan. ¡Dime todo eso!

—Señora, yo...

—¡Yo lo haré! —gritó Wáriner de improviso.

Ródegas agachó la cabeza, incapaz de sostener la mirada de ninguno de los suyos.

—¡También yo! —exclamó Arran—. ¡Aun si el nigromante me derrota y he de ver cómo la sangre escapa de mi cuerpo, si acaso resucito por mano suya, habré de rebelarme e intentar darle muerte otra vez!

—¡Contad conmigo, desde luego! —rugió Miles.

Isobel asintió.

—Y si yo no puedo detenerlo y he de volver herida a la aldea, pediré a las

estrellas que me concedan tiempo más allá de las arrugas para tener muchos hijos y enviarlos a todos a la batalla.

—Ya está bien —les advirtió Ródegas—. ¡Dejad de gritar! Pues hay nieve muy arriba sobre nuestras cabezas y podrían llover piedras.

Se incorporó y levantó su cuchillo hacia el sol temprano de la mañana.

—Muy bien —dijo entonces—. Pues con amigos así merece la pena intentarlo. ¡Por Entrerríos!

—¡Así se habla! —lo animó Tamblor—. Por un momento me habías asustado. ¡Y si te veo desfallecer otra vez te daré bien fuerte en la cabeza!

Miles miró a su mujer con una especie de sonrisa interior. No era la primera vez que su corazón amante y tranquilo salvaba la situación usando solamente unas palabras, y eso le hizo sentir amor y admiración por su sabiduría y sus maneras. Y recordó cuando dijo, en la puerta de su propia casa, que sentía que debía estar en esta empresa, y se alegró de aquella intuición; pues aunque ignoraba lo que traería el futuro y sabía de manera inconsciente que en caso de peligro la apartaría de cualquier lucha (sobre todo si había cuchillos bailando por medio), creía que había estado más que acertada.

—En verdad hazlo —dijo al fin—. ¡Pero basta de hablar! Ahí detrás del recodo hay o hubo agua clara con la que llenaremos nuestros odres y también todas las vejigas que llevamos guardadas, pues a partir de aquí no veremos ni rastro de agua y la ceniza y el sol producen sed. ¡Esperemos que siga ahí, o lo pasaremos mal!

Pero vivificante líquido seguía afortunadamente ahí, pues era agua que descendía por caminos sinuosos y a veces verticales, directamente desde las nieves eternas de los picos más altos de Quebrantahuesos; y se lavaron y se saciaron y llenaron odres y vejigas temiendo la jornada que los esperaba.

Después de eso, se prepararon para el descenso. Había una caída enorme, pues mucho habían subido entre las piedras y luego todavía más siguiendo la Escalera de los Antiguos, y el valle quedaba muy lejos y hacia abajo, después de una caída demasiado pronunciada incluso para la vista.

—Ay —gimió Isobel—. Nunca pensé que me vería en una de estas. Pero estoy deseando bajar, aunque sea a un mundo de cenizas y tierra muerta

como la que nos espera, ¡pues en verdad aquí me falta el aire!

—Eso pasará a medida que bajemos —le aseguró Miles—, pero no quiero imaginar lo que será estar ahí abajo.

—Tan lejos no llegaste, ¿no, Steur? —quiso saber Arran.

—No. Esta es la marca desde donde yo espíe y observé varios días lo que ocurría abajo, pero no inicié el descenso.

—Bueno —dijo Arran—. Mejor. Así será un descubrimiento para todos. A mi sangre Augia le da cosa seguir a un Steur tanto rato y tantos días.

Miles rio con ganas.

Mientras tanto, Wáriner miraba el portal con el acceso al túnel a modo de despedida, y se acercó a él para admirar de nuevo la caída impresionante y todos los peldaños que había recorrido. Pero cuando lo hizo, divisó a lo lejos otra vez la luz fría, como de hielo, muy diferente a la que produce cualquier llama de cualquier madera, cimbreado en la oscuridad.

—¡Allí! —gritó—. ¡Algo viene por el túnel!

La comitiva (o lo que quedaba de ella) dio un respingo al unísono y corrieron hacia él.

—¿Qué es, Venorian? —preguntó Arran—. ¡Dime si es pájaro u otra cosa!

Y miraron y vieron la luz en la distancia, muy abajo todavía, difícil de aprehender al principio, pero luego clara e indiscutible.

—¡Ay! —se lamentó Isobel.

—¡Algo viene en verdad! —exclamó Tamblor.

Miles tenía los ojos entrecerrados.

—No me gusta —exclamó—, pues no vi nada similar la otra vez, y en cuanto a sorpresas nuevas ya hemos tenido demasiadas y todas desafortunadas, muchas gracias.

—Pues, ¿qué hacemos? —preguntó Isobel.

—Nos moveremos por la montaña hacia uno y otro lado, y esperemos que eso despiste a lo que quiera que sube por la escalera —dijo—. Pues si bajamos por aquí nos sorprenderán desde lo alto. ¡No tenemos mucho tiempo! ¡Caminad deprisa entre las piedras, saltad cuando podáis, y esperemos dejar esa luz atrás!

—¡Sapos venenosos y culebras! —gruñó Ródegas—. ¡A correr otra vez!

—¡Es un espectro! —gritó Ródegas—. ¡Ay! ¡Ya viene a buscarnos!

Miles le dio un empujón en el hombro.

—¡Calla y corre! ¡Por tu vida, corre te digo!

Y corrieron con gritos descontrolados de «¡por aquí!», «¡por allí!», mientras buscaban el mejor modo de avanzar por las rocas de Quebrantahuesos, que aún había de depararles algún disgusto antes de dejarlos ir.

## EL PRIMER POZO



### I

Moverse (y saltar, como había dicho Miles) entre las piedras grandes, irregulares y hostiles, fue una empresa mucho más difícil de lo que habían pensado al principio. El aire les faltaba en el pecho, y en verdad cualquier movimiento los hacía jadear como si hubieran pasado el día corriendo; las piernas les pesaban, y aunque hacía frío, sudaban.

—¡No volveré a pisar una montaña! —exclamó Tamblor, jadeante y de forma entrecortada—. ¡No sin un pico, para que pueda rebajarla empezando por lo más alto!

—¡Ahorra palabras! —dijo Miles—. ¡O te quedarás atrás!

—¡Pues dejadme! —escupió Tamblor—. ¡Que prefiero el misterio de esa luz que esta asfixia!

Pero no lo dejaron atrás, ni tuvieron que esperarlo mucho tampoco, pues parte de la dificultad de avanzar por los peñascos estribaba en encontrar el mejor camino, y este no siempre descendía, sino que en ocasiones tenían que volver a trepar para abandonar, al menos, aquella cara de la montaña.

En un momento dado, Miles decidió que habían avanzado bastante. Se irguió, fatigado y jadeante, y levantó los brazos para que todos lo vieran.



—¡Pues hasta aquí! —decidió—. Creo que nos hemos alejado lo suficiente como para que no puedan vernos si al llegar arriba nos buscan.

—Muchas gracias —soltó Arran—. ¡Creo que si hubiéramos dado solo unos pasos más habríamos llegado de nuevo al túnel, pero por el otro lado!

Isobel se había dejado caer sobre una roca, sudorosa y respirando con fuerza, y se rio de la ocurrencia. La risa le provocó tos, pero luego siguió riendo.

—Bueno —dijo Miles—, ahora os pido silencio. No sé quién o qué subía por el túnel, pero aquí no queda mucha cosa buena, me parece, y es mejor ser prudentes. En la montaña, con este silencio, cualquier ruido puede ser transportado a mucha distancia, así que... ¡palabras pocas o ninguna, y nada de risas!

Se miraron, comprendiendo que Miles tenía razón, y Arran masculló algo, tocado en el orgullo por no haber pensado en eso antes, mientras Isobel levantaba una mano con el semblante serio, a modo de disculpa. Enseguida sacaron las cuerdas y empezaron a prepararse.

Miles estudiaba la caída que tenían por delante y cual sería el mejor modo de bajar. Mucho lamentaba tener que usar las cuerdas para ello, entre otras cosas porque serían visibles (después de haberlas usado y quedaran allí prendidas) para cualquiera que estuviera siguiendo su rastro, pero había tramos donde estaba convencido de que serían indispensables, y no quedaría por tanto más remedio que abandonarlas. Al menos sabía que la peor parte estaba ahí mismo, a esa altura, pues más abajo, después de los salientes picudos y peligrosos, la montaña descendía en una especie de falda larga que era menos abrupta e irregular, y por allí harían un descenso rápido, o tan rápido como les permitiera el calzado.

—He tenido suficiente montaña para toda una vida —refunfuñó Ródegas—. ¡Cuando esto acabe viajaré al sur y buscaré una playa para no ver sobresalir nada de ninguna parte en muchísima distancia!

—Y yo iré contigo —dijo Tamblor—. ¡Como ansío caminar descalzo sobre algo suave!

Isobel iba a decir algo, pero decidió que necesitaba de toda su concentración para saber dónde poner el pie en su próximo paso. Un pequeño

error o un resbalón la lanzaría de cabeza al abismo.

—Y el olor del mar... —exclamó Wáriner—. Eso sí que es embriagador. En mi vida he olido un perfume semejante.

Isobel se maravillaba de que los hombres siguieran haciendo comentarios en apariencia triviales cuando su vida corría peligro, no solo por el descenso, sino por lo que los esperaba después y también por la misteriosa luz que habían visto en la escalera. Ella no podía dejar de pensar en todo eso. Se dijo que, tal vez, era una forma de atenuar el miedo que sentían, o tal vez la incertidumbre, pues las cosas que veían cada día eran nuevas y se escapaban a todo control, puesto que este normalmente tenía que ver, más bien, con medidas de cerveza en un barril o con la cantidad de grano que quedaba en los sacos, en las despensas secas y frescas que construían en los sótanos de sus casas. Y se propuso disfrutar de la conversación, que por lo que sabía podía ser una de las últimas, hasta que Miles les recordó la necesidad de guardar silencio.

Descendieron tanto como pudieron hasta que un saliente de piedra, grueso como un caballo y casi tan alto, les impidió seguir avanzando como no fuera con ayuda de una cuerda. Ródegas aseguró un extremo, pues entre todos era el que mejor hacía los nudos, y descendieron con mucho cuidado y despacio, sin decir gran cosa, hasta que superaron el escollo. Esa pequeña victoria los hizo sentir mejor, y desde entonces, utilizar otra cuerda para bajar era una tarea que afrontaban con ganas y energías.

Tardaron toda la mañana y buena parte de la tarde en llegar hasta abajo, y para entonces no solo las piernas parecían latirles como si albergasen un corazón cada una, sino que los hombros les dolían, calientes por el esfuerzo, y otro tanto pasaba con los dedos. ¡Pero estaban abajo, y únicamente les quedaba avanzar entre los arbustos, que otra vez empezaban a ser frecuentes por muy resecos que estuvieran, y dejar definitivamente atrás las piedras grandes, que lo eran cada vez menos, y caminar por un suelo blando!

—Pues bien —dijo Tamblor mirando hacia atrás, a la imponente montaña—. ¡Ahí te quedas!

—Lástima las cuerdas —exclamó Wáriner.

—No os despedáis tan pronto —dijo Miles—, pues luego hay que volver a

subir y volver a bajar, y por cierto que las cuerdas nos serán muy útiles cuando haya que desandar lo andado y trepar para llegar a la escalera.

—Bajar por una cuerda es una cosa —exclamó Isobel—, pero subir es otra muy distinta. ¡No creo que pueda!

—Ya veremos —repuso Miles—. No te pongas trabas aun antes de empezar. Hasta ahora, y siempre, has podido con todo, no veo por qué una cuerda será diferente.

Isobel levantó un brazo. Era alta y delgada, y aunque el trabajo físico era su quehacer diario en muchos aspectos diferentes, sus brazos no tenían en absoluto el mismo volumen que los de los hombres.

—Mis brazos no son muy fuertes. Pero tienes razón, ¡ya veremos! Ya me siento distinta de cuando estaba en casa. Estoy agotada, eso es verdad, pero también me siento más fuerte que cuando salí.

—Eso es porque tu corazón alberga ahora esperanza —dijo Miles, pensando en lo que le había dicho sobre Baladar.

Isobel asintió.

—La tengo, sí, y es más fuerte que mi brazo y en mi interior brilla más que la luna llena, y estoy deseando terminar con esto para volver a la aldea. ¡Pero también el esfuerzo y el hambre y el olor a montaña y dormir en el suelo al frío de la noche me han endurecido!

Se sonrieron.

—¡Bien! —los interrumpió Arran mirando hacia arriba—. En cualquier caso, ahora que estamos con los *pieses* en el suelo, me alegra mirar arriba y no ver rastro de pájaro ni de luces. Nada parece perseguirnos.

—Buena cosa es esa —coincidió Ródegas.

—En cualquier caso, no nos relajemos —advirtió Miles—. Nos quedan varias jornadas por delante, y ahí enfrente hay tierra muerta y hedionda, humos, pozos profundos y alguna otra cosa.

—Humos y pozos por delante, y pájaros monstruosos por detrás —manifestó Tamblor—. Mucha playa y muchos *pieses* descalzos harán falta para compensar esto.

Mientras tanto, Wáriner bebía de su odre, y llevaba ya un rato en ello mientras Miles se ponía más y más nervioso. De pronto, alargó la mano y lo

detuvo.

—¿Qué haces, Wáriner?

Este lo miró, confuso, los labios brillantes de agua.

—Pues... bebo.

—Ya lo veo —dijo Miles—. Pero quizá no has pensado que todos estos odres y vejigas son todo lo que tenemos de aquí a varios días. No hay más agua de aquí a los pozos, y tampoco creo que la haya en el interior de estos. Aun cuando la encontremos, diría que haríamos mal en beberla.

Wáriner pestañeó varias veces y cerró su odre con cuidado.

—Tienes razón —exclamó apesadumbrado—. No lo he pensado bien y pido disculpas.

—¡No tienes que darlas! —lo excusó Isobel—. Aún no habíamos hablado de eso. ¡Yo misma podría haber bebido y hasta haber derramado parte en mis ropas sin darme cuenta de cuán valiosa es el agua ahora!

—Ay —se lamentó Tamblor—: el país de la sed. ¡Allá vamos!

## II

Lo primero que advirtieron era que el suelo se degradaba muy rápidamente. De las piedras aisladas pasaron a una tierra pálida llena de grietas donde rara vez encontraban todavía una hierba raquítica y deslucida que se abría paso con esfuerzo. Luego, la tierra se volvió gris y sucia, hasta que al final de la tarde se encontraron caminando por un erial cubierto de algo que parecían cenizas, aun cuando no lo fueran. Tan devastado estaba todo.

—Que me tiren a un lago con las manos y los pies atados si alguna vez he visto algo así, ¡como no fuera en un molino! —dijo Ródegas mientras se miraba las ropas, sobre todo el calzado, cubiertas de polvo blancuzco.

Miles se pasó la mano por la cara y se miró los dedos.

—Está por todas partes —comentó. Luego olisqueó la mano manchada e inclinó la cabeza, pensativo—. Quién sabe qué es o qué significa.

—¡Cenizas! —dijo Tamblor señalando a lo lejos, donde pequeñas

columnas de humo se esforzaban por abandonar los pozos que allí se abrían —. Eso es. Cenizas.

—No estoy tan seguro —repuso Miles—, porque si todo esto fueran cenizas habríamos olido el fuego desde lejos, y ni siquiera huele ahora, aun estando ya tan cerca.

—En cualquier caso —manifestó Isobel—, me alegraré cuando nos hallemos en el lado sur de la montaña otra vez. Será como un regalo.

—En verdad pareces una anciana, señora —dijo Tamblor—. Con el pelo tan blanco.

Isobel le dirigió una mirada divertida, e iba a decir algo (que Miles adivinaba jocosos por su expresión) cuando Wáriner les llamó la atención otra vez.

—Mirad allí —dijo ceñudo—. Y decidme si veis algo.

Miraron, y después de un rato de bizquear y parpadear para adaptar la vista, en la distancia de la planicie desolada, donde era difícil ocultar nada, creyeron vislumbrar una silueta lejana. Se movía a buen paso, avanzando con rapidez.

—Y tanto que lo veo —afirmó Ródegas—. ¡Culebras y tormentas!

—Es... alguien —dijo Isobel con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo que alguien? —preguntó Arran—. Las casas más cercanas, las de los Harran, al norte, están a muchos días y días de distancia. ¡Y diría que camina de norte a sur, si el sol no me confunde!

—Pues alguien es —dijo Wáriner—. Casi veo sus piernas largas dando trancos. Y diría que acarrea un pesado fardo a su espalda.

En efecto, la silueta, aún tan lejana, parecía llevar a cuestas un bulto, en la espalda o tal vez sobre los hombros, pues después de las largas piernas se vislumbraba un volumen que no podía ser otra cosa más que hatillos de cierta envergadura.

—¿Y si no es fardo sino cabeza? —preguntó Ródegas—. ¡Ay! Una cabeza grande y monstruosa. ¡El nigromante tiene centinelas velando estas tierras tuyas!

—En primer lugar, no son tuyas —dijo Isobel—. Y en segundo lugar, si fuera el nigromante y tuviera que poner un guardián aquí, no lo haría caminar

errante por doquier, para que gaste energías inútilmente. Lo emplazaría en la entrada, o cerca de la entrada, y en lo alto de alguna torre, para que pudiera ver llegar enemigos a lo lejos.

—¡La dama ha hablado con sensatez! —dijo Arran.

—Entonces, si no es enemigo... ¿qué hacemos? ¿Lo llamamos desde aquí, o nos acercamos donde está?

—O hacia donde estará —intervino Tamblor.

Miles no respondió. No sabía aún qué pensar.

—¡Mirad! —dijo Wáriner de nuevo.

—¡Pero bueno! —exclamó Ródegas al fijarse, pues al hacerlo vio otra figura a cierta distancia siguiendo a la primera. Esta era, claramente, la figura de un hombre, más pequeña, sin ningún bulto a cuestas.

—¿Qué misterio es este? —se preguntó Arran—. Ahora hay dos hombres.

—¿Alguna otra comitiva? —preguntó Tamblor.

—¿Puede que... acaso... sea el propio nigromante? —aventuró Arran, apretando los dientes—. Acaso haya salido y regresa ahora... Pues pensadlo, ¡hombre es!, y necesitará ir a por alimentos y otras cosas.

—Sospecho que para eso se sirve de los muertos —objetó Tamblor, ceñudo.

—Pues bien —dijo Miles—. Si es comitiva, tal vez atendiendo el mismo propósito que nosotros, deberíamos ir. Y si es el nigromante, tanto mejor, pues lo pillaremos sin el abrigo de sus pozos, y en ese caso también deberíamos ir.

—Deberíamos ir... —repitió Isobel, con la cabeza inclinada, pensativa, pero siguiendo sus propios cauces de pensamiento de los que nada dijo.

Arran sacó su cuchillo; que salió de la vaina con un sonido urgente y breve.

—Pues vayamos —dijo Arran—, y quiera el destino que esta noche estemos de vuelta, si es el nigromante, pues yo mismo atravesaré su corazón.

Y se puso en marcha.

Miles miró brevemente a Isobel.

—¿Acaso quieres quedarte? —le preguntó—. Has sido de gran ayuda y

muchas cosas te debemos, pero jamás te vi blandir un cuchillo como no fuera para cortar verduras.

—Iré —respondió Isobel poniéndose en marcha y sin decir nada más.

Miles no dijo nada, pero corrió para avanzar a su lado, y pensó que si las cosas se ponían mal, interpondría su cuerpo y su vida entre ella y el enemigo, y burlaría a la muerte si tenía que hacerlo para defenderla.

Mucha distancia los separaba de las dos figuras, pero cuando apretaron el paso, esta empezó a reducirse con rapidez. El viento suave y cálido que los había acompañado desde que se internaron en la planicie empezó a alborotarse, y les llegaba racheado trayendo rastros de ceniza y también de tierra. Arran iba el primero, caminando con paso firme. La hoja de su cuchillo arrojaba de vez en cuando destellos pálidos.

En un momento dado, las figuras se detuvieron. Ahora estaba claro que los habían visto llegar y los miraban, haciéndose tal vez las mismas preguntas que se habían hecho ellos hacía unos momentos. Pero ocurrió algo que hizo que Ródegas quisiera darse la vuelta y correr hacia Quebrantahuesos de nuevo: el fardo que llevaba la figura más alta se desplegó extendiendo unos apéndices extraños que se cimbreaban en el aire, moviéndose a uno y otro lado como plantas mecidas por el viento.

—Ay —se lamentó Ródegas—, decidme qué desesperación es esa, y por qué caminamos hacia ella con tanta premura.

—Un monstruo es —afirmó Tamblor—. ¡Cuántas cosas nuevas y aterradoras se mueven estos días bajo el sol!

—¿Un monstruo, dices? —comentó Isobel—. Ya veremos...

Fueran monstruos u otra cosa, ahora empezaron a andar hacia ellos. Estaban mucho más cerca unos de otros. Miles se dijo que, de no ser por el viento que se había levantado, podrían verse con cierta claridad, pero la tierra arrastrada por el aire no ayudaba. La comitiva, no obstante, se esforzaba por mantener la mirada atenta, por mucho que les hubiera gustado apartar la cabeza y proteger el rostro, pues la tierra repiqueteaba en las mejillas y producía cierto dolor.

Y cada vez había más viento y cada vez estaban más cerca.

—¡Esto es magia malévol! —gritó Arran—. ¡En verdad os lo digo!

—¿Qué cosa? —preguntó Tamblor en voz alta para hacerse oír.

—¡Justo cuando nos acercamos a ellos, este viento!

—¡Es una trampa! —gritó Ródegas—. ¡Volvamos, volvamos ahora!

Era cierto que a cada paso que daban el viento parecía doblar su intensidad. La arena los golpeaba en la cara y apenas podían ver. Miles pensó que sería imposible discernir nada en esas circunstancias. Acabaría lanzando mandobles al aire sin poder distinguir a su enemigo. ¿Y si en una de esas acuchillaba a Arran, o a Isobel?

Estaba a punto de decir que volvieran cuando oyeron una voz en la distancia, una voz conocida, por cierto; y aunque entrecortada y confusa, les pareció oír:

—¡Madre! ¡Madre!

Isobel dio un respingo.

—¡Baladar! —gritó.

Era Baladar. Era su voz, a caballo entre la niñez y la hombría, muchas veces transformada con el devenir de los años. La misma voz que había escuchado, atendido y amado cada día, y que ahora se clavaba en su corazón como una flecha, pero no mortal, sino bondadosa, poniendo en marcha todos los mecanismos de su voluntad. Isobel irguió la cabeza, súbitamente alerta y determinada.

Miles se volvió para mirarla, con los ojos muy abiertos: era apenas una silueta borrosa en algún lugar a su lado.

—¡Isobel, espera! —le gritó.

—¡Madre, madre! —decía la voz con insistencia.

Miles lanzó el brazo para intentar retenerla, pero era difícil ver nada y falló.

—¡No, Isobel, es una trampa! —gritó.

Tenía que serlo; una trampa. Habría puesto su corazón y sus tripas todas sobre un agujero lleno de carbones y brasas encendidas si hubiera tenido que decir que aquella voz era la de su hijo. Pero no podía ser Baladar. No tan lejos, no allí, y desde luego, de las dos figuras que habían visto ninguna era la de Maradian. El chico había crecido mucho, pero era un muchacho todavía, y eso lo distinguía de un hombre.



—¡Isobel!

Se revolvió, con el corazón latiendo fuerte en el pecho, preso de una suerte de miedo que lo hizo moverse a un lado y a otro mientras gritaba con desesperación el nombre de su mujer. Y la tierra que el viento traía se le metía en la boca e incluso en los ojos, pero la apartaba a un lado con un rápido movimiento de antebrazo.

—¡Isobel, Isobel!

Y de pronto, ¡zas!, chocó contra una superficie dura y cayó hacia atrás hasta quedar sentado en el suelo.

—¡Madre! —gritó la voz del falso Baladar a su lado.

Una figura grande se inclinó ante él. Miles, en el suelo, distinguió el cuerpo grande y extraño, como revestido en algún tipo de armadura, el rostro cubierto por un casco completo, los ojos hundidos en dos agujeros perfectos, tan perfectos que casi parecían obra de los Antiguos.

—¡Baladar!

Aún confuso, miró a un lado y distinguió a Isobel, que abrazaba a alguien, su cabello rubio cayendo sobre la figura más pequeña. Y los hombres hablaban y se llamaban entre sí en medio de la tormenta de arena, pero Miles no los escuchaba; estaba atento a la escena, porque cuando se separaron un instante para volverse a abrazar enseguida, distinguió el rostro inconfundible de Baladar, el hijo que creía perdido.

—¿*Boj*? —dijo la armadura mientras le tendía una mano.

Unos brazos lo agarraron por detrás.

—¡Arriba, Miles Steur! —dijo alguien.

Miles reconoció la voz enseguida.

Era Zarko *el Viajero*.

### III

Otra vez juntos y apretados en mitad de la tormenta, los hombres hablaban con rapidez, emocionados y sorprendidos, muy cerca unos de otros. Isobel

seguía abrazada a Baladar, pero ahora Miles se les había unido y juntos componían una escena hermosa entre los tonos sepia de la tormenta.

—¡Mi padre! —clamaba Maradian—. ¿Dónde está? No lo veo entre vosotros.

Wáriner puso la manos sobre sus hombros.

—De tu padre —dijo con suavidad— te hablaremos pronto, ¿de acuerdo? Pues su padre era Gillot Boeke, que había caído en la montaña.

—Espero que pronto sea ahora mismo —replicó Maradian.

Wáriner asintió.

—Primero salgamos de aquí, o esta tierra nos taponará los ojos y los oídos y de nada valdrán las palabras.

—¡Aún no lo creo! —decía Arran, y mientras hablaba movía la cabeza para apartar la arena de la cara—. ¡Los niños perdidos, y además de todo, Zarko *el Viajero*, y algo más!

Miraban con perplejidad la extraña armadura y se preguntaban quién habría dentro. Desde que se habían reunido había permanecido de pie ante el viento, como si no lo afectara lo más mínimo, y era de lógica pensar que la tierra no debía de hacer ningún bien a las juntas de la armadura, ni tampoco cuando se filtraba entre ellas y penetraba hasta el cuerpo.

—¡Mucho tenéis que explicar! —dijo Ródegas entonces.

—¡Sí, sí, y hay una buena historia detrás de esto! —declaró Zarko—. ¡Pero antes protejámonos de la tierra y el viento o nos asfixiaremos!

—¿Cómo haremos eso?

—¡Mantas! —dijo Zarko—. Más de una vez he pasado por una de estas y solo necesitamos mantas. ¡Sentaos todos juntos; muy juntos, de hecho, y cubrámonos con la manta más grande que tengamos!

—¿Una manta nos salvará de esto? —inquirió Ródegas—. ¡Eso me gustaría verlo!

—En verdad no creo que tengamos una manta tan grande.

Arran escupió varias veces en el suelo.

—¡Qué asfixia! —exclamó.

—Está bien —dijo Zarko mirando a los hombres, pues ciertamente eran muchos y todos de cuerpos grandes—. Entonces no queda otra que cavar un

agujero.

—¿Un agujero, dices? —ladró Ródegas—. ¡Debes de estar de broma!

—La tierra es débil y está muerta —exclamó Zarko—. ¡No será difícil! Además, tenemos muchos brazos aquí.

—Muchos brazos pero no palas, porque a menos que tú hayas traído, nosotros solo contamos con una.

Zarko negó con la cabeza.

—Nada de palas. ¡Usad las manos! ¡Vamos!

Se miraron, pero comprendieron que no había muchas más opciones. No había alrededor ni una piedra tras la que guarecerse, y regresar tampoco era una opción, pues mucho habían caminado ya y tanto les valdría ir hacia delante como hacia atrás. Así que se pusieron manos a la obra.

Miles miraba de reojo al hombre de la armadura. Muy mucho se preguntaba por qué no ayudaba, y qué hacía con sus hijos y con Zarko *el Viajero*; si acaso los había ayudado o se habían encontrado por el camino, y en todo caso se preguntaba qué hacían allí, tan lejos de la aldea, en una tierra donde el peligro era constante y desconocido, y cualquier paso que dieran podía resultar hostil. Y de cómo habían superado Quebrantahuesos, que a ellos les había costado un esfuerzo considerable. Todas esas y aun otras preguntas iban y venían por su cabeza esperando impacientes a ser resueltas. Pero fuera cual fuera la historia detrás de aquella situación inverosímil, tenía por seguro que su hijo volvería a la aldea tan pronto amainara la tormenta.

Mientras tanto, Maradian miraba ansioso a los hombres, deseando que terminaran para averiguar dónde estaba su padre, y lo hacía espiando bajo las ropas de Isobel Steur, que las había puesto sobre ellos para protegerse de la tierra, veloz y agujoneante en el aire.

—¿Qué ocurre, zoquete? —le preguntó Baladar.

—Mi padre. No está.

Baladar asintió.

—¿Has preguntado? —le dijo Isobel.

—Sí. Me han dicho que espere.

Isobel soltó un suspiro triste, pues bien sabía qué había sido de la suerte de Gillot Boeke.

—Yo te contaré —dijo con voz suave—. Tuvimos mala fortuna cruzando Quebrantahuesos. Muy alto habíamos subido y caminábamos como podíamos por una cornisa angosta. No puedo describírtelo ni trataré de hacerlo, porque no importa demasiado ahora, pero en la cornisa teníamos que caminar de uno en uno y con la espalda pegada a la roca. Pues he aquí —hizo una pausa, sin saber muy bien cómo continuar— que un pájaro monstruoso descendió de los cielos y se mostró ante nosotros, enorme como dos caballos juntos, las alas grandes como las aspas de un molino, y el pico era de hueso tan fuerte como el hierro, y grande y afilado.

Maradian la miraba perplejo.

—Debes saber que tu padre se enfrentó al pájaro —siguió diciendo Isobel, despacio y suave, con el sonido de la tormenta tronando a su alrededor —, y que de no ser por él todos estaríamos ahora muertos. Nos dio tiempo para escapar, y lo hizo con una valentía tal que será recordado en Entrerríos así pasen los años y lluevan llamas del cielo o surja la muerte desde el mar.

Maradian, que empezaba a temerse lo peor, sonrió, pero la sonrisa vino acompañada de una lágrima que dejó un surco limpio en la mejilla cubierta de tierra y cenizas.

—Gillot Boeke *el Héroe* cayó al abismo luchando con el pájaro —mintió mientras lo atraía hacia sí—. Y allí lo perdimos, me temo. Gracias a eso nosotros pudimos continuar y escapar, y gracias a eso estoy aquí contándote esto. Puedes sentirte muy orgulloso de tu padre.

Maradian sonrió, una sonrisa dulce en una carita difícil de leer. Luego dijo: «Lo estoy», y rompió a llorar. Baladar se enjugó las lágrimas de los ojos y abrazó a su amigo; Isobel los abrazó a ambos, con el semblante triste.

—No estás ni estarás solo, ni tu familia ni tu madre —le prometió Isobel —, pues ya me ocuparé yo de que si os falta algo, todos y cada uno de la aldea os consiga diez veces lo que necesitéis.

Pero sus palabras, por mucho que intentaran reconfortar, eran como el sonido secreto e ignorado del agua cayendo, gota a gota, sobre la superficie de un lago subterráneo. No había nadie para escucharlo.

## IV

No tardaron apenas nada en cavar un agujero suficiente, pues no era muy grande ni muy profundo, lo bastante para que se mantuvieran allí agachados y protegidos. Para ello intentaron tender una de las mantas y asegurarla, aunque no hubiera ni una mala piedra para colocar en los extremos. El primer intento no fue demasiado bien y la manta salió volando como arrancada por una mano violenta e invisible.

Luego, con una segunda manta, intentaron enterrar los extremos, y tampoco resultó, porque la tormenta reducía a la nada cualquier montón prominente en cuestión de instantes.

—¡Habrás que cavar más hondo! —gritó Miles—. ¡Y sujetar la manta con las paredes del pozo!

Aunque era un fastidio volver a cavar cuando ya el trabajo parecía terminado, se pusieron en marcha otra vez. Más cavaban, más oscura era la tierra y olía aún peor. Comprendieron que la tierra no se estaba muriendo como en una plaga de bichos o una sequía, sino de abajo arriba. Lo que quiera que estaba matando la vida en el suelo venía de muy profundo.

Pero consiguieron al cabo lo que se habían propuesto, y hasta pudieron ubicar los hatillos.

Antes de terminar y cerrar la manta, Miles miró a Zarko.

—¿Qué hay de tu amigo, el de la armadura? —preguntó—. ¿Acaso va a quedarse fuera?

Zarko sonrió.

—Fuera se queda —dijo—. Pues no es hombre ni bestia. Pero compón tu rostro, Miles Steur, que ahora explicaré esta y muchas otras cosas.

—¡Lo estoy deseando! —dijo, y miró por última vez la figura de la armadura, envuelta en remolinos terribles de tierra y polvo, que la luz de las últimas horas teñía de un tinte rojizo.

Lo primero que hicieron fue sacudirse toda la suciedad prendida a la ropa y la piel, y también el pelo, con tan poco acierto y fortuna que el agujero se llenó de polvo en suspensión y acabaron tosiendo y casi tan sucios como

estaban antes. Luego acordaron beber un poco de agua, que resultó ser un mucho, y casi un odre vaciaron entre todos.

—Pero en fin —dijo Miles—, muy poco tiempo ha habido para hacer lo que se ha de hacer. ¡Ven aquí, hijo mío, y abraza a tu padre! Pues te creía perdido y aún no sé si debo regañarte u otra cosa.

Baladar se movió como pudo hacia su padre y se abrazaron. Al hacerlo, la tierra todavía acumulada en sus ropas se apresuró a saltar al aire, provocando más toses.

—¡Basta de esto, por todas las madres del mundo! —gruñó Arran.

—Pues bien —dijo Isobel—, creo que Zarko nos debe una historia. ¿Qué hacéis aquí, los niños y tú, y por qué no estáis en la aldea?

—¿Y quién es el hombre de la armadura? —quiso saber Ródegas—. ¡Nos tienes preguntándonos y rumiando cosas en la cabeza!

—Es... es algo de los Antiguos, ¿verdad? —aventuró Wáriner—. He estado observándolo. No creo que sea una armadura. Nadie es tan alto ni tan delgado, ni tiene una cabeza tan pequeña, así que no creo que sea un casco.

Zarko asintió.

—Diría que el joven Venorian es muy observador —exclamó—. Pero tal vez sea mejor empezar por el principio, y en el principio, mi pregunta es: ¿Dónde está Gillot Boeke, que no lo veo?

—Ha caído —se apresuró a decir Isobel—. Ya se lo he explicado a Maradian. Cayó como un valiente luchando contra un pájaro monstruoso que, de otra manera, nos habría matado a todos.

Los hombres se miraron, aunque brevemente, porque comprendieron al instante lo que Isobel pretendía, y asintieron con gravedad dando fe de sus palabras.

—¡Cuánto siento oír eso! —exclamó Zarko—. Sobre todo porque sé qué clase de pena oscurece ahora tu corazón, joven y valiente Maradian.

—Te damos nuestro pésame —dijo Arran.

Maradian asintió, al modo de la aldea, con una pequeña inclinación de cabeza.

—Le daremos homenaje cuando volvamos a la aldea —dijo Miles—, y su caída será recordada por todos durante más tiempo del que vivirán los nietos

de tus nietos.

El pequeño Maradian sonrió con tristeza ante esas palabras. La idea de que padre fuera recordado como un héroe en la aldea iluminaba su ánimo, aunque fuera débilmente.

Zarko carraspeó.

—En cuanto a la historia —comenzó—, habéis de saber que Baladar Steur y Maradian Boeke fueron a Dosaguas en busca de Aldreda Gaard, pues les parecía una aventura digna de dos hombres de la aldea —exclamó con una sonrisa.

—¡Y muy peligrosa! —recalcó Isobel, ceñuda. Baladar se abrazó a su padre. Miles escuchaba; tenía algunas piezas del rompecabezas pero no todas.

—Eso lo descubrieron estando allí dentro —continuó diciendo Zarko—, pues los niños sintieron un estremecimiento y cuentan que todo se movía como con voluntad propia, y en esto que el suelo cedió y se precipitaron por un abismo durante un largo rato, hasta que cayeron al agua mucho después. Larga fue la caída, muy larga en verdad, pues nuestros padres y abuelos y aun otros antes que estos exploraron Dosaguas cuanto pudieron, y nunca llegaron tan abajo. Aún me pregunto cómo sobrevivieron.

—¡Ay! —exclamó Isobel—. Doy gracias al sol en el cielo de que esté viéndote aquí y ahora mientras escucho, o el corazón se me saldría del pecho.

—Ni una magulladura —apuntó Zarko—. Este es el primer mensaje de varios. Pero sigamos con la historia:

»Abajo, en las profundidades de Dosaguas, nuestros dos héroes no se dejaron vencer por el miedo. No se podía subir por el pozo por donde habían caído, de eso estaban seguros, así que mucho rato caminaron por sus salas inimaginables, y muchas cosas vieron; tantas, que al cabo habían absorbido demasiadas cosas inexplicables y caminaban desenfadadamente por sus pasillos inclinados y medio sumergidos en aguas antiguas, buscando una salida. ¡Imaginaos qué terror para cualquiera que no fuera ellos!

—¡Maderas y clavos! —exclamó Arran Augia—. Dos valientes entre nosotros, sin duda.

Baladar escuchaba su propia historia en boca de otro. Era raro, como si hubiera vivido algo increíble por mucho que a él no se lo hubiese parecido.

Pero le gustaban los cuentos, y aún más le gustó ser parte de uno. Tanto él como Maradian, aun afligido como estaba, escuchaban con los ojos muy abiertos.

—Pues en eso estaban cuando encontraron algo sorprendente: una sala llena de estatuas sentadas. ¡Varias de ellas había, dispuestas alrededor de unos pilares, sentadas en unos sillares altivos!

—¡Unos sillares altivos! —tronó Ródegas—. En verdad, la próxima vez te daré un ganso y una pierna de cordero por una de tus historias.

—¡Deja a Zarko hablar! —protestó Arran.

Zarko sacudió la cabeza, risueño.

—Pues bien, mirando aquellas estatuas, algo ocurrió. Los niños tocaron una de ellas y esta se incorporó de repente.

Los hombres miraban a Zarko con expectación.

—Primero pensé que era algún tipo de armadura —intervino Baladar—, porque nunca había visto una estatua semejante, y aun cuando había oído hablar de estatuas realizadas con mucha maestría, no me pareció posible que nadie en el mundo pudiera trabajar la piedra o cualquier otro material como se veía allí.

Isobel sonrió, llena de orgullo. Su hijo había hablado como un hombre, y aun mejor que muchos hombres de la aldea. Se daba cuenta ahora de cuánto estaba creciendo, y el poco caso que le había hecho, siempre ocupada con sus quehaceres; tan poco, en verdad, que se dijo que el pequeño Baladar había trepado hacia la edad adulta en los márgenes despreocupados de su mirada, y eso le produjo una sensación agridulce.

—Ay —se lamentó Ródegas—. No estoy seguro de estar preparado para entender esto.

—También yo he pensado que era una armadura —dijo Miles.

—Pero entonces, ¿qué es? —quiso saber Wáriner, fascinado. Estaba deseando que la tormenta de arena amainara para examinar aquella cosa con detalle.

Zarko se encogió de hombros.

—Qué es, no lo sé —respondió—, pero no hay nadie dentro, eso os lo aseguro. No come, no duerme, no descansa, ni agua bebe. Y apenas habla, o



habla poco, y siempre cosas sin sentido. Pero escuchad: es capaz de hacer cosas, algunas, al menos, pues entre otras sacó a los niños de Dosaguas y los llevó a la aldea.

—Oh —exclamó Isobel.

—Fue idea de Maradian —dijo Baladar.

Maradian sonrió, una sonrisa débil en su carita triste.

—El chico se dio cuenta de que Corazón de Hierro lo escuchaba; a veces lo imita, a veces le explica y él hace. A veces.

—Frena tu entusiasmo —dijo Miles—. ¿Corazón de Hierro es la... cosa... que está ahí fuera?

Baladar asintió con entusiasmo.

—Le pusimos ese nombre, padre —dijo—, porque es como de hierro, aún más fuerte, me parece, y si algo tiene, es corazón.

—¡Ya veremos! —desconfió Arran—. Pues si algo mueve ese hierro es sin duda la magia, y debes saber que es traicionera, y cuando presta un servicio es porque algo quiere a cambio. ¡Eso lo saben hasta las piedras!

—Antes de juzgar nada —lo interrumpió Zarko—, dejadme continuar la historia. Decía que tan pronto se dieron cuenta de que Corazón de Hierro los imitaba y que podían indicarle ciertas tareas sencillas, se las compusieron para que los ayudara. Acabaron con él llevándolos a hombros y trepando por cuanto hueco encontraron, y abriendo el camino cuando estaba bloqueado, porque Corazón de Hierro tiene los brazos más fuertes que hayáis visto o veréis jamás, y doblaba los pilares de hierro que en Dosaguas habéis visto más de una vez como si estuvieran hechos de juncos.

Los hombres se miraron, maravillados.

—¿Como juncos, dices? —preguntó Tamblor—. ¿No estarás exagerando para hacer tu historia más interesante?

—Lo que dice es cierto —le aseguró Baladar—. Lo hemos visto hacerlo muchas veces.

—Por toda la luz del sol —exclamó Tamblor—. Demos gracias a la tierra fértil porque esa cosa sea amiga y no enemiga, pues no sé cómo podríamos pararlo.

—De eso se trata —siguió diciendo Zarko—. Yo estaba recogiendo

hierbas para mi próximo viaje, al sur de la aldea, cuando vi aparecer a Corazón de Hierro llevando a los niños en brazos. ¡Os digo que pensé que me había muerto sin darme cuenta y estaba en presencia de los Antiguos, que me acercaban a los niños pues seguro estaba de que habían perdido la vida en alguna parte!

Isobel sonrió, pero al mismo tiempo la recorrió un escalofrío.

—Cuando me di cuenta de que seguía vivo, me dio rabia. Rabia, digo, porque mucho he viajado al norte, y también al sur, al este y al oeste, y mucho he descendido en el interior de la tierra cuando he encontrado una cueva, y en ninguno de esos viajes había visto nada tan fascinante como lo que vi entonces. Aún no lo habéis contemplado bien con tanta tierra como trae el aire, pero cuando lo veáis de pie, entre la hierba, con el sol arrancando destellos de su pecho y sus hombros de metal, tan suaves, y la misteriosa profundidad de sus ojos en apariencia muertos, no diréis esta boca es mía ni después de la noche viene el día, porque de repente comprenderéis que cualquier cosa imposible puede volverse realidad.

A ese exabrupto, que Zarko *el Viajero* dispensó con celeridad y entusiasmo, siguieron varios «Ooohs» y «Aaahs», coronados por la excitación casi febril que sentía Wáriner. Miró la manta tremolante por encima de ellos y se dijo que si la tormenta tardase demasiado en pasar, saldría de todas maneras antes de tiempo.

—No puedo imaginar algo así a las puertas de la aldea —dijo Miles.

—En efecto, no puedes. Nadie pudo. Imaginad la algarabía que se montó cuando los niños que creíamos perdidos y Corazón de Hierro llegaron a las primeras calles y caminaron entre las casas, en el corazón de nuestro pueblo, a pleno día, con todo el mundo ocupado con sus cosas. El viejo Acelin Gaard venía acarreando orgulloso un calabacín grande como un cubo y lo dejó caer, y se hizo trizas a sus pies. Luego chilló como un cerdito y se sentó en el suelo.

Los hombres rieron con ganas.

—Moneke Gaard apareció para ver a Corazón de Hierro de pie delante de Acelin, que aún estaba en el suelo, y arremetió contra él con uno de los tablones de madera que llevaba en una carretilla. El tablón se hizo trizas y se

quebró por más de tres sitios, pero Corazón de Hierro no se inmutó. Ni pareció sentir el golpe ni hizo intento alguno por protegerse, o por responder al ataque, lo cual, por cierto, a mí me dijo mucho.

Isobel asintió.

—Larga historia en pocas palabras —siguió diciendo Zarko—. Costó bastante que todos entendieran lo que había pasado y que Corazón de Hierro era mejor que peor, pues había salvado a los niños y los seguía, dócil y voluntarioso. Les hablé del ataque de Moneke y de cómo la misteriosa figura no había respondido, pero estaba claro que allí había magia actuando, y después de lo que había ocurrido en Dosaguas y todo el asunto del nigromante, nadie quería saber mucho, o nada, de ello.

Los hombres asintieron.

—Así que pensé en qué era todo aquello, y qué significaba. Y ahora os diré que ahí comprendí algo. ¿Os acordáis de que hubo un estremecimiento en Dosaguas y los niños cayeron?

—Claro —dijo Wáriner.

—Pues creo que aquel estremecimiento fue la magia del nigromante, despertando a los muertos que allí descansaban. Una tragedia a cambio de algo bueno, pues si no se llega a romper el suelo bajo sus pies y hubieran caído por el pozo hasta un lugar seguro, en verdad os digo que Maradian y Baladar estarían ahora muertos.

—Ay —exclamó Isobel, sobrecogida.

Miles se pasó la mano por la barba, pensativo.

—Estoy de acuerdo —dijo al fin.

—Luego, en medio de las reñidas conversaciones de los que estaban a favor y en contra, le pedí a Maradian que hiciera algo por mí, y a través de gestos le indicó a Corazón de Hierro que levantara una carreta llena de troncos que estaba junto al salón de las asambleas. Era como habían dicho los niños: la levantó sin esfuerzo y lo hizo de manera que no cayó ni se movió tronco alguno, y se quedó allí con los brazos extendidos, las piernas muy derechas, sosteniendo la carga, hasta que Maradian le dijo que la bajase.

—¡Eso me hubiera gustado verlo! —dijo Tamblor.

—Pensé entonces que allí había algo bueno —declaró Zarko—. Algo que

era como el derrumbe en Dosaguas. Podéis llamarlo como queráis, pero es como cuando una lluvia fuerte arruina tus fresas, pero mata a los bichos que se comían todas tus otras frutas y verduras.

Isobel asintió, emocionada, con las lágrimas asomando en sus ojos claros y hermosos.

—Oh, ahora veo por dónde vas —dijo.

Zarko sonrió.

—Pensé en vosotros, y en esta empresa... extraña pero inevitable, supongo, en la cual nunca creí, debo decir, y lo siento, pero no era yo nadie para quitaros honor y valentía cuando habíais decidido terminar prematuramente con vuestras vidas.

—Espera —protestó Ródegas—. ¿Qué quieres decir?

—Perdóname, Ródegas Hylas, si te he ofendido. Quiero decir que un pequeño grupo de granjeros y hombres de campo, armados solo con cuchillos y con más valor que cabeza, no hubieran podido hacer nada contra el nigromante, habida cuenta de lo que él ha hecho allí y aquí.

—¡Vaya! —exclamó Arran.

—Pero cuando vi a Corazón de Hierro delante de mí... —siguió diciendo Zarko—... de repente comprendí. La serie de circunstancias que estaban ocurriendo no eran o no podían ser cosa del azar. Me estaban diciendo que allí tenía un guerrero para hacer frente al nigromante, cuando lo encontremos, y que por lo tanto debía llevarlo ante vosotros.

Los hombres se miraron.

—¡Canastos! —soltó Arran—. ¡Esto si que es nuevo!

—¡Y eso he hecho, y por eso estamos aquí! Sobre cómo lo hice, no creáis que fue fácil. ¡Los únicos que estábamos convencidos eran estos dos valientes hombrecillos y yo mismo! Costó algo menos convencer al resto de la familia Steur y de los Boeke para que me dejaran partir con los niños, pues al menos ellos estaban convencidos de que Corazón de Hierro sería de gran ayuda por mucho que los Gaard, entre otros, querían enterrarlo y quemarlo y desmembrarlo y desterrarlo, en cualquier orden.

—¡Ay! —se lamentó Wáriner, negando con la cabeza.

Miles se adelantó, lleno de preguntas y dudas.

—Entiendo, pero en cuanto a lo del guerrero... ¿tal cosa es posible? —preguntó—. ¿Luchará a nuestro lado? No me ha parecido muy útil, ahí plantado. Si en verdad hace lo que se le dice, ¿por qué no lo instruiste para que nos ayudara a cavar cuando hizo falta, hace solo un momento?

—¡Esa es buena! —dijo Tamblor, mirándose las manos manchadas de tierra.

—Y lo pensé —se defendió Zarko—, pero darle instrucciones es más complicado de lo que parece, y por algún motivo solo obedece al pequeño Maradian. Mucho he intentado que me imite a mí, o acaso que me entienda, pero aun repitiendo los mismos gestos de Maradian, no lo he conseguido.

—¡Qué cosa tan extraña! —opinó Wáriner.

—Mucho, en verdad, pero así es como es.

—Pues bien... —dijo Miles, pensativo de nuevo—. Entonces, ¿cómo crees que puede ayudarnos? A menos... A menos que...

Zarko cruzó con Miles una mirada ceñuda.

—Zarko Augia *el Viajero* —dijo entonces con voz grave—. ¿No estarás pensando en que llevemos a los niños con nosotros abajo, a las cuevas del nigromante, para que participen en esta aventura?

Zarko asintió, y se armó una trifulca que compitió en estruendo con la mismísima tormenta que, fuera, revolvía todo el paisaje.

## V

Mucho se discutió y se habló aquella tarde, hasta que cayó la noche y quedaron a oscuras y siguieron hablando y exponiendo argumentos. Los niños querían intervenir, pero se les mandaba callar porque estaban hablando los mayores, y eso les parecía injusto; decían que, de no ser por ellos, no tendrían a alguien tan fuerte como Corazón de Hierro.

Miles, y también Isobel en menor medida, decían que la empresa que los había llevado a viajar hasta allí no era cosa de niños.

—Pues bien —dijo Zarko—, deberías haber visto cómo subimos

Quebrantahuesos con ayuda de Corazón de Hierro. Primero subió a los niños y luego volvió a por mí, y en volandas me llevó saltando de piedra en piedra. Vosotros hablabais de una cornisa angosta, pero nosotros no vimos nada de eso: Corazón de Hierro nos llevó por sitios que ninguna cabra escogería, y lo hizo con rapidez. Y todo eso lo consiguió el joven Maradian con sus gestos, ayudado por Baladar. ¡Y diría que nos fue mejor a nosotros que a vosotros!

—¿Y no visteis el pájaro? —preguntó Arran.

—No, pero lo oímos, por cierto, un graznido espectral a lo lejos que helaba el corazón.

—¿Y subisteis por la Escalera de los Antiguos? —preguntó Miles.

—Sí. Por allí atravesamos, pero los niños fueron todo el tiempo cómodamente instalados en los hombros de Corazón de Hierro. Ya ves, otra vez mejor que vosotros.

—¿Y acaso visteis una luz? —quiso saber Wáriner—. Una luz azulada, fría...

—¡La luz de Corazón de Hierro! —dijo Maradian.

—¿Cómo? —preguntó Arran.

—Corazón de Hierro tiene una luz en el pecho, fría como la de la luna, y mucho más intensa. Y es fría y azulada como la que describes, Wáriner.

Arran y Miles se miraron.

—¿Acaso la luz que vimos por el túnel pudierais ser vosotros? Dime, ¿os echasteis a dormir en la Escalera?

—Pues sí, así ocurrió —asintió Zarko—. ¿Es que acaso no visteis y no disteis señal alguna?

Arran soltó una exclamación ahogada y luego dijo:

—¿Cómo querías que te enviáramos una señal, torpe, si pensábamos que las mismísimas ánimas de los Antiguos nos perseguían y nos acechaban?

—¡Ah, que rabia! —exclamó Zarko—. Acaso no hubiéramos encontrado antes en otro lugar, y no en este agujero de comadreja. Pues parece que conspiramos más que intentar salvar nada.

—En cualquier caso —dijo Arran—, ¿hemos llegado a un acuerdo sobre lo que hacer con los niños?

Lo hubo, aunque las particularidades del trato no estaban del todo claras.

En un principio se pensó que los niños los acompañarían hasta los pozos, y que allí decidirían; pero si había peligro, Maradian instruiría a Corazón de Hierro para que los tomase a él y a Baladar en hombros y los sacase de allí y los devolviera a la aldea. Luego se sugirió que Corazón de Hierro podría tal vez descender y echar un vistazo acompañado de alguno de los hombres, y que los niños darían instrucciones desde arriba e irían avanzando, hasta que se vislumbrara el temido peligro.

Al final de muchas vueltas y revueltas, estuvieron de acuerdo, en suma, en que los niños continuarían viaje con ellos, lo que pareció tranquilizarlos.

—Pero como algo salga mal —lo amenazó Isobel— y los niños reciban aunque sea una rozadura en sus rodillas, yo misma salaré tus campos y quemaré tu almacén, y escupiré en cuantas hogazas de pan te sean dadas por misericordia.

Los hombres rieron con ganas.

—¡Isobel Corazón de Hierro! —bramó Arran—. ¿Quién necesita la magia de los Antiguos cuando cuenta con una madre en su ejército?

Con esas risas, apoyaron las cabezas unos sobre otros y, poco a poco, con alguna palabra más, se fueron quedando dormidos. Ese día no habían hecho mucho, pero el cansancio era ya una deuda pendiente de jornadas anteriores, y en toda la noche nadie despertó ni para aliviar las vejigas.

# UN CAMINO ENTRE LOS ABISMOS



## I

Cuando despertaron, lo que ocurrió, por fortuna o desgracia, a causa de una sonora ventosidad de los complicados y alargados intestinos del gordo Tamblor Hylas, abandonaron el agujero con prisa y determinación.

—¡La tierra huele mal, pero Tamblor huele aún peor! —exclamó Arran—. ¡Aire, aire os suplico, o enterradme!

—Por mis hijos, Tamblor —dijo Isobel—, que después de esta aventura le diré a tu mujer que te dé pescado y sopas de hierbas para limpiarte por dentro.

—Lo lamento, señora —se disculpó Tamblor.

Pero fuera había cesado la tormenta y el páramo estaba otra vez tranquilo, y allí, con una colina de polvo acumulada hasta la pantorrilla, seguía el centinela apostado, Corazón de Hierro, en la misma posición que lo habían dejado la noche anterior.

Wáriner fue el primero en acercarse mientras los Hylas y el propio Arran Augia lo miraban receloso. No quedaba nada de los brillos centelleantes que había visto el día anterior, pues toda su superficie metálica estaba cubierta de tierra y partículas de arena, pero su presencia era inequívocamente



impresionante.

—Admirad la obra de los Antiguos —dijo exultante—, pues muchas ruinas y restos quedan por el mundo, ¡pero nada como esto! Y yo que pensé que lo había visto todo cuando estuvimos en el hogar y morada de la Heredera. ¡Pues me equivocaba! Apuesto una oreja y un ojo a que ni ella ha visto algo semejante.

—En verdad es algo digno de contemplar —dijo Miles—. Pues parece cosa imposible que esos brazos, por duros que sean, puedan doblar hierros y levantar carretas.

—¿Y habla, decís? —preguntó Isobel, curiosa.

—¡Sí, señora! —se apresuró a decir Maradian.

Se acercó a la armadura, tocó su pecho con un golpe y dijo:

—¡*Boj!*

Corazón de Hierro volvió su cabeza hacia el niño y contestó:

—¡*Boj!*

Maradian soltó una risotada. En verdad se lo veía más animado que la noche anterior.

—¡*Boj!* —dijo entonces Ródegas—. ¡No lo entiendo! ¿Qué significa? ¿Qué es *boj*?

Isobel inclinó la cabeza.

—Debe de ser otra manera de hablar. Quizá la manera que tenían los Antiguos. Podría ser «hola» o alguna otra cosa.

—¿Otra manera de hablar? —preguntó Arran.

—Sabed que el mundo es aún más grande de lo que creéis —explicó Isobel con dulzura—, pues cuando vivía con mis padres en sus tierras, muy lejos de aquí, tuvimos en cierta ocasión hombres y mujeres visitantes que vivían aún más lejos hacia el oeste, y no pudimos entendernos con ellos. Usaban otras palabras. Pero compartimos comida y bebida y sonrisas muchas, y fueron días que recuerdo con cariño, así que no todo el que dice cosas que no comprendemos es enemigo.

—¡Zarzas y arándanos! —exclamó Wáriner—. Oh, en verdad tenéis que contarme todo lo relacionado con vuestra familia, señora, en alguna ocasión, o en algunas ocasiones, quizá.

—Con gusto lo haré, Wáriner, pues sé que tu sed de saber del mundo es grande, y eso me parece bien.

—¡Boj! —exclamó Tamblor—. Pues vaya cosa.

—¿Dice algo más? —quiso saber Miles.

—La otra noche miró al cielo —respondió Zarko—. Cosa curiosa, pues nunca hace mucho más de lo que se le dice, y después de un rato dijo «*Obe Pita*».

—*Obe Pita* —repitió Miles.

—Sí.

—¿Y qué había en el cielo? —quiso saber Isobel.

Zarko se encogió de hombros.

—Acaso la luna, señora, pues otra cosa no vi.

Isobel asintió.

—Puede que si recordamos todo cuanto dice y en qué circunstancias podamos aprender su manera de hablar. Sería interesante saber qué tiene que decirnos.

Dicho eso, se acercó a la armadura y dijo:

—*Boj*.

—*Boj* —replicó Corazón de Hierro.

Isobel sonrió, y Wáriner batió palmas como un niño.

—¡*Boj* para ti también, hombre de hierro! —exclamó Ródegas, divertido—. Pues qué cosa es que ayer esta armadura me insuflaba los miedos de la noche, y ahora lo veo con otros ojos.

—Porque ahora sabes qué es —dijo Isobel—. Y el conocimiento aparta el miedo del corazón.

—Hay sabiduría en eso que dices —manifestó Arran—. Otra vez me inclino ante ti.

Los hombres pasaron un tiempo dando vueltas alrededor de la armadura, admirando los detalles y fijándose en todo lo que había que fijarse: la manera en la que los brazos se unían al cuerpo, los anillos extraños de la cintura, el cuello recorrido por pequeñas varas. Si bien al principio lo hacían con un respeto casi reverencial, al cabo se animaron a tocar y a pasar las manos sucias por su superficie, sin que Corazón de Hierro respondiese de manera

alguna ni hiciese ningún gesto. Maradian, mientras tanto, se esforzaba por quitar el polvo y la suciedad de su cuerpo, pero sin mucho éxito.

—Magia es, sin duda —aseveró Miles—, pues hay en él muchas cosas que no entiendo, y está hecho de algo que no parece hierro ni ninguna otra cosa conocida.

Ródegas admiraba sus pies.

—Tres dedos extraños tiene, todos negros, como de águila.

—Y muy extrañas son también sus manos.

—Se me ocurre —apuntó Isobel— que... tal vez... esto sea una especie de imitación de la vida. Como las esculturas que a veces los artistas y artesanos construyen y muestran allí adonde van. Son imitaciones de vida. Y aunque algunas están hechas con mayor destreza que otras, esta, por supuesto, cuenta con la destreza de los Antiguos, que era mucha.

—Una imitación de vida —susurró Wáriner.

—Pero en cuanto a para qué sirve, si servía para algo, no lo sé. Puede que sea el capricho de un artesano, o que se usara para entretener, o a lo mejor lo construyeron para ayudar en algunas tareas, como llevar gentes de un lado a otro.

—Puede que por eso la Escalera de los Antiguos empiece en mitad de la montaña —exclamó Wáriner de repente—, porque tenían armaduras como esta.

Isobel miró los hombros de Corazón de Hierro: eran redondos y pulidos y no parecían pensados para que nadie se sentara en ellos. Un niño tal vez, pero no un adulto.

—Si ese fuera el caso —dijo—, habrían puesto sillas sobre los hombros, o monturas de algún tipo, como las que se usan sobre los caballos.

Wáriner asintió, absorbido por la conversación.

—En todo caso —los interrumpió Arran—, dejemos las conversaciones para los descansos, pues me parece que ahora toca andar otra vez. No quisiera estar todavía en el yermo si acaso se despliega otra tormenta como la de anoche.

—¡No más agujeros para mí, gracias, pero sí un desayuno si al señor Miles Steur no le parece mal! —proclamó Ródegas.

Miles soltó una carcajada.

—¡No me parece mal! Pero hagamos algo rápido. Ya comeremos después de andar un rato. Quisiera acercarme ya y asomarme a esos pozos, a ver qué vemos.

## II

Después de desayunar y de recoger sus hatillos, estaban otra vez preparados para marchar. Quedó claro entonces que Maradian era dueño y señor de Corazón de Hierro, pues ni siquiera Baladar podía hacer que funcionara. Mediante gestos, le indicó que los cargara en hombros, y la armadura fue muy presta en hacerle caso; mas cuando su cuerpo se movió con una rapidez pasmosa y extendió los brazos para coger al niño entre sus manos y colocarlo sobre su cabeza, Isobel no pudo evitar sentir miedo. Muy poco antes andaba pensando que tal vez los Antiguos construyeran esa armadura para cuidar de los niños, pero ¿qué padre pondría al alcance de sus hijos, con sus manos de niño y sus ideas de niño, una magia de tal poder? Mirando aquella figura poderosa evolucionar hacia su hijo la hizo desechar la idea: aquellos dedos fuertes podrían hundirse en la carne, o coger de un extremo y de otro del cuerpo menudo y tirar en direcciones contrarias. O podría lanzarlo por los aires. Todas esas cosas podían ocurrir, pues no sabían con qué estaban tratando y el lenguaje de signos no le parecía la cosa más precisa del mundo. ¿Y si el niño señalaba a uno de ellos, mientras hablaba, y hacía un gesto de cualquier tipo, y esa imitación de la vida decidía que el gesto significaba una acción violenta contra él? ¿Quién lo pararía entonces? Sus brazos se movían con una determinación impensable, y el señalado tendría su puño de rudo metal estampado en el cráneo antes de que nadie pudiera darse cuenta de nada.

Todo eso la preocupaba.

Estuvo a punto de decirle a su hijo que se bajara y que continuara andando, pero dado que había llegado hasta allí todo el camino subido en la

armadura, decidió no poner el niño en su contra tan pronto, y guardar su veto para otros momentos en que fuera más necesario. Sabía en su corazón que Baladar quería y aspiraba a llegar hasta las puertas del mismísimo nigromante y participar en la posible contienda, cosa que, por todas sus vidas pasadas, no iba a consentir.

El páramo fue aún más inhóspito que el día anterior, porque el viento había amainado por completo y reinaba allí una calma y una quietud que no hacía mucho por refrescar siquiera sus mejillas. El sol brillaba fuerte en lo alto y reflejaba en la tierra y las cenizas, y les daba calor y sed a un tiempo, mas los odres (por mucho que Zarko hubiera traído los suyos) seguían limitados y no pudieron beber más que de vez en cuando. Corazón de Hierro caminaba muy deprisa, dando grandes zancadas, aun cuando su peso parecía ser fenomenal y sus pies se hundían en la ceniza mucho más que ninguno de los otros. Caminaba con un siseo leve y apenas audible, y a menudo tenía que esperar para permitir que el resto los alcanzase. Miles pensó que si consiguieran hacerle comprender la tarea que tenían por delante, buscar al nigromante y enfrentarse a él, no necesitarían demasiado tiempo para que la armadura avanzara hacia los pozos, cumpliera los objetivos señalados, y regresara solícito.

Tampoco vio Miles rastro de ningún animal, como la otra vez, y se dijo que tal vez el nigromante hubiera terminado lo que durante largos años había estado preparando, fuese lo que fuese, y que eso eran sin duda malas noticias para ellos, pues cualquier tarea que el enemigo considerara completa obraría en su contra. Pero para qué querría cadáveres de animales era algo que ahora no comprendía.

Comieron al atardecer, por cierto, y fue una comida breve donde primó más la ingesta de bebida que de alimento, pero descansaron un poco tendidos en la tierra sucia, mirando al cielo sin nubes y echando de menos la lluvia.

—¿Dónde está el frío? —preguntaba Tamblor—. ¿Dónde quedan las nieves del norte, y cómo es posible que las eche de menos?

—Todo eso le diremos al nigromante antes de darle muerte —exclamó Arran—, pues podría perdonarle bastantes cosas si hace acto de perdón, mas no esta desolación horrible.

Miles miraba la figura espantosa de la Entraña, que aún quedaba lejos al norte. De todas las cosas que había visto y aun las que vería, era aquella la que le producía sensaciones más desasosegantes. Ni siquiera parecía parte del paisaje. Era como si alguien hubiera arrancado un pedazo de algún otro mundo y lo hubiera clavado allí, como se clava un cuchillo en la hierba, y entre todo lo verde y las piedras del suelo pareciera un paisaje extraño con su superficie lisa y recta y sus brillos al recibir la luz del sol. Así se sentía la Entraña. Esperaba que no tuvieran que aproximarse demasiado y que alguno de aquellos pozos abiertos en el suelo les permitiera encontrar un camino hacia el nigromante, porque no estaba seguro de cómo se sentirían los hombres ante su cercanía.

Cuando anocheció, Tamblor Hylas propuso hacer un descanso para dormir.

—Dormir está bien —dijo Miles—, y muy necesario es, pero, ¿estáis muy cansados? Lo pregunto porque se me ocurre que podríamos caminar de noche, para aprovechar que no hace tanto calor, y dormir un poco más tarde.

—Ay —respondió Isobel—. En cuanto a mí, preferiría dormir un poco ahora. Mucho hace que no camino tanto y me temo que mi calzado no es tan adecuado como el vuestro.

Era verdad: a las mujeres se les fabricaba el calzado con suelas más livianas y menos duras, porque no tenían que ir a los campos lejanos y caminar entre piedras para cazar animales.

—¡Yo sigo si hay que seguir! —dijo Baladar.

—¡Ah, el hombre fuerte sobre la almena recia! —exclamó Arran—. ¡Bien puedes decirlo si has pasado el día sentado! Pues bien, yo estoy cansado, pero si hay que seguir, seguiré, y no oiréis protesta alguna.

—Como queráis hacer —lo secundó Ródegas.

—Más yo insisto en descansar el cuerpo —declaró Tamblor—. Tengo cansancio en los *pieses* pero también en el corazón. Toda esta desolación me pone triste.

—Está bien —asintió Miles sin esperar a la respuesta de los otros—. Dormiremos, entonces, y esperemos que mañana el cielo se vista con nubes y no nos castigue permaneciendo desnudo, pues el sol tiene aquí brazos más

largos, me parece.

—*Obe pita* —dijo Corazón de Hierro.

Se volvieron hacia él y vieron con claridad que miraba a una luna lejana e incompleta, como de plata.

—A Corazón de Hierro le gusta la luna —dijo Maradian sonriente, pero luego bostezó con tanta fuerza y durante tanto rato que todos estuvieron de acuerdo (por fin) en echarse a dormir, y esa noche no hubo ni una palabra más, pero sí sueños. Wáriner soñó con una aldea de casas hechas de hierro, y en cada casa había una armadura animada que hacía las tareas del hogar. Tamblor soñó que capturaba y cocinaba al pájaro monstruoso, y Miles... Miles esa noche no era un oso: se encontró mirando un cartel que pendía de una sola cadena y que, por lo tanto, se mecía torpemente de un lado a otro. En él quedaban pocas letras intactas, y aunque para Miles no eran más que curiosos dibujos sin sentido, alguien de otra época habría podido leer: EUQ...ARRAC. Las letras brillaban con tonos anaranjados, por cierto, quizá debido a las intensas llamaradas que lamían con avidez la casa de la que colgaba el letrero.

Y había humo, denso, impenetrable y preñado de oscuras estrías. Diminutas brasas incandescentes flotaban por todas partes, llevadas caprichosamente de un lado a otro, y por doquier vagaban resucitados que corrían totalmente fuera de sí. De vez en cuando, por acción del calor, estallaba una ventana, y salían despedidas esquirlas pequeñas en todas direcciones, furiosas, llenando el aire de destellos luminosos. Prendidos en el aire había también gritos que se mezclaban con la horrible caterva de sonidos guturales que los zombis conjuraban.

De pronto, una estela de humo surcó el aire a una velocidad endiablada y se estrelló contra la casa en llamas. Hubo una explosión atronadora que lanzó cascotes y grandes bloques de piedra a mucha distancia. Uno de los trozos, envuelto en una fulgurante bola de fuego, cayó encima de un grupo de espectros que corrían, y los arrastró dejando una hilera de carne y sangre de muchas medidas de longitud.

Pero del hueco de la casa salieron muchas figuras, hombres y mujeres envueltos en el humo de la explosión. Se tambaleaban como conmocionados,

agarrándose a las paredes entre toses y lamentos. Pero los resucitados se acercaron desde el lado opuesto corriendo como enloquecidos, los brazos moviéndose en ángulos inverosímiles, como si con ello pudieran darse más ímpetu en la carrera, e incluso las piernas parecían a punto de quebrarse.

Se abalanzaron sobre aquellas personas perdiéndose entre los humos y llenándolo todo de llantos, gritos histéricos y también de profundo dolor y desesperación, gritos como Miles no los había oído nunca, y como no los había oído el mundo desde tiempos ancestrales en los que el padre mataba al hijo y el hijo al hermano.

Esa situación pavorosa lo despertó, y abrió los ojos al Páramo Yermo y toda su desoladora extensión, y allá lejos, en la formación desafiante de la Entraña, vislumbró resplandores como de antorchas, y se inquietó. Pero no pudo encontrar explicación a su sueño, y de todas maneras, se dijo que un sueño era un sueño, y que no llevaba a ninguna parte pensar más en él.

Miró a Corazón de Hierro, que seguía de pie mirando a lo lejos. Se preguntó si haría algún esfuerzo por defenderlos en caso de que los atacaran, pues ni siquiera allí, en el Yermo, habían tenido la prudencia de montar guardia, pero si estaba despierto o consciente no había ningún indicio que lo demostrara, y concluyó que, a menos que Maradian se lo indicara, no haría nada por voluntad propia. Era, a fin de cuentas, una imitación de vida, como había dicho Isobel, y no una vida en sí.

No pudo dormir más. Se quedó tendido mirando a las estrellas, que le dieron un pobre cobijo, y el amanecer lo sorprendió mucho rato después.

### III

—Buenos días —los llamó Miles, repartiendo pequeños empujones con la punta del pie—. ¡Despertad! No os quedéis dormidos antes de que el sol haga sombra con vuestros cuerpos u os quedaréis sin ella.

A su mujer le puso una mano en el hombro y la meció con suavidad.

—¡Buenos días! —le dijo cariñosamente.



—¡Bueno! —exclamó Arran incorporándose—. ¡Ya veremos si son buenos o no! Búscame esta noche y te diré «¡Buenos días!» o no te diré nada.

Baladar se rio con el comentario. Se había incorporado de un salto y miraba alrededor como maravillado, aun cuando todo lo que había que ver era feo e inhóspito. Pero era nuevo, al menos, y parte de una aventura fabulosa, y acompañado de algunos de los hombres más fuertes de la aldea, como Tamblor Hylas y Arran Augia y su padre mismo, se sentía capaz de afrontar cualquier peligro, eso por no hablar de Corazón de Hierro.

—¡Eso, ya veremos! —repuso Miles—. Mucho hay que andar hoy. Los pozos están a solo un rato desde aquí, en esa dirección, y ahí veremos si son nuestro destino o no son nada.

—¿Qué te dice el corazón? —le preguntó Isobel.

—No mi corazón, precisamente, sino mi vista, pues de ellos no sale humo alguno y no creo que comuniquen con las grutas donde el nigromante prepara su magia y quema madera u otras cosas con algún propósito. Acaso estén cegados.

—Pues pronto lo descubriremos.

Se pusieron en marcha de nuevo, y fueron muy eficientes en preparar y recoger luego el desayuno, pues ya eran muchas veces en poco tiempo. Resultó que anduvieron a buen paso durante casi toda la mañana, pues en el cielo se arremolinaban nubes grises y hacía menos calor, e incluso Baladar y Maradian se mantuvieron a la altura de los hombres y sus grandes zancadas sin cabalgar a hombros de la armadura de los Antiguos, lo que para ellos era prácticamente correr.

Al rato llegaron a la primera de las grietas. Allí el suelo estaba recorrido por estrías y hendiduras, algunas de un tamaño considerable; se abrían profundas y amenazantes como si fueran a derrumbarse, y tuvieron mucho cuidado en acercarse siquiera.

—Para mí, viendo esto —apuntó Ródegas—, que aquí no se cavó nada, más bien el suelo se hundió. Si encontrara esto en el campo, me cuidaría mucho de andar alrededor.

—Se hundió, sí —corroboró Miles—. Y sospecho que el resto de los pozos son algo similar.

—Pues eso quiere decir una sola cosa —dijo Isobel—, que alguien o algo ha estado cavando por abajo.

—El nigromante —masculló Arran—. ¿Qué estará haciendo, oculto en sus cuevas, conspirando y trabajando con la muerte?

—En verdad ignoro lo que pretende —dijo Miles—, pero si eso significa privar del descanso a los muertos y diezmar la vida sobre la tierra, sea animal o planta, entonces debe ser detenido.

—¡De acuerdo! —asintió Tamblor—. Eso al menos lo tenemos claro. Pero ¿qué haremos ahora? Muy débil me parece el suelo, sin duda. No parece capaz de aguantar ni una pierna de hombre.

—Yo iré —dijo Wáriner—. No creo que mi peso llegue a la mitad del vuestro.

—¡Yo peso aún menos! —se apresuró a decir Maradian, con los ojos llenos de excitación.

—¡Tú quédate justo donde estás! —se apresuró a ordenarle Isobel—. ¿O acaso has cogido gusto a las caídas desde las alturas?

Acordaron, sin embargo, que Wáriner se atase una cuerda a la cintura, como precaución, y al otro extremo se colocaron los hombres con los pies firmes sobre el suelo. Así avanzó Wáriner sobre las grietas, muy despacio al principio, y más confiado después, pues el suelo parecía firme, y se dijeron que lo que hubo de caerse, hacía tiempo que había caído ya.

—Pues dinos, ¿qué ves desde el borde mirando abajo? —le preguntó Arran.

Wáriner estaba asomado al abismo.

—No parece una cueva, ni una entrada a ninguna cueva —explicó Wáriner—. Hay muchas rocas y muy grandes, y enmarañadas en tierra suelta que tiene abajo un color rojizo, como de arcilla seca. Y es profunda pero no demasiado; podríamos bajar con facilidad, pero ¿para qué? Si hubo aquí un túnel, está cegado.

—Bien —dijo Miles—. Vuelve entonces y sigamos mirando. Hay otros allí que echan humo, y seguro que en ellos encontraremos una entrada, ¡y lo que sea que ha construido el enemigo detrás!

Volvieron a reanudar la marcha, y en un momento dado, Isobel se acercó

a su marido y le preguntó cómo iban de agua. Mucha distancia les quedaba todavía, y en verdad no había por allí rastro de ríos, lagos o charcos, o siquiera de humedad, ni plantas ni frutos que pudieran aplacar su sed. Miles la tranquilizó en ese sentido, pero en realidad no sabía decir si tendrían agua suficiente o no. Desconocía por dónde entrarían y cuántas vueltas darían antes de entrar, e incluso cuando lo hicieran, ignoraba cuánto tendrían que recorrer bajo tierra para llegar al nigromante, o si lo encontrarían siquiera. Y aun entonces había que pensar en la vuelta, lo que en la práctica significaba doblar la previsión de agua. Pero se dijo que, mago o hechicero o lo que quiera que fuese, el nigromante era también un hombre, y si vivía allí sin moverse del sitio o salir siquiera (por lo que sabían), de alguna parte habría de beber, aunque fuera un débil canal subterráneo, y que entonces lo encontrarían y podrían despreocuparse.

A media tarde llegaron a otra de las grietas, pero tampoco allí tuvieron suerte: la tierra abierta revelaba rocas de gran tamaño dispuestas como si alguien las hubiera arrojado allí, y había oquedades pequeñas pero ninguna de relevancia, y el desánimo se apoderó de los rostros de los hombres, pero desapareció pronto porque el tercer pozo se abría a poca distancia de allí, después de una depresión suave y una subida por una loma, y de él surgía un humo débil que ascendía perezosamente hacia el cielo.

Miles deseaba que descubrieran allí algo, porque lo último que quería era acercarse más a la Entraña. Cuanto más cerca estaba, más imposible le parecía, y más fea por añadidura, y el desasosiego y la inquietud se apresuraban a arrojarse. No quería, y sin embargo sospechaba, intuía o sentía, que el nigromante debía de andar por allí, pues algo había en aquella estructura que le recordaba a la muerte, y también a la magia, pero no la magia sutil y hermosa que hacía caer el agua por las cascadas y llenaba de flores los campos cuando terminaba el invierno, sino esa magia que traía podredumbre a la carne cuando se deja expuesta a la intemperie durante demasiado tiempo, la que hacía brotar gusanos de esa misma carne días después.

Llegaron y se enfrentaron a una abertura enorme, muchas veces más grande que los otros pozos, y más profunda también. Asomarse por el borde

era recibir un impacto visual y sensitivo importante, pues no estaban acostumbrados a paisajes parecidos a aquel. Las paredes del agujero eran escarpadas y descendían durante un buen rato casi en vertical, describiendo una suave pendiente, y abajo había un enorme cúmulo de tierra, polvo y algunas rocas que despuntaban enormes. En cuanto al humo, parecía escapar por alguna porosidad del suelo, o acaso por minúsculos agujeros, pues no se distinguía entrada alguna.

—Qué contrariedad —se lamentó Tamblor—. ¿Acaso el nigromante se ha enterrado en el suelo? ¿Acaso no hay entrada que lleve hasta él?

El resto miraba también con aflicción, y en secreto espiaban la forma lejana de la Entraña, pues empezaban a temer que no solo habrían de viajar hasta ella, sino adentrarse entre sus rocas tan ominosas y hostiles, y eso lo temían más que otra cosa.

—Es inútil bajar. No veo cómo podríamos volver a subir, de todas maneras, y no creo que haya mucho que ver ahí abajo.

Arran oteó en la distancia. El siguiente agujero estaba demasiado lejos, y calculó que tardarían un buen rato en llegar a él; se les haría de noche mientras tanto, y no quería estar caminando por aquellos lugares desconocidos, tierra del enemigo.

—Pues yo digo que a dormir —sugirió—. Si el Steur no propone otra cosa.

—Y no lo haré —respondió Miles—. Me parece una buena idea. Puede que mañana tengamos más suerte.

Esa noche tampoco hablaron mucho, más por desánimo que por cansancio. Solamente Baladar cuchicheaba a Wáriner sus aventuras en las profundidades de Dosaguas, pues el joven Venorian estaba más que interesado en saber todo cuanto había que saber, y le pidió muchas explicaciones al muchacho y lo interrumpía a cada rato con preguntas acerca de detalles. Después de un rato, sin embargo, Isobel llamó a su hijo a dormir, pues era muy tarde y había que descansar, y se quedaron en silencio, unos dormidos pero otros despiertos, mirando el cielo estrellado y preguntándose sobre sus destinos.

El día siguiente, lamentablemente, fue similar. Anduvieron de un pozo a

otro sin vislumbrar en ellos túneles o escaleras que los llevaran tierra adentro, y cuanto más caminaban más cerca quedaba la Entraña. Fuera sugestión u otra cosa, lo cierto era que casi podían sentir en la piel su cercanía, como una vibración extraña que no pudieron determinar. El desánimo crecía y el agua mermaba, por mucho que intentaran beber solo lo indispensable, pero el sol brillaba otra vez en lo alto y muchos se despojaron de algunas de sus ropas.

Cuando cayó la noche otra vez, volvieron a acostarse aún más silenciosos que el día anterior. Ninguno hubiera sabido decir qué esperaban de aquellos días: enfrentamientos con resucitados, tal vez (razón por la que llevaban el martillo), cosas mágicas ocurriendo bajo la luz de las estrellas con lluvias de fuego y tormentas de hielo, a lo mejor, y por mucho que hubieran dedicado sus vidas a sembrar y cortar madera y construir cosas con ella, estaban preparados para lo inesperado. Pero dar vueltas cerca de la entrada sin ser capaces de encontrarla siquiera era otra cosa. Muy lejos quedaba el recuerdo de los que superaron Quebrantahuesos con el esfuerzo de sus músculos y alzaron sus cuchillos al sol de la mañana, felices y bien pagados de sí mismos.

Al día siguiente brilló el sol de nuevo, y el calor se les echó encima, y otra vez se les cubrió el cuerpo de polvo que se mezcló con el sudor produciendo una pátina infame que se les metía en los ojos y hacía que les escocieran. En cuanto a los pozos y grietas que visitaron, no hubo tampoco suerte alguna esa vez, pero recorrieron mucha distancia acercándose a la Entraña, y desde donde estaban podían ver incluso la lammaka-tat, o «hierba muerta», que crecía por la superficie de la roca, negra y extraña como si fuera suciedad.

Al anoecer, los ánimos estaban bajos. Isobel intentó mantener la moral arriba con espíritu alegre, pero incluso los niños estaban apagados, como aburridos, y Wáriner se miraba las manos y la suciedad ya antigua que se apelmazaba en ella, y entonces tuvo una idea.

—Zarko Augia *el Viajero* —dijo volviéndose hacia él.

Zarko estaba apañando su calzado, mil veces remendado y reparado.

—¿Sí, señora?

—Poco hablas y no mucho dices —exclamó Isobel—. ¿No harás la cena

más llevadera contándonos alguna historia de tus viajes? Estoy segura de que a muchos nos gustaría escucharla.

Wáriner levantó la cabeza de su ensimismamiento.

—Por cierto que sí —se apresuró a decir.

—¡Cuéntenos una historia! —pidió Baladar.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó Maradian, entusiasmado.

Isobel sonrió. El entusiasmo de los niños los había sacado de sus lóbregos pensamientos y miraban curiosos a Zarko.

—¡Está bien! —asintió este—. En realidad me gusta tener la oportunidad de contar algo de mis viajes, pues no se me suele preguntar mucho en la aldea, salvo tal vez Wáriner y la mujer de Dorlur Hylas. Os digo que en su corazón reside una viajera, de haber elegido, tal vez, otro tipo de vida.

Isobel asintió, sonriente, pues también ella tenía esa sensación sobre la mujer de Dorlur.

—Pues bien —empezó Zarko—. Os hablaré de mi último viaje. Sabed que, cansado del polvo del camino y de las montañas y hasta de las ciudades llenas de gentes y de mercancías y cosas, me dirigí al este y al sur, y llegué a la ciudad costera que unos conocen como Acantilados, y otros como Punta Estrella. Había oído hablar de ella, y muchas veces, pero no podía esperar lo que encontré. ¡Ojalá pudierais ver las imágenes y las sensaciones que han quedado en mi cabeza! Pero imaginad, si podéis, que una mitad está arriba de un pronunciado acantilado, y la otra abajo, y todo entre medio está lleno de casas y escaleras y pasarelas que descienden en suaves pendientes. Allí hay miradores y plazas donde se respira el aire del mar y se siente el frescor en la piel, pues los días son calurosos y el sol brilla siempre en lo alto. No tienen rey ni señor, como no sea una tranquilidad embriagadora. Las gentes caminan despacio y gustan de detenerse a comentar cómo van las cosas por mucho que allí sea raro lo excepcional. Los días se suceden con calma, y no cosechan ni siembran ni trabajan la tierra, aparte de unos árboles frutales, pues se alimentan sobre todo de pescado y otras cosas que extraen del mar, algunas de las cuales tienen un sabor tan extraordinario que no podía dejar de comerlas. Las casas son blancas y los tejados están decorados con colores hermosos, naranjas y ocre, sobre todo, y el sol arranca destellos de los

muros, pues engastados en ellos hay piedras que centellean con la luz. ¡De lejos, la ciudad parece nadar en una purpurina como mágica, y de noche...! — Hizo una pausa soñadora mientras los demás escuchaban embelesados—. Oh, de noche el pueblo se transforma, y los amantes pasean a la luz de unos faroles que hay emplazados por todas partes, se dan la mano y se sientan a cantar en los peldaños y los muros bajos que delimitan los caminos empedrados. Pero hasta que sale el sol hay siempre gente cantando en alguna parte, o bebiendo, o comiendo, y las voces de los hombres son fuertes y las de las mujeres dulces, y escucharlas mientras miras al mar te produce una sensación de paz que no he conocido ni en la soledad de las montañas más altas ni en los caminos tranquilos que se recorren de noche a solas.

—Eso es bonito —susurró Isobel, soñadora.

—Un puerto tiene ese poblado, y uno grande, por cierto —siguió diciendo Zarko—. Allí llegan barcos grandes fabricados con maderas flexibles y recias, y mástiles altos cargados de velámenes y cabos que van y vienen de todas partes a todas partes. Verlos allí sobre el agua llenos de mercancías y barriles y cajas de todas las formas te transporta a un estado especial. Cada navío es como una promesa de conocimiento, y viajes, y cosas nuevas, y el olor de esas mercancías te llega y te abruma, ¡porque cada uno es nuevo y distinto a los anteriores!, y huele a sal marina y los marineros huelen a tabaco de pipa y a cuerda de cáñamo y a sudor.

Isobel seguía escuchando embelesada. A menudo se preguntaba cómo habría sido su vida de no haber conocido a Miles, y aunque no cambiaba lo que tenía por una vida llena de aventuras por muy insólitas que fueran, tenía por cierto que habría acabado como Zarko, conociendo todo el mundo que hubiese podido. Escuchar aquel relato era como abrir una pequeña puerta a esa vida, aunque no hubiera sido la suya.

—Iba cada día a ver los barcos ir y venir, y a los hombres cantar mientras descargaban, y a las mujeres sonreír mientras afinaban los aperos de los barcos. ¡Pues eran ellas quienes reparaban y construían muchas de aquellas embarcaciones! Y vaya acierto... ¡Ojalá supiera de las palabras hermosas que usan algunos grandes hombres en las ciudades para expresaros cuánta belleza había en las embarcaciones construidas en Acantilados! Sus formas son

suaves, sin ángulos sobresalientes, como el nácar que se extrae del mar. Cuando navegan, las velas conforman un baile en movimiento, toda la luz atravesando sus telas delgadas pero fuertes, más pequeñas en un extremo y más altas en el centro, como una colina que se desliza por el mar.

—Casi he creído verlo con tus palabras, Zarko *el Viajero*.

—Así es —afirmó Arran carraspeando—. De haber sabido que eras tan bueno contando historias, ¡te habría invitado a más de una y más de dos celebraciones familiares!

Zarko rio.

—En verdad iré si me invitas, pues tus costillas al fuego son una leyenda en la aldea.

Arran pareció regocijarse.

—¡Pero sigue contando! —le pidió Isobel—. ¡Te lo ruego!

Zarko sonrió, entornó los ojos como recordando, y continuó:

—Un día, henchido de los muchos placeres de la noche, decidí embarcarme en uno de aquellos navíos. El *Narbarú* salía al día siguiente en dirección a unas islas situadas a muchas jornadas de allí, pero no demasiadas, y pensé que era una oportunidad excelente para vivir esa experiencia. Me enrolé como ayudante de cubierta, y estaría a las órdenes de cualquiera que me necesitase. Eso suponía mucho trabajo, y además constante, pero acepté, pues estaba deseando averiguar qué se sentía desplazándose a gran velocidad por el mar.

»La experiencia fue algo nefasta al principio, pues el barco surcaba las olas a gran velocidad, y se zarandeaba como si estuviera siendo empujado por gigantes enormes. Me mareaba, y tenía que asomar la cabeza por la borda para vomitar todo lo que llevaba dentro y un poco más, y me creí morir mientras la cabeza me pesaba sobre los hombros y los ojos se me cerraban. Pero poco después era un buen amigo de las olas que salpicaban mi cara y me hacían sentir vivo de nuevo, y el mareo acabó pasando.

»Disfruté largamente del sonido de la madera crujiendo por todas partes, y del olor intenso del mar, muy diferente del de la orilla. El movimiento, la madera protestando, las cuerdas tensándose, creaban la ilusión de que el barco estuviese como vivo, o acaso que nosotros formásemos parte de él.



Comíamos pescado y fruta, y el pescado que se extraía del mar era de un tamaño enorme y tenía un sabor que no lo había conocido en tierra, pues la carne de este era roja e intensa, y no blanca, como yo había visto en otras partes. De noche, cuando el mar estaba en calma, se encendían faroles y se ponían velas. Entonces se contaban historias sobre marineros y barcos que llegan a confines inexplorados y encuentran islas llenas de prodigios de los Antiguos, a menudo con monstruos que los protegen. Mis favoritas eran las del capitán Clavijo. Ignoro si la mitad de esas historias eran ciertas, pero de serlo, apuesto mi vida a que aquel hombre era el capitán más bravo y valiente de cuantos han cruzado alguna vez el mar.

—¡Cuenta alguna historia del capitán Clavijo! —pidió Baladar.

—¡Sí, por favor, sí!

—Oh —exclamó Zarko—, ¿ya habéis tenido bastante de mi viaje?

—Tu viaje está bien —dijo Maradian—, pero queremos oír historias del capitán Clavijo, ¡pues dices que era el más valiente entre valientes, y eso entraña algún peligro en la historia, y no el pescado de colores!

Todos rieron.

—Mi mareo fue muy peligroso —dijo Zarko, aún con una sonrisa—. ¡Pero bien está! A menudo un contador de historias requiere de ganas de ser escuchado más que de agua para su garganta.

»Del Capitán Clavijo he oído varias cosas. Unos dicen que es alto y corpulento, y otros delgado y enjuto. Unos, que en su rostro centellea un solo ojo, y otros, que ambos son verdes y refulgen como esmeraldas cuando el sol incide en ellos. Lo que sí dicen todos, y en ello están de acuerdo, es que el capitán Clavijo es el hombre con más suerte del mundo.

»Una vez gobernaba su navío por los océanos buscando una isla perdida. Se decía de ella que había tesoros dejados allí por los Antiguos, y al capitán le gustaban esas cosas como a todo el mundo, pues se intercambian bien por comida y enseres en casi cualquier parte. Pero era una zona de tormentas, y el barco del capitán cayó en una.

—¿Puede haber tormentas en el mar? —preguntó Maradian.

—¡Y de las peores! —contestó Zarko—. Imagina, si puedes: las olas zarandeando el barco, empujando y tirando de él, y los mástiles amenazando

con partirse. ¡En verdad crujían y gemían como lo hacen los troncos de los árboles en el bosque cuando el viento sopla con fuerza! Los marineros se esforzaban corriendo de un lado a otro, asegurando los cabos y las velas, pero las olas eran altas como colinas, y de vez en cuando una de ellas arrasaba la cubierta y alguno de los hombres salía despedido en medio de un torrente de agua, caía al mar y se perdía entre la espuma.

—¡Ay! —exclamó Baladar.

—Solamente el capitán Clavijo iba caminando por la cubierta como si estuviera en una granja en mitad del campo, y en un suelo tan firme como el de un salón. Si perdía pie y se zarandeaba hacia la izquierda, el barco giraba abruptamente y se ladeaba a la derecha, y al revés. Si una ola se aprestaba sobre él desde un lado, de repente decidía sin saberlo agacharse para recoger un cabo, y la ola le pasaba por encima. Cuando lanzaba un extremo por la borda para ayudar a algún marinero caído al mar, una ola se levantaba para tomar el cabo y depositarlo, mágicamente, en la mano del marino.

—¿Cómo hacía eso, el capitán? —preguntó Maradian, asombrado.

—No lo hacía él —explicó Arran—. Ya te lo ha dicho: ¡era el hombre con más suerte del mundo!

—Oh.

—Pues bien —continuó diciendo Zarko—. Entre el caos, la lluvia y el oleaje intenso, la visibilidad era tan mala que ni el vigía más avezado hubiera podido decir si estaban en el mar o entre las rocas de la falda de una montaña, así que cuando menos lo esperaban, se encontraron con un barco enorme prácticamente encima, salido como de la nada. ¡Tan cerca que la colisión era inminente!

—¡Oh, no! —exclamó Maradian.

—El encontronazo provocó un estruendo que rivalizó con el sonido de los mismísimos truenos, tan fuerte que retumbó en todos los corazones. La madera fue arrancada de su estructura, se quebraron las tablas mientras la proa de uno entraba, hostil, en la popa del otro, y los trozos muchos volaron por todas partes. El mástil de uno de los navíos se quebró y cayó con rapidez sobre la cubierta, una pesadilla de velas y cabos y aparejos, destruyendo en el acto la bancada de estribor. Algunos hombres murieron en el acto.

»Después del encontronazo, ambos barcos quedaron trabados, encajados en su estructura más básica, como si fueran una sola embarcación. El barco del capitán Clavijo tenía la popa elevada, y esta sobresalía del agua tumultuosa como un puño, sin que se advirtiera ningún signo de zozobra, ¡tan trabados estaban! El capitán Clavijo miraba al navío con el que habían chocado; si ambas tripulaciones trabajaban juntas, aún podrían salvar gran parte de ambos barcos y regresar a la costa. Sin embargo, los marineros del otro buque saltaban ya sobre la cubierta de su nave, portando espadas grandes y también lanzas y hachas y otras armas, y bramaban coléricos. Cuando atacaron al primero de sus hombres y el tajo lo privó de la mitad de su brazo, el capitán Clavijo supo que no habría acuerdo ni colaboración.

»Sucedió que el mástil del otro barco había caído de manera que su extremo quedaba a los *pieses* del capitán, así que saltó sobre el palo y corrió por él con una velocidad asombrosa. ¡Pensad que los barcos subían y bajaban, y escoraban a uno y otro lado en medio de un estruendo de madera chirriando, y que la madera era curva y estaba mojada!, pero el capitán no resbaló ni cayó en ningún momento. En un instante estaba en la cubierta del otro navío, subido sobre la baranda de popa, con su chaqueta de capitán ondeando al viento y la espada en una mano.

—¡Adelante, capitán Clavijo! —exclamaron los niños al unísono. Se miraron, sorprendidos, y se rieron con ganas. Estaban en verdad entusiasmados, y la madre de Baladar sonreía al ver la diversión extasiada que los embargaba.

—Se dice que el capitán Clavijo recorrió la cubierta dando mandobles a uno y otro lado, y que alrededor de él se agolpaba el enemigo, todo brazos levantados y hachas y lanzas con extremos de puntiagudos filos. Las hachas se quebraban por sus mangos de madera, y la legendaria suerte del capitán actuó de nuevo haciendo que la parte superior cayese afilada sobre las cabezas de sus contrincantes y se clavase en ellas. Cuando su estoque se hundía en el corazón de alguno de los marineros, este se revolvía con un espasmo y su propia arma terminaba hincada en el cuerpo de alguno de sus compañeros, de modo que los hombres iban cayendo muy rápidamente.

»Recorrió el capitán la embarcación de uno a otro lado, todo

embadurnado de sangre. ¡Zas, fas! La espada hablaba por él. Un rufián se le acercó por la espalda, y cuando parecía que iba a hacerlo caer, alguien lanzó un hacha desde el otro extremo. El capitán resbaló brevemente (pues mucha era la sangre y el agua en el suelo de madera) y el hacha terminó clavada en el rostro del que estaba a punto de darle muerte. Y así ocurría cada vez: un giro inesperado del discurso de la batalla salvaba al capitán de una muerte segura y lo enardecía y animaba para la victoria.

Los niños miraban a Zarko con una expresión tan embelesada que Isobel tuvo que contener una risita.

—¿Y el resto de sus hombres? —preguntó Baladar—. ¿Es que nadie lo ayudó?

—Ni falta que hizo —explicó Zarko—. Se dice que en aquella batalla ni uno solo de sus marinos tuvo que levantar un brazo contra otro. El capitán se ocupó de todos y de cada uno, ¡él solo!, y que mucho antes de que cayesen diez rayos desde el cielo sombrío, todo había acabado. La cubierta del barco enemigo era ahora una alfombra de cuerpos sin vida, muchos de ellos mutilados, otros atravesados de parte a parte por el metal del capitán o por sus propias armas. Habían vencido.

—¿Y qué pasó después? —quiso saber Baladar—. ¿Se hundió el navío del capitán Clavijo?

—De ningún modo —repuso Zarko—. Más bien lo contrario. Los dos barcos trabados el uno en el otro eran una embarcación mucho más sólida, y la tormenta no pudo hundirlos. Cuando la tempestad pasó y reinó otra vez la calma, los hombres comenzaron a reparar los daños, usando la madera del segundo buque para reparar el primero. Mucho tiempo tardaron, pero días después de la contienda, el barco del capitán Clavijo navegaba de nuevo, ahora con una proa reforzada, en cuyo extremo colocaron los cráneos desprovistos de carne de los vencidos para que los guiasen por el mar hacia su destino. Se dice que en las bodegas del enemigo encontraron tesoros de valor incalculable, y se dice también que el capitán realmente encontró la isla y que allí vivió grandes aventuras, de todas las cuales salió airoso.

—¡Cuéntanos más cosas del capitán Clavijo! —exclamó Baladar, como enfervorizado.

—¡Ya está bien por hoy! —los interrumpió Miles.

—Caramba —dijo Ródegas—, sin duda es una historia muy buena. Casi he sentido el mar en la cara y las estocadas del afortunado capitán Clavijo.

—¡De hecho, así es! —opinó Arran, y también Tamblor y Wáriner aplaudieron el relato.

—En cualquier caso, el capitán Clavijo puede esperar a mañana —dijo Miles—. Se hace tarde rápidamente y estamos cansados.

Los niños protestaron hasta ponerse pesados, pero al rato, estaban todos dormidos. La historia del barco les había resultado refrescante, dadas las circunstancias, y uno por uno agradecieron a *Zarko el Viajero* aquellas sensaciones.

Esa noche, Miles tuvo sueños intranquilos en los que era un oso de nuevo, y estaba parado en el Yermo junto a uno de los pozos. De pronto ya no estaba fuera, sino dentro, intentando trepar por una de las paredes sin resultado; cada vez que lo intentaba, resbalaba. Se sentía atrapado. Allí flotaban humos blancuzcos que le oprimían y abrasaban los pulmones, pero a pesar de la asfixia, la urgente necesidad de escapar era más fuerte. Cuantos más zarpazos lanzaba a la pared, más polvo salía, como si estuviera hecha de capas y capas de fina tierra. Una sucedía a la otra. Cuando se miró la pata y fue incapaz de distinguir esta de la pared (tan llena de polvo estaba), despertó con la respiración agitada. Tampoco esa noche pudo dormir más; se dio la vuelta, abrazó a Isobel con suavidad y se quedó allí tendido. Pero a pesar de la pesadilla y lo torcido del curso de los acontecimientos, se sentía de pronto tranquilo. Escuchó el silencio de la noche y la respiración suave y tranquila de su mujer, sintió la tierra bajo el cuerpo y, durante mucho tiempo, se contentó con admirar el tono verde de los pastos de la luna.

## IV

El nuevo día los condujo, otra vez, junto a uno de los pozos. No tenían mucha esperanza, pues no había habido suerte hasta entonces, y de aquel no salía

siquiera humo que pudiera revelar un paso hacia el interior, pero cuando se asomaron por el borde, Miles Steur entrecerró los ojos.

Aquel pozo era demasiado parecido al que se le había aparecido en sueños como para ignorarlo.

Antes de que nadie pudiera decir nada, Miles dio un salto y se dejó resbalar hacia abajo, levantando una nube de polvo detrás de él.

—¡Miles! —exclamó Isobel.

—¿Qué hace? —preguntó Arran—. ¡El Steur ha visto algo!

Lo miraron esperanzados mientras llegaba abajo, pero cuando lo hizo, se limitó a acercarse a una de las paredes y a escarbar con las manos.

—¿Qué has visto, Steur? —le preguntó Tamblor.

Arran miró a Isobel, pero ella negó con la cabeza.

—¿Lo ayudamos? —inquirió Ródegas.

Isobel no respondió, se lanzó hacia abajo, dejándose deslizar por la inclinada pendiente.

—Está bien —dijo Wáriner—. ¡Abajo entonces!

—¿Qué has visto, esposo? —le preguntó Isobel cuando llegó a su lado.

—Nada aquí, por cierto —respondió Miles—. Pero anoche tuve un sueño y...

No añadió nada más, pero para Isobel era suficiente. También ella había tenido sueños especiales a los que, en ocasiones, había lamentado no hacer caso. Asintió y se puso a rebajar la tierra con las manos.

En un momento, todos estuvieron abajo, retirando tierra y polvo, excepto Baladar, Maradian y Corazón de Hierro. Parecía una tarea fútil, pues cuando retiraban una capa con la mano, la pendiente se apresuraba a escurrirse hacia abajo y tapar de nuevo el hueco; sin embargo, algo iban consiguiendo.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Arran por fin.

—¡Ya veremos! —respondió Miles—. Tengo una intuición sobre este lugar.

—¡Una intuición! —exclamó Arran—. Está bien. Estamos tan desesperados que, en cuanto a mí, es razón suficiente. Pero si no encontramos nada, ¡espero que tu intuición sirva al menos para quitarnos la tierra de las manos!

—¡Y si lo encontramos, usaré tu lengua para quitar la tierra de las mías!  
—contestó Miles sin dejar de trabajar.

—¡Eso no lo verás! —respondió Arran.

Isobel iba a decir algo, pero los hombres parecían trabajar tanto más duro y rápido cuanto más se encrespaban, lanzando bravuconadas a modo de leña en el hogar, y los dejó estar.

Los trabajos, por cierto, levantaron una polvareda considerable; de vez en cuando, alguno tenía que apartarse para toser y respirar aire de nuevo, pero al cabo regresaba con renovadas fuerzas.

—¡Aquí! —dijo Wáriner de pronto. Tenía el brazo extendido y la palma sobre la pared de tierra. Sus ojos brillaban como las estrellas en la noche.

Miles se lanzó corriendo hacia él, pasando entre Ródegas y Tamblor. Puso su mano junto a la de Wáriner y palpó una superficie dura. Le bastó con mover la mano a uno y otro lado para averiguar con el tacto que allí no había piedra, sino algo duro, innatural, algo que recordaba a las construcciones de los Antiguos.

—Helo aquí... —dijo, contento.

—Pues bien, ¿qué es? —preguntó Arran.

—¡Saquemos la tierra de aquí! —exclamó Miles—. Traed la pala y las fuerzas y las ganas de usarla, traed también a Corazón de Hierro si acaso puede ayudar con esto. Saquemos la tierra y veamos, ¡sí, veamos, pues bajo todo este polvo y esta tierra traídos por el viento durante años hay algo escondido!

—Pero Miles... —empezó a protestar Arran. Sin embargo, el resto de la comitiva se lanzó enseguida a trabajar, con comentarios entusiasmados y manos rápidas. Todos excepto Zarko *el Viajero*, tal vez, que imitaba al resto pero con una expresión incierta en el rostro. Hacía tiempo que no los veía de esa manera, ilusionados de nuevo, y los dejó hacer, pues se dijo que el entusiasmo era bueno. Él, en cambio, se preguntaba para qué serviría todo aquel trabajo, si acaso servía de algo al final.

Pero mientras tanto había sacado la pala y Maradian se esforzó por tratar de hacer entender a Corazón de Hierro lo que necesitaban que hiciese, pero no estaba obteniendo resultados. Tanto Wáriner como Isobel los espiaban con

curiosidad mientras trabajaban, y observaban a la armadura imitar ciertos movimientos aunque sin mucho acierto. «¡Boj!», decía el niño. «¡Boj!», repetía Corazón de Hierro. Hacía aspavientos y giraba los brazos con velocidad y fuerza, pero Maradian no conseguía hacerlo avanzar hacia la pared y que moviera los brazos para retirar la tierra.

—¡A veces es tan tonto como un conejo! —exclamó el niño.

—¡Ja! —dijo Arran—. He visto conejos más listos que cualquier hombre que conozca.

—¡Puede ser! ¡Pero vaya!

Los hombres rieron, mirando de soslayo los movimientos absurdos de la armadura.

Al rato tenían expuesto parte de lo que fuera aquello: una superficie lisa con ligeras protuberancias, todas horizontales y uniformes, como una tabla de madera pero de algún otro material duro que acaso fuera hierro u otra cosa, como una pared. Wáriner era tal vez el que apartaba la tierra con mayor entusiasmo, deseando desvelar el misterio que se encerraba tras esa superficie.

—Pues bien, tal vez debas explicarnos, Miles Steur, cómo sabías que esto estaba aquí —dijo Arran.

—Tuve un sueño, Arran Augia —explicó Miles—. En él, cavaba en esta misma pared, y aunque no sabía lo que había debajo, en el sueño mi brazo terminaba lleno de tierra al punto que no se distinguía del resto del pozo. Al verlo hoy pensé en Corazón de Hierro, que por la mañana, después de aquella tormenta, acabó como oculto bajo el polvo, y se me ocurrió que el tiempo y las tormentas podían haber tapado lo que hubiera de especial en estos agujeros.

—¡Ah! —exclamó Arran—. Pues bienvenidos sean tus sueños si ellos nos conducen a algún sitio, ¡por mucho que por ahora solo vea pared! Espero que no tengamos que desenterrar algo grande y tan inútil como Dosaguas, o nos llevaría tanto tiempo que nuestros nietos tendrán que venir a sustituirnos.

—Ojalá la tierra fuera comestible —manifestó Ródegas—. Así nuestro Tamblor podría acabar con todo el yermo, ¡siempre que cuente con una cuchara lo bastante grande!



Arran soltó una carcajada mientras Tamblor resoplaba con languidez.

—En cualquier caso —siguió diciendo Isobel—, a lo mejor no es tan inútil como crees, Arran Augia. Pues mirad lo que he encontrado en este lado.

Miraron y vieron una rendija que recorría toda la superficie vertical del pozo. Apenas de una uña de ancho.

—Pues... ¿qué he de decir? —respondió Arran.

—¿Acaso no parece la rendija de una puerta? —apuntó Wáriner.

—Muy cierto —opinó Zarko—. Eso parece. Pero si es el caso, ¡esta hoja es demasiado grande!

—¡Ah! —soltó Ródegas—. Zarko tiene razón. ¡Qué contrariedad!

—No importa —dijo Miles, moviéndose nervioso de un lado a otro—. Ya lo descubriremos. ¡Seguid, seguid y sacad la tierra y devolvedla al suelo!

Mucho rato más les llevó limpiar las paredes lisas y metálicas, tanto que el día se convirtió en tarde, y la tarde declinó y las sombras cayeron sobre el pozo. Habían dejado al descubierto una gran superficie, larga como treinta hombres en hilera, con una sola marca en un extremo, sin que vieran allí ninguna otra cosa relevante, ni a un lado ni a otro, como no fuera una ranura que discurría por toda la base de la pared, dándole apariencia de puerta.

Miles, exhausto, se dejó caer al suelo.

—No puedo más —dijo.

Incluso los niños habían aportado su fuerza y su tiempo, y estaban sudorosos y cubiertos de polvo rojizo.

—¡Yo tampoco! —exclamó Maradian.

—Pues paremos —sugirió Arran—. Tampoco mis brazos son lo que fueron esta mañana, y de todas maneras la noche se acerca. Aun cuando consiguiéramos abrir esta puerta, si en verdad lo es, no querría dejar salir nada de lo que pudiera haber dentro si no hay sol sobre nuestras cabezas.

—Sabias palabras —lo secundó Tamblor—. Entonces, a comer y a descansar, que hoy dormiré de un tirón y mucho.

—Siempre duermes de un tirón y mucho —lo chinchó Ródegas.

—¡Pues hoy dormiré dos veces, es lo que digo!

—En cuanto a mí, lo que me gustaría es comer algo diferente —declaró

Ródegas—. Algo de pescado, tal vez. O unas zanahorias, o patatas calientes con hierbas.

—¡Patatas! —dijo Tamblor de repente—. ¡Pues vaya, esperad un poco! ¡Las había olvidado!

—¿Olvidado? —quiso saber Zarko.

Tamblor fue hasta su hatillo y hurgó en él. Tuvo que sacar unas y otras cosas para hallar lo que buscaba, pero cuando lo hizo, mostró unas patatas envueltas en un envoltorio de tela pequeño.

—¡Patatas! —exclamó Ródegas—. ¡No puedo creerlo!

—Patatas viejas, me temo, llenas de raigones, no tan buenas para comer en casa donde hay otras cosas. ¡Apartadas las teníamos! Pero me dije que cuando estás lejos del hogar bajo el cielo azul y con los pies cansados, estas patatas sabrán como el venado que se ha puesto no muy cerca de la llama durante mucho tiempo.

—Pues en verdad sí —afirmó Wáriner—. ¡Y apetecen mucho!

—No lejos de aquí hay uno de esos árboles secos y torturados —dijo Zarko—. Iré a por leña. ¡Hagamos un fuego, comamos carne y patatas calientes!

Lo celebraron mucho, sobre todo los niños, a pesar del cansancio; y encendieron un fuego y cocinaron en él. Esa noche hablaron bastante y observaron la misteriosa pared-puerta con ojos curiosos. Unos pensaban que no conseguirían nada aun descubriéndola en su totalidad, y otros creían ver allí una manera de acceder al cubil del nigromante, pero entre los miedos y las dudas y las conversaciones en voz baja sobre Dosaguas, Sombraviva y los Antiguos (que Wáriner, en particular, disfrutó enormemente) hubo bromas y risas otra vez, e Isobel estuvo muy ocurrente y entretuvo a todos con respuestas ingeniosas y hasta una canción, después de lo cual se tumbaron a dormir alrededor del fuego, pensando que al día siguiente harían progresos.

Se levantaron muy temprano, ya que ni el día había despuntado, y se pusieron manos a la obra. Trabajaron toda la mañana, por cierto, revelando cada vez más superficie. Cuanta más pared dejaban al descubierto, más entusiasmados estaban, pues intuían o esperaban ya el final. Sin embargo, la oscuridad volvió a caer sin que hubieran hallado nada nuevo, y esa noche no

hubo fuego sino una comida frugal.

—Mañana lo conseguiremos —afirmó Miles.

Pero nadie contestó.

## V

Era el mediodía del cuarto día desde que empezaron a trabajar, y los ánimos estaban en su estadio más bajo. El agua empezaba a escasear; apenas quedaban dos odres, y aunque habían sido acondicionados adecuadamente, percibían que algo se estaba perdiendo con el sol, un poco cada día.

Arran, Ródegas y Tamblor formaban el grupo de enfadados, pues pensaban que estaban perdiendo tiempo y energías con la misteriosa pared. El resto confiaba en Miles. Este no había vuelto a tener sueños, pero seguía confiando en aquella suerte de revelación que tuvo noches atrás, y trabajaba febril. La escasez de agua los hacía parecer esculturas de arcilla; tan rebozados de polvo rojizo estaban.

Por fin, Ródegas lanzó un grito.

—¿Qué ocurre? —exclamaron unos y otros.

Ródegas había encontrado algo diferente en la superficie: unos volúmenes extraños, como ramas de árbol, aunque lisas. Hendiduras y salientes de pequeño tamaño las rodeaban y adornaban. Sin embargo, no perdieron mucho tiempo hablando de ello: estaban expectantes y se apresuraron a sacar la tierra de alrededor para que lo que resultaba nuevo a la vista quedara por fin expuesto.

Les llevó un buen tiempo, y cada vez que tenían delante alguna forma completa, la miraban durante un rato, como si la sola observación les pudiera dar alguna pista de su naturaleza o su propósito. Arran Augia, no obstante, cavaba ya sin mucho entusiasmo.

Cuando llegó la noche, habían dejado al aire casi toda la estructura: una serie de volúmenes lisos que salían de la pared, daban vueltas y volvían a perderse en ella, con rugosidades pequeñas, proyecciones como juncos, y una

especie de rueda con varios salientes, cada uno apuntando en una dirección diferente. La mayoría era, o había sido, de un color negro intenso; otros aún brillaban como la espada más pulida del mundo. Más allá de ese compendio misterioso había roca, y en ella se integraba, dando por terminada la pared.

—Pues no parece un acceso ni puerta alguna —dijo Arran, ceñudo.

—Ya veremos —repuso Miles—. ¡No desesperes todavía, Arran Augia!

—Quizá debimos haber avanzado hacia la Entraña y haberla enfrentado con miedo o sin él —protestó.

Los niños se miraron y se estremecieron. ¡La Entraña! Mucho la habían espiado mientras los hombres trabajaban, tan misteriosa como extraña, tan terrorífica como fascinante, y cuando tenían oportunidad hablaban de sus formas y de las siluetas que creían divisar en sus curvas y paredes, algunas de las cuales parecían rostros afectados por una desesperación manifiesta. De todos los lugares del mundo donde preferían no estar, aquel era el primero de la lista.

—Sin duda, Wáriner Venorian está encantado con estos trabajos enredando en cosas de los Antiguos —siguió refunfuñando Arran—, ¡pero busquemos un enemigo que obra con magia, y no veo relación sino distracción!

—Paciencia, Arran Augia —le insistió Isobel con cierta dulzura, intentando apaciguar los ánimos.

—Sin duda —empezó a decir Miles—, esta parte de aquí debe...

En ese momento, Ródegas dio un alarido.

## VI

Una figura encapuchada y cubierta de telas y ropajes varios estaba mirándolos desde lo alto del agujero, al lado de Corazón de Hierro. No era demasiado alta. Tenía una mano levantada que había puesto sobre el pecho metálico de la armadura, y en la otra sujetaba un palo largo como los que usan los ancianos para asistirse al andar. Era imposible verle la cara desde

allí.

Ródegas se estremeció.

—¡El nigromante! —exclamó.

Isobel se movió con rapidez para ponerse delante de los niños, con una expresión de inquietud en el rostro.

—¡Hola ahí arriba! —dijo Miles en voz alta—. ¿Quién va?

La figura no respondió. Apartó la mano del pecho metálico y la recogió en su propio regazo. Luego empezó a bajar dando pasos pequeños, acercándose al grupo.

¡La espera se hizo eterna! Arran y Tamblor sacaron sus cuchillos y adoptaron una actitud defensiva. Miles, no; él esperaba con el cuerpo erguido y la mirada tranquila, los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. El resto tampoco decía nada.

La figura recorrió los últimos tramos y se puso cerca de ellos. Wáriner fue a decir algo, pero se calló; tenía una sensación, o una sospecha, y cuando la figura retiró el manto que envolvía su cabeza, lanzó una exclamación de sorpresa.

Tenía razón.

# LOS *ANDRAIDES*



## I

—¡La Heredera! —exclamó Wáriner al verla. Luego levantó los brazos hacia el cielo y lanzó una exclamación de júbilo.

Miles, Arran y Ródegas Hylas, que ya la conocían, no podían creer lo que veían. Aún no habían salido de su estupor, pero en su interior se abría paso una sensación cálida y esperanzada, sobre todo en Miles: con la Heredera allí tendrían muchas más posibilidades de vencer, si acaso había venido a ayudarlos y no a otra cosa más ominosa, como advertirlos.

—¿Ella es... es la Heredera? —preguntó Isobel.

La mujer asintió.

—Saludos a ti, Isobel Steur.

—¡Vaya, vaya y vaya, por cierto! —decía Arran mientras enfundaba otra vez su cuchillo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —se sorprendió Isobel.

La Heredera levantó una mano en el aire.

—Sé muchas cosas, pues durante largo tiempo he dedicado mi vida a saber, un día tras otro.

—Has venido —dijo Miles entonces—. Pero dijiste que...

—Las cosas cambian, Miles. Lo que decimos es corolario de nuestra situación. Cuando la situación cambia, lo que hemos dicho debe cambiar también.

—Entonces... ¿vienes a ayudarnos? —le preguntó Wáriner.

—Así es —asintió la anciana.

—Gracias —dijo Miles, conmovido y súbitamente contento. Y acto seguido, Wáriner lanzó un nuevo grito de júbilo. Fue tan espontáneo y alegre que, esta vez, unos y otros lo siguieron, aun cuando algunos como Zarko o los niños no comprendieran bien qué significaba aquello. Y bailaron sobre la tierra removida y brincaron y se abrazaron, y Maradian, llevado tal vez por los sentimientos que allí se liberaron, lloró sin saber por qué, aunque acaso fuera en recuerdo de su padre, que ya no estaba allí cuando las cosas se prometían felices de nuevo.

—Pero cuéntanos —dijo Miles al cabo de un rato—, ¿qué cambió allí, en Sombraviva, para que ahora estés aquí? Dijiste que estabas atada a ese lugar.

—¿Qué cambió, preguntas? Bueno. Todo ha cambiado.

La anciana caminó lentamente hacia una roca y se sentó en ella antes de continuar.

—No pasaron ni tres días cuando Sombraviva empezó a cambiar. Los árboles crujían y se dolían, la tierra chirriaba. Un gran dolor atenazaba al bosque, uno mayor que el mayor de los males que haya visto nunca. Sombraviva es fuerte y antiguo, sin duda, pero comprendí que era incapaz de hacer frente a lo que fuera que lo estaba afectando. Me preocupé. Di largos paseos por zonas que hacía mucho que no recorría y llegué muy lejos al norte, casi hasta Quebrantahuesos, observando los viejos troncos y las ramas más jóvenes...

—Pero, señora —la interrumpió Ródegas—, Sombraviva no llega hasta Quebrantahuesos, con perdón.

—No para ti, tal vez, condenado a mirar el mundo con ojos de hombre. Pero Sombraviva es como un árbol en apariencia muerto: un tronco delgado y pequeño que sobresale de la tierra, y por debajo de esta, un entramado abrumador de raíces largas y profundas. ¡Así es Sombraviva, mucho más grande de lo que se ve en apariencia!

Ródegas asintió, pero en realidad no comprendió apenas nada de lo que había dicho. Baladar, en cambio, abrió mucho los ojos y la boca, como si lo hubiera comprendido todo y más aún.

—¿Qué le pasaba a Sombraviva? —preguntó Miles, impaciente.

—El nigromante, por supuesto. La magia que llegó hasta la aldea y despertó a los muertos vino del norte, desde la Entraña, y afectó a la tierra profunda bajo el suelo.

—¿Sabes lo que ocurrió en Dosaguas? —preguntó Arran.

La Heredera asintió.

—Lo sé. Como os dije la última vez que nos vimos, tengo mis espías y ayudantes. Ellos me cuentan lo que ocurre en el mundo, y mucho más a menudo, lo que ocurre cerca de mi mundo.

—Entonces... —manifestó Wáriner—... también el suelo enfermó allí.

—Así es. El suelo bajo la tierra se estaba corrompiendo, imposibilitando que la magia que constituye Sombraviva pudiera fluir con normalidad. Sombraviva se estaba muriendo, y muy rápidamente.

—Qué horror —susurró Isobel al oír aquello.

—Pero... tu magia es poderosa, anciana —dijo Wáriner—. Sin duda hiciste algo para impedirlo.

—Lo hice, sí —asintió la Heredera—. Hice varias cosas, de hecho, y algunas de esas cosas no tenían nada que ver con la magia, sino con conocimientos ancestrales que tomé prestados de los Antiguos. Pero muy pronto me di cuenta de que estaba intentando contener el agua una vez ha manado y sigue llegando ininterrumpida. Lo único que puede hacerse para contener el agua que mana es cegar el manantial, y el manantial está en la Entraña. El manantial es el nigromante.

Miles asintió, satisfecho por conocer la noticia de que serían ayudados. Wáriner, en cambio, había compuesto una expresión inquieta.

—Pero... Sombraviva... —preguntó—... ¿ha sucumbido?

La Heredera dio un respingo.

—No. ¡No, por cierto! Ni se te ocurra decirlo. Esa sería... la más terrible de las cosas. Ni siquiera comprendéis lo que significaría que Sombraviva cayese. Estoy segura de que ni siquiera nuestro enemigo lo sabe, a juzgar por



lo que hace. ¡Ah, ese traidor, ese campeón de la desdicha y la insensatez!

Por un momento masculló algo y sus ojos (todos lo vieron) se encendieron en un rojo intenso centelleante. La tierra alrededor se estremeció levemente, y tanto Baladar como Maradian, que habían estado escuchando con verdadera atención, dieron un brinco hacia atrás. Isobel ni siquiera los vio esta vez, tan concentrada estaba en las palabras y las reacciones de la Heredera.

—No, por cierto, Wáriner Venorian —siguió diciendo la Heredera, ahora otra vez más calmada—. Lo protegí; un poco al menos. Pero mi protección no durará siempre, ni siquiera mucho, pues al amanecer del quinto día la corrupción bajo el suelo se redobló. Nunca había visto, ni siquiera en los alrededores descontrolados de las ciudadelas escuela, unos torbellinos de magia como aquellos. Muchos de los animales y criaturas que habitan en Sombraviva cayeron muertos al suelo, y aún peor, volvieron a levantarse y a marchar hacia aquí.

—¡Oh! —exclamó Maradian.

—Los combatí, a todos o a casi todos, y detuve su viaje, pues ninguno de esos seres ni criaturas fueron llamados a este mundo para abandonar Sombraviva, y no deben caminar bajo el sol ni vivos ni muertos, y mucho menos a medio camino entre una cosa y la otra.

—¡Bien hecho! —exclamó Ródegas.

—Entonces decidiste venir —dijo Miles—. Ahora lo entiendo. Lo que no entiendo todavía es... Dijiste que estabas atada a Sombraviva con un pacto. Cosas de magia.

—Así es —respondió la Heredera—. Y ese pacto aún me ata. Pero mirad que mi pacto con la magia se refería a defender Sombraviva, contenedora de muchas de las cosas y conocimiento de los Antiguos. Si Sombraviva se destruye, todo lo que contiene caerá también. No quedará expuesto en mitad de una llanura cubierta de árboles muertos o moribundos, digo que se destruirá, pues el contenido de Sombraviva es mucho mayor que su continente, y si la magia que lo mantiene desaparece, no quedará... nada.

—Entiendo —asintió Wáriner despacio—. De modo que cuando el peligro está fuera del bosque, el guardián debe viajar hasta él.

—Ahora lo has comprendido —dijo la anciana poniéndose en pie. Levantó la cabeza hacia el cielo y sonrió, sin que nadie se atreviese a decir o hacer cosa alguna. Y mientras sonreía, unas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Comprended los designios de los engranajes de la vida —susurró al fin, aún sonriendo. Ahora había levantado los brazos y los mantenía extendidos en horizontal a ambos lados del cuerpo—. Hace poco vinisteis hasta mí a pedir mi ayuda, y allí hablamos y nos conocimos y supimos unos de otros. Aun entonces no comprendí el motivo, ¡y qué gran error el mío!, pues tanto tiempo en soledad me había hecho olvidar una de las lecciones básicas de mis maestros: que todo pasa por algo. Mas por aquella conversación aprendisteis del enemigo y decidisteis, contra todo pronóstico, enfrentaros a él. ¡Sin mis palabras, bien pudisteis no decidir nada y quedaros donde estabais, con vuestros puerros y vuestros ajos!

»Pobres hombres, mujeres y niños valientes de corazón grande. No hubierais tenido la más mínima posibilidad ante el enemigo al que nos enfrentamos. Ni siquiera yo creo tener esa posibilidad. Pero en mis sueños, allá en Sombraviva, vi un hombre tranquilo y alto que vino de muy lejos, mas no del norte ni del sur, ni tampoco del este ni del oeste, sino de abajo, muy profundo bajo la tierra, que fue despertado por un heredero y que fue traído a este mundo para prestar su ayuda. ¡Y helo aquí también!

Wáriner arrugó la nariz. Otra vez se disponía a decir algo, pero fue Baladar quien se le adelantó.

—¡Corazón de Hierro! —exclamó con entusiasmo—. ¡Ese es Corazón de Hierro!

—¿Qué? —preguntó Miles.

La anciana bajó su viejo rostro hacia el niño y sonrió.

—No puede ser tal cosa —dijo Arran—. Ningún heredero despertó a ese ser de hierro, sino unos niños de la aldea, ¡y aquí los tienes con nosotros, por cierto!

—Eso es verdad —afirmó Miles.

La anciana seguía sonriendo.

—Herederos, como digo, e insisto —susurró—. Pues no solo yo soy

heredera de los Antiguos, sino también vosotros. Todos los que estamos en este mundo caminando sobre él y poblándolo de nuevo somos herederos de aquellos que una vez respiraron este mismo aire y perecieron. Mas no todos. Aquellos que sobrevivieron son nuestros ancestros, muy atrás en el tiempo, y su sangre corre por nuestras venas.

Wáriner apretó los dientes.

—Lo sabía —exclamó—. ¡Siempre lo he sospechado!

—Yo también —dijo Isobel en voz baja.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Ródegas con voz aguda—. ¿Nosotros, herederos de los Antiguos?

—¡Pero qué magia es esta! —exclamó Tamblor.

—¿Acaso pensabas que habíamos salido de un campo de flores o de una coliflor, Tamblor Hylas? —preguntó la anciana—. El mundo y todo, o casi todo lo que en él había, fue destruido por un mal atroz. Pero unos pocos encontraron refugio, y qué era o cómo pudieron salvarse solo puedo suponerlo, pues en tiempos los Antiguos no solo construían alto hacia el cielo, sino profundo en la tierra, y de allí sacaban metales desconocidos con los que hacían las cosas que aún ahora veis por aquí. No quedó mucho, o casi nada. Mucho tiempo después, aquellos Antiguos abandonaron sus refugios y encontraron otra vez un mundo lleno de plantas, árboles, campos que trabajar y ríos con agua limpia.

—No tiene... No tiene sentido —susurró Miles.

—¿Por qué no volvieron a hacer barcos voladores y todas aquellas cosas que hacían antes? —graznó Ródegas—. ¡Me parece que estás diciendo sandeces, o así al menos suenan a mis oídos, con perdón!

La anciana seguía sonriendo, como si hubiera esperado ese comentario.

—Dime tú, Ródegas Hylas: cuando se te rompe tu red para pescar, ¿sabes hacerte otra, o repararla siquiera?

—¿Qué? —preguntó extrañado Ródegas.

—Cuando se te rasga la ropa, ¿sabes hacer ropajes nuevos, o coser lo que está roto siquiera?

—Yo... Bueno....

—¿Sabes preparar la sopa de nata agria que te preparan las mujeres en tu

casa?

—No —admitió Ródegas.

—¿Sabes fabricar un arco que funcione mínimamente? No. Hay muchas cosas cotidianas que usamos y de las que nos servimos que saben hacerlas otros. Tu red de pescar, tu ropa, la nata agria, tu arco... A aquellos Antiguos les pasaba lo mismo. Sabían las cosas más básicas, pero no tenían el conocimiento ni las herramientas ni las cosas que habían sido construidas para fabricar otras nuevas. Empezaba un nuevo tiempo. El tiempo que vivimos ahora.

—Comprendo —dijo Miles.

—¿Zanahorias! —exclamó Maradian—. Entonces, ¿los Antiguos no eran altos ni sus brazos largos ni tenían muchos dedos ni flotaban por donde querían sin mover las piernas?

La anciana rio con ganas.

—Por cierto que no, pequeño Boeke —afirmó.

—Comprendo el esquema —dijo Isobel entonces—. Todo lo que has dicho. Que los hombres fueran a Sombraviva, lo que allí se aprendió aun cuando todos pensamos que habían perdido el tiempo, lo del hombre alto de tus sueños... e incluso el hecho de que estemos aquí. Eso te ayuda en tu tarea. ¿Cierto es?

—Cierto es —asintió la Heredera—. Tu intuición de mujer te habla bien. Demasiado esfuerzo me ha costado ya llegar hasta aquí, pero he tenido ayuda, y no solo de la magia, sino de animales muchos, porque esta carcasa está vieja y respecto a eso hay poca cosa que hacer. Pero las maravillas se producen, y aquí tenemos una. La vida, querida y valiente Isobel, persevera, y lucha por existir. La vida provee que estemos aquí, por ejemplo. Como una confabulación prodigiosa.

—Pues bien —dijo Tamblor—. En cuanto a eso, la vida en mí pide alimento, pues no hemos comido en todo el día. ¡Y mirad! —añadió introduciendo la mano en el pantalón—. ¡Estoy perdiendo peso a ojos vista!

Ródegas explotó en carcajadas, y luego lo siguieron Zarko y Arran, y hubo bromas acerca de Tamblor *el Casi-Desaparecido*, Tamblor Hylas *el Delgado*, y otras cosas muy de hombres todas. También los niños rieron, aun

sin comprender muy bien la broma, pero eran niños todavía, o precisamente por eso, y sus ganas de esos momentos llenos de algarabía y festividad eran muchas. Isobel, mientras tanto, miraba a la anciana con una sonrisa, y ella le devolvió la mirada y se asintieron mutuamente, como compartiendo un mensaje privado.

Miles también estaba satisfecho. No le importaba demasiado la mitad de las cosas que había oído, como que descendieran de los Antiguos; su memoria no necesitaba llegar tan lejos. Tenía a su familia y sus amigos y compañeros de aldea, y eso era todo cuanto quería saber sobre la historia del mundo, muchas gracias. Pero si existía una «confabulación de la vida», como había dicho la anciana, eran unas noticias excelentes. Sonaba a oportunidad. Sonaba a que aún podían ganar y volver a casa, sonaba a ayuda inesperada de un poder inimaginable, y eso era también, precisamente, todo lo que le pedía a la vida.

Cruzó los brazos sobre el pecho y contempló al resto reír y planear la cena, y aunque quedaba poca agua en los odres, por el momento le pareció también suficiente.

## II

Más tarde, se encontraron sentados alrededor de un fuego humilde pero suficiente. La Heredera no comió ni bebió, por cierto, y para sorpresa de todos, dijo no necesitar ya tales cosas.

—Mi carcasa es demasiado vieja —dijo.

—Pues no entiendo eso mejor que muchas otras cosas que me son difíciles de entender —repuso Tamblor—, pero en todo caso, ¡celebro que tu cuerpo no tenga que comer o beber, pues no vamos sobrados de nada!

—¿En serio no te mueres si no comes? —preguntó Maradian, fascinado.

La anciana se limitó a sonreír.

—Pues eso es útil —continuó diciendo el niño—, sobre todo cuando toca pescado.

Isobel, y casi todos en verdad, rieron con ganas.

—¡Tampoco a mí me gusta el pescado! —exclamó Zarko.

Maradian había hecho bajar a Corazón de Hierro, que estaba de pie a cierta distancia del fuego, tan inmóvil como siempre, los brazos pegados al cuerpo. Wáriner le echó un vistazo y luego miró a la Heredera.

—Anciana —dijo—, tú que sabes mucho más que muchos, ¿qué tienes que decir sobre el hombre alto de tus sueños? Pues lo tienes aquí, entre nosotros, y aún sigue siendo un misterio.

—¡Ah! —exclamó la mujer—, nunca pensé que vería algo como esto, y he visto muchas cosas. Los Antiguos construían muchos de estos hombres metálicos y los usaban para muchas cosas. Contienen la mayoría de sus grandes progresos, su existencia demuestra cuan lejos llegaron en sus logros. Pero nunca había visto uno entero, y aún menos funcionando.

—Se llama Corazón de Hierro —se apresuró a decir Maradian.

—¿Ah, sí? ¿Le has puesto tú ese nombre, pequeño Boeke?

Maradian asintió.

—Yo y Baladar —explicó.

—Solo hace caso a Maradian —dijo Isobel—. Imita sus gestos.

La anciana inclinó la cabeza, pensativa.

—No sé para qué fue construido este. Muchos de estos hombres metálicos, que ellos llamaban *andraides*, se creaban con fines específicos. Unos ayudaban en casa, otros en los muchos trabajos. Algunos eran expertos en resolver problemas, por lo que sé, y otros se dedicaban a la guerra y eran extraordinarios usando armas terribles que hacían estremecer las mismas montañas y obraban grandes agujeros en el suelo.

Isobel dio un respingo.

—Entonces doy gracias que este no trajera un arma consigo, pues muchos días y muchas noches ha viajado con mi hijo y su amigo cargados en sus hombros.

—De aquellos vi una parte, al menos, hace mucho tiempo, y eran mucho más grandes y diferentes. Y no llevaban armas, por cierto, ya que ellos eran el arma en sí, como si uno de nuestros hombres tuviera una espada por brazo y fuera indistinta de él.

—¡Cráneos! —soltó Ródegas—. Los Antiguos estaban locos.

—¡Imaginad una espada en lugar de mi brazo! —exclamó Arran—. Sería útil en algunos momentos, pero ¡ay!, malo si quieres coger a tu hijo en brazos o alimentarte.

—*Andraides* —susurró Wáriner, fascinado—. Cómo y de qué manera podían construir algo semejante se me escapa. Mucho me gustaría mirar en su interior y ver qué cosas lleva dentro y cómo funcionan entre sí.

—No las entenderías —aseguró la anciana—. Son cosas extrañas que no hemos visto con nuestros ojos, y no sabrías de dónde las sacaron o con qué las fabricaron, pues no son cosas que encuentres en el interior de las montañas o en la tierra, en prados, bosques o desiertos.

—Corazón de Hierro habla a veces —dijo entonces Miles—. Si eso te da alguna pista.

—Estos *andraides* hablaban, Miles Steur. Así se comunicaban los Antiguos con ellos.

—Pero este dice cosas sin sentido...

—¿Qué dice? —quiso saber la mujer.

—A veces dice *Boj*. Creo que a modo de hola.

—Al principio dijo otras cosas —intervino Baladar—. Como: *Ajo. Ajoj*. Algo así.

—Y de noche —explicó Isobel— mira la luna y dice: *Obe Pita*.

La anciana se volvió para mirarla.

—¿*Obe Pita*?

—Sí. ¿Te dice algo eso?

—Algo me dice —susurró la anciana—. Sin duda es algo que he escuchado o leído en alguna parte, hace tiempo, mucho tiempo. Pero no consigo recordar ahora qué es...

—Pero anciana —la interrumpió Wáriner—, ¿no hablaban los Antiguos como nosotros, o acaso los *andraides* hablaban de otra manera? ¿Por qué no entiende lo que le decimos, ni nosotros a él?

—Muy grande es el mundo, joven Venorian —explicó la mujer—. Aún más grande de lo que crees. Necesitarías toda una vida para recorrerlo y diez veces ese tiempo para verlo casi todo. Los Antiguos vivían por todas partes,

en toda montaña, en cada playa, pues eran muchísimos, tantos como para llenar todos los prados y paisajes que hayas visto con tus ojos alguna vez. Y había tanta distancia entre ellos que no todos hablaban igual. Unos empleaban unas palabras y otros, otras. Los que querían hacerse entender debían conocer todas esas palabras, y cuando se viajaba a un lugar remoto, había ayudas y maneras de hacerse entender. Los Antiguos que quedaron hablaban de una manera, pero incluso esa manera de hablar ha cambiado con el tiempo, pues hace muchísimo de aquello y muchas palabras se han perdido y otras se han creado nuevas.

—Oh —dijo Wáriner—. Qué pena.

—Ahora lo entiendo —susurró Miles—. Esperaba que pudiera ayudarnos a abrir esa puerta que hemos encontrado.

—Si acaso es una puerta —dijo Arran, ceñudo.

—Y lo es —afirmó la anciana—. Puerta o portón o como quieras llamarlo. Pero se abre. Mañana veremos, pues ahora es de noche y no quiero tocar cosas antiguas y desconocidas en la oscuridad.

—Vaya —refunfuñó Arran—, en cuanto a cosas, he oído tantas estos días que creo que en mis entendederas no caben más palabras. ¡Os digo que entran en mis orejas pero no van más allá!

Tamblor soltó una carcajada.

—Al fin alguien lo dice —exclamó—. ¡Pues me siento igual!

—Pues en cuanto a mí —terció Wáriner—, podría estar hablando de estas cosas hasta el fin de mis días.

—Habrá tiempo para todo —le aseguró la anciana.

—¿Y dormir? —preguntó Tamblor—. ¿Duermes, anciana, o tampoco lo necesitas?

—Dormir sí. Eso es más bien cosa de la mente y no del cuerpo, y muy necesario.

—¡Muy, muy bien —exclamó Tamblor—. Pues entonces, ¿qué tal si hacemos justamente eso? ¡Hemos hablado tanto de los Antiguos que yo mismo me siento con una edad similar!

Otra vez acabó la noche con más entusiasmo que desdicha, sobre todo para Miles Steur, ya que la Heredera parecía haber mencionado que algo se



podría hacer con lo que habían encontrado, fuera puerta o portón. La mujer no se tumbó a dormir, por cierto, sino que se sentó en el suelo, recogió las piernas bajo el cuerpo y, descansando los brazos en ellas, cerró los ojos y se quedó muy derecha y muy quieta, sin decir o hacer nada más. Al poco, los ronquidos de Tamblor Hylas se hicieron sonoros en la noche calma sin viento ni nubes.

Isobel estaba atenta a Maradian y lo había acomodado junto a ella, pues aunque tenía ya una edad y no era tan niño, estaba segura de que la pena lo afligía aún. Mejor allí, de todas maneras, viendo y sintiendo cosas nuevas a cada paso que daban, que en su hogar, experimentando los recuerdos sentados a la mesa y regresando por la puerta con piezas de caza cobradas.

—¿Estás bien, Maradian? —le preguntó.

—Estoy bien —respondió el niño.

—¿No tienes miedo de estar tan lejos de casa?

—¿Miedo? Al contrario. Me encanta estar aquí viviendo aventuras. ¡Estoy deseando encontrar al *negromante* para darle lo suyo!

Isobel sonrió.

—Nigromante, cielo —lo corrigió con dulzura.

Maradian se encogió de hombros.

—Eso no lo libraré de la paliza —dijo resuelto.

Isobel volvió a sonreír. Pensaba que el muchacho se estaba convirtiendo en todo un hombre, pero luego pensó además en la palabra que había usado: «paliza», y le pareció extraña y horrible en el contexto en el que estaban, acurrucados todos juntos preparándose para abandonarse al sueño. Pero la idea persistía, la de que se produjeran palizas; y el hecho de que hubiera niños por medio (y uno de ellos fuera su hijo) no ayudaba mucho y la mantuvo despierta un rato.

En verdad se encontraban en los albores de algo insospechado, y aunque lo ignoraban, aquella sería la última noche para ellos bajo las estrellas.

## *OBE PITA*



### I

—Pues veamos esa puerta —dijo la anciana, caminando hacia el entramado de juncos metálicos que descubrieran el día anterior.

Era otro día despejado, con pocas nubes dispersas y neblinosas que evolucionaban lentamente a gran altura.

—¿La abrirás con magia? —quiso saber Wáriner.

—No si puedo evitarlo, joven Venorian —respondió—. Has de saber que la magia no está al servicio de nadie. Siempre pide un precio cada vez que se utiliza, a menos que sea magia común del tipo que la vida regala tan pródigamente. Pero la magia que hace crecer las plantas no servirá aquí. ¡Veamos qué tenemos!

Se acercó y observó durante un breve tiempo, mientras Isobel, los hombres y los niños se arremolinaban curiosos a su alrededor. Arran no apartaba la mano del cuchillo, todavía en su funda, como si temiera que de aquellas filigranas oscuras fuera a salir un espectro o algo aún peor.

Luego, la anciana adelantó la mano y la posó en uno de los juncos.

—Bueno —dijo apartando la mano de nuevo—. Mi cuerpo no parece ser capaz de ejercer ninguna fuerza ya. ¡Qué desastre! ¿Puede alguien poner la

mano aquí y empujar hacia abajo?

Los hombres se miraron.

—Yo lo haré —dijo Wáriner con rapidez.

Se acercó a las filigranas, colocó la mano sobre el junco, y empujó. Estaba duro y parecía inamovible.

—¿Hacia abajo? —preguntó dubitativo.

—Hacia abajo. ¡Con fuerza! No se romperá ni te quebrará la mano. ¡Con fuerza!

Wáriner volvió a aplicar presión, pero ni aun entonces consiguió que se moviera. Luego utilizó ambas manos y volvió a intentarlo. Finalmente, se colgó en el tubo con todo el peso de su cuerpo y el junco cedió y se deslizó hacia abajo con un sonoro crujido.

—¡Oh! —exclamó Ródegas.

Dentro de la pared sonaron las muchas piezas deslizándose y encajando, como losas de piedra encontrando un hueco perfecto en un molde hecho para ellas. Wáriner retrocedió un paso (todos lo hicieron) y miraron expectantes. Por fin, la pared metálica empezó a deslizarse a un lado, lenta y renqueante, con un sonido espantoso que a veces era crujido y otras un chirrido inquietante, pero sin dejar de abrirse.

—¡La puerta se abre! —gritó Ródegas entonces.

—¡Mirad! —exclamó Zarko.

El panel revelaba ahora un suelo liso que era la base de una estancia diáfana y enorme. El techo nacía desde allí y ascendía en diagonal, ribeteado por gruesas vigas de metal, y se perdía en la oscuridad sin que se pudiera llegar a ver el final. Nada de lo que había al fondo o a los lados era visible, más que ciertos volúmenes en primer término, similares a cajones grandes de vivos colores.

Un fuerte olor a humedad y a cerrado los golpeó en la nariz.

—Qué fascinante descubrimiento —dijo la anciana cuando la pared terminó de hacer su recorrido y se detuvo con un traqueteo. Miraba el interior con una sonrisa enigmática, y aun apoyada en su palo largo y pequeña como era, parecía fuerte y segura. Tampoco Wáriner se mostraba temeroso; a su lado, sonreía como si acabaran de regalarle la mitad de todos los reinos sobre

el mundo.

Fue la mujer la que empezó a avanzar hacia el interior en primer lugar, con pasos lentos pero firmes.

—Miles —dijo Isobel—, ¿crees que este lugar...?

—¿Sí? ¿Qué te preocupa, dime?

—Los niños —respondió ella—. ¿Crees que es seguro para ellos?

—¡Madre! —protestó Baladar—. ¡Ya he estado en un lugar como este, y salimos con vida, y hemos traído al hombre alto de los sueños de la Heredera, haciendo una... una...

—¡Confabulación de la vida! —se apresuró a decir Maradian.

La anciana se detuvo y soltó una risa alegre.

—Pierde cuidado, Isobel Steur. Cuando haya peligro seré la primera en decirlo. Mas no aún, y no por ahora.

Isobel asintió, y los niños corrieron al interior con una gran sonrisa de satisfacción.

—¡Qué lugar! —exclamó Zarko mientras se adentraba con prudencia—. He estado en lugares donde los Antiguos moraban y trabajaban, pero no se parecían a este, pues estaban todos destrozados y consumidos por el tiempo.

—En verdad estamos ante algo prodigioso —afirmó la mujer—. Pues el lugar se ha conservado bien, por lo que veo, al haber estado cerrado y bajo arena que el sol calienta y la noche enfría. ¡Muchas maravillas veremos, me parece, si no han sido mancilladas por el enemigo!

—¿Crees que está por aquí? —preguntó Miles.

—Ya veremos.

Avanzaron por la sala, y más progresaban por ella, más cosas se revelaban saliendo de las tinieblas, pues los ojos se acostumbraban a la falta de luz y ahora veían volúmenes como cajas enormes y formas cuadradas grandes como casas, asentadas en mitad de aquella planicie de metal. Los pasos sobre el suelo arrancaban ecos de los techos altos. Sin embargo, la oscuridad era notable.

—Encended antorchas —dijo Miles—, si aún queda alguna madera.

—Alguna queda —respondió Arran—, pero no demasiadas.

Colocaron los hatillos en el suelo y empezaron a preparar y encender las

antorchas, y a medida que la luz ganaba terreno a la oscuridad y se revelaba la estancia, espiaban por encima del hombro mientras trabajaban, admirados y fascinados por lo que veían.

—Jamás pensé que vería algo así —exclamó Arran.

—Pues aun si caemos esta noche, caeré contento de haber podido ver esto —susurró Wáriner.

—No para mí ese trato, gracias —protestó Ródegas.

Era difícil tratar de capturar la esencia de cuanto vieron allí. Había paredes cubiertas de marcas y figuras, de volúmenes que sobresalían, de metales y formas, todos lisos y de apariencia suave. Había planchas oscuras de un tamaño considerable, y cuerdas negras que iban de un lado a otro saliendo de todas partes y dirigiéndose a todas partes. No se parecían a nada que hubiesen visto antes, por más que algunas cosas se asemejasen a sillas de algún tipo, pero extrañas y desafiantes a sus entendederas, y otras parecían mesas de trabajo de artesanos del metal, y había círculos en el suelo que recordaban a pozos de agua, pero en ellos se mostraban rugosidades y delicadas filigranas cuyo motivo o propósito se les escapaba.

De pronto, una voz grave y profunda resonó a sus espaldas. Todos la reconocieron de inmediato. Era, naturalmente, Corazón de Hierro, pero aun así sintieron un ligero estremecimiento, pues el silencio y la majestuosidad de la sala imponía.

—*Obe Pita* —dijo Corazón de Hierro.

—¿*Obe Pita*? —preguntó Maradian mirando los techos en sombra—. ¿Aquí?

—*Obe Pita* —repitió la Heredera. Se había adelantado varias medidas de hombre y miraba hacia arriba apoyada en su bastón.

—¿Qué es? —preguntó Miles.

La anciana señaló un punto en la pared, una superficie lisa que recorría todo el frontal, a poca distancia del techo. Miles miró allí, pero no vio nada que fuese diferente del resto de cosas que ya habían visto. Dirigió los ojos a la mujer, embargado por la duda.

—Allí —susurró ella—. Allí pone, en caracteres comunes de la lengua de los Antiguos:

## *OBE PITA*

—¡*Obe Pita!* —graznó Ródegas—. ¡Que me hiervan los *pieses*, echen sal en ellos, y alimenten a los osos! ¿Qué misterio es este?

—La lengua de los Antiguos... —susurró Miles, perplejo.

—Así está escrito, en grandes caracteres que les eran comunes. Esos símbolos de ahí son su lengua.

—Escritura —exclamó Zarko—. He visto escritura en ciudades y también otros sitios, pero no se parecía a esa.

—También yo —afirmó Wáriner.

—¡Qué cosa curiosa! —opinó Isobel—. Y aún me pregunto qué será «*Obe Pita*», y por qué aparece ahí, ocupando casi todo el espacio.

—¡Escritura y todo! —susurraba Tamblor.

La anciana había inclinado la cabeza y pensaba.

—Pues eso lo desconozco —dijo—. ¡Pero creo que lo descubriremos!

Se volvió y buscó a Maradian entre los hombres, con cierta urgencia y nerviosismo.

—Pequeño Boeke —dijo—. Maradar.

—Maradian, señora —la corrigió el niño.

—Maradian entonces. ¡Ven aquí conmigo!

Maradian miró a Isobel, como si buscara en ella el permiso que debería haberle dado su padre, y esta asintió con un gesto dulce. El niño dio entonces unos pasos temerosos hacia la anciana.

La Heredera, a decir verdad, le producía cierto temor. No estaba demasiado acostumbrado a ver gente anciana, pues ni siquiera los más ancianos de la aldea llegaban a las edades necesarias para conseguir tantas arrugas en el rostro. Pero la Heredera tenía además otro aspecto, y producía otras sensaciones mucho más inexplicables: sus ojos estaban demasiado hundidos como para distinguir algo que resultase más o menos normal (una pupila, al menos), y la capucha que cubría su cabeza no ayudaba tampoco. Aún menos las partes de su piel entre arruga y arruga, que era tirante y como

de cuero, y sus manos, que tenían dedos alargados y finos.

—¿Puedes hacer venir a tu amigo hasta aquí? —le preguntó la mujer.

—¿A Corazón de Hierro?

—Sí.

—Eso creo, sí —respondió el niño.

—Pues hazlo.

Maradian asintió, se dirigió hacia el androide y se plantó a su lado.

—*Boj* —dijo.

Corazón de Hierro movió la cabeza hacia él.

—*Boj* —respondió.

Luego, el niño empezó a andar, muy erguido, levantando la pierna mientras lo hacía y exagerando el movimiento de los brazos, como si fuera una marioneta. En ningún momento dejaba de mirar al hombre de metal, pues había aprendido que el contacto visual era importante para hacerse entender. La armadura le devolvió la mirada con atención durante unos instantes, sin moverse, después de lo cual comenzó a andar repitiendo los mismos gestos que el niño. La escena resultaba divertida, incluso en aquel momento y lugar.

—Si no lo veo no lo creo —dijo la anciana—. Pero bien, si así debe ser, no seré yo quien lo ponga en juicio. En todo caso, ¿señalarás ahora el mensaje y repetirás lo que dice siempre tu amigo cuando mira la luna?

—¿*Obe Pita*? —preguntó Maradian, confuso.

—Mientras señalas el mensaje, por favor. Hazlo muchas veces, ¡hasta que te diga que pares!

Isobel y Miles se miraron confusos.

—De acuerdo —dijo Maradian.

Una y otra vez extendió el niño el brazo, señalaba el mensaje y repetía las palabras: «*Obe Pita*». Luego bajaba el brazo y comenzaba otra vez. Una, dos y hasta ocho veces, mientras Corazón de Hierro los miraba a él y al cartel alternativamente.

Esperaron. Doce veces. Catorce veces.

—Basta, querido —dijo la anciana—. Es suficiente.

—¿Puedo preguntar qué ocurre? —intervino Miles.

La anciana negó con la cabeza.

—Lo que intentaba no ha funcionado, por cierto —respondió—. Esperaba que el *andraide* hiciera lo que se supone que debe hacer, la tarea para la que fue construido. Porque se me ocurren varias cosas: que lo que llamáis Dosaguas no está lejos de aquí, sin duda así era para los Antiguos, al menos, que recorrían grandes distancias en poco tiempo, y que tal vez vuestro Corazón de Hierro estaba siendo transportado a este lugar cuando ocurrió el gran mal. Y pensando eso, se me ocurrió que tal vez este hombre de metal podría hacer aquí alguna tarea que nos fuese provechosa.

—Oh —dijo Isobel, mirando alrededor—. Pero... ¿por qué crees que... sería provechoso? No estoy yo muy segura. Los Antiguos consiguieron matarse a sí mismos a pesar de sus logros y su conocimiento, y sabemos tan poco de ellos...

—Cierto es —asintió la anciana—. Pero todo esto, lo que ha ocurrido, lo que ocurre, y aun lo que ocurrirá, está resultando en una serie de conjunciones tan curiosas e improbables que debo atender su mensaje. Eso, querida Isobel, es magia también. Y el mensaje incluye a Corazón de Hierro y lo que sea que signifique *Obe Pita*.

Isobel asintió, pero sin mucha convicción.

—Pierde cuidado, Isobel —dijo Zarko—. Yo creo que lo entiendo. Cualquier viajero que se mueva solo por el ancho mundo sabe ver los mensajes que se le presentan, y que lo guían por uno u otro camino, y que le dicen también cuando hay que decidir avanzar o detenerse.

—En todo caso —terció Arran—, este montón de hierro no ha hecho nada provechoso, y aún he de verlo haciendo algo útil. Tanto ingenio y tanta maravilla solo ha servido para acarrear niños de aquí para allá.

Maradian le dirigió una mirada dura.

—Pues bien —quiso saber Tamblor—, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Es este el lugar que buscábamos?

La anciana parecía pensativa.

—Dime, Miles Steur, ¿qué te llevó a cavar en este lugar y no en otro?

—Un sueño —dijo él—. Sé como suena eso, pero...

—En ese sueño —lo interrumpió la anciana—, ¿eras tú el que cavaba?

Miles se miró las manos.



—Era y no era —explicó agachando la cabeza—. Pues en mi sueño era un oso y no un hombre.

—Más no digas —manifestó satisfecha la anciana—. Si cavaste aquí porque lo viste en un sueño, y en ese sueño eras un oso, entonces estamos en el camino correcto.

—¿Por qué? —quiso saber Isobel—. ¿Qué importancia tiene el oso?

La Heredera dudó unos instantes, y luego sacudió la cabeza.

—¡Ya hablaremos de eso! Demasiadas explicaciones innecesarias, por ahora. Hay muchas, muchísimas cosas en el mundo, más de lo que los ojos ven y oyen los oídos, pero hablar de ellas confundiría más que aclararía. En cuanto a mí, ahora no me cabe duda de que estamos donde siempre debimos estar, si al principio de algo o en mitad del camino, no lo sé, pero es aquí y no más adelante, ni encima ni al lado de la Entraña.

—De acuerdo —respondió Isobel.

—Exploremos este sitio, entonces. Y veamos qué misterio es ese de *Obe Pita*.

## II

La sala era enorme, mucho mayor de lo que habían siquiera imaginado al principio. Se extendía muy lejos hacia el fondo y también hacia los lados, y en algún momento tuvieron claro que era una especie de almacén, pues había apiladas innumerables cajas y cajones de duro metal, fuese el que fuese, algunas con símbolos escritos en la lengua de los Antiguos, y otros que ni siquiera la Heredera podía entender. Wáriner los admiraba fascinado, iluminándolos con cuidado y, cuando podía, pasando la mano sobre ellos. Se decía que ningún otro hombre desde el gran mal había pasado la mano por aquellas superficies, y luego se miraba los dedos como esperando quizá que se hubieran contagiado de la genialidad y el talento de los Antiguos.

Isobel no estaba demasiado contenta. A cada paso que daban se enfrentaban a rincones en sombra, penumbras inquietantes y techos altos por

donde cruzaban pasarelas más allá de las cuales no se distinguía nada, pues la luz de las antorchas no llegaba tan lejos. Esos lugares, al decir de Isobel, podían esconder emboscadas, trampas y peligros que no podía ni imaginar, algunos de naturaleza inevitable, como cosas mágicas o de criaturas extrañas. Era demasiado riesgo, más cosas fuera de control de las que cualquier madre habría estado dispuesta a aceptar. Pero las palabras de la Heredera habían calado en ella, y pudiera ser que allí estuviera actuando una magia desconocida que hiciera conjuntar los diferentes elementos de la receta, la receta de la victoria.

En cuanto al resto, se limitaban a seguir a la anciana a medida que avanzaba por las salas, dejándola hacer. Parecía perdida, no obstante, o acaso buscaba algo, porque tan pronto se detenía y volvía sobre sus pasos como se quedaba quieta en una encrucijada mirando en todas direcciones antes de avanzar con pasos dubitativos. Ni Tamblor, Ródegas, Arran o el propio Miles se atrevían a tocar nada, por mucho que aquellas cajas parecieran prometedoras. Qué secretos escondían, no lo sabían, pero si provenían de los Antiguos debían de estar pertrechadas de magia, y no gustaban de la magia aun cuando pudiera ayudarlos.

Mientras tanto, las maravillas se sucedían una tras otra. Había elementos que ojos avizores como los de Miles Steur identificaban como evolucionados ingenios de cosas que conocían, pues ciertas estructuras complicadas se asemejaban a grúas con poleas, quizá para mover y apilar aquellos contenedores, y cuando eso sucedía se sentían mejor, como si comprendieran un poco más dónde estaban. De otras cosas, no obstante, no podían imaginar siquiera su función.

Isobel quiso preguntarle a la anciana, pero se dio cuenta de que aún no sabía su nombre, tan solo se referían a ella como «señora», o «Heredera».

—¿Podría conocer tu nombre? —le dijo cuando se puso a su lado.

—¿Mi nombre, querida? —repitió la mujer, distraída—. Pues hace mucho que no uso ninguno, y de los que tuve guardo un vago recuerdo. Fui Morgun una vez, y Bertha más tarde, y cuando estudiaba en la ciudadela era Nilva Cienfuegos.

—¿Por qué tantos nombres? —inquirió Isobel—. Encuentro eso un poco

raro. ¿Por qué alguien querría dejar de ser quien es?

—Cuando estudias magia, y, por tanto, cómo funciona realmente el mundo, dejas atrás la persona que fuiste, y no una, sino muchas veces. Ya no te sientes como naciste. Es inútil intentar ser la misma persona. ¿O acaso te sientes ahora como la mujer que salió de casa de sus padres?

—Por cierto que no —admitió Isobel.

—Si quieres, puedo buscarte un nombre nuevo —exclamó la anciana, sonriente.

Isobel rio con ganas.

—Me gustan los nombres de las personas, de los lugares y también de las cosas —dijo la Heredera con suavidad—. Creo que los nombres son importantes y cuentan historias. Los padres no deberían inventar nombres para sus hijos; ellos mismos deberían elegirlos tan pronto empiezan a hablar.

—Eso es bonito —susurró Isobel, pensativa—. Pero creo que seguiré con Isobel, por ahora, muchas gracias.

—Pues bien.

—Y de los que has mencionado, ¿qué nombre prefieres para ti, o cual se te ocurre ahora, en este momento?

La anciana suspiró y se mantuvo en silencio unos instantes.

—Tal vez Neana. ¿Cómo te suena?

—Neana suena bien —respondió Isobel sonriendo—. ¿Lo has pensado ahora?

—Ahora mismo —afirmó la anciana—. Mañana puedes preguntarme otra vez, y ya veremos.

Isobel se echó a reír de nuevo. Pero después de eso siguieron caminando un rato sin decir nada más, hasta que la joven Steur recordó para qué necesitaba conocer el nombre de la anciana.

—¿Sigues algún instinto para manejarte por este lugar, Neana? —le preguntó.

—Sí. Rastreo trazas de magia —respondió la anciana.

—¿Trazas de magia?

—Cada vez que usas magia, revuelves la configuración esencial de las estructuras de la vida. Y queda un rastro, uno que alguien preparado para

reconocerlo puede ver.

—¿Y... está aquí?

Neana negó con la cabeza.

—Aún no sabría decirte. Es complicado. Algunas de esas trazas duran apenas unos instantes, otras permanecen durante toda la vida de un hombre, y otras duran para siempre. Aquí hay de varios tipos. Hay magia de la que usaban los Antiguos, y hay otra. Pero si es cosa del nigromante o no, no puedo decirlo.

Isobel asintió, pensativa.

—Entonces, te dejaré hacer —susurró.

La anciana no respondió, pero pareció concentrarse otra vez en seguir su rastro; inclinó la cabeza a un lado, como si escuchase algo que era inaudible para el resto. De vez en cuando levantaba ligeramente una mano en el aire y movía los dedos como haciendo un gesto extraño.

—Este lugar es enorme —decía Zarko mientras tanto.

—Grande en verdad —confirmó Tamblor—. Impresiona un poco, y abruma las entendederas. Cómo excavaron esto en la montaña de piedra dura es algo que se me escapa, ¡pero cómo construyeron todo cuanto hay dentro es aún más difícil de entender!

—Los prodigios de los Antiguos ya no me sorprenden mucho —afirmó Zarko—, pero aún ensombrecen mi corazón. Muchas cosas podríamos encontrar aquí dentro que acabarían con nosotros en lo que tarda el viento en dejarte atrás.

—En eso tienes razón —admitió Arran—, y no me gusta, os digo. Sujeto mi cuchillo con la mano, ¡pero no sé si servirá de mucho o de poco! ¿De qué sirve el metal que sale de la tierra contra la magia que doblega la propia tierra? ¡Ah, mucho me gustará terminar esta aventura y volver a casa!

—No tengas mucha prisa en volver —le sugirió Wáriner—, ¡y admira las muchas cosas que hay aquí para ver! Estos son los recuerdos que tendrás cuando estés de vuelta en la aldea, y puede que entonces te preguntes por qué no miraste más, por qué no tocaste y por qué no abriste. ¡Ahora estás allí, y cuando estés allí, estarás aquí!

Zarko soltó una sonora exclamación.

—¡Wáriner *el Sabio*! —dijo—. Pues en verdad tiene toda la razón. Pero antes de tocar esperemos a ver qué dice o hace la anciana, ¡y luego seré el primero en husmear si se puede!

—Puede que esas grandes cajas escondan deliciosas comidas, Tamblor —bromeó Arran.

—¡Ya veo por dónde vas, Arran! —replicó Tamblor—. Muy fácil encuentras el camino para burlarte de mí. ¡Pero yo puedo perder peso, y tú te las desearás para volverte amable!

Zarko volvió a mover los brazos alborozado.

—¡Otro sabio en el salón! —exclamó—. Sin duda la sala está llena de magia de los Antiguos, ¡y esta obra milagros en vuestras seseras!

Y rieron otra vez, hasta que vieron que la Heredera se detenía, algunos buenos pasos delante de ellos, y prestaron atención.

Miles, que caminaba detrás con los niños y con Corazón de Hierro, se acercó a ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Allí —dijo Isobel mientras levantaba el brazo—. Neana ha encontrado un camino.

—¿Neana? —preguntó Ródegas.

—Es su nombre —explicó Isobel—. El nombre de la Heredera.

La anciana no dijo nada. Escudriñaba lo que tenía delante, un corredor ancho que nacía de la sala diáfana y se adentraba en la roca. Hasta cierta altura lo conformaba un tabique de metal o algo parecido, recorrido por líneas de tonos anaranjados y amarillos, y a partir de ahí, roca viva de la propia pared. No había allí ángulos lisos ni cortes precisos. Era como si hubiesen aprovechado una caverna natural para construir aquella parte, o bien no habían cortado las paredes con las mismas herramientas con las que habían tallado la Escalera de los Antiguos. Y como en muchos otros sitios, una serie de raíces negras y metálicas recorrían el techo, adentrándose en la oscuridad.

—Por ahí —señaló la anciana—. Sin duda.

Arran sacó su cuchillo, y rápidamente lo imitaron Ródegas y Tamblor.

—¿El nigromante está ahí? —preguntó Zarko, dubitativo.

—No aún —respondió la anciana—, pero su rastro es ahí mucho más

fuerte.

—Entonces, ¡un momento! —hizo que se detuvieran Isobel—. ¿Qué vamos a hacer a partir de este momento?

Baladar se enderezó; demasiado bien sabía de qué estaba hablando, y también Miles lo sabía, por cierto.

—Los niños, dices.

—Los niños.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Baladar—. ¡Continuar, imagino!

—No con vosotros —dijo Isobel—. Si el camino parte desde aquí, quizá sea momento de hacer que los niños se queden fuera de esto.

—¡Madre! —protestó Baladar—. ¡La anciana lo ha dicho, nos necesitáis! Además, está Corazón de Hierro. ¡Mira cómo ha seguido a Maradian hasta aquí sin que haya tenido que pedírselo a cada paso! ¡No continuará con vosotros!

—Pues mejor —respondió Isobel—. ¡Que se quede con vosotros y os dé protección mientras haya magia en él!

—¿Qué tiene Neana que decir sobre esto? —preguntó entonces Miles.

La anciana miraba a los niños y también al androide, tomándose su tiempo para estudiar a unos y a otro.

—Creo —dijo al cabo— que sigo diciendo que los niños están en esto tanto como lo está el hombre alto o cualquiera de los otros hombres. Y creo que haremos el viaje juntos desde aquí, a pesar de que ahora te muestres reacia, querida Isobel. Creo que es inevitable. Tanto lo creo que no trataré de convencerte.

Ródegas arrugó la nariz.

—No he entendido muy bien, con perdón —dijo.

—Dice que los niños vendrán —le explicó Wáriner.

—Entonces, ¿está Isobel de acuerdo? —quiso saber Ródegas.

—¡Estoy tan de acuerdo en ir con los niños al peligro como de tirar a mi marido a un pozo lleno de pinchos y clavos y lanzas! —respondió Isobel.

—Lo que suponía —suspiró Ródegas—. Entonces digo que, como pensaba, no he entendido nada.

—Esperad —intervino Arran—. ¿Y si el verdadero peligro está en dejar

aquí a los niños, lejos de nosotros, lejos de la anciana? A lo mejor están más a salvo con nosotros que sin nuestra protección.

—¿Entonces no los dejaremos aquí! —insistió Isobel—. Volverán a la aldea.

—¿A hombros de Corazón de Hierro? —preguntó Arran.

—Desde luego —respondió Isobel.

—¿Y si, regresando a la aldea, se encuentran con aquel pájaro horrible? —exclamó Arran—. ¿Crees que el joven Maradian tendrá tiempo de explicar a su amigo cómo defenderse de sus garras terribles? ¿Le dirá con gestos, mientras se lanza en picado desde el aire, que debe agacharse o hacer una finta y escabullirse, o correr hacia delante, tal vez? Sus garras son rápidas, y su pico terrible y mortal. ¿Te arriesgarás a eso?

—¿Y si hay otros peligros que no conocemos? —añadió Wáriner—. Podría haber muerto más gente en la aldea y estar de camino, como resucitados, ¡o espectros aún más antiguos y poderosos que el nigromante haya ordenado salir de la tierra! ¡O que hayan venido desde más lejos!

—¡O de Sombraviva! —apuntó Tamblor—. La Heredera dijo que combatió a los animales y criaturas que allí habitaban, pero ¿qué hay de los que hayan muerto en su ausencia, mientras caminaba hacia aquí? ¿No se los encontrarán por el camino?

Isobel miraba a uno y a otro, cada vez más dubitativa y asustada.

—Isobel, mi mujer y compañera y amante, madre de mis hijos —dijo Miles entonces—, una vez me dijiste que no habías visto nada especialmente admirable en mí, y que en apariencia no me distinguías de muchos miles de otros hombres que habías visto e incluso tratado, pero que al verme, supiste de una manera inexplicable que debías pasar tu vida conmigo.

—Sí —admitió Isobel, ceñuda.

—¿Y si era por esto? Por este momento. Aun cuando no es costumbre que las mujeres acompañen a sus maridos u otros hombres al peligro cuando lo hay, tú lo has hecho. Y lo hiciste cuando tu hijo estaba desaparecido, lo hiciste con el dolor del corazón aún lacerante, y ahora estás aquí. ¿Y si era por esto? ¿Por este motivo? Para estar aquí con tus hijos y darles valor cuando haga falta y el amor de una madre cuando lo precisen.

Isobel era un mar de dudas, pero las palabras de los hombres estaban doblegando su decisión de dejar a los niños fuera de aquel asunto.

—Quizá —siguió diciendo Miles— la madre y los hijos sean el puño y la espada más que el brazo musculoso del padre.

Isobel se rindió. Realmente no quería dejar a los niños solos, y mucho había dudado sobre quedarse con ellos o seguir con el grupo, pero todo cuanto habían dicho su esposo y los hombres en aquella sala oscura e imposiblemente grande tenía sentido, y resonaba con la fuerza de la verdad en su interior.

Entonces miró a los niños, y en sus ojos vio miradas decididas y determinadas, y vio valor y vio energía, y el ímpetu heroico de los grandes guerreros que a veces visitaban la casa de su padre buscando el favor de este o la belleza y la elegancia de ella misma, y asintió despacio y dijo:

—Está bien. Ni mil palabras más. Donde dije una cosa, digo ahora otra. He cambiado de opinión.

—¡Que una mujer cambie de opinión! —exclamó Zarko—. ¡Ahora sí que lo he visto todo!

Saltaron las risas, y Baladar (y Maradian después) fueron hasta Isobel y la abrazaron, y la anciana, que como prometió no había dicho palabra, asintió y sonrió, se dio vuelta, y miró el túnel largo rato mientras los demás se daban ánimos y se decían y aseguraban que darían caza y muerte al nigromante.

Había magia allí, sí, reverberante, crepitante, tan intensa como el embriagador aroma de las mimosas cuando vuelven los días de buen tiempo, tan intensa como el olor profundo del mar. Morgun Vesta, o Bertha, o Nilva Cienfuegos, o Neana, percibía las trazas de la magia como colores, o mejor dicho, como resplandores de esos colores. Unos eran suaves y alegres, como amables tonalidades verdosas, y a menudo se relacionaban con la naturaleza, con la magia que es propia de la tierra, la que hace fértiles los campos y la que mantiene los ríos sanos; otros eran fríos y azules; y alguno había sentido o percibido que eran grises y muertos, hostiles, y se negaban a desaparecer. Pero aquellos eran inequívocamente rojos, de un infierno carmesí iracundo, y parecían chisporrotear ante sus ojos antiguos y cansados.

Y las chispas, sin ninguna duda, eran de poder.



Un poder descomunal y pavoroso.

Y Neana, cansada y vieja, suspiró y se encomendó a dioses olvidados que nadie recordaba ya desde los tiempos de los Antiguos.

## SOMBRAS Y ESPECTROS



### I

Descubrieron que el túnel recorría varios centenares de pasos en sentido descendente y terminaba en una sala de mediano tamaño. Su forma era ovalada, pero no cayeron en ello hasta bastante después, pues había demasiadas cosas en las que fijarse por mucho que no las entendiesen: cajas cuadradas con una superficie negra de un liso imposible atadas con cuerdas blancas y negras a las paredes, herramientas cuya función no se podía imaginar, y un montón extraordinario de otras cosas, algunas de las cuales presentaban los mismos símbolos que habían visto a la entrada y que ahora sabían que decían: *Obe Pita*.

—Por mi vida —dijo Arran jugando con una de las sillas— que esta es la silla más cómoda que mis nalgas hayan conocido jamás, y seguramente que conocerán. ¡Incluso podría dormir aquí!

—Tiene ruedas —dijo Baladar mientras miraba a Arran dar vueltas en la silla—. ¡Y gira!

—¿Acaso se desplazaban por aquí sentados en sillas? —preguntó Tamblor—. ¡Eso es algo que podría celebrar!

—Ten cuidado —le advirtió Ródegas—. Acaso esa silla se ponga en

marcha por si sola y te lleve lejos, a alguna parte donde no podamos seguirte.

Arran arrugó la frente y se puso en pie de un salto.

—¡No lo había pensado! —exclamó.

Ródegas rio.

—¿Y qué lugar es este, anciana? —preguntaba Miles mientras tanto.

La anciana sacudió la cabeza.

—Pues bien —dijo—, reconozco algunas cosas, pues he leído sobre ellas, pero desaparecieron hace mucho tiempo. El gran mal acabó con la mayoría, y las que no pudo doblegar se fueron marchitando con el tiempo, como flores puestas en agua en un salón. ¡Mirad todo esto! Hay más cosas aquí de las que he podido recuperar y preservar allá en Sombraviva.

—En verdad es como regresar a su tiempo —dijo Wáriner—. ¡Cuántas cosas podríamos aprender aquí! Si tan solo comprendiéramos para qué sirve la mitad de todo esto, mucho habríamos conseguido ya. Puede que algunas de estas cosas sirvan para hacer mejor o más rápido el trabajo en el campo. ¡Puede que otras hagan surgir alimentos de la nada!

—En verdad podría ser —asintió Tamblor—. Se dijo antes, los días pasados, que había Antiguos por todas partes del mundo. ¡Mucha comida es esa! No creo que haya tanto trigo ni tanto venado ni tanto conejo. ¡Sin duda tenían otros medios para conseguir comida!

—¡Por el sol en los cielos! —proclamó Zarko—. ¡He viajado muy lejos y a menudo, y tenía tan cerca de casa las maravillas más insospechadas!

—Pero decid —apuntó Arran entonces—, ¿esto nos pone más cerca del enemigo? Porque si no le damos caza, nada de lo que hay aquí será de ninguna ayuda, ni ahora ni mañana o al día siguiente, ¡pues no habrá nadie que le dé uso! ¡No nosotros, por cierto!

—El Augia tiene razón —lo apoyó Ródegas.

Miraron entonces a la anciana, pero esta no los había estado escuchando; se movía por la habitación, mirando con cierto desdén a uno y otro lado. A decir de cualquiera estaba observando los vestigios increíbles de los Antiguos, como si se admirara, pero en realidad aquellos artefactos y cosas no le decían mucho; seguía rastreando las trazas de magia. Neana pensaba que si eran del nigromante, entonces eso significaba que había estado allí

mismo, tocando unas cosas y otras con algún propósito que no les sería beneficioso. Tocando o...

No. Algo más había estado haciendo el enemigo en esa sala: había estado utilizando magia para hacer funcionar las cosas de los Antiguos. Eso le decían las trazas. Había usado magia para...

¿Para qué?

La anciana sacudió la cabeza.

No lo sabía.

—Neana —dijo Isobel con suavidad—. ¿Nos escuchas?

—Dime, querida —respondió ella saliendo de sus pensamientos.

—Nos preguntamos si el enemigo puede estar cerca.

—Aún no —exclamó—. No creo. Pero hay un misterio aquí que no comprendo aún. Diría que el nigromante puede haber estado usando este lugar para acrecentar su magia. Eso explicaría cómo ha conseguido que sea tan poderosa en tan poco tiempo.

—Me pregunto si ese nigromante tiene nombre —dijo Arran—. ¡Tanto hablar de él hace que lo vea en sueños, y querría saber cómo se llama cuando vea sus ojos delante de mí!

—Lo tiene, por cierto —les aseguró Neana—. ¡No os imaginéis al nigromante como un monstruo pavoroso con alas de pájaro y garras de león, piernas neblinosas y escamas por el cuerpo, como las de una bestia de la noche! Pues incluso los magos y las hechiceras más poderosas en el ancho mundo siguen siendo hombres y mujeres. Un nombre tiene, y nació de madre y bebió de la leche de sus pechos, y fue amado, seguro, y aprendió con su padre a valerse en el bosque cuando cae la noche, como todos. En cuanto a quién pueda ser, en concreto, bueno... eso lo ignoro. Si formaba parte de los que el maestro Reeban Kalb combatió en la ciudadela donde estudié, había uno de ellos que tenía mucho más poder que los demás. Tocaba los hilos de la magia como un artista toca sus instrumentos de música, o como una doncella hermosa toca el corazón de los hombres.

—¿Cuál era su nombre? —insistió Arran.

—Mordecai Koval, aunque lo llamaban Rojo, pues roja era su piel.

Isobel sintió un escalofrío.

—Mordecai —repitió en voz baja—. Nunca había oído un nombre como ese. ¡No me gusta!

La anciana se acercó a una de las sillas con ruedas y se sentó en ella con gestos lentos y doloridos. Estaba claro para todos que el viaje y las caminatas empezaban a pasarle factura.

—¡Ni él te hubiera gustado, tampoco! —afirmó—. Su naturaleza no era bondadosa. Tal vez por eso tenía acceso a un tipo de magia que yo no podría obrar. Su relación con la magia que subyace en los canales de la vida era de otro tipo: no le interesaba tanto la magia que hace crecer como la que merma, ni la que crea como la que destruye. Lo fascinaban los trucos con rayos que terminan haciendo arder un árbol.

—¡Rayos que hacen arder los árboles! —gruñó Ródegas—. Pero ¿contra qué tipo de magia nos enfrentamos?

—¡Contra la que de nada sirve un cuchillo, Ródegas Hylas! —respondió la anciana.

—Pero entonces...

—¡No me importan los rayos! —exclamó Arran—. Puede que el primer rayo alcance a uno de nosotros y lo haga arder, ¡pero entonces me acercaré a él y veremos de qué sirve toda su magia con un hierro hundido en el pecho, pues manará la sangre y escucharé sus gritos con...!

—¡Arran Augia! —lo interrumpió Isobel, horrorizada. Los niños miraban al hombretón con ojos despavoridos.

—Con perdón, señora y... —se excusó Arran, avergonzado por su arrebató.

Miles sacudió la cabeza con desaprobación.

—También podría ser ella —continuó diciendo Neana—. Mortífica, se llamaba. Mortífica, sí. Era la amante de Mordecai, por entonces, y tenía la mirada dura y terrible. Cuando hablaba, sentías frío en los huesos y te estremecías. Muy fuerte era en ella la magia, muy capaz también, aunque no gustaba de revelar su poder y no iba por ahí como hacía Mordecai, más dado al caos por el caos. Mortífica tenía la astucia tranquila y pausada pero mortal de una mujer.

—Una combinación nefasta —apuntó Arran.

—En todo caso —dijo Miles—, si el nigromante, sea uno de aquellos estudiantes de la ciudadela u otro, ha estado usando esto para acrecentar su poder, ¿no puedes hacer tú lo mismo, anciana?

—Me temo que no sabría por dónde empezar —admitió ella—. Hay demasiadas cosas aquí. Ni siquiera entiendo bien el propósito de estos subterráneos.

—Pero nadie sabe de los Antiguos más que tú —dijo Wáriner, sorprendido.

—Oh, no —replicó la anciana con un gesto vago—. En eso te equivocas. No estudio a los Antiguos; solo soy guardiana de cosas que hay que preservar.

Wáriner asintió. De repente tenía grandes deseos de saber más de lo que hacía, y de qué cosas guardaba alejadas del mundo en ese reducto mágico que era Sombraviva.

—¿Y entonces? —preguntó Arran—. ¿Seguimos buscando?

—Buscar —susurró la anciana—. Hace mucho que no busco, más acostumbrada estoy a encontrar. Debo cambiar mi perspectiva de las cosas, me parece... Pensar diferente.

—Aquí es todo muy frío —dijo Isobel, mirando alrededor con la nariz arrugada—. No es una casa, no lo creo. No creo que nadie viviese aquí, aunque tal vez fuera un taller de alguna clase. No veo ningún pozo, ni tampoco hogar. No hay camas, ni nada aquí parece cálido o confortable, como no sea la silla que tanto le gusta a Arran. Es frío. Es frío.

—Ay. No digas eso —se lamentó Tamblor—. Pues esperaba encontrar más tarde una cocina, o acaso una despensa.

—Tamblor Hylas, botarate y mentecato por añadidura —escupió Arran—. Han pasado muchas vidas de hombre, y aun muchas vidas de árboles que ven nacer y morir a los abuelos de los abuelos, ¿cómo esperas que haya comida?

—¡Torpe tú! —replicó Tamblor—. Tu mente es pequeña, y crees que su comida se echa a perder como la nuestra, que no podemos conservarla más que cuando hay nieve y frío.

Zarko rio con ganas.

—Tamblor tiene razón —dijo—. Hay que esperar lo inesperado.

Los hombres siguieron hablando y discutiendo entre bravuconadas y risas, pero mientras tanto, Isobel Steur espiaba con disimulo a la anciana, quien seguía mirando alrededor con ojos ausentes. De nuevo, a veces levantaba una mano en el aire, con uno o dos dedos alzados, y dibujaba un símbolo. Pero luego suspiraba y se encogía, denunciando el fracaso.

Solo el pequeño Maradian y Baladar esperaban a cierta distancia, con el inseparable Corazón de Hierro a su lado.

—Este lugar no se parece a Dosaguas —dijo Maradian.

—No, por cierto —asintió Baladar.

—¿Qué crees que hacían aquí?

—No lo sé —respondió Baladar encogiéndose de hombros—. Quién sabe a qué se dedicaban unas gentes que ya habían explorado todo el mundo y que tenían comida para todos y *andraides* que los ayudaban a hacer las cosas.

—Bueno —apuntó Maradian—, tal vez... hacían juegos.

—¿Juegos? —repitió Baladar—. ¿Cuándo has visto a un adulto jugar?

—En las fiestas y celebraciones —respondió Maradian.

—Pues mira mejor la próxima vez. Todos los juegos que hacen son sobre beber más y perseguir mujeres. Y no creo que hicieran aquí una y otra cosa.

Maradian movió la cabeza con energía y luego miró al hombre alto metálico. Sonrió ligeramente. Le gustaba Corazón de Hierro porque era fuerte, pero también porque no hablaba mucho, prefiriendo siempre mantenerse distante pero atento, no como los hombres, que ladraban más que otra cosa. Pensaba además que Corazón de Hierro podía oírlos, y que tal vez estuviese aprendiendo las palabras que ellos usaban, así que a veces lo miraba, porque cuando lo hacía durante largo rato él giraba la cabeza y le devolvía la atención, y entonces Maradian decía: «Hola» en vez de «*Boj*» y esperaba que le respondiera. Aún no había ocurrido; cada vez que decía «Hola», Corazón de Hierro se quedaba mirando sin articular palabra o hacer gesto alguno. Pero tampoco importaba demasiado; el androide le gustaba también porque resultaba fascinante a sus ojos, con sus volúmenes y sus partes metálicas brillantes. No había visto nunca nada así, y tampoco era como el resto de cachivaches y trastos que había por allí. Corazón de Hierro

resultaba sorprendente aun cuando no hacía nada.

Iba a decir «Hola» cuando las sombras aparecieron.

## II

La oscuridad fue reemplazada por un resplandor azulado, y la estancia cobró vida de repente. Las cajas negras que estaban apiladas sobre las mesas centellearon, y en el techo brillaron luces frías tras las paredes, como si estas hubieran apresado una estrella. Hubo un crepitar cimbreado, como el de las ascuas cuando arrojan una lluvia de chispas, y en alguna parte retumbaron sonidos graves como los de una rueda de molino.

Maradian dio un grito, y los hombres sacaron sus cuchillos, con los ojos muy atentos, dando vueltas sobre sí mismos. La luz de la sala era uniforme y blanquecina y no arrojaba sombras por lado alguno; solamente ese detalle les pareció sobrenatural y confuso. El instinto hizo que Miles se acercara a su mujer con la muy clara intención de protegerla, pero esta reaccionó poniendo un pie en una silla y ayudándose a subir a la mesa para ver qué ocurría, pues desde allí divisaba más allá de los volúmenes de los muebles. Y vio centelleos azules por todas partes, una suerte de estelas que recorrían los pasillos, como una maraña de cosas entre las que creyó divisar figuras humanas moviéndose a gran velocidad.

—¡Ay! —gritó Ródegas.

—¡Quietos! —ordenó la anciana, poniéndose de pie otra vez.

—¡Madre! —gritó Baladar.

Las estelas desaparecieron, pero en lugar de ellas algo quedó en los corredores entre las mesas y más allá, cerca de las paredes donde se apilaban unos cajones llenos de pequeñas luces y ventanas que acababan de abrirse en los muros sin que nadie hubiera reparado antes en ellas, y en esas ventanas había lugares y otras cosas, pero cada una de ellas apuntaba a un lugar diferente.

Y ese algo eran sombras. Espectros. Seres hechos de luz (una luz azulada,



como de hielo cuando se ilumina desde el lado opuesto al que se mira) que se movían y gesticulaban sin sonido alguno.

—¡Ay, no! —exclamó Ródegas. Reculó un par de pasos, topó con la superficie lisa de una de las mesas y se quedó allí, con el miedo trotando desbocado por sus venas.

Pues miedo sentían todos, incluso el aguerrido Arran de los Augia y Zarko *el Viajero*, que había visto mundo y pasado noches durmiendo al raso en lugares que harían huir a más de uno. Estaban rodeados de espectros, como los de los cuentos de las viejas, y a través de sus cuerpos intangibles se veía el otro lado, como si estuvieran allí y en otra parte a la vez, y vestían ropas extrañas y una suerte de capas con mangas que les llegaban hasta las rodillas, y sus rostros afeitados y los cabellos cortos como los de un muchacho resultaban extraños y amenazadores.

—¡El horror! —exclamó Tamblor—. ¡Hemos perturbado el sueño de los muertos y han vuelto como estrellas brillantes!

—¡Nigromante, nigromante! —decía Ródegas.

—¿Qué... qué es esto, a decir verdad? —preguntaba Wáriner, mirando a uno y otro lado.

Los espectros se movían. Se acercaban a las mesas y pasaban las manos sobre cuantas cosas había en ellas. A veces se juntaban dos o tres de ellos y parecían conjurar una amenaza inminente, susurrándose palabras poderosas y terribles.

—¡Detenedlos! —clamó Arran—. ¡Detenedlos antes de que obren su magia!

Se armó de valor, alzó el cuchillo sobre su cabeza y se lanzó contra los espectros.

—¡Arran! —gritó Miles. Quería que se detuviese, o detenerlo si estaba en su mano, pero Arran cargaba como un perro rabioso y no se lo pensó: fue tras él, por mucho que no le pareciera buena idea acercarse a las formas brillantes. Demasiado bien recordaba el contacto abrasador con los esqueletos.

Arran llegó hasta uno de los espectros, pero cuando lanzó el cuchillo hacia delante, su brazo atravesó la figura traslúcida sin que diera muestras de acusar el ataque. Dos y tres veces lanzó su acero ante los ojos atónitos de los

hombres, las mujeres y los niños, y el ser espectral continuó ignorándolo, absorto como estaba en mirar algo que sostenía en las manos, una tablilla de algún tipo. Sin lugar a dudas, algún artefacto mágico que lanzaría contra ellos.

—¡Estamos condenados! —dijo Arran.

—¡Arran! ¡Atrás, atrás! —gritaba Miles.

La anciana avanzó, caminando con dificultad y ayudándose de su bastón. Muy alto era, y su extremo se movía en el aire como si batiera huevos en un cuenco.

—¡Neana! —la llamó Isobel.

Ródegas alargó un brazo y la sujetó unos instantes.

—¡Dejadme, dejadme os digo! —ordenó la anciana. Se zafó de Ródegas y siguió avanzando.

Arran intentó un nuevo ataque, otra vez sin resultado. Luego, retrocedió un par de pasos.

—¡Nada! —dijo perplejo—. ¡Nuestros cuchillos no los afectan!

Baladar se acercó a Maradian y puso las manos sobre sus hombros. El niño dio un grito y se estremeció, superado como estaba por el miedo. Una cosa era un resucitado, y otra muy distinta seres intangibles contra los que los cuchillos o los martillos no sirvieran en absoluto. ¿Qué se podía hacer contra ellos si decidían avanzar y hundir sus manos transparentes de un fulgor azulado gélido como los hielos y atenazar y estrujar sus corazones hasta detenerlos?

—¡Maradian! —gritó—. ¡Usa a Corazón de Hierro!

—¿Qu... qué...?

—¡Corazón de Hierro! ¡Dile que ataque!

Pero Maradian estaba encogido y asustado como un conejo que olisquea un depredador en la misma entrada de su madriguera, y resultó ser incapaz de moverse o hacer ningún gesto.

—¡Maradian!

Mientras tanto, la anciana había llegado hasta Arran. Miró detenidamente al espectro aun cuando este confabulaba con su artefacto mágico, preparando su ataque, y luego adelantó la mano y la hundió en su cuerpo espectral.

Miles sintió alivio. ¡Neana estaba atacando! Imaginó estrías de tonos blancos, rojos o anaranjados recorriendo el cuerpo de aquella criatura, invadida por la mano de la maga, y arrancando pedazos suyos y lanzándolos lejos, en una suerte de explosión mágica terrible. Imaginó a aquella aparición componiendo una expresión de sufrimiento a medida que desaparecía, su boca abierta en un óvalo casi perfecto, consumida por un vórtice centelleante y un sonido como de tornado, tal vez ululante al principio, pero grave e intenso después.

Nada de eso ocurrió. La Heredera movió la mano dentro del cuerpo de la criatura y esta se dio la vuelta y empezó a balancear los brazos en el aire, como si manipulara un artefacto invisible.

—¡Cráneos, culebras y montañas que escupen fuego! —soltó Arran.

—Tranquilizaos, os digo —dijo Neana—. ¡Tranquilizaos!

Isobel soltó un largo suspiro, pero los hombres no estaban tan convencidos. Una de las figuras se acercaba desde atrás, desplazándose sin tocar el suelo con determinación, la mirada fija en ellos. Ródegas dio un alarido y se subió a la mesa recogiendo las piernas, como si tuviera otra vez ocho años y hubiera visto un ratón correteando a sus pies.

—Neana... señora... ¡allí! —balbuceó Arran.

El ser cruzó a través de los hombres, o mejor dicho, los atravesó, mientras ellos contenían la respiración e hinchaban sus pechos y trataban de apartarse sin mucho acierto, chocando unos con otros, la criatura los dejó atrás y siguió avanzando. Como si no los hubiera visto siquiera.

—¡Calmaos! —siguió diciendo Neana—. Muchas cosas extrañas he visto con mis ojos, y por si os lo preguntáis, existen espectros que alguna vez fueron personas y otras cosas, pero esto de aquí no es espectro ni nada que haya que temer.

—¿Qué dices? —graznó Tamblor Hylas—. ¡Con nuestros propios ojos los vemos!

—Y vuestros ojos contemplan y vuestro miedo interpreta —respondió la anciana—. ¡Pues esto que veis no son sino dibujos de otro tiempo! Una suerte de imagen, como la que pintan los artistas en las ciudades y se cuelgan en las fortalezas de los hombres poderosos, pero en movimiento.

Isobel miró las formas luminosas. Ahora que tenía ese conocimiento dentro, en verdad parecían atender sus asuntos como si estuvieran ocupados en tareas que alguna vez fueron importantes. Algunos hablaban entre ellos, pero sus expresiones no eran coléricas ni atormentadas, sino reflexivas y se diría que hasta amables, como las que componen las gentes de un pueblo o una ciudad cuando se encuentran en el camino y hablan sobre la importancia de tallar una nueva rueda para el molino.

—No consigo entender, señora —dijo Arran—. ¿Pinturas en movimiento, dices?

—¡Pues que me cuelguen de una cuerda y me dejen los *pieses* al aire! —exclamó Ródegas—. ¡Que espectros parecen!

—Y no lo son —les aseguró la anciana—. Y no creo que haya más peligro ahora que hace unos instantes. Mas otras cosas debemos preguntarnos ahora, diría... ¡Hum!

—¡Madre! —la llamó Baladar.

Isobel dio un salto hasta el suelo y corrió hacia los niños, y allí los abrazó y los retuvo unos momentos contra su pecho.

—¿No hay peligro, entonces? —preguntó Baladar.

—No lo hay. Neana dice que no lo hay, y ella lo sabe con certeza.

—Pues menudo susto —dijo el niño. Luego le dio un coscorrón a Maradian, quien apenas se enteró ni se quejó de ello, tan abrumado estaba—. ¡Maradian, idiota! Eres un cobardica.

Isobel, aliviada, compuso una sonrisa.

—Está bien —dijo Miles, guardando su cuchillo—. Si son dibujos, dínos anciana qué está ocurriendo aquí, ¡y por qué de repente hay tanta luz en todas partes; tanta que no queda atisbo de oscuridad ni en las esquinas más alejadas!

Ahora que estaban recuperándose del susto, tenían la sala iluminada alrededor y la veían con ojos nuevos, con todos sus detalles expuestos. Y eran muchos, demasiados como para que sus cabezas pudieran aprehenderlos. Allí donde miraban veían cosas nuevas, cosas que nunca hubieran podido imaginar, y se sentían pequeños e ineficaces contra la amenaza del nigromante o ante el poder mágico y abrumador de los Antiguos, por muy

atrás que quedaran en el tiempo.

—De eso se trata precisamente —exclamó la anciana—. Pero déjame ahora que mire y piense y aprenda, ¡y hablaremos después! Mucho hay aquí que aprender.

Neana se acercó a una de las sillas y se detuvo allí, con las piernas extendidas, observando alrededor con interés.

En el silencio, los hombres se miraron.

Wáriner mostraba una expresión fascinada en el rostro. Ni palabras tenía, como los otros, pues como la anciana, trataba de mirar y aprender de cada detalle que veía, y no solo de la sala en sí y de todo cuanto contenía, sino muy especialmente de las figuras y de sus evoluciones por la sala. Muy pronto le quedó claro que aquellos dibujos en movimiento se ocupaban de quehaceres concretos, pues iban a las mesas, movían las manos como si trabajaran con cosas que ya no estaban allí, se acercaban a las paredes y miraban con atención las ventanas y las luces parpadeantes, empujaban con ambas manos algo que debieron de ser carretas o carretillas y cogían de ellas cosas que ya no podían verse (solo las figuras), pero que en otro tiempo bien pudieran ser herramientas u otras cosas. Y cuando comprendió eso, se asombró y exclamó:

—¡Los Antiguos! ¡Son los Antiguos!

Los hombres lo miraron, y también Isobel, y entre exclamaciones fijaron la vista alrededor y se maravillaron. ¡Eran en verdad los Antiguos, o dibujos de los Antiguos, la primera vez que veían unos, y una oportunidad aún más fascinante que vagar por sus ruinas o tratar con sus *andraides*!

—Son como nosotros... bastante parecidos a nosotros —dijo Tamblor.

—Yo no entiendo ya mucho de nada —rezongó Ródegas—. Dadme madera y haré una valla, dadme un martillo y clavaré estacas para los animales, pero me siento como en un sueño, pues veo cosas y escucho lo que decís y no me llegan las entendederas.

—¡Pero mira! —le insistió Wáriner—. ¡Estás viendo a los Antiguos, y aún más, estás viendo a los Antiguos trabajar! ¡Date cuenta, Ródegas Hylas, que es algo que nadie más ha visto, si acaso alguno, que entonces se lo haya llamado, porque nunca oí hablar de nada así!

—Contén tu entusiasmo, muchacho —dijo Ródegas—. ¡Pues los Antiguos los prefiero en boca de viejas junto al hogar, y no a mi alrededor, con esa luz espectral!

Pero miraron, unos más a disgusto que otros, y se mantuvieron así un buen rato. La anciana observaba con el ceño fruncido a uno y otro lado, y de vez en cuando tanto asentía como ponía una expresión fatigada y se rascaba la barbilla, pensativa.

Por fin, tal y como habían aparecido, las figuras cimbrearón, alargándose hacia un lado como si algo tirara de ellas, y desaparecieron sin dejar rastro. Las luces titilaron brevemente, y el rumor lejano, como de ruedas de piedra moviéndose tras las paredes, cesó. La luz de las antorchas, que habían dejado encendidas sin darse cuenta, regresó a la estancia otra vez en penumbra.

—¡Ya está! —resopló Ródegas—. ¡Ha pasado!

—¡Oh! —exclamó Wáriner con tristeza.

—Y lo agradezco —dijo Tamblor—. A mí dadme la luz de estas antorchas, la prefiero a esa luminosidad como de día gris, demasiado intensa para los ojos.

La anciana soltó un suspiro y se pasó ambas manos por los ojos.

—¿Estás bien, Neana? —le preguntó Isobel.

—Estoy cansada —admitió ella—. No me había dado cuenta de cuan viejo está este cuerpo, y temo que lo he forzado demasiado en estos días. Allí, en el bosque, todo es diferente.

—¿Has aprendido algo? —le preguntó Miles—. ¿Alguna pista?

—Lo primero que hay que preguntarse, querido Steur, es por qué ha pasado esto. Por qué ahora.

Wáriner asintió.

—Oh. Muy cierto —dijo.

—El lugar ha cobrado vida otra vez, como si alguien hubiera puesto en marcha el mecanismo que hace girar la rueda de madera en el río, o retira la piedra que impide el paso del agua al sembrado.

—Sí —estuvo de acuerdo Miles—. He pensado lo mismo.

—Pero si no hemos sido nosotros, aunque haya sido sin darnos cuenta, entonces hay que preguntarse quién. Y por qué. Primero pensé en vuestro

Corazón de Hierro. Se me ocurre tal vez que su presencia aquí pudo poner algo en marcha. No sabemos cómo funciona ni conocemos sus capacidades, pero que está asociado a este lugar es un hecho. *Obe Pita*. A lo mejor el lugar reaccionó ante su presencia de alguna manera.

—Yo estaba mirándolo cuando todo se encendió —dijo Maradian con timidez—. Y no hacía nada. Estaba quieto, como suele.

Neana asintió.

—Aún hay cosas que pueden activarse y no como lo hacemos nosotros, con las manos, sino con cosas invisibles que no están pensadas para ser observadas por los ojos de los hombres. ¡O los de las mujeres o los niños! Así que no lo descartemos tan rápido.

—O acaso el nigromante —susurró Isobel.

La anciana suspiró.

—Esa es otra posibilidad, y la que menos me gusta —afirmó—. Puede que el nigromante esté intentando valerse del poder de los Antiguos, restaurando de alguna manera la energía del lugar, aunque sea por cortos espacios de tiempo, para observar lo que ocurrió, lo que hacían, y cómo usaban sus artefactos.

—En cuyo caso, está aquí —apuntó Zarko.

—Oh, de eso no te quepa duda —afirmó Neana empleando un tono de voz más bajo—. Está aquí. Después de esto, puedo sentirlo claramente. Su magia. Su magia furiosa. Poderosa.

—¿Dónde está? —quiso saber Arran—. ¡Llévanos ante él! Si no es un dibujo de sí mismo hecho de luz y de trucos, ¡hundiré mi puñal en su pecho!

—Hagamos eso, antes de que sepa más de los Antiguos y adquiera más poder —lo secundó Ródegas.

La anciana asintió.

—Supongo que es lo que debemos hacer. ¡Ah, si no estuviera tan cansada! Me cuesta pensar con claridad. Pero hay aquí patrones que no me cuadran bien del todo. Un nigromante maneja hilos de magia que suministra el ciclo de la vida y la muerte, y no sé por qué mezclaría ese camino con los trabajos de los Antiguos. No tendría por qué. Pero qué se propone no lo sé, todavía.

—¿Quieres dormir un rato? —le preguntó Isobel—. Tal vez cuando duermas lo veas todo un poco diferente.

Neana asintió.

—No sé si es por la tarde o por la noche —dijo Miles—, pero hemos visto y vivido muchas cosas hoy, y si dormimos un poco nos encontraremos mejor.

—¿Comeremos antes? —preguntó Tamblor—. Me echaría algo al estómago antes de que siga perdiendo peso.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Miles con una sonrisa—. Pero hagámoslo. Fin de jornada y reposo. ¡Yo haré guardia hasta que alguien pierda el sueño y me sustituya!

### III

El silencio.

Miles se entretenía intentando dar forma a sus desordenados pensamientos: Dosaguas, el extraño pájaro de Quebrantahuesos, la Escalera de los Antiguos, las sombras... y, por supuesto, el nigromante. Todas esas cosas extraordinarias e inusuales sobrevolaban su ánimo, teñidas de una percepción oscura, como espectros, y a veces el temor íntimo que entretejían esos pensamientos era demasiado y su mente escorbaba a tiempos más felices, cuando seducía a Isobel en los prados verdes de Vertedera, y bañaban sus cuerpos desnudos en el agua de los ríos y hacían el amor hasta diez veces al día.

Pero el concepto del nigromante siempre regresaba, y pensaba en cómo sería, y lo imaginaba como un hombre alto, ataviado con una túnica raída y pútrida de la tumba, como un sudario que el tiempo hubiera vuelto negro; y en un cinturón dorado decorado con huesos y cráneos, y la cara horrible desprovista de carne, llameante, coronada por dos ojos encendidos de un rojo furioso y colérico. Otras veces era apenas una sombra difusa que evolucionaba ante sus ojos, como algas oscuras cimbreándose en la corriente



de un río; y a veces conspiraban y formaban una figura vagamente humanoide, pero otras parecía más bien una garra cruel.

Estaba enredado en esos pensamientos cuando oyó un ruido; lejano y apagado, pero un ruido al fin.

Se volvió y se puso en pie, moviéndose muy despacio. Estaba tan atento que todo cuanto llegaba a sus oídos parecía consistir en un zumbido insoportable. Era la ausencia absoluta de sonidos, era el rumor del silencio. Ahora roto otra vez por el mismo sonido, inaprensible pero inequívoco.

En su quietud, Corazón de Hierro giró sutilmente la cabeza.

Para Miles fue una confirmación. Algo se movía, en efecto, en alguna parte. Pensó en despertar a los otros, pero temía que, en su somnolencia, hicieran demasiado ruido y atrajesen sobre ellos algún enemigo formidable e inesperado. Luego pensó en apagar el pequeño fuego que había encendido para calentarse. ¿Lo habrían visto desde lejos? ¿Los estarían observando?

¿Y si era el propio nigromante?

«Piensa, Miles», se dijo entonces. Tenía que ser más astuto que su enemigo, fuese quien fuese, y de pronto se le ocurrió la forma de hacerlo. Con cuidado, se apartó del fuego y se retiró a las sombras de alrededor. Si venía alguien, lo vería desde su escondite, mucho antes de que pudiera acercarse a su mujer o a su hijo, o a sus amigos.

Y esperó, y en la espera llegó el sonido de nuevo, una y dos y más veces aún; una especie de frotar de telas, o un arrastrar de algo suave, una fricción que no podía determinar. Tampoco podía decir con seguridad su procedencia; a veces de allí, a veces de más atrás.

¿Acaso los estaban rodeando? ¿Era un ruido, o eran varios? ¿Había hecho mal no despertando a los otros?

Se estremeció. Pero esperó, a pesar de todo, con el cuchillo presto en la mano.

Y esperó.

Y esperó... hasta que la tenue luz de las llamas empezó a dibujar una silueta al otro lado de donde estaba. Una figura. Una forma que parecía evolucionar hacia el fuego, balanceándose suavemente de un lado a otro.

—¿Padre? —dijo de pronto una voz.

Miles, con los ojos abiertos de par en par, ahogó una exclamación de sorpresa. Era Maradian quien había hablado. Se había incorporado, con el cabello asalvajado y enmarañado sobre la cabeza, y los ojos pequeños e hinchados de sueño. Iba a decir algo y saltar hacia delante cuando la luz de las llamas iluminó al fin al acechante. Un hombre, era un hombre. Sus facciones, ahora tocadas por la luz, se revelaron, y vio Miles que era alguien a quien había conocido bien y a quien reconocía todavía a pesar de la brecha abyecta que dividía en dos su cabeza.

Era Gillot Boeke, con el hueso de la clavícula despuntando cerca del cuello y la cabeza ladeada; restos de sangre seca pegados a su rostro como una segunda piel.

—¡Padre! —gritó Maradian, poniéndose en pie de un salto.

Miles quiso advertirle; quería gritarle que aquello no era su padre, que se apartara, pero mientras Maradian corría hacia él y el Gillot resucitado proyectaba sus brazos hacia el niño, se sintió prisionero de sus propias piernas, desactivadas por el miedo, y ni gritar pudo. Proyectó un sonido ronco y tembló como una hoja.

Gillot Boeke abrazó a su hijo y lo atrajo hacia su pecho. Se fundieron en un abrazo hermoso en apariencia, la cara del niño oculta en el regazo de su padre, la mano de él en la nuca del muchacho. Y fue un abrazo largo. Muy largo. Y las manos de Maradian se levantaron, confusas, y empezaron a moverse, cada vez más agitadas.

Miles intentó gritar otra vez, pero ni consiguió emitir sonido alguno ni pudo moverse tampoco; y Gillot volvió la cabeza hacia él, el cerebro expuesto y aplastado entre láminas de cráneo quebrado, y con una sonrisa escalofriante, susurró:

—*Obe Pita.*

Miles se incorporó dando un alarido. Seguía allí, cerca del fuego. Los demás estaban dormidos, tan cansados que ni su grito pudo despertarlos. Maradian, acostado entre Isobel y Baladar.

Un sueño. Había sido un sueño. Pero tan real que no logró tranquilizarse en un buen rato, y aun entonces pasó la noche atento a las sombras, sin poder volver a dormir.

# EL OSARIO



## I

No sabían si era de día o de noche, pero poco a poco fueron poniéndose en pie, dando por concluido el descanso. No hubo espectros ni regresó la luz en las paredes y techos, ni recibieron otras visitas que lamentar, por cierto, pero dormir en aquella superficie tan lisa y tan pulida había sido mejor para unos que para otros. Algunos, como Tamblor, preferían la tierra, que adopta la forma del cuerpo bajo su peso, a algo tan duro.

Miles no contó nada del sueño. Había sido una experiencia lo bastante desagradable como para pensar siquiera en compartirla con nadie. Pero el fuego se había extinguido y la sala estaba otra vez oscura, así que encendieron las antorchas y se daban los buenos días a medida que los rostros emergían a la luz.

—Espero que la búsqueda no dure mucho más —susurró Steur—. Nos estamos quedando sin madera y aceite para las antorchas, ¡y el agua pronto será un problema!

—Aquí no hace calor ni el sol te fuerza a sudar bajo la ropa —dijo Isobel—. Podemos beber un poco menos, y ya veremos qué ocurre.

Neana se había plantado junto a uno de los accesos, muy erguida junto a

su bastón, como renovada. Miles había hecho guardia casi todo el tiempo hasta que Wáriner lo sustituyó, y al decir de ambos había dormido plácidamente sin apenas moverse.

—Bien —dijo—. Iremos por aquí.

—A mí me vale —asintió Arran—. ¡Hoy querría usar mi brazo y mi cuchillo, para variar! Espero que encontremos a ese canalla.

—Ya veremos —murmuró la anciana—. ¡En marcha, estén listos o no!

## II

La zona que recorrían parecía un laberinto, y los hombres se decían que había sido construido con el propósito de despistar a los invasores. Eran estancias más o menos pequeñas, de formas irregulares, llenas también de trastos y herramientas incomprensibles. Para qué querían los Antiguos todas aquellas cosas, no lo sabían, pero muy necesitados les parecieron de cachivaches si de ellos hacían uso.

Ni uno solo era de madera: ni uno solo de los muebles, estantes, paneles, suelos o techos. Nada había allí que les recordase a la naturaleza, ni piedra ni tablones, como si los recursos los hubieran sacado de algún lugar desconocido donde la tierra ofreciera tales materiales. De ser así, se dijeron, aquellos lugares habían desaparecido hacía tiempo. Pero vieron grandes maravillas, como paredes hechas por completo de cristal, que eran difíciles de ver incluso en ciudades grandes, y metales cortados con una habilidad impensable, algunos formando figuras o caracteres, como OBE PITA, que se repetía en varios sitios de los que encontraron.

—Esposo —dijo Isobel dirigiéndose a su marido en voz baja—. Hay algo que no entiendo en todo esto.

—¿Qué es? —preguntó Miles.

—Si el nigromante ha estado aquí, y parece que lleva tiempo en este sitio, ¿por qué está todo tan... ordenado? Nadie parece haber buscado en todas estas cajas, o manipulado las herramientas, o cogido nada de cuanto hay por todas

partes. Y una cosa me llamó la atención cuando las luces se encendieron por unos momentos: tanto techos como paredes eran de un blanco deslumbrante, sin que hubiera en ellos trazas de humo o de hollín de fuego de antorchas.

—Eso es cierto —dijo Miles, pensativo.

—Incluso hemos encontrado puertas cerradas. De haber estado viviendo en este agujero sin luz, dime... ¿no habrías dispuesto de muchas de estas cosas aunque fuera por curiosidad? ¿No habrías dejado marcas o alguna otra cosa?

—Hasta heces en las esquinas, seguro —aseveró Miles.

Isobel asintió.

—No lo sé. Bien visto, por cierto. Pero qué sabemos nosotros es cuanto puedo responder. Puede que el lugar se limpie solo cada cierto tiempo, por obra de la magia de los Antiguos. Puede que el humo no manche los techos ni los oscurezca, contruidos como fueron con magia.

—Puede que el lugar sea tan grande que ni siquiera el nigromante lo ha visto todo, o no lo ha necesitado, pues en cuanto a eso me parece que hemos accedido por una puerta trasera.

—También lo he pensado —afirmó Miles—. Pero si es verdad, celebrémoslo, pues no creo que nos espere por ese lado, ni a nosotros ni a nadie, y no habrá tal vez trampas dispuestas.

Isobel asintió otra vez.

—Bueno. Ya veremos —respondió, y se quedó embargada en sus propios pensamientos, temores y hasta esperanzas.

Mientras tanto, Baladar hablaba con Maradian, cada uno a un lado de Corazón de Hierro.

—Tienes que practicar más —decía Baladar.

—¡Te digo que no sé! —refunfuñó el pequeño.

—¡Eres tonto! —exclamó el joven Steur—. El día antes de hoy podrían habernos matado. Tenías al *andraide* y no supiste ni decirle nada. ¿Y si encontramos en estos lugares a más espectros o sirvientes del nigromante, o sus soldados, o lo que sea, y no puedes defendernos?

—¡No es culpa mía! —protestó Maradian—. ¡Lo dices como si fuera culpa mía, y no me hace caso en casi nada!

—¡Pues practica con él! No ahora, pues estamos en marcha, pero cuando hagamos un descanso para comer o por la noche, practica. ¡Tienes que enseñarle a luchar!

—¡Si ni siquiera yo sé luchar! —gimoteó Maradian—. ¿Cómo voy a enseñarle?

—Eres un necio —dijo Baladar—. No sé por qué te hace caso. ¡Con lo tonto que eres!

—¡Déjame tranquilo! —explotó Maradian, y se enfurruñaron.

Mientras tanto, Arran Augia, que marchaba justo detrás de la anciana, se detuvo de pronto. Extendió el brazo para alejar la luz de la antorcha de sus ojos y miró a lo lejos, confuso.

—Espera, señora —dijo al fin—. ¿Soy yo, o ahí delante hay luz?

Wáriner y Miles se adelantaron.

—¿La veis? —preguntó Arran—. ¡Allí!

—Pues es cierto —asintió Miles—. También yo la veo. Hay un resplandor rojizo, y esa luz no es como la que hemos visto antes, es un centelleo rojizo que se mueve. ¡Preparaos! Parece que llegamos por fin a algo.

Los hombres se prepararon, y esta vez, tanto Tamblor como Ródegas Hylas tomaron unos martillos de los hatillos y los sujetaron con fuerza entre las manos.

—¿Lo ves? —le susurró Baladar a Maradian—. ¡Ya hemos llegado y no has practicado como te dije!

—¡Pero si acabas de decírmelo! —exclamó Maradian, tan sorprendido como enfadado.

—¡Botarate! —replicó Baladar.

Isobel ya se dirigía hacia ellos, dispuesta a protegerlos. Baladar compuso una expresión de fastidio; lo que él quería era uno de aquellos grandes martillos, o en caso de resultar demasiado pesados, un cuchillo, al menos. Aún le quedaba por crecer, pero se sentía ya preparado para asestar golpes junto a su padre.

En cuanto a los hombres, se habían dispuesto alrededor de la anciana. Esta ni siquiera se había detenido, seguía avanzando hacia el brillo lejano, un

resplandor cada vez más visible y notable, tremolando en la oscuridad que poblaba las salas. Y a medida que se acercaban, menos dudas tenían sobre su naturaleza, que se trataba de la luz de un fuego, vivo, en movimiento, y no las luces frías sin procedencia aparente de los salones de los Antiguos.

Arran apretaba los dientes. Tamblor cambiaba el martillo de una mano a otra, inquieto.

Cruzaron por las salas y descubrieron que tenían que rodear algunas de ellas para llegar hasta la luz, pues esta les llegaba a través de varias de esas paredes hechas de cristal, un cristal prodigiosamente transparente y limpio, por cierto, digno de la mano de un artesano experto en el arte de transmutar la arena con el fuego. Pero al cabo de un rato llegaron a la sala.

—Decidme —susurró Arran—. ¡Decidme qué veo, porque miro y no sé qué entiendo!

Allí, en mitad del túnel, aprovechando quizá un acceso, se habría una entrada áspera y orgánica, cuyas paredes parecían brillar debido a la humedad que las recubría. Y estas no estaban hechas de metal, ni de ningún material de cuantos habían visto, sino de huesos: huesos grandes y pequeños, apelmazados unos con otros, formando una superficie abultada y circular que se asemejaba más al interior de un animal abierto cuando se va a asar que a otra cosa.

—¡Por el fuego del volcán de Osmayo! —escupió Zarko—. ¿Qué es esto?

—¡Ruina! —exclamó Ródegas con los ojos muy abiertos—. ¡Condenación y muerte! ¡La antesala de la desesperación!

—Por mi vida que son huesos —masculló Tamblor—. ¡Huesos y más huesos, dispuestos en las paredes a modo de tablones!

—¡Qué locura atroz! —dijo Zarko.

—Y este olor... —musitó Arran.

Olía, en verdad, a vísceras y a sangre, a descomposición y a cadáver. Olía a carne en mal estado, e Isobel descubrió en el aire otros olores que le recordaban a sus partos.

—En verdad estamos ya en el cubil del nigromante —anunció Miles, y luego añadió—: ¡Ay!

Isobel miró a los niños. Baladar contemplaba las paredes con una

expresión atónita pero fascinada a la vez, y Maradian se había llevado el antebrazo a la nariz con cara de disgusto, pero Isobel no sabía qué decir. Pensaba decirles: «No miréis, niños». Pero en realidad quería decir: «No estéis aquí. Por favor, no estéis aquí. Estad en casa, estad en los prados, jugando entre las flores y cultivando el cuerpo para ser hombres de provecho. Estad a salvo entre hombres y mujeres que os echan un ojo mientras llevan a cabo sus tareas, y que os regañan si os ven subidos muy arriba en un árbol». Pero no quería que estuvieran allí, y se sintió atemorizada y frustrada, porque no podía decidir si era mejor detenerse en aquel punto y regresar, o continuar hacia delante.

La luz era lo peor. Provenía de una antorcha colocada en la pared, y estaba fabricada con métodos que conocían bien, y no cualquier otra cosa que los Antiguos hubiesen concebido. Y ese era, en verdad, el peor signo de todos.

—Una antorcha —dijo Tamblor—. ¡Una antorcha, aquí!

—Pues bien sabemos —repuso Miles— que las antorchas no arden por sí solas más que un tiempo, y se consumen. Yo digo que alguien debe de haberla sustituido, ¡y a juzgar por su tamaño, no hace mucho!

—¡Pues precaución, entonces! —advirtió Zarko—. Cualquiera que haya cambiado o mantenido las antorchas, está al servicio del enemigo, y acaso no sea él mismo. ¡Aquí empieza nuestro periplo!

—En verdad es esto —asintió la anciana—. Otra cosa no puede ser. Pero veamos qué hay más allá.

—¿Entraremos, pues? —preguntó Ródegas—. ¿Por ese túnel infame lleno de... cosas muertas?

—Cosas muertas —repitió Arran—. Desde aquí veo huesos que reconozco: aquellos del techo son huesos grandes de oso, y en las paredes hay costillas de ciervo y de jabalí. Pero hay tantos...

Miles se acercó con prudencia, y Arran fue rápidamente tras él.

—Huesos de animales, en efecto —dijo—. El enemigo ha estado ocupado. ¡Debe de haber perdido la cabeza si se ha dedicado a estas cosas!

—Neana —inquirió Isobel—, ¿tiene esto algún propósito, o es la construcción de una mente sin juicio?



—Ahora veremos —respondió Neana retomando el camino—. ¡En marcha, en marcha! Quiero saber qué hay más allá.

—¡Pero silencio, ahora! —exclamó Arran—. No quiero que el enemigo nos oiga llegar, si acaso está ahí dentro.

Neana negó con la cabeza.

—¡Un nigromante que investiga y trabaja como este lo está haciendo no estará detrás de una esquina, Arran Augia! No será tan fácil, por muchas ganas que tengas. En todo caso, no es mal consejo. ¡Caminad sin hacer ruido! Puede haber cosas peores que un archimago que trabaja con la muerte.

Miles se volvió hacia los niños con una celeridad tal que estos dieron un respingo. Se agachó para poner los ojos a su altura y suspiró largamente antes de hablar.

—¿Sabéis qué nos espera ahí dentro? —les preguntó al fin.

—¡Sí! —asintió Maradian.

—No —respondió Baladar.

Miles sonrió.

—Muy bien. Las dos cosas son ciertas. Sabemos que ahí hay un peligro, pero no cual. Por eso es importante no hacer ruido. Debéis ir detrás, pero no detrás del todo. Wáriner irá en último lugar y cubrirá nuestras espaldas. ¡No os adelantéis! No habléis en voz alta. No os asustéis, pues el miedo es el peor enemigo que puede haber, y es traicionero y despiadado. Es la muerte antes de la muerte.

Los niños asintieron, aunque Maradian tuvo que agachar la cabeza avergonzado, porque el miedo solía ganarle la partida.

—Si las cosas se ponen feas —continuó diciendo Miles—, quiero que hagáis una cosa.

—¡Lucharemos! —dijo Baladar, decidido.

—No, Baladar, ¡no lucharéis!

—¡Pero padre!

—No tienes suficiente fuerza aún en los brazos ni estos son tan largos como debieran. Puedes lanzar una estocada y pueden esquivarla, ¿y qué harás si el brazo de tu enemigo te saca varios dedos de largo? Te alcanzará y morirás.

—Pero...

—Lo que quiero que hagáis es utilizar a Corazón de Hierro.

—¡Es que no sabe luchar tampoco! —se apresuró a decir Maradian.

—No importa —replicó—. Tal vez debimos prestar más atención a eso, pero no importa. Si conseguís que os suba en hombros como habéis hecho otras veces y que os mantenga arriba y a salvo, estaré contento.

—¡De acuerdo! —dijo Maradian.

Baladar parecía enfadado.

—Por luchar no te apresures, hijo —le dijo Miles—. Ya tendrás tiempo más adelante, pues tienes mucho camino que andar todavía y ahora no es el momento. ¿Me obedecerás?

Baladar asintió, aun a disgusto.

Miles se irguió de nuevo.

—En marcha, entonces —dijo.

Espió brevemente a Isobel, y le pareció ver en su expresión que estaba satisfecha con lo que les había dicho a los niños; y eso, al menos, era algo. Si las cosas se ponían feas no quería que Isobel hiciera ninguna estupidez por tratar de salvar a los niños o ponerlos a salvo, como arriesgar su vida innecesariamente.

Avanzaron por fin por el túnel, poniendo los pies con cuidado sobre el suelo teñido de rojo. Había humedad, e incluso el aire que respiraban parecía húmedo, como el que se respira cerca de una catarata que cae desde muy arriba. Pero había otra cosa en el ambiente, un líquido denso y oscuro que resbalaba por los huesos y los cubría, tiñéndolos de una funesta maldición carmesí.

—Que me aten a una carreta y me despeñen —manifestó Arran en voz baja— si esta mugre no es sangre.

—Es sangre —respondió Isobel—, a juzgar por el olor.

—Pero tanta... —susurró Ródegas—. ¡Y aún fresca! ¡Aún fresca!

—No os volváis locos —dijo la anciana—. Hay demasiada sangre fresca. ¡Demasiada! Sin duda se trata de magia. Lo que aún no entiendo es el porqué... ¡Silencio, y sigamos!

El corredor descendía un tanto y luego giraba hacia la izquierda

describiendo una suave curva, pero más allá encontraron una encrucijada y tuvieron que elegir un camino. Neana sugirió el que descendía.

Miles divisó algo a la izquierda, entre los huesos, una estructura conocida que había visto antes, en un par de ocasiones, y que luego pudo ver con demasiado detalle en Dosaguas: una caja torácica humana, con los huesos de las costillas apuntando hacia fuera. Salía de la pared como una boca hambrienta llena de dientes. Se quedó mirando, estupefacto, y más allá vio el inconfundible hueso doble del brazo de un hombre, o una mujer.

No dijo nada, sin embargo, pues observó a los otros y tenían todos la mirada fija en el túnel y en lo que venía a continuación, y pensó que no necesitaban peores noticias, en particular los niños. Una cosa era encontrar huesos de animales, y otra de seres humanos, decorando las pesadillas creativas de algún demente.

Caminaron por los túneles durante más tiempo del que les hubiera gustado, por una estructura que recordaba más bien a los corredores que excava una alimaña bajo el suelo, en el campo. A veces subía y muchas más veces bajaba. En ocasiones encontraban un giro inesperado, o una bifurcación, y seguían un camino u otro, pero sin saber por qué.

Con el tiempo llegaron a avanzar más rápido, pues aunque el olor seguía siendo tan desagradable o aún peor, dejaron de horrorizarse por las paredes, el suelo o los techos, y ya solo querían continuar y descubrir adónde los llevaba eso.

Cosa que ocurrió un rato después.

—¡Atentos! —exclamó Arran levantando una mano en el aire para que todos lo viesen.

Se arracimaron en las primeras posiciones, curiosos, y vieron lo que Arran y Neana habían visto ya: que el túnel se abría de repente o desembocaba en una suerte de caverna, no demasiado grande, pero sí de techos altos, y allí pudieron ver que los huesos no eran sino un revestimiento que cubría las paredes, pues estos no llegaban más que a cierta altura, y luego se revelaba la pared de roca desnuda, de tonos ocres y grises, que se perdían en una bóveda de oscuridad, pues ni las antorchas alcanzaban para iluminarlos hasta arriba.

Y en el centro, dispuesto alrededor de una valla de huesos emplazados en sentido vertical, una estructura de carne, o restos de carne, de la que emergía un centenar de huesos pequeños colocados como si de una escultura infame se tratase.

—¿Qué es eso? —preguntó Wáriner, horrorizado.

La anciana accedió a la cueva con prudencia, mirando a todos lados. Había al menos tres salidas desde allí, y una de ellas arrancaba desde una altura considerable, casi la medida de un hombre. Luego se detuvo cerca de la formación de despojos.

El olor era inenarrable.

—Esto... Esto parece... —dijo—. Esto creo que lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —quiso saber Miles.

—Madre... Es feo. ¡Muy feo! —murmuró Baladar—. Es feo y casi duele mirarlo.

—Sí, hijo —se apresuró a decir Isobel—. Es feo. No lo mires si no quieres.

—Esos huesos alrededor, y las energías que generan. Decidme, ¿podéis verlas? ¿Podéis ver los fulgores y las estelas y las iridiscencias? —preguntó entonces la anciana.

Los hombres se miraron.

—No vemos sino huesos, y pellejos, o acaso sea sangre, formando puentes estrechos que van de un hueso a otro, duros y secos.

—Entonces respiro —suspiró la anciana con alivio—, pues el poder aún no es lo bastante grande. ¡Ah, qué vieja estoy! —añadió con rabia—, pues debí haberme dado cuenta mucho antes.

—Explícanos, anciana —pidió Wáriner—. ¿De qué trata este lugar?

La anciana suspiró de nuevo.

—Hay muchas cosas que invocan a la magia. A veces es un deseo íntimo, ¡solo eso puede conjurar los poderes más notables! Otras veces, el pacto tiene una naturaleza menos benévola, y la magia exige algo a cambio. Entonces hay que usar algo que en la ciudadela llamábamos «reactivos», que pueden ser cosas comunes, como raíces de mandrágora o telas de araña, o cosas difíciles de encontrar, como musgo sangriento. La magia más terrible

requiere cosas mucho más complicadas, como... como esto.

—¿Huesos? —preguntó Miles.

—¿Sangre? —preguntó Isobel.

—Todo eso. La sangre es el fluido sagrado, es el regalo de la vida. Los pactos de sangre son primordiales, eternos e irrompibles. ¡Ay de aquel que levante su mano contra su hermano, su padre o su madre, pues adquirirá una deuda que será difícil de pagar! Todos estos huesos, toda esta sangre... están aquí para conducir la magia terrible por sus túneles, como el alambique de un alquimista. Y he aquí...

Se interrumpió, pensó por unos instantes, y continuó:

—He aquí el nodo. El corazón de ese hechizo terrible. Es el centro de lo que se esté conjurando aquí.

—¿Esto es el corazón de la magia del nigromante? —preguntó Zarko, confuso.

—Es un nodo para uno de sus hechizos, o para canalizar su magia. Ahora entiendo cómo su poder ha crecido tanto. ¡Ah!, ahora sé cómo pudo llegar hasta Sombraviva y amenazarlo.

—¡Ese loco ha estado ocupado! —escupió Arran—. ¡Pues dinos qué hemos de hacer, entonces!

—Destruir este lugar. ¡Destruirlo y destruirlo ahora! —dijo la anciana.

Miles iba a decir algo, pero no hizo falta mucho más. Tamblor Hylas se adelantó con su martillo, gruñó alto y fuerte y descargó un potente golpe contra la estructura central. Las esquirlas de hueso salieron despedidas, la carne crujió como si estuviera seca y apelmazada, y un chorro de sangre brotó con vigor de su interior casi alcanzando la pared lejana.

Isobel chilló.

Ródegas se unió a él, el único otro hombre con el martillo en la mano, y un segundo golpe sobrevino. Esta vez, toda la estructura pareció resentirse y se inclinó hacia un lado. Tres, cuatro y hasta ocho golpes impactaron contra la terrible escultura, y con cada golpe saltaban los trozos en todas direcciones y la sangre manaba como enloquecida, cubriendo el suelo con una mancha oscura que olía a enfermedad y a locura.

Por fin, la estructura quedó reducida a un montón de restos sin sentido,

algunos de los cuales pulsaban de forma casi inapreciable. Los niños estaban horrorizados, Wáriner miraba con una mueca de asco y repugnancia, y Zarko se había llevado la mano a la boca para cubrirla y contener, tal vez, una arcada.

Pero Miles miró a la anciana y no le gustó lo que vio en su expresión. Había sorpresa, pero también consternación. Estaba sorprendida pero también asustada.

—¿Qué ocurre, anciana? —preguntó, con un miedo creciente—. ¿Hemos... hemos hecho mal? ¡Responde!

Neana sacudió la cabeza.

—No puedo creerlo —dijo—. Hemos roto el nodo, pero... ¡nada ha cambiado! La magia sigue fluyendo, poderosa.

Tamblor blandió su martillo, ahora ensangrentado, y apretó los dientes con rabia.

—¿Seguimos, entonces? ¡Puedo romper esos huesos en trozos aún más pequeños, y luego puedo seguir haciendo eso con las paredes y con todo lo demás!

—No —respondió ella— El nodo está roto. Pero la energía sigue, está canalizada, y viene... —miró alrededor, confusa—... viene de otros nodos. Hay más lugares como este, en alguna otra parte.

—¡Entonces los buscaremos! —dijo Miles.

—No lo entiendes, Miles Steur —repuso la anciana—. Significa que el nigromante es mucho más poderoso de lo que sospechaba siquiera, ¡y ya sospechaba que lo era mucho! Es... es un gigante mágico, un ser que ha trascendido su naturaleza humana. Está en otro estadio. ¿Crees que conseguir poder es tan fácil como apilar huesos y bañarlos con sangre? ¡Me río! ¡Me río! ¡Ni yo misma, ni el maestro Reeban Kalb habríamos podido construir uno solo de estos nodos! La fuerza interior que se necesita es... Y hay más...

Se llevó la mano a la cabeza y se tambaleó, como si estuviera sintiendo un mareo. Todos corrieron a sujetarla.

—¡Neana! —exclamó Isobel.

—Estamos perdidos —dijo la anciana—. Soy una hoja. Soy una hoja...

Y en ese momento, algo, muy lejos, gritó. Un grito desgarrado, roto, animal, proyectado en el tiempo como el llanto de un padre que ha perdido a su hijo, o el del hombre que se enfrenta a un destino igual de terrible. Y un grito oscuro, por añadidura, cargado de rabia y de cólera. Y a ese se le sumaron otros, todos preñados de la misma cólera insoportable que parecía adentrarse en la cabeza y agostar todo resquicio de cordura que aún pudiera haber dentro.

Los hombres se encogieron, como si el techo de la cueva se les estuviera viniendo encima. Ródegas dejó de sostener a la anciana y se llevó las manos a los oídos. Los niños dieron un grito y se taparon también las orejas.

—¡El nigromante! —exclamó Miles.

—¿Qué es eso?! —graznó Arran mirando en todas direcciones, pues no sabía, a decir verdad, de dónde habían venido los aullidos.

—Ay —susurró la anciana—. No es el nigromante. Pero han advertido que hemos roto el nodo y vienen hacia aquí, o vendrán en un momento. Ahora comprendo estos túneles... ¡ahora comprendo estos túneles!

—¿Qué? —chilló Ródegas—. ¡¿Qué es lo que viene?!

—¡Neana! —gritó Miles—. ¡No nos abandones!

Neana cerró los ojos y, con una expresión derrotada, dijo:

—Sus sirvientes, claro. Qué tonta he sido. Son necrófagos. Ellos construyeron esta abominación. Perdonadme. Perdonadme.

Y se desmayó.

## DENTELLADAS EN LAS TINIEBLAS



### I

El sonido que les llegaba era como el de un trote creciente, como si una manada de caballos se dirigiese galopando hacia ellos desde alguno de los túneles.

Miles había cogido a la anciana en brazos. ¡Pesaba tan poco, como si fuera apenas un pellejo que el tiempo hubiera ido descomponiendo!, pero no sabía hacia dónde huir, porque no sabía por dónde llegaba el enemigo; el sonido rebotaba en las paredes y en el techo y regresaba, desorientándolos.

—¡Preparaos! —gritó Arran.

—¡Que la tierra nos dé descanso! —graznó Ródegas.

—¡No será sin que haya roto algunas mandíbulas, necrófagos o no! —exclamó Tamblor.

Isobel había reclamado a los niños y los tenía cerca, situada entre los hombres y buscando su protección. Pero la jauría seguía creciendo en intensidad, y en medio de ese trotar desbocado había gritos escalofriantes que helaban la piel, y se dijo que tal vez era aquel su momento; se dijo que podía ser el final.

De los necrófagos, por cierto, había oído cosas, como casi todo el mundo,



pero siempre pensó que eran cuentos para asustar a los niños y mantenerlos alejados de los lugares apartados, sobre todo las cuevas, que siempre atraen mucho la curiosidad y se prestan a juegos que acaban en caídas por pozos sin fondo. Se decía que eran criaturas parecidas a los hombres, pero indeciblemente delgados, con rostros despiadados y animales, de bocas enormes y llenas de dientes, y ojos enfurecidos; seres que comían cadáveres de todo lo que podían encontrar muerto, y que si no los encontraban muertos los asesinaban para devorar sus carnes. Se decía que usaban los pies y las manos para trotar, raudos como perros, y que roían los huesos acuclillados en el suelo, desnudos siempre, con manos de dedos largos y uñas duras como cinceles con las que quebraban los miembros de los muertos y les sacaban los ojos. Eso se decía.

Cuentos terribles, sin duda, pero cuentos; y aquellos cuentos parecían correr hacia ellos, viniendo de alguna o de todas las direcciones, conjurados como de la nada, y se dijo que Neana debía de haber enloquecido, que la magia la había trastornado, ¡que no podía haberlos dejado en la estacada, desmayándose como lo había hecho!, y que lo que oían no eran sino los ecos de sus desvaríos mentales, una secuela imaginaria, una ilusión...

Pero cuando los necrófagos irrumpieron por fin en la sala como en tropel, una maraña de brazos extendidos acabados en uñas atroces y dientes puntiagudos y delgados, se sintió desfallecer. Eran como los de los cuentos: bestiales, con brazos delgados y fibrosos de un color desvaído, el cuerpo enjuto, de músculos casi inexistentes, las piernas recogidas bajo el cuerpo, y sin orejas.

Tamblor estaba más cerca. Los vio llegar y reaccionó con rapidez, levantando el martillo enorme y descargando un barrido hacia las bestias que entraban en la cueva. El golpe terrible los derribó a casi todos, que cayeron entre el sonido inconfundible de los huesos quebrándose bajo la carne. Ródegas se lanzó también hacia delante, lanzando un grito atroz, y con un segundo golpe consiguió aplastar a una de las criaturas que aún quedaban en pie. Cayó al suelo, doblada por el peso del martillo, y su espalda se aplastó visiblemente. Los brazos extendidos se agarraron al suelo con desesperación y dolor, y un gruñido apagado escapó de su garganta.

—¡Huid! —aulló Tamblor mientras lanzaba otro ataque con el martillo.

Detrás de él, en el túnel, había una algarabía desquiciante: los necrófagos llegaban en gran número, un tropel de bocas descomunales, grandes como la entrada de una madriguera, donde despuntaba el horror de una sucesión interminable de dientes húmedos y brillantes.

—¡Tamblor! —gritó Arran, sin saber qué hacer con su pequeño cuchillo.

—¡Huid os digo, los contendremos! —gritó Tamblor, intentando contener a los necrófagos.

Ródegas miró brevemente hacia atrás entre golpe y golpe.

—¡CORRED!

Isobel no se lo pensó: cogió a los niños de la mano y salió corriendo por el túnel opuesto. Al ver eso, Wáriner hizo lo propio, y no por huir del combate, sino porque quería asegurarse de que Isobel y los pequeños Boeke y Steur estuvieran a salvo. No sabía cuántos necrófagos podría haber yendo hacia ellos desde ese otro lugar, también.

Miles apretó los dientes y pensó algo parecido, pero aún pensó otra cosa más: que tenía a la Heredera en brazos y que no podría luchar con ella a cuestas, y de todas maneras, ¿cómo podría dejarla en el suelo y arriesgarse a que alguna de aquellas bestias se lanzara sobre ella en un descuido? Con esas garras terribles bastaría un zarpazo para partirla en dos, tan vieja y arrugada y débil como estaba. Por fin, compuso una expresión de rabia y frustración y salió detrás de Wáriner.

Mientras tanto, Zarko miraba a Corazón de Hierro. Seguía de pie, inmóvil, pero tan pronto vio a los niños salir corriendo por el pasillo, se puso en marcha y se fue detrás. Zarko apretó los puños. Estaba furioso, quería saltar sobre él y obligarlo a girar la cabeza para que viese a Tamblor y a Ródegas, y gritarle: «¡Ayúdalos!». Y obligarlo a usar su pecho de hierro y sus brazos de hierro y sus puños de hierro. ¡Cuán útil hubiera sido aquel fantoche, mequetrefe, aquella burda imitación de vida, carente de todo sentido práctico, aquel guerrero de la nada, útil solamente para ocupar espacio!

Mientras tanto, Isobel corría tan rápido como podía, tomando direcciones al azar. No habían pasado por allí anteriormente, por cierto, pues ahora

cruzaba por una cascada de sangre y agua que bajaba descendiendo por un corredor angosto, inundaba el suelo del pasillo y se perdía por una abertura en la pared. Sus pies chapotearon en aquella espeluznante mezcla y siguió corriendo, con los niños todavía de la mano.

Los demás iban detrás. Una o dos veces resbaló Miles en el suelo irregular y húmedo (porque no podía ver con la anciana en brazos), pero cuando parecía que iba a caer sin remedio, lograba equilibrarse y seguir.

Después de un buen rato, Miles estaba exhausto. Todos lo estaban. Miró hacia atrás y solo vio a Arran corriendo hacia él, pero nadie más lo seguía.

—¡Isobel! —exclamó, sin alzar demasiado la voz—. ¡Isobel Steur, detente, te digo!

Isobel volvió la cabeza. Su expresión era de miedo, pero también de tristeza y de confusión. Tan pronto lo hizo, Baladar dio un tirón y se libró de la mano de su madre; se dejó caer al suelo y empezó a resoplar.

—¡Tenemos que seguir! —dijo Isobel.

—¿Seguir adónde? —preguntó Miles—. ¡Nadie nos sigue, Isobel! Pero piensa un poco: si avanzamos más, ¿quién sabe dónde nos meteremos? ¡En la madriguera de alguna de esas alimañas, tal vez, o en otro sitio aún peor!

Isobel apretó los dientes. Sentía las mejillas encendidas y el calor del esfuerzo por la carrera, y aunque respiraba con dificultad, habría querido correr hasta la aldea, si hubiera un sitio por donde hacerlo. Pero pensó que Miles tenía razón. Había que detenerse, era necesario parar y ver cómo estaban las cosas.

De pronto miró alrededor. Allí estaba ese inútil hombre de metal, y Arran Augia, y también Miles con Neana en brazos, y los niños, por supuesto; y también Wáriner Venorian... pero ¿dónde estaban Ródegas y Tamblor, y dónde Zarko, también de los Augia?

—Miles... —dijo, sin poder añadir nada más.

Este miró hacia atrás. El túnel de tintes rojos se presentaba vacío; nadie más los seguía. Ningún necrófago (ni se oían sus alaridos inhumanos) ni, por cierto, alguno de sus compañeros.

—Cráneos —masculló Arran—. No debimos dejarlos solos allí. ¡Que los espectros resucitados me condenen! ¿Qué he hecho?

—Tranquilo, Arran Augia —dijo Miles—. Pues la situación era apremiante y todos hicimos lo que creímos correcto. Y ellos mismos dijeron que huyéramos, y eso hicimos.

Arran descargó su puño contra la pared, y no contento con eso, volvió a hacerlo una, dos y hasta cuatro veces.

Maradian se echó a llorar.

—Está bien —dijo Miles depositando a la anciana en el suelo—. Os quedaréis aquí y yo iré a echar un vistazo.

—¡Y yo te acompañaré! —exclamó Arran.

—No, Arran, no harás tal cosa. Te pido esto por favor, pues alguien debe cuidar de la anciana, de los niños y de mi mujer.

—Déjame ir a mí en vez de prodigarme cuidados —se ofreció Isobel—. Pues ahora mismo es lo que deseo.

—Cuida de tu hijo, y del amigo de tu hijo —le respondió Miles—. Que en eso haces mejor que en cualquier lucha que venga, pues si tienes que crear alas a la espalda para salvarlos, lo harás, y si hay que morder, morderás. ¡Quédate con ellos!

Isobel asintió, aunque a regañadientes.

—Pues id los dos, entonces. Que yo me quedo con mis alas y mis dientes y otras cosas.

—Vamos, Steur —dijo Arran—. ¡Vamos a ver qué ha sido de ellos!

Pero en ese momento oyeron ruidos al fondo del túnel y se volvieron, los ojos muy abiertos, la postura encogida y los brazos prestos. Arran se apartó el sudor de la frente con un movimiento rápido.

No eran los necrófagos, por cierto, sino *Zarko el Viajero*. Y se alegraron de ver su rostro hermoso y sus cabellos rubios y lacios cayendo a ambos lados de la cara, pegados a ella por causa del sudor que los cubría a todos, pero cuando empezó a acercarse a ellos, utilizando una mano para apoyarse en la pared, se preguntaron de nuevo por qué no iban Ródegas y Tamblor detrás.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Arran—. ¡Dinos algo pronto o se nos saldrá el corazón por la boca!

Zarko, jadeante y exhausto, se tomó todavía unos momentos para

contestar.

—Han... Han caído —dijo—. Tamblor y Ródegas Hylas han caído. Estuve con ellos y resistieron con valor y coraje, y a muchos de aquellos animales detuvieron con sus martillos. Los cráneos quedaban aplastados, y los pechos hundidos. Nunca había visto a nadie golpear tan rápido y con tanta fuerza. Pero...

—Ay —exclamó Arran—. ¡Qué dolor! ¡Continúa, te pido!

Zarko sacudió la cabeza.

—Los monstruos seguían llegando. Sus bocas... Oh, sus bocas eran un espanto abominable. Todos aquellos dientes. Terminaron por echárseles encima. Y aunque las fauces mordían y desgarraban seguían dando golpes, hasta que cayeron al suelo de espaldas y yo...

Isobel escondió el rostro entre las manos, y hasta Baladar dejó que las lágrimas escapasen y limpiasen sus mejillas sucias.

—Lo siento. Vi que no había manera de salvar nada, pues ni un cuchillo tenía a mano, y salí corriendo. Aún puedo oír sus gritos en mi cabeza.

—Muertos —dijo Miles, incrédulo—. Pero ¿estás seguro? ¿Es verdad que Ródegas y Tamblor Hylas han caído?

—Vi la sangre manando del cuello de Tamblor como si fuera un torrente, y vi el dolor en su rostro. Y aun así levantaba el martillo sobre su cabeza, hasta que cayó hacia atrás y los necrófagos inmundos se le subieron encima.

—Basta, basta —rogó Arran, encogido de dolor.

—Sus cabezas subían y bajaban, todas las bocas manchadas de sangre...

—¡Basta te pido!

—Lo siento —se disculpó Zarko, y bajó la cabeza, avergonzado.

—Eso no digas —exclamó Miles—. Pues si te hubieras quedado habrías muerto también, y difícilmente nos ayuda eso en algo. ¡Más habríamos tenido que lamentar! Hiciste lo correcto, pues ahora estás aquí, y eso al menos es algo.

—Ródegas Hylas ha muerto —susurró Arran, y se dejó caer al suelo y escondió el rostro entre las rodillas.

Zarko se volvió hacia Corazón de Hierro, ligeramente encorvado pues no había en el túnel de techo bajo. Luego descargó su puño contra el pecho de

metal, la cara presa de una rabia contenida pero manifiesta.

—¡Armadura inútil! —gritó—. ¡Pudiste ayudarnos!  
Corazón de Hierro no hizo ni dijo nada.

—Basta de eso también —dijo Miles—. Está claro que el hilo que mueve su destino es otro que el de la lucha. Si es que el destino tiene algún hilo todavía para nosotros, y no es una broma macabra, pues hasta la Heredera ha fallado en esto y hemos perdido mucho.

—Hemos perdido mucho y nos hemos perdido a nosotros mismos — comentó Zarko—. Porque di... ¿dónde estamos ahora, hacia dónde vamos, y qué esperanzas tenemos?

Miles no lo sabía. Pero se acercó a su familia y la abrazó, también a Maradian, y permanecieron así un largo rato, mientras Arran sollozaba sentado en el suelo y Zarko miraba sus manos manchadas de sangre.

## II

Aún no se habían recuperado y todavía se abrazaban llenos de dolor y de desesperación cuando volvieron a oír los aullidos lejanos de los necrófagos.

Maradian se abrazó a Isobel con toda la fuerza que pudo, y ella puso una mano sobre su cabeza y miró alrededor, con la angustia trabada en el pecho. Había visto morir a Gillot y había visto las criaturas, y podía imaginar el final horrible de Tamblor y Ródegas, pero no estaba preparada para que unos seres infames y nauseabundos como aquellos le arrebataran a su hijo de sus brazos, mordisco a mordisco.

—Silencio —susurró Miles—. ¡Silencio ahora!

—Nos buscan —dijo Arran con la boca seca.

—Claro que nos buscan —asintió Zarko—. Saben que estamos por aquí, en sus dominios, y...

—¡Silencio, silencio!

Los gritos crecían alrededor, sonando en todas direcciones, a uno y otro lado y también arriba, como en un túnel que cruzara por encima. Eran gritos

inhumanos, bárbaros y crueles, a veces desgarrados, como ladridos, y también como fauces que chasquearan en las penumbras apenas iluminadas por las antorchas que había dispuestas cada poco tiempo.

Mucho rato pasaron escuchándolos, mirando a un lado y a otro del túnel, y preguntándose si acaso podrían rastrearlos por el olor, pero ninguno recordaba haber visto nariz en sus rostros deformes por la boca exagerada, y en ello hallaron un pequeño consuelo. Sin embargo, giraban la cabeza con rapidez, pues sabían que era cuestión de tiempo que aparecieran por un lado o por otro.

—Deben de estar protegiendo los nodos —apuntó Zarko—. Y no veo ninguno por aquí.

—Eso tiene sentido —dijo Isobel, aliviada—. Aunque tal cosa ponga punto y final a nuestra tarea. ¡Pues no podremos acercarnos a ninguno de ellos así pasemos aquí días y días!

—Los aceites —dijo entonces Miles—. ¿Nos queda alguno en nuestros hatillos, o estaban entre los enseres de Ródegas y Tamblor?

—Aceite tengo —respondió Zarko—. ¿Para qué lo quieres ahora?

—Dámelo y verás.

Aullidos.

Trotar de patas y brazos grises y fibrosos.

Zarko extrajo la botella de su hatillo y se la lanzó a Miles. Este la sopesó en su mano y miró hacia ambos lados. Se estaban acercando, podía sentirlo en la piel y también en los huesos, pero sobre todo en el corazón. Se acercaban, recorriendo los corredores y pasillos que para ellos eran tan conocidos, y cada vez quedaban menos lugares en los que mirar: Estarían ahí en cualquier momento.

Aún no había terminado de pensar en ello cuando los necrófagos aparecieron por el túnel, lejos, al fondo, trotando a tal velocidad que en las curvas resbalaban y caían y otros pasaban por encima, las bocas abiertas, rabiosos y coléricos.

Isobel gritó, y también Baladar. Arran empuñó su cuchillo y movió la cabeza de un lado a otro como si quisiera negar la existencia de aquellos seres, esperando tal vez que desaparecieran por mor de su voluntad. Pero no

desaparecían. Se lanzaron como una horda abyecta hacia ellos, y entre los gritos y alaridos creyeron percibir carcajadas crueles que parecían decir: «¡Os hemos encontrado!».

Miles esperó. Y esperó. Y cuando se acercaban a una de las antorchas, proyectó el brazo hacia atrás y lanzó el bote de aceite con fuerza. El proyectil voló en el aire, se estrelló contra la pared de hueso al lado de la llama y la cerámica estalló en varios pedazos. El aceite se extendió y cayó sobre los necrófagos, que corrían tan enfervorizados que ni siquiera lo notaron; pero después, cuando la llama de la antorcha besó el líquido, este se inflamó en un solo instante con un sonido altivo y potente —¡FLUM!—, y las criaturas quedaron envueltas en llamas.

Hubo gritos y cuerpos que caían al suelo y se retorcían presos de un dolor lacerante y cruel. Las llamas se alzaron raudas, como si sus cuerpos estuviesen hechos de yesca, y en el túnel se creó un incendio que obstruyó el paso; un amasijo de brazos que ennegrecían con rapidez, y bocas que ahora no parecían amenazadoras sino suplicantes. Los ojos hundidos en las cabezas redondas estallaban por el calor.

—¡Por todos los amaneceres que haya visto jamás! —exclamó Arran.

—¡Ahora! —dijo Miles mientras se agachaba para tomar de nuevo a la anciana en brazos—. Sigamos adelante mientras podamos, pues el fuego no durará eternamente, y recemos para que el corredor de ahí delante no desemboque en algún ramal que les permita emboscarnos.

Se pusieron en marcha otra vez, descansados (un poco) y con el ánimo renovado por la treta de Miles. El túnel descendía abruptamente hacia la izquierda y creaba una rampa pronunciada por la que resbalaron más que caminaron, hasta llegar a otra sección que no se diferenciaba en nada del resto: los huesos en las paredes, suelo y techo curvo los acompañaban.

Sin embargo, después de un rato llegaron a una estancia donde todo eso desapareció, y se encontraron de nuevo con las ahora familiares paredes de los Antiguos, de un liso prodigioso, pero menos elaboradas y estéticas que las anteriores, como si estuvieran en una sala de servicio más que de trabajo. Era básicamente rectangular, con rejas circulares en la parte superior, y más raíces negras y de tonos rojos y amarillos saliendo de unos contenedores



ubicados en el centro, llenos de filigranas y protuberancias que hacía tiempo habían dejado de intentar comprender.

—¡Hemos salido! —exclamó Arran.

—Hemos salido, por cierto —afirmó Zarko—. Estos ya no parecen los dominios de los necrófagos.

—Pero hemos salido, ¿dónde? —preguntó Isobel—. Ay. ¿Cómo encontraremos el camino de vuelta entre tanto horror?

Corazón de Hierro miró a Maradian.

—*Boj* —dijo.

Pero Maradian no le contestó. Estaba enfadado con él por haber permanecido impasible cuando se requería su ayuda, y por no haber levantado ni un brazo cuando, estaba seguro, pudo haber combatido a los necrófagos con facilidad. Mucho sospechaba que sus dientes no harían mella en sus brazos de hierro, y que el metal era inmasticable, y su fuerza suficiente para haberlos contenido y aplastado en un momento.

Escondió la cara en el regazo de Isobel.

—Sin duda hemos fracasado —exclamó Zarko—. ¿Qué posibilidades tenemos de...?

En ese momento, la anciana se estremeció y abrió los ojos y la boca, como si hubiera estado largo tiempo sin respirar. Miles la dejó con suavidad en el suelo y la miró.

—¿Estás bien, anciana? —le preguntó.

—Estoy... —dijo—. ¡Ay! He estado muerta, otra vez.

—¿Muerta? —se extrañó Isobel. Ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—No importa —dijo—. Yo...

Miró alrededor y repasó la sala con los ojos cansados y medio cerrados, observando las rejillas en la parte superior y el suelo, muy diferente del otro que habían visto. Luego encontró la entrada al túnel de los necrófagos, con piezas grandes de hueso formando una orla funesta en el borde, y suspiró largamente.

—Habéis escapado —susurró—. Es... es inaudito.

—No todos, por cierto —dijo Arran ceñudo—. Ródegas y Tamblor Hylas

cayeron. Los necrófagos los devoraron; y mientras lo hacían, nosotros escapamos.

—Ah, qué terrible —se lamentó la anciana.

—Pero decidme —inquirió Zarko—: esas criaturas... ¿qué son? ¿Son necrófagos, en verdad? Nunca pensé que existieran. ¡Nunca nadie me ha hablado de ellos!

—Ay. Existen como tú y como yo, pero profundo, muy profundo en la tierra, bajo los cementerios, y nadie que haya llegado hasta sus túneles ha vuelto para hablar de ellos. Mas no quedan muchos ahora, y hace mucho que sus madrigueras espantosas han quedado enterradas. Pero que estén aquí no es casualidad. El nigromante debe de haberlos convocado, atraído de alguna manera para que velen por sus nodos...

—Pensé que podías hacer magia —dijo Baladar de repente con voz grave y baja—. Y no has hecho magia, sino que te has desmayado como una vieja tonta...

—¡Baladar Steur! —exclamó Isobel, sorprendida.

Miles clavó una mirada iracunda en él.

La Heredera levantó una mano en el aire.

—Dejadle decir la verdad, aun cuando no sea cortés. Si es la verdad, tiene derecho a decirla —declaró—. Y tienes razón, joven Baladar de los Steur, y mucha, te digo. Confiabais en mí y os he fallado, pero como siempre ocurre, me fallé a mí primero. No calculé cuan deteriorado estaba este cuerpo. Me desmayé sin poder evitarlo, aun cuando hubiera podido hacer una y dos cosas por vosotros. Y por eso lo siento.

—Eres anciana y nos has aportado mucho conocimiento en cosas que desconocíamos —dijo Isobel—, y por eso estamos agradecidos. No esperábamos, cuando salimos, que una anciana nos defendiera, por cierto.

—Pues ahora lo haré —aseguró la anciana.

Arran seguía mirando la entrada del túnel.

—¿Es este momento de palabras, acaso? —preguntó—. Esas criaturas podrían llegar por ese túnel en cualquier momento. ¿No deberíamos huir? Y en ese caso, ¿hacia dónde?, pues desde aquí nacen dos túneles.

Arran había visto, en efecto, dos accesos oscuros, de techo muy bajo.

Aunque eran en apariencia ominosos y parecían cuencas vacías, sin ojos, su existencia lo alivió. Pensaba que estaban atrapados en un callejón sin salida y que tendrían que volver a pasar por los corredores de los necrófagos, y ese pensamiento lo atormentaba. Aún podía sentir el olor insoportable de toda aquella sangre golpeándolo en la nariz. Mucho le extrañaba no haberse rendido todavía a las arcadas.

—Bueno —dijo la anciana—. Aún estoy despierta. Y en cuanto a eso, hay algo que debo hacer. ¡Mucha tarea hay por delante si quiero destruir el núcleo de poder de nuestro enemigo y enfrentarme a esos necrófagos, y otras cosas!

Arran negó con la cabeza.

—Descansa, anciana. ¡No te ofendas! Pero no te veo enfrentándote a ninguno de esos monstruos.

La anciana rio entre dientes, pero la risa sonó amarga y triste. Al cabo, se levantó.

—¿No me ves, dices? —replicó con voz fuerte—. Dices... que no me ves. Yo, que he detenido el curso de los ríos, que volví a forjar el hacha de Somar Tres Dedos en la barriga de un volcán rodeada de llamas abrasadoras y de la sangre hirviente de la misma tierra; yo, que cabalgué a lomos de la criatura cuyo nombre no puede pronunciarse por seres humanos pues no hay sonidos para ello... ¿dices ahora que no me ves?

De pronto, levantó los brazos, y como ocurriera en la cueva de Sombraviva, la mujer empezó a cambiar. Hubo un fogonazo como de plata y surgieron de él corrientes pálidas que se movieron en el aire como telas sujetas a un bastón, y de pronto, en medio de un zumbido como de insecto, allí estaba otra vez aquella mujer hermosa, ¡tan joven!, de tez suave y blanca como si nunca le hubiera dado el sol, los ojos verdes y resplandecientes de nuevo, renovada en su altura. En verdad resplandecía en porte y apariencia, y sus movimientos parecían otra vez elegantes y poderosos.

Isobel, Zarko y los niños, que no habían visto la transformación nunca antes, lanzaron exclamaciones de asombro.

—¡Es hermosa! —exclamó Maradian.

—¿Y ahora, Arran Augia? —preguntó la mujer—. ¿Me ves?

—Te veo, señora —respondió este—. Y en verdad me maravillo de ello,

pues reconozco no haber visto nada ni nadie parecido en todos los días de mi vida.

—Y yo tampoco —dijo a su vez Zarko—. ¡Pero dinos ahora, ¿qué magia es esta?!

La anciana se quedó en silencio, luego su imagen palideció y se perdió ante la vista de todos, y otra vez volvió a ser una anciana. Maradian no pudo evitar dejar escapar una exclamación de decepción.

—La magia de una ilusión —respondió, ahora otra vez con su voz rota y cascada—. Solo una ilusión, me temo.

—Oh, no —exclamó Zarko—. Veía a esa mujer como una luz que llenaba el corazón y alegraba la vista, y en verdad me he sentido esperanzado de nuevo.

La anciana suspiró. Luego miró sus manos y dirigió la cabeza hacia el túnel.

—En verdad era así, pero hace demasiado tiempo, me temo. Hasta el cielo era diferente, y todas las estrellas en él. Y era hermosa, sí, y muchos hombres aspiraron a mi corazón, pero mi belleza nacía de dentro y no de fuera, y siempre comprendí que mi camino era estar sola y no formar familia, con castillo o sin él, pues mis amantes eran la magia y la naturaleza, y no la carne.

—Oh —exclamó Isobel, sin saber qué otra cosa decir.

—Mas ahora estás vieja —dijo Arran—, y tal vez deberías dejarnos hacer a los hombres, pues al menos nuestros brazos son fuertes y podemos... —Se detuvo un momento—. Podríamos luchar si tuviéramos armas para ello.

—Podría... —repitió la anciana.

Entonces levantó una mano en el aire y allí apareció un círculo blanco de un fulgor deslumbrante. Luego levantó dos dedos y los separó, y al hacerlo extendió también el dedo meñique y el círculo empezó a girar a un lado y a otro, hasta que se desdobló en varios círculos más pequeños. Luego hizo un ademán con la mano y el círculo desapareció con la misma rapidez con que había aparecido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wáriner.

La anciana no dijo nada. Parecía pensativa.

—Está bien —dijo al fin, y luego repitió—: Está bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isobel.

—Hay algo que puede hacerse. Y acabo de comprenderlo. Otra solución no veo, pues en verdad este cuerpo está demasiado exhausto como para ser útil, y hasta el hechizo más sencillo me costaría demasiado tiempo y esfuerzo. Pero este lugar... este lugar ha sido construido para multiplicar la magia... La canaliza. En esto no pensó nuestro enemigo, y quizá yo pueda...

—¡Explícanos! —dijo Miles, súbitamente esperanzado.

—Más bien no os explicaré —replicó la anciana, caminando hacia el centro de la sala—, sino que haré. ¡No es tiempo de palabras, como ha dicho Arran Augia!

Isobel y Wáriner asintieron al unísono.

—Dinos —inquirió Isobel entonces—, ¿qué necesitas? ¿Qué podemos hacer?

Neana se inclinó y, muy lentamente, se sentó en el suelo. Hasta ese pequeño movimiento le requería un esfuerzo considerable.

—Realmente no hay tiempo para otra cosa —dijo entonces—, así que el camino está claro. ¡Por ahora, esperad! Esperad y proteged el túnel. Si vienen los necrófagos, o cualquier otra cosa, defended esta sala con vuestras vidas. ¡O todo habrá acabado!

—Lo haremos —afirmó Wáriner—. ¡Aunque ahora mismo no vea cómo!

—Lo haremos —corroboró Miles.

Pero la anciana no parecía escucharlos. Había agachado la cabeza, y en sus brazos extendidos empezó a brillar una luz anaranjada y suave, preciosa a los ojos, que arrancaba fuertes contrastes en su rostro consumido por las arrugas.

Los hombres, Isobel y los niños se miraron confundidos, pero estaba claro que la Heredera estaba haciendo algo, y todos podían sentir que en ese algo había una cierta esperanza. A eso se agarraron, y permanecieron en silencio, expectantes, porque más no había. Ni armas, ni agua apenas, ni tampoco energías; ni tan siquiera la creencia de que, tal vez, podrían vencer.

Hasta eso se había quedado prendido a los muros de hueso.

### III

Nadie podía decir, sin temor a equivocarse, cuánto tiempo había transcurrido desde que la anciana se había recogido en sí misma. Muchas cosas habían pasado a su alrededor, y durante un rato entretuvieron a los niños, pues allí en el aire aparecieron figuras y signos y símbolos y estelas luminosas que permanecieron como flotando, inmóviles pero brillantes, hasta que alguna se extinguía y se deshacía en una pequeña llovizna púrpura. Pero la anciana seguía inmóvil, la barbilla pegada al pecho y los brazos extendidos.

En la sala no había ninguna otra cosa que ver o mirar, y los niños contaron los barrotes de las rejas circulares solo por entretenerse, mientras Arran afilaba su cuchillo pasándolo por la pared de piedra, produciendo un sonido uniforme y lánguido. Zarko parecía dormitar en una esquina, con la espalda apoyada en la pared y las piernas recogidas, y en cuanto a Miles, miraba a Neana con los ojos fijos, expectantes, sin hacer ninguna otra cosa más que esperar.

Pero en algún momento, Maradian se incorporó con rapidez y volvió la cabeza como si hubiera oído algo.

—¿Qué ocurre, Maradian? —preguntó Arran, advirtiendo el gesto.

—Me ha parecido oír... —contestó.

Zarko levantó la cabeza despacio.

—Creo que también lo oigo —dijo.

—Cráneos y serpientes en un agujero pequeño —exclamó Arran—. ¿Que Zarko oiga algo y que un Augia no pueda? Eso sí que es nuevo.

—¡Pues abre las orejas o límpiatelas! —dijo Zarko, ahora con urgencia mientras se ponía de pie—. ¡Pues me parece que...!

—¡Ahora lo oigo también yo! —exclamó Arran.

Todos podían oírlo: el rumor lejano pero creciente de la horda de necrófagos correteando incansables por los túneles. Aullidos, gruñidos, jadeos y bramidos, y el insoportable arañar de sus garras en los huesos que sobresalían, de vez en cuando, del suelo.

Miles sacó su cuchillo, y también Arran, y corrieron a la entrada.

—¡Ay no! —gimió Isobel.

—¡Madre! —exclamó Baladar.

—Otra vez no —murmuró ella, y abrazó a los niños.

Miles sabía que ningún tarro de aceite los salvaría esta vez, porque no les quedaba ninguno. Pero se adelantó con rapidez y cogió la única antorcha que ardía en la pared. No le serviría de mucho ni tampoco mucho tiempo, pero era algo.

Mientras tanto, Wáriner miraba a Neana con desesperación. Se acercó a ella y la llamó por su nombre: «¡Neana!, ¡Neana!», sin que ella pareciera reparar en él siquiera. Estaba como ida, desconectada de aquel momento y lugar. Inalcanzable. Ella misma lo había dicho: «Defended el túnel mientras yo hago lo que tengo que hacer». Neana no iba a volver a ayudarlos otra vez.

El rumor se convirtió en un estruendo en demasiado poco tiempo. ¡Otra vez estaban ahí! Wáriner recordó las fauces urgentes y los dientes puntiagudos, y sintió miedo y se estremeció. Si el gordo y fuerte Tamblor había caído, aun contando con un martillo de gran tamaño, ¿qué posibilidades tenían ellos? Ninguna, o prácticamente ninguna. La única posibilidad real era que el enemigo pasara de largo, que tomaran algún otro ramal previo y que ignoraran aquella entrada, aunque solo fuera porque era el final de su reino de terror, todo huesos y sangre.

Sí, tal vez si eso ocurría, podrían aguantar.

Tal vez.

Pero al cabo fue evidente que no iban a pasar de largo. Wáriner palideció. Sus sueños de recorrer mundo se disiparon; el sonido crecía, brotando del túnel como una promesa de muerte, abrumadora, terrible, y tan inevitable como cierta.

—¡Maradian! —gritó Baladar—. ¡Corazón de Hierro!

Maradian compuso una cara angustiada. Miró al hombre de metal y este seguía allí donde se había quedado tras la carrera en los túneles, de pie, los brazos extendidos pegados al cuerpo, la cabeza mirando a algún punto indeterminado de la habitación; a decir verdad, igual que las otras veces.

—No... —dijo. No se sentía capaz de hacer nada. No podía, ni sabía

cómo, y sobre todo no quería que su amigo lo presionara con esa responsabilidad. Y Baladar, como si hubiera estado escudriñando sus pensamientos, dijo:

—¡Maradian, si no haces algo, vamos a morir!

En el túnel, las sombras alargadas de los necrófagos empezaron a dibujarse en la pared: sombras vivas, en movimiento, airadas, un lío de siluetas oscuras que evolucionaban sin dar tiempo a identificarlas, pero a la vez inequívocas. Estaban allí mismo, al otro lado de la curva que describía el corredor.

Y por fin: ellos.

Los brazos grises y alargados se tendieron anhelantes y urgentes, retorcidos como raíces malditas. Los rostros hinchados, pegados unos a otros, eran un desfiladero de cinceles afilados. Las garras en las manos terribles estaban ensangrentadas por el contacto continuo con las miserias esparcidas por los corredores, pero también porque sus pies y sus manos deformes estaban heridas de tanto trotar, aunque no lo acusasen.

Miles echó el brazo atrás, con el cuchillo preparado. No había manera de contenerlos: los superarían, los rodearían, y cuando saltaran veloces sobre sus cuerpos y sus cabezas, unas manos atroces lanzarían un envite desgarrador que les produciría cortes profundos, mientras el resto iría a por su hijo, a por el amigo de su hijo, a por su mujer; y los dientes apresarían las carnes blandas de los niños y los ojos de los adultos.

Arran gritó a su lado: su cuchillo se había hundido en la cabeza monstruosa de un necrófago y la sangre manaba abundante y a borbotones. Miles lo vio como si el tiempo se hubiera detenido: el brillo de la sangre, la herida oscura en la piel recorrida por venas moradas, la expresión de confusión de la criatura legible solo por los ojos oscuros en la cara contrita.

Pero el resto avanzaba sin pausa.

Miles lanzó entonces el otro brazo, en el que aún llevaba la antorcha, y la llama barrió el aire con un sonido amenazador. Las criaturas sisearon y se lanzaron hacia atrás, pero aun así no dejaban de avanzar porque las que venían detrás las empujaban.

El fuego tuvo su impacto, no obstante, y Miles alargó el brazo hacia



delante, el cuchillo preparado en la otra mano, con determinación.

—¡Hia! —gritaba—. ¡Hia!

Arran lanzó su brazo al frente de nuevo; el cuchillo se hundió en el cuello de un necrófago, y este empezó a sacudirse como si lo hubiera alcanzado un rayo: chillaba como un pequeño jabato mientras se estremecía.

—¡HIA!

Tuvieron que retroceder unos pasos; las criaturas estaban demasiado cerca, a pesar de todo, y mientras lo hacían la antorcha bailaba en el aire y el cuchillo de Arran terminaba con todos aquellos que se acercaban demasiado.

Mientras tanto, Baladar se esforzaba por pensar, manteniendo los ojos cerrados para que el horror de los necrófagos no lo dejase congelado en el sitio. «El miedo te paraliza», había dicho su padre, y no había tiempo para tener miedo.

Pensar. Corazón de Hierro.

Si la anciana no podía ayudarlos, Corazón de Hierro tendría que hacerlo. Algo se les escapaba, huía de sus mentes menos desarrolladas que las de los Antiguos. Si alguno de ellos estuviera allí, sabría cómo usar al hombre alto en su beneficio. Pero ellos no podían ni siquiera imaginar muchas de las cosas que los Antiguos concebían y manejaban con facilidad.

Manejar con facilidad.

Pensó entonces en las palabras de la anciana cuando hablaba con Arran. «¿Sabes acaso enhebrar una aguja y coser los rotos de tu ropa, sabes reparar una red?» Arran no sabía hacer ninguna de aquellas cosas, y sin embargo, en la aldea se cosía y remendaba la ropa continuamente, y se reparaban todas las redes cuando hacía falta repararlas. Neana les dijo que con los Antiguos ocurría lo mismo: no todos sabrían construir cosas como Corazón de Hierro. Puede que unos supieran modelar la cabeza, y otros se ocuparan del delicado trabajo de los dedos.

Si eso era así, los hombres de metal debían de haber sido contruidos para que todos supieran manejarlos o darles instrucciones, y por consiguiente, debía de ser algo sencillo. Si era una palabra en el idioma de los Antiguos, entonces estaban acabados, pues ellos no sabían ninguna, y el androide tampoco daba ninguna pista sobre ellas.

Pero no era eso.

Intentando concentrarse a pesar de los sollozos de Maradian y los gritos de los hombres, Baladar recordó que el hombre de metal lo había levantado del suelo cuando lo encontró. Lo hizo por voluntad propia, sin que nadie le dijese nada o hiciese gesto alguno, y a partir de ahí, poco o nada había hecho por sí mismo.

Pero ¿por qué?

Pensó. Y luego pensó un poco más.

Y después de aquello sus ojos se abrieron mucho, comprendiendo, con un miedo atroz en el cuerpo, algo que podía resultar.

## IV

—¡Arran, cuidado! —decía Zarko.

Se lanzó con decisión hacia delante y golpeó a uno de los necrófagos con el puño desnudo. Había estado a punto de acertar a Arran en el brazo. No podía ni quería imaginar lo que haría una boca como aquella en la carne humana, pero no era descabellado pensar que podría partir una extremidad en dos.

El contacto fue blando y húmedo, como si la criatura no tuviera huesos o estos fueran frágiles y gomosos. El necrófago cayó hacia atrás con un grito en extremo agudo.

Arran jadeaba; demasiados golpes había dado ya y estaba extenuado. Si Neana no despertaba a la realidad, caerían en cualquier momento.

Pero entonces una sombra se cruzó por delante de él. Arran pensó que era uno de aquellos monstruos, así que levantó el cuchillo por encima de su cabeza y estuvo a punto de dejarlo caer cuando reconoció quién era. Era Baladar Steur, el hijo de Miles y de Isobel Steur. Se había colado entre los hombres y los necrófagos y se había dado la vuelta, con una expresión inescrutable en el rostro.

Miles lo vio también. Tuvo apenas un instante para componer una

expresión de terror absoluto: su hijo al alcance de las garras y los dientes y la piel acuosa y gris de aquellos monstruos que se alimentaban de cadáveres. ¡Su hijo!

Ese momento de estupefacción fue suficiente: los necrófagos se lanzaron encima del joven Steur y este cayó al suelo con un gemido. El aire se apresuró a abandonar sus pulmones. Unas garras sangrientas cayeron sobre su cara y su mejilla se aplastó visiblemente. Y como si recibiera una alerta invisible, Isobel Steur, que había permanecido abrazada a Maradian para protegerlo del terror de la visión de lo que estaba ocurriendo, levantó la cabeza, vio a su hijo bajo el peso de los monstruos, y desesperó.

—¡Baladar! —rugió Miles.

## V

Un sonido vertiginoso los envolvió. Arran salió despedido a un lado, empujado por una fuerza atroz. Cayó al suelo y el impulso del envite lo hizo rodar de espaldas por el suelo duro.

También Miles perdió pie y cayó a un lado, pero se las arregló para no soltar la antorcha; aun cuando caía era consciente de que la antorcha era lo único que aún mantenía a los necrófagos lejos de sus cuellos.

Y entonces vieron a Corazón de Hierro moviéndose con inusitada rapidez; más rápido incluso que un hombre. Se lanzó contra los monstruos y se agachó. Las criaturas aparecieron por encima de su espalda, usando brazos y bocas para intentar someterlo, pero el androide no parecía acusar nada de eso; volvió a incorporarse y se dio la vuelta. En sus brazos llevaba al joven Baladar Steur.

—¡Baladar! —gritó Miles mientras se ponía en pie de un salto.

Los necrófagos atacaban a Corazón de Hierro: mordían, o más bien intentaban morder sus piernas, sus manos infames lo arañaban, los puños se levantaban y caían, sin que nada de eso hiciera mella en su cuerpo o su piel de metal.

Arran aprovechó el momento de confusión para correr hacia los necrófagos y continuar dando mandobles. Acuchilló a uno en la base del cuello, pues estaba de espaldas a él, y el monstruo se sacudió y cayó al suelo fulminado.

—¡Miles! —gritaba Isobel.

Este se puso en marcha también: se acercó con la antorcha por delante y aproximó la llama a los cuerpos que habían trepado encima del hombre metálico. La piel crepitaba y se ennegrecía, y las criaturas aullaban de dolor y caían al suelo, ciegas de rabia y cólera.

Uno de los monstruos apareció por encima de la cabeza metálica y lanzó sus garras hacia Baladar, que aún seguía en brazos de su salvador. Corazón de Hierro ni siquiera se esforzó por volverse. Levantó el brazo, cogió al necrófago por la cabeza, y lo lanzó lejos haciendo alarde de una fuerza prodigiosa. El monstruo golpeó la pared con un sonoro crujido y resbaló, desmadejado e inmóvil, hasta el suelo.

Miles empezaba a entender lo que había ocurrido; también Isobel y los demás. Corazón de Hierro había salvado a Baladar, y no solo eso. Lo mantenía protegido entre sus brazos, lejos del alcance de los dientes y las uñas duras y afiladas. Hacía además de barrera ante la caterva de monstruos, que se obcecaban en intentar morderlo y desgarrarlo y empujarlo para que cayera.

Pero el hombre alto de metal permanecía impasible. De vez en cuando, movía un brazo y apartaba a cuantos conseguían trepar por la recia estructura de su cuerpo. Y Baladar estaba bien. Aún estaba entre los brazos de hierro, pero había abierto los ojos y miraba alrededor con una expresión asustada pero satisfecha.

Wáriner y Zarko se lanzaron a ayudar a Miles y a Arran, ahora que la línea de defensa estaba claramente en un único punto. Los cuchillos volaban, y las bocas hambrientas proferían aullidos de dolor cuando la llama de la antorcha se acercaba demasiado. Los cuerpos caídos empezaban a formar una barrera alrededor de los pies del androide, y cada vez era más fácil contener a los necrófagos. Había docenas, hasta cincuenta cuerpos se habían acumulado en la boca del túnel, y cada vez que alguno saltaba por encima de los

cadáveres, encontraba fuego o cuchillo, y caía con un aullido estridente.

Después de un rato, sin embargo, el sonido de los gritos y los dientes empezó a cesar. Miles, sudoroso y exhausto, alzó su antorcha para iluminar la boca del túnel, y no vio allí más que huesos y sangre, pero ningún monstruo a la vista.

—¡Por las estrellas en el cielo junto a la luna verde y hermosa! — exclamó—. Creo que han huido.

Arran se dejó caer al suelo, y tan pronto estuvo tendido, extendió los brazos y se quedó mirando el techo de la estancia, respirando con rapidez.

—¿Se han ido? —preguntó Isobel—. ¿De veras se han ido?

Wáriner echó un vistazo al túnel para asegurarse.

—Sí —afirmó Miles—. Creo que han comprendido que no podían llegar hasta nosotros y han dado marcha atrás.

—¡Baladar! —gritó Isobel—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, madre —respondió este—. ¡Aunque no parece que Corazón de Hierro quiera devolverme al suelo todavía!

—¡Victoria, entonces! —proclamó Wáriner, y entonces escondió el rostro entre las manos y se echó a llorar.

Zarko le pasó un brazo sobre los hombros.

—Ya está, amigo —dijo—. Alivia tu angustia si eso necesitas, pero te digo que todo ha pasado. No hay más monstruos en el umbral.

—¡Por todos los cielos sobre todas las tierras! —exclamó Arran—. ¡Si hubiera dado un solo golpe más, se me habría caído el brazo al suelo!

Miles miró a la anciana. Seguía en el mismo sitio, rodeada de figuras espectrales que arrojaban una pálida luz sobre su rostro y su cuerpo, tan inmóvil como silenciosa.

—Corazón de Hierro ha salvado a Baladar —exclamó Maradian.

Los hombres asintieron.

—¿Qué misterio es este? —preguntó Arran mientras se incorporaba con visible esfuerzo—. ¿Y qué te hizo ponerte delante de los necrófagos, muchacho?

—Creo que... comprendí que... Corazón de Hierro no lucharía a menos que viera a alguien en peligro.

—¿Cómo dices? —preguntó Zarko.

—Cuando lo encontramos, yo me caí al suelo, y él se acercó y me puso de pie. Siempre quiere ayudar —dijo—, aunque creo que no sabe quién es bueno y quién es malo. Bueno —se encogió de hombros—, eso creo.

—Zarzas y espinos —soltó Arran—. Eso tiene sentido.

—Y es un alivio —declaró Isobel— que en situaciones difíciles pueda hacer algo.

—¿Lo tiene? —insistió Zarko—. Yo no lo entiendo aún. ¡Tamblor y Ródegas cayeron y el hombre alto no hizo nada!

—No estaba allí, por cierto —dijo Wáriner—. Corría con nosotros por los túneles.

—¿Qué lo hizo salir corriendo, pregunto?

Wáriner no supo contestar.

—Creo que nos sigue a nosotros —dijo Maradian de repente—. Siempre nos ha seguido.

—Es cierto —asintió Arran—. Ese trozo de hierro vino con nosotros por el túnel.

—Quizá si hubiera visto que Tamblor y Ródegas estaban en peligro... —aventuró Wáriner.

—Nosotros estábamos en peligro hace un instante —les recordó Arran—. Y no hizo nada hasta que el muchacho se puso delante.

Isobel sacudió la cabeza.

—Quizá esté atado o comprometido con los niños pues ellos fueron quienes lo despertaron. ¿Tiene eso sentido?

—O quizá no se puso en marcha hasta que comprendió que el peligro era evidente, pues Baladar estaba ya bajo los cuerpos siniestros cuando lo salvó.

—Es lo que pensé —dijo Baladar.

—¡Rayos y derrumbes! —exclamó Arran—. No sé si tu chico es listo, pero desde luego es valiente. ¿No pensaste en lo mal que habrías acabado si te hubieras equivocado?

—Sí —asintió Baladar—. Pero era eso o morir de todos modos, pues la pelea no iba muy bien, y ya sabemos lo que pasó con Tamblor, que era grande y fuerte, y con Ródegas, que tenía brazos como piernas. Así que no

perdía nada, apenas un poco de tiempo, que de todos modos hubiera estado lleno de angustia.

Miles lo miró con emoción en el cuerpo.

—En verdad eres valiente, Baladar Steur. Hice bien en ponerte el nombre de uno de tus antepasados.

Baladar sonrió.

De pronto, Corazón de Hierro se movió hacia delante, librándose de cuantos cadáveres había acumulados a sus pies, y cuando estuvo en mitad de la sala, dejó en el suelo a Baladar.

Isobel sonrió satisfecha.

—Me parece que eso significa que el peligro ha pasado del todo —dijo—. ¡Los necrófagos han huido lejos!

—Puede que sea verdad —opinó Zarko—, pero me parece que no hemos adelantado mucho. ¡Si acaso un tiempo lleno de angustia, me parece, como ha dicho el joven Steur!

—¿Qué quieres decir, mala lengua? —preguntó Arran.

—Digo que se han ido, pero digo que volverán. No penséis que han salido corriendo para ocultarse en su madriguera, si acaso tienen alguna. Se han ido para urdir, para conspirar en las sombras de sus cubiles, royendo sus huesos para recuperar fuerzas, lamiendo sus patas con maldad y pensar en alguna emboscada, o tal vez lanzar contra nosotros un ataque definitivo y cruel. ¡O cualquier otra trampa que esté en su mano preparar!

—¡Zarko! —lo reconvino Isobel—. Creo que te pones en lo peor.

—¿En lo peor? —replicó este—. Estamos perdidos y desorientados en el interior de un lugar desconocido, rodeados de criaturas infames y terribles contra las que a duras penas podemos hacer nada. ¡Mucha suerte hemos tenido! Pero pensad qué vamos a hacer ahora. Cómo encontraremos al nigromante y cómo saldremos. ¡Ni agua, ni comida, ni antorchas siquiera!

Todos se miraron.

Por mucho que les disgustase, Zarko tenía razón. La ayuda de Corazón de Hierro había sido útil, pero no garantizaba nada en el futuro, pues el hecho de tener que ponerse en un peligro tan extremo era demasiado arriesgado; Baladar podría haber muerto en cualquier momento (un mordisco, un

zarpazo, cualquier cosa), y aún podría ocurrir en un futuro demasiado cercano para el gusto de todos.

Y Neana... Neana seguía atrapada en sus conjuros.



## *EXCESSUS*



### I

Neana no salía de su trance, y la sangre que manaba de los cadáveres estaba discurriendo por el suelo, creando un charco espeso y pegajoso que olía con una peste aborrecible.

Tampoco perdían de vista el túnel, por si regresaban los necrófagos o alguna otra cosa aún peor, como había dicho Arran. La posibilidad de que el nigromante hubiera convocado seres aún más terribles les resultaba tan desquiciante que no querían ni tenerla en cuenta. No por ahora.

Habían esperado mucho más que mucho, y hasta habían zarandeado a Neana para que volviera en sí, sin éxito. Luego prestaron atención a los túneles que salían de la estancia en sentidos opuestos, pero les parecieron agujeros infames, demasiado estrechos y oscuros, más parecidos a los túneles que recorrían el subsuelo de ciudades populosas (y que Zarko había visto una o dos veces) destinados al desalojo de aguas y vertidos.

Luego intentaron otras cosas, y Wáriner se subió a hombros de Arran para tratar de llegar hasta las rejas redondeadas superiores. Descubrieron que no solo estaban sólidamente cerradas, sino que estaban pensadas para que nunca tuvieran que abrirse.

—Parece que el único camino es de vuelta por los túneles, entonces —dijo Arran.

—¡Pero ahora tenemos a Corazón de Hierro! —les recordó Maradian.

—Sin duda estamos vivos gracias a tu amigo —dijo Miles—, pero parece que solo mueve su cuerpo cuando la muerte es inminente. ¡El riesgo es demasiado alto!

—Y entonces...

Zarko no pudo terminar. Un rumor, todavía lejano, empezó a oírse proveniente de alguna parte. Se quedaron quietos, sobrecogidos por un nuevo temor, mirando en todas direcciones sin saber identificar la fuente del sonido.

—Y bien —dijo Arran—, ¿qué ocurre o va a ocurrir ahora?

—¡Ay! —gimió Wáriner—. Ese sonido...

El rumor crecía en intensidad.

—Pues en verdad me suena como...

«Como un río», iba a decir, pero no fue necesario: Demasiado pronto fue inequívoco, inconfundible, bramando desde detrás de los muros, en alguna parte. Se trataba de una tromba, eso era indudable.

Zarko dirigió la mirada a los túneles estrechos y redondeados y vio irrumpir el agua por ellos, tumultuosa y turbulenta, y a gran velocidad. En muy poco tiempo se había apoderado del suelo y tiraba de sus pies con violencia.

—¡Agua! —dijo Miles, sorprendido.

—¡Pues gracias, es lo que digo! Pensaba que algún horror se nos venía encima, ¡pero el agua es algo que agradezco!

Miles no lo tenía tan claro. Era un agua negra que olía a aceites y a carbón, y llegaba en tanta cantidad que temía que en poco tiempo fuera un problema.

—No sé, en verdad, qué esperar de esto —dijo.

—¡Huele fatal! —soltó Maradian.

—Acaso no sea agua —corroboró Wáriner—, sino otra cosa.

—¡Ay de mí! —gimió Arran—. ¡Apaga tu antorcha, Miles Steur!

—¿Cómo dices?

—¡Apaga tu antorcha, te digo, o manténla lejos de este torrente! Pues

sospecho que esta agua no es tal, sino un aceite de los que arden con la llama, y que esto es una treta del enemigo para achicharrarnos aquí abajo.

Miles abrió mucho los ojos.

—No puede ser lo que dices —exclamó, pero tan pronto hubo dicho eso, unos gruñidos amenazadores se dejaron oír desde algún punto elevado.

Miraron, y detrás de las rejas vieron un resplandor anaranjado: la luz inconfundible de una llama. Isobel dio un grito, y Wáriner compuso una expresión de horror. Demasiado pronto comprendieron lo que ocurría.

El brazo delgado y gris de un necrófago asomó entre las rejas portando una antorcha pequeña. La llama deslumbraba, viva. Hubo una risa deleznable y soez, y la antorcha cayó.

Arran Augia soltó un grito alto y desgarrado.

## II

*¡In flama llama nil!*

## III

Miles, que había cerrado los ojos, los abrió de nuevo para encontrarse rodeado de un resplandor blanco. Pensó que había muerto, que su cuerpo, los de su familia y sus amigos habían sido abrasados por el fuego al entrar en contacto con el aceite, y se quedó estupefacto e inmóvil. Luego, sin embargo, oyó la respiración entrecortada y agitada de alguien a su lado.

Era Wáriner. Lo estaba mirando como si no comprendiera, y no lo hacía, por cierto. Allí estaban todos: Arran Augia, Isobel, los niños Maradian y Baladar, y también Zarko e incluso Corazón de Hierro, tan inmóvil e impasible como de costumbre. Y que supiera, aquella imitación de vida de metal no podía estar muerta.

Miró al suelo y vio el aceite bajo sus pies, velado por una bruma blanca.

—Parece que he terminado a tiempo —dijo una voz a su espalda.

Era Neana, pero no una Neana vieja y ya decrepita por mor del tiempo y el discurrir de la vida por sus carnes, condenadas a la decadencia y la muerte; era una Neana joven y ¡oh, tan hermosa!, otra vez, como se les mostró en Sombraviva y hacía solo un tiempo antes. Allí, rodeada de aquella neblina blancuzca, parecía una suerte de criatura que flotara por encima del suelo, una aparición más que una persona.

—Neana —exclamó Isobel—, ¿esto... es cosa tuya?

—¿La protección? —preguntó Neana—. Sí.

—Nos has salvado...

—¡Oh, sí! —respondió—. Bien puedes decirlo. Una treta muy sucia, y no muy propia de estas criaturas. Aunque el mundo puede haber cambiado, y también los necrófagos con él. Eso, o alguien les ha susurrado la idea de quemaros vivos. ¡Hum!

Miles miró hacia arriba. Allí, difusas por las vetas blancuzcas que danzaban a su alrededor, y teñidas por el mismo tono, distinguía las formas inquietas de los necrófagos asomándose entre las rejas y mirando abajo, al óvalo de protección que Neana había invocado de la nada.

—Entonces... ¿has vuelto? ¿Eres otra vez joven, o es...?

—Otra vez joven —respondió Neana, interrumpiéndolo—. Ya no más una ilusión. —Se miró las manos, de nuevo lisas y preciosas, suaves en las formas redondeadas de los dedos, tersos sus antebrazos coronados por músculos sutiles—. No me creía capaz, pero este sitio está investido de una magia muy poderosa. Si mi maestro Reeban Kalb lo viera, haría lo imposible por construir e instaurar aquí una ciudadela.

—Pero... Pero...

Neana miró a Wáriner con dulzura, y este sintió que lo atravesaban todas las estrellas del universo. Abrió la boca y se revolvió por dentro, consumido, transportado por sensaciones que ni siquiera había comenzado a explorar en su vida. No había conocido mujer que le hiciera sentir lo que estaba experimentando en ese momento. Sintió que las piernas se le volvían frágiles y amenazaban con dejar de sostenerlo, pero a la vez se sintió capaz de gravitar, incorpóreo; y el estómago se le endureció y le procuró un dolor

exquisito. Neana recordó entonces que la profundidad de su ser interior y toda la magia, el conocimiento y el poder que en ella se arremolinaban podían hacer enloquecer a un hombre, y retiró la mirada con rapidez.

—Mucho me gustaría explicaros cómo —dijo entonces—, pero me temo que no hay tiempo. La magia tiene un precio, como os he dicho otras veces ya, y este acto requería un pago enorme. Mucho tiempo he pasado intentando encontrar otra solución, pero no ha sido posible. Mi tiempo aquí, en esta prisión de carne, está ahora limitado. Me temo que el tiempo se nos acaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wáriner, súbitamente alarmado.

—Que hay que hacer lo que hay que hacer, porque hay una cuenta atrás en marcha, y aunque ignoro cuántos amaneceres me restan, os digo que son pocos, ¡muy pocos, de hecho!

Isobel sacudió la cabeza.

—¿Has... sacrificado tu tiempo en vida para... ayudarnos?

Neana rio con una risa alegre.

—No lo mires con una perspectiva tan funesta —exclamó—. ¡Mi tiempo aquí ya era muy limitado, de todas maneras! He vivido, y he vivido mucho, por cierto, y hace tiempo decidí dedicar mi vida a una tarea, y esa tarea me concierne todavía. Si dejamos que el nigromante siga actuando, mi tarea fracasará. He de hacer lo que he de hacer. ¡Mas no caigas en el error de pensar que la muerte es el final de las cosas! Ponerse triste porque alguien continúa su viaje es como ponerse triste porque alguien se echa a dormir, pues despertará por la mañana y hará lo mismo al día siguiente y al otro, y todos los días.

Isobel asintió, pero no pudo evitar que una lágrima, aunque tímida, resbalara por su mejilla.

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó Miles.

—Ahora, en tiempos de necesidad, es hora otra vez de invocar a viejos amigos.

Arran soltó una exclamación de júbilo.

—¡Magos y hechiceros, supongo! —exclamó—. ¡Haremos estremecer la mismísima Entraña con luces de fuego y rayos prestados del cielo, y la roca se agrietará y habrá un estruendo que el mundo recordará mientras exista!

Neana volvió a reír. Maradian y Baladar no pudieron evitar sonreír como atontados, pues su risa era viva como el sonido del agua cayendo por una cascada, y tan alegre como una mañana de sol en un prado florido.

—¡Ni magos ni hechiceros, Arran Augia! Los magos tienen un carácter muy fuerte, y tener a varios en una sola tarea puede ser una cosa buena o lo peor que se te pueda ocurrir. Yo hablaba de *Excessus*. ¡Pero esperad! Es hora de llamarla. ¡Ya viene!

Los hombres se miraron.

Zarko reconoció el nombre; había oído historias sobre una espada llamada *Excessus*, que luchó en varias batallas hacía ya demasiado tiempo como para que nadie supiera si acaso fueron reales siquiera. Pero si se refería a ella, o era cosa distinta, no lo sabía.

Pero Neana extendía ya el brazo y abría la palma de la mano, y después de unos momentos, surgieron unos filamentos enroscados de un color como de oro viejo, que crecieron en longitud y se arremolinaron unos con otros, dibujando una suerte de forma que brillaba como la plata, y en unos instantes vieron que era alta y esbelta. De pronto, todo había terminado. Neana sostenía en la mano una espada, una espada inusualmente larga, por cierto.

—¡Una espada! —exclamó Arran.

—¡Admirad a *Excessus*, la Espada del Horizonte! —dijo alzando la voz—. Fue forjada por los Antiguos mucho antes de que desaparecieran, pero todavía sin vida y sin otro poder que la pureza de su filo y la dureza de su hoja. No fue *Excessus* hasta que Nigto Emog la llevó a través de las Puertas Albas y se enfrentó a cosas sin forma ni temperatura ni color, y la embriagó con el poder de esas cosas; desde entonces habitan en ella capacidades insospechadas, y una conciencia oscura que se alimenta de quien la porta. Por eso os digo: ¡Nunca la toquéis!, pues esa es una muerte definitiva y absoluta en todos los tiempos y momentos. Y por eso os digo también: ¡Admiradla, pues la espada está aquí y allí a la vez!

Los hombres la miraron. Las palabras de Neana habían hecho volar sus mentes a lugares desconocidos e inexplorados de los que, con probabilidad, nunca sabrían nada, y la mayoría daba gracias por ello. Solamente Wáriner deseó saber más de Nigto Emog, de las Puertas Albas y de todas las otras

cosas como las criaturas sin temperatura, y de cómo se insuflaba conciencia en un pedazo de metal. Supuso que así era como habían creado a Corazón de Hierro, y sintió que se estaba perdiendo muchas cosas que eran cotidianas para otros.

—No la tocaremos —le aseguró Miles—. ¡No tengas duda de ello!

—Pero... ¿la has...? —empezó a decir Wáriner.

—La he llamado. ¡Ahora que puedo! Anciana como era no podía conjurar el poder necesario para reclamarla, y de nada hubiera servido, porque no habría podido ni sostenerla o usar su poder. ¡Largo tiempo ha pasado desde que *Excessus* y yo luchamos en la última batalla! Desde entonces ha reposado en un lugar seguro, pues su presencia aquí enturbia las esencias mágicas de la tierra.

—Hablas de cosas que difícilmente comprendemos —dijo Zarko—. Pero celebramos las buenas nuevas: tu juventud, tu poder renovado, y la espada, si ha de ayudarte en la tarea.

—Por cierto que sí —afirmó Neana—. ¡Pero pongámonos en marcha! Como he dicho, si el nigromante no sabe aún de nosotros, cosa que dudo, la presencia de *Excessus* no será ignorada. Ahora mismo nos busca. Y si fuera él, estaría obcecado en destruirnos.

—¡El fin se acerca! —proclamó Arran—. Ya tengo ganas de ver a ese nigromante, ¡aunque haya de perecer a su mano!

—Eso no digas —lo reconvino Miles—. En todo caso, el tiempo apremia. ¡Di, Neana! Habla y haremos.

—Entonces preparaos para seguirme, pues aquí no podéis quedaros, ¡no sin mí, por cierto!, pues hasta los pájaros que vuelan alto alrededor de la Entraña y las ratas que roen en los subsuelos saben de nosotros. ¡Eso creo!

—Cierto es —asintió Arran—. Hemos corrido por los túneles y roto uno de los...

—Nodos —le recordó Neana.

—Eso es. Hemos armado un buen jaleo.

—A la pelea, entonces.

—Pero ¿por dónde, qué hacer? —preguntó Arran.

—Los nodos. Tengo que encontrarlos todos y destruirlos, y cuando

estemos en ello, os prometo que el nigromante aparecerá. Entonces veremos... veremos quién es más fuerte.

—En lo que a nosotros concierne —opinó Miles—, no creo que nuestros brazos y cuchillos sirvan ya de mucho.

—No te subestimes, Miles Steur, pues varias veces ya habéis derrotado a los necrófagos y sobrevivido a su persecución y sus ataques, ¡y eso no es algo que pueda decir cualquiera!

Baladar permanecía atento a la conversación, pero con una expresión fascinada en el rostro. Su media sonrisa llamó la atención de Isobel.

—¿Estás bien, Baladar? —le preguntó en voz baja mientras Neana y los hombres hablaban.

—Sí —dijo Baladar—. Pero es hermosa, madre. La mujer más hermosa que haya visto jamás.

Isobel sonrió.

—Lo es y mucho —asintió—. Pero no te encariñes mucho con ella, pues sabes que pronto deberá irse a un lugar al que no hemos de ir nosotros en mucho tiempo.

—Cierto —respondió el muchacho—. Pero ahora que sé que ella estará allí, entre las estrellas, ya no me importa tanto tener que irme algún día.

Isobel sonrió, pero había tristeza en su sonrisa.



# EL NIGROMANTE



## I

Neana corría por los túneles, ¡y cómo corría! Parecía que volaba más que otra cosa, pues a cada zancada avanzaba muchos pasos, como si flotara de un lugar a otro. El cuerpo adelantado y el brazo de la espada apuntando hacia atrás le daban la apariencia de una estrella fugaz.

Los hombres galopaban siguiéndola, con el corazón latiéndoles con fuerza en el pecho. Corazón de Hierro transportaba a los niños, pero no sobre los hombros, como había hecho mientras caminaban bajo el cielo azul, sino recogidos entre los brazos, como lo hacen las madres cuando acarrean a sus bebés. E Isobel corría sacando cierta ventaja al resto, pues era una mujer fuerte y la vida en la granja la había mantenido siempre en forma.

—¡La perderemos si sigue corriendo así! —protestó Arran.

Pero al doblar el recodo, Neana los esperaba, altiva y atenta, preparada para enfrentarse a los necrófagos, y tan pronto los sintió llegar, echó a correr de nuevo, alejándose con rapidez.

—¡Allá va otra vez! —exclamó Wáriner cuando la joven Neana se perdía por un recodo—. Hasta parece saber adónde va.

—Y creo que lo sabe —opinó Miles—. Ha ido tomando caminos sin

detenerse en ninguna encrucijada, siempre hacia la derecha y hacia arriba, salvo en alguna ocasión. Algo en la magia que la rodea y define le está diciendo adónde ir.

—¡Pues veremos! —exclamó Arran.

Pero tan pronto lo dijo hubo un estallido de luz tras el recodo por donde Neana había desaparecido, y a eso le siguió otra explosión, esta de aullidos y gritos, que se elevaron en el aire en un *crescendo* demoledor. Los hombres se encogieron.

—¡Los necrófagos! —dijo Isobel—. ¡Ay!

—¡Vamos! —exclamó Arran—. ¡Puede que Neana necesite nuestra ayuda!

—¡Eso no lo creo! —replicó Wáriner—. ¡Pero vamos de todos modos!

Isobel miró a Corazón de Hierro y luego a los niños.

—¡Quedaos donde estáis, os digo, y no bajéis por nada del mundo!

Ambos estuvieron de acuerdo. Los alaridos de los necrófagos resultaban escalofriantes al oído.

Pero cuando doblaron la esquina, encontraron algo para lo que no estaban preparados.

## II

El túnel se abría a una cueva enorme cuyo techo se perdía muy arriba, tan arriba que inclinar la cabeza para mirar el final provocaba vértigo e imprimía una sensación de pesadumbre. Las paredes de piedra y rocas que lo sustentaban eran muchas, como facetas, y en ellas había construidos andamios de madera de muchos pisos de altura, recorridos por escaleras, rampas y plataformas, conformando una pesadilla estructural tan oscura como los troncos con los que estaba fabricada. Innumerables cuerdas, sistemas, poleas y palancas saltaban de una plataforma a otra, y prendidas de ellas había pequeños nidos fabricados con huesos, brillantes del lustre de sangre que los recubría. Y en el centro había un pozo de donde salía un humo

blanco y denso.

Pero en todas esas estructuras y plataformas había una plétora de necrófagos que miraban a Neana, plantada a poca distancia de ellos con la espada en la mano y las piernas ligeramente entreabiertas. La miraban con odio y con rabia, y saltaban y movían sus cuerpos brincando de un lado a otro. Alrededor de Neana había cadáveres calcinados que humeaban ligeramente.

—Cráneos y zarzas venenosas —murmuró Arran, ronco.

—¿Qué lugar es este? —exclamó Zarko—. ¡Nos hemos metido en la cueva del oso!

—Ni con cien brazos cada uno y un cuchillo en cada mano podríamos hacer frente a esto —dijo Miles.

Pero Neana levantó la mano y de esta surgió una estela de luz, rápida y furiosa, que estalló contra una de las estructuras. Las consecuencias fueron terribles: los muchos pisos de madera, tablas, andamios, contrafuertes y escalas, se vinieron rápidamente abajo. Los necrófagos chillaron cuando todo empezó a derrumbarse. Sus cuerpos se retorcían mientras caían y se golpeaban contra las estructuras que se desmoronaban sin remedio, las de más abajo primero, y las de arriba a continuación. Una nube de polvo se levantó en el aire y se quedó allí, prendida en medio del estruendo de madera.

Los necrófagos chillaron con redobladas energías y se lanzaron contra Neana.

Ella los recibió con su espada. Verla luchar fue un espectáculo difícil de comprender: tan pronto saltaba y se quedaba suspendida en el aire por unos instantes como danzaba dando pequeños brincos, tocando apenas las cabezas vueltas hacia ella, y en ese trance describía un arco con la espada y las cabezas salían despedidas y chocaban contra el suelo mucho más allá. A veces aterrizaba entre los cuerpos de los necrófagos y su brazo se extendía y giraba con rapidez, y los cuerpos se dividían en dos, y un trozo se quedaba montado sobre el otro por unos instantes, hasta que las piernas se doblaban o el trozo de encima resbalaba y se caía a un lado o a otro. Pero toda acción era ejecutada con gracilidad, como en un baile, y Neana se movía, intocable, como si ninguno de los cientos de necrófagos hacinados allí tuvieran ninguna

oportunidad en absoluto.

Estaban fascinados admirando el poder de combate de Neana cuando Corazón de Hierro se adelantó, con la cabeza ligeramente erguida, y dijo:

—*Obe Pita*.

Baladar miró en la dirección que parecía indicar el androide.

—¿*Obe Pita*? —preguntó, sin ver nada más que el enorme cúmulo de tablas, maderos, pasarelas y escaleras construidas, por cierto, de manera muy zafia, pero sin duda útiles.

—*Obe. Obe Pita* —respondió Corazón de Hierro con rapidez, y luego siguió diciendo lo mismo una y otra vez—: *Obe Pita. Obe. Obe Pita*.

Zarko se volvió hacia el hombre de metal y luego miró hacia donde este dirigía la cabeza. Le costó algo verlo, pues la cantidad de información visual era allí mucha, pero luego abrió los ojos como platos.

—*Obe Pita* —susurró.

Neana, mientras tanto, seguía encargándose de los necrófagos. Cuantos más venían, más rápido caían al suelo. A veces extendía el brazo y soltaba por la mano un resplandor luminoso que achicharraba los cuerpos en un solo instante. Después de eso se quedaban quietos e inmóviles durante un momento, renegridos y calcinados, y caían como fardos inútiles con un sonido crujiente, despidiendo un humo fétido.

—*Obe Pita* —repitió Zarko señalando algún punto de la pared de piedra.

Miles, Wáriner y Arran miraron en esa dirección, y también Isobel, por cierto, y allí, en la pared donde antes había andamios, descubrieron unos símbolos enormes, iguales a los que habían visto antes, al principio de su periplo subterráneo; mas estos estaban dispuestos en sentido vertical y se alineaban uno sobre otro. Eran los mismos símbolos que conformaban el misterio de *Obe Pita*.

Arran miró con detenimiento y algo descubrió, pues abrió mucho los ojos.

—No es roca —dijo—, sino paredes como las de los Antiguos.

—¿Cómo? —preguntó Miles, pero cuando volvió a mirar, descubrió lo que Arran quería decir.

No era una caverna, al menos no la parte central, pues más allá las rocas eran visibles en las paredes que conformaban el habitáculo; pero las

estructuras y andamios centrales se arremolinaban alrededor de algún tipo de construcción cuyas facetas eran, muy a las claras, obra de los Antiguos: lisas, recorridas por troncos de metal como los que habían visto en otras ocasiones, y ventanas oscuras, si acaso eran ventanas, y entrantes y salientes misteriosos cubiertos de filigranas en las que los Antiguos eran tan pródigos.

Era gigante. Enorme. Muchas, muchísimas veces la altura de cualquier fortaleza o castillo que Zarko hubiera visto en sus viajes, o que Isobel Steur hubiese llegado a conocer en las tierras de sus padres, y tan ancha como una ciudad. Una construcción colosal que, otra vez, volvía a decir mucho acerca de la capacidad asombrosa de los Antiguos.

Y los signos enormes, cada uno de ellos muchas veces la altura de un hombre, con el mensaje OBE PITA.

—¿Será eso *Obe Pita*? —preguntó Miles, pensativo.

—¿Estará dentro *Obe Pita*? —añadió Isobel.

—Pues —terció Arran— seguimos sin saber qué significa y si nos es útil para algo, así que, por lo que a mi respecta, *Obe Pita* puede tirarse a un lago y olvidarse de respirar en él, sea quien sea.

Un zumbido terrible cruzó por su lado y restalló en la pared a su espalda. Algo cayó también al suelo con un sonido tintineante.

Arran se volvió, confundido, y vio una flecha negra partida en el suelo.

—¡Flechas! —exclamó aterrorizado.

Wáriner iba a decir algo, pero de pronto cayó a un lado como si una fuerza invisible lo hubiera empujado. Dejó escapar una exclamación y se quedó mirando al resto con una mirada perpleja.

Todos vieron la flecha que tenía clavada en el costado.

—¡A cubierto! —gritó Miles.

Otra flecha golpeó a Corazón de Hierro en la cabeza; se quebró en tres trozos y estos salieron despedidos en direcciones opuestas.

Miles miró con odio hacia los andamios. Varios necrófagos estaban allí apostados, portando unos arcos zafios, y cogían flechas de alguna parte escondida a sus ojos y disparaban.

—¡Ay! —se quejó Wáriner—. Duele la flecha en la carne.

—¡Madre! —gritó Baladar—. ¡Detrás de Corazón de Hierro!

Isobel corrió a protegerse tras el hombre alto, y encontró allí un resguardo seguro pues su cuerpo era más ancho que el de ella.

—¡Hay que irse de aquí! —dijo Miles.

—¡Atrás, de vuelta al túnel! —gritó Arran.

Pero cuando miraron la boca del túnel descubrieron con horror que alguien había hecho bajar una reja metálica, similar a las otras que habían visto. No sabían cuándo había ocurrido, distraídos con las explosiones y los gritos, pero sí comprendieron algo: era una trampa.

—¡Que me arranquen el corazón del pecho y alimenten a unos lobos con él! —graznó Arran.

—Es una trampa —gimió Zarko—. ¡Ay!

Una flecha pasó demasiado cerca de su cabeza, y se agachó de manera instintiva.

—¡Wáriner! —llamó Miles—. ¿Puedes caminar, amigo? ¡No podemos quedarnos aquí!

Wáriner resopló.

—Creo que puedo, si tengo que hacerlo —respondió, mirándose la mano ensangrentada—. ¡Pero ayudadme a levantarme! Es como si un animal me hubiera dado un mordisco y luego se hubiera orinado en la herida. ¡Abrasa!

Zarko miró brevemente una de las puntas de flecha del suelo. Sabía que a veces los arqueros untaban el hierro con venenos y otras cosas, y que en esos casos, el que recibía la flecha moría al poco tiempo aun cuando la herida no fuera mortal; pero era una punta burda e irregular y no parecía que hubiera en ella ningún líquido o sustancia.

—¡Por allí! —dijo Miles una vez hubo puesto a Wáriner en pie—. ¡Allí hay un pasaje con paredes que nos protegerán de las flechas!

Neana seguía ocupada con los necrófagos, saltando de un lado a otro. A veces usaba algún encantamiento y los necrófagos salían despedidos como si un vendaval los hubiera arrancado del suelo y lanzado por la cueva. Volaban desmadrados y confundidos para estrellarse contra las maderas o el suelo, mucho más lejos. Otras veces, las más, se servía de la hoja endiablada afilada de su espada *Excessus*, que seguía limpia de sangre como si acabara de sacarla de una funda.

Corrieron hacia el pasaje, una maltrecha construcción apuntalada con contrafuertes —truncos enormes que alguien había talado sin mucha pericia, pues los cortes eran bastos y chapuceros— que nacía de allí y describía un camino sinuoso con la pared de piedra a un lado. Pero al otro extremo había tablones irregulares y mal cortados, y eran tantos que mientras corrían Miles comprendió por qué los alrededores de la Entraña eran baldíos y estaban despoblados de árboles. ¿Cuánto tiempo llevaban allí esas criaturas, construyendo y conspirando, confabulados con el nigromante y lo que quisiera que pretendiese? De repente temió que fuese acaso demasiado tarde. Muchas generaciones de necrófagos había allí, era evidente: grandes familias, manadas enteras, hijos, adultos y padres, asentados en lo que parecía ser toda una ciudad subterránea.

Apenas llegaron, dejaron a Wáriner otra vez en el suelo y se prepararon con sus cuchillos. Un par de flechas se clavaron en los tablones desde el otro lado, pero ahora eran inalcanzables, e incluso desde allí pudieron oír los gritos agudos de los arqueros, presos de rabia y frustración.

—Wáriner —dijo Isobel—, déjame ver esa herida.

—Cuidado, señora, pues duele mucho en verdad.

—Eso imagino —repuso ella—. Pero aguanta, si puedes, eso te pido. Seguro que Neana sabe algún hechizo que pueda aliviarte o acaso curarte. Si pudo retirar las arrugas de su cuerpo y devolverle el esplendor de la juventud, sabrá arreglar esto.

Wáriner asintió.

—Seguro que sí —respondió, e intentó una sonrisa, pero el dolor terminó por doblegarlo y cerró los ojos unos instantes, con los dientes apretados.

—*Obe Pita* —dijo Corazón de Hierro.

### III

Las flechas empezaron a volar alrededor de Neana. Ya hacía tiempo que le disparaban, pero había estado moviéndose tan rápido que ni lo había

percibido. Sin embargo, ahora pasaban tan cerca de ella que tuvo que dar un revés con la espada para rechazar uno de los proyectiles. Miró ceñuda desde donde disparaban los arqueros y compuso una mueca torcida.

Neana saltó como si fuese una brizna transportada por el viento. Cruzó la caverna describiendo una parábola y aterrizó con gracilidad entre los arqueros. Estos chillaron cuando la vieron allí, pero sus gritos quedaron silenciados con un solo golpe. Pareció que la punta de la hoja no los tocaba siquiera, y sin embargo quedaron partidos en dos, y la sangre manó abundante por el corte y se derrumbaron con un sonido húmedo en el suelo. Luego siguió subiendo, saltando de plataforma en plataforma, y mientras lo hacía describía mandobles, y los troncos gruesos quedaban divididos, las cuerdas saltaban y restallaban como látigos en el aire, y la estructura entera, cuajada de necrófagos, se desmoronaba a su paso.

El tumulto de troncos cayendo unos sobre otros, quebrándose bajo el peso de lo que se desplomaba desde arriba, llenó la cueva entera.

Miles y el resto miraban desde su refugio.

—En verdad es un ejército de una sola mujer —comentó Arran.

—Nunca vi, ni veré, nada parecido —declaró Miles.

Neana no corría ningún peligro; todo lo que hacía lo llevaba a cabo sin esfuerzo. Ningún necrófago podía siquiera tocarla. Era una suerte de guerrero legendario, si alguna vez había visto alguno, y Miles dudó incluso de que fuera humana. Si los hombres, o las mujeres, para el caso, podían alcanzar esos estadios de grandeza y poder, mucho le parecía que había desperdiciado su vida y sus capacidades.

Pero justo entonces, un óvalo rojo e intenso estalló al lado de la mujer y esta salió despedida dando giros en el aire, hasta que su cuerpo chocó contra el suelo, donde rebotó un par de veces hasta quedarse tendida. Las llamas de la explosión quedaron congeladas en el aire, prendieron algunas de las estructuras de madera, y luego se consumieron con un sonido espeluznante hasta desaparecer.

Los necrófagos aullaron con renovadas energías. Corrían por todas partes, de un sitio a otro, fuera de sí.

—¡Ay! —exclamó Zarko—. ¿Qué ha sido eso?



Isobel se adelantó, como si pretendiese salir corriendo para ayudar a la Heredera; al fin y al cabo había caído no demasiado lejos de ellos. Pero Miles la retuvo cogiéndola por el brazo.

—¿Qué haces? —le espetó ella, enfadada.

—Espera —dijo Miles—. Espera y mira. ¡Pero no desesperes!

Isobel hizo lo que le decía. Allí en el aire, descendiendo despacio hacia el cuerpo de Neana, había un hombre, o una suerte de hombre, una figura cubierta por una capa oscura y el rostro escondido bajo esta. Era como si bajase por una escalera, más no había allí escalera alguna, y los niños dejaron escapar una exclamación de sorpresa.

—Es... —empezó a decir Arran.

—El nigromante —concluyó la frase Miles, con una sombra funesta cruzándole el rostro.

—¡Ay! —gimió Isobel. Y se estremeció.

## IV

Neana se incorporó sin mover brazos ni piernas. A la vista de los hombres era como si una mano invisible hubiera levantado su cuerpo caído y la hubiera emplazado otra vez de pie; mas se quedó suspendida a apenas unos dedos del suelo, sin tocarlo.

—Hete aquí —dijo Neana—. Por fin sales.

La figura encapuchada descendió hasta su altura y se quedó allí.

—Mucho tiempo hace que no nos vemos, Nilva Cienfuegos —dijo despacio. Su voz era grave y pausada, como fatigada pero potente a la vez.

—Entonces eres quien suponía que eras —respondió Neana—. Pues me reconoces de los días de la ciudadela.

—De Perusia te reconozco, sí, pues te muestras aquí tal cual eras entonces. Me alegra que mis trabajos te hayan ayudado a recuperar la juventud.

Neana asintió.

—Así es —respondió—. En eso tienes razón otra vez. Nunca sospechaste que alguno de nosotros pudiera venir a detenerte, ¿me equivoco?

—Sí, y no —respondió la figura—. Pues era obvio que a medida que mis trabajos alcanzasen su estado crítico, mi presencia sería sentida. Ha ocurrido antes de lo que me hubiera gustado, pero no importa, pues ya es demasiado tarde para detenerme, incluso cuando portas la Hoja de los Diez Planos. ¿No es *Excessus*, acaso, la que veo desde aquí?

Neana levantó la mano y la hoja produjo un sonido cortante en el aire.

—Lo es —asintió—. ¿Y aún dices que no puedo detenerte, Mordecai? ¿Acaso haya crecido tu arrogancia más que otra cosa?

—Mordecai... —repitió el encapuchado, y entonces se echó a reír, y los hombres y los niños y también Isobel se taparon los oídos porque fue como si cien voces rieran a la vez, y unas fueran agudas y estridentes y otras graves y ominosas, sin ninguna alegría detrás—. ¿Mordecai, dices? Veo que sabes tanto de lo que ocurre como sabías entonces.

—Mordecai Koval, el nigromante. Hasta reconozco tus orbes de destrucción tocados en rojo con llamas furibundas, ¡tan presuntuosas como inútiles! ¡En verdad pudiste haberme eliminado con mucha facilidad mientras estaba concentrada en otras cosas! Mas ahora has perdido tu oportunidad.

—¿La oportunidad de acabar contigo? —preguntó el nigromante, y rio de nuevo, mas esta vez en voz baja—. Dime, ¿tiene el huracán intención de acabar con la flor? ¿Acaso el caballo mira al suelo cuando aplasta la hierba? No. Acabaré contigo cuando quiera.

—Hazlo —respondió Neana, desafiante—. ¡Hazlo ahora, si puedes, y tal vez comprendas que ni eres tan poderoso ni yo soy ya Nilva Cienfuegos, la que estudió contigo en la ciudadela!

—¿Debería? —replicó el nigromante—. ¿Debería destruirte, es eso lo que estás diciendo? ¡Tal vez! Pues has venido aquí a juzgarme y desbaratar lo que he construido sin preguntar siquiera.

—¿Preguntar? Soy una maga, y en tus obras veo las trazas de la magia más oscura y furiosa. ¡Y veo sus acciones extendiéndose alrededor y diezmándolo todo! ¿Y dices que pregunte?

El nigromante se quedó callado unos instantes. Luego, su voz sonó otra

vez alta y fuerte, pero cargada de enfado.

—Tu mundo es pequeño, Nilva Cienfuegos, o como sea que te llames ahora, como lo es también tu mente. Y en ese mundo pequeño, la hierba aplastada es relevante. ¡Mira, me río! ¡Mucho tienes que aprender! ¿Acaso no sientes la magia, conectada con el mundo y el Universo, como un todo? ¿Qué te ha pasado? ¿Cuándo te hiciste tan nimia?

—¿Nimia, dices? Prepara tus hechizos, nigromante, pues el tiempo de las palabras ha pasado.

—Sea. Demasiado tiempo llevo aquí abajo como para desdeñar ahora una oportunidad como esta. ¡A prueba pondré tus juegos todos! Porque juegos son. Y cuando me aburra, te condenaré al olvido y seguiré con mi tarea.

—Mucho has debido crecer para medirte conmigo, Mordecai Koval.

Mordecai extendió los brazos.

—Y tú me llamas arrogante —dijo—. Tú, que crees conocer todo cuanto se extiende ante ti, y ante esa creencia actúas y decides. Prepárate, pues me parece que me voy a cansar del juego antes siquiera de empezar.

El aire crepitó, y todo guijarro, piedra y grano de arena que fuera relevante, empezó a flotar en el suelo. Neana extendió el brazo de nuevo, y en su puño *Excessus* empezó a brillar con una luz tenue y pálida. Y entonces estalló un trueno que retumbó con una fuerza inusitada, y las figuras se inundaron de un resplandor colérico y se perdieron en él.

## V

Ocultos tras la empalizada de madera, los hombres habían escuchado la conversación, y también Isobel y los niños, sin atreverse a decir ni media palabra para no perderse nada. Luego asistieron al principio del combate con los ojos muy abiertos. La visión de las piedras elevándose unos dedos en el aire, el trueno y el destello fueron suficiente para que se echaran para atrás.

—¿Decís que hemos venido para algo? —exclamó Arran—. ¡Mucho me parece que Gillot, Tamblor y Ródegas cayeron para nada!

—Y me parece que yo caeré pronto, también. ¡Ay! —exclamó Wáriner.

—¡Eso no digas, botarate! —lo hizo callar Miles.

—Confiaba que Neana pudiera atenderlo más pronto que tarde —dijo Isobel—, pero ahora que se ha trabado en combate...

Una explosión hizo retumbar la tierra alrededor, y de alguna parte de la estructura cayeron tablas y maderas y necrófagos en llamas, y parte de los andamios se desplomaron con un estrépito terrible.

—¡Van a echar la cueva abajo! —dijo Arran.

—No lo creo —murmuró Isobel—. No creo que el nigromante lo permita. Todo esto le es útil por algún motivo. *Obe Pita* lo es. ¡Ah, si pudiéramos desentrañar el misterio!

Maradian inclinó la cabeza y, de pronto, se zafó de los brazos de Corazón de Hierro. Este le dedicó una mirada curiosa.

—*Boj* —dijo.

Maradian señaló la estructura con los símbolos y se concentró mucho en mirarlo con atención.

—¡*Boj*! —dijo—. ¡*Obe Pita*, Corazón de Hierro! ¡*Obe Pita*!

Corazón de Hierro miró hacia la estructura mientras Isobel y los hombres observaban con atención, y los haces de luz resplandecían y crepitaban y arrancaban ecos cavernosos en la cueva a medida que los sonidos poderosos de los envites se producían en cadena.

—*Obe Pita* —dijo Corazón de Hierro.

—¡Sí! —exclamó Maradian—. ¡*Obe. Obe Pita*!

—*Obe. Obe Pita* —repitió el hombre alto, y entonces, sin mediar un momento, depositó a Baladar en el suelo y salió corriendo.

Hasta Wáriner pareció recuperarse para levantar la cabeza y mirar cómo se movía entre ellos para salir a descubierto.

—¡Corazón de Hierro! —gritó Baladar.

—Por todas las olas de todos los océanos —murmuró Zarko—. ¿Qué hace?

El androide corría atravesando la caverna, dirigiéndose hacia la imponente estructura *Obe Pita*. Las flechas caían a su alrededor o incidían en su pecho sin que lo afectaran en lo más mínimo, pues se quebraban y caían

inútiles al suelo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Arran.

—Solo... solo quería que hiciera lo que tenga que hacer —dijo Maradian—. ¡Repite tanto *Obe Pita*, y ahí está, eso es *Obe Pita*!

—¡Ay, niño! —exclamó Arran, atemorizado.

—Pues bien —dijo Miles—. Allá va, y no podemos seguirlo, me temo, pues si no nos alcanza una flecha lo hará la magia devastadora de los magos. ¡Lo que tenga que hacer, hará, si al final hace algo!

Arran se agarró los pelos de la barba y empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¿Para qué hemos venido? ¡Somos muñecos en manos de un niño! ¡Somos parias, una broma, una broma gorda como una vaca!

Pero Isobel escudriñaba, atenta, y en su mirar albergaba una esperanza infundada.

## VI

Neana extendió el brazo, y en su extremo, *Excessus* cimbrió como una vara verde. Pero el nigromante conjuró un escudo todo él de plata y estrías luminosas y la onda no lo alcanzó. Quebró el escudo, que se fragmentó en una profusión de esquirlas de luz que terminaron por desaparecer, y el mago se quedó suspendido en el aire, las dos piernas juntas y los brazos extendidos, como una flecha. Luego, señaló el suelo y levantó la mano hacia arriba, como una garra, y la tierra imitó su movimiento y una columna de roca emergió y se elevó hacia Neana, todo polvo y rugidos terribles que parecían provenir del mismísimo corazón del mundo.

La Heredera miró hacia abajo. La columna avanzaba demasiado veloz. Giró los brazos entonces con tanta rapidez que por un momento pareció que tuviera seis miembros en vez de dos, y en cada mano los dedos conformaban un gesto distinto. La piedra llegó hasta sus pies, y cuando parecía que iba a golpearla, se quebró en un millar de pequeños fragmentos que salieron

volando en todas direcciones.

De pronto, las piedras se detuvieron en su evolución. Todas. Y empezaron a girar a su alrededor. Neana se volvió para mirar a Mordecai, sorprendida. La cantidad de magia que hacía falta para mover todos esos elementos a la vez, y aún más para frenarlos cuando salían despedidos por el aire, era abrumadora. En verdad Mordecai había crecido mucho. Demasiado.

Se agachó, con la mano como apoyada en el aire (como si allí hubiese una superficie invisible), y cuando las piedras se lanzaron hacia ella a toda velocidad, describió un salto que la ubicó en otra parte, de nuevo a salvo. Las piedras chocaron unas contra otras en una explosión de polvo y tierra.

Apretó los dientes.

Mordecai era demasiado poderoso, y no le quedaban demasiados trucos en la manga.

## VII

—No va bien —susurró Isobel, mirando a los combatientes—. Están muy igualados, por lo que veo. Se lanzan ataques uno contra el otro, pero no ocurre nada, no hay ningún progreso. ¡Nuestro enemigo ni siquiera ha perdido la capucha!

—Mas, ¿qué podemos hacer nosotros?

Isobel miró hacia la estructura. Corazón de Hierro había desaparecido entre las construcciones de madera y ya no se lo veía. Si estaba haciendo algo ahí dentro, fuera útil o no, no lo sabía, y tampoco podía esperar a saberlo. Había que intentar otra cosa.

—Los nodos —dijo de pronto—. Quizá mientras luchan podamos ir hacia los nodos y destruirlos. ¡Neana dijo que eran la fuente de poder del nigromante!

—Querida —susurró Miles—, aunque pudiéramos volver por los túneles, están llenos de necrófagos, y ya ni siquiera tenemos aquellos martillos.

—Pero no podemos volver, en cualquier caso —añadió Arran—. Una reja

bloquea el túnel.

Isobel apretó los dientes.

—Pues no podemos quedarnos aquí parados. No hacer nada no hará que cambie algo.

Wáriner se estremeció: el dolor estaba creciendo en intensidad y cada vez se sentía más débil. Su ropa toda estaba cubierta de sangre, pero aún habría sido peor si le hubieran extraído la flecha.

—Isobel... —susurró, con el rostro contrito por el sufrimiento.

—¿Sí, Wáriner?

—Tú... Tú recuerda a qué viniste —susurró—. Sigue tu instinto. El instinto... es la magia. Y de eso no tenemos los hombres. Tu instinto...

Luego cerró los ojos y la cabeza cayó a un lado.

Isobel dio un pequeño grito y se lanzó hacia él; también Zarko, y Arran, y Miles.

—¡Wáriner! —exclamó.

—Oh, Wáriner —susurró Arran.

Miles le puso una mano en el cuello, pero no encontró allí ninguno de los latidos del corazón, y tampoco sintió su aliento cuando la colocó bajo la nariz.

Cerró los ojos y agachó la cabeza.

Isobel comprendió.

—¡No, no! —exclamó.

—Wáriner ha caído —susurró Arran—. Lo recordaremos.

—¡No!

Apretó los puños y los dientes y renegó de las lágrimas que asomaban por sus ojos. No había tiempo para el llanto.

Se volvió para mirar a los niños, que sollozaban entre gemidos por la desgracia de Wáriner, y les habló con una voz clara y firme:

—Quedaos aquí —les ordenó—. Muy en serio os lo digo. Quedaos aquí y no salgáis, pase lo que pase, hasta que volvamos.

—¿Volvamos? —preguntó Miles, confundido.

—Oh, sí, esposo, pues sé que me seguirás ahora, y que detrás de ti vendrán los demás.

—¿Qué?! —exclamó Miles—. ¿Que estás...?

Pero Isobel echó a correr y salió a la caverna. Miles sintió que el corazón trepaba hasta su boca y pugnaba por salir.

—¡Isobel! —gritó.

Pero ella no miraba atrás. Corría hacia la estructura mientras las flechas zumbaban a su alrededor.

—¡Condenación y desesperación! —exclamó Arran—. ¿A qué esperas para salir tras ella, como ha dicho?

Y salieron a la carrera, Miles y Arran. Zarko *el Viajero* se mantuvo en su sitio, aunque indeciso al principio. ¿Debía ir con ellos o quedarse? Se dijo que no podían dejar a los niños solos y desamparados, por mucho que si lo peor ocurría él no pudiera hacer gran cosa. Baladar y Maradian se arrodillaron junto al cadáver de Wáriner para llorarlo, y Zarko se les acercó y les pasó una mano por los cabellos.

—Llorad, si tenéis que hacerlo —dijo—. Pues la marcha del amigo con lágrimas de hombre se honra.

## VIII

Al otro lado de la caverna, las reglas no escritas de la magia y de todo lo que la atañe se reescribían con cada nuevo hechizo, encumbrado por el poder de la Entraña y potenciado por los nodos infames del nigromante. Y los relámpagos se estremecían en el aire, y había ópalos de fuego y vórtices desgarradores que parecían absorber la realidad a su alrededor, e intercambiaron rayos y afilados patrones de vacíos insondables, y se abrieron pozos que conducían a dimensiones inexploradas y se lanzaron esferas de un poder tan devastador que arrancaban grandes trozos de suelo y de roca cuando estallaban con violencia.

Y Neana estaba cada vez más agotada, por no mencionar que su tiempo prestado se le agotaba rápidamente.

Ni *Excessus* con todo su poder parecía ser suficiente.



—Sí que has crecido, Mordecai —dijo de pronto.

—Sigues pensando que el mundo es como tú crees que es. Miras, juzgas y condenas. Por eso la magia no es lo bastante potente en ti. Por eso has necesitado usar trucos para recuperar lo que fuiste, porque has sido consumida por tu carcasa de carne, y por eso se pudrió.

Neana entrecerró los ojos. ¿Cómo no había pensado en ello? Pues no había podido ver aún el rostro de Mordecai, pero sus manos parecían jóvenes y sus movimientos y su fuerza eran todavía como los de un joven mago; pero tal cosa no era posible. Mordecai era ya mayor que ella cuando estudiaban en la ciudadela. ¿Acaso había aprendido los secretos de la manipulación del tiempo, o algún otro poder que a ella se le escapase?

—¿Qué quieres decir? —preguntó despacio, por decir algo, pues estaba confundida y perdida en una nube de preguntas sin respuesta aparente.

El nigromante, todavía levitando en el aire, ingrávito y casi etéreo, levantó ambas manos y se retiró la capucha de la cabeza.

—Mira y aprende ahora, Nilva Cienfuegos, lo equivocada que estás.

Y Neana miró, y un océano de incredulidad se apoderó de ella; tanto que casi dejó caer la espada de su mano, ahora lacia y sin fuerza.

No era Mordecai Koval, ni ninguno de aquellos otros nigromantes de la ciudadela, discípulos todos, inexpertos e iniciados en artes con las que apenas empezaban a experimentar.

Era su maestro, Reeban Kalb, y no viejo y marchito, sino tan joven como cuando ella lo conoció.

Y entonces... entonces sintió que todo estaba perdido.

# LA MANO DE ÁTONO



## I

El combate había causado estragos en las filas de los necrófagos. La mayoría ya no se atrevía a pulular por allí, pues los andamios y las plataformas donde habían construido pequeños hogares para trabajar sin perder demasiado tiempo habían caído ya en su mayoría, y otros amenazaban con hacerlo, dañadas sus estructuras esenciales. Había incendios y las llamas devoraban con rapidez las escaleras de madera y trepaban, ávidas, hacia todas partes. Cuando se agrupaban en algún punto, los restos de los hechizos escapaban hacia ellos y provocaban explosiones o cosas aún peores, como bocas azules y profundas, como puertas a lugares desconocidos que, por unos segundos, tragaban todo lo que había alrededor. La mayoría, por tanto, había huido de vuelta a sus madrigueras utilizando los túneles que salían de aquella caverna desde diferentes alturas.

Esto, y no otra cosa, fue el factor decisivo para que Isobel Steur y los hombres pudieran acercarse a la base de la colosal estructura. A medida que la exploraban, buscando al androide, encontraron poca o ninguna resistencia, como no fuera algún necrófago asustado que siseaba cuando se topaba con ellos, daba media vuelta, y se escabullía. Allí había varios anillos formados

por tablas y troncos, empalizadas maltrechas de pobre realización y ningún talento, pero hacían las veces de muros.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó Isobel cuando los hombres llegaban ya hasta ella.

—¡Eso lo ignoro! —replicó Miles—. ¡Pero dinos, esposa, por qué crees que seguir al hombre de metal es buena idea, y no quedarnos a cuidar de nuestro hijo y su amigo, aún más pequeño que él!

—Intuición —respondió como distraída mientras intentaba decidir si tomar un camino u otro—. Lo dijo Wáriner. Por eso estoy aquí.

—Pero...

De pronto, Miles vio algo que le llamó la atención. Venía de arriba, de una especie de hendidura redonda, como la entrada de un túnel estrecho. La había visto antes, hacía bastante tiempo, pero la recordaba bien.

—Mirad... —susurró.

Isobel y Arran lo hicieron. Era un cúmulo de raíces, o acaso fueran plantas, que colgaban lánguidas de la abertura. Pero eran negras y tenían mal aspecto, como muertas, y sus ramificaciones caían en gran número. Había más por aquí y por allí, pendiendo de la estructura.

—¿Qué es lo que vemos, Miles? —dijo Arran—. Porque miro y no sé qué veo.

—Es hierba muerta. Los abuelos de tus abuelos, y los míos, la llamaban lammaka-tat.

—Lammaka-tat —susurró Arran—. Que me cuelguen de una sogas si eso no crece en la Entraña...

—Y lo hace —exclamó Miles.

—¿Crees que estamos bajo la Entraña? —preguntó Arran, asustado.

—Mucho hemos corrido por los túneles de los necrófagos —respondió—. Y hemos bajado también durante mucho rato. Bien podríamos estar bajo la Entraña.

—Eso, o han traído la hierba muerta hasta aquí —aventuró Arran—. ¿Con qué propósito? ¡Ay!, no lo sé, ni me importa, es lo que digo. Tal vez esos animales de dientes enormes se alimenten también de esta podredumbre, esta... imitación de plantas, esta cosa negra y fea como cualquier cosa fea que

se te ocurra.

De pronto, sin mediar palabra, Isobel echó a correr.

—Bueno —dijo Arran—, allá va otra vez.

Y salió detrás de ella.

Miles miró la hierba muerta por última vez. Era en verdad fea y desagradable, y si olía mal no lo sabía, porque allí varias cosas olían mal: el azufre que pendía en el aire producto de los hechizos, el olor a sangre de los nidos de los necrófagos, el penetrante olor a madera vieja, y otras cosas. Pero aunque algo le decía que era importante, qué hacía allí o si tenía alguna finalidad, no lo sabía. Luego miró por encima de la empalizada. Allí resplandecían aún los hechizos, saltaban haces luminosos y se sucedían las explosiones mientras la cueva se estremecía alrededor. Miró brevemente hacia los altos techos y vio el polvo caer de todas partes, como si algo se resquebrajara poco a poco; luego echó a correr tras su amigo y su esposa. No lo sabía con certeza, pero tenía también una intuición: que el tiempo apremiaba.

## II

—¿Cómo es posible? —preguntó Neana, llena de incredulidad—. No quiero creerlo...

—Y así comprendes, ya tan cerca del final, lo equivocada que estás —respondió Reeban.

—Pero... ¿qué te ocurrió? —balbuceó la Heredera—. Eras Guardián de la Luz, bibliotecario y maestro de la ciudadela en el oeste. ¿Cómo caíste?

—¿Caer? —preguntó Reeban con una sonrisa—. Nunca caí. Dime, mujer, ¿acaso no apartas las piedras y los árboles cuando vas a sembrar en la tierra?, ¿no cavas un agujero profundo para establecer allí los cimientos de la que será luego tu casa? Pues eso he hecho yo.

—No... —replicó Neana—. No puedo creerte. No es lo mismo. ¡Casi destruyes o has destruido ya Sombraviva!, has arrebatado a la gente los restos

tranquilos de sus difuntos, y has desolado este lugar para construir toda esta abominación. ¡Has pactado con necrófagos, que son bestias sin corazón con un único ánimo en su cuerpo, el de roer, masticar y matar!

—Tu mente es demasiado pequeña —se burló Reeban con desdén—. ¡Palabras, muchas palabras! ¡Déjame hacer a mí, y puede que entonces, tal vez...!

Neana apretó los dientes, colérica. Reeban iba a añadir algo más cuando ella, con un movimiento inesperado y veloz, deslizó el brazo en el que portaba la espada. *Excessus* dejó escapar una lluvia blanca hacia el nigromante, compuesta por un millar de pequeñas estalactitas punzantes. Todo ocurrió demasiado rápido, pero aun así, a Neana le pareció ver que el nigromante sonreía mientras recibía en su cuerpo los proyectiles.

Los estiletos se clavaron en él, hundiéndose en su carne por varios puntos y lanzándolo hacia atrás. Hubo una llovizna de sangre tras su cuerpo, y el nigromante terminó su discurso con una exclamación ahogada. Luego cayó a plomo contra el suelo, donde se estrelló con un golpe sordo. Y allí se quedó, tendido e inmóvil.

Sudorosa y exhausta, Neana permaneció en el aire aún unos momentos, tan sorprendida como incrédula. Había sangre en su capa y también en el suelo, y no se movía ni parecía respirar. ¿Acaso lo había conseguido, tan fácilmente, después de tantas tretas y argucias y ataques, muchos de ellos de considerable poder y esfuerzo? ¿Acaso lo había sorprendido en mitad de su alocado discurso lleno de un ego exacerbado y desmedido?

Lentamente descendió hacia el suelo y aterrizó a escasa distancia de él. Tenía presta la espada, y en la otra mano se escondía un nuevo hechizo, listo para atacar si algo sucedía. En un momento dado, decidió que no quería arriesgarse, y extendió el brazo hacia delante y de él surgió un rayo de un azul furioso que lo alcanzó en el costado. El cuerpo de su maestro salió otra vez despedido; dio varias vueltas en el aire y se quedó de nuevo tendido.

Neana suspiró.

Estaba muerto. Muerto de veras.

Había...

Reeban Kalb se puso en pie con un solo movimiento, y al instante

siguiente estaba otra vez flotando a poca distancia del suelo, con la capa rota y ensangrentada. Pero en su rostro brillaba una sonrisa tan amplia como cruel.

—¡Ea! —exclamó triunfante.

Neana palideció. Estaba muerto. Lo había sentido, así como podía sentir la magia alrededor y también el flujo de la vida en el tronco de los árboles y en las piedras y en las briznas de los suelos verdes, sentía el compás de la vida en las personas; y en aquel cuerpo yacente no había sentido nada de eso.

—No... —susurró.

—Nilva Cienfuegos pensaba que estudiaba nigromancia en este agujero —dijo burlón—, los misterios de la vida y la muerte, y sus pactos y entresijos. Como un principiante. ¿No? —Soltó una carcajada que otra vez sonó como un centenar de voces diferentes—. ¡Pues mucho hace que pacté con lo que hay detrás, y los páramos fríos de la muerte son ahora míos y los recorro y los abandono cuando me da la gana!

—No puede ser...

—Puedes atravesar mi cuerpo con lanzas, ensartar mi corazón; puedes cortar mi cabeza o extraer toda la sangre de mi cuerpo. No importa. ¡Hazlo, te digo! Pues la muerte no me tiene en cuenta, y si me lleva, regreso; y si me quiere, me aparto.

—Es imposible...

—¡Adelante! —la retó Reeban, desafiante—. ¡Haz lo que quieras, que no me defenderé!

Neana arrugó la nariz. Cerró el puño izquierdo y lo llevó atrás, los dientes expuestos en una expresión rabiosa y dura; y por fin lanzó un nuevo ataque.

El haz rasgó el aire a su paso, ululando como el viento a través de una rendija, pero mucho más fuerte y sonoro. Y cruzó el cuerpo del nigromante y lo partió en dos, y de sus partes separadas manó la sangre abundante y los contenidos de sus tripas se esparcieron por el aire. Su torso cayó hacia atrás mientras reía y golpeaba el suelo con un chapoteo enfermizo.

Neana jadeaba. Había hecho un terrible esfuerzo con ese truco, y se inclinó sobre sus rodillas y descansó las manos en ellas.

Otra vez sintió el cuerpo caído y dividido de su maestro, y no detectó vida

en él, como no fuera unas trazas débiles que fueron debilitándose con rapidez. Por fin, la vida lo abandonó. Otra vez. Pero se concentró con determinación para asegurarse, solo para asegurarse, y...

Hubo un parpadeo y Reeban Kalb estaba otra vez en pie, ¡y entero, como si no hubiera ocurrido nada! Tenía los brazos extendidos, como los cómicos y los comediantes que hacían representaciones en las ciudades por las que pedían alimento y ropas y favores a los asistentes. Y sonreía.

—No... —susurró Neana.

—¡Ea otra vez! —exclamó feliz.

—Nononono...

Su cabeza daba vueltas. Había dado por hecho que su enemigo era un nigromante, pero uno que, como muchos antes que él, habían trabajado con la muerte y sus misterios, buscando tal vez el pacto supremo que les permitiera trascender de alguna manera, o acaso eludir a la muerte un tiempo. Pero si Reeban ya había conseguido esos propósitos, entonces su objetivo se le escapaba.

—Pero... ¿cómo? —balbuceó Neana, empezando a comprender las implicaciones de lo que acababa de ver, su desatado poder, y la energía necesaria para llevarlo a cabo.

Reeban Kalb la miraba con la sonrisa congelada en el rostro.

Alzó la mano derecha, enfundada en una suerte de guante oscuro, y lo retiró con la otra.

Neana se descubrió mirando con asombro algo que reconoció enseguida.

—La mano de Átono —susurró, tan asombrada como atemorizada—. No puede ser... ¿Se la arrebataste? ¿Te la dio?

—Átono era poderoso, sin duda —proclamó el nigromante—, pero era también un ingenuo, y no demasiado listo. Urdí un plan para encerrarlo en un plano mazmorra donde el tiempo discurre de manera diferente a la de aquí. Cada seis mil años de los suyos regresaba junto a su prisión y le preguntaba: «¿Me darás tu mano?», y él respondía siempre del mismo modo: «¡No!». Entonces me iba y esperaba. Cinco largos años me costó doblegarlo, pero para él había pasado más tiempo del que necesitó el universo para ser viejo, y para entonces ya poco o nada le importaba. En mi última visita, se había

arrancado la mano. Tan pronto me vio, desnudo y enloquecido, me la tiró a los pies y me suplicó que lo liberase.

Neana escuchó, aterrorizada.

—Eres cruel... ¡Cruel!

—Paciente, diría —respondió Reeban—. Y astuto.

—Robaste los poderes de Átono... ¿Qué hiciste después con él, corazón negro, cuervo siniestro?

—No seas tan rápida con tus palabras —replicó el nigromante—, pues lo dejé allí por misericordia cuando pude haberlo matado.

—¿Allí atrapado, en un plano mazmorra donde nada hay? —graznó, incrédula—. ¿Misericordia, dices? Mereces que planten tus ojos en un campo de sal y que lo condenen con fuego y mil truenos que caigan del cielo y te inflijan dolor...

—Sigues sin comprender —susurró Reeban.

—Pues explícate —respondió Neana—. ¡O mátame ya! ¡O seguiré atacándote para consumir tu tiempo, ya que no puedo terminar contigo, una y otra vez, hasta que desesperes, como hizo Átono!

—Ah... —declaró Reeban—. Me temo que tú no tienes tanto tiempo.

Como corolario a la impotencia que sentía, Neana experimentó un arrebató de cólera. Empezaba en sus rodillas, le recorría todo el estómago y le golpeaba la nuca con la violencia de un martillo. Apretó los dientes y los puños, y *Excessus* emitió un sonido agudo y frío a la vez.

### III

Cuando Arran dobló el recodo, siempre en persecución de Isobel, se llevó un sobresalto. Había subido por escaleras y trepado por escalas, y había corrido hacia delante y hacia atrás; pero allí, en la pared de la imponente estructura, se abría una entrada.

Era grande, o enorme, al decir de Arran Augia, pues medía casi tres hombres de alto y unos veinte brazos de largo, y en su interior había un



despliegue de artefactos de los que les eran propios a los Antiguos. Allí estaba Corazón de Hierro, moviéndose con rapidez de un lado a otro, e Isobel lo miraba.

—Isobel... —dijo Arran, jadeante.

—Está trabajando —susurró Isobel sin mirarlo.

—¿Qué está haciendo?

Descubrió que de su pecho salía un haz de luz, pues la estancia estaba a oscuras.

—Tiene una... un farol en su pecho —exclamó Arran, atónito—. ¿Todo este tiempo ha tenido un...? —Luego sacudió la cabeza y exclamó—: No importa.

Miles llegó en ese momento, y admiró asombrado cuanto tenía delante de los ojos: las cajas, los paneles, las filigranas incomprensibles de los Antiguos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Corazón de Hierro accionaba y tocaba, y algunas de esas cosas producían un sonido fuerte como respuesta. Ahora extraía una raíz de una de las paredes y tiraba de ella, y la raíz, suave y lisa como una serpiente, se amontonaba en el suelo formando círculos.

—¿Qué hace?

—Eso no sabemos —dijo Arran.

—Esposa —insistió Miles—, ¿qué hace...?

Isobel se volvió, y en su rostro hermoso había una sonrisa tranquila y convencida.

—Está trabajando —dijo—. Hace lo que tiene que hacer. Aquello para lo que ha venido.

—¿Lo que tiene que hacer? —preguntó, confundido.

—Pues que me desmonten en trozos y me vendan en mercados por las cuatro esquinas del mundo —soltó Arran—. ¡Que haga lo que quiera hacer, y si explotamos y morimos, pues que así sea!

Miles miró al androide. Había dispuesto su raíz a lo largo de la estancia y la había atado a alguna cosa redonda en el otro extremo de la sala. Luego metió el brazo en una oquedad de la pared de la que salió un borbotón de sonidos nunca oídos antes, similares a los cantos de un pájaro pero fríos y sin

vida.

—Está bien —dijo Miles—. Está bien. *Obe Pita*.

—¡*Obe Pita!* —repitió Corazón de Hierro.

Y siguió trabajando.

## IV

Neana sacudió la cabeza. La ira no era buena compañera, por mucho que se esforzara por germinar y crecer en su interior, y trató de apartarla y pensar. Reeban Kalb la miraba divertido. Era evidente que llevaba demasiado tiempo allí dentro, sin ninguna compañía más que la de los necrófagos, y estaba disfrutando con la conversación. Porque ahora sabía que podría matarla sin esfuerzo.

Y ella quería comprender. Después de todo lo que había pasado, necesitaba comprender.

—Pero entonces... —balbuceó al fin—... si eres un nigromante completo, uno como no ha conocido el mundo, y los misterios de la muerte te han sido desvelados, ¿qué... qué persigues?

Reeban suspiró largamente.

—Ya he visto que recordabas a Mordecai Koval. ¿Cómo olvidarlo, verdad? Tan arrogante. Tan estúpido. Un digno descendiente de la familia de los Koval de Ostrid, pero un pésimo estudiante. Todo lo que tenía era talento natural. Y, sin embargo, ¡qué diferente de su amante, Mortífica Montebosco!

—La recuerdo —susurró Neana—. Los expulsaste de la ciudadela, o acaso del mundo, y condenaste su estancia a la no existencia creando un muro donde antes había una puerta.

—No —replicó Reeban—, no condené la estancia. La dejé allí, solo eliminé el acceso para asegurarme de que nadie husmearía en su interior.

Neana entrecerró los ojos.

—¿Por... qué?

Reeban descendió hasta el suelo y soltó un suspiro. Se cruzó de brazos,

con la cabeza ligeramente inclinada, como recordando.

—Sabía que aquel grupo de estudio estaban adquiriendo mucho poder, y muy rápidamente además. Estaba intrigado, y puedo ahora confesar que hasta asustado; pero espiaba escondido sus logros y sus experimentos, pues a menudo se escapaban a unas cuevas para tocar temas prohibidos por las leyes de la ciudadela, y los dejaba hacer.

»Bedelia Mordeviejo era la mejor dotada con diferencia. Siempre conseguía nuevos y sorprendentes efectos en reactivos comunes, y hasta de las lecciones más básicas y elementales conjuraba alternativas que yo ni hubiese sospechado nunca. Era... era fascinante.

—¿Bedelia? —se extrañó Neana—. ¿En serio lo dices? No recuerdo que fuese tan dotada ni tan...

—Porque Bedelia sabía muy bien que si llamaba demasiado la atención sería sometida a examen, y los bibliotecarios de la ciudadela podrían negarse a seguir enseñándola. ¡Tanta capacidad tenía! Ella quería aprender. Quería sacar todo el jugo de nosotros, sus maestros, y luego quería saber aún más.

Neana sacudió la cabeza.

—Por eso la mataste —dijo con rabia contenida.

—La historia de los animales resucitados me sirvió de excusa, y aun así actué antes de que los bibliotecarios nos reuniésemos para discutir qué hacer. El combate fue muy reñido —recordó—. Yo, Gran Maestro de la ciudadela, en apuros contra una estudiante de nivel bajo.

—Mordecai y los demás...

—Mordecai y los demás cayeron enseguida —dijo con desdén—. Niños tontos con demasiadas ínfulas y poca sesera. No tuvieron ninguna oportunidad. Pero Bedelia... parecía anticiparse a todos mis ataques, incluso los más devastadores. Si lanzaba un arco, se escudaba, si lanzaba un rayo, lo esquivaba, si usaba una onda cargada, simplemente se movía a un lado. No podía acertarle ni con el hechizo más simple. Mientras tanto, ella respondía con hechizos ridículos pero certeros. Un hechizo pequeño puede no hacerte daño, pero cientos de ellos... Acabé abrasado y con la ropa destruida, envuelto en llamas, y cada vez más consumido por el estupor y la rabia. ¡Mucho tardé en comprender lo que ocurría!

—¿Y qué ocurría? ¿Era... intuitiva? —preguntó Neana.

—La intuición puede salvarte una vez, tal vez dos. Pero no cien veces. Nunca se cansaba. Siempre que la atacaba era como si fuera la primera vez que lo hacía. Y eso me dio la pista.

Neana sentía tanta curiosidad que se había olvidado de casi todo lo demás.

—¿Qué descubriste?

—Era una Señora del Tiempo en potencia.

Neana recibió la noticia como un bofetón. Luego, se inclinó a pensar que Reeban Kalb la engañaba, aunque desconocía el motivo. El mito del Señor del Tiempo se estudiaba en la ciudadela como motivación para los estudiantes, una suerte de promesa para toda una vida, o varias vidas de estudio que se ramificaba en lo inexplorado y lo inalcanzable; una leyenda, que algunos concluían en estimar como patraña. La posibilidad de manejar el tiempo y moverse por él como se camina por un sendero, en una dirección o en otra. La persona que dominase tal poder podría alterar el mundo y el diálogo mismo del universo, y no solo del universo, sino de las corrientes invisibles de la magia; podría saberlo todo, aprehenderlo todo, dominarlo todo. Alguien de tal poder podría moldear el mundo a su antojo y forma, y decidir cómo serían las cosas, las más grandes y las más pequeñas. Podría encaminarse hacia un caudaloso río, estudiar cómo fue su nacimiento y qué causas geográficas decidieron su cauce, y alterarlo, cambiando para siempre el tránsito del tiempo en todas las cosas que se sucedieron a partir de los acontecimientos ocurridos en el río o cerca de él, reinventándolo todo en una suerte de rueda del caos constante.

—¡Mientes! —estalló Neana, otra vez furiosa—. Has querido distraerme con algún motivo, retrasarme...

—¿Por qué piensas que...?

—¡No tiene sentido! —lo interrumpió ella—. ¡No te creo! ¡Estás ganando tiempo!

—¿Crees acaso que...?

Pero Reeban no pudo terminar.

Atendiendo un irrefrenable impulso surgido de la cólera y de la rabia,

Neana se lanzó a por él con *Excessus* al extremo de su brazo extendido, y junto a ella, surcando el espacio que los separaba, una columna de llamas azules que crepitaban con una plétora de chispas encendidas.

Neana y Reeban se fusionaron en una explosión trepidante que hizo retumbar la cueva entera.

## V

Corazón de Hierro iba y venía, trabajando febrilmente. A veces subía con diligencia por unas escaleras metálicas y manipulaba alguna caja grande, que empezaba a zumbar como si fuera un enjambre de insectos; otras, se empleaba en unir raíces de varios colores de un punto a otro, o bien las recogía y las apartaba con desdén, como si ya carecieran de valor.

Tanto Isobel como Miles miraban fascinados. Había una sorprendente eficiencia en sus actos: no dudaba, no hacía pausas, y en todo momento realizaba cada tarea con una economía de movimientos que resultaba irreal, solamente los justos y precisos para hacer lo que había que hacer; sus brazos, su cuerpo entero, se movían como los de un hombre (a veces se agachaba, a veces giraba el cuerpo para alcanzar algo), pero la manera de manejarse delataba su naturaleza artificial. Aun sin comprender lo que hacía, veían la respuesta de la sala a sus acciones. Había pequeñas luces que de pronto se encendían en las paredes, y zumbidos, siseos y traqueteos. En alguna parte, un estruendo pesado, como de gigantescas ruedas de molino, empezó a dejarse oír.

Realmente estaba haciendo algo. Fuera bueno o no, estaba por ver.

El sonido de una explosión en el exterior los hizo encogerse. La estructura entera se estremeció con violencia, y aun cuando el retumbar cesó, sintieron todavía la vibración bajo los pies. Eso, sin embargo, tranquilizó a Isobel. Hacía tiempo que el fragor del combate mágico no llegaba hasta sus oídos, y se preguntaba si Neana habría caído. Si era así, los necrófagos bien podrían haber vuelto a la sala, y haber encontrado a Zarko y a los niños y

haberles dado muerte. La explosión le hizo pensar que Neana seguía fuerte y en pie, y en ello encontró alivio.

—Vamos, Corazón de Hierro, hombre alto de metal —susurró.

Como si la hubiera oído, el androide se acercó a un panel y accionó varios artefactos; de repente, la luz volvió a la estancia. Los paneles se iluminaron con aquel resplandor azulado y frío, tan poco parecido a la llama de una antorcha, y en las paredes se abrieron ventanas brillantes donde empezaron a aparecer símbolos en grandes cantidades: cientos de símbolos, más aún, todos en rápida sucesión. La sala se llenó del sonido creciente de un rumor lejano.

—Sapos y arañas —exclamó Arran—. ¿Qué ha ocurrido?

—*Obe Pita* —dijo Corazón de Hierro, y entonces se enderezó, bajó los brazos a ambos lados del cuerpo, y la luz de su pecho se apagó. No hizo ni dijo nada más.

—Que me quemen los ojos ambos —soltó Miles.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó Arran.

—Lo ha encendido, de alguna manera —explicó Isobel—. Como se enciende un fuego en un hogar y este cobra vida y las llamas se alzan para calentar una olla.

Las ventanas mostraban ahora un orbe brillante de un intenso color blanco, y los tres miraron asombrados. Isobel giró la cabeza a uno y otro lado, pues había allí algo que resultaba extraño a la vista, y vio que lo que mostraba la ventana acompañaba a sus movimientos.

—No son ventanas —dijo entonces—. Más bien es una pintura, una especie de dibujo, pero... se mueve.

Miles acercó la mano a la ventana, dudó unos instantes, y tocó la superficie. Había allí una especie de cristal, y ninguna manera evidente de abrirla.

—Creo que tienes razón —declaró—. Es un dibujo, o alguna otra cosa parecida a un dibujo que...

El dibujo cambió. Poco a poco, la superficie del orbe fue transformándose y cambiando de color; ahora parecía llenarse de algo similar a unas nubes, ahora se distinguían manchas azules y marrones, y, por fin..., verde.

Verde. Un orbe verde en una negrura profunda e infinita.

Isobel abrió mucho los ojos.

—Es la luna —susurró—. ¡Eso es la luna!

—¿La luna aquí abajo? —preguntó Arran—. Entonces está claro que es un dibujo. ¿Qué importancia tiene?

Bajo la luna aparecieron unos símbolos desconocidos, pero estos estaban seguidos de otros que reconocieron enseguida.

## *OBE PITA*

—*Obe Pita* —dijo Miles, confuso.

—Corazón de Hierro miraba la luna cuando decía *Obe Pita* —dijo Arran.

—Lo sé —asintió Miles—. Pero aún no comprendo qué tiene que ver esto con el nigromante, ¡o cómo nos ayudará a acabar con él o a salir de aquí!

—Lo que es a mí —dijo Arran cabizbajo—, me bastaría con salir de aquí. Ya he hecho bastante.

El dibujo volvió a cambiar. Y vieron árboles y edificios extraños, muy cuadrados y altos, y una lengua gris que se asemejaba a un camino y que pasaba cerca de ellos, y vieron cosas moviéndose que no pudieron identificar. Un hombre vestido con una ropa ridícula apareció en la ventana. Movía los labios pero no podían oír nada.

—Un... Antiguo —dijo Arran—. A Wáriner le hubiera gustado mucho esto. ¡Ay! Lástima que no llegara hasta aquí.

Miles e Isobel seguían atentos a la ventana.

El Antiguo se deslizó hacia la izquierda, y en el margen derecho vieron algo que los hizo encogerse.

—Por todos los truenos que... —empezó a decir Arran. Luego se detuvo, incapaz de seguir.

—Es... —dijo Isobel.

Miles asintió.

Lo que veían allí, a cierta distancia, era la Entraña, despuntando desafiante contra el horizonte.

## PAN Y LAS CORRIENTES



### I

Una elipse deslumbrante rasgó la realidad, dejando un surco púrpura a través del cual se vislumbraban páramos de una geografía imposible: arcos de piedra invertidos, retorcidas raíces que crecían horizontalmente, un estallido de soles, lunas y estrellas en el cielo pálido. Para esquivarlo, Reeban Kalb se movió con rapidez a un lado, recorrió la distancia que lo separaba de una de las paredes de la cueva, y allí contraatacó impulsándose con las piernas. Neana lo recibió interponiendo una luminosa y llameante *Excessus*, cuya hoja parecía estar entretejida de estrías ardientes como diminutos ríos de lava. El encontronazo fue otra explosión. La cueva retumbó y gimió dejando caer trozos de roca contra el suelo recorrido por enormes socavones.

Neana abandonó la bola de fuego envuelta en llamas. Mientras progresaba por el aire, dio vueltas sobre sí misma y el fuego se extinguió.

Para cuando se dio la vuelta, Reeban estaba ya avanzando hacia ella. Tenía el brazo izquierdo extendido, y en su extremo, la mano de Átono se mostraba con el pulgar y el meñique extendidos.

—Ay —gimió Neana, anticipándose al ataque.

No hubo artefactos mágicos, ni centellas, ni espirales o elipses de caos y



llamas y fuego y destrucción. Un instante después, Neana se encontraba aplastada contra la pared de la cueva, rodeada de grietas y estrías, con el cuerpo dolorido por el impacto. Intentó separarse del muro, pero descubrió que no tenía fuerzas, y cayó al suelo como una mariposa herida, describiendo un zigzag en el aire, hasta que topó con el suelo.

Todo le dolía, y respirar le provocaba un dolor agudo en el costado. Su cuerpo exhalaba un humo débil, la ropa estaba muy dañada y los ribetes de las mangas y las costuras estaban quemados en parte. Ahora la había cogido de lleno. Si volvía a usar la mano de Átono mientras seguía exhausta, no tendría la más mínima oportunidad.

Reeban aterrizó cerca de ella.

—Debiste haberme escuchado —dijo—. Ahora ya no me apetece seguir con este juego.

Neana sacudió la cabeza. Necesitaba tiempo, así que pensó con rapidez. Tiempo. Tiempo...

—Cerraste la habitación... para estudiar a Bedelia Mordeviejo —logró decir—. No la mataste.

—¿Matarla? —exclamó Reeban—. ¿Antes de saber cómo hacía lo que hacía? ¿Tan necio me crees?

—Pero... ¿cómo la atrapaste? —preguntó Neana. Había recordado que Reeban, como la mayoría de los magos, no desperdiciaría una oportunidad de hablar de sus logros y méritos, aun cuando estos tuvieran propósitos oscuros y no sirvieran a la Luz. Y, sobre todo, después de haber pasado tanto tiempo en soledad.

Reeban sonrió otra vez.

—Una vez supe de su capacidad para anticiparse, conseguí atraparla con un hechizo de zona prolongado en el tiempo —explicó, infinitamente pagado de sí mismo—. Casi agotó mis energías, pero no había posibilidad de esquivarlo: no había ningún rincón en la sala donde ocultarse.

Neana asintió.

—Muy listo —dijo, levantándose lentamente y con gran esfuerzo, por mucho que intentara disimularlo.

—La retuve, como hice con Átono —siguió diciendo Reeban—, y la

interrogué, la torturé y deformé su esencia mística esencial haciéndola discurrir por planos enloquecidos. Tú te habías marchado ya de la ciudadela cuando yo seguía trabajando con ella.

—Y al final la rendiste.

—Bien puedes decirlo —asintió Reeban, orgulloso de sí mismo—. Resultó que hacía tiempo que me había dado la información, pero tardé en captar que aquella era la clave. ¿Sabes dónde se había criado?

Neana negó con la cabeza.

—En Vertedera.

—¿Vertedera? —repitió Neana—. Eso... eso está...

—Al norte de aquí, a pocos días de viaje. Allí empieza el Camino Real que los hombres protegen y defienden, y que lleva a las puertas de varias ciudades importantes.

—Sí...

Reeban suspiró.

—Bedelia pasaba mucho tiempo en la Entraña. A sus padres les gustaba, sentían... una poderosa atracción que no podían identificar.

—Nadie quiere estar cerca de la Entraña —replicó Neana, que empezaba a recuperarse—. Tal es su influjo, poderoso, antiguo y terrible.

Reeban rio entre dientes.

—Personas hay que sienten pavor ante un simple cráneo, y quienes gustan de vestirse con ellos, Nilva Cienfuegos —respondió el nigromante, ahora serio y ceñudo—. Y Bedelia venía con sus padres y se empapó de este lugar, y regresó mucho después, cuando ya era más mayor, y aquí descubrió muchas cosas. Descubrió cosas de la magia, y descubrió...

Se detuvo.

—¿Qué descubrió? —preguntó Neana, otra vez expectante.

—Descubrió el proyecto *Obe Pita*, y su relación con el gran mal.

## II

La Entraña.

Se veía diferente en el dibujo que se movía en las ventanas de los Antiguos, menos horadada por el tiempo, pero todavía reconocible. Era alta, considerablemente más alta que los picos Quebrantahuesos, ¡una altura desquiciante, exacerbada, imposible!, y era imponente a la vista. Y en su costado se veían los símbolos: *OBE PITA*.

Isobel, Miles y Arran miraban estupefactos.

—La Entraña es *Obe Pita*... —susurró Isobel.

El dibujo mostraba ahora una especie de ejército aglutinado en la base de la Entraña, y Miles pensó que tal vez estaba sufriendo algún tipo de asedio. En un momento dado, el ejército se retiró. Había pequeñas casas que empezaron a moverse como por arte de magia, y había cosas en el aire: artefactos de algún tipo que se quedaban suspendidos por encima del suelo. Allí donde miraban había maravillas inexplicables, ¡y Antiguos! Estaban allí, moviéndose alrededor de la Entraña, y —ahora estaban seguros— alejándose de ella.

Y, de pronto, una plétora de nubes empezaron a formarse en la base de la Entraña, y hubo fuego, y Arran pensó que iba a quemarse hasta la cima, que en verdad el asedio había sido un éxito y que la Entraña estaba condenada, y que por eso tal vez estaba ahora tan deteriorada.

Pero entonces, la Entraña empezó a moverse, y creció en altura entre un estallido de fuego y polvo hasta que descubrieron que estaba elevándose, y la vieron progresar en el aire y ascender con rapidez hasta que se mezcló con las nubes; y de repente... ¡de repente era de noche y la Entraña flotaba en el aire con un espanto de fuego en su base!

—¡Qué...! —exclamó Arran.

Miraron y vieron lo insólito: la luna, grande y enorme como no la habían visto jamás, con todos sus verdes prados, ¡y también sus nubes!, y vieron ríos recorriendo su redonda superficie, y pudieron ver a la Entraña acercándose desde la noche que se extendía todo alrededor. Mucho rato miraron y les fueron mostrados múltiples dibujos de la Entraña y la luna, y de vez en cuando salía un Antiguo con su ropa ridícula y movía los labios con entusiasmo, y había Antiguos en las calles moviendo las manos y gritando

alborozados, las caras llenas de sonrisas.

—Cada vez entiendo menos —susurró Arran—. Quiero arrancarme los ojos y despertar en mi cama. ¡Ahí fuera, la Heredera combate al nigromante, y mucho me da en la nariz que estamos perdiendo el tiempo aquí!

Isobel, sin embargo, tenía sus propias ideas, y las últimas palabras de Wáriner retumbaron en su cabeza. Había allí algo que descubrir todavía.

—Es... *Obe Pita*... —dijo, intentando concentrarse—. *Obe Pita* es la Entraña...

—¿Por qué era blanca la luna? —preguntó Miles.

—No lo sé —dijo Isobel—. Pero cuando dejó de serlo y hubo otra vez árboles y hierba y ríos en su superficie, creo que los Antiguos viajaron hasta allí a bordo de la Entraña.

Y como si la hubieran escuchado, en las ventanas vieron cómo la Entraña, *Obe Pita*, llegaba a la luna y se posaba en ella, y cómo cantidades ingentes de Antiguos celebraban el hecho enfervorizados, se abrazaban y se besaban, desbordados de felicidad. Las imágenes se mezclaron con otras que mostraban unas grandes puertas abriéndose en la superficie de la luna, y allí aparecían aún más Antiguos, corriendo por los prados verdes, besando el suelo, dando saltos y celebrando.

—Pero la Entraña está aquí —apuntó Arran—. Sigue aquí. Creo que estamos debajo de ella. ¿Qué es toda esta patraña?

—Puede que volvieran, más tarde.

—¡Mirad! —exclamó Miles señalando la ventana.

Vieron allí unos Antiguos ataviados de una manera extraña, incomprensible, y sonreían y saludaban mirándolos a los ojos, y juntaban y separaban las manos una y otra vez, como enfervorizados.

—¿No lo veis? —chilló Miles.

—¿El qué...?

Isobel lo vio. Era la sala, era la habitación lo que Miles quería que vieran. El sitio donde estaban los Antiguos saludando, sentados en sus sillas, era el mismo donde se encontraban ellos ahora. Las sillas ya no estaban, pero sí todo lo demás: las mismas ventanas, los mismos paneles, las mismas luces y filigranas. El mismo lugar. Tanto Isobel como Miles lo comprendieron al

instante. Era allí, ¡allí mismo!, el lugar desde el que los Antiguos habían tripulado y hecho navegar la Entraña. Los que saludaban eran los gobernantes, los capitanes del navío. Y al comprender eso se sintieron extraños y muy pequeños a la vez, pues no estaban bajo la Entraña como habían imaginado, sino en la Entraña. Dentro de la Entraña. En la sala de timones y mando.

—*Obe Pita* no es la Entraña —resolvió Isobel—. *Obe Pita* es la luna.

—Entonces... ¿los Antiguos viven ahora en la luna? —preguntó Arran, dubitativo, y luego, al pensar en Wáriner otra vez y en lo mucho que le hubiera gustado todo aquello, se echó a llorar.

### III

—Vosotros, niños, sois valientes de corazón y hechos —les dijo Zarko. Los había hecho sentar junto a él y los abrazaba, uno a cada lado, pues Maradian sobre todo estaba temblando y sus ojos brillaban con la promesa de las lágrimas.

—¡No tan valiente! —soltó este.

—Oh, pero ¿qué dices? —lo rebatió Zarko—. Habéis hecho muchas más cosas de las que cualquier hombre o mujer sobre tierra o agua soportarían, ¡y habéis visto cosas que nadie ha visto, como los pozos insondables y profundos de Dosaguas, y habéis salido, vivos y triunfantes, por vuestros propios medios!

—Y con Corazón de Hierro —apuntó Maradian.

—Bien puedes decirlo.

Maradian pareció pensar por unos instantes, con la cabeza inclinada, mientras, a cierta distancia, Neana y el nigromante seguían lanzándose explosiones y hechizos a cual más impresionante. Tanto habían luchado que los tres espectadores acabaron por acostumbrarse y no miraban tanto como antes.

—¿Corazón de Hierro es bueno? —preguntó al fin.

—Claro que es bueno —afirmó Zarko—. Solo que no sabemos entenderlo muy bien, pues utiliza otras palabras. Pero nos ha ayudado y seguramente está ayudando a Miles, Arran e Isobel.

Baladar asintió.

—¡Sí! —exclamó.

—Cuando volvamos a la aldea —siguió diciendo Maradian—, ¿nos contarás más historias del capitán Clavijo?

Zarko sonrió con dulzura.

—¡Dalo por hecho, te digo! Os contaré todas las historias que sé, y todo cuanto he vivido os contaré. Y aún más, arreglaremos que podáis venir conmigo a explorar el mundo, si tu madre os da permiso, pues habéis demostrado que aun tan jóvenes sois ya hombres, y que teneros al lado es una cosa mejor que buena.

Maradian sonrió, súbitamente contento. De repente estaba deseando que todo aquel jaleo terminara, y deseó también estar de vuelta en la aldea para salir a jugar con Baladar y los otros niños, y correr descalzo por la hierba y coger nueces y almendras y tumbarse al sol, ¡y sentir la pereza apoderarse de uno y dormitar unos instantes para luego salir corriendo al río a bañarse! Esas cosas le habían parecido cotidianas entonces, pero ahora las añoraba con dolor en el corazón. Aun a una edad tan temprana, se dijo que la próxima vez las disfrutaría de verdad, siendo consciente del paso del tiempo, de los rayos del sol, del olor de las flores, de la presencia callada de los chopos y sus copas densas y verdes, de la exuberante riqueza de tonos sepia en las hojas caídas en el suelo.

Mas sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Baladar dejó escapar un pequeño grito. Zarko y él miraron, y vieron a un necrófago a poca distancia, espiándolos. Tenía las piernas flexionadas y el cuerpo casi pegado al suelo, y los brazos dispuestos como los de un animal a punto de saltar. En la mano derecha blandía algo que parecía un hacha, pero burdamente trabajada, como primitiva.

Zarko había visto esa actitud corporal antes; la había visto en los grandes depredadores que viven en los bosques y las llanuras, y supo enseguida que estaba a punto de atacar. Él estaba sentado en el suelo, con un niño a cada

lado, recogidos bajo sus brazos, y esa no era la mejor posición para rechazar un ataque. Pero no podía esperar, tenía que resolver aquello tan rápidamente como pudiera.

En el acto, y de forma brusca, empujó a los niños lejos de sí. Ambos dieron un grito, y el necrófago giró la cabeza con rapidez para mirar a uno y a otro. Un momento de duda que Zarko aprovechó para incorporarse.

No pudo terminar su movimiento. Antes de que pudiera darse cuenta, tenía al necrófago encima. Gritó, más por insuflarse ánimos y reclamar la fuerza en sus propios brazos que otra cosa, pero el necrófago se movía con rapidez, intentando alcanzar su rostro con su boca inmundada, y sus brazos grises y fibrosos parecían hechos de madera de cebil, que era dura como el metal. Los dientes, ahora que los veía de cerca, eran en verdad como de plata, lisos y brillantes, y parecían casi tan recios. Pero su aliento, cálido y fétido, era como el que arrojan los muertos cuando se los deja a la intemperie durante varios días.

Uno de sus brazos descendió con violencia para impactarle en la cara. Zarko tuvo que emplear toda su fuerza para ladear el cuerpo entero, y el hacha golpeó en el suelo, demasiado cerca de su cabeza. El necrófago aprovechó para lanzarle un zarpazo a la cara. Sus uñas tremendas rasgaron la carne y Zarko gritó mientras la sangre se apresuraba a escapar de su cuerpo. El dolor fue como un latigazo. Unos pocos momentos necesitó tan solo para recuperarse, pero fueron demasiados: cuando pudo volver a mirar, la criatura levantaba el hacha por encima de su cabeza y profería un alarido de triunfo.

Cerró los ojos y pensó en los niños, anticipándose al golpe.

El necrófago cayó desplomado, repentinamente privado de toda energía. El cuerpo del monstruo cayó sobre el suyo.

Zarko abrió los ojos de nuevo y vio a Baladar, con los ojos desorbitados y respirando agitadamente. Tenía una piedra ensangrentada en las manos.

Zarko movió las piernas para zafarse del peso del monstruo, lanzando exclamaciones que encerraban angustia y terror, pero también asco y alivio. El necrófago estaba muerto: una brecha en la parte posterior de la cabeza lo atestiguaba.

—Por toda la arena de los desiertos —dijo—. Me has salvado la vida,

Baladar Steur.

Baladar miró la piedra en sus manos, descubrió la sangre pegada a ella, y la arrojó a un lado.

Maradian se le acercó corriendo.

—Tu cara... —dijo consternado.

Zarko negó con la cabeza.

—No pasa nada —afirmó—. Es solo una herida.

—¡Baladar ha matado al monstruo! —dijo el pequeño.

—En verdad que sí —asintió Zarko—. ¡Otra proeza que añadir a vuestra lista!

Se puso en pie y miró el cuerpo caído, inmundo y de apariencia desagradable. Unas venas de tonos púrpura recorrían su piel pegada a unos huesos prominentes, sobre todo en las caderas, que amenazaban con perforarla. Acababa de darse cuenta de que iban desnudos.

—Te lo agradezco, joven Steur. Tu padre estará orgulloso de ti.

Baladar asintió, componiendo al fin media sonrisa. Había actuado por puro instinto, y esa era la verdad. Y ahora estaba comprendiendo lo que había hecho.

Zarko recogió el hacha del necrófago del suelo.

—Ahora al menos tenemos un arma —dijo, sin atreverse a tocarse la cara. Empezaba a hormiguar y picar como si una docena de avispas se hubieran ensañado con él—. ¿Qué aspecto tengo?

Maradian inclinó la cabeza, pensó en algo y sonrió de su propia ocurrencia, pero cuando pareció que iba a decir algo, se echó a llorar.

## IV

—¿Qué es? —preguntó Neana, inquieta y curiosa a la vez—. ¿Qué es... el proyecto *Obe Pita*?

Reeban Kalb giró la cabeza para mirar la impresionante estructura recorrida por andamios y estructuras de madera, la mayoría de ellas



demasiado dañadas para resultar útiles.

—Largo tiempo vivieron y prosperaron los Antiguos en este mundo — dijo, ahora en un tono de voz quedo y calmo—, y mucho habían prolongado su tiempo de vida. Se alimentaban bien, y su medicina era portentosa. No era inusual vivir ciento cincuenta años, o incluso más, y había maneras de prolongar ese tiempo todavía más allá.

Neana asintió; ya sabía eso.

—Pero tanta longevidad y prosperidad tenía consecuencias incontrolables: el mundo estaba lleno de personas, las había por todas partes, y cada vez costaba más alimentarlas a todas. La tierra estaba agotada; ya había dado de sí todo lo que podía. *Obe Pita* se creó para solucionar ese problema. Fue la gran idea y obra de Richard Obe, en honor del cual pusieron su nombre al proyecto. *Pita*, en su lengua, era... pan.

—*Obe... Pita* —exclamó Neana.

—Durante largos años se trabajó para transformar la luna en un lugar habitable, de acuerdo a la idea de Richard Obe, pues por entonces blanca era y así se veía desde nuestro mundo por la noche. Blanca y brillante. Sus máquinas viajaban constantemente de la luna aquí y de aquí a la luna, y siguieron haciéndolo durante largos años. Usando todo su fantástico conocimiento, levantaron allí edificios e ingenios que trajeron nubes y aire y agua y plantas, y convirtieron lo que antes era polvo estéril en un vergel maravilloso y cultivable.

Neana escuchaba, fascinada. El conocimiento de Reeban sobre los Antiguos era sorprendente. Ni siquiera ella había llegado a descubrir ninguna de aquellas cosas en su larga vida.

—Por fin, se construyó una máquina enorme para transportar gente que trabajaría la tierra y la cultivaría. Mucha gente, Nilva Cienfuegos, mucha más gente de la que cabría en cualquiera de nuestras ciudades, o en varias de ellas. Y metieron en esa máquina todo el grano y todas las semillas que pudieron, para sembrarlas y multiplicarlas. Y esa máquina está aquí. Aquí mismo. Ahí delante.

Neana miró en la dirección que Reeban señalaba, y compuso una expresión incrédula y asombrada.

—¿Eso es...?

Reeban asintió.

—La parte inferior de la Entraña. Por encima se exhiben sus picos deformes y monstruosos, la piedra terrible y dura, la hierba muerta, corolario del gran mal que se produjo cuando lo que llamamos la Entraña regresó a este mundo a por más gente y semillas.

—¿Qué ocurrió?

—El gran mal sobrevino cuando la Entraña regresó aquí desde la noche exterior. Todo ocurrió demasiado rápidamente, así que no ha quedado ningún testimonio o prueba de todo lo que pasó. ¡Pero he espiado las corrientes del tiempo y he visto cosas, Nilva Cienfuegos!

—¿Las... corrientes del tiempo?

—Algo fue mal. Tal vez algo falló en sus máquinas y mecanismos, prodigios de su conocimiento abrumador, y la parte superior de la Entraña explotó. Fue un desastre terrible, imagino, pero lo peor vino después.

—¿Qué... qué pasó?

—Esa explosión liberó algo, algún... residuo, o veneno, alguna onda invisible e imparable, que se extendió por el mundo rápidamente. Lo he visto.

»Sé que los Antiguos habían construido armas terribles mucho antes de *Obe Pita*, algunas de las cuales se emplearon alguna vez con algún propósito, y esas explosiones se levantaban como hongos gigantes de muerte y desolación. Ni tú ni yo juntos, ni todos los magos de la ciudadela, podríamos desencadenar un poder así. Y la explosión, después de producirse, dejaba en la zona un veneno similar al gran mal, que a veces he visto mencionarse como «radiación».

—Radiación —repitió Neana. Recordaba haber visto algo sobre eso en alguna parte.

—La manejaban con infinito cuidado, encerrándola en grandes estructuras hechas de muros gruesos y sólidos, con mucha vigilancia, pues era devastadora, intangible, invisible y letal. O morías o enfermabas en poco tiempo.

»Los mecanismos de *Obe Pita* requerían de esa radiación para funcionar, llegar hasta allí y regresar. Por eso, cuando la Entraña explotó, la radiación

terminó con el hombre sobre el mundo. Su gran prodigio, la máquina que habría de llevar gente y comida de la luna a la tierra, fue también su perdición. Se diría —exclamó con una sonrisa burlona— que *Obe Pita* terminó con la necesidad de alimento para siempre.

Neana se quedó inmóvil, pensativa. Miró a Reeban por unos instantes, *Excessus* apuntando al suelo, lacia en su mano.

—Pero no entiendo aún qué tiene que ver todo esto con Bedelia Mordeviejo, o los discursos del tiempo, o qué es lo que pretendes... ¡Todo el tiempo me has dicho que mi mente es pequeña, y que juzgo y prejuizo precipitadamente! ¡Pues explícate ahora!

Reeban asintió.

—Terminaré lo que he empezado, y luego veremos —declaró—. Antes no había magia en el mundo. Los Antiguos hacían lo que hacían porque habían descubierto cómo trabajar los metales, y con ellos habían fabricado cosas, cada vez más complicadas, cada vez más portentosas, pero no usaban la magia porque no había.

—Eso lo sé —lo apremió Neana, impaciente.

—La radiación transformó el mundo. Mató al hombre pero arrancó de la tierra una semilla dormida que no había sido encontrada aún: la magia. Y se abrieron sus cauces y sus corrientes, los mismos que hemos estudiado desde siempre.

—Continúa —lo instó Neana.

—Debes saber que esa radiación sigue por aquí todavía. Trae a este lugar a un Antiguo y morirá víctima de ella, porque sus cuerpos no estaban acostumbrados como lo estamos nosotros. Y esa radiación, y por ende la magia, es tanto más fuerte cerca de la Entraña. Los Mordeviejo sabían eso, y por eso les gustaba venir, y traían con ellos a su precioso bebé Bedelia, quien estuvo en comunión con la fuente del poder desde que gateaba por el suelo y se comía la tierra a puñados. Y por eso estaba henchida de capacidades, exultante de magia, y por eso empezaba a rascar el conocimiento superior, el diálogo con el propio tiempo. Se convirtió en una Señora del Tiempo en potencia.

—Por la Entraña —susurró Neana.

—Tan pronto me reveló eso, supe lo que tenía que hacer. Lo dejé todo y me instalé aquí, hace ya muchísimos años.

—Para... ¿convertirte en un Señor del Tiempo?

—Imagina, Nilva Cienfuegos, lo que podríamos hacer si pudiéramos aprender de la maquinaria que esconde la Entraña. ¡Mucho he aprendido ya! He usado las corrientes del tiempo para espiar lo que hacían los Antiguos aquí, y los he visto trabajar con la Entraña y operar con ella. Si pudiéramos aprender de la energía que la movía, desentrañar los misterios de la radiación, que es fuente de magia, estoy seguro de que el conocimiento de las ruedas del tiempo se nos revelarían.

—Estás... loco —susurró Neana—. ¿Todo para qué? ¿Qué harás entonces? ¿Te erigirás amo y señor del mundo, doblegarás todo rey y todo señor y harás de todo cuanto toca el sol tu capricho? ¿Cambiarás... el destino de los hombres para que se arrodillen ante ti?

Reeban Kalb soltó una carcajada.

—Todo eso podría hacerlo ya —exclamó—. Con el poder que he adquirido y la mano de Átono, ningún mequetrefe podría resistírseme. Ni los altos bibliotecarios de la ciudadela ni los señores rojos en sus dimensiones púrpura tras los portales de Occidente. ¡Nadie! No imaginas... el poder que reside en mí. Pero otra vez me juzgas con ligereza, y me ves como un tirano caprichoso que busca satisfacer necesidades mundanas.

Neana entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó con la boca seca.

—Quiero volver atrás, muy atrás. Tan atrás como cuando los Antiguos poblaban el mundo, antes de que la Entraña explotase y esparciese la muerte inevitable y lo aniquilase todo. Y advertirlos de lo que ocurrirá y detenerlo.

Neana se quedó inmóvil. Su cabeza zumbaba, las consideraciones, preguntas y sensaciones se agolpaban en su cabeza y todo su ser.

—¿Qué...? —dijo.

—Únete a mí, Nilva Cienfuegos. Comprende que mi destino es inevitable. ¡Conseguiré desentrañar el misterio de la radiación y su poder será mío, no lo dudes ni por un momento! Pero me llevará aún tiempo, y estoy impaciente ya.

—Pero... ¿para qué? —quiso saber—. Es lo que no consigo entender... ¿Por qué...?

—¿Es que no has visto las maravillas que obraban los Antiguos, Nilva Cienfuegos? Construían edificios tan altos que llegaban hasta los cielos. Surcaban los aires, vivían días apacibles mientras las máquinas trabajaban para ellos y con ellos.

—Yo... No lo sé —dijo Nilva—, pero las cosas ocurren por un motivo. Los Antiguos tuvieron su momento, y en él fueron felices, y puede que construyeran cosas buenas, pero pagaron un alto precio por todo ello. Dime, Reeban Kalb, ¿qué ocurrirá con la gente que sigue aquí?, con este mundo y sus maravillas, sus campos vacíos, sus montañas quietas, sus océanos. Ya te lo digo yo: desaparecerán todos. Todo desaparecerá. Al cambiar lo que ocurrió entonces, cambiará este instante. Será como si nunca hubiera ocurrido.

—¿Acaso importa eso? —replicó Reeban, enfadado—. Dime para qué quieres todo este... polvo, estos campos sembrados con tanto sudor, tanta madera cortada con estúpidas hachas de piedra, o peor, todos estos patanes ignorantes que pasan sus vidas pensando tan solo en alimentarse.

—No solo alimentarse —repuso Neana—. También viven, y besan a sus hijos, y cierran los ojos ante el sol cuando les calienta la piel y los reconforta. ¿Matarás todo eso?

—¿Si con ello recuperamos el esplendor de los Antiguos y sus maravillas y logros? Sí. ¡Por cierto que sí!

Neana miró la estructura que era la Entraña y dedicó unos instantes a intentar acallar las muchas voces en su cabeza. Había un debate interno, y a ratos se inclinaba más por entender a su antiguo maestro y a veces por escupirle en la cara.

Reeban esperó.

—No tienes derecho —exclamó Neana al fin—. No puedes decidir así el destino de tanta gente. El mundo es grande, y es ahora antiguo también, pues en él hay ciudades muchas y pueblos y gentes que recorren sus montañas y prados y valles y cañadas y caminos. Y en esos prados construyen casas otra vez, y algún día serán de nuevo altas y tocarán las nubes, como has dicho, y

alguien descubrirá que ciertas hierbas y raíces y alimentos son más saludables que otros, o curan ciertas enfermedades que ahora son letales, y llegarán a ser Antiguos de nuevo.

—Es un ciclo estúpido —soltó Reeban, ahora iracundo—. ¡Basta! Únete a mí, te digo. Comprende que lo que digo es lo más sensato, ¡o desaparece!

—No puedo entenderte —dijo Neana—. No lo haré.

Levantó el brazo y *Excessus* resplandeció, tal vez consciente de que la batalla estaba otra vez próxima.

Reeban compuso una expresión adusta.

—Qué pérdida de tiempo y de palabras —dijo con desdén—. Cuando te vi aparecer pensé que habías sido enviada a mí, pero no te creía capaz de prestar ninguna ayuda, pues te recordaba débil e ignorante, y no muy dotada, por cierto. El combate que he provocado me ha demostrado que tienes capacidad suficiente, que juntos podríamos trabajar en esto. ¡Ah, si quisieras! Pero eres necia. ¡Necia! Y ahora comprenderás que todo este tiempo he estado jugando contigo. ¿Creías poder medirme conmigo, que poseo la mano de Átono? ¿Habías albergado alguna esperanza? ¡Necia, te digo! ¡Y ahora, basta!

Reeban Kalb alzó el brazo donde estaba inserta la mano de Átono y levantó tres dedos, el pulgar apretado contra el dedo corazón, y el aire se volvió eléctrico a su alrededor. Neana sintió el poder arremolinándose, un poder inconmensurable, titánico, concentrándose en su mano, y supo que ningún escudo la salvaría. Como le ocurrió a Bedelia Mordeviejo, no hallaría lugar alguno para protegerse de aquel ataque.

Se quedó quieta, sintiendo algo que nunca pensó que sentiría... Todo ese poder, tanto poder, arremolinándose en un torbellino desbocado e incontenible que podría rivalizar con la energía de las mismísimas estrellas, pasando a través de su cuerpo y haciendo que su cabello flotara en el aire.

Abrió la boca, dejándose llevar por el éxtasis de la magia, y aunque sabía que esa misma magia iba a destruirla, algo en su interior celebró poder experimentar tal poder. Cerró los ojos y se preparó para morir.

# LOS ANTIGUOS



## I

Isobel y Miles Steur, y también Arran Augia, seguían mirando la ventana. Vieron allí muchos dibujos de Antiguos celebrando, debatiendo, bailando, y vieron magia explotar en los cielos en forma de estrellas de colores que caían lentamente al suelo mientras todos miraban embelesados, un espectáculo que encontraron bonito y no amenazante, y comprendieron que formaba parte de las celebraciones por el logro de enviar a la luna un navío como la Entraña; y vieron también cosas que no comprendieron, pero seguían absortos a cuanto allí se les mostraba aun cuando algunas de las imágenes se repetían una y otra vez.

Y en una de ellas vio Isobel algo que no habían visto la primera vez.

Puso la mano en la ventana, incapaz de decir nada, para que los demás miraran y vieran.

Allí, detrás de los Antiguos ataviados con cascos extraños, como de cristal, que saludaban llenos de efusividad desde la misma estancia en la que estaban ahora, había varios Corazones de Hierro sentados en sillas al fondo de la habitación. Accionaban con sus manos algunos engranajes y mecanismos instalados en unas mesas.

Miles se volvió para mirar al hombre alto de metal.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Creo que... significa que nuestro Corazón de Hierro fue construido por los Antiguos para gobernar la Entraña —respondió Isobel.

—¿Os sorprende? —preguntó Arran—. ¡Él ha puesto en marcha todo esto!

—Sí, pero...

Isobel se llevó ambas manos a la cabeza. Había allí una pista de algo, pero era todavía incapaz de aprehenderla. Como Neana, pensaba también que las cosas habían ido desarrollándose de una manera algo especial, con coincidencias asombrosas produciéndose en cadena hasta desembocar allí, en aquella habitación, donde habían adquirido el conocimiento último del propósito de la Entraña. Pero... ¿cuál era el siguiente paso? ¿Cómo los ayudaba eso a vencer al nigromante? En medio de todo eso, además, bullía una angustia vital, íntima y personal, que le susurraba: «¿Estará bien Baladar? ¿Y Maradian, y Zarko *el Viajero*?».

¿Y si no había una coincidencia cósmica actuando?

¿Y si ese conocimiento no servía para nada?

Mientras tanto, Arran se había acercado a la mesa donde había visto trabajar a los androides y la miró con desdén. Furioso y confuso, movió la mano por encima de las palancas y botones, y las ventanas dispuestas sobre ella cobraron vida de repente.

—*Obe Pita* —dijo Corazón de Hierro detrás de él.

Arran se volvió: la cabeza del androide estaba orientada hacia él, como si lo mirara de una manera inquisitiva, aunque fuera difícil decirlo con seguridad por lo peculiar de sus ojos. Luego, sin pretenderlo, se apartó unos pasos, y Corazón de Hierro se lanzó al panel y empezó a mover las manos sobre él.

La ventana cambió, mostrando signos mientras el androide trabajaba.

—¿Qué has hecho, Arran Augia? —lo riñó Isobel.

Arran levantó ambas manos.

—¡A mí que me desangren! —exclamó.



## II

Un grito. Fuerte, colérico, desgarrador.

La conjura mágica que hacía tremolar las ropas y cabellos de Neana se desvaneció de repente, y abrió los ojos de nuevo a la realidad de la caverna, rodeada de ese grito inhumano.

Era su maestro, Reeban Kalb. Estaba gritando delante de ella, pero no la miraba; se agarraba el brazo derecho con la mano izquierda, y de allí manaba sangre que caía al suelo en un chorro denso y fluido.

La mano de Átono estaba junto a sus pies, separada de su cuerpo.

Neana ahogó una expresión, confusa, hasta que vio a Zarko *el Viajero* a un lado, con una rudimentaria hacha en la mano.

«Oh, Zarko», pensó.

Reeban se volvió para mirarlo. Su rostro era un espanto rojo.

—Tú... —escupió, y luego repitió, incapaz de decir otra cosa—: ¡Tú!

Zarko pareció dudar unos instantes, pero luego se lanzó contra él, hacha en mano, gritando como un guerrero que se adentra en el campo de batalla.

«NO», pensó Neana. Y extendió su mano hacia delante intentando anticiparse a lo que iba a ocurrir. Reeban fue más rápido, sin embargo; ni siquiera tuvo que dejar de sujetarse la muñeca cercenada. Un rayo anaranjado salió de la mitad de su frente y alcanzó a Zarko en el pecho, un impacto instantáneo. El rayo salió por su espalda y Zarko cayó hacia atrás, el hacha volando por el aire y alejándose de ellos. Su cuerpo produjo un sonido amortiguado al chocar contra el suelo.

—Zarko... —susurró Neana.

La había salvado. Zarko la había salvado usando un hacha de aspecto primitivo, y le había arrebatado al nigromante su fuente de mayor poder: la mano de Átono.

Sacudió la cabeza con incredulidad. Grandes y terribles poderes había desencadenado contra el nigromante en las últimas horas, y había sido un trozo de piedra trabajada y dentada la que había marcado la diferencia.

Después de todo, se dijo, todos estaban representando su papel en la obra.

Reeban miró la mano caída. Mucho tardó la última vez en realizar el complicado ritual que le permitió integrar la mano en su cuerpo, pero ahora no tenía tiempo, ni era tampoco el marco adecuado. Intentar recuperarla con Neana todavía viva era impensable.

Volvió la cabeza hacia ella.

—¿Crees que esto cambia algo? —preguntó, encendido de cólera.

Levantó el brazo amputado y agarró el muñón con la mano que le quedaba. Esta se encendió en un fuego amarillento intenso, y de la carne quemada emergió un siseo insoportable. Un hilo de humo débil pero denso escapó entre sus dedos. Cuando retiró la mano, el muñón estaba quemado y humeaba, pero ya no sangraba.

—Ya era mucho más poderoso que tú en la ciudadela —dijo Reeban—. ¡Ni te imaginas el poder que tengo ahora, aun sin la mano de Átono!

Neana asintió, pero sostuvo la empuñadura de *Excessus* con ambas manos y se puso en guardia.

—Entonces, adelante —dijo despacio—. Acabemos con esto.

Reeban compuso una expresión de odio y sus ojos centellearon por unos instantes.

Pero en ese momento, sonó un estruendo abrumador en alguna parte a su derecha, y la cueva entera terminó por rendirse. Grandes pedazos de roca comenzaron a desprenderse de los altos techos. Caían sobre las estructuras de madera y las arrasaban a su paso, e incluso los troncos más gruesos se quebraban y salían despedidos en todas direcciones.

En la base de la Entraña, una nube de fuego, polvo, cenizas y gases grises y terribles comenzaron a brotar de manera descontrolada.

—¿Qué... qué habéis hecho? —balbuceó Reeban.

Neana se lanzó a un lado para evitar un derrumbe. La roca que la hubiera aplastado contra el suelo estalló, fragmentándose en un centenar de pedazos.

La Entraña se estremecía.

—Oh... —exclamó Reeban sin prestarle atención—. ¿Puedes... puedes sentirlo?

Neana lo miró sin comprender. La cueva se estaba desmoronando, y algo

le ocurría a la portentosa estructura de la Entraña.

—Es la radiación... —susurró Reeban—. Es la radiación, por fin... Algo... algo ha puesto en marcha los viejos mecanismos de la Entraña... y...

Se miró la mano brevemente y luego salió corriendo como una centella en dirección a la Entraña, y cada zancada suya era como una veintena de pasos de hombre.

Neana apretó los dientes y salió tras él.

### III

—¿Qué has hecho, botarate? —gritó Miles mientras se agarraba a la pared.

—¡Te digo y te repito que no he hecho nada! —protestó Arran Augia—. ¡Ha sido ese *andraide* de tu chico!

Todo retumbaba mientras las ventanas mostraban signos de todo tipo sucediendo a toda velocidad, unos tras otros.

Un sonido grave y poderoso los hizo estremecerse. Isobel volvió la cabeza y vio que la entrada se había cerrado: unos portones habían emergido de la pared y los habían encerrado para siempre.

—¡Ay! —exclamó.

Miles y Arran corrieron hacia allí y tiraron, empujaron y aplicaron toda su fuerza, con los rostros demudados por el esfuerzo, sin que consiguieran nada.

—¡Estamos encerrados aquí! —exclamó Arran.

El estruendo se convirtió en rugido.

—¿Acaso este cataclismo infame nos ha de llevar a la luna? —gritó—. ¡Cráneos y serpientes y lluvias de fuego sobre los hogares con familias!

—¡Ayúdame, necio! —gritaba Miles mientras intentaba forzar los portones.

—¡Es inútil, te digo! —bramó Arran.

Pero entonces los portones se estremecieron como sacudidos por un envite fenomenal y el hierro se combó y saltaron los herrajes metálicos y las cerraduras y los pernos todos, y tanto Miles como Arran retrocedieron entre

aliviados y asustados.

Y cuando los portones se separaron, emergió entre ellos una figura ataviada con una capa negra, muy dañada por las llamas y otras cosas, y un muñón renegrido por mano derecha.

Todos supieron en el acto de quién se trataba. Era, por supuesto, el nigromante.

Isobel gimió, y no por su vida, sino porque verlo aparecer allí solo significaba una cosa: que Neana había sucumbido.

—Ay, no... —susurró.

Arran sacó su cuchillo y se lanzó hacia él, pero salió bruscamente despedido hacia atrás, y golpeó con la espalda la pared. Miles clavó los ojos en el mago, atónito: el enemigo miraba alrededor con una expresión fascinada en el rostro. No se había movido, ni había hecho gesto alguno para rechazar a Arran, y sin embargo este había salido despedido como golpeado por un ariete de guerra.

—Vosotros... —dijo—. ¿Qué... qué sois? ¿Granjeros...? ¿Aldeanos...?

—Hombres y mujeres somos —replicó Miles apretando los puños—. Y tú eres el nigromante, y venimos a darte muerte.

El nigromante sonrió, mirando alrededor.

—Hombres —susurró—. ¡Y una mujer!

De pronto, rio con ganas. La trepidación seguía creciendo, y unos sonidos metálicos comenzaron a dar la alarma en alguna parte.

—Me encantaría hablar con vosotros —dijo—, pero no hay tiempo. Sin embargo os digo: gracias. Gracias por...

Entonces descubrió a Corazón de Hierro en su puesto, como ausente, ocupado en mover brazos y manos por su mesa de trabajo.

—¡Ah! —exclamó, visiblemente asombrado—. ¡Inaudito! ¿Así es como lo habéis conseguido? Un androide Sarvseel de la clase BOJ entero y funcionando. —Negó con la cabeza—. Pero no importa... ¡No importa! Qué designios tan retorcidos tiene el destino a veces. ¡Y lo habéis traído hasta mí, y dado los últimos pasos del que ha sido mi trabajo desde hace más tiempo del que puedo recordar! Pues ahora que la radiación se ha liberado...

Una segunda figura centelleante apareció detrás del nigromante. Isobel

dio un grito alborozado. Era, por supuesto, Neana, rodeada de un óvalo luminoso.

El nigromante no se volvió. Lanzó un brazo hacia atrás y el óvalo se transmutó en una esfera de tonos azules. Neana se quedó clavada en el aire, los ojos muy abiertos y una expresión colérica en el rostro.

—¡Detente, Reeban! —gritó.

—¡Silencio ahora, Nilva Cienfuegos! —rugió el nigromante.

Miles miraba a uno y a otro sin saber qué hacer. Lanzarse contra él era fútil, pues Arran aún luchaba por incorporarse del suelo, dolorido. Y, sin embargo, algo debía hacer...

—Voy a dejarte vivir para que admires el poder de la radiación y asistas a un hito en la historia de la magia, pues yo... ¡yo me erijo ahora, y por fin, Señor del Tiempo!

Reeban extendió ambos brazos y su cuerpo se encendió cuan grande era como una estrella, y su luz bañó la estancia, y tanto Isobel como los hombres tuvieron que cerrar los ojos y protegerlos con ambos brazos, pues era como mirar al sol en el mediodía de una mañana de cosecha.

—¡Reeban! —gritó Neana—. ¡Reeban, es un error!

—¡Miles! —llamaba Isobel.

A duras penas logró encontrar este a su esposa, mas cuando quedaron uno delante del otro, se abrazaron con desesperación y consuelo, pues estaban seguros de que iban a morir.

Los pitidos de alarma se volvieron más agudos e intensos, y todo alrededor pareció crujir y estremecerse. Los paneles en las paredes chisporrotearon, y algunas de las planchas saltaron de sus goznes con pequeñas explosiones. La Entraña crujía y se lamentaba.

Isobel, abrazada a su esposo, quería dedicar unos últimos pensamientos a su hijo Baladar y a toda su familia, que vivía en la Casa Steur en la aldea. Y pensando en ellos con dolor y también alegría, no pudo evitar conjurar una lágrima.

Dijo algo, pero el estruendo era tan grande que Miles no la oyó.

*Salid de aquí*, dijo una voz fuerte, clara y nítida en su cabeza.

—¿Neana?

*Coge a tu esposo y salid de aquí. ¡Y alejaos, ahora!*

Isobel se apartó de Miles con un gesto brusco, se enjugó la lágrima de la mejilla y, con una expresión determinada en el rostro, buscó su mano a tientas y la cogió con fuerza.

Tiró de él. Tiró de él mientras la Entraña crujía con gemidos de muerte y la realidad se percibía extraña, como si estuviera deshilachándose en medio de tanta luz, y allí a un lado encontró el cuerpo de Arran, a quien le cogió la mano también, y con los hombros a cada lado intentó ubicarse y encontrar la salida.

Luz.

Luz.

Luz...

Ahora, de repente veía algo otra vez, un volumen impreciso, unas líneas anegadas en luz potente y salvaje, y vio Isobel que era el entarimado de madera que revestía la Entraña. Temblaba como si estuviera hecho de juncos en mitad de un vendaval, y por todas partes caían rocas y había polvo en suspensión y gritos de necrófagos, y pensó: «¡Baladar!», y luego pensó: «¡Maradian!», y soltó a Miles y a Arran y echó a correr, saltando por la debilitada estructura de madera hacia abajo, aun cuando faltaban partes y tenía que lanzarse a través de abismos que de repente se abrían a sus pies.

—¡Isobel! —gritó Miles.

Quería decirle que se detuviera, que habían escapado de la luz, pero que había que liberar a Neana, que había que terminar con el nigromante, y quería decirle aún más cosas; pero Isobel seguía descendiendo entre una lluvia de escombros y de tablas en llamas, y las cuerdas caían rotas hacia abajo, y la siguió.

—¡Por fin algo sensato! —exclamó Arran.

## IV

Maradian y Baladar se habían resguardado de la tormenta de rocas bajo un

saliente. Nada les garantizaba que el mismo saliente no fuera a desmoronarse y a aplastarlos bajo su peso, pero otra cosa no se les ocurría. Algunos necrófagos pasaron corriendo a su lado, y sintieron que el corazón se les encogía en el pecho, pero no les prestaron atención. Su cubil y su madriguera entera se estaba derrumbando, y ya poco o nada los ataba a ese lugar; era el momento de escapar de allí con vida.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Maradian—. ¿Y tu padre, Miles Steur, y Arran Augia?

—¡No lo sé! —gritó Baladar para hacerse oír.

—¡Todo se derrumba! —gimió Maradian.

—¡Lo sé, tonto, puedo verlo!

Maradian asintió. Pero supo que no iban a hacer nada hasta que los padres de Baladar llegaran, y si no llegaban, morirían allí aplastados bajo alguna roca sobre sus cuerpos menudos, y lo aceptó con tranquilidad. También él habría hecho lo mismo si le hubieran dado la oportunidad.

Pero la estructura central con los signos *Obe Pita* rugía y la cueva entera se estaba llenando de humo y polvo, ascendiendo desde su base.

Empezó a toser.

Entonces divisaron algo entre aquella nube: unas figuras que corrían. Maradian pensó en necrófagos y se agachó para que no lo vieran, pero Baladar dio un paso hacia delante y gritó:

—¡Madre! ¡MADRE!

Las figuras se detuvieron y cambiaron de dirección hacia ellos. Maradian tuvo miedo, pero al cabo de un momento vio el rostro hermoso de Isobel y su pelo de fuego ondulando en el aire detrás de ella. Y vio a Miles. Y a Arran.

—¡Madre!

Isobel se agachó y abrazó a los niños, llorando y riendo de alegría.

—Estáis bien... —sollozó.

—¡Madre, Zarko ha muerto! ¡Atacó al nigromante él solo y le cortó su mano mágica!

Isobel asintió.

Iba a decir algo cuando, de repente, un sonido indescriptible a su espalda les llamó la atención. Se volvieron para mirar temiendo lo peor: que una

explosión terrible estaba a punto de arrancarles la piel de la carne y esta de los huesos, y que luego los huesos quedarían convertidos en cenizas que un viento huracanado arrastraría por los túneles de los necrófagos. Pero justo cuando iba a prepararse para ello, protegiendo las cabezas de los niños en su pecho para que no vieran la muerte venir, la imagen de la Entraña cimbreado, se retorció, se encogió en algunas partes y se contrajo en otras, y en un parpadeo... desapareció.

No estaba.

Había desaparecido. La Entraña entera había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. Y se quedaron mirando el vacío, que fue rápidamente reclamado por el humo; pero la cueva entera dejó de temblar y las llamas se extinguieron, y cuanto más miraban sin atreverse a decir palabra, más tenían la sensación de que el humo y el polvo comenzaban a asentarse de nuevo.

—¿Ne... Neana? —susurró Isobel.

Se quedaron mirando un rato todavía.

Arran se sentó en el suelo, exhausto y jadeante, y se dejó caer hacia atrás.

—¿Ya está? —preguntó Miles.

Isobel asintió con la cabeza.

## V

Reeban Kalb cayó al suelo, exhausto, y la luz se extinguió.

También Neana había quedado libre de su encierro azul, pues Reeban no tenía fuerzas para mantener el hechizo. Incluso moverse le costaba un gran esfuerzo.

Pero... lo había conseguido. Lo sabía. Lo sentía en las corrientes mágicas de alrededor, o más bien en su ausencia, porque en tiempos de los Antiguos la magia no había despertado aún, y lo sentía en el estómago y la base del cuello. Empezó a sudar de excitación. Había trascendido al tiempo y había regresado. ¡Había regresado!

Eufórico y exultante, se incorporó con dificultad y miró alrededor. La sala



estaba otra vez intacta, no había fuego entre los paneles, el pitido de alarma había cesado. Realmente había vuelto a la Entraña antes de que explotara. Ahora era... un Señor del Tiempo.

Mientras tanto, Neana se había asomado por la abertura de entrada y suspiraba. Era un lamento más que un suspiro. Se apoyó, exhausta, sobre los portones violentados por Reeban, haría como un millón de años.

—Mira, Reeban Kalb —dijo.

Este se acercó y vio una extensión de terreno donde había senderos grises que los Antiguos llamaban «carreteras», y vio edificios e instalaciones de muchos tipos, y gente que caminaba alrededor de esos edificios, construidos en mitad de una extensión baldía y protegida por vallas y muros en la distancia.

—Los Antiguos —dijo Reeban lleno de emoción—. ¡Realmente lo he conseguido! ¡Estamos en el mismo lugar donde los Antiguos tripularon la Entraña hasta la luna!

—Eso es verdad —asintió Neana—. Pero... ¿acaso no has visto lo que yo en nuestro viaje desde el futuro hasta aquí?

Reeban le dedicó una mirada dura.

—¿Qué dices? —le espetó—. No inventes historias, Nilva Cienfuegos, pues yo soy ahora un Señor del Tiempo. ¡No pretendas haber visto cosas en sus corrientes que yo no haya visto también, y antes que tú!

Neana negó con la cabeza.

—He visto cosas, Reeban Kalb, mientras el tiempo nos transportaba hacia atrás. Muchas cosas. Y hemos ido al lugar al que querías, sí, y aquí estamos, en la Entraña. Pero cuando comprendí lo que iba a ocurrir, lo que ocurrió ya, y lo que ocurrirá una y otra vez en un ciclo sin fin, alteré un poco nuestros destinos.

Reeban parpadeó.

—Imposible...

—La radiación también estaba a mi alrededor, Reeban Kalb. Pude hacerlo, y lo hice.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—Volvimos, pero no antes de que la Entraña partiese la primera vez, sino

después de que aterrizara de vuelta.

—I... imposible... —balbuceó. Pero supo entonces que lo que Neana decía tenía sentido y era plausible. Si la radiación, fuente de magia, había permitido que él se convirtiera en un Señor del Tiempo, Neana podía haber adquirido parte de ese poder—. Pero... ¿por qué? ¿Qué pretendes?

—Completar el ciclo —dijo ella—. Supongo que tampoco tuve mucha opción. Debía hacerse, pues no era posible hacer nada diferente de lo que ya se hizo una vez. De ningún modo. Siempre pensé que un Señor del Tiempo podría alterar los canales a su antojo, pero en el viaje he comprendido que un Señor del Tiempo es precisamente su guardián, y él o ella más que nadie debe asegurarse de que esos canales siguen intactos. Y créeme, Reeban Kalb, soy una excelente custodia y guardiana.

—¿Y de qué manera has completado el ciclo, Nilva Cienfuegos? Pues me parece que te equivocas, ¡ya que acabo de alterarlo! ¡Míranos, aquí estamos! Me presentaré ante los Antiguos y les advertiré, ¡y la Entraña nunca explotará ni acabará con ellos!

—El ciclo —repuso Neana con suavidad y una expresión triste en el rostro— era que nosotros regresáramos aquí, a este punto. Y haciendo eso completamos otra línea temporal: acabar con los Antiguos.

—¿Qué dices? —preguntó Reeban—. ¿Acaso piensas... planeas... luchar contra ellos? No lo permitiré...

—No luchar —replicó Neana—. Nuestra sola presencia aquí ya ha acabado con ellos. Siguen vivos, pero no por mucho tiempo. Todos van a morir, como murieron en nuestro pasado, como han muerto ya infinitas veces, y como seguirán muriendo.

—Explícate —graznó Reeban, con el rostro tembloroso de la rabia que empezaba a experimentar.

Neana suspiró.

—Siente a tu alrededor, Reeban Kalb, o Señor del Tiempo y Alto Bibliotecario de la ciudadela, y cuantas cosas quieras añadir a eso. Ya no importa. ¿Comprendes que estamos en una época en la que no hay magia? No la había hasta que aparecimos aquí.

Reeban pestañeó.

—Sí la hay —susurró—. Hay...

Pero apenas había. Podía sentirlo muy claramente. Solo unas chispas diminutas cimbreaban alrededor, muy pálidas; nada parecido a las fuertes corrientes que usaban en el futuro de ese instante para realizar sus hechizos.

—Comprende que está naciendo ahora, muy tímidamente, y está naciendo de nosotros —exclamó Neana en voz baja, hablando despacio—. Nosotros... hemos traído aquí la magia. Debes entender que toda la magia del futuro... viene de nosotros.

Reeban pestañeó, intentando comprender las repercusiones de lo que Neana estaba diciendo.

—¿Y qué? —preguntó.

Neana volvió a suspirar.

—La magia empezará a extenderse, Reeban Kalb, y lo hará rápidamente, aunque aún no sea fuerte ahora. Hará falta mucho tiempo, muchas vidas de hombres, muchos ciclos completos. ¡Saldrá el sol y se ocultará un millón de veces, y la magia irá consolidándose poco a poco, como la vida! Pero esa magia está ya transformando el mundo, y está afectando a los Antiguos.

Reeban miró abajo. Los Antiguos caminaban, conducían sus carruajes sin caballos o reses, entregados a sus quehaceres.

—¿Cómo los afecta? —preguntó Reeban.

—Los va a matar —dijo Neana—. Tal vez no a todos. Algunos, quizá los niños, desarrollarán un escudo natural. Eso no lo sé. Pero acabará con este mundo tal y como ha sido concebido. Porque hemos vuelto y estamos aquí. Sin saberlo, siempre has sido la causa de la destrucción de los Antiguos. Lo que tú querías evitar, en realidad... ¿No es irónico?

Reeban negó con la cabeza, los ojos como platos.

—No. Lo evitaré. Soy un Señor del Tiempo. ¡Saltaré ahora a un momento anterior y lo cambiaré...!

—¿Acaso no me has escuchado, o no me has comprendido? —dijo Neana—. Te digo que no hay magia aún, y pasará mucho tiempo antes de que la magia tenga la suficiente fuerza y energía como para que podamos servirnos de ella. Ahora somos... Nilva Cienfuegos y Reeban Kalb, mujer y hombre en un mundo que termina y un mundo que empieza otra vez, y moriremos como

cualquiera, y en el futuro, alguno de esos supervivientes tendrán un bebé precioso al que llamarán Nilva, y otro bebé encantador al que llamarán Reeban, al amparo de la familia de los Kalb... y todo... todo volverá a ocurrir. Porque así ha sido siempre.

Reeban se estremeció. Apretó los dientes e intentó conjurar una bola de energía en la palma de su mano, pero no ocurrió nada. Ni siquiera un resplandor, ni un cosquilleo. Nada.

Entonces se dejó caer de rodillas al suelo.

—Y la Entraña, desprovista de cuidados, explotará un día, y la radiación interactuará con la magia y se hará fuerte y potente. ¿Y sabes, Reeban?, tu radiación creará esa raza de necrófagos, guardianes de los nodos que canalizan tu poder. Eso he visto. Y un día, una niña llamada Bedelia Mordeviejo se servirá de ella. ¿Comprendes?

—No —susurró Reeban—. No. No. No.

Neana asintió.

—Claro que comprendes, aunque no te guste. Así ha sido siempre, Reeban Kalb. Y así será, una y otra y otra vez.

Entonces pensó que le gustaría beber un poco de agua.

## VI

—¿Ya está? —preguntó Miles.

Isobel sintió, escuchó a su alrededor, y sin saber muy bien cómo, supo.

—Sí. Ya está —respondió con dulzura. Y luego añadió—: Salgamos de aquí.

## Epílogo

Dieciséis amaneceres después de que la comitiva abandonara la aldea en Entrerríos, un joven miembro de los Hylas vio aparecer cinco figuras por detrás de la loma que conocían como Loma del Viento, atravesando la sombra de los chopos. Llevaba un cubo de agua en la mano, y tan pronto reconoció a los niños, lo dejó caer y levantó los brazos al cielo en señal de alegría.

Miles e Isobel Steur, y también Maradian Boeke y Baladar Steur y Arran Augia fueron recibidos con vítores y loas, y recibieron muchos abrazos y también regalos como frutas, nueces, almendras y piñones, y les dieron de beber agua de limón, y lloraron la muerte de sus familiares y amigos: Wáriner Venorian, Zarko *el Viajero*, Tamblor y Ródegas Hylas, y Gillot Boeke, aunque su condición de héroes de Entrerríos les hacía más llevadera la pena.

Durante muchas noches se celebró en la aldea el triunfo sobre el nigromante, y escucharon con horror las historias del pájaro negro, la Escalera de los Antiguos, y las aventuras ascendiendo y descendiendo de Quebrantahuesos. El terror de las cuevas decoradas con huesos y sangre de los necrófagos era con mucho la parte favorita de casi todos, aunque rivalizaba con el espectáculo de magia del combate del nigromante que Baladar Steur llegó a contar con verdadera maestría, al estilo de Zarko *el Viajero*.

Con el tiempo, la aldea regresó poco a poco a la normalidad. Se cultivó el suelo otra vez, y con los años, este fue recuperándose de la negra podredumbre de la Entraña. Los animales regresaron, y su número aumentó, y la caza fue otra vez fácil y generosa.

Arran Augia vivió muchos años, sin abandonar la aldea ni una sola vez. Tuvo todavía dos hijos, y hasta el día de su muerte, viejo y cansado en su cama, fue razonablemente feliz, excepto en los días en los que se servía pescado. Sus últimos pensamientos fueron para sus amigos caídos, sobre todo Ródegas Hylas y el joven Wáriner. Siempre mantuvo un espacio libre encima de la chimenea pues decía que allí hubiera puesto alguno de los mapas que Wáriner habría dibujado en sus viajes, y que en ese lugar no se habría de colocar ninguna otra cosa.

Maradian vivió con su madre y su familia hasta que aquella falleció. Para entonces, el pequeño Maradian contaba ya treinta y tres primaveras y se convirtió en el hombre de la casa, muy ducho en materias como tiro con arco y escultura. Talló una Nilva Cienfuegos en una hermosa roca de tonos rojizos junto al río Verdepiedra, y se convirtió en tradición el llevarle flores, sobre todo en el aniversario de lo que se dio en llamar El Viaje; y por lo que sé, sigue allí.

Baladar, Maradian y Miles Steur, por cierto, regresaron a Dosaguas en el vigésimo segundo cumpleaños del primero. Descendieron por el pozo profundo y llegaron hasta la sala donde estaban apostados los otros androides, que seguían allí sentados en sus troncos de metal. Ninguno funcionó ni se levantó por mucho que intentaron llamar su atención, y Miles comprendió que el destino, la magia, la vida, o el equilibrio entre todo eso, había obrado allí una pequeña trampa en el pasado.

Los dejaron en paz, y no volvieron nunca más.

Años más tarde, Baladar siguió los pasos de Zarko *el Viajero*, y en muchas de las ciudades que visitó dijo llamarse Zarko. Recorrió mundo y vivió muchas más aventuras de las que podrían enumerarse en varias páginas, algunas de las cuales tuvieron que ver con los Antiguos, y otras se refieren a cómo Átono fue liberado para recuperar su mano, enterrada todavía en lo que una vez fue la Entraña. Pero siguió volviendo a la aldea de tanto en cuanto, y

siempre besó a su padre mientras estuvo vivo, y a su madre hasta que él dejó de estarlo.

Miles llevó una vida apacible como líder de la aldea, y vivió mucho más que muchos. Esta creció considerablemente con los años, y se convirtió en un lugar apacible. Tenían sembrados, varios molinos y también ganado. Las Asambleas exclusivamente de los hombres terminaron, pues tras la aventura de Isobel Steur las mujeres empezaron a participar en ellas, y, curiosamente, las peleas dejaron de acontecer; pero Miles siempre tuvo la última palabra, aun cuando era viejo y lucía una larga barba rubia y sus ojos hundidos centelleaban en su piel arrugada.

Miles murió a la edad de ciento diez años, luchando contra un oso pardo, muy lejos de casa. El oso alimentó a sus retoños con su carne y su familia prosperó, y en el bosque era rey, cumpliendo así un pacto privado entre ellos que no incumbe a esta historia. Pero Isobel, que estaba en casa acondicionando el fuego en el hogar, sintió el momento de la muerte de su esposo y se dejó caer, con llanto pero también una sonrisa en el rostro, pues hacía tiempo que sabía que tal era su destino.

Isobel, por cierto, seguía siendo una mujer hermosa aun cuando Miles llevaba tiempo muerto. Sobrevivió a todos sus hijos, y a los hijos de todos los hijos de Entrerríos. En la aldea se la reverenciaba, y al decir de muchos, había absorbido parte de la magia de la Entraña, o de Nilva Cienfuegos. Isobel no sabía decir si era por una cosa u otra, pero comprendió un día lo que debía hacer. Cogió algo de comida, la metió en un hatillo discreto, y se lanzó al camino, rumbo a Sombraviva.

El bosque había sobrevivido por su cuenta a la ausencia de la Heredera, y seguía poderoso y misterioso, guardián de innumerables secretos. Isobel aceptó su destino contenta, y heredó la tarea de la Heredera, como ella había querido siempre.

En cuanto a la historia del nigromante y de cómo un reducido grupo de granjeros con poco o ningún espíritu de aventura se enfrentó a su terror y a los entresijos de un plan invisible y cósmico, se dijo poco y se escribió aún menos. Solo un artista escuchó a Baladar contar la historia directamente de su boca, en cierta ocasión en la que la cerveza de cebada corría por su sangre y

la luna, verde, le traía recuerdos melancólicos. Parece, se dice, que recogió parte de esa historia en unos grabados que talló sobre madera usando un cincel y un martillo. Pero qué fue de esos trabajos o de cómo fueron interpretados después, no se sabe mucho.

Esos y muchos otros ciclos se completaron bajo el sol que alumbraba el mundo y que había visto ya demasiadas cosas. Y la magia siguió reverberando y alumbrando muchas cosas nuevas, y en esas cosas nuevas se entretejieron historias fascinantes todos los días.

Algunas, al decir de muchos, incluso más fascinantes que las leyendas del capitán Clavijo.



# LÁMINAS



















*Nigromante. Bajo la tierra, un antiguo secreto despierta*  
Carlos Sisí

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carlos Sisí, 2018

© Del diseño de cubierta e ilustraciones, Tomás Hijo, 2018  
Dirección de arte: Planeta Arte & Diseño

© de la tipografía utilizada en los títulos de interior, Iginio Marini, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-450-0542-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)



**CARLOS SISI**



**MINIGROMANUN**

**BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA**



**ILUSTRADO POR TOMAS HIJO**

minotauro